



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



L Soc 72315



Harvard College Library

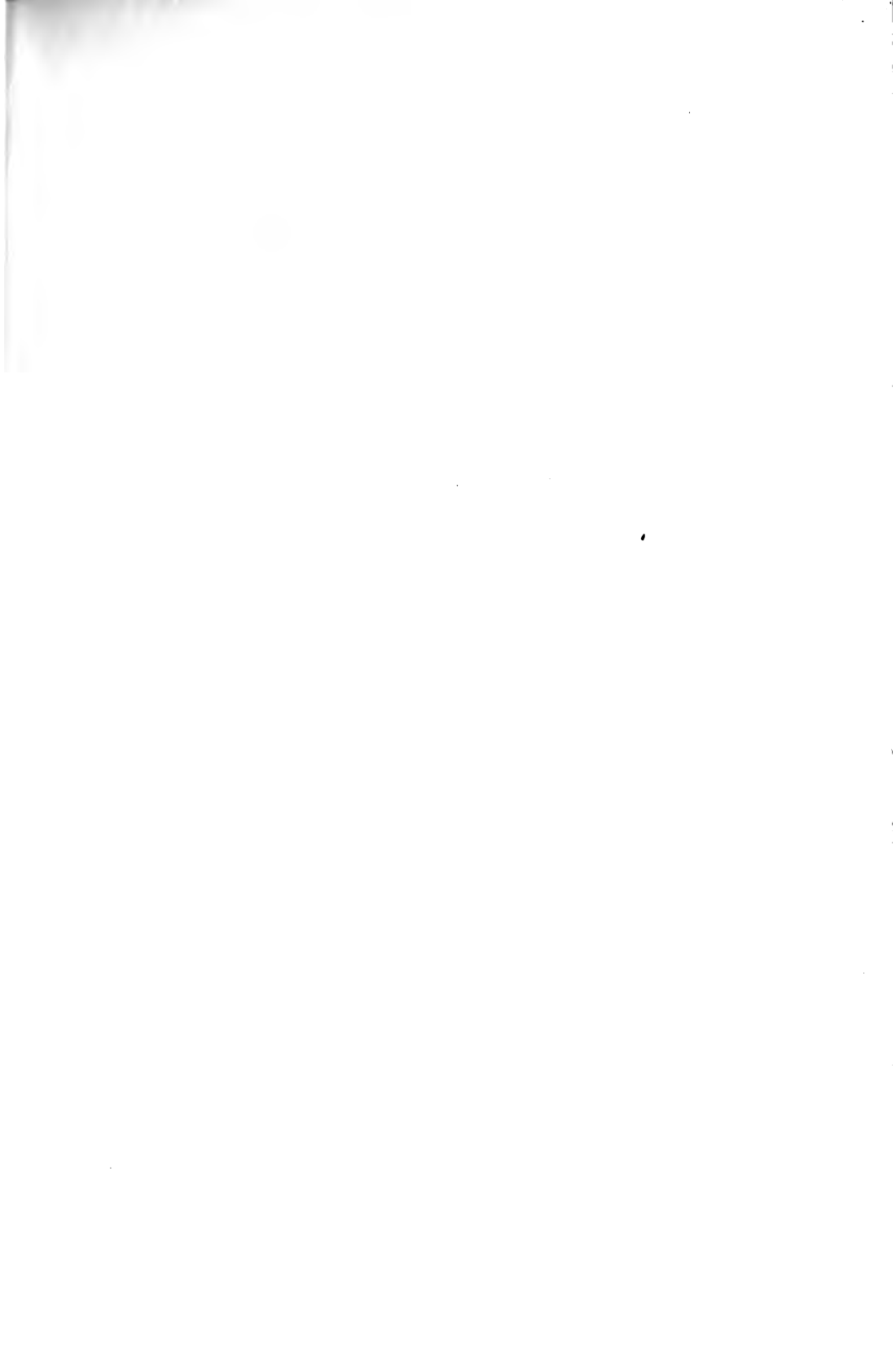
FROM THE FUND OF

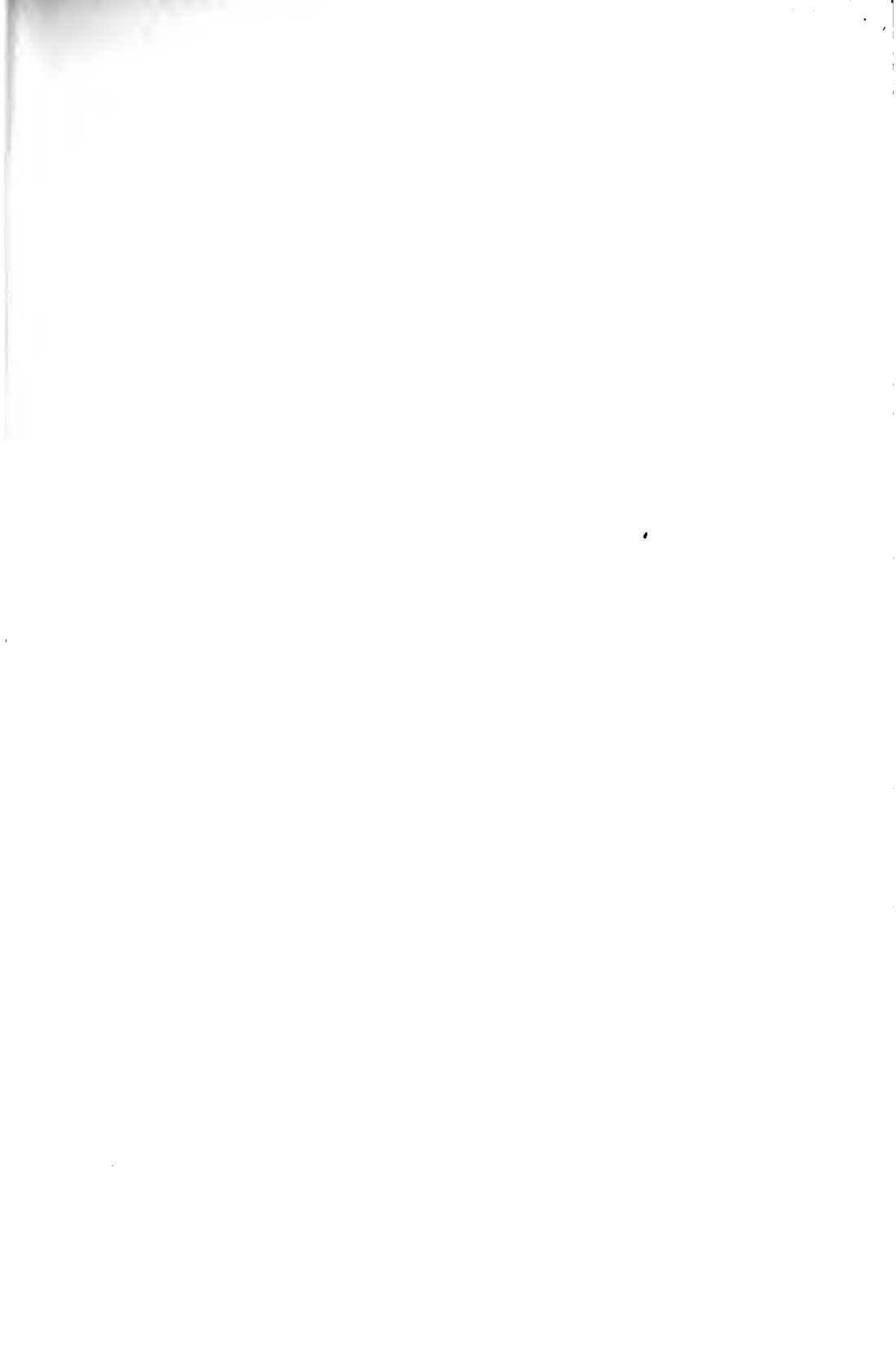
CHARLES MINOT

(Class of 1828).

Received 7 Aug. 1898.





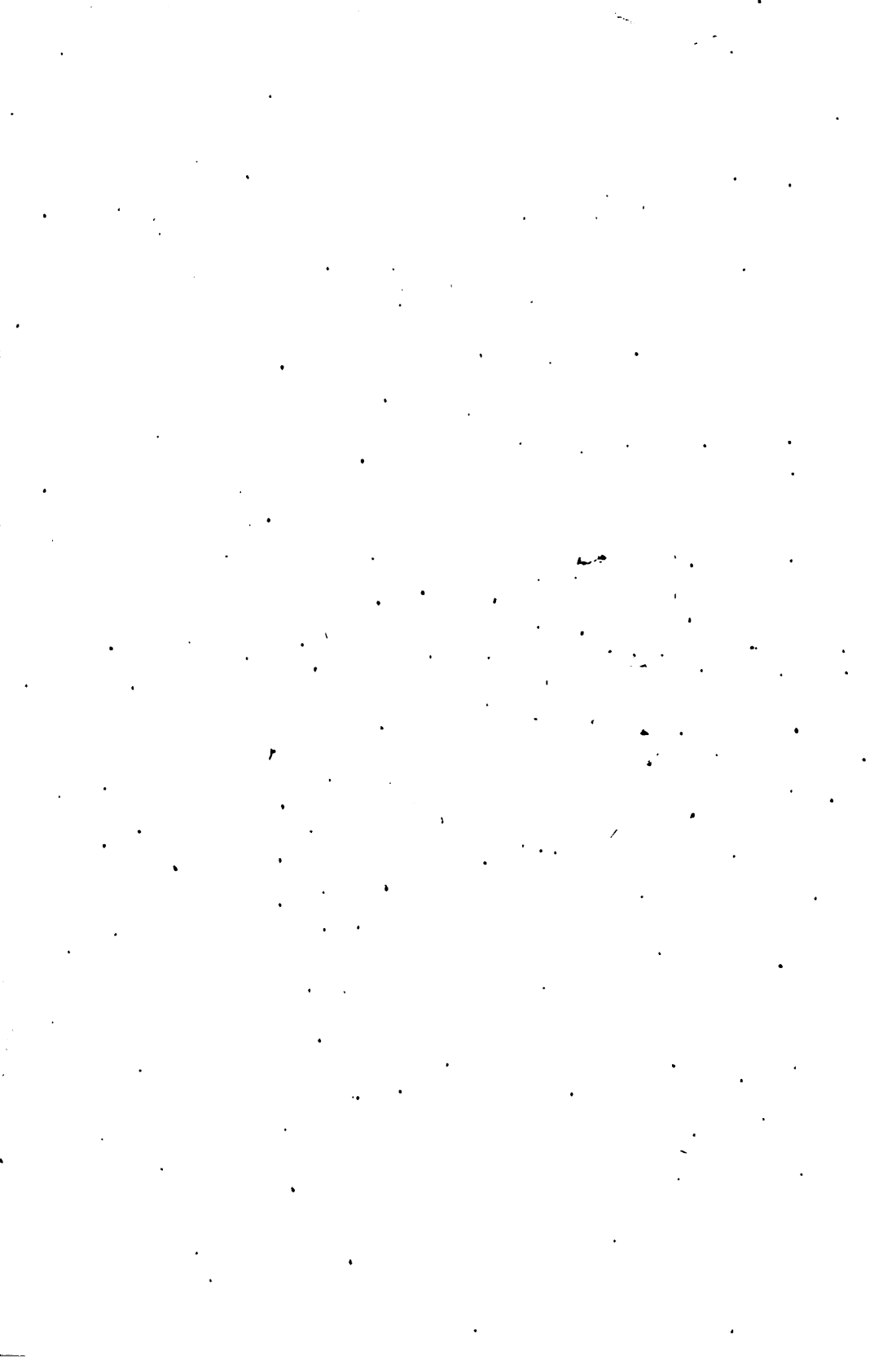




MEMORIAS

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.



MEMORIAS

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO VI.



MADRID.

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO,

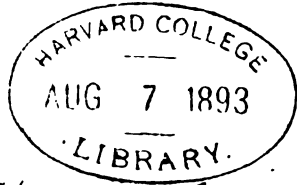
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Don Evaristo, 8.

1889.

~~VII. 497~~

LSoc 4231.5



Minot fund.
(VI.)

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE ⁽¹⁾.

SEÑORES:

Tan grande y señalada es la merced que me habéis otorgado, abriendo á la obscuridad de mi nombre y á la pequeñez de mis méritos las puertas de esta docta Corporación, donde tantos varones egregios han hallado el premio debido á sus gloriosos afanes, que temo no poder expresaros, en la medida y proporción del honor recibido, mi sincero y respetuoso agradecimiento. Y este temor sube de punto al considerar la nobilísima figura del esclarecido patricio á quien sucedo, pero no reemplazo en esta Academia; porque forzosamente la memoria de sus relevantes cualidades pone de relieve la insuficiencia de las mías, haciéndoos sentir con mayor viveza lo mucho que con él habéis perdido y la pobre compensación que os ofrezco.

Ríos Rosas brilló entre nosotros como hombre de Estado distinguido y como orador insigne. No creo llegada

(1) Leído en la Junta pública celebrada por la Real Academia Española el 24 de mayo de 1876 para dar posesión al Sr. Núñez de Arce de su plaza de Académico de número.

la ocasión de juzgarle bajo el primer aspecto, porque no reconozco en nuestra generación, ni en ninguna, imparcialidad bastante para apreciar con recto juicio á sus contemporáneos, ni emitir una opinión desapasionada sobre los acontecimientos en que han intervenido. Lastimadas á menudo en sus intereses y afecciones por la violencia misma de los sucesos, miran todas con ojos de aumento, y calculan con ciego egoísmo el daño que reciben; pero casi nunca se forman idea aproximada del bien que depositan en el acervo común de la humanidad, siempre progresiva y constantemente gananciosa.

La historia es, en este sentido, una inmensa perspectiva. Semejante á las altas montañas, cuyos abruptos contornos y ásperas sinuosidades borra la distancia, y sólo presentan á los ojos del viajero, que desde lejos las contempla, el conjunto majestuoso de sus cumbres inmutables, solitarias y mudas, los hechos y los hombres que influyen en la marcha de los pueblos, suelen tomar con el transcurso de los siglos, y ante la posteridad que los estudia, proporciones gigantescas, enormes, verdaderamente desmesuradas. La crítica entonces, desdeñando pormenores baldíos, debilidades personales y causas ocultas, es cuando puede recoger en una síntesis general los resultados obtenidos, y repartir equitativamente, el premio ó el castigo, la alabanza ó el vituperio entre los pocos escogidos que, como encarnación de la época en que vivieron, imponen su recuerdo á la flaca y abrumada memoria del mundo. Todo, cuando este momento llega, se reduce á su valor intrínseco y justa medida: la falsa fama se obscurece, y se acrecienta la legítima; húndese en el olvido, muerte verdadera y definitiva;

todo lo que no es más que ruido, vanidad, apariencia y favor inmerecido del vulgo, y sólo queda lo que debe quedar; es á saber, lo extraordinario, lo transcendental, lo eminente.

Las dificultades con que tropieza á cada paso la crítica contemporánea y que ligeramente apunto, me impedirían formular juicio alguno acerca de la vida política del Sr. Ríos Rosas, si no me lo vedaran además imperiosamente los respetos de la Academia y la índole especialísima de su instituto. Mas si no me es lícito entrar en terreno tan escabroso, tampoco puedo prescindir, sin negligencia notoria, de encomiar y enaltecer como se merecen las claras dotes de entendimiento de aquel celebrado repúblico, y el poder y la magia de su elocuencia, que le granjearon honroso lugar entre vosotros; y no puedo prescindir, con tanta más razón cuanto que si el hombre de Estado pertenece íntegramente á la posteridad, el orador, por el contrario, sólo alcanza á ser juzgado con reconocida competencia por los que le oyeron y admiraron. Permitidme, pues, que rinda este tributo de consideración y cariño á mi predecesor ilustre, antes de que el estrepitoso oleaje de la vida apague para siempre los postreros ecos de aquella voz vigorosa, entregada ya al descanso y silencio de la muerte.

Aunque nuestra sociedad, ocupada en la resolución de los más arduos problemas políticos, sociales y religiosos, apenas tiene tiempo de acordarse de sus difuntos, y harto hace, acompañándolos á su última morada, para seguir después el áspero y desigual camino por donde la empuja su actividad devoradora, no es posible que haya olvidado tan pronto, á pesar de la incosante agitación y febril incertidumbre en que vive, á aquel orador impe-

tuoso, en cuyo acento diríase que Dios había puesto la robusta energía del habla castellana. Todo en él respondía y se acomodaba á la vehemencia de su inspiración, que gustaba, como el águila, de remontar el vuelo á través de las tempestades; su apostura severa y grave, su mirada penetrante y reconcentrada, su continente impávido y sereno, contribuían á dar mayor realce y fuerza más irresistible á la palabra, que salía de sus labios inflamada y rugiente, como sale del horno el hierro fundido. Cuando, en medio de las borrascas de la tribuna, alzábase en el lugar más prominente del Congreso de los Diputados aquella figura austera y fascinadora, mirando lenta y reposadamente alrededor suyo, todos los rumores callaban, enmudecían todas las pasiones, y reinaba en el augusto recinto de las leyes momentánea calma, parecida á la que interrumpe con acompasadas intermitencias los hondos sacudimientos del mar alborotado. Por fin, Ríos Rosas hablaba. Como si las ideas se amontonaran atropelladamente en su cerebro sin encontrar salida, reflejábanse en la fisonomía del orador una á manera de lucha interna entre la voluntad y la inteligencia; veíanse los esfuerzos que hacía para domar la rebelde expresión de su pensamiento, y hasta que lo lograba, su frase era incorrecta, tarda y premiosa. Pero á medida que su fantasía iba caldeándose, su estilo, armado de epítetos acerados, se deslizaba más fácil, abundante y rotundo; llenábase de animadas imágenes, enérgicos apóstrofes y pintorescas locuciones, enroscándose á la argumentación del adversario como una serpiente de fuego, para recorrer con celeridad pasmosa, á veces en un mismo período, todos los tonos de la elocuencia, desde la imprecación á la ironía, desde la indignación al

sarcasmo. Muchas veces, encendidos en ira por aquella pasión provocadora, sus opositores se revolvían en son de ruidosa protesta, y entonces el orador tribunicio erguía desdeñosamente la cabeza, cruzaba los brazos sobre el pecho, y en esta actitud esperaba imperturbable el término del tumulto, parapetado tras de su silencio, tan abrumador en ocasiones como su palabra misma.

Diré, para terminar este bosquejo, que Ríos Rosas, como todas las naturalezas taciturnas y retraídas, era de humor vidrioso, susceptible, propenso al enojo y constante en sus resoluciones. Las vicisitudes y desasosiegos de nuestra edad turbulenta, arrastráronle alguna vez, como á la mayoría de nuestros hombres políticos, por sendas extraviadas; pero en todas las circunstancias difíciles de su vida manifestó ardiente amor á las instituciones representativas, entereza para rechazar las imposiciones de la fuerza y gran valor cívico. ¡Lástima que los asiduos cuidados de la tribuna parlamentaria le apartaran del campo de la literatura, donde á juzgar por las felices muestras que de su ingenio nos ha dejado, hubiera podido lucir entre nuestros más castizos y elegantes escritores! Deplorémoslo de todas veras, por nosotros principalmente, y no por él, que en último resultado ha sabido alcanzar con sus discursos el fin de toda noble ambición: gloriosa vida y honrada muerte.

Cumplida ya la obligación que me imponía el grato recuerdo del que fué vuestro compañero y mi antecesor en este sitio, paso á exponeros algunas ligeras consideraciones acerca de las causas á que atribuyo la precipitada decadencia y total ruína de la literatura nacional, bajo los últimos reinados de la Casa de Austria. Pero

antes de entrar en materia, juzgo indispensable hacer una declaración previa para evitar juicios temerarios y erróneas suposiciones. La índole de mi trabajo me llevará naturalmente á tocar algunos puntos que se rozan más ó menos con la cuestión religiosa; y como la inadvertencia propia ó la malignidad ajena podrían dar margen á la torcida interpretación de mis opiniones, me conviene manifestar que doblo mi cabeza respetuoso y sumiso ante la inviolable santidad del dogma; pues no cabe el propósito de herirle en quien, como yo, además de creerle raudal de vida, abriga el convencimiento de que la religión no es sólo esencia purísima de las almas, sino imperiosa necesidad social, y no comprende la impía negación de Dios más que como enfermedad mortal, afortunadamente no contagiosa, de algunos entendimientos. Pero hay principios y sistemas que prevalecen ó han prevalecido en la gobernación de los Estados, y caen, por tanto, bajo la jurisdicción de la crítica y la historia: sobre ellos expondré mis ideas sin rebozo; y en la confianza de quien está de antemano seguro de vuestra tolerante benevolencia, examinaré de paso los resultados que, según mi leal saber y entender, han producido, con relación á España, las exageraciones del sentimiento religioso, el cuál, cuando no está moderado por la razón, suele precipitar, así á los individuos como á las sociedades, en los mayores y más abominables excesos.

Hecha esta declaración, que me importa dejar consignada, empiezo recordándoos un fenómeno singularísimo que presentan los anales de nuestra literatura patria, y no aparece ni se observa con tan señalados caracteres en los de ningún otro pueblo de Europa. La literatura,

monumento majestuoso del progreso humano, donde cada raza esculpe y fija, por decirlo así, los rasgos esenciales de su genio, no se exime de la ley común, que somete todas las cosas de la tierra á las varias mutaciones de la fortuna, y tiene sus períodos alternados de grandeza ó decaimiento, á medida que aumenta ó disminuye el influjo moral ó político del país que la ha producido. Obedeciendo á las fluctuaciones del gusto ó á circunstancias excepcionales, no es igual ni uniforme en época alguna el desarrollo de todos los géneros literarios: unos descienden, otros se elevan y otros se transforman; pero como todo movimiento intelectual es alma y verbo de la sociedad en que se desenvuelve, nunca se paraliza por completo en sus múltiples manifestaciones, sino cuando el pueblo, que le alimenta con sus sentimientos, creencias y costumbres, pierde su vida nacional, y aun entonces, como sucede con Polonia, la melancólica poesía, sentada en el sepulcro de la patria muerta, ó errante á orillas de extranjeros ríos, deja oír por algún tiempo sus cantos de desesperación y de guerra: Sólo España quebranta y contradice esta regla general, y ofrece el espectáculo tristísimo, á fines del siglo xvii, de una suspensión absoluta y simultánea de todos sus elementos de cultura. En el espacio de poco más de doscientos años asciende su rica y original literatura al apogeo de su grandeza, asombrando al mundo con sus magníficas creaciones; cae después en los delirios de la fiebre, y se extingue al cabo extenuada y cae en medio del mismo pueblo que le dió el sér y le infundió su savia generosa. Aquella divina lengua castellana, hecha, según la expresión de Carlos V, para conversar con Dios, no llega á ser, en sus producciones

literarias, más que un ruido confuso de vocablos reve-
sados, de frases enmarañadas como espeso bosque, de
soeces chocarrerías y rebuscados retruécanos. Nuestra
armoniosa poesía lírica, tan tierna en Garcilaso, tan ro-
busta en Herrera, tan candorosa en Fr. Luis de León,
tan flexible en los Argensolas y tan sentenciosa en las
composiciones que llevan, con justicia ó sin ella, el nom-
bre de Rioja, acaba, retorciéndose de dolor y angustia,
en brazos de los locos imitadores de Góngora, que ex-
tremen la obscuridad impenetrable de su modelo, y de
los discípulos ignorantes y presuntuosos de Baltasar
Gracián. La elocuencia sagrada, que habían depurado
y engrandecido Fr. Luis de Granada, Sigüenza, Malon
de Chaide y tantos admirables escritores místicos como
han honrado las letras españolas, se pervierte y degra-
da bajo el peso de bárbaros silogismos, absurdas hipér-
boles, hojarascosos conceptos y grotescas, cuando no
impías comparaciones. La historia, invadida de la incu-
rable dolencia que, iniciándose en el reinado de Feli-
pe III, se propagó á manera de gangrena por todo el
cuerpo de la literatura patria, condenándole á prematu-
ro fin, despide sus postreros resplandores en la *Historia
de la conquista de Méjico*, ya tocada de viciosa afecta-
ción, y calla acometida de mortal marasmo. Ni Hurtado
de Mendoza, ni Mariana, ni Moncada, ni Melo, encuen-
tran sucesores, y sólo de vez en cuando estalla alguna
chispa del genio que les inspiró (chispa cuya claridad
efímera sirve únicamente para hacer más pavorosa la
intensidad de las tinieblas), en los escritores políticos
que lamentan y lloran recelosos y amedrentados los de-
sastres de nuestra irremediable decadencia. La prosa
narrativa, elevada por Cervantes á la perfección más

alta, suelta, graciosa y aguda en nuestras novelas picarescas, grave y sonora en las relaciones de sucesos y viajes, intencionada en la pintura de las costumbres, siempre abundante y fluida, pasa aceleradamente desde su nativa pompa á la más alambicada hinchazón; intenta disimular en vano su progresivo empobrecimiento con falsos atavíos y abigarrados colores, y no pudiendo ser profunda, se hace ininteligible. ¿Qué más? El teatro, nuestro incomparable y prodigioso teatro, tesoro inagotable donde no hay sentimiento, ni pasión, ni lucha de afectos, ni contraste dramático, ni símbolo político y religioso, que no tenga su representación y su tipo, también se apaga y desvanece: Calderón asiste á su agonía, iluminándole con las postreras llamaradas de su genio, como el sol en su ocaso, ya rodeado de sombras, dora todavía con moribundo rayo los enhiestos picos de las montañas. Al finalizar el siglo xvii la fuente de nuestra inspiración nacional está del todo cegada; la ruína es completa y la lobreguez absoluta; no hay ramo alguno del humano saber que se salve del general naufragio; todo perece en él, ciencia y arte, fondo y forma, pensamiento y expresión. Nuestra inteligencia, y acaso nuestra conciencia, parece como que quedan atrofiadas.

Cierto que aquella enorme monarquía de Carlos V. se desplomaba al mismo tiempo como edificio envejecido y agrietado; que ya no infundían terror ni imponían la ley á Europa sus hasta poco antes invencibles tercios y formidables escuadras; que por los girones de su regio manto destrozado se descubrían sus miembros descoyuntados y enflaquecidos, y que acorralada á su vez por los mismos á quienes había humillado y escarneado en los días de prosperidad, falta de recursos, de soldados, de herói-

cos capitanes y de hombres de Estado, porque no era posible que los tuviese en medio de tan fundamental trastorno, apuraba en todas partes, en la tierra y en el mar, la copa de la amargura y la desesperación de su impotencia. Pero también es verdad que, á pesar de las calamidades sin cuento con que Dios la afligía y probaba, todavía España era España. Todavía poseía dilatados y fértiles dominios en el antiguo y nuevo continente; contaba con el esfuerzo y la lealtad de sus magnánimos hijos para defender su integridad y su derecho contra Europa coligada, en la sangrienta guerra de sucesión; tenía bastantes elementos para intentar algunos años más tarde la recuperación de las provincias italianas, que había perdido en la catástrofe de principios del siglo XVIII; pudo en aquel mismo siglo reconquistar coronas para regalárselas á los hijos de sus reyes, y finalmente, debía ofrecer al mundo acobardado y atónito, en los primeros años de esta centuria, el alto ejemplo de su épica resistencia contra las huestes de Napoleón I. España, pues, aunque quebrantada, maltrecha y exánime, alentaba aún, y, sin embargo, su literatura había caído en vergonzoso anonadamiento, presentando á la consideración de la crítica el fenómeno pocas veces visto, como antes he tenido ocasión de manifestaros, de un pueblo que sobrevive á su propia y característica cultura.

Digno de meditación y estudio es el contraste que resulta comparando este sombrío cuadro con el que ofrece otra nación más afortunada, la cual, sola en medio de los mares, bajo un cielo nebuloso y destemplado, con una lengua desabrida, conquista preeminente lugar en la civilización europea, y le conserva á pesar de la incesante mudanza de los tiempos: me refiero á Inglaterra. Tardíos

y lentos son sus primeros pasos en las vías del progreso; pero á medida que avanza, su marcha es más rápida y segura, y logra al fin ponerse al nivel, si no á la cabeza, de los pueblos más adelantados de Europa. Filosofía, ciencias, historia, poesía, oratoria sagrada y parlamentaria, crítica, todo lo abarca y nada se resiste á su potencia creadora, que resplandece sin interrupción desde el siglo xiv á la edad presente, siendo tan inmensa la pléyade de sus hombres extraordinarios, que al querer enumerarlos el ánimo vacila, temeroso de incurrir en injustificables omisiones é imperdonables olvidos. Shakespeare, como encarnación de esta espléndida literatura, muéstrase en la cúspide del Parnaso anglo-sajón, desde donde penetra con mirada escrutadora los ocultos repliegues del corazón humano para arrancar á las pasiones, esclavas de su genio, gritos verdaderos, desgarradores y sublimes. ¿Á quién no asombra la larga estela que traza la musa lírica inglesa desde Chaucer, el más antiguo de sus poetas, hasta Byron, el más celebrado de los modernos; estela en que resaltan, como astros en noche serena, los nombres inmortales de Spencer, Milton, Dryden, Pope, Burns, Southey, Shelly y otros muchos, quizás no inferiores aunque no tan conocidos? No es menor el catálogo de sus filósofos y sabios, entre los cuales descuellan, como elevadas cimas, los dos Bacon, Hobbes, Locke y el incomparable Newton, á quien la naturaleza descubre, como madre cariñosa, el secreto de sus leyes. Ni tiene término el número de sus historiadores famosos, como Goldsmith, Hume, Gibbon, Robertson, Hallam y otros no menos apreciados, que en los tiempos antiguos y modernos han levantado impecederos monumentos á la gloria de su patria, justamente orgullosa. Fatigaría vues-

tra memoria con la inacabable relación de los novelistas, críticos, metafísicos, jurisconsultos, moralistas, filólogos y oradores eminentes, sagrados y profanos, que ha producido aquella tierra, siempre fértil y nunca cansada; pero ya que prescindamos de esta enojosa tarea, porque vuestra erudición vastísima no há menester de vanos recuerdos, permitidme al menos que llame vuestra atención sobre una de las instituciones más civilizadoras que han surgido del ingenio de los hombres, y que bastaría por sí sola para eternizar la fama de un pueblo: hablo de la imprenta periódica. No nace en Inglaterra; pero allí arraiga, crece, toma carta de ciudadanía, y manifiesta todo su poder ese maravilloso instrumento de la razón que con su trabajo obscuro, pero continuo, como el de la gota de agua, mina el abuso, hace imposible la tiranía y transforma las sociedades; allí es donde ese amparo de los débiles, azote de la injusticia, clamor que nunca cesa y espada que jamás se embota, adquiere por primera vez el convencimiento de su fuerza para lanzarse resueltamente, burlándose de sus opresores, porque sabe que ha de sobrevivirlos, á la pacífica conquista del mundo moral. Mas ¿á qué cansaros? ¿En qué órbita de los conocimientos humanos, en qué género literario, en qué manifestación intelectual no ha dejado Inglaterra la radiante huella de su inspiración y su constancia? Tal vez ha tenido en su improbable trabajo desmayos pasajeros ¿qué atleta no los tiene? pero nunca eclipses totales y definitivos; ni ha cesado un solo momento en su exuberante elaboración de ideas, ni su literatura se ha estancado, corrompiéndose á modo de cuerpo muerto como la nuestra. Así ha podido atravesar incólume, con mayor ó menor brillo, si bien siempre robusta, el anchuroso espacio de cinco si-

glos, preñados de guerras desoladoras y alteraciones profundas, para llegar hasta nuestros días con poetas como Tennyson y Swinburne; con filósofos y sabios como Herbert Spencer y Darwin; con historiadores y críticos como Macaulay y Carlylle; con novelistas y escritores de costumbres como Lyton Bulwer y Dickens; con economistas, hombres de Estado y oradores como Stuart-Mill, Gladstone y Disraeli.

Pero su desarrollo nacional no se encierra en estos límites: paralelamente y con igual pujanza se desenvuelven todos sus gérmenes de grandeza; la industria, el comercio, la navegación y las artes liberales toman raudito incremento; la aristocracia, desdeñando los oficios palatinos, busca en el Parlamento, en la defensa de los intereses públicos y en empresas heroicas, la conservación de su influencia y la justificación de sus privilegios; la vida, en fin, desborda por donde quiera, y dilata el dominio de Inglaterra más allá de los mares, en América, Asia, África y Oceanía, en cuyas regiones se enriquece á menudo á expensas de nuestro carcomido imperio, con los miembros que se disgregan de él ó con el botín de guerra que el poderío del pueblo britano le arranca. Su vigorosa organización resiste sin conmoverse, así las injurias del tiempo como el fuerte empuje de las revoluciones modernas; y mientras otros pueblos miran con espanto todos sus elementos constitutivos podridos y disueltos, Inglaterra prosigue su marcha regular y ordenada á la sombra tutelar de sus instituciones tradicionales.

¿No os sorprende, señores, este estado de perpetua renovación y florecimiento al compararle con la estéril flaqueza á que llegamos en el siglo xvii, y de la cual

aún no hemos convalecido? Pues no busquéis su explicación en recónditas diferencias de raza, ni en desigualdades intelectuales que la sana crítica no admite y la experiencia desmiente: buscadla sólo, y la encontraréis de fijo, en un hecho asaz significativo que no se ha escapado á la penetración de la historia. Mientras España rodaba con los estremecimientos de la agonía hasta el fondo del abismo, y aferrada á sistemas opresores sentía helársele por grados la sangre en sus venas, Inglaterra conservaba, y conserva todavía, la portentosa actividad de su espíritu, á pesar de las recias conmociones políticas y religiosas que en épocas anteriores la trabajaron, ó merced acaso á estas mismas conmociones, porque supo, á costa de inauditos esfuerzos, tenaces luchas é incalculables sacrificios, recuperar, mantener y asegurar, por último, el derecho de los ciudadanos cuando otros pueblos le abandonaban ó perdían; siendo por esta causa quizás la primera nación de Europa que se ha valido, para avanzar en la senda de su cultura, de las dos irresistibles palancas con que puede removerlo todo el entendimiento humano: la libertad política y el libre examen.

¡Ah! ¡También nosotros, que consentimos á mudejares y judíos el ejercicio de sus respectivos cultos, aunque con las restricciones que á la sazón imponía en todas partes la rudeza de los tiempos, habríamos asegurado para siempre la integridad de la conciencia humana, si después de la toma de Granada no se hubiera inaugurado en nuestra tierra la más siniestra y prolongada persecución religiosa que registran los anales de la humanidad desde la caída del paganismo! ¡También gozamos de la libertad política en la forma incompleta con

que entonces se conocía, pero más regularizada, sin embargo, que en ninguna otra nación del continente europeo; también tuvimos nuestros fueros y nuestras Cortes, defensoras de las franquicias populares, hasta que en los áridos campos de Villalar cayó rota y deshecha la antigua y veneranda Constitución de Castilla! Quiso nuestra mala estrella, y ya el mal no tiene remedio, que á fines del siglo xv y comienzos del xvi se torciese y extraviase el curso de la civilización española para abrir camino expedito y llano á la fugaz grandeza de la dinastía austriaca, que tan aciaga nos ha sido, y cuyas consecuencias desastrosas sufriremos hasta que, Dios se apiade de nuestra heredada, mas no merecida desventura.

Bajo el régimen relativamente libre de nuestras instituciones seculares, el ingenio español dió sus primeros pasos con tal valentía de juicio, que indicaba lo que habría llegado á ser si no hubiesen cortado su vuelo el trastorno de nuestras leyes fundamentales y la recrudescencia del fanatismo. Indeciso y rudo en sus formas de expresión, é influido sucesivamente por literaturas más adelantadas, dominóle á veces el mal gusto, pero nunca careció de viril energía ni de osada independencia. Sin menoscabo de la fe religiosa, que fortalecía á nuestros antepasados en su lucha contra los musulmanes, ni relajación del principio monárquico á que rendían caballeroso culto, obsérvanse en las obras de nuestros primitivos poetas, novelistas é historiadores, en los *cancioneros* y *crónicas*, tanta rectitud de juicio y tan ingenuo atrevimiento, que al hojear sus páginas el ánimo se suspende y embelesa. Pontífices, reyes, prelados y magnates sufren su censura, no siempre templada y con-

tenida; persiguen con tosco é irritado lenguaje el abuso y la corrupción de las costumbres donde quiera que apuntan, en la plaza pública, en la corte, en los tribunales de justicia, hasta en el templo; el azote de su honrada indignación alcanza á las cosas más altas, y ningún temor le refrena. Hoy mismo no podrían darse á la estampa, sin escándalo de las almas timoratas, las amargas diatribas con que el arcipreste de Hita y Pero López de Ayala anatematizaron en su tiempo los vicios de Roma y el libertinaje del clero, entregado entonces á todos los desórdenes de la codicia y la concupiscencia; y el mismo aliento revelan, no obstante su origen cortesano, las sencillas relaciones de algunas de nuestras *Crónicas*, donde con feos colores se pintan la ambición de los grandes, las debilidades de los reyes y la desdicha mal remediada del pueblo, víctima siempre de las discordias de sus señores. El mismo varonil desenfado descúbrese en el *Romancero*, hasta en los *refranes* con que el vulgo muestra su desconfiada experiencia; pudiendo asegurarse que en los restos casi olvidados de la literatura patria, desde su origen hasta el reinado de los Reyes Católicos, es donde más fielmente se retratan el carácter y las virtudes de nuestra raza, aventurera, libre, generosa y expansiva.

Tan irresistible era el empuje con que nuestra cultura intelectual caminaba, que á pesar de la violenta pérdida de nuestras libertades bajo el cetro de Carlos V, y de la intolerancia feroz que empezó á desplegarse casi al mismo tiempo para atajar los progresos de la Reforma luterana, todavía el espíritu audaz y resuelto que animó á nuestros antiguos escritores dilató su influjo, aunque ya más debilitado, hasta bien entrado el siglo xvii, como

esos ríos de curso caudaloso que, al desembocar en los mares, llevan largo trecho por encima de las olas su impetuosa corriente. Poco á poco nuestro espíritu innovador y atrevido se extingue y apaga; pero ¡cuán hermoso es su crepúsculo! ¡Cuán vívida y refulgente la despedida de aquel sol que se esconde en las tinieblas de una noche profunda! Entonces la teología, que, removiendo las entrañas de la sociedad hasta en sus más ocultas fibras, compendia todos los conocimientos y pasiones de aquella época, ya vacilante en su fe, encuentra en España sus intérpretes más aventajados, y nuestros doctores son, por la solidez de su doctrina y prodigiosa elocuencia, admiración y pasmo del Concilio de Trento. Inquieren y ahondan nuestros místicos con ságar penetración todos los misterios de la lengua castellana, que adquiere bajo su pluma flexibilidad sorprendente, y consiguen expresar las abstracciones más metafísicas con claridad de concepto que haría bien en imitar la moderna filosofía. La poesía lírica se transforma influida por el gusto italiano; y si bien por esta misma razón es la menos original de nuestras manifestaciones literarias, contribuye, sin embargo, á la perfección y enriquecimiento del idioma, recogiendo sus armonías más íntimas, ennobleciendo sus palabras, dando novedad y soltura á sus giros, y añadiendo definitivamente á la lira española metros poco usados y cuerdas desconocidas. El estudio de la antigüedad clásica, que á la sazón despierta en Europa, presta á la Historia, sacándola de su humilde condición de crónica, formas majestuosas y sentencioso estilo. Desenvuélvese la novela, y el teatro, que debía reconcentrar andando los años toda la actividad de nuestro espíritu, cohibido en las demás esferas, anuncia ya el superior

destino que le aguarda. El generoso deseo de propagar la fe de Cristo, no sólo en las desconocidas regiones descubiertas recientemente por Colón, sino en los más apartados imperios de Oriente, donde nuestros misioneros buscan y alcanzan á menudo la inmarcesible palma del mártirio, abre anchos horizontes á la investigación científica, y reciben extraordinario impulso entre nosotros los trabajos geográficos, náuticos, físicos y naturales. No le recibe menor la enseñanza de las lenguas, hasta de las más incultas de América y Asia; y España, con la publicación de innumerables gramáticas y vocabularios, coordina y deja á la posteridad los elementos primitivos que más adelante debían dar origen á una nueva ciencia. ¡Qué explosión tan grandiosa la de nuestro genio nacional! El mundo todo se somete sin oposición á su influjo, y las prensas de París, Lyon, Bruselas, Amberes, Roma, Milán, Nápoles y Venecia multiplican y esparcen por todos los ámbitos de la tierra, en el nativo idioma ó en los extraños, las obras de nuestros teólogos, sabios, historiadores, místicos, novelistas y poetas.

Pero en medio de su fecundidad este movimiento intelectual mostraba los signos de próxima decadencia, y su exuberancia misma era quizás el síntoma más grave de la incurable enfermedad que debía poner breve término á su atormentada vida. Sujeto por innumerables trabas, nuestro pensamiento iba lentamente apocándose bajo la sombría, suspicaz é implacable intolerancia religiosa, que se abalanzaba sobre aquella sociedad indefensa, envolviéndola en sus invisibles redes para poder á mansalva extinguir con el hierro y el fuego las opiniones calificadas de sospechosas, hasta en lo más re-

cóndito del hogar y en lo más hondo de la conciencia.

En nombre de un Dios de paz, los tribunales de la fe sembraban por todas partes la desolación y la muerte; atropellaban los afectos más caros; ponían la honra y la vida de los ciudadanos á merced de delaciones, muchas veces anónimas, inspiradas quizás por la ruin venganza, por la sórdida codicia ó por terrores ó escrúpulos supersticiosos; relajaban los vínculos sagrados de la familia, imponiendo, bajo pena de excomunión, á los padres el ingrato deber de acusar á sus hijos, á los hijos la terrible gloria de vender á sus padres, á las mujeres la vergonzosa obligación de espiar á sus maridos, y una palabra indiscreta, pronunciada en el seno de la intimidad, hasta un movimiento natural é irreflexivo, eran causa bastante para sumir á un desgraciado en lóbrego calabozo, someterle á cruentas torturas, arrancarle la vida en medio de atroces suplicios, confiscar sus bienes y mancillar su memoria. El misterio más absoluto rodeaba estos bárbaros procedimientos: secretas eran las denuncias, secretas las declaraciones de cargo y descargo, secretas las pruebas, restringida y secreta la defensa, y sólo público el castigo. Ni el arrepentimiento de la culpa, ni la reconciliación con la verdad, mejoraban la triste suerte del sentenciado: si había incurrido en herejía y propagado el error; si el dolor del tormento había arrancado á su flaqueza la confesión de un delito, acaso imaginario, debía morir sin remedio, y penitente ó contumaz, vivo ó muerto, de todos modos pertenecía á la hoguera. La infamia de la pena alcanzaba á los hijos y no respetaba á los cadáveres; desapareció la piadosa inviolabilidad del sepulcro, y el fanatismo, feroz como la hiena, desenterraba al culpado para entregar su recuer-

do al oprobio, su efigie á la vergüenza pública y sus restos á las voraces llamas.

Ni la virtud más pura, ni la fe más acendrada, ni la santidad misma, estaban al abrigo de las pesquisas inquisitoriales ni de sus fieras persecuciones: varones venerables, más tarde canonizados por la Iglesia; eminentes prelados, doctores y teólogos sapientísimos, que habían confundido con su palabra los sofismas luteranos en el Santo Concilio tridentino; preclaros próceres encanecidos en el servicio de la patria; jurisconsultos y escritores de justa reputación, gemían bajo la pesadumbre de esta tiranía tenebrosa, que consideraba muchas veces como indicios vehementes de herejía la demasiada ciencia, la piedad sincera, el mérito superior reconocido; y á medida que la intolerancia religiosa iba estrechando su círculo odioso, apoderábase de las almas mejor templadas invencible desfallecimiento. «Vivimos en tiempos tan calamitosos—escribía aterrorizado á uno de sus amigos el ilustre filósofo Juan Luis Vives,—que no podemos proferir palabra, ni callar, sin riesgo;» y exhalaba esta desesperada queja cuando la Inquisición no había exagerado aún su recelosa vigilancia ni sus horrendos castigos.

Lejos de mí la absurda idea de sostener que en aquellos tiempos España fuese la única nación cristiana dominada por el fanatismo. La sobreexcitación del sentimiento religioso era entonces vivísima, dando lugar en todos los Estados de Europa, católicos ó protestantes, á crueles suplicios y catástrofes espantosas. En Alemania, Inglaterra, Francia y Suiza suscitó prolongadas revueltas; pero esto mismo contribuyó á que la persecución pasase en aquellos pueblos por las varias alternativas de la

guerra civil, á veces inhumana, á veces transigente, y á que no presen'ara como en nuestra patria, donde en realidad jamás hubo lucha, el carácter de una comprensión sistemática, continua y normalizada. Si no registra nuestra historia escenas tan horribles como la trágica noche de San Bartolomé, que fué no sólo la brutal explosión de los odios de secta, sino la ruidosa venganza de un partido, tampoco ofrece la menor interrupción en los rigores inquisitoriales; porque la intolerancia española, más que impetuosa y turbulenta, pecó de reflexiva y regularizada, sin duda para asegurar de esta suerte la duración y eficacia de sus dañosos efectos.

La tempestad fué arreciando con los años, y la severidad del Santo Oficio extremándose hasta el punto de que con alguna frecuencia los Sumos Pontífices tuvieran que intervenir con su au'oridad suprema para moderar el celo de aquel Tribunal sin misericordia. Pobláronse las cárceles de víctimas, que esperaban en estrecha incomunicación el fin, casi siempre funesto, de sus sigilosos procesos; multiplicáronse los *autos de fe*, y para mayor escarnio de todo sentimiento generoso, incluyéronse esas monstruosas ceremonias en el número de los festejos públicos con que se solemnizaban los prósperos sucesos de la monarquía; como si la agonía desgarradora de las infelices criaturas condenadas á morir en el fuego, fuera espectáculo regocijado y digno de una nación cristiana.

Cuando con tan persistente saña acorralaba las ideas hasta en el fondo del cerebro humano, no era posible que el fanatismo dejase á salvo el pensamiento vivo reproducido por la Imprenta; y para evitar la propagación de las doctrinas que el Santo Oficio tildaba de erró-

neas ó pravas, erigió en sistema permanente el mal ejemplo dado por Fr. Lope de Barrientos en el siglo xv, quemando la biblioteca del Marqués de Villena, y seguido posteriormente por el Cardenal Ximénez de Cisneros con los manuscritos árabes del reino de Granada. No satisfecho con esto, usurpó á la potestad civil el derecho de censura sobre los libros, forzándola á expedir pragmáticas rigorosísimas, en algunas de las cuales se imponía pena capital y perdimiento de bienes á los que imprimieran, vendiesen, leyeran ó conservasen obras incluidas en los interminables y frecuentemente renovados *Índices expurgatorios*. Comprendíanse en estas listas de proscripción del entendimiento humano, no sólo los libros conocidamente heréticos ó que contenían proposiciones de dudoso sentido, sino muchos más que, siendo ajenos á las cuestiones religiosas y tratando únicamente de materias científicas ó literarias, tenían el pecado original de haber sido escritos por autores sospechosos ó mal juzgados, sin que las exhortaciones repetidas de la Santa Sede lograsen libertar á algunas de estas obras del injusto anatema. Las restricciones de la censura y el miedo á la pena iban disminuyendo de día en día las publicaciones científicas y filosóficas; pero en cambio aumentaban considerablemente las recreativas, en que lo liviano del asunto y la licencia del lenguaje rayaban en cínica desvergüenza; y mientras se anotaban en los *Índices expurgatorios* libros tan llenos de unción cristiana como el tratado de la *Oración y meditación* y la *Guía de pecadores* del venerable Fr. Luis de Granada, corrían sin obstáculo en manos del vulgo, con la aprobación eclesiástica y laudatorias calificaciones, novelas obscenas y comedias de no muy edificante lectura.

La enseñanza pública, subordinada, como todas las manifestaciones de la razón, á la rígida disciplina sacerdotal, sufría también las consecuencias de esta angustiosa servidumbre. Nuestras gloriosas universidades, focos de instrucción sana y robusta, que habían resplandecido en tiempos mejores con brillo envidiable, desfallecían y se amortiguaban tristemente como lámparas abandonadas. Una dialéctica sutil, artificiosa y vacía, más ocupada en aquilatar las formas retóricas de la argumentación que el fondo de la argumentación misma, erizada de silogismos oscuros ó pueriles, reinaba en las aulas como despótica señora de las infelicias. El principio de autoridad dogmática, indiscutible, sagrado, alzabase escueto y soló sobre el silencio de la ciencia despavorida, que vivía, ó mejor dicho, agonizaba ahogada por la interpretación más ó menos favorable, pero siempre restringida de los textos bíblicos. Los catedráticos y maestros que revelaban alguna independéncia de juicio, eran calumniados, encarcelados, proscritos, sin consideración alguna, ni miramiento á sus méritos, servicios y virtudes. Desterróse el espíritu de investigación y de análisis, mutilando de esta suerte el pensamiento, y dejándole en mitad de su camino, ciego y sin guía. Las ciencias físicas y matemáticas enmudecieron, y la ignorancia más profunda ennegreció las almas; pero no esa ignorancia crédula y sencilla, propia de los pueblos primitivos, sino la ignorancia presuntuosa, obstinada, y para decirlo de una vez, incurable, que es el signo distintivo de todas las sociedades decrepitas y degradadas.

Porque la opresión envilece á las naciones tanto como la libertad las dignifica. España, al paso que decaía en todo, bajo el yugo de tan larga intolerancia, descendía

también al más miserable estado de desmoralización, como si el Santo Oficio y la tiranía, unidos en un mismo propósito, al comprimir violentamente el espíritu nacional, le hubiesen dejado abierto, para que no estallara, el único respiradero de la corrupción de las costumbres. No hay más que leer las obras de los escritores satíricos, y las *Relaciones* y *Avisos* particulares que se conservan del siglo xvii, para comprender de qué manera había sabido amalgamar aquella sociedad el misticismo y el libertinaje, compartiendo hipócritamente su tiempo entre la oración y la crápula, las procesiones y los adulterios, las novenas y los homicidios. Una moral laxa y acomodaticia había invadido todas las clases y condiciones, desde los favoritos y magnates de la corte, concusionarios y escandalosos, que creían acallar el remordimiento de sus conciencias turbadas empleando parte de sus rapiñas en fundaciones y mandas piadosas, hasta los salteadores de caminos, que resguardaban supersticiosamente sus pechos, cerrados á la clemencia, con imágenes de santos y escapularios benditos. La perversión era general; y como cuando el cuerpo social se inficiona de malos humores llega á todos sus miembros el virus deletéreo, ni siquiera el clero, encargado de la dirección de las almas, pudo preservarse del pestilente contagio.

Como no quiero lastimar los delicados y castos oídos del bello sexo, que honra este acto con su asistencia, prescindo de citar casos abominables, que suministra en abundancia la historia de aquel siglo, y tampoco evocaré el recuerdo de crímenes execrables é impíos, no siempre castigados como merecían, cuyos procesos duermen en los empolvados legajos de nuestros archivos;

pero si no me detuviera la consideración respetuosa que acabo de exponer, fácil me sería demostrar con numerosos ejemplos cuán hediondas y repugnantes eran las llagas de aquella sociedad, en apariencia tan temerosa de Dios. Dijérase que la nación entera había concretado y reducido el cumplimiento de todos sus deberes morales y religiosos á la práctica del culto puramente externo y á la absoluta abdicación de su pensamiento, al ver cómo la eran tolerados, si no legalmente permitidos, los mayores excesos y los vicios más reprobables con tal de que supiese cubrirlos con el velo de su devoción rutinaria y de su automática obediencia.

¿Es por ventura extraño que en medio de esta atmósfera viciada, comprimido por el fanatismo cada vez más intransigente porque cada vez iba siendo menos ilustrado, el genio español se postrara, falto de espontaneidad y de aliento? Apartado de toda comunicación intelectual con Europa, donde empezaban á germinar nuevas y fecundas doctrinas; aislado en su aparente grandeza, cohibido por el terror, apretado en los moldes de métodos filosóficos y científicos que no bastaban á contenerle, sin luz, ni aire, ni espacio, era irremediable que pereciera, y se cumplió su fatal destino. Cuando hubo agotado su caudal de ideas propias, no pudiendo reponerle, buscó en la retórica combinación de conceptos, en el juego de vocablos y en la inextricable agudeza de los equívocos, la novedad que de otro modo no le era lícito adquirir, y flaco y enfermizo intentó cubrir la vacuidad del fondo con la extravagancia de la forma. No habría llegado, ciertamente, nuestra literatura á tan deplorable estado, porque España no hubiese caído tan bajo como cayó entonces, si hubieran existido nuestras

libertades públicas; pero, por desgracia, habíalas destruído en su esencia el poder real, y el vano simulacro de nuestras Cortes carecía de fuerzas para reivindicar los menoscabados derechos populares. Sin embargo, el genio nacional hubiera podido acaso resistir á esta contrariedad y hasta vencerla, porque nunca la potestad civil, que no descansa en dogmas inmutables, sino que, por el contrario, está expuesta á la constante variación de los tiempos, puede sofocar en absoluto la emisión del pensamiento ni la voz de la conciencia pública; si las vicisitudes del siglo, el peligro común y la necesidad de la mutua defensa, no hubiesen confundido en un solo haz los intereses distintos, aunque no opuestos, de la religión y del Estado. Inicióse esta desastrosa amalgama, que tan fatales resultados produjo, en el reinado de Isabel y de Fernando, con la bárbara expulsión de los judíos, que privó á España de más de ochocientos mil ciudadanos industriosos y activos, con los crueles atropellos cometidos contra los moriscos de Granada, faltando abiertamente al espíritu y letra de las capitulaciones que precedieron á la entrega de la ciudad, y en las cuales se obligaron nuestros reyes por sí y á nombre de sus sucesores á respetar el culto de los vencidos, y con el establecimiento definitivo de la Santa Inquisición, que no se realizó sin arduas dificultades y sangrientos trastornos. Estas medidas en el fondo políticas, á pesar de su carácter aparentemente religioso, dieron origen á un sistema que se exageró después, cuando el César Carlos V, habiendo procurado en vano llegar á términos de avenencia con la naciente herejía luterana, cuyo rápido incremento le impuso, receló que el libre examen minaba con los mismos golpes la soberanía imperial y la

supremacía pontificia. Considerando la debilidad constitutiva de la dilatadísima, pero inconsistente monarquía encomendada á su dirección y gobierno, compuesta de provincias heterogéneas, esparcidas por todos los puntos de la tierra, sin trabazón ni enlace entre sí, con diverso origen, distinta lengua y contrapuestos usos, adquirió el íntimo convencimiento de que la unidad de fe era el único vínculo con que podía sostener la desconcertada unidad de su imperio. Sintiendo fuerte contra Roma calculó, sin duda, que le sería fácil resistir la tendencia absorbente, con la cual contraía tan estrecha alianza ofensiva y defensiva; pero se ocultó á su perspicacia que á la larga y en último término la inflexibilidad de la doctrina se sobrepondría á los intereses políticos, mudables de suyo, porque la fuerza de atracción residía entonces, como residirá hasta el fin de los siglos, no en lo modificable y temporal, que es el Estado, sino en lo permanente y eterno, que es la religión. Con inútil empeño pretendieron el Emperador y su hijo contrarrestar la influencia que habían solicitado y los avasallaba á la vez que los protegía, pues si bien en ocasiones lograron vencer al Soberano de Roma y hasta humillarle, constriñéndole al cumplimiento de sus compromisos, frecuentemente rotos, ú oponiéndose á sus exorbitantes pretensiones, el Pontífice, es decir, la cabeza visible de la Iglesia, acabó siempre por dominarlos y confundirlos, sobre todo á Felipe II y sus débiles sucesores. Lenta y sigilosamente el sacerdocio fué apoderándose del imperio, infundiéndole su espíritu, mermándole prerrogativas y atribuciones esenciales, compenetrándole, en fin, y transformándole como la espesa y tenebrosa selva del *Infierno* del Dante transfiguraba, en

nudosas raíces y retorcidos troncos, las almas de los desgraciados, condenadas por sus culpas á morar perdurablemente en aquel recinto espantable. Grandeza, voluntad, energía, fuerza, industria, comercio, todo fué arrollado por las negras olás de la monarquía teocrática, defendida por casi todos nuestros teólogos, singularmente por Mariana en su libro *Del Rey y de la institución real*, y por Rivadeneyra en su tratado *Del Príncipe Cristiano*. ¡Ah! si se levantaran de sus tumbas las desdichadas generaciones de nuestra España regida por los reyes de la Casa de Austria; de aquella España que empieza en Carlos I y concluye en Carlos II, harapienta, podrida, extenuada, que pierde en el espacio de dos siglos sus libertades, su supremacía, parte de sus dominios, sus ciencias, sus artes, su literatura, su genio y su gloria; de aquella España despoblada, saqueada por el fisco y comida del diezmo, pero llena de conventos, hermandades, cofradías y congregaciones, poseedoras de cerca de la mitad de la propiedad territorial; de aquella España, en fin, alumbrada por las hogueras de la Santa Inquisición, que persigue á los judíos, quema á los luteranos y expulsa á los moriscos con tan frío encono, que no ha podido aún borrar de la conciencia del mundo el recuerdo de estos trágicos horrores ni obtener su perdón; si se levantaran de sus tumbas, vuelvo á repetir, las desdichadas generaciones de aquellos siglos, engrandecidos quizás por la distancia y hermoseedos por la poesía, podrían decir á las almas soñadoras que se entusiasman con la memoria de lo pasado lo que es la teocracia; lo que es esa enfermedad social, larga y penosa, que mata con lentitud y aniquila insensiblemente, como esos árboles de la India, bajo cuya sombra el viajero

inadvertido busca descanso, se duerme y no despierta.

Cuando la Casa de Borbón recogió la vasta herencia de la dinastía austriaca, nuestra patria, sometida como estaba en el orden político, científico y religioso, á un poder indiscutible é irresponsable, que había imbuido en el ánimo de la multitud las más groseras supersticiones, debilitado su energía y modificado su carácter, era una masa humana atónita é inerte donde toda iniciativa individual se había extinguido. En realidad de verdad, España se presentaba como un pueblo muerto para los trabajos del espíritu: todavía, por la extensión de sus ricas posesiones y el recuerdo de su anterior poderío, influía algo en la marcha política del mundo; pero en la esfera intelectual mirábasela con el mayor desprecio, y hasta tal punto se acostumbró Europa á prescindir de su compañía en la senda del progreso, que hoy mismo, á pesar del tiempo transcurrido y de los radicales cambios por que la nación española ha pasado, le agobia y oprime con sus desdeñosas é inmerecidas prevenciones. Parece como que nuestra patria termina definitivamente su misión en el siglo xvii; estúdiense sus clásicos, como se estudian los restos de una civilización antigua; su literatura acaba generalmente para la crítica moderna en la época de Calderón, y desde entonces hasta nuestros días puede decirse que, fuera de contadas y honrosísimas excepciones, el genio español se revuelve estérilmente en la sombra, olvidado y desconocido, cuando no calumniado. ¡Ay! Por más que nos duela y lastime nuestro orgullo, fuerza es confesar que esta injusticia tiene explicación, si no disculpa. Nos quedamos tan rezagados que, al emprender de nuevo la interrumpida jornada, no nos ha sido posible, á pesar de haber vio-

lentado nuestra marcha, alcanzar á naciones que nos llevan más de un siglo de delantera. Nuestro pasado nos abrumba como maldición del cielo.

Aquí debería concluir, si me ciñese estrictamente al plan que me he propuesto; pero á riesgo de abusar más de lo justo de vuestra indulgencia, ya de fijo cansada, no puedo prescindir, obedeciendo á la ley de los contrastes, de conságrar un recuerdo, siquiera sea breve y compendioso, al período que abarca los reinados de Felipe V, Fernando VI, Carlos III y principios del de Carlos IV; período que considero, no como uno de los más brillantes, pero sí de los más fecundos de nuestra historia. Corresponde indudablemente á los cuatro reyes de la dinastía borbónica que he nombrado, principalmente á Fernando VI y Carlos III, el honroso timbre de haber inaugurado ó favorecido la lenta regeneración de España. No restituyeron al país sus perdidas y ya olvidadas libertades, ni restauraron las Cortes del reino, ni consintieron siquiera la más mínima desmembración de su poder absoluto: no era ésta la corriente de los tiempos. Pero celosos de la autoridad real, reivindicaron y recuperaron muchas de las prerrogativas y derechos que la potestad eclesiástica había usurpado; contuvieron las tendencias avasalladoras de la Iglesia; asestaron los primeros y más rudos golpes contra el odioso Tribunal de la Inquisición; templaron los rigores de la censura, y si no rompieron los hierros con que el fanatismo nos esclavizaba, tal vez porque se lo impidieron añejas é invencibles preocupaciones, alargaron al menos la cadena para que pudiera moverse con algún desembarazo nuestra conciencia entumecida. Bajo el patrocinio de estos monarcas bien intencionados, concordáronse con Roma

reformas transcendentales, favorables á las regalías de la corona; se instituyeron nuestras doctas Academias; fundáronse las *Sociedades económicas del país*, cuyos servicios fueron entonces de notoria importancia; se abrieron escuelas especiales de ciencias físicas, naturales y matemáticas, en vista de las resistencias que á acoger en su seno estos utilísimos estudios opusieron nuestras atrasadas é incorregibles Universidades, dominadas por el clero y donde sólo podía campar á sus anchas el árido escolasticismo; publicaron el P. Feijóo su *Teatro crítico*, que es la primera embestida dada á la grosera y supersticiosa ignorancia del vulgo; el Conde de Campomanes sus ilustrados *Informes* y luminosos *Discursos* acerca de las más arduas cuestiones políticas y sociales; Jovellanos sus inmortales obras, tan recomendables por el estilo como por la doctrina, y otros muchos escritores, todos insignes, meditados trabajos sobre ciencias morales y políticas, industria, comercio, náutica, artes y oficios, que contribuyeron á dar sana dirección y potentísimo impulso al renacimiento nacional, bajo tan buenos auspicios iniciado. Si la bella literatura, propiamente dicha, no fué tan de prisa ni tan lejos, tampoco permaneció estacionaria. Hay en la incertidumbre de sus primeros pasos algo que recuerda la flojedad del niño ó la postración del convaleciente; imita, pero no crea; rinde á los preceptos clásicos más culto de lo que á su espontaneidad conviene, y temerosa de incurrir en las aberraciones del siglo anterior, desdeña en cierto modo como peligrosos todos los elementos indígenas para entregarse, casi siempre falta de inventiva, á la ciega admiración de modelos extraños. Pero á pesar de todo, presta con su sencillez calculada, y quizás demasia-

do rígida, como protesta contra el exuberante y pedantesco desorden que antes la había corrompido, indisputables servicios á la cultura nacional; depura el gusto estragado, encauza las ideas, y si no acierta á menudo con los tonos de la inspiración verdadera, pocas veces se equivoca en apartar de sí lo que la estorba ó la daña. No había pasado el tiempo suficiente para que volviese del sopor y aniquilamiento en que cayó bajo el cetro de los últimos reyes austriacos, y harto hacía, cuando las causas de su perdición, aunque más debilitadas, no habían desaparecido del todo, con abrir el surco y arrojar en él la semilla que debía producir sus más sazonados frutos en nuestro siglo. Grande fué el esfuerzo, desapasionadamente considerado, y no hay derecho á exigir más de las pobres musas castellanas, que por primera vez después de dos largas y mortales centurias, veían penetrar un rayo de luz y de esperanza en el fondo del calabozo, por no decir del sepulcro, en donde aherrojadas yacían.

Pero sobreviene la catástrofe de 1808, que reinstala de improviso á nuestro pueblo, huérfano de sus reyes, en el pleno goce de su soberanía, y entonces, ¡oh providencial coincidencia! con la libertad que despierta sale también el genio nacional de su prolongado y perezoso sueño; aquella literatura pueril, metódica, encogida, robustece sus músculos y eleva su espíritu con el duro ejercicio de la guerra; la poesía lanza á los ecos de las montañas y de los valles, para sobreexcitar el sentimiento patrio, las estrofas más viriles, más líricas y conmovedoras que han resonado jamás en el Parnaso español; resucita la elocuencia, y desde la radiante tribuna de Cádiz, donde resiste intrépida y serena los estragos de

la peste, las bombas de los enemigos y las conjuraciones de la teocracia, anuncia y prepara con su verbo vibrante y heróico la redención de Europa. Una juventud inteligente, resuelta y generosa, á la cual pertenecían, por su entusiasmo ó por su edad, el gran Quintana, Gallejo, Toreno, Argüelles, los Duques de Frias y de Rivas, Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano y otros muchos que alcanzaron más tarde merecida fama en las Asambleas ó en las Academias, se agitaba movida por nobles aspiraciones; peroraba, escribía, cantaba, luchaba, y si era menester moría bajo el irresistible imperio de las nuevas doctrinas que daban calor á su sangre, luz á su mente, energía á sus corazones para el combate y abnegación á sus almas para el sacrificio. ¡Oh santa libertad, que no sólo rescataste á nuestro pueblo de la abyección moral en que se consumía, sino que, unida en firmísimo lazo con el sentimiento religioso, defendiste y nos conservaste en aquellos aciagos y memorables días el suelo sagrado de la patria; mil veces bendita seas!

Voy á terminar, temeroso de haberos molestado en demasía. Los ejemplos aducidos bastan, á mi juicio, para demostrar de un modo concluyente el pernicioso influjo que ha ejercido en nuestro desarrollo literario, conteniéndole ó viciándole, la falta de libertad política y de libertad religiosa; y no expongo en apoyo de mi tesis más recientes pruebas, porque no quiero herir susceptibilidades dignas de respeto con recuerdos dolorosos ó inoportunos. Por esta misma razón nada digo acerca del gran sacudimiento de ideas científicas, religiosas y sociales que todo cambio fundamental en las instituciones de un pueblo produce siempre, de lo cual dan claro testimonio en España el movimiento romántico de 1834,

que coincide con el político, y el movimiento filosófico que desde 1869 se observa entre nosotros como uno de los signos más característicos de la edad presente, tan insegura y agitada. Bien sé que al abrigo de la libertad política, y como inevitable resultado de la emancipación de la conciencia humana, salen á la luz del día y se manifiestan sin rébozo doctrinas absurdas, dudas impías, problemas espantosos é irresolubles y negaciones satánicas; pero por ventura, ¿el espíritu de rebeldía es menos terrible porque nos acometa en las tinieblas? Tan llena está de asechanzas la noche del entendimiento como la noche natural, que en el mundo de las ideas y de los seres animados, el fraude, el engaño, la perfidia y la traición se conciertan mejor y ofenden más á mansalva cuanto mayores son la obscuridad y el silencio. ¿Á qué imitar al ave medrosa que juzga sustraerse del peligro cuando oculta, para no verlo, la cabeza debajo del ala? Conozcamos el mal—ya que es irremediable que el mal exista—para salirle al encuentro sin el temor de que nos venza, pues sería desconocer la justa Providencia de Aquél que ha entregado la tierra á las disputas, pero no á la locura de los hombres, y que con mano invisible guía y empuja á las sociedades hacia su perfección por medio de innumerables obstáculos, escollos y precipicios. Combatamos el error cara á cara, partiendo el campo y el sol, con el raciocinio y no con la violencia, sin olvidar que la verdad misma, impuesta por la fuerza y no por el convencimiento, corre riesgo de hacerse insoportable y aborrecible. Ni la diversidad de opiniones, ni la contraposición de juicios, ni la variedad de creencias deben romper la fraternal comunidad del género humano, y ojalá reine alguna vez sobre la

superficie de la tierra la solemne y piadosa imparcialidad del cielo, que á todos, justos ó pecadores, creyentes ó escépticos, cristianos ó idólatras, por igual nos cobija y ampara. ¿Qué somos ni qué valemos para turbar con nuestro orgullo ó nuestra intransigencia la misteriosa armonía de las cosas creadas? Desde el majestuoso ritmo de los astros que giran en los espacios infinitos, hasta el sordo rugido de la lava que fermenta en el centro de las montañas; desde la estridente cólera del mar, hasta el manso murmullo de las hojas movidas por el viento; desde el trueno que sacude las nubes, hasta el rumor imperceptible que produce el gusanillo al arrastrarse por entre el césped, todos los ruidos y acentos de la naturaleza, los más discordantes como los más unísonos, los más consoladores como los más terribles, se juntan y convergen hacia el Criador en himno inmortal de alabanza; y del mismo modo en el seno de la humanidad, devorada por vagos y místicos anhelos, la queja del desgraciado y el júbilo del venturoso, la oración del creyente y la blasfemia del réprobo, la voz que niega y la voz que afirma, todo, en fin, lo que aparece ante nuestra razón limitada como contradictorio, inconciliable é irreductible, se confunde concertadamente en una aspiración suprema para llegar á tí, ¡oh Dios, en quien adoro y creo! y glorificar tu sabiduría, tu omnipotencia y tu misericordia.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA

AL DISCURSO DEL Sr. NÚÑEZ DE ARCE.

SEÑORES:

Tengo tal satisfacción en contestar al Sr. Núñez de Arce, que, poniendo á un lado todos mis otros quehaceres y venciendo mi natural desidia, me he apresurado á cumplir, en el término más breve, con el encargo que esta Real Academia me ha confiado.

Correligionario en política del Sr. Núñez de Arce y unido á él desde hace años por lazos de particular amistad, con sus triunfos estoy de enhorabuena. No creo, con todo, que el afecto me ciegue al juzgar los merecimientos del nuevo Académico. Como autor dramático ha sabido conquistarse envidiable celebridad, y como prosista tiene prendas que todos encomian, resplandeciendo entre ellas la energía de su estilo y la claridad y tersura de dicción, con que da mayor valer y realce á lo firme de sus convicciones y á la fijeza y serenidad de sus ideas y propósitos.

Por cima de estas cualidades, expresadas aquí harto á la ligera, sobresale una que por sí sola le hace digno del

puesto que viene á ocupar. El Sr. Núñez de Arce brilla y descuella entre los más notables poetas líricos españoles del siglo presente, durante el cual, no sólo en España, sino en toda Europa, la poesía lírica ha florecido como nunca.

Á más de la elevada inspiración y del brío y nobleza de sentimientos que las poesías del Sr. Núñez de Arce atesoran, la Academia no puede menos de considerarlas y estimarlas cual precioso dechado de versificación y de lenguaje.

Aunque no pudiera presentar el que va á sentarse entre vosotros títulos tan legítimos y valederos, me parece que bastaría el discurso que acabáis de oír para hacerle merecedor de honra tan señalada.

Con abundancia de datos y razones, que en manera alguna destruyen la amenidad y agrado del escrito, el Sr. Núñez de Arce ha tratado de demostrar y, á mi ver, ha demostrado el influjo que la intolerancia religiosa y la constante y terrible comprensión intelecual; de ella nacida, han ejercido en nuestra gran literatura.

No ya aquí, donde no estoy llamado á contradecirle, pero ni fuera de aquí, impugnaría yo, en lo substancial, discurso tan bien meditado, y cuyos asertos me parecen evidentes.

Mi contestación debiera, pues, limitarse á un elogio de lo dicho y á algunos comentarios, deducciones y notas, que bien se pueden añadir, porque siendo el asunto tan vasto, no hay pluma, por concisa que sea, que acierte á agotarle en una breve disertación; pero, sin que yo contradiga á mi nuevo compañero, no he de negar que su discurso suscita cuestiones y dudas difíciles de resolver, por lo cual, sin que aspire yo á resolverlas, nadie

extrañará mi deseo de plantear y de exponer las más importantes.

Yo no trato de invalidar argumentos y deducciones. Yo creo también que el fanatismo ahogó y marchitó antes de tiempo en España la lozanía y el florecimiento de una gran cultura propia y castiza. Tanto fué así que, en los últimos años del siglo xvii y primeros años del xviii, dicha cultura pereció consunta, hechizada y casi sin dejar sucesión directa, á semejanza de la dinastía bajo cuyo cetro había florecido, á par de la grandeza y crédito de aquel imperio vastísimo, dentro de cuyos términos estaba siempre el sol vertiendo su lumbre.

Después de la guerra de sucesión, con la nueva dinastía francesa, España se alivió, se restauró, despertó de su desmayo. Al restaurarse España, brotó en ella nueva cultura; pero, más bien que retoñar del antiguo tronco, arraigado en nuestro suelo, se diría que fué un injerto exótico lo que reverdeció con el jugo y la savia de lo castizo.

Nuestra admiración de lo extranjero nos hizo imitadores, harto serviles á veces, y llegamos, por último, con humildad lastimosa, á menospreciar lo propio, exagerando nuestras faltas y olvidando ó no reconociendo nuestros aciertos.

Sin duda que el levantamiento nacional contra los franceses, durante las guerras napoleónicas, nos devolvió la conciencia de nuestro gran sér como entidad política, y algo nos dejó columbrar de nuestro valer antiguo por el pensamiento y por la idea; pero este concepto de nuestra pasada civilización quedó confuso. Se fundaba más en la soberbia, en el sentimiento, en el amor propio patriótico que en razones claras. Todavía, aun

después de la guerra de la Independencia, los que se jactaban de más ilustrados seguían con poco disimulo desdénando nuestra literatura y tildándola de bárbara, tasando nuestras artes en mucho menos de su justo precio y negando toda importancia á nuestras ciencias y á nuestra filosofía.

La sumisión, el vasallaje, la obediencia de los españoles á Francia, no tuvo, en lo intelectual, ni Bailén, ni Zaragoza, ni Gerona, ni Dos de mayo en aquella época. Seguimos tan pacatos y tan humildes, que era menester para que celebrásemos algo nuestro, sin pasar por presuntuosos y ridículamente vanos, que los extranjeros nos diesen el ejemplo, la venia y hasta la noticia.

Sin que decidamos aquí si es calidad buena ó mala, es innegable que el vulgo en España, como en todas las demás naciones, tiene un orgullo instintivo con que siempre se admira á sí propio y se sobrepone al vulgo de otras tierras; pero en las naciones que decaen, la gente ilustrada, los que no son vulgo ó procuran no confundirse con él, á fuerza de maravillarse de los adelantos extraños, y con el prurito de mostrarse á su altura y de aparecer como seres excepcionales entre la multitud ignorante que los rodea, acaban por no estudiar, ni saber, ni aplaudir cuanto en lo castizo hubo de bueno y de glorioso. Hasta cuando, á fin de adular al vulgo, á quien desprecian, se ponen á ensalzar lo castizo, lo hacen por estilo ampuloso, donde se advierte la carencia de fe y la falta de crítica, y donde, más que la pasada gloria, suelen encomiarse los resabios de la perversión que dió al traste con ella.

Tal era nuestro estado hasta pocos años há. Algo nos vamos aliviando de la dolencia, pero no estamos sanos

todavía. Y, fuerza es confesarlo, en gran parte somos deudores del alivio á los alemanes. Los alemanes, más que nadie, ensalzando nuestras cosas como merecen, se puede afirmar que han contribuído muchísimo á que volvamos con amor los ojos hacia ellas. Basta citar los nombres de Lessing, Jacobo Grimm, Böhl de Faber, Huber, Federico y Guillermo Schlegel, Rosenkranz, Schulze, Bouterweck, Clarus, Diez, Depping, Tieck, Schack, Fernando Wolf, Jorge Keil, Halm, Manuel Geibel, Pablo Heyse, Leopoldo Schmidt, Dohrn, Hain, Schlüter, Storck, Geiger, Herder, Goëthe, Hoffmann, Regis, Fastenrath y el mismo Hegel, para traer á la memoria de los amantes de las letras cuán poderosamente han contribuído á sacarnos de nuestro abatimiento las alabanzas críticas, las traducciones, las bellas ediciones y hasta los comentarios de nuestros clásicos hechos por estos autores.

Nuestro descuido, nuestra postración y nuestra falta de gusto habían sido tan grandes, que hasta el año de 1829 no tuvimos en castellano una mediana historia de nuestra literatura. Antes, salvo el ensayo de Velázquez, sólo hubo estudios parciales como los de Sarmiento y Sánchez, la indigesta mole de los Padres Mohedanos, la apología algo pedantesca de Lampillas, las notas de Martínez de la Rosa al *Arte poética*, y los juicios de Mendivil, Silvela y Quintana. La historia de nuestra literatura apareció al fin, pero fué traducción de otra, escrita en alemán veinticinco años antes. Bouterweck la había publicado en su lengua y patria en 1804.

Cuando los Sres. D. José Gómez de la Cortina y Don Nicolás Hugalde y Mollinedo publicaron en 1829 dicha traducción, declararon que lo hacían *deseosos de suplir*

con ella la obra original de que carecíamos, por el descuido de tan útil estudio, debido á las guerras y trastornos y á la falta general de buena educación; ruda franqueza que denota á las claras cuál sería el estado de un pueblo donde dos modestos traductores se atrevían á decir tal improprio como quien dice lo más natural, sabido y confesado.

Desde entonces hasta ahora no han sido menores los trastornos y guerras que hemos tenido, y, sin embargo, ya no se notan ese desdén y ese abandono de nuestras glorias literarias, entre cuyos críticos ilustradores resplandecen Durán, el Marqués de Pidal, Milá y otros varios que no nombro porque pueden hallarse presentes y no quiero ofender su modestia. Queda, no obstante, en pie todavía este aserto de Durán: *Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro*. Á lo cual bien puede añadirse que lo que es la historia de nuestro teatro escrita por un alemán, por Schack, si bien ha hallado hábil traductor, no ha hallado público que la lea, y se ha quedado á medio traducir por desgracia.

Á pesar de todo, aunque muchos de nuestros autores siguen siendo más celebrados que leídos, en el día se conocen ya mejor y se estiman con más recto criterio. Nada ha influido tanto en esto como la *Biblioteca de Autores españoles*, publicada por D. Manuel Rivadeneyra, cuya gloria y merecimientos comparte uno de nuestros compañeros por haber logrado de las Cortes que el Gobierno le concediese su indispensable protección. Dicha *Biblioteca*, á más del texto bien enmendado y corregido de los autores, contiene un tesoro de noticias biográficas y bibliográficas y no pocos discursos preli-

minares y brillantes introducciones, que bien pueden formar unidos la historia de nuestra literatura, ó al menos una abundante y rica colección de materiales para escribirla. De esto se ha encargado un autor infatigable y diligente, lleno del espíritu crítico más sano y elevado; pero su trabajo no está terminado aún, faltando en él la época en que se presenta el fenómeno cuyas causas quisiéramos explicar aquí.

Lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusión, es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar, como en ciencias, letras y artes, es la edad del mayor fervor católico, de la mayor intolerancia religiosa: los siglos XVI y XVII. Pero si queremos circunscribirnos más y señalar el siglo de mayor auge, fecundidad y excelencia de las letras y del idioma patrios, marcar su siglo de oro, me parece que sin que me tilden de arbitrario, por más que se me dispute sobre diez años antes ó después, bien puedo poner este siglo entre los años de 1580 y 1680.

¿Por qué causas se pervirtió, se marchitó y se hundió rápidamente aquel gran florecimiento? Á nadie se le oculta que esta cuestión literaria está enlazada con otra cuestión política. ¿Por qué la grandeza, crédito y poder de la monarquía española cayeron también rápidamente, precediendo á su caída la de las letras?

No es fácil contestar á todo esto, y menos aún en breves palabras. Para filosofar es menester tener un exacto y cumplido conocimiento de aquello sobre que se filosofa, y debemos declarar aquí que hasta la misma historia política de la época á que nos referimos dista mucho aún de estar satisfactoriamente escrita, á pesar de algu-

nos ensayos, tentativas y compendios muy recomendables, entre los cuales se cuenta uno de un ilustre compañero nuestro que merece grande alabanza. Las cosas, sin embargo, de aquel período histórico se saben por lo general muy á bulto; y por otra parte, el espíritu de partido que ha tomado dicho período por campo de batalla para discutir sobre cuestiones que, valiéndonos de un término muy en moda en el día, son las más *palpantes*, nos puede cegar con su pasión y extraviarnos á todos, llevándonos por extremos opuestos á mucha distancia de la verdad.

Recientemente, por ejemplo, ha aparecido toda una escuela que, en contraposición de aquel abatimiento que nos hacía desdeñar nuestro pasado, le estima en lo que vale y aun quizás exagera algo su valor en lo literario y científico; pero sobre esta afirmación evidente ó al menos plausible, levanta un cúmulo de aspiraciones y propósitos, á mi ver, poco razonables. Cree que para que renazca aquel florecimiento literario, aquel movimiento intelectual, aquella primacía de España, convendría que volviese la nación al mismo estado político, social y religioso. Es como si los griegos, mirando su postración y su relativa inferioridad en el día presente con respecto á otras naciones de Europa, recordando que eran el primer pueblo del mundo en tiempo de Pericles, y subordinando los altos intereses transcendentales de la religión á consideraciones estrechas de interés nacional, volvieran á adorar á Júpiter y á Minerva y renovasen los misterios eleusinos.

No pocos sabios italianos de la época del Renacimiento, resplandeciendo entre ellos el impío Machiavelli, incurrieron en tan extraña manía. Al ver humillada á Ita-

lia, hollada y ensangrentada por los extranjeros, y al presentarse vivas en la memoria de ellos las grandezas de Roma, llegaron á aborrecer el cristianismo y á soñar con la religión de Jano bifronte y con las instituciones litúrgicas de Numa y de Tarquino Prisco. Esto, por un lado, es infinitamente mayor disparate que el soñar, siendo español, en que volvamos á la edad de Felipe II, por ejemplo, porque al fin, de lo que somos ahora á lo que entonces éramos no hay tanta diferencia, ni ha habido cambio en el sér de la civilización general del mundo, ni menos aún en el principio sublime y en la doctrina salvadora que la informan con su espíritu; pero, por otro lado, los españoles que piensan hoy como hemos dicho, tienen menos disculpa que los italianos de entonces, porque entonces se concebía la historia como un eterno volver al mismo punto, y se creía que para restaurar los Estados y las civilizaciones convenía retroceder hacia su origen, mientras que ahora apenas hay quien se atreva á negar y quien no sienta y vea la marcha indeclinable de las cosas humanas en su conjunto hacia un término de perfección, sin duda inasequible en esta vida terrena, pero que las atrae por ley providencial, y no limitando el libre albedrío en aquello de que debe responder cada individuo, las lleva por nuevas fases y evoluciones, sin dejarlas nunca volver al punto de que partieron. Así, pues, nos parece menos razonable, bajo este concepto, el que un español de ahora sueñe en que se regeneraría su patria volviéndola á lo que fué en pensamientos y creencias en tiempo de los tres Felipes, que el que Machiavelli soñase en que renacería la antigua preponderancia romana con volver al estado y manera de ser de la edad de Tito Livio.

Por otra parte, aunque diésemos por indiscutible la singular grandeza de nuestro país en los siglos XVI y XVII y la conveniencia de volver á las instituciones, ideas y costumbres de entonces, suponiendo que lo que entonces pudo producir aquella grandeza debe también producirla ahora, aún nos quedaría por demostrar si aquellas instituciones, aquellas ideas y aquellas costumbres fueron la causa de la grandeza, ó si, por el contrario, la grandeza nació de otras causas, y dichas instituciones, ideas y costumbres lo que trajeron consigo fué la corrupción y la rápida decadencia. Éste es verdaderamente el punto controvertible. La distinción que hacemos es muy clara. Se comprende que alguien, enemigo en el día de la intolerancia religiosa y del absolutismo monárquico, ó sostenga que entonces aquello fué bueno y útil en España, ó afirme que al menos no puede ni debe presentarse como causa de nuestra caída política, social y literaria, ya que hubo intolerancia religiosa y absolutismo monárquico en otros países durante el mismo período, y dichos países se levantaron, mientras que España cayó como en profunda sima.

Fijada así la cuestión, y limitándonos solamente á la literatura, vamos á hacer algunas ligeras observaciones, procurando mostrar la mayor imparcialidad en todo. Para ello conviene sin duda no dejarse arrastrar de la vanidad patriótica; pero conviene también no dejarse seducir por tantos y tantos autores extranjeros, protestantes ó racionalistas los más, que por odio á la religión católica y hasta por envidia póstuma de nuestro poderío de entonces, procuran denigrarlo todo, ponderando nuestros yerros, imputándonos mil maldades y encubriendo no pocas excelencias y glorias. Larga es la lista

de los autores que no hablan de España sino para decir injurias crueles. Limitémonos á citar como modelos en este género al americano Draper y al inglés Buckle.

Hasta en los benévolos y aficionados á nuestras cosas se descubre á veces el estrecho espíritu de protestantismo y el aborrecimiento á la civilización católica que perturban su juicio, y los llevan ora á no comprender bien mucho de lo que tuvimos de bueno ó de hermoso, ora á encarecer lo feo y lo horrible.

Á pesar del respeto y gratitud que debemos al americano Jorge Ticknor, autor de la historia literaria de España más completa que se ha escrito hasta ahora, no se ha de negar que peca bastante en el mencionado sentido. Pongamos, como muestra de que no comprendió bien lo bueno y hermoso, el frío, pobre y somero juicio que forma y emite acerca de *Los nombres de Cristo* de Fr. Luis de León. En una parte, no ácierta á ver en este libro más que una serie de *largos discursos declamatorios*; en otra parte, juzgándole algo más detenidamente, pone dicho libro como *singular testimonio de la devoción, elocuencia y ciencia teológica de los españoles de aquella época*, con lo cual no se compromete mucho ni en pro ni en contra: añade que hay en dicho libro un sermón (¿y por qué no muchos sermones?) que no cede en mérito á ningún otro en cualquiera lengua, y acaba por considerar el libro como una colección de declamaciones. Infiérese de todo ello que Jorge Ticknor no ha leído el libro, le ha hojeado sólo y no le ha entendido bien, concretándose á estimar, no el fondo, sino la forma, esto es, la prosa rica, castiza y pura, por la cual coloca á Fr. Luis entre los grandes maestros de la elocuencia española.

Para nuestros dramas sagrados y autos, más son las censuras acerbas que las alabanzas de Ticknor. De Tirso ni mienta siquiera *El Condenado por desconfiado* (salvo en nota y al hablar de *La Devoción de la Cruz*, de Calderon), concretándose á afirmar que sus dramas á lo divino *compiten en extravagancia con los de los demás autores, aunque no los aventajan, porque era difícil llegar á más.* Con *El Burlador de Sevilla* no se muestra Ticknor más piadoso, por más que el genio de Mozart haya ido *familiarizando á la sociedad culta y elegante*, esto es, á la gente que no vive en España, *con sus sombríos y chocantes horrores.* En suma, Tirso, cuya *Venganza de Tamar*, cuya *Prudencia en la mujer*, así como otros dramas trágicos y heróicos, ó no conoce ó no recuerda Ticknor, no es más, para este crítico, harto desprovisto del sentido de la poesía, que un poeta cómico, fácil, chistoso, buen versificador y buen hablista; pero indecente, inmoral, chocarrero, deshonesto y extravagante.

Por los ejemplos citados se puede calcular lo poco que levanta el vuelo el entusiasmo de Ticknor para encomiar á nuestros autores. Traduzcamos y compendemos, para que la frialdad ó el desdén de Ticknor resalte más, algo de lo que dice Schack de Tirso en las 57 páginas, casi todas de alabanzas, que le dedica: «Si bien tenemos que lamentar la pérdida de muchas obras del fecundo Maestro, aún nos quedan bastantes para que con ellas se conciba agotada la más débil fuerza productiva de muchos famosos poetas, y para que nos llene de pasmo la inexhausta inventiva de quien las compuso. La abundancia y variedad de estas obras es tan grande, que es empresa difícilísima el caracterizarlas y clasifi-

carlas. Tirso es un encantador que sabe tomar las más diversas figuras. Apenas creemos que nos apoderamos de su fisonomía, cuando toma otra. El brillo de su poesía forma mil iris y cambiantes, y burla nuestro empeño por reflejarle en el espejo de la crítica. Las mismas faltas del autor, que no pueden negarse, están circundadas y como vestidas de tan deslumbradores destellos poéticos, que es fuerza apoyarse en toda circunspección para no entregarse á una admiración sin límites por sus dramas. El teatro de Tirso se parece á aquel país de las hadas, que nos pintan los poetas románticos, donde cautivan los sentidos y el corazón del peregrino sonos misteriosos y embriagadores perfumes; donde serpentean mil sendas que ya le llevan por lozanos verjeles, ya por amenos valles, desde abismos que causan vértigo hasta montañas que tocan el cielo, y donde se oye en las grutas la voz burlona de los gnomos y de los duendes, y los silfos se mecen en el aire, y el sol de la poesía, hasta sobre los caminos extraviados, hasta sobre los derrumbaderos y precipicios, vierte su lumbre encantadora. Por cierto que debe de ser muy frío el crítico que no sienta deseo de abandonarse sin reparo á poesía tan hermosa, y muy poco capaz de sentirla y comprenderla el que no conozca que hasta aquello que pasa por defecto, según reglas rutinarias, es belleza relativa, considerado como parte necesaria de un grande organismo y como emanado de un alto espíritu poético, genial y espontáneo.»

Schack, como Ticknor, ve en Tirso un poeta cómico, pero no grosero, ni chabacano, sino todo lo contrario. «¡Cuán distinto, dice, es el chiste siempre poético de Tirso, de las sécas frialdades que suelen llamarse chistes

entre nosotros! Como abeja entre rosales vaga volando el genio del poeta en el jardín florido de la fértil poesía. Es verdad que como la abeja tiene aguijón, pero también tiene miel. Tirso no perdona á los poderes del cielo ni á los de la tierra; pero con el dulce bálsamo de la poesía sana al punto que hiere. El atrevimiento de sus arranques satíricos contra los grandes de la tierra, contra la corte y los cortesanos, contra los frailes y los clérigos, es singular en la literatura española, y causa maravilla la libertad de la escena, donde resonaban públicamente tales sátiras en un tiempo en que el poder de la Inquisición había llegado á su apogeo.»

Si no nos llevase esto muy lejos de nuestro propósito, aún traduciríamos ó extractaríamos más del encomio que Schack hace de Tirso.

No podemos resistir, con todo, á la tentación de poner aquí otros tres ó cuatro párrafos aislados: «También para el idilio puro, sin mezcla de sátira, posee Tirso un incomparable talento, y aprovecha con predilección todas las ocasiones que se presentan para lucirle; pero sus creaciones de esta clase no se parecen en nada á aquel linaje afectado de poesía pastoral que gustó tanto en toda Europa, sino que son la existencia real y las pasiones mismas de los campesinos españoles, realizadas y presentadas poéticamente con hechicera candidez y con frescura y vivacidad inimitables.» Como poeta trágico, dice Schack de Tirso al hacer el análisis de *La venganza de Tamar*: «Sólo pocos poetas españoles han levantado á tanta altura la poesía como Tirso en esta obra maestra.» Como poeta heroico-dramático, le ensalza aún más al hablar de *La prudencia en la mujer*. Como poeta psicológico que penetra con escrutadora mirada en lo

más profundo del corazón, le encomia sobre todo en *Escarmientos para el cuerdo*; y, por último, como poeta dramático á lo divino, casi le pone Schack por cima de todos los demás poetas al examinar su *Condenado por desconfiado*, obra que «en rasgos de fuego lleva impresa la huella del espíritu religioso de entonces, extraño espíritu, apenas comprensible para los hombres de ahora.» «Aunque Tirso, dice Schack al terminar el análisis, no hubiera escrito más que este drama maravilloso y hondamente conmovedor, nadie podría negarle el título de gran poeta.»

Con lo dicho se ve la contraposición. Para Ticknor, Tirso no pasa de ser un fraile ingenioso, deslenguado y verde, sainetista chocarrero y satírico; para Schack, es un gran poeta por todos estilos. Dudamos de que en elogio de Shakespeare pudiera decir mucho más que lo que en elogio de Tirso dice. La divergencia que se advierte en este caso particular se pudiera advertir y señalar en otros muchos, por lo cual, si aun conocidos los hechos cada uno los juzga á su modo, ¿qué esperanza hay de que se convenga en las causas?

En algo, sin embargo, es menester convenir. Pongamos, pues, como fuera de duda que las dos más bellas manifestaciones del ingenio español en los siglos xvi y xvii son la poesía épico-popular y la poesía dramática: los romances y el teatro. Añadamos á esto la novela en prosa, pues aunque no tuviésemos más que el *Quijote*, eclipsaríamos aun todas las otras literaturas. No se puede negar además que en poesía épica artificial y erudita tenemos una copia asombrosa de obras estimables; en la lírica no somos inferiores á ninguna otra nación durante el mismo período; nuestros historiadores de entonces

tal vez venzan á los de los demás pueblos en calidad y en número, y poseemos, por último, notables juriscónsultos y escritores políticos, y un rico tesoro de místicos y de ascéticos.

Importa declarar, no obstante, que de todo esto más se ha estudiado hasta ahora la forma que el fondo. Ya tenemos historia de la amena literatura, de las obras de entretenimiento; pero la substancia de la cultura española y el desenvolvimiento intelectual de nuestro espíritu, están poco estudiados.

¿Por qué negarlo? Casi nadie lee en el día nuestros libros de devoción. Si los hojea algún aficionado á las letras, suele prescindir de las ideas, y sólo se para en lo sonoro de las frases, en lo castizo de los giros y en la riqueza y primor de la lengua. Y, sin embargo, ¿qué análisis psicológico más sutil y atinado, qué metafísica más profunda, qué admirables intuiciones de lo infinito en su relación con lo finito no suele haber en ellos? El señor Rousselot, un francés, ha sido el primero que críticamente ha desentrañado y expuesto algo de aquellas doctrinas, y, aunque su obra deje mucho que desear, debemos inclinarnos agradecidos, pues nadie en España lo había hecho mejor, ni acaso de ningún modo, antes de que él lo hiciera.

Rousselot, como casi todos los franceses cuando tratan de nuestras cosas, no puede prescindir de hacernos un disfavor al lado de un favor. Es cierto que da á conocer á nuestros místicos y expone su filosofía; pero afirma que jamás hemos tenido más filosofía que la de ellos. Sentencia es ésta de la que podemos apelar, pero de la que no podemos quejarnos, porque nuestros sabios modernos van más allá aún en el desdén. El importa-

dor de la filosofía krausista en España y uno de sus más aventajados discípulos, en artículos recientes, por otra parte merecedores de alabanza, afirman que la imaginación estética ha sido bien cultivada en España y ha dado sazonado fruto, pero que la razón no; que hemos tenido buenas comedias, novelas y otras obras de pasatiempo; pero que en ciencias y en filosofía hemos valido poquísimos, sin duda porque la comprensión intelectual y el fanatismo religioso han tenido como embotada y atrofiada, en nuestra alma, una de sus más nobles facultades.

Ya se entiende que tan cruel afirmación se refiere á los últimos siglos, y no á la Edad Media ni á las antiguas edades. En la Edad Media convienen todos en que hemos tenido notabilísimos sabios, filósofos y pensadores, aunque, más que ortodoxos, mahometanos y judíos. Eruditos y críticos extranjeros lo ponen fuera de duda (1): Renan estudiando á Averroes y su prodigiosa

(1) Menester es no olvidar aquí, como muy honrosa excepción, los *Estudios* sobre el famoso Raimundo Lulio, publicados, pocos años há, por nuestro compañero D. Francisco de Paula Canalejas. El filósofo mallorquin está, en dichos *Estudios*, juzgado con profundidad, si bien quizás más encomiado de lo justo; pero algo se ha de conceder á la reacción, que no pueda menos de dejarse sentir en esto como en todas las cosas.

Lulio había sido harto maltratado por muchos autores, entre los cuales no pocos españoles. El P. Feijóo le desprecia en sus *Cartas eruditas*; y en aquella graciosísima sátira literaria de *El Café*, donde no sabe uno de qué admirarse más, si del ingenio, salática y rico tesoro de chistes del autor, ó de su mezquina crítica, y donde queda en duda si D. Pedro es más pedante y más insufrible que D. Hermógenes, Moratin se burla del pobre Raimundo Lulio con un epigrama indeleble.

Colocan muchos entre los lulianos á Raimundo Sabunde, filósofo del siglo xv, que tuvo gran celebridad también en tierras extrañas. Montaigne le tradujo al francés; pero yo entiendo que no porque Montaigne se entusiasmase con Sabunde, sino por cumplir un mandato de su padre. En la *Apología de Sabunde*, que es el más extenso de los *Ensayos*, le elogia mu-

influencia en la filosofía escolástica y del Renacimiento, y Munck, Franck, Sachs, Geiger y David Cassel, traduciendo las obras ó encomiando y celebrando las doctrinas de Ibn Gebirol, de los Ben-Ezrá, de Maimónides, de Jehuda de Toledo y de otros, compatriotas nuestros y gloria de España, por más que no fuesen católicos.

Pero el amor patrio nos ha hecho clamar contra el desprecio por nuestra ciencia, y sobre todo por nuestra filosofía, desde el Renacimiento hasta ahora; y han surgido celosos defensores de que hubo filósofos en España y hasta verdadera filosofía española, entre los cuales merecen citarse nuestros compañeros correspondientes D. Gumersindo Laverde y D. Adolfo de Castro, el joven Sr. Menéndez Pelayo, y los Sres. Ríos Portilla y D. Luis Vidart, el cual hasta ha formado y publicado un tomo de apuntes para la historia de nuestra filosofía.

Fácil nos sería citar aquí multitud de nombres de peripatéticos, platónicos, estóicos y ecléticos, entre todos los cuales se levantan, á lo que parece, Vives y Foxo Morcillo. Pero francamente: se citan estos nombres, se supone que valieron mucho los sabios que los llevaron, y apenas sabemos lo que dicen, porque casi nadie los ha leído. Las pocas obras filosóficas que, como tales, ha publicado la biblioteca de Rivadeneyra, nos compungen y descorazonan. Quedan, pues, hasta el día, como único

cho, no obstante: le llama *très suffisant homme et ayant plusieurs belles parties*; y asegura que «el propósito de Sabunde es atrevido y valeroso, ya que acomete la empresa de establecer y probar con razones humanas y naturales, contra los ateístas, todos los artículos de nuestra religión; en lo cual, á decir verdad, le hallo tan firme y dichoso, que no creo posible hacerlo mejor en este negocio, y me parece que nadie se le ha igualado.»

tesoro filosófico español de los siglos XVI y XVII, algo conocido y explorado por la crítica moderna, los místicos y quizás un poco de los teólogos dogmáticos. Y debemos perdonar á los eruditos y aficionados del día, porque es pedir heroicidades pedir que alguien se ponga con paciencia á estudiar y á extractar volúmenes en folio, en latín casi todos, á fin de resumir, exponer en castellano y juzgar doctrinas que á pocos españoles interesan, y que nadie se tomaría el trabajo de leer con atención para entenderlas, achacando lo de que no las entendía á lo enmarañado del lenguaje.

Sea, pues, por lo que sea, no se puede negar que queda algo en duda si hemos tenido ó no, en la época á que nos referimos, verdaderos y grandes filósofos. Pero demos por supuesto que los hubo, como presentimos y creemos y deseamos, aunque no lo sepamos de fijo. Demos también por supuesto que tuvimos entonces médicos, matemáticos, naturalistas y filólogos insignes. Afirmemos que no quedó ramo de actividad del espíritu en que no floreciésemos; que nuestros publicistas abrieron á Grocio el camino; que nuestros teólogos prevalecieron en Trento; que Melchor Cano inventó una ciencia nueva; que en las artes del dibujo vencimos á todos los pueblos menos á Italia; que tuvimos arquitectos gloriosos, hábiles escultores en piedra, bronce, madera y barro, plateros y joyeros rivales de Celini y hasta herreros admirablemente artísticos; y que nuestra música, que duerme olvidada entre el polvo de los archivos de las Catedrales, compite con la italiana y puede presentar nombres, que debieran ser ilustres, como los de Salinas, Monteverde, Pérez y Gómez. Júntense á todo ello nuestras riquezas poéticas y literarias, ya que la amena lite-

ratura de entonces nos es bien conocida, y tendremos un florecimiento intelectual asombroso y adecuado á nuestra grandeza política como nación.

Pero lo dicho, en vez de resolver la duda, la complica y la hace más difícil. ¿Qué causa hubo para que tanta fecundidad, tanta exuberancia, tanta virtud especulativa, tanta vida del alma, se secase de súbito y hasta se olvidase, aun entre nosotros que la habíamos vivido, viniendo á caer España en un marasmo mental, en una sequedad y esterilidad miserable de pensamiento, ó en extravíos bajos y ridículos, de todo lo cual no salimos sino para seguir humildemente á los extranjeros, como satélites sin espontaneidad, como admiradores ciegos y como imitadores casi serviles? ¿Qué causa hubo para tal abatimiento, del que no hemos salido del todo? La perversión vino primero, y la degradación después. Desde las obras de ambos Luises, de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, descendimos á las del P. Boneta y á las de otros más deplorables, que sirvieron de modelo á Fr. Gerundio; de las comedias de Calderón, pasando por Cañizares y Zamora, llegamos á Comella, Luis Moncín y Fermín del Rey, arquetipos de D. Eleuterio; desde Garcilaso, Rioja y los Argensolas, bajamos á Montoro, á Benegasi y al cura de Fruime; y desde el romancero del Cid, que Hegel pone por lo más noble, bello, real é ideal á la vez, que ha inspirado la musa épica después de los poemas de Homero, fuimos humillándonos hasta no producir sino romances de guapezas y desafueros de bandidos, como el de Francisco Esteban; de chocarrerías y desvengüenzas, como el del *fraile fingido*; de falsos y absurdos milagros, y hasta de fenómenos raros y monstruosos, como el de la mujer que parió trescientos hijos

de un parto. Así justificamos toda la burla de los pseudo-clásicos á la francesa.

¿Fué causa de la humillación el despotismo de los reyes austriacos? No se niega que los reyes austriacos fueron despóticos; pero esté mal no fué exclusivo de España. El movimiento general en toda Europa era entonces hacia la concentración del poder en manos de los monarcas, y nunca llegó á tanto en España como llegó en Inglaterra bajo los Tudores, y en Francia bajo el que llamaron Luis *el Grande* y dió nombre á su siglo. Inglaterra y Francia se levantaron con todo bajo aquellos despotismos, mientras que España descendía.

¿Fué la atroz crueldad de la Inquisición la que atajó el vuelo de nuestro espíritu, ahogando en sangre nuestra cultura? Miradas imparcialmente las cosas, parece que no. Pues qué, ¿en los demás países no se atenaceaba, no se quemaba viva á la gente, no se daban tormentos horribles, no se condenaban á espantosos suplicios á los que pensaban de otro modo que la mayoría? La Inquisición de España casi era benigna y filantrópica comparada con lo que en aquella edad durísima hacían tribunales y gobiernos y pueblos en otras regiones, donde, lejos de decaer, se han levantado. Todos los moros, judíos y herejes castigados ó quemados en España por la Inquisición durante trescientos años, no igualan en número, por confesión de Schack, á sólo las infelices brujas quemadas vivas en Alemania nada más que en el siglo xvii. En Francia, sin contar los horrores de las guerras civiles, sólo en la espantosa noche de San Bartolomé hubo más víctimas del fanatismo religioso que las que hizo el Santo Oficio desde su fundación hasta su caída. De Inglaterra no hay que hablar: pueblo enton-

ces más bárbaro y feroz que el centro y el mediodía del continente europeo, derramaba la sangre á torrentes.

Nosotros tuvimos cinco años en la cárcel á Fr. Luis de León, però no padeció tormento, y al cabo se declaró su inocencia. En la cárcel pudo escribir el libro divino de *Los nombres de Cristo* y otras obras inmortales. En otra nación, y con los mismos émulos que aquí tuvo, quizá no hubiera salido tan bien. No hay que olvidar que á Vanini le arrancaron la lengua con unas tenazas en Francia; que á Bruno le quemaron vivo en Roma; que en Inglaterra ajusticiaron á Tomás Moro, y que á nuestro compatriota Miguel Servet le hizo matar Calvino en Ginebra.

Por más que hayan querido los protestantes engalanarse con el lauro de que la libertad religiosa vino por ellos, la Historia les niega este lauro. Guizot, protestante, tiene la franqueza de confesarlo. Toda secta disidente ha sido tan fanática y tan intolerante ó más que los católicos durante la lucha. Sólo los progresos de la razón, con la imposibilidad de exterminarse unos á otros, trajo la tolerancia, y la libertad en pos de ella, la cual no ha nacido del seno de ninguna Iglesia, sino de la conciencia humana en general, iluminada al cabo por el verdadero espíritu de Cristo y comprendiéndole con rectitud.

¿Se originó quizá la perversión y corrupción de nuestra ciencia y literatura de la ignorancia de los inquisidores? Nos parece que tampoco. En aquellos siglos el clero español sabía más que los legos, y los inquisidores eran de las personas más ilustradas del clero español.

¿Provino nuestra caída de la alianza entre la teocracia y el poder real para oprimir al pueblo? Pero ¿dónde ha habido mayor alianza entre ambas potestadas que en Inglaterra, donde el jefe de la Iglesia y el del Estado se confundieron en uno?

¿Atribuiremos, por último, los males que aquí se lamentan á la duración, regularidad y constante vigilancia de la Inquisición? La duración de las persecuciones, ya en un sentido, ya en otro, fué la misma en todas partes. Y en cuanto á la regularidad, no se explica qué ventaja lleve lo desordenado á lo ordenado. Antes bien, los parciales de la Inquisición pueden decir, miradas así las cosas, que aquel terrible Tribunal contribuyó á que gozásemos de una paz relativa, mientras otras naciones ardían en guerras espantosas que, como en Alemania, duraban treinta años.

La tiranía; pues, de los reyes de la Casa de Austria, su mal gobierno y las crueldades del Santo Oficio, no fueron causa de nuestra decadencia; fueron meros síntomas de una enfermedad espantosa que devoraba el cuerpo social entero. La enfermedad estaba más honda. Fué una epidemia que inficionó á la mayoría de la nación ó á la parte más briosa y fuerte. Fué una fiebre de orgullo, un delirio de soberbia que la prosperidad hizo brotar en los ánimos al triunfar después de ocho siglos en la lucha contra los infieles. Nos llenamos de desdén y de fanatismo á la judáica. De aquí nuestro divorcio y aislamiento del resto de Europa. La parte más ilustrada del clero, los mismos inquisidores, los mismos reyes, más bien que impeler, tuvieron que refrenar la corriente de la intolerancia. Felipe II tuvo que luchar contra la opinión pública para no expulsar á los moriscos y dejar

esta triste gloria á su hijo. Nos creímos el nuevo pueblo de Dios; confundimos la religión con el egoísmo patriótico; nos propusimos el dominio universal, sirviéndonos la cruz de enseña ó de lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civilización moderna, y al cual dió España el primer impulso, pasó sin que le notásemos, merced al desdén ignorante y al engreimiento fanático; y cuando en el siglo XVIII despertamos de nuestros ensueños de ambición, nos encontramos muy atrás de la Europa culta, sin poder alcanzarla, y obligados á seguirla como á remolque.

Pero ¿cómo desconocer nuestros inmensos servicios, nuestra cooperación poderosa en esa misma cultura, por la que Europa hoy á su vez nos desdeña y se muestra tan ufana?

Antes de que la mente del hombre se volviese con más brío al estudio de sí misma, y por último se elevase á Dios como causa primera y fundamento de todo, importaba conocer el universo.

El primer capítulo, pues, de la historia de la ciencia y de la filosofía modernas le llenan los españoles. Antes de que vinieran Copérnico, Galileo, Kepler y Newton á magnificar teóricamente el concepto de la creación, era menester ensanchar y completar la idea del globo que habitamos. Esta misión heroica tocó á los españoles y portugueses. Sin su fe y su energía, Colón no hubiera descubierto la América; Gama no hubiera ido á la India, venciendo á Adamastor; Pizarro no hubiera explorado el Perú; ni Cortés el Anahuac; ni Orellana hubiera bajado por ríos desconocidos, con sólo diez compañeros, desde Quito hasta al Amazonas y por el Amazonas hasta sa-

lir al Atlántico; Balboa no hubiera descubierto el Pacífico, salvando las montañas del istmo que le separa del otro Océano; y Magallanes, por último, cruzando el estrecho que pone en comunicación ambos mares, casi en el extremo de la América meridional, no hubiera llegado por Occidente á las islas del remoto Oriente. Tres meses y veinte días, sin ver más que agua y cielo, fué Magallanes, con sus compañeros valerosos, por el vasto y desierto mar que la imaginación fingía infinito: el agua se corrompió, y hubo que beber agua podrida; faltaron los víveres, y hubo que alimentarse hasta de cueros remojados: los hombres morían diariamente de hambre, de miseria y de escorbuto: muchos dudaban de que aquel mar tuviese término; pero Magallanes no quiso volver atrás, confiado en que la tierra era esférica por la sombra que proyecta en la luna cuando la luna se eclipsa. «Nunca, dice un historiador anglo-americano, denigrador y aborrecedor de los españoles, nunca, en toda la historia de las empresas humanas, hubo nada que excediese á la de Magallanes. Aquel hombre tenía forrado el corazón de triple lámina de bronce. Nunca se ha dado mayor muestra de sobrehumano valor, de perseverancia asombrosa, de resolución que no ceja ante ningún temor, ni ningún padecimiento, y de inflexibilidad que va derecha á su fin rompiendo todos los obstáculos. Magallanes murió cerca de las Molucas; pero su nombre inmortal quedó para siempre grabado en la tierra y en el cielo: en la tierra, en el estrecho que enlaza ambos Océanos; en el cielo, en la nube de estrellas que vió el audaz marino en la bóveda azul del hemisferio antártico.»

Sebastián Elcano, segundo de Magallanes, volvió á

España, y puso en su escudo el globo terráqueo con este lema: *Primus circumdedisti me.*

Si la ciencia moderna, si la moderna filosofía, si todo aquello de que se envanece el siglo presente, hubiera de marcar el día de su origen, y desde entonces se empezasen á contar los años de la nueva era que llaman los positivistas edad de la razón, contraponiéndola á la edad de la fe, esta nueva era no empezaría el día en que Bacon publicó su *Novum organum*, ni el día en que salió á luz el *Método* de Descartes, sino el 7 de septiembre de 1522, día en que Sebastián Elcano llegó á Sanlúcar de Barrameda en la nave *Santa Victoria*.

Aunque no hubiéramos, pues, tenido grandes matemáticos, químicos, físicos y filósofos, bastaría para nuestra gloria el haber dado origen á todo ello; el haber dado impulso al movimiento del espíritu humano que supo crearlo.

Además, en esto de la historia de la filosofía hay que aplicar con frecuencia la moraleja de la fábula titulada *El león vencido por el hombre*. En ninguna historia de otro género puede decirse á cada paso con más justicia: *Y no fué león el pintor*. Cada cual, según su nacionalidad, escuela ó secta, reparte, como mejor le cuadra, los papeles, la gloria y la importancia de los personajes. Pongamos por caso á Bacon. Unos le dan tanto mérito, ó más aún, que á Descartes, asegurando que de él dimanaron todos los progresos de las ciencias experimentales, y le contraponen á Descartes, fundador de la filosofía espiritualista y psicológica. Entre ambos reparten toda la gloria: éste es padre de la ciencia del *no-yo*; aquél de la del *yo*. Pero novísimamente Bacon cae en descrédito, y no ya los espiritualistas, sino los mismos positivistas

y empíricos, le tratan con la mayor dureza. Le tildan de ignorante, de preocupado y de charlatán presuntuoso. El ídolo de Bacon cae por tierra. En su *Novum organum* ya no hay nada fecundo. Todos los descubrimientos se han hecho á su pesar. Bacon estaba lleno de miras estrechas; no sabía palabra de matemáticas ni de ciencias naturales, y murió sin llegar á convencerse y negando siempre que la tierra se movía. Draper exclama en su furor contra él: «Tiempo es ya de que el sagrado nombre de filosofía se purifique de su larga conexión con el de ese impostor de ciencia, político acomodaticio, leguleyo insidioso, juez corrompido, amigo traidor y mal hombre.»

Á Descartes, á quien ponen unos como padre de la filosofía moderna, le niegan otros tal paternidad y tal gloria. ¿Por qué Spinoza ha de proceder de Descartes y no de sus compatriotas, por españoles y por judíos, Ibn Gebirol y Maimónides? ¿Por qué Newton ha de contar como cartesiano? ¿Es sólo vanidad francesa, ó hay razón para afirmarlo así? Leibniz, aunque la filosofía de Descartes sea como antecedente de la suya, ¿no tiene otros elementos extraños que dan más valor á su sistema? Si Descartes tomó no poco de Vives y de Gómez Pereira, ¿parte de su gloria no redundaría en pro de aquellos españoles? Pero todo esto está en el aire, cuando sobra quien niegue á Descartes todo merecimiento. Los neo-tomistas, renovadores de la escolástica, le desdeñan. Gioberti le juzga un mezquino y lastimoso metafísico.

Ha venido después la gran escuela alemana, con sus cuatro soles y multitud de satélites; y Hegel se ensobribece y declara que, desde Grecia hasta que filosofaron en Alemania, no ha habido verdadera filosofía. El fue-

go sagrado, de la inspiración y el aliento fatídico que pronuncia los oráculos de la ciencia una y toda, están custodiados por los alemanes, nuevos Eumolpides que tienen las llaves de este otro santuario de Eleusis y que sólo saben sus misterios.

En virtud de dicha sentencia, todos quedamos iguales, salvo los alemanes y los griegos. Al lado del zapatero Jacobo Boehm, Descartes se convierte en pigmeo.

Vienen, por último, los escépticos de todas clases, los positivistas y materialistas: consideran la filosofía como aspiración imposible, delirio de la vanidad humana, ó como tentativa pueril de los hombres, cuando carecen aún de ciencia. Los filósofos alemanes y griegos se hunden entonces como los demás mortales, y sólo imperan los matemáticos, los químicos, los médicos y los geólogos.

Decimos todo esto, no para invalidar la filosofía ni su historia, de lo cual distamos mucho, sino para que se vea cuánto pueden y valen el capricho, la moda, el orgullo nacional y el interés de secta ó partido, en añadir ó quitar gloria, en hacer ó deshacer reputaciones, según mejor conviene, al formar el cuadro sinóptico de la historia de la civilización en estos últimos siglos.

Para introducir estos cambios y variantes no basta querer: es menester poder. Adquiera España nueva prosperidad; pónganse los treses á 50; brillen entre nosotros la poesía, las artes, el comercio y la industria; figuremos de nuevo en el concierto de las naciones europeas como potencia de primer orden, y entonces, si se nos antoja, tal vez hagamos creer que Vives fué superior á Descartes; que Foxo Morcillo, conciliando á Platón con Aristóteles, fué el precursor del racionalismo armó-

nico, y hasta que el P. Fuente la Peña, en su *Ente dilucidado*, allanó el camino á Darwin y á Haeckel.

Á fin de llegar á tan buen término son indispensables dos condiciones: no divorciarnos de nuestro propio espíritu, no renegar de él como en el siglo XVIII, y no aislarle tampoco como en el siglo XVII, sino ponerle sin temor en medio del raudal de las ideas de nuestro siglo, para que se nutra y robustezca con ellas, sin perder su esencia inmortal y su propio carácter.

Bien podremos entonces estar seguros de que si imitamos á los filósofos modernos alemanes, pondremos al cabo en sus filosofías un sello tan castizo, que las haremos propias, al modo que nuestros grandes místicos, imitando y citando también á los místicos alemanes como Suso, Tauler y Ruysbroeck, fueron originalísimos (1); y

(1) Esta imitación de los místicos alemanes por los místicos españoles prueba que la grande originalidad no proviene de aislarse, sino de conocer lo que los otros dijeron y añadir algo del caudal propio. Rousselot niega que los místicos alemanes hayan ejercido la menor influencia en los españoles, ya porque escribieron en alemán, ya porque sus obras, menos las de Ruysbroeck, fueron condenadas por panteísticas. «No se encuentra, dice Rousselot, vestigio alguno en los escritos de los españoles, por donde se pueda suponer que se han inspirado en los alemanes.» Pero Rousselot, á mi ver, afirmó esto muy de ligero. Yo, á la verdad, no recuerdo haber hallado jamás citado al Maestro Eckart, Hegel y Schelling, á la vez de aquella escuela, en ningún místico español; pero las doctrinas de Eckart debieron ser mediatamente conocidas, merced á Dionisio Cartujano, que las reproduce. Y en cuanto á los otros místicos alemanes, que son como discípulos de Eckart y predecesores de Hegel, no sólo han sido leídos por nuestros místicos, sino citados á cada paso con extraordinarios elogios. El iluminado y extático P. Fr. Miguel de la Fuente da testimonio de lo dicho en sus *Tres vidas del hombre*. Suso, Tauler, Ruysbroeck, Harph y otros alemanes, vienen citados por él con frecuencia. Y en prueba de que confesaba el influjo de los alemanes, no ya sólo en él, sino en otros místicos españoles de más fama, diremos lo que pone al hablar de la suspensión del hombre íntimo: «Todo esto que hemos dicho, lo dijo altísimamente Rusbrochio, varón gravísimo y muy ilustrado de Dios, en

bien podremos estar seguros de que, más hoy que en el siglo xvii, todo español dejado en plena libertad entre Lutero y San Ignacio, preferirá á San Ignacio y dejará á Lutero. Y en efecto, hasta para cualquier español descreído y racionalista vale más que el fraile fanático y medio loco, envidioso de las artes y esplendores de los pueblos neo-latinos, y en pendencias y dimes y diretes groseros con el mismo demonio, aquel hidalgo convertido de repente, herido por Dios como Isráel, y suscitado por Dios contra el heresiarca, el cual, para combatirle y para cumplir al mismo tiempo la obra de misericordia de *enseñar al que no sabe*, buscó compañeros como el Apóstol de Oriente, y con sólo su palabra, sin ejércitos y sin favor y auxilio de soberanos, fundó el imperio más extraño del mundo, imperio que dura aún, y que á la muerte de su fundador se extendía ya por Alemania, Francia, Italia, España, Portugal, el Brasil y la India,

un libro que intituló *De los grados del amor*. Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, en su *Vida*, lo comentó divinamente.» El mismo iluminado y extático Fr. Miguel describe lo que es el centro del alma, con palabras tomadas de Ruysbroeck y de Suso: «Lo substancial del alma, dice, es la parte más excelente que hay en ella, la cual pende del mismo Dios; es inmóvil, más alta sin comparación que el cielo más supremo, más profunda que el abismo del mar, más ancha y más extendida que el mundo todo, porque la naturaleza espiritual excede incomparablemente á todo lo corpóreo; y esta esencia ó substancia del alma es el reino natural de Dios, término y fin de las operaciones del alma, y no hay criatura de las espirituales y celestiales que pueda llenar su capacidad según es inmensa, sino sólo Dios, que es la esencia de su esencia y la vida de su vida.»

Con lo expuesto sobra para probar que se equivoca Rousselot al afirmar que no hay vestigio en nuestros místicos de que imitasen á los alemanes. Y con lo expuesto, y con mil citas más que pudiéramos hacer, se probaría que ni la Inquisición ni nadie era entonces en España tan asustadizo como ahora de que nos inficionasen los alemanes con su panteísmo ó panteísmo.

El P. Fr. Miguel de la Fuente nació en 1573 y murió en 1625. Vivió y escribió, por lo tanto, en el siglo de oro de nuestra literatura.

contando más de cien casas ó colegios que amenazaban avasallar el resto de la tierra.

Pero así como éstas y otras grandezas españolas no se pueden atribuir á los Gobiernos, sino á la espontaneidad y al entusiasmo de toda la nación, así tampoco debemos, si hemos de ser imparciales, culpar sólo á los inquisidores feroces y á los reyes tiranos de la perversión y miseria en que caímos. ¿Qué tiranía había de ejercer el imbécil y débil Carlos II? Además, cuando vemos hoy la animación, bullicio y alegría de la calle de Alcalá en una tarde de toros, no se nos ocurre pensar que el Gobierno tiraniza al pueblo y le hace ir á los toros por fuerza. Pues con más gusto trabajaron los madrileños en levantar el tablado, animándose con devotas exhortaciones; con mejor voluntad acudieron la corie y ochenta y cinco grandes de España, y con más deleite presenció todo el pueblo el auto de fe de 1680, en que fueron condenadas ciento veinte personas, y de ellas veintiuna quemadas vivas.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN ⁽¹⁾.

SEÑORES:

De los inolvidables, acabadísimos discursos que, á modo de monumentos perennes, señalan vuestro sucesivo ingreso en la Real Academia Española, y cuya primorosa hechura he vuelto yo á admirar estos días, buscando en ella lecciones y ejemplos para mi tarea de hoy, resulta que todos vosotros, con venir acompañados de títulos y merecimientos que á mí me faltan, y ser por todo extremo dignos de una investidura que tanto habíais de honrar, entrásteis llenos de confusión, timidez y reverencia en este Senado literario, templo de las leyes del buen decir, donde los Próceres del Arte custodian y acrecientan el rico tesoro del habla de Castilla. Fácilmente, pues, adivinaréis los afectos, muy más vivos y apremiantes, cuanto son más naturales y debidos, que agitan y conturban mi corazón en este solemne acto, y algunos de los cuales, dicho sea en desagravio de la jus-

(1) Leído ante la Real Academia Española en Junta pública celebrada el día 23 de febrero de 1877 para que el Sr. Alarcón ocupara su plaza de Académico numerario.

ticia, sirven de castigo á la avilantez con que, abusando de vuestra indulgencia, pretendí la no merecida honra de apellidarme vuestro compañero, cuando en realidad yo había de venir aquí (¿para qué negarlo?) á continuar siendo vuestro discípulo.

Mucho más diría en esto; pero acuden á mi memoria los pulidos términos y galanas frases con que todos vosotros, en tribulación análoga, que no idéntica, á la mía, expresásteis iguales conceptos, y doleríame que, por desventajas de inteligencia y de estilo, apareciese hoy menos elocuente y afectuosa la obligación de mi agradecimiento que ayer la noble humildad de vuestra modestia. Séame lícito, en cambio (y así me pondré en camino de llegar pronto al tema de este discurso), definir con ingenuidad, y en el llano y corriente lenguaje propio de mi afición á la novela de costumbres, la índole y naturaleza de las encontradas emociones que siente el amante de las Bellas Letras cuando pasa del estado de escritor por fuero propio á la categoría oficial de Individuo de esta ilustre Corporación, ó explicar á lo menos las inquietudes que experimenta con tal motivo quien, como yo, durante una larga y alegre estudiantina literaria, sólo ha campado por su respeto.

Perdonadme, en gracia de la exactitud, el atrevimiento del símil que voy á emplear; pero la verdad es que, cuando considero el cúmulo de cuidados y atenciones que he echado sobre mí al atravesar esos umbrales (mis remordimientos por lo pasado; mis temores por lo futuro, el dolor por la libertad perdida, las reglas á que tendré que sujetar mi conducta, y los respetos que habré de guardar y hacer guardar en lo sucesivo), ocúrreseme que esto de entrar en la Academia se parece mucho al

acto de casarse. Experimento, sí, señores, en este día la grave conmoción y saludable miedo del que deja las inmundades de mozo por los deberes de casado, con ánimo y resolución de cumplirlos. Solicítase como una merced lo mismo el cargo de marido que el de académico; agradécese como una dicha y una honra; ufánase uno de verse tenido en tanto por la señora de sus pensamientos; da las gracias, personalmente, á todos los individuos de su nueva familia; parécenle pocos todos los regalos (ó sea malos todos los discursos) que excogita para agasajar á la novia; no puede, en fin, estar más alegre y reconocido; pero llega el día del Sacramento, llega el día de jurar ante Dios el anhelado cargo, llega el día de hoy, en una palabra, y el académico electo, como el feliz contrayente, conoce que algo crítico, supremo y transcendental va á acontecer en su vida; que á sus ojos desaparece un horizonte y se abre otro, cual si estuviera atravesando la cumbre divisoria de dos comarcas, y que aquella solemne y decisiva hora, más bien es hora de abstracción y melancolía, de austeridad y sacrificio, que de profanas, amorosas complacencias.—De entonces en adelante, bien puede decir *á Dios* el nuevo académico (dejemos por ahora al novio) á las libertades en materia de gusto, á las rebeldías contra los preceptos, á la independencia de sus juicios, á la impunidad de sus errores..... Pero ¿qué digo *á Dios*? ¡Lo perseguirá el recuerdo de sus piraterías literarias, y entrará en deseos de quemar cuantos escritos llevan su nombre, versos y prosa, comedias y novelas, y sobre todo los folletines de supuesta crítica, al modo que el recién casado arroja al fuego cartas, flores, efigies, perfumadas trenzas y demás testimonios *non-sanctos* de sus campañas de soltero!

Con lo que acabo de decir quedan liquidados y saldados algunos créditos de mi conciencia, generosamente olvidados por vosotros, restándome ahora añadir que me punza tanto más en la ocasión presente el recuerdo de mis pecados literarios, cuanto que vengo á ocupar la vacante de un modelo de virtudes académicas (las tuvo de todo orden), escritor pulcro y moral desde los primeros años de su vida, pensador siempre arreglado, poeta envidiable, humanista perfecto; utilísima abeja, digámoslo así, en las arduas tareas de esta casa, donde se afanó constantemente por el bien y el aumento de las Letras españolas.—Tal fué D. Fermín de la Puente Apecechea.

De tan valiosas cualidades, que perpetuarán el renombre de aquel varón insigne, sólo una traigo yo probada, y esa no con la nota de *sobresaliente*. La alegaré, sin embargo, como título á vuestra benevolencia, porque acredita cuando menos, de parte mía, un buen deseo de cumplir la más importante y sagrada obligación aneja á los oficios de poeta y escritor público que me arrogué y desempeño hace ya veinticinco años.—Y con esto he llegado al tema del presente discurso.

Refiérome, señores, á la intención moralizadora que siempre ha guiado los cortos vuelos de mi pluma, y que de igual manera deben, á mi juicio, llevar por delante, próxima ó remotamente, en todas sus creaciones, cuantos desde el teatro, desde el libro, desde el lienzo, ó por medio de la triunfal estatua, aleccionan y dirigen, hasta cuando no lo pretenden, á la sociedad de que forman parte. En lo que á mí toca (y será ya lo último que os

diga con relación á mi insignificante personalidad literaria), vuelvo á declarar que constantemente, en todo linaje de escritos, sin excepción ninguna, me he propuesto lo que he considerado (no sé si con error ó sin él) útil á mi patria y á mis conciudadanos, cuando trataba de cosas políticas; útil á la familia y á la sociedad; si ensayaba la novela; consolador del espíritu humano, cuando pulsaba mi pobre arpa; es decir, que siempre he tenido por norte el Bien, tal y como yo lo he discernido en cada circunstancia, y que, al azotar el vicio ó al ensalzar la virtud, al cantar el amor ó celebrar la hermosura, más que á lucir ingenio con primores retóricos, he propendido á que la *belleza* de la forma sirviese de esmalte y gala á la *bondad* ó á la *verdad* de mis doctrinas.

No ostentara yo como un timbre tan pobre ejecutoria, donde no hay quien no la posea en unión de otros blasones de más precio, ni viniera hoy á defender en este acto público, como tesis litigiosa y materia opinable, lo que durante miles de años ha sido máxima incóncusa, si no hubiésemos llegado á tiempos en que es tal la fiebre de las pasiones y tan horrible la consiguiente perturbación de las ideas, que ya corre válida por el mundo, en son de axioma estético y principio didáctico, la peregrina especie, nacida en la delirante Alemania, adulterada por el materialismo francés y acogida con fruición por el insepulto paganismo italiano, de que el *Arte*, incluyendo en esta denominación las Bellas Letras, es independiente de la *Moral*; de que, proscrito el *Bien* de los dominios de Apolo, la *Belleza* debe servir de único término ideal ó exclusivo objeto de atribución á los poetas y á los artistas, y de que *Bien* y *Belleza* son, por lo tanto, conceptos separables. ¡Es decir, que, según los fla-

mantes críticos, cabe que al espíritu humano le parezca bello lo ocioso, bello lo nulo, bello lo indiferente, y hasta bello lo malo; lo injusto, lo inicuo, lo aborrecible!.... Ni ¿qué sabemos? ¡Acaso, para explicar ese dualismo de juicios y esa contradicción de fallos en un solo tribunal, supongan que el alma del hombre está, como si dijéramos, dividida en negociados, ajenos é independientes entre sí, de modo y forma que con un pedazo del espíritu se pueda amar lo que se desprecia ó se abomina con el otro; desconociendo así los ilusos que nuestra alma, inmaterial é indivisible, es como misterioso sagrario donde, al calor de las ideas innatas y á la divina luz de la conciencia, se asocian, funden y armonizan (no sin continuas victorias de la imaginación sobre los sentidos) los varios afectos y confusas nociones que nos ofrece el mundo exterior; con lo que, tras felices desengaños del mortal orgullo, despiértase en nuestro sér aquel ansia infinita de *verdad*, *bondad* y *belleza* eternas y absolutas que ha producido todas las grandes obras humanas, y que es, á un tiempo mismo, vivaz estímulo de la mente, insaciable sed de justicia en el corazón, y perpetua melancolía del descontentadizo sentimiento predestinado á goces inmortales!

No se me oculta que ese cisma literario, cuyo grito de guerra es «*el Arte por el Arte*» (frase puramente retórica y de origen polémico, sin valor alguno científico, y cuya verdadera fórmula sería «*el Arte por la Belleza*»), surgió en son de protesta y refutación contra los que, exagerando las legítimas aspiraciones de un excelente deseo, sostenían que el Arte no debía ser más que una expresión religiosa, tan inmediata y directa como el culto, ó contra los que sólo veían en él un medio mecánico de

enseñanza, á la manera de los juguetes que sirven para que los niños aprendan Historia; doctrinas ambas inadmisibles en absoluto, por cuanto anulaban nobles y maravillosos registros del complicado entendimiento humano, ora condenando el Arte á degenerar en un simbolismo caprichoso, especie de escritura jeroglífica, y á formar parte del ritual de cada creencia, ora reduciéndolo á la condición de instrumento útil, cuyo mérito habría por ende de graduarse, no en el orden estético, sino con arreglo á su eficacia y resultados..... Pero la verdad es que, por mucho error que hubiese en confundir los tres grandes términos de la actividad humana, subordinando incondicionalmente á las leyes de la *Bondad* ó de la *Verdad* el concepto de la *Belleza*, mayor lo hay, y más transcendental y peligroso, en éstos que proclaman el divorcio é incomunicación de las facultades de nuestro espíritu, la negación de la unidad absoluta de nuestro sér, la división de nuestra conciencia, la ambigüedad de nuestro albedrío, el fraccionamiento de nuestra mente; —especie de cantonalismo cerebral, en que el Arte, la Moral y la Ciencia descuartizan y se distribuyen el sagrado imperio del alma.

Contra semejantes absurdos álzanse juntamente la Filosofía y los hechos; y éstas serán las dos partes en que yo divida mis alegaciones, bien que compendiándolas todo lo posible, á fin de no cansaros demasiado.

La Filosofía nos enseña que, si en el orden metafísico figuran como *distintas* las tres ideas capitales Bondad, Verdad y Belleza, es porque así se presentan á nuestra limitada razón, la cual no puede reducirlas á un solo

concepto. No puede, no; lo reconozco de buen grado. Á ser posible esa reducción, el mundo psicológico se regiría por otras leyes y la justicia se fundaría en otras bases muy diferentes de las de hoy. Basta decir, en lo respectivo á mi propósito (y como leve indicio de mayores absurdos), que, por resultas de la aleación de la Bondad con la Belleza, los preceptos estéticos tendrían sanción penal y la fealdad se castigaría como delito; cosa que tan abiertamente pugna con los dictados de nuestra conciencia, y que, dicho sea de paso, rechazaron hasta los mismos griegos del siglo de Pericles; los cuales, en medio de su fanática adoración á la forma, se limitaron á penar la caricatura voluntaria. Pero la distinción no arguye contradicción; y si bien consideráramos como *distintas* esas tres ideas supremas, las contemplamos en uná armónica unidad absoluta donde no cabe antagonismo: afirmárase, por lo tanto, mutuamente, lejos de contradecirse, y refléjense unas en otras como nobles hermanas de sorprendente parecido; lo cual explica que en todo espíritu sano cause igual complacencia la justicia que la hermosura; la gratitud ó el heroísmo que el descubrimiento de las verdades trabajosamente inquiridas; la santa caridad que los sublimes espectáculos de la Naturaleza, resolviéndose siempre todos estos afectos en una sola emoción de misteriosa dulzura, en aquel llanto del alma que es la mejor ofrenda del entusiasmo!

Según tales principios, cuando creemos notar una contradicción entre lo bueno y lo bello, debe de ser á lo sumo mera apariencia engañadora forjada por un oculto sofisma; que también los hay en el campo de la Estética, y no menos perniciosos que los de la Lógica. Sofisma estético es, por ejemplo, confundir dos ó más de los ór-

denes en que la Belleza se particulariza, é inferir correlativamente de semejante confusión una contradicción entre la Belleza y la Bondad.—Citaré un caso muy notorio de este paralogismo. Víctor Hugo quiso unir la belleza moral á la déformidad física en la figura de Quasimodo. Nada censurable había en ello, porque, siendo de distinto orden las bellezas física y moral, cabe separarlas.....—y separadas ¡ay! aparecen en la realidad con harta frecuencia, bien que no por fortuna mía en las bellas cuanto bondadosas damas que me escuchan..... Pero el sofisma nace cuando, en nombre de la belleza moral, Quasimodo solicita, no un afecto moral también, que era el correspondiente á su mérito; no admiración, no gratitud, no amistad del espíritu, sino el amor de Esmeralda, el feudo de su hermosura, aquel cariño (digámoslo de una vez) libre y tiránico como el gusto, en que, por disposición divina, tanto puede una bella cara y á cuyos mortales ojos son inseparables alma y cuerpo.—Víctor Hugo se guarda muy bien de advertirnos, al llegar á este punto de su obra, que la belleza moral de Quasimodo, ó sea su virtud, se había trocado en una monstruosidad mayor que la de su físico desde el momento en que el jobado dió alas á aquella pasión leonina; pero tengo la seguridad de que el gran poeta repararía inmediatamente en su propio contrasentido, y de que, si pasó adelante, fué por desprecio á la penetración de sus lectores.

Otro sofisma estético, mucho más grave sin duda alguna, es sobreponer á una monstruosidad moral una belleza verdadera de diferente origen, y hacerlo con tal artificio que no sea fácil descubrir la incongruencia.—Vaya un ejemplo: Supongamos que el Partenón se destinara á guarida de facinerosos (lo cual ocurría efectiva-

mente hace pocos años), é imaginemos que algún crítico exclamase (cosa también verosímil): «¡Qué ladronera tan bella!» ¿Habría exactitud en este juicio? No. El Partenón no sería la ladronera: lo serían las piedras de que se compone, ó más bien el espacio entre las piedras comprendido. El Partenón seguiría siendo una obra realmente bella, fruto de una inspiración sin igual, estimulada por los más nobles sentimientos humanos (la religión y el patriotismo), mientras que la tal *ladronera*, es decir, los ladrones allí alojados, seguirían siendo feos, aborrecibles, infames, á pesar de vivir bajo las puras columnatas de un templo tan grandioso.—Ahora bien: todas las obras artísticas inmorales, todas las maravillas literarias de argumento vil y frase obscena, son otros tantos templos convertidos en albergue de malhechores. Así anda la ruín lascivia entre los cincelados versos del *Ars amandi*, ó así habitan la impiedad y el cinismo en los severos moldes de los exámetros de Lucrecio.

Pero admitamos por un instante que la Belleza no tiene el valor metafísico que nosotros le hemos otorgado.....—¿Qué pudiera ser entonces? ¿Sería, como protenden algunos, el término exterior incógnito á que adapta su actividad lo que ha solido llamarse *sentido estético* ó *sexto sentido*?

¡Ni tan siquiera se concibe tal conjetura! Para ello se requeriría que ese misterioso paladar del alma mostrase su acción universalmente uniforme, reconociendo y saboreando la Belleza donde y como quiera que se le presentase; y sabido es que en nuestro globo no sucede nada de esto! Antes ocurre todo lo contrario, como lo demuestra, no ya la variedad, sino la incompatibilidad de fenómenos que ofrece la raza humana en materia de

gustos, cual si el Supremo Hacedor hubiese querido evitar, entre otras complicaciones, el que todos los hombres se enamorasen de una misma mujer, ó el que las pobres feas lo fuesen por unanimidad de votos.—¿Quién, pues, ni en virtud de qué término superior, podría dar la pauta de la Belleza, redactar su código, imponer sus preceptos? Nadie absolutamente. ¡Cada *sexto sentido* defendería su derecho individual (que decimos ahora), y habría que admitir tantas Bellezas como gustos, declarando que todas eran igualmente legítimas y respetables!.... Pero ¿qué digo? ¡Ni aun el gusto propio sería regla constante para cada persona, pues las delectaciones y las preferencias varían con la educación, con la edad, con la costumbre y hasta con el cambio de condición y de circunstancias exteriores! ¿No hemos mudado todos de aficiones artísticas y literarias en el transcurso de nuestra vida? ¿No hemos cambiado de autores favoritos? ¿Quién no se ha convertido de romántico en clásico, ó de clásico en ecléctico? ¿Quién no prefirió en su loca juventud las novelas de Balzac á la de Manzoni, ó los estrépitos de Verdi á los suspiros de Stradella? ¿Quién no ha acabado por inmolar todas las beldades de Tiziano delante del *Jacob* del Spagnoletto? ¿Quién no ha variado de opinión, desinteresadamente, acerca de si los ojos negros son más ó menos hermosos que los azules, sobre si la hija de Eva debe ser menuda como la Venus de Médicis, ó recia como la Venus de Milo, y hasta respecto de la edad y sazón en que la mujer reúne mayores encantos?

Hay más en contra de la teoría del *sentido estético*; y es que, no tan sólo no existen bellezas naturales ni artísticas que imperen simultáneamente en todos los áni-

mos, ó toda la vida en un mismo ánimo (salvo honrosas excepciones), sino que, admitido ese criterio experimental, habría que dividir el mundo de la estética en zonas de varios colores, como los mapas políticos y geológicos, estableciendo un ideal de belleza para los chinos, otro para los etiopes, otro para los blancos y así sucesivamente. Por otra parte: la proclamación de ese oculto sentido como independiente juez de la Belleza, reduciría el Arte á una lisonja del gusto, ó sea á la habilidad de complacer al que comprase cada obra, y la mejor creación, en definitiva, sería aquélla que hubiese agradado al mayor número; de donde el Arte y la Moda se conceptuarían como sinónimos, el ingenio se mediría por circunstancias externas, y el *buen gusto* bajaría á la condición de *humor*; que tanto vale la preferencia accidental y variable, libre de reglas y de respetos. Habría, pues, dictaduras oligárquicas de maestros, críticos y coleccionistas, y los consiguientes motines del *vulgo necio* (que decía Lope), y tremendas victorias de esta inmortal especie, más numerosa en todo tiempo que la de los doctos; con lo que, suprimidas las Academias, y en virtud de un plebiscito de *sentidos estéticos*, serían laureados en justicia los Churrigueras, Comellas y Rengifos; viéramos salir expulsados del Museo de Pinturas los cuadros que no fuesen bellos..... según el sufragio universal, y las personas bien nacidas tendrían que emigrar á un desierto, llevándose sus penates artísticos y literarios, para seguir rindiéndoles vasallaje y culto!

Basta de semejantes delirios. Queda probado que la Belleza, desligada de la Metafísica, se desvanece como un sueño, y que el Arte baja en seguida al nivel de un oficio sin transcendencia, cuyo único mérito podría ser

la imitación servil de la realidad, no como medio, sino como objeto definitivo; de la propia manera que vimos antes que esa misma Belleza, desligada de la Bondad, es un contrasentido que rechaza la lógica y repugna la conciencia, por cuanto implica la divisibilidad del alma humana.—Ahora, en confirmación de todo lo apuntado, y según también he prometido, voy á aducir razones extrínsecas ó de hecho, por las cuales demostraré que nunca, en ninguna edad ni en ningún pueblo, bajo los auspicios de ninguna Religión ni en las tinieblas del más feroz ateísmo, han caminado separadas la Bondad y la Belleza, ó sea la Moral y el Arte, sino que, por el contrario, entre las condiciones históricas que han hecho florecer las Artes y las Letras en determinados períodos, ha sido la principal el predominio de alguno de los más nobles y elevados sentimientos morales, como la Religión, el patriotismo, el amor del prójimo, la sed de justicia ó la ambición de gloria. Y demostrado quedará también al paso que, cuando estos sublimes afectos se entibian ó apagan en la sociedad al soplo del escepticismo ó de la indiferencia, el Arte padece una especie de eclipse, por tal extremo que si, aun entonces, llega á producir algunas obras, son más artificiales que artísticas; frutos académicos, hijos del estudio; recuerdos de inspiraciones ajenas, que no pertenecen en realidad al tiempo en que se fabrican, sino á las edades fecundas que les proporcionaron los modelos.

Pero al llegar á este punto, y habiendo hablado tanto de la *Belleza*, justo es que digamos algo de la *Moral*, antes de que se me pregunte (pues hoy se preguntan ya

tales cosas) qué entiendo yo por *Moral*, ó á qué *Moral* me refiero al presentarla como inseparable amiga del *Arte*.

Empiezo por declarar (á cuenta de concesiones que habré de hacer muy luego) qué, para mí, la *Moral* verdadera es la de Jesucristo, la redentora del alma, la de la humildad, la de la paciencia, la de la caridad, la del perdón de las injurias, la que dijo: *alteri ne feceris quod tibi fieri non vis*; pues yo creo y confieso que esa *Moral* es la escrita por Dios en el corazón humano, la misma palabra de Dios hecha hombre, la que nos levanta y sublima sobre el resto de los seres creados, la que vence y anula nuestra parte material, la que despierta y ejercita todas las fuerzas de nuestro espíritu imperecedero.— Sin embargo; como en esta controversia no se trata de la *Moral* en su sentido estricto, ó sea de ninguna regla de costumbres que guarde relación con determinados dogmas religiosos, considero fuera del caso ponerme á romper lanzas por mi Fe y á preconizar sus timbres y excelencias. No teman, pues, los enemigos de Jesús, ó los meros campeones *del Arte por el Arte*, que yo vaya á confundir la bondad metafísica con la ortodoxia y á fulminar excomuniones estéticas sobre la gentilidad y la herejía, pidiendo que sean arrojados del Parnaso Homero y Virgilio, porque no fueron cristianos, ó Shakespeare y Goëthe, porque no fueron católicos..... Ventilase aquí materia más abstracta y filosófica: trátase de la *Moral* en su sentido lato; inquiere-se desde un punto de vista anterior, ya que no superior, á las leyes positivas, á los códigos casuísticos y á las Verdades reveladas, si en la India, si en Egipto, si en Grecia, si en la Roma gentil, si en los pueblos agarenos, si, finalmente, en las nacio-

nes heréticas y cismáticas, lo mismo que en las católicas puras, los grandes poetas y artistas se propusieron ó no siempre en sus inmortales obras, al par que traducir á formas determinadas su concepto de la Belleza, algún otro fin ulterior, alguna idea que les pareciese útil y saludable, alguna predicación, alguna enseñanza, algún consuelo, alguna apoteosis. Es decir, que, en este examen, para conceder á un autor el dictado de *moral*, deberá bastarnos que haya tenido intención y propósito de serlo; de la propia suerte que llamamos *religioso* al que sinceramente profesa una religión falsa, sin pararnos á considerar los errores que patrocina y difunde por desconocimiento de la Fe verdadera.

Sentadas estas premisas, ¿quién será osado á negar que todas las grandes obras literarias y artísticas del humano ingenio han sido y son *morales* en su esencia, encomiásticas de lo bueno y de lo justo, docentes de presuntas verdades, auxiliares en fin de las Religiones, de las Ciencias y de la Filosofía?—Creo que nadie en este recinto; pero bueno será que echemos una rápida ojeada sobre el campo de las Bellas Artes y de las Buenas Letras, donde hallaremos, no digo probadas, sino vivas y fehacientes, mis incontrovertibles afirmaciones.

Prescindir pudiera del *Orientalismo* en sus varios aspectos (indio, egipcio, asirio, hebreo y mahometano), y muy poco diré de él, pues hasta la misma escuela que combato reconocerá sin duda alguna el alto sentido moral, y aun más que moral, religioso, de las obras artísticas y literarias de esos pueblos, de esas razas, de esas civilizaciones. En sus templos y en sus poemas, en sus

cuentos como en sus palacios, predomina siempre la idea teocrática: el hombre se anonada ante Dios, sea contemplándolo, sea sometién dosele: la Religión lo absorbe todo. De aquí la propensión de sus artistas y poetas al misterio y al símbolo, los arranques líricos de los semitas iconoclastas, judíos y árabes, las imágenes gigantescas de los indios, las metáforas esculturales de los egipcios y las fórmulas abstrusas de los caldeos. Cada ingente montaña esculpida en forma de sagrado elefante, cada pirámide ó cada esfinge plantada en los confines de los Desiertos, cada mezquita ó cada alcázar mahometano revestido de versículos religiosos ó de afilegranadas combinaciones geométricas de mística alegoría, con exclusión de la forma humana y de toda otra imagen de criatura ó cosa perecedera, es un libro santo que habla de la Eternidad y de Dios: es la cristalización de la infinita poesía que respiran los piadosos versos de los Vedas, del Antiguo Testamento y del Corán!.... Pero ¿á qué dirigir tan lejos la vista? Nuestro Palacio de la Alhambra, mansión destinada al solaz y lucimiento de una dinastía de Príncipes, podría pasar por un templo erigido en honra y gloria de Alá. *¡Alá es grande!* dicen mil y mil veces los bordados muros: *¡Alá es grande!* parece que susurra el agua al caer sonora de pila en pila, besando al paso la misma leyenda: *¡Alá es grande!* repiten los solitarios ecos de aquellas estancias, nunca perdidas definitivamente para los ensueños de los moros.

Consecuencia necesaria de esta índole invariable de las Artes asiáticas y egipcias, es la falta de equilibrio que resulta entre la idea y la forma de sus conceptos; desproporción lógica también, por cuanto nace de la gran distancia y diferencia que la religiosidad de los Orienta-

les establece entre la naturaleza humana y la divina; entre el hombre y su Creador.

No sucede así en Grecia.—En Grecia, la idea divina se humaniza, ó por mejor decir, se humana: los dioses y los hombres sólo difieren en grado: ya no los separa ningún abismo metafísico: el hombre confina con el héroe; el héroe es un semidiós; el semidiós nació de un dios. Los dioses son unos antepasados remotos de los griegos. El infinito insondable de la Divinidad oriental ha quedado oculto tras las pavorosas tinieblas del Hado, que cobijan por igual á dioses y hombres, y en las cuales únicamente se atreverá á penetrar alguna vez, bien que lleno de sublime horror, el más áugusto vate de la antigüedad pagana, el padre de los Trágicos, el inmortal Esquilo.

Homero representa la aurora de esta civilización, que ya ilumina las cumbres, pero que no desciende todavía á los valles. Transportado en alas de su genio á la edad que media entre los hombres y los dioses, canta los Héroes, mezclando la tradición con la fábula y la Religión con la Historia. Sin embargo, la idea de Patria está ya en germen en *La Iliada* y en *La Odisea*, aunque reducida á la raza con sus númenes familiares; y, para complacer y aleccionar tan noble sentimiento, el cantor de Tirios y Troyanos presenta ilustres modelos de grandeza, de energía y de abnegación, pertenecientes á un mundo aristocrático-divino, del cual se excluye él con respetuosa humildad, dejando hablar á la Musa. Nada, pues, más revelador, más docente, más edificante en aquellos días, que estas descomunales epopeyas, donde el valor guerrero, la fuerza y la hermosura son como atributos ingénitos del bien moral, y donde la miseri-

cordia, con la faz bañada en lágrimas, es uno de los aspectos del heroísmo.

Algunos siglos después aparece Tirteo, y luego Píndaro, decoro ambos de la humana especie (sobre todo Tirteo, que tan amable y apetecible supo hacer la muerte por la patria), y, con sus odas é himnos nacionales, aplican los sentimientos homéricos á la política y á la guerra. Ellos, y los trágicos Sófocles y Eurípedes (menos grandiosos é inspirados, pero más filosóficos y terrestres que el viejo Esquilo), trajeron, reflexivamente ya y á sabiendas, las ideas *morales* al campo de la poesía, como elementos inseparables de la Belleza, y cantaron ó representaron en sus obras la Religión, la Patria, la Familia. Es decir, que aquellos grandes maestros de la Forma, los patriarcas del clasicismo, lejos de rendir al Arte la idolátrica adoración que suponen los modernos paganos, lo consideraban como una especie de culto rendido á ideas y conceptos del orden moral. Si alguien lo duda, recuerde las tragedias de los tres colosos mencionados, ó las comedias del acerbo Aristófanes, terror del corrompido *Demos* ateniense, y verá en todas ellas exaltada la virtud, beñado el vicio, odioso el pecado, solvente al pecador (ya en los días de su vida, ya en su descendencia), y, dominando sobre todos los esplendores mundanales, el poder eterno del Destino.

Pero ya me parece estar oyendo el argumento-aquíles de los partidarios de *el Arte por el Arte*.—«¿Y las Venus griegas? (exclamarán enfáticamente): ¿no son bellas también? ¿no son artísticas? ¿no lo proclama así todo el orbe? ¿no están expuestas hoy mismo á la admiración pública en los Museos más insignes de la Cristiandad, principiando por el del Vaticano? Y ¿qué mérito *moral*

podrá atribuirse á tales portentos de *belleza*? ¿qué sentido filosófico? ¿qué tendencia civilizadora? ¿qué fin plausible, ó tan siquiera honesto y decente?—«¡Ninguno!» concluirán los fanáticos de la forma, tratando de hacernos creer que las Venus labradas por el cincel griego son la apoteosis de la perfección puramente física, la Belleza divorciada de la Bondad, el impudor en triunfo, la desnudez divinizando el pecado, una reproducción constante de la célebre defensa de Frine, la derrota, en fin, de la Moral ante el poder de la Hermosura!....

Séame lícito replicar con algún detenimiento á esta objeción, tan formidable en apariencia.

Ya lo dije hace poco: para los Griegos, la perfección humana llegaba siempre á confundirse con la realidad divina: lo terreno y lo olímpico (ó sea lo temporal y lo eterno, que diríamos hoy) sumábanse en su imaginación como cantidades homogéneas, y de aquí el carácter esencial de sus armónicas Artes, basadas en un perpetuo equilibrio entre la inteligencia y la fuerza, entre el espíritu y la materia, entre la idea y la forma. La Belleza era allí, por lo tanto, distintivo de Santidad; y Venus, arquetipo de la hermosura femenina, y, como tal, madre del Amor, figuraba en aquella religión politeísta entre las Deidades Mayores, no ciertamente en cuanto beldad individual, presentada á la concupiscencia de los sentidos, sino en cuanto beldad simbólica y místico dechado de providenciales gracias; como numen propicio á la eterna Ley que es fuente de la vida; como la Flora, como la Pomona, como la Amaltea del linaje humano.

Así lo ha comprendido la austera civilización emanada del Evangelio, y por eso ha considerado castas, espirituales y hasta religiosas, dado el criterio de la Genti-

lidad, esas desnudeces de ideales abstractos que luego reprodujo el pincel cristiano para representar á nuestra madre Eva. Pero no lo dudéis: tan pronto como tales figuras trocaran su impersonalidad divina por una personalidad terrena; tan pronto como de conceptos genéricos bajasen á ser meros retratos de su respectivo original, sin ninguna especie de significación sagrada. La inverecundia del modelo se reflejaría en la obra de arte, la inmoralidad de la mujer trascendería á la estatua, sublevaríase la conciencia pública contra semejante escándalo, y, por acabada que fuese la efigie y célebre su autor, habría que esconderla en uno de esos calabozos de infamia que se llaman *museos secretos*, como se aprisiona á mujeres hermosísimas ó á hombres de reconocida ciencia cuando se ponen en abierta pugna con los fundamentos sociales.

Ni ¡qué mayor demostración de mi aserto que este otro hecho elocuentísimo? Cuanto más completa es la desnudez griega, más noble y pura se ofrece á nuestra veneración. Cualquier accesorio atenuante, relacionado con necesidades ó escrúpulos terrestres, rebaja la dignidad y ofende el decoro de la belleza olímpica. *La Venus de Médicis* está reputada como la más púdica, imaterial y candorosa creación del Arte helénico, por lo mismo que su desnudez es absoluta: ¡nadie ve en ella á la mujer: todo el mundo ve á la diosa!—No justifican, pues, las estatuas gentílicas en los Museos cristianos la inicua absolción de Frine: no representan el triunfo de la Hermosura sobre la Moral; no arguyen nada en favor de *el Arte por el Arte*. Al contrario: prueban que el idealismo puede llegar en el hombre hasta el punto de convertir en devoción mística el amor terreno; simbolizan la

unión hipostática de la Bondad y la Belleza; y, en fin, señores, traen á la memoria, ya que de Frine hablamos, que, si un Tribunal indigno prevaricó cínicamente y la absolvió al verla desnuda, el Senado, en compensación, no admitió el insolente ofrecimiento de la misma cortesana de reedificar á su costa la ciudad de Tebas.

Nada más diré acerca de los Griegos, considerados dentro de su patria..... Cuando la fe se entibió en aquella sociedad, el Arte perdió su savia divina y dejó de ser ministerio santo, para convertirse en parodia de sí propio y simulacro de la ausente inspiración del alma..... —Huyamos también nosotros de este pueblo moribundo, y trasladémonos á Roma.

Los Romanos tenían dioses de igual naturaleza que los Griegos; pero dioses sin historia y más separados ya del hombre. En cambio, habían colocado casi á la misma altura que la santidad de aquellos númenes la santidad de la Patria, la santidad de la Familia, la santidad del Hogar, la veneración de los Antepasados, la religión de la Justicia y del Derecho, y, como consecuencia, la igualdad entre pares, la dignidad respectiva en cada orden y el respeto jerárquico entre todos. Este conjunto de devociones religiosas, morales y políticas, que da á conocer en los Romanos un carácter más práctico y menos contemplativo que el griego, requería una *finalidad* más declarada en el Arte, como, en efecto, la muestran los monumentos útiles ó remuneratorios, las ceremonias y oraciones fúnebres y aun la literatura histórica y didáctica, que casi puede decirse precede en Roma á la poesía.—Por otro lado: si la ciencia pura extinguió muy luego en el Lacio la fe religiosa, como ya la había extinguido en Grecia, no pudo secar las fuentes de donde

esa fe dimana y de donde proceden al mismo tiempo los dictados de la Moral; prueba clarísima de que el hombre es algo más que el instrumento dialéctico de que la Ciencia se vale. Aconteció, por consiguiente, que, mientras la plebe romana llenaba el vacío de la fe con las supersticiones más extravagantes, la Filosofía, incurriendo á su modo, en idéntica contradicción, buscó en las disputas de los decaídos griegos doctrinas y fórmulas convencionales con que llenar el vacío de la Ciencia.

Dos eran entonces las escuelas morales predominantes allende el Adriático: la estoica y la epicúrea.

Predicaban los Estóicos una virtud austera y desdeñosa, sin origen ni esperanza; un amor incondicional al bien sin dilucidar su naturaleza; una moral, en suma, inflexible y huérfana como el Acaso; grande en su desolación por su desinterés, pero sin entrañas ni consuelo para los débiles.—El español Séneca fué en Roma la más egregia personificación de esta filosofía, no sólo en las esferas del saber, sino en el cultivadísimo campo de las Letras, y su noble entendimiento llegó á deducir de aquellos ásperos principios máximas tan saludables y puras, que hasta los Padres de la Iglesia cristiana las invocan y recomiendan en sus santos libros, no faltando quien asegure que el mismo San Pablo solía decir en alabanza del sabio cordobés: *¡Senecam nostrum!*

Los Epicúreos consideraban la vida como una carga, y querían hacerla más llevadera aceptando lo que tiene de grato y suavizando con la sobriedad el contraste entre penas y placeres. Doctrina tan flexible degeneró en un sensualismo refinado y muchas veces grosero, cuyos cantores más célebres, y también más dignos de lástima, fueron Lucrecio y Ovidio.—El suicidio de Lucrecio reve-

ló al cabo la consecuencia lógica de tales premisas, así como la sinceridad de sus opiniones. ¡No se calificará, pues, su famoso y malhadado poema (*De rerum natura*) de mero alarde retórico ó de lucubración indiferente á la Ética! Á mayor abundamiento: en el fondo de esta obra impía, se oye siempre un grito impremeditado de la conciencia que vuelve por la Moral, y hasta cuando, partiendo del error, el misero vate la ofende y contradice, muéstrase animado de un afán de enseñanza y de reforma que nada tiene que ver con *el Arte por el Arte*.

En cuanto á Ovidio, los hechos hablan todavía con mayor elocuencia.—Ovidio rebajó el epicurismo hasta el fango de las brutalidades cínicas, salva la elegancia exterior de su persona y de sus cantos, y con todo ello (¡triste es decirlo!) fué el poeta más popular de la pervertida Roma. Irreverente, corruptor y sentimental, trató como materia de entretenimiento la leyenda religiosa y prostituyó vilmente la poesía. Pero ya lo indicamos en sazón oportuna: semejantes obras pertenecen al orden de los pecados: la delectación que producen á los viciosos es ilícita: como ilícita, tienen que saborearla clandestinamente, y nadie se atreverá á pretender que lo que no puede ser público, sea considerado como artístico! Lo contrario equivaldría á pedir, no ya un Arte indiferente al Bien, no ya un Arte sin virtud, sino un Arte criminal por derecho propio..... ¡Oh, no! El Arte, para merecer tan noble dictado, necesita el aplauso colectivo, la sanción de la humanidad, la gloria pública, la luz del cielo!—Dicho sea en honor de la antigua Roma, las obras obscenas de Ovidio fueron juzgadas, no solamente como pecados, sino como delitos, y la ley social, la vindicta pública, la ira del César, desterró para siem-

pre del mundo civilizado al licencioso cantor, sin consideración alguna á la pretendida independencia del Arte y de la Moral. Entonces el infeliz expatriado renegó también de principio tan innoble; rindió homenaje á la virtud en sus desgarradoras elegias de *Los Tristes* y *De Ponto*, y, alegando tales méritos, aunque sin recoger el fruto en vida, pidió á la sociedad misericordia.—¡Otorguémosela!

Horacio, por más que también fuese epicúreo, consideró la Belleza como los estóicos la Virtud; y tan elevado concepto tuvo del Arte, que, sólo á impulsos de él, y como caso de buen gusto, fué constantemente moral y muchas veces moralista en sus inmortales versos. Creo que á Horacio puede denominarse *el Catón de la forma y el Epicuro de la honradez*. «Corregir deleitando» era su divisa, y en otro lugar exclama: «*O me tulla potentem qui miscuit mille dulci.*» Por eso ocupa un puesto separado y propio en las Letras latinas, y fué el poeta menos popular y más aristocrático de su tiempo. «*Seris est equorum vultu p'cedere*» dice el mismo con arrogante desagrado.—Nada añade acerca del Clásico por el momento haber escrito en *Arte Poética*, de todas conocidas, donde á cada paso se establece como norma lo mismo que yo trato de demostrar con ejemplos.

Vigila incessante con el ojo los usos de aquella época que como tres de sus semejantes originó, creó y vivió en sus días. La educación política, intelectual siempre de la educación moral, había hecho pedazos el mundo romano, é harrumbado y desorganizado la República romana. Del todo, á falta de otras alianzas, el pueblo romano conservaba fuerzas sociales, económicas y políticas sin duda, pero des-

tantes para sostener una tiranía digna de su grandeza. El mundo entero pesaba sobre Roma, y Augusto, sintiendo la necesidad de afirmar las bases del naciente Imperio, produjo una súbita reacción religiosa, artificial entre los patricios y los artistas, pero real y efectiva entre la plebe.—Un poeta provinciano, á cuya casa habían llegado los horrores de las guerras civiles y no los placeres de las últimas orgías republicanas, una especie de Trajano de la Poesía, fué el cantor natural de aquella Restauración. Virgilio ensalzó la Paz, el Trabajo y la Patria, presentando esta patria sobre el fondo de oro de la Religión. La Paz, sí, la dulce paz de los campos es la musa de *Las Bucólicas*: es el Trabajo el pródigo numen de *Las Geórgicas*; y la Patria y la Religión son las nobles inspiradoras de *La Eneida*. Canta el poeta mantuano, no al colérico Aquiles, sino al piadoso Eneas, personaje religioso que peregrina con sus Dioses buscando un abrigo donde restaurar la perdida patria; y he aquí por qué este héroe, extraño al mundo gentil, da á los versos de aquel poema un sabor tan grato á la Cristiandad como en su esfera respectiva lo fué el carácter de Trajano.

Dibujada así la figura de Virgilio á la luz de su propia gloria, demostrado queda también que su testimonio habla en favor de mi digna causa. Sigo, pues, adelante con renovado aliento, como quien ve próxima la feliz terminación de su viaje; que ya clarea, tras la noche del muerto paganismo, la aurora de la Religión Cristiana, y pronto sus vivos resplandores alumbrarán el gran triunfo del alma sobre el cuerpo y de la Moral sobre la idolatría.

La decadencia del mundo clásico era irremediable. Ni la tentativa de Augusto ni otras que se siguieron basta—

ron á vigorizar la antigua fe, escarnecida y desautorizada en la Ciencia, en el Arte y en las costumbres. La interesada hipocresía y la grave Razón de Estado, que mantenian como galvanizado á Júpiter en los solitarios templos cuando ya había fallecido en las conciencias, no engañaban realmente á nadie, ni tan siquiera á la sencilla plebe, y pronto vióse que todos los espíritus sinceros comenzaban á abrazar la Religión del porvenir, el Cristianismo.—Poderoso auxiliar de esta crisis suprema había sido Luciano de Samosata, griego injerto en latino, cuya impia y sarcástica voz tanto daño hiciera á los teólogos y filósofos gentiles, acusándolos de hipócritas y falsarios, y predicando la virtud por la virtud, tal como aquel pagano la entendía; pero ni de él, ni del heroico y sublime Juvenal, que también había fustigado valerosamente con sus inmortales versos á la corrompida Roma, ni de Marcial, Plauto y Terencio y otros censores de las públicas costumbres necesito hacer detenida mención; pues á nadie se oculta que la Sátira, en todos sus aspectos, lo mismo en la comedia que en el libro, lo mismo en el pasquin anónimo que en la canción popular, es y no puede menos de ser moralizadora antes que artística, como que tiene por masa el bien y por objeto de sus iras el vicio.

Respecto á nosotros: Hemos llegado á los tiempos cristianizadores de la vida. Hemos llegado á nuestros días, con lo que ni tarea puede darse por casi terminada. De aquí en adelante todos dependen claramente en mi favor, y mi único trabajo será elegir entre el número de testigos.—En efecto, ¿puedo negar que toda la civilización que se ha creado ha sido en esencia el resultado del espíritu sobre la forma? ¿Que pudiera yo añadir en este

punto á lo que sabe el más ignorante, á lo que palpita en su corazón, á lo que brilla en el santuario de su alma? Y si de tal modo han pensado y sentido universalmente los cristianos, ¿qué no habrán expresado en sus obras los poetas y los artistas?

Diez lentos siglos, los diez siglos de la Edad Media, pasan ante nuestra imaginación como un solo éxtasis de los pueblos redimidos por Jesús.....—«¡Hierro y tinieblas por doquier!....» Es cierto: hierro y tinieblas cubrían la haz de la transfigurada Europa..... Pero en las entrañas de aquellas tinieblas residía lo infinito. ¡Y qué relámpagos tan deslumbradores salen de aquel caos!.... —Prescindo de la predicación de la Ley de Gracia; prescindo (aunque, por la forma artística de sus escritos, pudieran servir, si no han servido, de modelo á la poesía moderna) de las sublimes obras de los Santos Padres; prescindo también de los Poemas y de los Códigos que se escribían, en el nombre de Dios Omnipotente, al par que se realizaban aquellos otros poemas en acción llamados las Cruzadas, la Guerra hispano-árabe de los Siete siglos y el Descubrimiento de América, gloriosísimos empeños todos, que formaron de consuno las Lenguas con que hoy se infiere agravio á aquella Edad, y los pueblos y Estados que ya reniegan de sus fundadores.....—Sólo hablaré de dos obras magistrales, esencialmente literaria la una y esencialmente artística la otra: sólo hablaré de un poeta y de un pintor que resumen el espíritu romántico y religioso de la Edad Media, y que parecen el alma de aquellas Catedrales góticas donde la piedra se espiritualiza hasta desvanecerse en la idealidad del concepto puro: sólo hablaré de Dante y de Beato Angélico..... ¡Nadie había expresado hasta entonces con la lira ó con

el pincel sentimientos tan místicos, tan elevados, tan in-
 materiales como los de esos dos ascetas de la forma!
 ¡Nadie los ha expresado después, como no sean algunos
 genios contemplativos de nuestra patria! Pues bien, se-
 ñores: no la adoración del Arte, sino la sed de justicia y
 el amor del Cielo, inspiraron aquellas inefables visiones
 de *La Divina Comedia* y del cuadro de *La Anunciación*,
 seráficos ensueños del alma, milagros de la fe, revela-
 ciones de lo infinito, que bastan á caracterizar las Artes
 y las Letras de las diez centurias que mediaron entre la
 caída del Imperio de Occidente y los días del Renaci-
 miento.

¡El *Renacimiento!*—Sabía de antemano que esta fecha
 crítica de la civilización de Europa era otra de las posi-
 ciones estratégicas en que podían aguardarme los parti-
 darios de la libertad de pecar de las Musas; pero ya ob-
 servaríais más atrás que me apercibí á tiempo contra
 semejante emboscada. Me limitaré, pues, á decir, apo-
 yándome en axiomas anteriormente establecidos, que
 aquel decantado Renacimiento, independiente de los
 ideales contemporáneos, no tuvo vida propia. Con todo
 su esplendor y magnificencia, que yo no le disputo, fué
 en substancia una falsificación de sentimientos ajenos, un
 anacronismo voluntario, una primavera artificial. Sus
 flores habían abierto, no al influjo del sol, sino de las es-
 tufas de las Academias. El artista no buscaba la forma
 en su inspiración, sino excavando en las ruínas de los
 edificios paganos. No se discurría, se calcaba. Dejó de
 haber modelos vivos: la Antigüedad lo daba todo hecho.
 Debajo de la túnica de María se vislumbraba el cadáver
 de Niobe. La Muerte servía de maniquí.—Pues, aun así
 y todo (¡oh desencanto para los materialistas del Arte!),

no hay obra alguna de aquellos tiempos que no abogue en favor de mi tesis. Todas encierran un fin moral, ora cristiano, ora gentil. En el primer caso, sus autores habían procedido como artistas; en el segundo, como eruditos. Pero ello es que ni uno solo dejó de pedir inspiración á la fe propia ó á la extraña para que su engendro no careciese de naturaleza moral. Apelo á todas las obras de Vinci, de Rafael y de Miguel Ángel, titanes de aquella revolución, y al Tasso y al Ariosto, que la representan en la Literatura.

¿Y después? ¿qué ha sido de las Letras? ¿qué ha sido de las Artes? ¿Han renegado en algún pueblo del ideal generoso que las produjo, para convertirse en idólatras de sí mismas? Veámoslo rapidísimamente.

De España no tengo que hablar. Aquí, por la misericordia de Dios, no ha habido nunca el menor asomo de idolatría para las obras humanas. Ésta es la tierra de los enamorados, pero no idólatras de la hermosura; de los paladines del honor; de los mártires de la patria; de los soldados de Jesús; de los siervos de María. Aquí no se ha concebido jamás eso de *el Arte por el Arte*, sino el Arte por la devoción, el arte por el amor, el arte por los cuidados del alma. Ésta es la tierra de los llamados soñadores, de los ascetas, de los héroes, de los hidalgos, de los *Quijotes* de la Historia; es decir, la tierra de la fe incondicional, de los afectos absolutos, de los sacrificios sin límites, de los ideales sobrehumanos, donde plugó al Cielo que naciesen, no sólo andantes caballeros, sino también esos Hércules de la caridad que se llaman San Juan de Dios ó D. Miguel de Mañara. Aquí la poesía lírica tiene por maestros á Berceo, Alfonso X, Juan de Mena, Jorge Manrique, San Juan de la Cruz y Fr. Luis

de León, cantores de la muerte y de la inmortalidad, que no concibieron más bien que el que es Bien Sumo. Ésta es la tierra clásica del amor desinteresado y de la dificultosa teología para los casos de honra; la tierra de los caballeros y devotos de Calderón, de las nobles mujeres de Lope de Vega y de los desfacedores de agravios del inmortal Cervantes. Aquí todos han escrito creyendo, enseñando, criticando, moralizando, poniendo en lucha el deber y la pasión, la Moral y el deseo, el bien y el mal, para adjudicar el premio á la virtud y someter los apetitos al imperio de la conciencia. Nuestras envidiadas pinturas llevan los nombres de Murillo, Ribera, Zurbarán, Alonso Cano, Juanes, Morales, Claudio Coello..... para quienes el caballete no fué más que un altar en que quemaron la mirra y el incienso de su inspiración.....— El mismo Velázquez, el pintor realista (como se dice ahora), es todo filosofía, todo moralidad, todo devoción, cuando rompe los estrechos límites del retrato ó del encargo.—Y, en punto á escultores, puede decirse que, si por acaso los tuvimos, sólo labraron la piedra ó tallaron la madera para representar á Cristo y á sus Mártires. ¡Nunca fué su empeño hacer un ídolo del cuerpo humano! Antes pusieron todo su afán en espiritualizar la materia.

Pero me abrumba y me sofoca la multitud de pruebas que acuden á mi imaginación en apoyo de lo evidente, de lo inconcuso. Acabaré, pues, por lo tocante á España, citando de nuevo la obra más admirable del ingenio nacional y también del ingenio humano.—¿Qué es el *Don Quijote*? ¿Qué significa para la Moral esa creación maravillosa, tan venerada en toda la tierra? ¿Es meramente, como algunos dicen, una sátira contra los Libros de

Caballerías, que Cervantes consideraba dañosos á las buenas costumbres, y acaso, acaso, una caricatura del espíritu aventurero de los políticos españoles, personificados en Alonso Quijada? ¡Pues ya tenemos aquí el *fin útil* de la grande obra!—¿Es, por el contrario, y como yo creo, una sátira contra el egoísmo, contra la injusticia, contra la ingratitud, contra la grosería del vulgo alto y bajo, y contra el escarnio que hace y mala cuenta que suele dar de aquellos generosos paladines que se aventuran á luchar y sufrir por el prójimo? ¡Ah, señores! En tal caso, ¡qué desagravio de la Moral! ¡qué alegoría tan bella y tan consoladora! ¡cómo se ufana el bueno de padecer persecuciones por la justicia! ¡cómo bendice el poeta los molinos de viento de sus ilusiones! ¡cómo se reconcilia el mártir con la Dulcinea de su esperanza! ¡qué grotesco y odioso ha resultado el materialismo! ¡qué grande y benemérito aquel noble demente! ¡cuán excelsa y amable su poesía! ¡qué vil la prosa de Sancho Panza!

Tal es á mi juicio el sentido, profundamente espiritual, y por lo tanto moral, de las Letras y las Artes españolas; y tal, aunque con diversos caracteres, contemplo la naturaleza íntima de todos los grandes poetas y artistas europeos en el decurso de la Edad Moderna.—Miremos, si no, de pasada las dos ó tres figuras que, como soberanas cumbres, descuellan sobre las demás; y terminemos, que ya es hora.

Á la parte de Inglaterra, vemos asomar la noble frente de Shakespeare, coronada de inmarcesibles lauros. Nadie le niega ya á ese gigante el título de «el más grande dramaturgo del universo.» ¿Y qué fué en puridad? ¿Un artista de la forma? ¿una especie de mecánico, ó escenó-

grafo, que disponía arbitrariamente lo que hoy suele llamarse *Cuadros vivos*, sacrificando la verdad al simple efecto y buscando á todo trance los alaridos de terror del público? ¿Fué, en suma, un servidor de *el Arte por el Arte?*—¡Ah, no! su gloria tiene más sólido cimiento. Sus dramas son el espejo de la vida y la autopsia de la conciencia. Al oír hablar ó al ver moverse á *Hamlet*, á *Macbeth*, á *Otelo*, á *Glocester*, al *Rey Lear*, el espectador cree que se asoma á los abismos del alma y que ve allí la cuna de las pasiones, las escondidas fuentes del bien y del mal, el antro donde se engendra el crimen, la ignorada gruta donde van juntándose las lágrimas, la fuerte roca donde se cristaliza el diamante de la virtud, la hirviente lava que ha de hacer temblar la tierra..... Cada afecto ó cada pasión, cada heroicidad ó cada culpa, lleva al lado su ángel ó su demonio, su recompensa ó su castigo. El Remordimiento es siempre la tremenda furia que desencadena el autor contra los malos. Dios misericordioso está siempre en el fondo del drama, consolando á los buenos con la paz de la conciencia. Por eso las obras de Shakespeare son tan dulces y tan edificantes en medio de todos sus horrores. Su última lontananza es el cielo. Allí triunfa Desdémona, la inocente víctima del Moro; allí está Antonio, el sublime deudor del Judío; allí los Amantes de Verona; allí Ofelia; allí los hijos de Eduardo; allí el Rey Lear, segundo Laocoonte, no atormentado por serpientes, sino por sus ingratas hijas.

En la docta Alemania surge otro coloso, cuyas singularísimas obras, producto de un genio inmenso, tampoco desmienten mi afirmación. Y cuenta, señores, que se trató de aquel revolucionario que en la Poesía moderna representa lo que Platón en la Filosofía antigua; de

aquél que soñó con una religión filosófico-humanitario-universal y en su triunfo definitivo sobre las dogmáticas, sin sospechar que en pos de las escuelas metafísicas de su tiempo vendría el materialismo; de Goëthe, en fin; del autor de *Las Afinidades electivas*, del autor de *Fausto*, del autor de *Werther* y de tantas otras gigantescas temeridades como perturbaron la Europa á fines del siglo pasado. Con todo, Goëthe, en la parte meramente literaria de sus creaciones, en lo dramático y en lo lírico, rinde culto á la Moral de su época; en la parte filosófica se afana constantemente por el *bien absoluto*, y, si considera el Arte con una serenidad olímpica que tiene poco de humana, esto mismo contribuye á que, como Horacio y como Schiller, eleve la probidad á la categoría de belleza.—No puedo detenerme á citar ejemplos: sólo indicaré uno. La virtud de Margarita, vencida un instante por todo el poder del Infierno, valido de las armas del Amor, se purifica luego en el Jordán de las lágrimas y llega á triunfar de Mefistófeles, arrebatándole el alma de Fausto.—«*Sube..... Sube..... ¡que él te seguirá!*» dice la MADRE GLORIOSA á la pecadora arrepentida.

Lord Byron, portentoso cuanto desventurado genio, encarnó, por decirlo así, la poesía lírica, romántica, subjetiva, soberbia como Lucifer, cósmica y personal á un tiempo mismo, que nació del divorcio del Cielo y de la Tierra.—Huérfano el Arte, habíase prendado de la Naturaleza, considerándola huérfana también, y contábale, como antes á Dios, los infortunios de la humana vida. Byron recorre la Europa y el Oriente, llorando, maldiciendo, mostrando doquier las llagas de su alma y escribiendo en variedad de tonos la tragedia de sus desventuras; monólogo autobiográfico que imitaron luego sus

rapsodas ó sus discípulos, bien que muchos de éstos, por necesidad de escuela, fingiesen dolores que no sentían. De cualquier modo, la verdadera poesía byroniana, la poesía cómplice del mal, la poesía rebelada contra Dios, ofrece un dichoso contraste, á falta del cual no resultaría artística, sino ruín y obscura como la blasfemia, y es que sus propias lamentaciones, su fondo elegíaco, su incurable melancolía prueban al mundo que sin creencias ni virtudes no puede haber felicidad ni reposo. Aquella angustia y desesperación que van unidas á sus impiedades y sarcasmos, son tan moralizadoras como lo fuera una buena estatua de Orestes, de Caín ó de Satanás, sobre cuyo rostro hubiese impreso el escultor con mano maestra el espanto del crimen, el horror del remordimiento ó la tristeza de un alma precita. Sólo por contraposición, el bien y la inocencia aparecerían amables y apetecibles, y, consiguientemente, desagraviada la Moral.—Fuera de esto, el mismo Byron, al modo de un ángel caído, suspira á todas horas por esa inocencia y por ese bien, por la fe que perdió y por el cielo de que se cree desterrado, hasta que finalmente va á exhalar su último canto y á dar su vida en aras de un sentimiento noble y generoso.

Una palabra acerca de Francia; pues aunque poco, muy poco substancial hay que decir de ella, no debo pasarla por alto.—Francia no ha creado nunca verdaderas escuelas artísticas ni literarias.—Aplicuese á Racine y á Corneille lo que he dicho del Renacimiento, y se tendrá mi humilde opinión respecto de tan ilustres dramáticos. Sus mejores obras están vaciadas en moldes greco-latinos, no sólo en la forma, sino hasta en la esencia, salvo alguna ocasión en que nuestro Teatro les sirve de

modelo. Como quiera que sea, Racine y Corneille no dejan nunca de proponerse un fin útil y saludable, como lo preceptuaba Boileau; ya la misma moraleja de la primitiva fábula pagana, ya alusiones políticas ó patrióticas. ¡Hasta Voltaire, el Luciano del siglo XVIII, preconiza el bien y la virtud siempre que se calza el coturno trágico; y si algunas veces rebaja la poesía al fango de los Ovidios y Lucrecios, es impulsado por aquel fanatismo negativo que á él le parecía la suprema moralidad!—En cuanto al gran Molière, gloria legítima de Francia, su mejor elogio será decir que hizo tantas buenas obras como obras buenas. *El Avaro*, *El Misántropo* y *El Hipócrita*, no fueron menos aplaudidos de los hombres de bien que de las personas de buen gusto.

En el siglo presente, la literatura francesa ha ido descendiendo, y haciendo descender las Letras latinas, desde el romanticismo objetivo, que predicó *lo inmoral*, *creyéndolo moral*, hasta el género bufo, que enseña *lo inmoral*, *á sabiendas de que lo es*.....—Pero respetemos al delincuente en la hora providencial del castigo..... Respetemos el dolor de un pueblo humillado, y pidamos tan sólo que la pena vaya seguida del escarmiento.

He concluído mi larga y laboriosa tarea. Creo haber probado, señores Académicos, con razones filosóficas al principio, y después con el propio testimonio de las Letras y de las Artes, que la Belleza es una incógnita metafísica como la Verdad y la Bondad, de las que nuestra limitada razón sólo vislumbra desde la tierra algunos pálidos reflejos: he intentado demostrar que estas tres ideas *madres* son distintas entre sí (pero consubstancia-

les en esencia) y distintas sus esferas de acción (pero concéntricas y armónicas), de tal suerte que nunca llegan á contradecirse: y he deducido, en consecuencia de todo, que si la Moral no puede considerarse como exclusivo criterio de belleza artística, tampoco puede haber belleza artística indiferente á la Moral, á menos que se niegue la indivisible unidad de nuestro espíritu.

No os habrán sorprendido, por lo demás, la viveza y el calor con que he tratado un asunto que hasta ahora sólo había dado margen á ceremoniosos torneos didácticos; pues demasiado sabréis que la teoría de *el Arte por el Arte* está hoy relacionada con otras á cual más temible, y que juntas socavan y remueven los cimientos de la sociedad humana.—Comenzóse por pedir una Moral independiente de la Religión: pidióse luego una Ciencia independiente de la Moral: en voz baja empieza ya á exigirse que independiente de la Moral sea también el Derecho, y á grito herido reclaman los *Internacionalistas*, dejándose de contemplaciones y yendo derechos al bulto, que se declaren asimismo independientes de la Moral las tres entidades sociales: el Estado, la Familia, el Individuo. ¡Es decir, señores, que los ateos, pasando del humanismo sin Dios al humanismo sin alma, al *bestialismo* (última palabra de los materialistas), reniegan ya juntamente del Dios del cielo, de los Reyes de la tierra, de la autoridad histórica, de todo vínculo social, de la sociedad misma, de la propiedad, de la casa, de la esposa, de los hijos, hasta de sí propios, ó sea de su condición de criaturas racionales, pidiendo, en cambio, á la luz del petróleo y entre las ruínas causadas por el incendio, la anarquía universal, el amor libre y la irresponsabilidad de las acciones humanas!

Pues bien: en circunstancias tan pavorosas y terribles; sin parar mientes en que el soberbio edificio de esta civilización negativa tiembla ya bajo nuestros pies, es cuando hay maestros de estética que se atreven á proponernos que el *Arte*, el gran elemento conservador, prescindida también de sus aspiraciones espirituales, de los dictados de la conciencia, del amor al bien, de todo respeto á la Moral! ¡Proceden, en verdad, lógicamente esos peregrinos doctores si, como presumo, pertenecen á la *extrema izquierda* de la filosofía novísima! ¿Para qué la Moral, si no hay Dios, si no hay alma, si no hay hombre, si no hay más que fenómenos físicos sobre la tierra?—Pero vosotros, oradores, poetas, músicos, escultores, pintores, arquitectos, que vivís la vida del espíritu, y vosotros también, meros aficionados á las Letras y á las Artes, que acudís á estas solemnidades académicas, y á los Teatros, y á los Liceos, y á las Exposiciones artísticas, ganosos de útiles y dulces espectáculos que consuelen y animen vuestro corazón en este siglo de la materia por la materia; vosotros rechazaréis altivamente esa teoría sacrílega, fruto ponzoñoso de un nuevo satanismo, enemistado con el Bien, que desea proscribir la Moral de todas partes, que ya ha reducido mucho el imperio de la Virtud, y que hoy nos declara sin rebozo (en nombre de no sé qué Belleza sin alma) *que quiere ser dueño de practicar el mal!* ¡Para vosotros, la fe en Dios, la angusta idea de la inmortalidad del espíritu, los triunfos sobre las pasiones terrenales, los sacrificios del egoísmo animal, la penitencia, la limosna, la castidad, el perdón de los agravios, el amor al enemigo, serán siempre la verdadera vida y la verdadera sublimidad del hombre en este bajo mundo! ¡Cómo no, si triunfar del

cuerpo, redimir el alma, sobreponer lo moral á lo físico, es el atributo esencial y genérico que distingue al sér humano de la bestia?

En ese terreno, y no en ningún otro (digámoslo con vergüenza y amargura), hay que dar hoy la batalla á los impíos. Ya no se trata de comparaciones y diferencias entre ésta y aquella Moral ó entre tal y cual Religión positiva. ¡Ni tan siquiera se trata de si hay ó no hay Dios!.... El mal está más profundo: la gangrena roe más abajo. Se litiga si hay ó no hay espíritu, si hay ó no hay alma, y con probar nosotros que la hay, lo habremos probado todo. ¡De haber alma, tiene que haber mejor vida; tiene que haber Dios; tiene el hombre que responderle de sus actos; hay necesidad de Moral; podremos subsistir sobre la tierra!

Defended, pues, ¡oh soldados del sentimiento! los timbres de vuestra naturaleza empírea, de vuestra divina alcurnia! ¡Defended que sois hombres! ¡defended que sois inmortales!....—Por lo que á mí toca, mientras aliente y pueda escribir ó hablar, seré el paladín del alma. Ella es mi Dulcinea. En la Religión, en la Historia, en la Poesía, en las Artes, veré siempre lucir su maravillosa hermosura! Digan otros que la señora de mis pensamientos no es más que un vulgar conjunto de *fuerza y materia*, como el que, según cierto sabio á la moda (4), dirige las funciones del cerebro humano. Para mí no dejará nunca de ser la inmortal Princesa de incomparables gracias á quien debo las únicas alegrías que recuerdo sin abochornarme, las horas mejor empleadas de mi vida, mis ensueños poéticos, mi mansa felicidad, el con-

(4) Buchner.

suelo de todos mis dolores y la inmarcesible esperanza que, como fiel siempreviva, me acompañará hasta el sepulcro.

¡Oh dulce concierto! *Espiritual y moral* son ideas inseparables. Todo lo que eleva al hombre sobre la materia lo fortifica y lo mejora, bien sea la contemplación de la naturaleza muda, que apenas sabe balbucear su himno de agradecimiento al Criador, bien el divino arte de la Música, que tanto habla al espíritu con los indeterminados acentos de su misterioso idioma. Lloro el mortal entonces, sintiendo más que nunca la inefable nostalgia del Cielo, y sus copiosas lágrimas, acerbas al principio, son al cabo puras y alegres como aquellas últimas gotas de la lluvia que abrillanta el sol después de la tempestad y que sirven de gala y regocijo al indultado mundo. Indultada de su destierro se cree también la mísera criatura cada vez que el entusiasmo la purifica con aquel noble lloro equivalente á una plegaria; y presintiendo, en su éxtasis, la hora del perdón y de la libertad, ó sea el instante de la benigna muerte, recobra fuerza y virtudes para seguir peregrinando hacia su patria.—Y, pues esto es así; pues que nuestra jerarquía sobre la tierra consiste precisamente en vivir fuera del tiempo que se cuenta y del espacio que se mide; pues que los ídolos de barro, las beldades del mundo, nuestras inspiraciones y nuestras obras pasan ante la Eternidad *sicut nubes, quasi aves, velut umbra*; pues que nosotros mismos somos huéspedes de un día en este pobre globo que se disputan la luz y las tinieblas..... á tal extremo ¡ay de mí triste! que al entrar hoy aquí (aunque tan temprano me habéis llamado), no me aguardan ya los brazos de aquél que amé con filial cariño y cuya sombra amiga todos

me recordáis (1) (como tal vez muy pronto sólo quedará una vaga memoria de mi paso por esta Comunidad); pues que sueño es la vida, humo leve la gloria, nuestras bellezas ilusión, litigios nuestras verdades, y único bien duradero la esperanza de lo absoluto, considerad, señores, si hay razón y fundamento para que, desdeñando los ideales finitos, y buscando digno término remoto á nuestras obras, nos elevemos á la contemplación del Eterno Sér en quien juntamente residen la Suma Verdad, la Suma Bondad y la Suma Belleza.

HE DICHO.

(1) D. Nicomedes Pastor Díaz.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. CÁNDIDO NOCEDAL

AL DISCURSO DE D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

SEÑORES:

Un ilustre compañero nuestro, que goza ya de mejor vida, procuró en bellissimo libro, á que puso por nombre *La Mujer*, llamar la atención sobre el incidente de mayor importancia en las tertulias; tan grande por lo menos, dice, como la entrada de cualquier individuo nuevo en una corporación: la presentación de un nuevo tertuliano.

Sucede con mucha frecuencia, añade, que el presentado suele tener en la tertulia donde se le presenta más profundas simpatías que el cándido presentante. Ni más ni menos sucede en el caso de hoy. Yo, que presento al Sr. Alarcón ante la Academia Española, no he podido aún, al cabo de diez y siete años transcurridos desde que tomé asiento en sus preciados sillones, ni justificar mis títulos, ni siquiera caer en la cuenta de por qué esta sabia Corporación me abrió sus puertas. Y heme aquí, cándido presentante en ella de uno que las tiene de par en par abiertas, porque los sufragios de sus compañeros se

han ceñido á reconocer grandes merecimientos pregonados por todas las personas competentes, y por la general y bien adquirida fama. La Academia Española en este día, como en muchos otros, reconoce y declara, ó si se quiere sanciona, lo que el público y los doctos unánimemente han decretado, es á saber: que el ingenioso autor de *La Alpujarra* y *El escándalo*, y del drama intitulado *El hijo pródigo*, y de *El suspiro del moro*, y del precioso cuento *El sombrero de tres picos*, y de tantas otras composiciones en verso y prosa, todas agudísimas y llenas de inspiración y de gracia, es digno, dignísimo de sentarse entre los próceres de las letras españolas, para que los ayude á cumplir los patrióticos fines de su instituto.

Así, de hoy en adelante, la Academia, que ve mermadas sus gloriosas filas con pérdidas nunca bastante lloradas; que echa de menos á hombres como Ángel Saavedra, Duque de Rivas, el cual bondadosamente me apadrinó á mí en ocasión idéntica por recuerdo cariñoso de haber derramado su sangre hidalga al lado de mi buen padre en la guerra de la Independencia; y como Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega, y Pidal y Donoso, y Aparisi y Catalina; la Academia, digo, que tiene ahora mismo el buen gusto y la honda pena de considerar como presente al insigne Hartzenbusch, ausente por enfermo casi todos los días en que celebramos junta, contará con la ayuda inteligente y vigorosa de Alarcón para cultivar y fijar la elegancia de la lengua castellana; para formar un arsenal precioso de estudios crítico-literarios, históricos y filológicos, que sirvan de guía, enseñanza y deleite á los estudiosos, y para fomentar las letras, ya juzgando con acierto en los certámenes, ya in-

formando con recta imparcialidad al Gobierno sobre las obras dignas de su apoyo y protección, ya enseñando con el ejemplo de las suyas, bien pensadas y elegantemente escritas.

Lo que no todos saben, y merece saberse, es que el Sr. Alarcón ha cursado con fruto la primera y más alta de todas las ciencias, la que se adorna con el cándido color de la pureza, la que trata de Dios y de sus atributos, la sagrada Teología. Su presencia en la Academia Española es útil, no sólo como hijo predilecto de las Musas, sino como entendido en el ramo del saber que hoy, por desgracia, halla menos cultivadores en esta Corporación. Viene, pues, de una parte, nuestro nuevo compañero, en auxilio de los grandes escritores que pueblan estos escaños; y de otra, á compartir las faenas del P. Fernández, docto y elocuente académico de número, y de nuestros renombrados correspondientes el Sr. Benavides, Patriarca de las Indias; el Sr. Monescillo, Obispo de Jaén, autores uno y otro de oraciones fúnebres en las honras de Cervantes, que acrecentaron, si es posible, su justo renombre; y el R. P. Fidel Fita, en cualquier linaje de estudios profundísimo, sabio á toda ley, no de aquéllos de similor que engañan á la ciega muchedumbre, modesto y generoso: lo cual no maravilla á los que conocen que es soldado de la santa milicia fundada por San Ignacio de Loyola, gloria de Guipúzcoa, honor de España, admiración del mundo y regocijo del Cielo.

Quando se enaltece á un orador cuyas palabras se ha llevado el viento, queda lugar á la desconfianza y á la duda; con especialidad ahora que todos son oradores de nota á los ojos de su partido. Pero con Alarcón no pasa esto: ahí tenéis sus excelentes obras, dadas á la estampa;

ahí está el discurso que os ha leído, impreso, para que no os dejéis llevar de fugaces juicios apasionados. Ahí tenéis esa oración gallarda, en que noblemente se vuelve por los fueros de la bella y verdadera literatura, reclamando el dictado de obras excelentes del ingenio para las que confiesan á Dios, para las que rinden culto á la virtud, para las que enaltecen al hombre, dotado de alma inmortal hecha á imagen y semejanza de su Criador omnipotente.

Dice muy bien el Sr. Alarcón: es aborrecible eso que se llama el arte por el arte. No se puede tolerar, no se debe consentir, ni en artes ni en letras, la preocupación impía y salvaje de la forma por la forma misma, de la forma como objeto, como fin único ó esencial de letras y artes. No; eso no es arte ni literatura: eso es iliterario y antiartístico. Quien acaricia la insensata pasión de hacer admirar en sí misma una forma artística, y producir efecto exclusivamente por la forma, ese destruye la primera condición del arte, la cual no es otra que la expresión de la idea. El que rebaja las letras al humilde terreno del *realismo* hoy al uso, mutila al hombre, decapita su personalidad, y convierte el cuerpo, no en cárcel, sino en tumba del alma. Bueno es—¿quién lo duda?—que el cuerpo esté sano, y aun mejor si parece hermoso y bien proporcionado; pero el alma es la destinada á la suprema belleza, á la angelical hermosura, á los esplendores de la inmarcesible gloria perdurable. Lo mismo sucede en las artes: sus producciones han de tener espíritu y cuerpo. Cuidese en buen hora el cuerpo, la forma, la expresión: reconozco su valor, y un valor no así como quiera grande, sino muy importante; pero la idea es lo principal, la forma su sierva, dócil y sumisa, sin la ne-

cedad y locura de pretender erigirse en señora; sierva que sabe cumplir con su obligación esmerándose en que la idea á quien sirve sea simpática, agradable, bien recibida por todos en todas partes, distinguiéndose en la limpieza, galanura y buena disposición. La señora manda y dirige: es rey que reina y gobierna; la forma es un ministro de ineludible responsabilidad cuantas veces no acierte á abrir paso fácil, llano, agradable y simpático á la reina y señora á quien presta vasallaje.

En nada se ve con tan grande claridad esto como en la oratoria. Supongamos que una gran idea, profunda, luminosa, civilizadora y aun salvadora, sabe hallar su defensor y propalador en un hombre elocuente: la idea será comprendida y aplaudida por la muchedumbre; el mundo deberá su salvación á la idea, y la idea su pronta y rápida popularidad al orador elocuente: la forma fué hasta allí un servidor que cumplió bien y fielmente su obligación más sagrada. Supongamos ahora que la idea ocurrió á un hombre de palabra difícil y aun soñolienta, y que el auditorio le vuelve la espalda huyendo el fastidio, que se había de convertir en invencible modorra. La idea seguirá siendo hermosa y salvadora, pero sin cuerpo donde encerrarla y hacerla sentir y amar del público. En el primero contemplamos al gran orador; en el segundo echamos de menos algo, mucho, para otorgarle aquel nombre. Pero todavía, así y todo, puede ser útil al género humano, porque si le llega á entender (que sí llegará si la idea es verdaderamente buena) algún orador cumplido, y se la apropia, y la explica y la hace amable, el mal encontró afortunadamente remedio. Mas suponed ahora un hombre que dé al viento *palabras, palabras, palabras*, que suenen bien y nada enseñen en

substancia. Este tal, aunque se haga aplaudir, que no se forje ilusiones jamás: ni es gran orador, ni sigue las tradiciones del arte cultivado por el saber y el ingenio verdadero desde las edades más remotas. Le aplaudirían como se aplaude un bien acondicionado instrumento ó á un hábil instrumentista. Pero un instrumentista, un me-ro instrumentista, no es Mozart, no es Bellini, no es el gran compositor, no es el gran músico, no es el creador sublime de belleza; como el forjador de resonantes y verhosos períodos, no es, por sólo esto, grande orador. Y si no, que lo ponga á prueba: el orador insigne convence, conmueve, arrastra; pues bien: que éste de que voy hablando quiera, con altisonante arenga, arrastrar en pos de sí á sus oyentes á reñir empeñada batalla, y verá cómo queda solo, y su auditorio riendo de la candidez con que pudo creer que los aplausos dispensados á la palabra vacía habían de igualarse con aquéllos, quizá menos ruidosos, dispensados á una idea grande expresada con acierto, con exactitud y con belleza. Esto es elocuencia; para lo otro tiene una frase hecha el castellano: aquello es *hablar por hablar*.

Produce más utilidad y deleite oír cómo dulcemente gorjean los ruiseñores en la enramada, y cómo, al cruzar por ella, con manso ruido gime el viento mientras le saludan temblorosas las hojas de los árboles y sus copas se mecen con movimiento blando y suave; y rompiendo su cristal en perlas, se arrojan desde lo alto las cascadas, y bordan la pradera los alegres y fresquísimos arroyos. El orador vacío nada dice al alma humana; y por el contrario, los trinos de las aves y el rugido de las fieras, el bramar de los vientos y el dulce susurro de la fuente, y del arroyo y del río, y las olas encrespadas de

alborótada mar, componen un himno sublime al Autor de todo lo criado. Entonces el alma se eleva desde la contemplación de las cosas que oye y ve, á las que no ve ni oye, y que realmente son; el corazón, lleno de amor y de agradecimiento, se rinde á adorar al Autor de todas las cosas visibles é invisibles, dóblase involuntariamente la rodilla, y salta del pecho regenerado enardecida la voz humana á celebrar las glorias de Dios, criador y conservador providente del universo.

La fe es precisa, indispensable á toda criatura humana; pero más que á nadie al orador, al poeta, al artista. Por eso no merecen tal nombre, ni producen obras de arte verdaderas los incrédulos. Contemplad al verdadero artista: alegre cuando ha visto el ideal de una obra, se entristece conforme adelanta en ella; y al terminarla, el mundo aplaude, y él está descontento, porque no ha podido hacer con sus manos ó con su palabra todo aquello que adivinó, y vió, y contempló en el instante de la inspiración divina; porque el cuerpo no sabe reelizar todo lo que el alma siente ó presente; porque el alma, desterrada del Cielo, aspira al Cielo, y los grandes artistas consiguen entreverle. El cuerpo, cárcel estrecha, no alcanza á tanto; la bestezuela de la carne limita los horizontes del poeta y del artista; y mientras el alma forcejea para subir hacia lo alto, el cuerpo miserable se desploma hacia la tierra. En esta lucha, el gran artista sube lo bastante para asombrar al mundo, pero nunca todo lo que su alma había concebido; porque al ir á realizarlo, se encuentra el alma desterrada y prisionera.

Ahora bien, el arte por el arte no es sino el *realismo*, como ahora se dice; el cual, definido por sus apolo-gistas, consiste «en que los hombres, desprendidos del

mundo sobrenatural y viviendo en el mundo real, quieren contemplar, no ideas ni símbolos, sino personas y cosas; porque ellas no son un signo al través del cual se manifiesta el pensamiento místico, sino que tienen valor y belleza de por sí, y la mirada se fija sobre las cosas reales, tales como ellas son, con tal de estar bien copiadas é imitadas, sin que las abandone un punto para pasar adelante ni pensar más allá.» Ó sea, como dice un gran orador cristiano, «supresión del *más allá*; las perspectivas de lo ideal, cerradas á la contemplación y á la expresión de los artistas.» Es decir, obras para los ojos, para los sentidos groseros y deleznales, no para el alma nobilísima é inmortal.

Pues, ante todo, el que imita así á la naturaleza, no piense que la imita exacta y completamente; por el contrario, la envilece y la mata. No quiero yo, ni quiere nadie, que las artes y las letras prescindan del mundo real; pero queremos que no se prescinda de lo ideal, de lo sobrenatural que late y palpita en lo real. Quien no lo sienta latir y palpitar, no es artista ni poeta.

En segundo lugar, yerra el que da nombre de artista al servil imitador de la naturaleza: las artes no se limitan á imitar, sino que aspiran á interpretar la obra de Dios á los ojos de la muchedumbre. Así como saliéndose del cuerpo caducó el alma inmortal la materia se corrompe, del propio modo en prescindiendo de lo ideal, en no viendo en el mundo á su Criador, no se interpreta, se copia; no se pintan cuadros, se hacen fotografías á todo lo más; flores de un día, gustosas de ver á la mañana, marchitas y deshojadas á la tarde.

Mas con esto, sólo habríamos de lamentar la pérdida de las artes: pérdida inmensa, incalculable, deshonrosa,

tremenda; pero que al cabo, por sí sola, no traería la fin del mundo. Mas ahí no para el daño: el daño consiste en que el realismo en las artes corresponde fiel al materialismo en la ciencia; el daño consiste en que el realismo de las artes y el materialismo en la ciencia son el sensualismo en la sociedad; y las sociedades que caen en el sensualismo están á la puerta de la barbarie, y á disposición del primer conquistador que se digne castigarlas. Un pueblo que pase treinta ó cuarenta años danzando el *can-can*, no solamente en sus bailes de gente perdida, sino en sus dramas, en sus novelas, en sus canciones, en sus cuadros y hasta en sus edificios, y creyéndose civilizador se entretenga en pasear por el mundo su literatura realista, materialista y sensualista, no hay duda, caerá vencido y humillado ante el primer enemigo que con cualquier pretexto le invada. Ese desventurado pueblo se hallará sin fuerzas para defenderse noble, varonil y heróico; verá caer los muros de sus fortalezas al simple rumor de las trompetas de sus invasores, aunque no sean éstos, ni con mucho, el pueblo de Dios; verá sus meretrices bailar el *can-can* al compás de las músicas extranjeras, á sus avaros contratistas suministrar víveres y provisiones al extranjero enemigo, y buscará su salvación por el momento en las arcas repletas de sus hijos degenerados.

¡Dichoso mil veces ese pueblo, si contrito vuelve sus ojos hacia Dios y le desagravia confiando en su Providencia! ¡Infeliz de él, si insensato busca de nuevo los placeres en la contemplación de la materia deificada, y se venga de su invasor enseñándole las muecas del *can-can*! Si esto hace así, que se prepare á ver abrasados sus edificios soberbios, derruídos sus monumentos insignes,

asolados sus feracísimos campos; y no por fuego del Cielo, sino, para mayor ignominia y para escármiento más terrible, por fuego brotado del infierno, propagado por demonios disfrazados de hombres y mujeres, y mantenido con petróleo. Si la sociedad, con la enseñanza de sus filósofos, con los acordes acentos de sus poetas, con la maravillosa y electrizadora palabra de sus oradores, y con la deleitable seducción de las artes, formando un himno magnífico y universal, levanta su corazón arriba; sobre ella como benéfica lluvia derrama Dios sus misericordias. Si persiste en el camino de la perversión, y todo espíritu se materializa, y todo corazón se manci-lla, la hora se acerca, el castigo está próximo; los festines se suceden, la literatura realista se multiplica, las artes paganas se embrutecen, el cielo se encapota, la tierra se anega, y desquiciado el mundo, vuelve al estado salvaje.

Éstos son los frutos del materialismo en la filosofía, del sensualismo en las costumbres, y del *realismo* en las letras y en las artes.

Pero ¿qué culpa tenemos nosotros, dicen los artistas, de que sea el mundo así? La sociedad influye en nosotros, y nos obliga y nos fuerza; dando gusto al público, nos aplaude, y con el aplauso, de suyo agradable y gustoso, vienen pocos ó muchos los medios materiales de sustentar la vida. Con esto nos contentamos en España; en Francia es otra cosa: allí se enriquecen los escritores que siguen el corrompido gusto del público, y riéndose de la multitud, exclaman:

El pueblo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Apresúrome á confesar que, en parte, no les falta ra-

zón á los que de esta manera se defienden. Dicen bien, en cuanto aseguran que así se logra mayor ventaja material y positiva; dicen la verdad, en cuanto afirman que los éxitos colosales, espléndidos, beneficiosos; que las repeticiones á centenares de dramas inmorales y las ediciones á docenas de novelas pestíferas, se obtienen dando placer al gusto depravado del público, influido previamente por máximas que no han nacido en las letras ni en las artes. Pero ¿en qué quedamos? ¿Sois artistas ó jornaleros? ¿sóis poetas ó mercaderes? Si queréis entrar en el gremio de los comerciantes, no habléis, por Dios, no habléis de vuestra *misión* ni de vuestro *sacerdocio*. Hablad de vuestra industria, hablad del mostrador, matriculaos en el tribunal de comercio; pero no os llaméis poetas ni artistas. Contentaos con unas cuantas pesetas, ó con muchos pesos duros, y renunciad á los laureles inmarcesibles de la inmortalidad.

También tienen razón, si dando en su defensa un paso más, exclaman: bien está, cierto es; viciados están nuestros entendimientos, pero no la voluntad. Respirando perpetuamente un aire corrompido, se dañan nuestros pulmones; devoramos el aire emponzoñado de la sociedad, y devolvemos con creces, sin saberlo y sin quererlo, lo que hemos respirado. ¿Cómo se vive entre aguas estancadas sin padecer de fiebres perniciosas? Si nuestros ensueños son calenturientos, es porque la sociedad en que vivimos es pestilente. Sanead el aire, purificad la atmósfera, y nos hallaréis curados: nuestras producciones corresponderán al aire puro, al alimento sano, y devolveremos al pueblo, en libros verdaderamente bellos, y por lo tanto morales, las enseñanzas saludables que recibamos. Pero vosotros, añaden los poetas y los artistas;

vosotros, gobernantes; vosotros, filósofos; vosotros, hombres de mundo y de sociedad, vosotros nos inficionáis, nos corrompéis, y después lanzáis sobre nosotros sangrientos anatemas porque popularizamos, por medio de obras de arte, entre vuestras esposas, vuestros hijos, vuestros colonos y vuestros criados, aquello mismo que de vosotros aprendimos. ¿Qué hemos de pintar sino lo que presenciarnos? ¿Qué hemos de retratar y describir sino lo que vemos? Y puesto que lo que vemos nos lo ponéis vosotros delante de los ojos, sed justos, no nos saquéis á la vergüenza, miraos al espejo, y veréis que sois tan feos y deformes como los retratos que hacemos de vosotros.

Cierto; no hay duda, en todo ello les asistió gran parte de razón á dramaturgos, novelistas y pintores:

Todos en *El pusimos* nuestras manos.

Pero tienen alguna razón, gran parte de razón; no razón completa. Ya se dijo en otra ocasión solemne en esta misma Academia: si no podéis, ó no os atrevéis á robustecer con vuestras obras el principio de autoridad en pontífices, reyes, padres ó maridos; si no acertáis, porque obscurece la vista la niebla densa que os rodea, y están falseadas las nociones de virtud y de vicio, á pintar el vicio siempre aborrecible y deforme, y la virtud ciñendo la merecida corona, renunciad, al menos por ahora, á ser transcendentales: sed siquiera inocentes. «Vuelvan las musas á morar en regaladas florestas, con su gracioso antiguo continente, ceñida de flores la cintura; dejen de andar á pie y descalzas, desaseadas y en cabello por esas calles, y tornarán á ser queridas y respetadas (1).»

(1) Discurso de recepción del autor de esta respuesta.

¿No podéis nadar, poetas y artistas, contra las corrientes que hoy arrastran al género humano? Pues escuchad el sano consejo que os da un orador eminente en bellísimas palabras: «Yo os lo conjuro en nombre de la literatura y del arte, en nombre de su dignidad y de la nuestra: dejad, dejad caer sobre esas bárbaras tentativas que alcanzan éxitos prodigiosos, tesoros de indignación valerosa y de generosa cólera; azotad, azotad, y para la mayor gloria de la verdad, de la virtud y del arte, arrojad del templo de las artes á los profanadores de la belleza. —¿No podéis? ¿no osáis? Pues ¿por qué y para qué existís? ¿Por qué ni para qué lleváis el nombre hermoso de poetas, de oradores y de artistas, que á tanto os obliga, si es solamente para seguir las corrientes de depravación que arrebatan al género humano? ¡Ah! si no tenéis otro objeto que precipitar nuestra caída, dejadnos; romped vuestras plumas, destruid vuestros pinceles, destrozad vuestros buriles; no seáis cómplices de nuestra caída con vuestras obras: el peso de nuestros errores y de nuestras costumbres basta para hundirnos en el abismo.»

Pero esas palabras son sospechosas: son de un enemigo del progreso y de la civilización moderna; son de un ultramontano; son de un Jesuita. Pues bien, escuchad: oidlas de un académico que las ha puesto en verso. ¿Diréis que es ultramontano el Sr. Núñez de Arce? Pues oidle:

¡Todo se anubla, todo
 Choca, todo está herido!
 Pide estragado el arte
 Su inspiración al vicio,
 Y entre el alegre estruendo
 De infames regocijos,
 La sociedad oscila

Sobre el obscuro abismo.
 ¡Poetas! hasta tanto
 Que la borrasca pase,
 Colguemos nuestras arpas
 De los llorosos sauces.
 Tal vez cuando la tierra
 Nuestros despojos guarde,
 El viento las sacuda,
 Y vibren, giman, canten (1).

Ya lo veis: Núñez de Arce es poeta, y cuando quiere cantar, en vez de hacerse cómplice de los infames regocijos que nos embrutece, aniquilan y deshonoran, protesta valientemente y hace coro, con inspirados versos, á las inspiradas palabras del elocuente Jesuita.

Y dice más nuestro compañero cuando habla como poeta, que es cuando ve la verdad, inseparable hermana de la belleza, aunque el vulgo piense lo contrario:

Quando la poesía desfallece
 Y cual ebria bacante desceñida
 Se revuelca en el fango, y se envilece;
 Cuando la muchedumbre descreída,
 En torpes espectáculos apura
 Los más brutales goces de la vida:

 Entonces, como el aire corrompido
 Que invadiendo el espacio, se dilata
 Lento, invisible, acaso no sentido,
 La cólera del Cielo se desata,
 Avanza sin cesar, muda y sombría,
 Y como el rayo y la epidemia mata.
 Entonces Dios sobre la raza impía
 Que marcha presurosa hacia el abismo,
 Sus horrendas catástrofes envía (2).

(1) Núñez de Arce.—*Gritos del combate*, 1875, págs. 446 y 447.

(2) Núñez de Arce.—*Gritos del combate*, 1875, págs. 429 y 430. Por me-

Pero sucede que el vulgo de los no poetas suele decir que, mal que nos pese á los ultramontanos y al Sr. Núñez de Arce, todos los siglos, sin excluir el siglo de oro de nuestras letras y artes, han aportado al acervo común su contingente de inmoralidad. Á esto, en primer lugar, respondo que no hay que confundir ciertas desenvolturas en el lenguaje con la verdadera inmoralidad; que á oídos inocentes de personas creyentes y piadosas no les puede ofender alguna palabra ó frase, ó pasaje ó escena, de cierta libertad y desenvoltura por su forma externa; que nosotros oímos con malicia y comentamos con fruición algo escrito en el siglo de oro sin átomo de impiedad ni de inmoralidad; porque el que es creyente, y habla con creyentes, usa de cierto candoroso abandono que es peligroso para un auditorio maligno, así como inofensivo para un pueblo creyente y honrado. Pero aun siendo exacto, como efectivamente lo es, que todos los tiempos, aun los menos depravados, tuvieron su cosecha de perversas obras, al fin como de hombres, contesta á la objeción nuestro nuevo compañero, de un modo que no admite réplica, en su excelente discurso. Una cosa es producir obras inmorales, y otra matar la conciencia: no puede ser lo mismo afrontar los remordimientos que pesan al cabo sobre quien borraré y sacó á luz obras provocativas, que suprimir los remordimientos. Se ha obrado el mal, sabiendo que era malo; pero no se ha tenido la audacia de presentar lo malo como bueno, la bondad como tontería, y la santidad como estéril sacrificio: eso no ha sucedido nunca hasta ahora hace diez y nueve siglos.

nos que esto se llama hoy *ultramontano* á cualquiera que lo diga en prosa. Por fortuna, no es ofensa; antes bien grandísima honra.

¡Pero si se hace más! ¡Si se llega hasta falsear el divino misterio de la Redención! Las generaciones que nos precedieron tenían costumbre de ver en la escena á D. Juan Tenorio seduciendo incautas doncellas y matando hermanos y padres celadores de su honra, para ser después tragado por el infierno á vista del aterrado espectador. Ahora no podemos tolerar semejante injusticia: somos tan tolerantes, tan benévolos, tan finos, tan bondadosos, que nos gozamos en la seducción y el escándalo: y á presenciarlo y aplaudirlo acudimos todos los años, cabalmente el día de la Conmemoración de los fieles difuntos; y para falsificarlo todo, necesitamos que D. Juan se salve, y que á nuestra presencia se vaya vestido y calzado al Cielo, no en las alas del arrepentimiento, la contrición y la penitencia, sino por el amor sensual de una mujer que abandona las mansiones celestiales, y renuncia á ellas, no para salvar un alma cristiana diciéndole

¡Ay de tí si no aprovechas
La eternidad de un instante!

sino para requèbrar de amores al libertino desalmado é impenitente.

Si Tirso de Molina levantara la cabeza y viera tal profanación de su *Burlador de Sevilla*, volveríase luego descorazonado al sepulcro. Afortunadamente, el personaje fantaseado por el fraile de la Merced, y su cristiano poema, conservan el desenlace cristiano en la obra que admira el mundo realzada y sublimada con las melodías de Mozart.

Adviertan los que de Dios
Juzgan los castigos grandes,

Que no hay plazo que no llegue
Ni deuda que no se pague (1).

Pero ¿es cierto que no se puede ir contra la corriente? ¿Es verdad que sea preciso humillarse ante las depravaciones inicuas, ó romper la lira? ¡Oh! no: Alarcón puede decir en voz alta, y os lo acaba de decir con regocijo, que el Bien ha sido siempre su norte, que se ha propuesto ser útil á la familia y á la sociedad si ensayaba la novela, consolador del espíritu humano cuando pulsaba su arpa. Sin embargo de lo cual, y por ello precisamente, puedo yo afirmar, á presencia del primer Cuerpo literario de España, que sus novelas son muy leídas y sus poesías muy apreciadas. Pues lo que Alarcón hace en medio de los errores contemporáneos, ¿por qué no lo pueden hacer todos los peregrinos ingenios de la patria? El público influye en ellos, no lo niego; pero ellos influyen en el público; y puesto que hablan á toda hora de su *misión* y de su *sacerdocio*, no parece exigirles mucho con obligarlos á que lidien contra la corriente y den pruebas de valor y de vocación verdadera.

Creerá alguno que Alarcón, en este punto, es un convertido; no por cierto: mi digno ahijado tiene la dicha de haberse conducido siempre honradamente en el campo literario. Por el año de 1855, siendo casi niño, escribía y daba á la estampa *La Noche-buena del poeta*. Describe la que pasó á los siete años de su edad, en su pueblo: «En mi pueblo, á noventa leguas de Madrid, á mil leguas del mundo, en un pliegue de Sierra-Nevada.— ¡Aún me parece veros, padres y hermanos!—Un enorme

(1) *El Burlador de Sevilla y Convidado de piedra*.—Comedias de Tirso de Molina coleccionadas por Hartzzenbusch, pág. 589 de la edición de Rivadeneyra.

tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar; la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba; en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia; en seguida se hallaban mis padres; luego nosotros, y entre nosotros, los criados.—Porque en aquella fiesta todos representábamos *la casa*, y á todos debía calentarlos el mismo fuego..... Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea..... ¡y el viento silbaba á lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

»Yo no ceno en mi casa hace algunas Noches-buenas.—Mi pueblo há desaparecido en el océano de mi vida, como el islote que se deja atrás el navegante.—Ya no soy aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de tristeza, que penetraba temblando en la existencia.—Yo soy ya..... nada menos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engríe de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de usted!!!

»¡Oh! Cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes, con aquel rapazuelo que tocaba la zambombà hace quince años en un rincón de Andalucía, sonrío me por fuera, y hasta lanzo una carcajada que considero de buen tono; mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía.

»Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!»

¡Oh, Sr. Alarcón, mi digno y querido amigo! Esa lágrima es una perla: de esa preciosa margarita brotan y caen como bendición sobre la frente del poeta los versos con que termina, puestos en boca de un padre, la comedia intitulada *El hijo pródigo*:

¡Sí...!.. serás bueno..... lo sé!
 Que ya, aunque lejos de mí,
 No estás solo en tu aflicción;
 Pues irán eternamente
 Mi bendición en tu frente
 Y Dios en tu corazón!

El hijo pródigo, comedia representada é impresa en 1857, parece el desenvolvimiento de *La Noche-buena del poeta*. La idea de la santidad de la familia cristiana está profundamente grabada en el alma de Alarcón, y nunca la olvida, y jamás deja de dar con ella vida y calor á bien inspirados cuadros, á escenas interesantes y tiernísimas, que hacen salir dulces lágrimas á los ojos, derraman consuelo en el corazón, y arrancan involuntarios aplausos aun de aquéllos que no rezan por sus muertos el día 2 de noviembre ni pasan en su casa la Noche-buena; tipos admirablemente pintados por Alarcón en el artículo y la comedia. Todo el que lea una y otra producción, tomará cariño al autor; no puede menos de quererse á quien de sí decía: «Algunas familias en las que soy un extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome á comer— ¡porque ya no cenamos!—Pero yo no he ido; yo no quiero eso: ya busco mi cena pascual, la colación de Noche-buena, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuer-

dos, las antiguas alegrías de mi alma, *¡la Religión que me enseñaron cuando niño!*»

Tampoco es posible no estimar á quien más adelante, en 1874, saca á luz estas palabras, propias del nobilísimo pecho de un literato eminente, y hombre de bien: «*¡El Rosario!* Veinte años hacía ya por lo menos que no lo veíamos recórrer á aquella hora y de aquel modo (según la inmemorial costumbre) otras ciudades, villas y aldeas de la proverbial *tierra de María Santísima*.—*¡Y* qué veinte años! Durante ellos, los mismos que solíamos felicitarnos de la desaparición del antiguo orden social y político de España..... hemos venido á reconocer, en cambio, á fuerza de crueles lecciones..... que esa libertad y esas ideas, lejos de domesticar, de civilizar, de dignificar más y más cada día á las clases bajas..... las han hecho retroceder á la primitiva barbarie.—Inútil, ocioso, necio, y sobre todo peligrosísimo..... fuera cerrar los ojos á esta verdad que palpita en el fondo de la conciencia de cuantos hemos dirigido la voz al pueblo (creyéndonos sus redentores) desde el periódico ó desde la tribuna; desde el libro ó desde la cátedra. *¡Imposible escapar á nuestros remordimientos!* Los espantosos resultados de nuestras bien intencionadas, pero imprudentes provocaciones, están harto á la vista en todas partes..... Así pudiera continuar mucho tiempo, á riesgo de que se me considerase neo-católico, ultramontano, retrógrado, obscurantista, persa, carlino y partidario del Tribunal de la Inquisición.—Mas creo haber dicho ya lo bastante para explicar la profunda complacencia que nos causó aquella noche ver al pueblo orgivense, representado por sus hijos, hacer pública profesión de su fe cristiana (1).»

(1) *La Alpujarra*, 1874, págs. 479 y 480.

No importa que haya andado por medio de los «vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros;» que haya visto «á la musa con las tijeras en la mano despedazando *suelos*; á los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria zurcir *artículos de fondo* para re-habilitar *un partido*:» Alarcón ha arribado á puerto seguro, y con el amor de la familia que la Divina Providencia le ha dado; ve coronados todos sus esfuerzos, disipadas sus zozobras, realizados sus ensueños, lógradas sus esperanzas.

¡Penas! ¡Recuerdos! ¡Horas desaprovechadas ó mal invertidas!

¿Quién no lleva escondido
 Un rayo de dolor dentro del pecho?
 ¿Por cuál dichoso rostro no han corrido
 Lágrimas de amargura y de despecho?
 ¿Quién no lleva en su alma
 ¡Ah! por muy joven y feliz que sea,
 Un penoso recuerdo, alguna idea
 Que, nublando su luz, turba su calma? (4).

De *El Escándalo*, novela de Alarcón dada á la estampa en 1875, no hay para qué hablar: quien no la haya leído debe leerla, y hará amistad en seguida con un P. Manrique, que es, según frase feliz de Alarcón, como todos sus hermanos: «en la Compañía de Jesús no hay más que un alma..... el alma de San Ignacio de Loyola.» Hará amistad con el hermano portero de la casa del Padre Manrique; hará amistad con la Abadesa y con las Monjas del convento en que estuvo una Gabriela tres años; hará amistad con un Lázaro, modelo de abnegación y humildad; y hará amistad con Alarcón, á quien

(4) Espronceda.

es preciso, sin remedio, estimar, cuando se acaba de leer tan noble, tan gallarda, tan interesante, tan valerosa novela.

Lázaro es, en *El Escándalo*, modelo de humildad y abnegación, porque es cristiano; y por esta razón es personaje interesante y simpático. Si Alarcón hubiera prescindido de Dios en su novela, como se estila ahora; si su Lázaro hubiera aprendido á ser virtuoso en los libros de los filósofos y no en el catecismo, no fuera, como es, un hombre tranquilo y sereno que, queriendo lo más perfecto, hace un gran sacrificio, sino que sería un misántropo insoportable; en lugar de hacer y decir cosas preciosas y sublimes, diría y haría simplezas; en vez de ser simpático modelo de paciencia y resignación, sería un mentecato; y en lugar de disponerse á cambiar su astronomía por la manera con que miraba al cielo el Padre Manrique, debiera aparejarse para que le llevarsen, por majadero, á una casa de locos, ya que no hay casas de tontos. Las obras de arte en que de caso pensado se prescinde de Dios, producen en el ánimo del lector ó espectador efecto contrario al que el autor se propuso. Y si de Dios se prescinde, no de caso pensado, pero inadvertidamente, la obra resulta necia. Todo esto, sin duda, tuvo presente Alarcón al escribir *El Escándalo*, y por eso cabalmente es su novela bellísima y provechosa.

En el discurso que nos ha leído ahora mismo tiene el buen gusto de hacer público alarde de que para él la moral es la de Jesucristo, la redentora del alma, la de la humildad, la de la paciencia, la de la caridad, la del perdón de las injurias, la que despierta y ejercita todas las fuerzas de nuestro espíritu imperecedero. Pero donde se vislumbra el alma poética de Alarcón, es en el pasa-

je en que, hablando de nuestra España, y de su literatura y de sus artes, prorrumpe en estas palabras, que resumen todos los merecimientos de nuestros ínclitos mayores: «Aquí, por la misericordia de Dios, no ha habido nunca el menor asomo de idolatría para las obras humanas. Ésta es la tierra de los enamorados, pero no idólatras, de la hermosura; de los paladines del honor; de los mártires de la patria; de los soldados de Jesús; de los siervos de María.»

Sí; y aun por eso ésta es la tierra de los intrépidos caballeros, de los grandes artistas, de los famosísimos escritores, mientras no se quebrantó el espíritu católico: por eso la decadencia es general y evidente desde que vientos extranjeros han traído á la tierra de los soldados de Jesús y de los siervos de María desaliento de incredulidad y fiebres de racionalismo.

Notadlo nuevamente, señores Académicos: notad el singular fenómeno que presenta la historia de nuestras letras. Cuando el escritor respeta como justo límite el que pone la Religión Cristiana, vuela; cuando, llegados los tiempos modernos, se juzga libre de toda limitación, se arrastra. Mientras aspiró principalmente al Cielo, alcanzó fama perdurable en la tierra; desde que rompe con los lazos que le unen á la gloria eterna, no consigue ni siquiera la de este mundo. Es muy natural, si bien se reflexiona, puesto que, como dice el Príncipe de los ingenios españoles, «los cristianos católicos..... más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin se-

otras muchas, apelo al testimonio de las señoras, hechas por Dios, no para componer versos, sino para inspirar todo linaje de poesía. Venid conmigo; sigamos á Don Quijote. Un día, lleno de gratitud su nobilísimo pecho, deseando corresponder como hidalgo á mercedes recibidas de unas damas, no pudiendo hacerlo en la misma medida, conteniéndose en los estrechos límites de su poderío, les ofreció lo que pudo y lo que tenía de su cosecha. «Y así digo que sustentaré dos días naturales en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando sólo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos.»

El mismo Sancho Panza, creado por Cervantes para que dude de todo y para que todo lo vea con los ojos de la carne, el mismo Sancho Panza esta vez quiere el autor que reconozca y confiese que esto es hermoso, que esto es, además, honrado y bueno; y se rinde á la belleza poética y á la hidalguía, y dando una gran voz exclamó: *«es posible que haya en el mundo personas que se atreven á decir y á jurar que éste mi señor es loco?»* Don Quijote que, entre otras locuras, tenía la locura de la modestia, «volvióse á Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo: ¿quién te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero?» Puesto en medio del camino con intrépido corazón, vino un tropel de toros bravos y de mansos cabestros; y pasó sobre Don Quijote dando con él en tierra y echándole á rodar por el suelo. Para entonces, *los que con el caballero estaban, volviendo las espaldas, se habían apartado bien lejos, temerosos de que les había de suceder algún peligro.*

Decidme, señoras mías, ¿se escribió esto para hacer reír ó para hacer llorar? Los que leyendo esto se ríen de Don Quijote, se reirán de todo lo que es poético, de todo lo que es noble y levantado, aunque parezca extravagante: se ríen de la España de nuestros mayores, abandonada en Westfalia y maltratada en Utrecht; se ríen de la heroica locura llamada la guerra de la Independencia; se ríen de los valerosos voluntarios pisoteados en Cabezón, Ocaña y Medellín; se ríen de la España caballeresca, porque las damas, zagalas contrahechas, llamadas Inglaterra, Rusia, Prusia y Austria, le volvieron las espaldas y la dejaron sin Gibraltar, y sin Nueva España, y sin el nuevo mundo descubierto por un loco que se llamaba Colón, bajo el amparo de la visionaria Isabel la Católica, conquistado por unos dementes que se llamaron Hernán Cortés y Pizarro, y evangelizado por unos extravagantes que se llaman frailes franciscanos ó dominicos.

No, señores: Cervantes no se ríe, sino que llora. Ignoro, y me importa muy poco averiguar, si empezó á escribir su inmortal libro con el intento que en él resplandece: lo que sé, y doy por averiguado y cierto, es que en él fué vaciando su alma, y apareció patente su corazón generoso, y resultó lo que he dicho. Aun por esto, en lo claro de la intención, en la hidalguía de los pensamientos de Don Quijote, en lo poético de sus designios descabellados, es muy superior la segunda parte á la primera, aunque ésta parezca más pintoresca y animada que aquélla; por esto, en la segunda parte nace un bachiller Sansón Carrasco, que comete locuras verdaderas para curar á Don Quijote de su poética locura; por esto, en fin, todos los hechos y todos los dichos de Don

Quijote, principalmente en la segunda parte de su vida, son á más no poder nobles, bellos, y sobre todo simpáticos. Porque Don Quijote es Cervantes cautivo en Argel, animado de pensamientos conquistadores; Cervantes en la corte, lleno de heridas y merecimientos, y muerto de hambre; y Don Quijote en su casa, molido á palos y próximo á morir en brazos de su sobrina y de su ama y de su cura, es Cervantes dando vueltas alrededor del convento de las Trinitarias, yendo á ver de continuo á las Religiosas para consolarlas y para consolarse, y tomando el hábito en la Orden Tercera de San Francisco (4).

¡Pero se ríe perpetuamente en el *Quijote!* Ríe, mas no se burla: también ríe al escribir la dedicatoria del *Perisiles*, al día siguiente de darle la Extremaunción; y cierto que al esperar tranquilo y con pecho regocijado la ya cercana muerte, no se burla ni de la otra vida, ni de la mortaja que prepara para su cuerpo con el tosco sayal de la Orden franciscana.

Ni D. Pedro de Alarcón, ni el que tiene la honra de contestarle á nombre de la Academia Española, estamos con los que aventuran semejantes bobadas. Uno y otro, el nuevo académico aún más y mejor que yo, porque es poeta y yo un humilde prosista, y de la más pedestre prosa, la que se escribe en papel sellado, sabemos á qué atenernos. Ningún soberano escritor ha dejado de ser espiritual en sus pensamientos y moral en sus composiciones. Ningún poeta español, ningún artista, ningún ora-

(4) Tomó el hábito en 2 de julio de 1613. Profesó el día 2 de abril de 1616.—«en su casa, dice la partida, por estar enfermo, el hermano Miguel de Cervantes.» Véase *La sepultura de Miguel de Cervantes*, Memoria escrita por encargo de la Academia Española por el Marqués de Molins.—Madrid, 1870, imprenta de Rivadeneyra.

dor digno de tal nombre, ha dejado de ser entre nosotros católico; porque entre nosotros ha imperado siempre la verdad, y no ha habido manera de ser religioso sin ser hijo de la Iglesia de Dios.

El discurso de Alarcón tiene un objeto altísimo, cristiano y español, como sus obras literarias. ¡Venga el señor Alarcón en muy buen hora á llenar los huecos que va dejando en nuestras filas la muerte, y, con la ayuda de Dios, entre todos sacaremos ilesos de la borrasca que corre la literatura, anegada en un mar de aguas inmundas, los fueros de su hermosa Dulcinea, del alma humana, hecha á imagen y semejanza de Dios y redimida por Él en el Calvario! ¡Arriba los corazones! y desdeñando, como dice Alarcón, los ideales finitos, busquemos digno término á nuestras obras elevándonos «á la contemplación del Eterno Sér en quien juntamente residen la Suma Verdad, la Suma Bondad y la Suma Belleza.»

22 de enero de 1877.

DISCURSO

QUE EL

EXCMO. SR. D. EDUARDO SAAVEDRA

leyó en Junta pública

de la Real Academia Española, el día 29 de diciembre de 1878,
al tomar posesión de su plaza de Académico de número.

SEÑORES:

Quando se oyen todavía por los ámbitos de esta sala los ecos de la voz de D. Manuel Bretón de los Herreros, y fuera de aquí resuenan á todas horas los justos aplausos que tributa el público á la musa fácil y vigorosa del dramático más fecundo de nuestro siglo, vano será todo esfuerzo que intente, ya para levantar mi voz á la altura de esos ecos gratos y armoniosos, ya para hacerme escuchar por encima de los vítores que arranca el solo nombre del poeta esclarecido, del hablista consumado que hoy tengo la honra inapreciable de reemplazar en estos escaños. Y aunque así no fuera, ¿qué podría contaros de Bretón que no sepáis, ni deciros de mí que creeráis con entera sinceridad? Callar, téngolo por la muestra más positiva de modestia; y si de este modo evito largo exordio, creo que me lo habréis de agradecer,

como yo agradezco con todo mi corazón, al pisar éste estrado, el favor insigne con que me ha distinguido el voto de la Real Academia Española.

En sus recepciones públicas han sido ya juzgados los grandes maestros del lenguaje, desde Garcilaso hasta Quintana; se han discutido las elevadas cuestiones relativas á la verdad, á la libertad y á la autoridad en las artes; se han analizado las diversas manifestaciones literarias en el teatro y en la novela, en la poesía vulgar y en la erudita; se ha discurredo sobre las relaciones mutuas entre el cultivo de las letras y la oratoria, la política ó la filosofía, y se han leído discursos acerca de las condiciones y progreso del castellano, de su origen y de sus analogías ó diferencias con lenguas antiguas y modernas. Después de esto, quien, como yo, no tiene grande acopio para esta ocasión solemne, ha de salir de la forzosa empresa de dirigiros la palabra llevando vuestra atención á géneros ó asuntos más humildes, que no por serlo merecen menos quedar comprendidos en el gran catálogo de la literatura patria. Si se ha de penetrar algo bajo la corteza exterior del lenguaje; si en preparar su futura suerte conviene emplear tanto cuidado como en conocer su historia y consolidar su actual estado, lícita y necesaria es esa dirección en vuestros estudios; y con ellos, del abundante arsenal de la literatura secundaria sacaréis á luz vestigios claros é indelebles del carácter, de las tendencias, del pensamiento y del modo de hablar de cada comarca, de cada clase social, de cada agrupación particular de personas. Convencido de esto, y de cuán probable es que esperéis de mí algo que se roce con las letras arábigas, he determinado acogerme á lo más vulgar y menos dificultoso de ellas, haciéndoos

conocer en sus propios escritos á los musulmanes españoles sometidos al dominio cristiano, y á sus descendientes públicamente convertidos á nuestra fe. La creencia mahometana, que conservaron, primero, al amparo de los fueros y capitulaciones, y después, á pesar de ordenanzas y duros apremios, fué causa bastante para que los mudéjares y los moriscos, al modo de los judíos, formaran una unidad social perfectamente caracterizada, una nación distinta en medio de la sociedad española, aun cuando en su mayoría pertenecieran á la raza de los dominadores y vistieran sus trajes, y vivieran con sus costumbres, y hablaran en su mismo romance.

Por eso se redactaban en castellano los libros destinados al vulgo, siendo los doctos los únicos que entendían el árabe; mas como viva protesta para no conceder la preeminencia á nuestro idioma, le llamaban *ajamí*, que vale tanto como *extranjero*, y también, por una ligera y antigua corrupción, *aljamía* (1). Claramente se denota el uso general del romance y el olvido del árabe en el encabezamiento de una alabanza de Mahoma en verso, donde se dice (2) «que fué sacada de arábí en ajamí porque fuese más plaziente de la leir y escoitar en aquesta tierra.» Pero más persistente que la libertad política, que los hábitos civiles, que el habla nacional y aun que el culto religioso, fué entre aquella gente el alfabeto arábigo; y sobrenadando en el total naufragio de su peculiar cultura, sirvió largo tiempo para expresar en lengua á él extraña altos pensamientos ó sencillos apun-

(1) Poema de Alfonso Onceno, v. 1293. Mármol, *Rebelión de los moriscos*, II, 9.

(2) *Sitzungsberichte der Königl. bayer. Akademie der Wissenschaften zu München*. 1860, p. 247.

tes, para alimentar vanas esperanzas ó anunciar lúgubres presentimientos, para llorar amargos desengaños y fuertes desventuras.

Así es como los últimos musulmanes de España escribieron el castellano con los caracteres arábigos mucho más que con los latinos; y por tal circunstancia solemos dar el nombre de *libros aljamiados* á los que están escritos de ese modo, aun cuando propiamente tal denominación pueda y deba comprender á todas las producciones de los mudéjares y moriscos en nuestra lengua, pues todas pertenecen á una misma familia literaria, sin más diferencia que la externa y accidental de la escritura. El sistema que adoptaron para acomodar la suya á nuestros sonidos, ó el modo como emplearon la latina para expresar vocablos árabes (1), prestan gran luz para juzgar de la pronunciación peculiar de los musulimes del lado acá del Estrecho, y aun del valor de ciertas letras castellanas antes de que se fijara definitivamente el que hoy tienen (2). No es la aljamía el único ejemplo de una lengua escrita con los caracteres propios de otra, pues los judíos de la Edad Media escribieron en árabe con letras hebreas, como los de Constantinopla imprimen hoy con ellas periódicos en castellano; y los mismos caracteres arábigos emplearon los tártaros de las fronteras de Ucrania para expresarse en polaco (3): singular apego á

(1) En algunas ocasiones llegaron á inventar nuevas letras para que correspondieran con las arábigas, siendo el ejemplo más digno de notarse el libro del Sr. Gayangos, S. 4. donde hay muchas combinaciones análogas á las que usan los orientalistas modernos.

(2) Véase la luminosa Memoria que sobre este asunto ha publicado Don Leopoldo Eguilaz, titulada *Estudio sobre el valor de las letras arábigas en el alfabeto castellano*, y en la cual tributa á este trabajo mío un elogio anticipado que le agradezco cariñosamente.

(3) Fleischer, *Cat. Bib. Lips.*, CLXXIX.

un sistema de escritura, y cuya causa es difícil apreciar. ¿Era la fuerza de rancia costumbre, era supersticiosa veneración hacia caracteres que se miraban santificados con revelación divina, ó era mañoso ardid para encubrir de un enemigo poderoso y vigilante secretos de la conciencia atemorizada por la persecución? De todo debió haber algo, y por circunstancias muy diversas. Dió norma, sin duda, para la costumbre, la necesidad de intercalar en textos árabes de los alfaquíes y notarios vocablos de uso vulgar, como la *caloña* que se había de pagar á una *cofadría* reunida en casa de *Doña Juana* con los *priostes* y los *escogidos* (1); ó el «capuz, sayo, jubon, calzones, camiones, bonete, zapatos y cinto,» que había de suministrar á un aprendiz su maestro (2); y otras veces era preciso insertar textual, en el acta de un juicio, la querrela de las partes ó la deposición de los testigos, que hablaban tan sólo aljamía (3). La veneración á los caracteres se deja conocer en el cuidado con que se conserva en letras árabes el nombre de Allah en una antigua alhotba escrita en castellano (4); al paso que el desprecio á nuestra lengua se manifiesta bien en éstas acerbas expresiones de un alfaquí (5): «ni uno solo de nuestros correligionarios sabe algarabía en que fué revelado nuestro santo alcoran, ni comprende las verda-

(1) Actas de una congregación musulmana de 4402. Fernández y González, *Mudéj. de Cast.*, p. 396.

(2) *Mud. de Cas.*, p. 437.

(3) *Ib.* pp. 436 y 438; Formulario de escrituras de D. Pascual de Gayangos; V. 30. También era muy antigua costumbre fechar con los meses cristianos, poniendo ó no la equivalencia de los musulmanes, al fin de los códices arábigos que se copiaban por los mudéjares. Véase B. N. Gg. 45, 88, etc.

(4) Gay. V. 42.

(5) Ticknor, *Hist. de la lit. esp.*, IV, p. 420.

des del adin ni alcanza su excelencia apurada, como no le sean convenientemente declaradas en una lengua extraña, cual es la de estos perros cristianos, nuestros tiranos y opresores ¡confúndalos Alá! Así, pues, séame perdonado por aquel que lee lo que hay escrito en los corazones, y sabe que mi intencion no es otra que abrir á los fieles musulimes el camino de la salvacion, aunque sea por tan vil y despreciable medio.» Y, por fin, á pesar de cuanto se decía acerca de una cifra con que se entendían los moriscos, el hecho de la escritura castellana con caracteres arábigos parece tan ignorado por los contemporáneos, que manuscritos de esta clase, caídos en poder de la Inquisición, se calificaron de una manera funestamente errónea (1). Á principios del pasado siglo fué cuando se empezó á conocer la aljamía; y aunque Sparvenfeld atribuyó tres libros de esta clase (adquiridos en Túnez en 1691) á los antiguos árabes de las taifas (2), el erudito Reland explica ya con acierto un manuscrito de la librería de Enrique Sicke (3), casi al mismo tiempo que el P. Echevarría forjaba rudamente en Granada su famosa carta de Aldosindo sobre la batalla de Clavijo (4). Algo tardaron los doctos, sin embargo, en familiarizarse con la aljamía, pues D. Miguel Casiri (que atribuía los escritos de los moriscos en caracteres comunes á los renegados de África) y el llamado D. Faustino Borbón tomaron los libros de ese género por persas, turcos, berberiscos, ó de mera combinación cabalística; pe-

(1) Ochoa, *Cat. de los man. esp. de la Bib. Real de París*, p. 63.

(2) *British and foreign Review*, núm. XV, p. 66.

(3) *De Religione Moham.*, 1705.

(4) Posee un ejemplar de esta carta, grabado en cobre, el Sr. Gayangos.

ro Sacy, Conde (1) y Lozano (2) hicieron mención expresa de la literatura aljamiada, y los arabistas posteriores le han concedido cada vez mayor importancia. Mi sabio maestro y querido amigo D. Pascual de Gayangos, cuya rica colección he podido utilizar á mi sabor, publicó en 1839 su primer trabajo sobre esta materia en Inglaterra (3), dió á luz en 1853 dos tratados religioso-legales (4), comunicó á Ticknor tres importantes composiciones en verso (5), y autografió de su propia letra un notable pasaje de la Historia de Alejandro (6). Al inaugurar mi inolvidable amigo D. Serafín Estébanez Calderón su cátedra de árabe en el Ateneo de Madrid en 1848 (7), ocupó una buena parte de su discurso con estos estudios; mi malogrado compañero D. Emilio de Lafuente Alcántara (8) dedicó algunos destellos de su fácil pluma á este asunto; no lo ha olvidado mi antiguo condiscípulo Don José Moreno Nieto en su Gramática (9); ciertos documentos imprimió D. Francisco Fernández y González en sus *Mudéjares de Castilla*, y D. Vicente Vignau (10) ha publicado recetarios en que andan revueltos el castellano con el latín y el árabe, así como las letras de una y otra especie indistintamente. No han estado ociosos, en tanto, los extranjeros: Marcos José Müller imprimió en Munich tres poesías halladas en un manuscrito del Esco-

(1) *Notices et extraits des man. de la Bib. Nat.* IV, 626.

(2) *Tabla de Cebes*, p. IV, nota.

(3) *British and foreign Review*, núm. XV, p. 63.

(4) *Mem. hist. esp.* T. V.

(5) *Hist. de la lit. esp.* T. IV, p. 247: Madrid, 1856.

(6) *Princ. elem. de escr. aráb.*: Madrid, 1864.

(7) *Seman. pint.*, núm. 46, 1848.

(8) *Revista Meridional*: Granada, 1862.

(9) *Gramática de la lengua arábica*, p. 45.

(10) *Revista de Archivos, Bib. y Mus.* IV, p. 454.

rial (4), y Lord Stanley de Alderley sacó á luz en Londres los romances completos de Mohamad Rabadán, mediante las copias que anotadas y compulsadas le facilitó D. Pascual de Gayangos (2).

El carácter religioso, que separaba á los moriscos del resto de los españoles, predomina en sus producciones literarias, como hijas legítimas de las arábicas. Para mantener viva la llama de la creencia mahometana, escribían los alimes y alfaquíes tratados (3) «de los artículos que todo buen muslim está obligado á creer y tener por fe,» ó sobre los atributos de Dios y otros puntos teológicos, siguiendo ordinariamente la doctrina cristiana tradicionalista de Mélique (4), dominante en África y en España; sin que por eso dejara de ser explicada la de Abu Hanifa (5), preferida por los turcos y más inclinada á las decisiones de la razón. *El Atafria* (6) de Ibn-Chelab contenía las minuciosas prácticas del culto al par de las reglas y procedimientos del derecho; asuntos apenas separables en las sociedades musulmanas, donde la ley civil y la fe religiosa se derivan de la misma fuente, de «el onrrado alcoran,» razón por la cual hubieron de ponerlo al alcance de todos, trasladándolo al castellano (7) con paráfrasis ó comentarios de grande interés. Para uso diario de los devotos corrían con abundancia, á modo de rituales ó devocionarios, extractos y abre-

(4) *Sitzungsberichte*, 1860, p. 201.

(2) The poetry of Mohamad Rabadan. *Journ. of the Asiat. Society*, 1867-1872. Estos romances, adquiridos por M. Morgan en Túnez, fueron traducidos al inglés y publicados por él mismo en 1725.

(3) *Reland de Rel. moh.*, ind. mss. xxx.

(4) Biblioteca Nacional, Cc. 470.

(5) B. N. Cc. 474; Tornberg. *Cat. Bibl. Ups.*, ccccxiv.

(6) B. N. Gg. 2; B. prov. de Toledo, est. 9. tab. 6.

(7) B. prov. de Tol.; B. N. Gg. 72.

viaciones de unos y otros libros (1), con *adoaes*, *alhotbas*, *moncafares*, *alhaicales* y otros rezos (2); el sacrificio de Ismael (3), el razonamiento de Muçe (4), el castigo del hijo de Omar (5) y la muerte de Bilel (6), hacían una especie de Historia Sagrada; imponíase espanto á incrédulos y pecadores con la «estoria del dia del juicio (7),» prometiéndolo en cambio «el gualardon de quien hará açala con alchama (8);» á buena vida y prudente conducta querían encaminar «los castigos de Alí (9);» y «los castigos de Alhaquim á su fijo (10);» y con la «estoria del puyamiento del anabí Mohamad á la corte celestial (11),» se alimentaba la vulgar afición á maravillas y consejas. La gente común, dada siempre á la curiosidad y superstición, pretendía levantar el velo de lo futuro con «el alquiteb de sueños» ó con «las suertes de Dulcarnáin (12),» resto del juego ú oráculo de los dardos de los árabes antiguos; y buscaba preservativos contra los reveses de fortuna, las calamidades naturales ó la ira de los grandes, en diversos conjuros, como *anoxaras* ó hebedizos mágicos, y *hirzes* ó cédulas cabalísticas, mezcladas al-

(1) Los trozos del Alcorán que se encuentran en los códices aljamiados, son ordinariamente los mismos, porque forman la serie de los preferidos para las ceremonias del açala ú oración pública.

(2) Gay. S. 4; T. 1. 2, 3, 4, 7, 8, 13, 17, 18, 19; V. 11, 12, 15, 26; B. N. 174; B. Paris, 290, St. Germ.

(3) Gay. T. 42.

(4) Gay. T. 8, 43, 19; B. Paris, 290, St. Germ.

(5) Gay. T. 42, 18; B. Paris, 290, St. Germ.

(6) Gay. T. 42, 18.

(7) Gay. T. 47.

(8) Gay. T. 19.

(9) Gay. S. 4, T. 43.

(10) B. N. Gg. 47.

(11) Gay. T. 47.

(12) Gay. T. 49

gunas veces con palabras griegas ó hebreas, figuras misteriosas y letras enigmáticas (1).

Incansable el clero cristiano, acudía á atajar el mal, ya predicando sermones que en ciertos días tenían obligación de escuchar los mudéjares y después los conversos, ya imprimiendo confutaciones del Alcorán (2), ya disputando en las aljamas con los alfaquíes y adelantados, según hacía audazmente en Zaragoza el P. Maestro Fr. Juan Martín de Figuerola (3), quien con los textos árabes en la mano procuraba persuadir á los oyentes, así de su engaño como de la ignorancia de sus doctores. Temerosos de infringir las leyes que sellaban sus labios, pocas veces se atrevían los alimes á sostener públicamente la polémica; pero suplían esta falta haciendo circular entre sus correligionarios la «Desputacion de los muçlimes con los cristianos (4)» con objeto de hacerles creer que «Pablo el judío» había desfigurado la primitiva doctrina evangélica; ó el «Alhadiç del nacimiento de Yçe (5),» donde se cuenta cómo los judíos mataron, en vez de nuestro Salvador, á otro sujeto que se le parecía. En tan porfiada lucha, sin embargo, y en su forzado aislamiento, no podía menos de resentirse la integridad del islamismo, por más que pugnasen por restituírsela, ó contener al menos su decadencia, «el onrrado sabidor don Yçe de Chebir, mufti, alfaquí mayor de los muçlimes de Castilla» con su «Brebulario çunní (6),» ó «Ali ybnu mühamad ybnu háder,» que traducía en 1606 al

(1) B. N. Gg. 69; Gay. T. 8, 9, 11, 13. V., 10, 24, 25, 26 y 27.

(2) *Antialcorano*, por Bernardo Pérez de Chinchón, 1532.

(3) *Lumbre de la fe contra el Alcorán*, 1549: ms. de Gay.

(4) Gay. T. 12, V. 6, 7.

(5) Gay. S. 1.

(6) Gay. S. 3; *Mem. histór.* T. V.

castellano en Constantinopla, no obstante ser él extranjero, el *Tedehib de Alberadti* con el título de «El hundidor de cismas y eregias (1).» Si ya desde el siglo xiv, cediendo de la antigua rûdeza, admiten las «Leyes de moros (2)» que «figuras de omes et de otras figuras..... non enpece en los vestidos nin en los estrados,» en lo cual está el «Hundidor (3)» conforme; en el siglo xvii, comparando eruditamente las tres religiones jûdáica, cristiana y mahometana, llegaba un morisco á renunciar resueltamente á las esperanzas del sensualismo orientâl, asegurando cuán «ynutil es objetar al alcoran ynponiendole y aplicandole decir que en la otra vida promete casamiento y actos lividinosos, lo qual solo es ynpuesto por afear el alcoran, pero no por que tal por el conste ni tal sea en rrealidad (4):» opinión atrevida, propuesta con más reserva medio siglo antes, al advertir que «en el alchana no habrá cosa de todas las que acá podemos imaginar, porque dezir qu'en el alchana abrá descanso es cierto, mas dezir cómo ó de qué manera, eso allá lo veeran los poseedores della (5).»

Son estas palabras de un notable autor morisco, conocido sólo por el nombre de «El Mançebo de Arévalo,» que vivió á mediados del siglo xvi y visitó varios lugares de España, ya por instruirse, ya con objeto de preparar su viaje de peregrinación á la Meca. No sólo era docto *arabiado* y sabía á fondo las disciplinas alcoránicas, sino que hablaba latín, leía hebreo, y demuestra en sus obras tal conocimiento de usos y libros de los cris-

(1) Gay. S. 5.

(2) Gay. S. 4; *Mem. histór.* T. V, p. 230.

(3) Fol. 6 vuelto.

(4) B. N. Cc. 473, fol. 237.

(5) Ms. de D. Pablo Gil, fol. 8.

tianos, que probablemente, como otros moriscos de su tiempo (4), asistiría en su juventud á las aulas de algún Seminario ó Colegio. Sus dos principales obras son: una *Tafsira* (2) ó exposición de los preceptos, ritos y tradiciones mahometanas, y un «Sumario de la rrelacion y exercicio espiritual (3),» dirigido á llamar la atención de los musulimes hacia la contemplación de las cosas eternas y el ejercicio de la piedad. La doctrina sufi ó extática de Algazali que el autor decididamente sigue, permite que, con amor sincero y profundo á la religión de sus padres, se haya facilitado un giro particular en sus ideas por el trato continuo con sus señores ó sus maestros. La guía que da en el *Sumario* para el examen de conciencia, acomodándose puntualmente á los diez mandamientos, á los siete pecados capitales, á las obras de misericordia, á los septidos corporales, á las virtudes teologales y cardinales, á los dones del Espíritu Santo y á los mandamientos de la Iglesia, bastaría para denunciar la influencia cristiana, si no se divisara mucho más pronto en el estilo de la composición. Proponiendo al devoto un acto de humildad, le hace decir: «yo me confundo en el abismo de mi vileza, rreconociendo cuan miserable y necesitado soy por todas partes, y cuan pecador indigno para estar delante mi grande Allah, al cual e sido muy desconocido por los beneficios que me a hecho y sienpre me haze, y como tengo afeada la ermosura de mi alma, la cual infundiste vos, Señor, á vuestra propia

(1) Morgan, *Mahom. fully expl.* II, p. 360.

(2) Manuscrito perteneciente á D. Pablo Gil, Catedrático de la Universidad de Zaragoza, quien ha tenido la galante generosidad de remitirlo á mi disposición, por cuyo favor y confianza me complazco en darle aqui público testimonio de mi gratitud.

(3) B. N. Gg. 40.

semexanza.» Pero antes, en un arranque de fervor, dice: «¡O Señor de toda abastanza! ¿y qué puedo yo querer fueras de á vos? Vos sois mi bien único, vos mi querer y á vos sólo busco. Ea, pues, Señor, traedme en pos de vos y abrasad mi corazon en el fuégo de vuestro dulce amor.» Y al empezar el tercer capítulo se lee: «Toda obra de caridad te a de parecer pequeña: aunque diese uno todos sus algos en caridad, no lo a de sumar por mucho, sino por poco. Y si icieres larga penitencia, atórgala por mínima y flaca; y por mucha que sea tu cencia ó saber, considera que estás muy lejos de lo que se te rrepresenta; y por mucha que sea tu devocion no te engorde ni te ensanches: allánate y rrencórate cuanto más puedas asta que no te conoças y no te llame tu propio amor.» ¿No es evidente que la inspirada palabra de nuestros místicos sonaba en los oídos de quien así escribía? Mas no creo ver solamente la influencia literaria, sino tendencia, sea casual ó algo intencionada, del mahometismo hacia el cristianismo, conservando de aquél las formas externas y modificando sus principales puntos de doctrina hasta rayar en la disidencia motazellí. Véase, en prueba de ello, cómo se condena en el *Sumario* (1) el fatalismo: «No se enfaziende nadi en decir: grande es Allah y grande es su poderío, y al fin que todo es como el quiere y el nos guia, y si el no quisiese no seria esto ni esto otro; que todo es echar y arrojar nuestras culpas enta su divina bondad.» Abre camino, al mismo tiempo, contra el exclusivismo religioso en este pasaje: «Cuentañ los ebráicos y los arábigos no lo niegan, y es que muchos idólatras y cristianos asimesmo

(1) Cap. 2.º

se libraron con la devoción de casos graves;» con tolerancia práctica escribe (1): «darás targuac para servir ad Allah á tus fijos y sirvientes y á los esclavos en su ley y devozion;» y dice al guerreador (2): «ni profanes los templos ni sus santuarios, ni santos, ni cruces, que ya fue todo profanado por ellos mismos con su veneracion falsa, ni hagas bien ni mal á cosas tales, porque son en tus denuestos ni para bien ni para mal.» Censura, por fin, el formalismo externo advirtiéndolo (3): «que por la obra del açala, dayuño y azaque no merecemos nada con su divina bondad, sino es por la caridad, piadad, omildad y por obras de nuestra cosecha dedicadas de nuestra fincanza y ser natural.» Con sin igual desembarazo proscribte las adivinanzas, desprecia los horóscopos, admite que se coma carne muerta por «infieles,» obliga á la monogamia y ensalza con entusiasmo el estado virginal (4); y como si esto no fuera bastante, en los puntos más arduos se cita con respeto desusado entre moros la opinión de dos mujeres versadísimas en cuestiones tales: la anciana nonagenaria, de gran cuerpo y rudas maneras, servidora de la antigua corte de los reyes granadinos, llamada la Mora de Úbeda; y la otra vecina de Ávila, donde era *ante-cihra* ó exorcista, y tenía por nombre Nozeita Calderán.

Comparando esta tendencia á atemperarse á las costumbres é ideas cristianas, con la que en dirección paralela, pero inverso sentido descubren, para islamizar mañosamente la doctrina católica, los famosos libros

(1) Cap. 2.º, fol. 470.

(2) Ib., fol. 330.

(3) Ib., fol. 7.

(4) *Tafsira*, fols. 55, 71, 113, 322, 328.

plúmbeos de Granada (1) á fines del mismo siglo xvi, resulta evidente una gran tentativa ensayada entonces para fundir las dos religiones y suavizar sus diferencias, esperando quizá los moriscos conjurar por ese medio la tormenta que ya se cernía amenazadora sobre sus cabezas. Pero no hacia la corriente católica era á donde fácilmente podía desviarse la comunión mahometana; que más inmediato se le brindaba el cauce recién abierto por el agustino de Witemberg. Como los musulimes, proclamaba Lutero el dogma fundamental de la justificación por la fe sola y la autoridad religiosa del príncipe; conformes se encontraban con Calvino en la doctrina de la predestinación y en su horror á toda imágen sagrada; Servet, educado entre ellos, defendía la unidad de persona en Dios; negaban todos la potestad del romano Pontífice, y enlazados por la comunidad de persecuciones y desdichas, no es extraño que moros y protestantes acercaran sus ideas, unidos en el momento sus intereses. Tanto es así que, á fines del siglo xvii, descendientes de moriscos aseguraban á Morgan (2) en África que sus mayores se hubieran hecho luteranos con más facilidad que católicos; de igual modo que el Licenciado Juan González, clérigo de raza conversa, después de haber recaído en el mahometismo, se dió á predicar la reforma en Sevilla (3). Tal vez suministraran provisión de obras heréticas ciertos viajeros que, para pasar de Venecia á Barcelona, buscaban caminos extraviados y anotaban en su Itinerario (4) que «el Príncipe de Condé es cabeza de los

(1) Godoy, *Hist. crit. de los falsos cron.* Cap. II.

(2) Morgan, *Mahom. fully explained*, II, p. 339.

(3) Castro, *Prof. en Esp.* Cap. XVI.

(4) Gay. T. 46.

luteranos.» De todos modos, es indudable que utilizaban en pro del islamismo los libros prohibidos, ya copiando textualmente (1) pasajes de Cipriano de Valera (2) para atacar los puntos esenciales de la religión católica, ya forjando con la substancia y expresiones de las obras de Valdés (3) una «Alguacía del Gran Turco, llamado Mohamad Osmán, el que ganó á Gostantinoble (4),» donde, con clara alusión al reciente saco de Roma, encarga el Sultán á sus descendientes «que derribés la casa de Pedro y de Pablo, y quebrés los dioses y ídolas de oro y de plata y de fusta y de mármol; y el grande pagano de la cabeça rraida y colometes suyos, i ya es destruido y desposeido y desipado: qu' en jamás en Roma ni en Arropa no sea nombrado..... y darás cebada á tu caballo en el altar de Pedro y de Pablo.»

Mas no se escribió esta «Alguacía» en son de controversia, sino con el fin de abrir á la esperanza el atribulado corazón de los moriscos, de cuya memoria no se podía apartar el mágico recuerdo de Granada. «Yo mismo dí vuelta por todo el Andalucía,» dice el Mancebo de Arévalo (5), «que no dí paso que no se condolió mi alma mirando una tierra tan dulce y sabrosa, tenplada en todos los tienpos, muy fértil en ancho y largo, y de rricas poblaciones, abastada de pan y del azeyte, y muchos rrios de agua dulce, y tierra abastada de mucha seda y oro, y de mas oro y plata que toda España junta.» Sin aceptar el dicho de que la tierra andaluza caía exacta-

(1) B. N. Cc. 173 y 174.

(2) *Tratados del Papa y de la Misa*: 1588.

(3) *Diálogo de Mercurio y' Caron; Diálogo de Lactancio y el Arcediano*: 1530.

(4) Gay. T. 48.

(5) Ms. de D. Pablo Gil. fol. 291.

mente debajo del paraíso celestial, añade luego: «era Granada imentada en tódo el mundo, no abia en Macas mas alto trofeo qu'era el de los rreyes del Andalucía; no abia en tierras de rreyes y soldanes mas sublimes alcázares, ni mas deleytosos verjeles, ni mas anchas vegas, con árboles de diversas frutas: yo ví por mis ojos arroyos de miel por las breñas abaxo.» José Venegas, anciano labrador de la Vega, lloraba la caída de su patria exclamando (1): «tengo para mí que nadi lloró con tanta desventura como los hijos de Granada: no dubdes mi dicho, por ser yo uno de ellos y ser testigo de vista; que ví por mis ojos descarnecidas todas las nobles damas, así viudas como casadas, y ví vender en pública almoneda mas de trezientas donzellas.» «Yo no lloro lo pasado, pues á ello no hay retorpada; pero lloro lo que tú verás,» añadía el buen viejo, «..... todo será crudeza y amargura para quien abrá sentido..... Si el rrey de la conquista no guarda fidelidad, ¿que aguardamos de sus sucesores?» El antedicho Mancebo, á quien tales palabras se dirigian, da más tarde en otro libro la respuesta (2): «esprésannos á juro batehado con condelma mas dolorida que nunca la gustaron los de Beni Içrail; y tras desto dóblannos los pechos y cárgannos de tributos, y estiéndese nuestro aladeb por todos los rrincones d' España.» Así es que uno de los expulsos se muestra gozoso al decir «su dibina grandeza nos sacó de poder de faraones y malditos erexes ynquisidores,» cuyo terrible tribunal exaltaba á Abdelquerim ben Aly Pérez (3), cinco años después de su salida para el África; si bien hay

(1) B. N. Gg. 40.

(2) Ms. de D. P. Gil, fol. 296.

(3) Morgan, *Mahom.*, II, p. 295 sqq.

que advertir la singular circunstancia de que así como ciertos protestantes españoles no hallaban del todo mal la Inquisición para los judíos, de igual modo encontraba el Mancebo «buena y justa» la Inquisición para las herejías cristianas (1). Ni mostrarse exacta y sinceramente convertidos obstaba para que si algún morisco obtenía cargos ú honores, oyera decir á su espalda: «es de mala raza; ¡qué! ¿no hay cristianos viejos? (2).» Ni eran dueños siquiera de dejar una tierra donde sólo alcanzaban vejámenes é ignominia, sin valerse, aun fuera de España, y hasta pisar las tablas de una galera turca, de los subterfugios y precauciones apuntados en ciertos «avisos para el camino (3)» que por Jaca, Canfranc y Lyon habían de hacer á Venecia. Rechazados por el país y duramente retenidos en él por los gobernantes, no tenían otro recurso los moriscos, mientras no pudiera estallar su ira, que disimular pacientemente, conforme ya en 1504 les decía un muftí de Orán, natural de Almagro (4), en carta dirigida á sus «ermanos los que están encogidos sobre su adin,» consejo que más de cien años después declara haber seguido uno de los expulsos, al decir (5): «esta es ley de los cristianos y lo que bimos por los ojos seguir y alguna vez mostramos que seguíamos; pero bien sabe Dios que era haciendo escarnio, y bituperando en el corazon..... dando en los pechos con el puño.» Así es que en otro libro exclama el mismo (6): «por estas causas estábamos de dia y de noche pidiendo

(1) Ms. de D. P. Gil, fol. 322.

(2) Morgan, l. c.

(3) B. N. de Paris, 290, St. Germ., fol. 150 vuelto.

(4) Gay. T. 43; *Lumbre de la fe*.

(5) B. N. Cc. 474.

(6) Gay. S. 2.

á nro ss^r nos sacase de tanta tribulacion y riesgo y deseábamos bernos en tierra del yçlam. Aunque fuera en cueros, y junto con esto se procuraba bia y modo para salir y todos los caminos los hallábamlos dificultosos.»

Menos que á maldad de los vencedores, atribuían los vencidos tantas aflicciones á su completo olvido de la ley coránica, viniendo «por sus grandes pecados á dar en manos de sus enemigos tan desacordadamente, que se vido muy claro ser castigo celestial (1),» pues con fútil arrogancia «unos se jataban de los alánçares, otros se hacian de los de almohjirina, otros munafies; y estas lozanías y ambiciones los desconpuso, y dieron de ojos en la grandía (2),» de tal manera que «vestian ellos seda y adornaban con oro sus yeguas y caballos, y las mujeres ponian oro en madejas sobre sus cabezas (3).»

En jaque la Europa durante el siglo xvi por la pujanza de las armas turcas, tenían en ella los moriscos toda su esperanza alentada con la *Alguacia*, así como con ciertos pronósticos (4) tomados, ya de los jofores arábigos (5) de los Alpujarreños, ya de ciertos llantos y profecías atribuidas á San Isidoro, que corrieron por Castilla durante el siglo xvi con diversos motivos (6), acomodados á su nuevo objeto (7). Apostrofaban á España

(1) Ms. de D. P. Gil, fol. 296.

(2) Ibid.

(3) Ibid, fol. 205.

(4) Los escándalos que an de acaecer en la çageria de los tienpos en la isla de España. Gay. T. 43, fol. 172; B. N. de Paris, 290, S. G., folio 400.

(5) *Mem. Hist.* III, p. 80 sqq.

(6) Sandoval, *Hist. de Carlos V*, lib. VI, § 42; B. N. R. 5, Ms. Varios de curiosidad, fol. 250; Profecia de Fr. Juan de Rocacia, B. N. Ms. de Calderón, Gg. 206.

(7) Profecia de Sant Esidrio, y Llanto de España. B. N. de Paris, 290, S. G., fols. 410, 415.

diciéndola «quebrantadora de las cosas que juraste;» y á los curiales: «lobos robadores sin bondad, su oficio es soberbia y grandía y sodomía y luxuria y blasfemia y reneganzas y pompa y vanagloria y tiranía y robamiento y sinjusticia (1).» «Espertadvos de vuesa negligença, qu' el tiempo se acerta,» aseguraba otro, concluyendo por excitar á los musulimes á ser «aunados como la fragua emplomada fuerte (2)» para que estuviesen apercebidos á tremenda lucha y á la victoria ofrecida en nombre del cielo.

Tal vez sirvieran de preparación adecuada, al mismo tiempo que de entretenimiento muy propio de la gente y de la época, las composiciones caballerescas, tradicionales y maravillosas, como el *Alhadiz del alcazar del oro* (3), el *Libro de las batallas* (4) ó el *Alhadiz de Aly con las cuarenta doncellas* (5). Pero en ninguna parte se observa tan completa fusión de los elementos tradicional, religioso y guerrero como en el *Recontamiento del rrey Alixandre* (6), traducción literal de un libro árabe titulado *Hadiz Dilcarndin*.

Con la fuerza y la astucia realizó Alejandro Magno la unidad nacional en Grecia; su genio militar satisfizo, sojuzgando al persa, la constante aspiración de los helenos; y con grandeza de pensamiento imprimió sello de generosidad en sus actos, y en sus conquistas tendencia, hasta entonces desconocida, al adelanto de las ciencias,

(1) Profecía de Sant Esidrio, y Llanto de España, copia hecha por Don Pedro de Madrazo.

(2) Gay. T. 13, fol. 176 vuelto.

(3) B. part. de S. M. 2, G. 6.

(4) B. N. Gg. 105.

(5) Gay. T. 18.

(6) B. N. Gg. 48.

al progreso de la civilización, á la fusión de las diversas familias humanas: sobrados elementos para hacer del héroe, ya divinizado en vida, un mito popular, cuya historia vino á convertirse en conjunto de maravillas. Ordenadas primero en interés de los Tolomeos, y exornadas después por la facundia de los sofistas, alcanzaron en el público mayor éxito que las más juiciosas composiciones de Arriano y de Quinto Curcio; y honradas con los nombres de Calistenes, de Esopo, de Julio Valerio y de Quinto Curcio, fueron el manantial de las *Alexandriadas* de Occidente en la Edad Media. Igual boga obtuvieron al Oriente, donde hacia el siglo v andaban ya traducidas al armenio, y después fueron incorporadas al *Bastán Nameh* ó *Syur al muluc*, gran crónica de los reyes de Persia, puesta en verso en el siglo x por el célebre Firdusi, con el nombre de *Xah-Nameh*. De la misma fuente tomaron los musulmanes la narración; pero extraviados por el Alcorán (1), hicieron del héroe un enviado del cielo, «de la casa de annobua y metal de mensajería;» misionero armado, dirigido por un ángel, para propagar por los confines del mundo la unidad de Allah, con cuyo auxilio vence los hombres, las fieras y los elementos. Mahoma debió recibir estas ideas, como tantas otras, de los judíos, que halagados con la noble conducta observada por Alejandro en Jerusalén (2), llenos de respeto hacia el conquistador tantas veces nombrado ó aludido en las profecías (3), inclinado el corazón al quebrantador de la tiranía persa, y tomando demasiado á la letra algunos versículos de los Macabeos (4), fácilmente

(1) XVIII, 84 sqq.

(2) Josefo, *Ant. jud.*, XI, 9.

(3) Daniel, VII, 6; VIII, 24; IX, 20; XI, 2.

(4) I. Mac., I, 3.

lo imaginaron dotado de inspiración divina y de poder sobrenatural, exagerando con sus acostumbradas hipérbolos la extensión de las expediciones ó la magnitud de las proezas. Y sin duda se debe á los Alejandrinos, que no tendrían poca parte en la redacción del falso Calistenes, la versión de que el Rey de Macedonia establece en su ciudad predilecta, al fundarla, el culto del verdadero y único Dios (1).

De tan diversos componentes resultó la singular é híbrida figura del Alejandro muslim, recargada sucesivamente de tal manera, que en el siglo xv, el persa Mirjond hace entrar á sus guerreros en batalla animados por un conocido texto del Alcorán (2). En la versión aljamiada, Alejandro «de los hijos de los rreyes de los cristianos,» á causa de su «omildança ad Allah,» es desheredado por su padre; pero Aristóteles, sucesor en el trono, «cuando vió l' axamplura de su cencia y lo que le dió Allah del entendimiento, rrenucióle el rreismo y encoronóle con la corona del rreismo,» quedando á su lado «oyendo á él y obedeciendo su fecho.» El joven monarca funda á Alejandria con muy buenos agüeros, y emprende la exploración del mundo. En el extremo occidente ve ponerse el sol en una fuente caliente con «muy grande rruido, que pensaban los del mundo qu' el adonía se derrocaba;» en las montañas del horizonte mandó «que ligasen sus compañías sus caballos al signo del Buey, y arrimasen sus armas á las Çabriellas.» Atraviesa países de gigantes, de cinocéfalos, de orejudos y de otras gentes raras. Pelea con culebras de una milla de largo, y viene al punto donde sale el sol, con cuyo intenso calor sus

(1) B. N. de París, 443 supp.

(2) LXI, 43.

«Los gigantes no tenían pelos, ni barbas, ni pestañas en sus ojos, ni cejas, que ya les ende abia quemado el sol; y ellos tienen cuevas de debajo de la tierra, qu' en ellas aña casas, y sacaban las ollas sobre la cara de la tierra, y los panes cocian al calor del sol, y cuando veía el sol al ponient salian de sus cuevas.» Como «era Dabarnáin muy gran barragan, que no le inchía el corazón ninguna cosa,» entra por la región de la obscuridad en busca de la fuente de la vida, sin que dé con ella más que el sabio Alhádir (el profeta Elías), por favor especial de Allah. Cierra luego con una muralla de hierro y bronce el desfiladero por donde las naciones bárbaras del Norte penetraban en Asia, y vuelve á la «casa de su señorío,» al cabo de doce años de sobrenaturales aventuras. Para que abarcara de una ojeada el mundo que habia de conquistar, «envió Allah á él un almalac qu' abia por lonbre Zayefil, y púsolo debaxo de su ala y subiolo esta al cielo,» y el mismo ángel lo saca á cada paso de dificultades. Ayúdale el inspirado Alhádir (que reemplaza al adivino Aristandro de la historia), y lleva asimismo al lado al sabio Afxagid (el adivino Pitágoras, de Anfípolis). Hacen sus huestes en pocos días camino de muchos años, sin que les estorbe el mar, sobre cuya superficie andan, se acuestan, y clavan estacas como en dura tierra. Una piedra preciosa ilumina á su escolta en el país de las tinieblas, y alimenta á todos sus hombres y caballos con solo un racimo de uvas, obtenido en prodigioso «alcaçar muy grande: su largueza tres leguas, y su ancheça asi cuadrado.»

La segunda parte de sus empresas tiene por exclusivo objeto la guerra santa. «Y mandóle Allah,» dice el texto, «que llegase á los rreyes de la tierra y los guerrease;

y mandóle con crebar las ídolas y matar á quien las adoraba; y mandóle que no dexase lugar de la tierra, en el de los fijos de Edám, (que) ninguno que no í entrase y los clamase á la servitud de Allah y á su obidencia, fasta que no dixese ninguno el dia del juicio: no nos vino albriciador y monestador.» Auxiliado por sus tenientes Batlamís (Ptolemeos) y Letácon (Antígonos), primero junto al río de Satrados (Stranga del falso Calistenes), después cerca de Al-Yes (Isso?), derrota á Darío, llegando por fin á tiempo de recoger tierna y noblemente su último suspiro, y con él la mano de su hija. Organizada la Persia, mata en singular combate á Poro, rey de la India; y después de larga estancia entre los Torchamanines (Bracmanes), pasa á Çemira (Semirámide), donde corre extrañas aventuras con su «rreina y capitanesa Candefa» (Candaces). Trata pacíficamente con las Amazonas; volviéndose al Oeste vence á los Bereberes, «que cabalgaban leyonos con sillas;» domina á los Afriquiún (Cartagineses), y después de ellos, á varios y singulares pueblos de África y Europa. Desde el fin de la tierra vuelve por la China y por Babilonia á la casa santa (Jerusalén), y muere allí previamente avisado por carta de Aristóteles y por otros oráculos.

En esta segunda vuelta al mundo no faltan montes, aves y árboles que hablan; ciudades flotantes, fieras espantables, ríos de piedras preciosas, y extravagancias de las que cuenta Plinio: casi todo procedente de los originales griegos. De ellos proviene igualmente la profusión y abuso del género epistolar: Alejandro escribe á los reyes enemigos, para intimarles la sumisión; á los pueblos de Persia, declarándose su rey; y á Aristóteles, refiriéndole los admirables sucesos que le han acaecido; á

la madre de Darío, ofreciéndole amparo; y á la suya propia, para consolarla con anticipación é ingenio, por su próxima muerte. El estilo sutil de los bizantinos, muy del gusto oriental, se echa de ver también, y amplificado, en nuestro libro: ya cuando convierte á Diógenes de Sínope en anciano estóico, que sermonea á Alejandro y queda luego por gobernador de Hebarce, donde el sol se pone; ya al añadir, en los coloquios con los gimnosofistas, á las intrincadas cuestiones sobre el mar y la tierra, el día y la noche, la derecha y la izquierda, otras de índole islámica, tales como la creación del mundo y su fin, ó el pronóstico del predominio de los árabes. De índole arábica son otros cambios ó adiciones, especialmente en los nombres propios: además de reemplazar á Aristandro por Elías, se hace madre de Alejandro á Al-Ide, que es la Ada reina de Caria que le tomó por hijo; Candáules y Charogos, hijos de Candaces, son Pedro y Campir; por error ortográfico, en vez de Poro se escribe Lyon; y Raxica, en lugar de Roxana; y Bebrycia, escrito Habruchia en un código latino, ha dado margen al nombre de Hebarce, suministrando al paso otra prueba del origen occidental de estas narraciones.

Varias son las que de igual procedencia vinieron á la literatura árabe y después á la aljamiada. En la historia de la doncella Arcayona (1) hay reminiscencias muy marcadas del libro de Apolonio y de la vida de Santa Genoveva, aunque aderezadas en sentido profundamente musulmán: como que apenas existe documento morisco donde no trascienda el espíritu religioso, si se exceptúan algunas colecciones de recetas (2), ó apuntes como

(1) B. N. Cc. 174; Gg. 47; Gay. V. 16.

(2) Gay. T. 45, 46.

el cuaderno de cuentas de Miguel de Zogra (1), administrador ó tesorero de cierta parroquia de Aragón. Tal escasez aumenta el valor del *alhadiz del baño de Zariéb* (2), pequeña novela cordobesa escrita á estilo de los cuentos de *Las mil y una noches*; así como la *Historia de los amores de París y Viana* (3), novela proenzal del siglo xv, cuya traducción aljamiada prueba que también gustaban los moriscos de las producciones contemporáneas. ¿Y cómo no se había de aficionar á ellas una gente que, al modo de sus antecesores mudéjares, se iba ya fundiendo y amalgamando con la masa general de los españoles, tomando sus hábitos y participando de sus ideas?

Imbuído en ellas, el refugiado en Túnez que cité más arriba (4) escribió un libro muy notable, donde luce gran conocimiento del estilo de las novelas y de las poesías más populares de su tiempo, especialmente de las de Lope de Vega. Á modo de algunos autos sacramentales, compara «la persona del hombre mumín á una çudad populosa de las çudades del mundo; y su alma y miembros, como la çerca y fuertes murallas della; y la fe y creyencia berdadera en la unidad de dios y mensaxeria de su santísimo profeta muhamat, *çala allahu alaiñ guaçalam*, que Representa la Real persona del monarca dueño desta çudad;» y finge un bélico ataque de Luzbel, auxiliado por todos los vicios y pecados, dispuestos en cuatro escuadras. Contra ellas resiste victoriosamente el rey, asistido por su «guaçir el entendimiento,» ayudado

(1) Ms. perteneciente á D. Francisco Codera.

(2) Gay. T. 12.

(3) Gay. V. 1. Después de presentado este discurso, he publicado los fragmentos de aquella novela en la *Revista Histórica*, t. III: Barcelona, 1876.

(4) Gay. S. 2.

y seguido de todas las virtudes; inutilizando «las traças ereticas y ardidés soberbios» del demonio, «con los tiros de artilleria de la teulujia y creyencia berdadera.» Saca de ahí motivo para amonestar al hombre que esté siempre alerta contra las tentaciones; y siguiendo el argumento de otros autos (4), le advierte que al principio de la vida «se le muestran dos caminos: el uno á la mano derecha escabroso, de peña, cañadas, espinas y ábrojos, que paran sus trabajos en descanso y alegría; y el otro, á la mano yçquierda, deleytable y anchuroso, que para en tormento y tristeça.» Píntase él á sí propio discutiendo por el segundo, lleno de vicios y vanidades; y describe los galanteos al uso, citando gran número de romances y otras poesías amatorias ó pastoriles, con pasos y argumentos de algunas comedias, y noticia de una representación de *Las mudanzas de fortuna*, de Lope (que por citarla de memoria, como todo lo demás, llama equivocadamente *La Rueda de la Fortuna*). Detenido por la Consideración, al tiempo ya que veía la «escura y tenebrosa cueba» á donde iban á parar sus compañeros de viaje, vuelve atrás rápidamente, y recitando varios sonetos de las *Rimas sacras* de Lope, toma con brío el camino de la virtud; por el cual le guía el Entendimiento, que en figura de «un venerable y hermoso bienjo sentado sobre una estera de palma y puesto en oracion,» estaba ya esperándole. El conductor entretiene el camino (más largo de andar, por ser de austeridad, que el de los deleites) con explicaciones sobre los principios morales, los fundamentos del islam y las reglas de la práctica religiosa, salpicadas de ejemplos edificantes,

(4) El *Viaje del alma*, de Lope, y el *Peregrino*, de Valdivielso.

sin dejar las citas poéticas ni ciertas alusiones mitológicas.

La influencia mahometana más vulgar domina en esta parte del libro; y por eso el Entendimiento exhorta á su oyente á que cuanto antes contraiga matrimonio, estado de tanta excelencia, que á la mujer, «un dia de casada en el mundo le es mexor que la adoracion de cien años sin marido;» y refiere de un santón, aparecido después de su muerte, que dijo: «me a daço (Dios) grados de gloria en tanto extremo, que e llegado a mirar los que tienen los santos profetas; y con todo eso no e llegado á los grados que tienen los casados;» bien que atribuye los setenta grados más que otro alcanzara, «por la paciencia que tubo con sus hijos y mujer.» Complácese en describir esa gloria ofrecida por el autor del Alcorán, en la cual, entre otras bienandanzas, promete para cada buen muslim «ciento de las haurias, que son las que dios nuestro señor crió en la gloria para sus obedientes criaturas, tan bellas, Resplandecientes y hermosas, que á sacar una dellas su mano al mundo, se escureçiera el sol y se bolbiera nublado escuro; y a escupir en la mar, se bolbiera dulce; y se dice que en sueños habló una con un santo hombre, y cuando Recordó, gomitaba de oyr hablar a las jentes, aunque fuera muy política y delicadamente.» Y al concluir el autor, pide á Dios que «aumente purificación y ensalçamiento y engrandezca á la linpia, purificada, engrandeçida, santificada, ençalçada, clarificada, sagrada, estimada, querida, loada y prebiliada y Resplandeciente persona del berdadero fijo, cierto y santo parácleto y escojido muhamad;» dando gracias al cielo por verse lejos de cristianos, conforme en la introducción alababa al Señor, que «con su misiricordia

puso en el coraçon del terçer filipho, y en los que eran sus consexeros, que mandase saliesemos de su Reyno, con pena de la vida; y nos abrió los caminos por la mar y por la tierra, libre y sin daño.»

Para los musulmanes exaltados, fué la expulsión como término ansiado de largo y duro cautiverio; y lejos de condolerse por sí y por sus hermanos de destierro, se comparaban con el pueblo de Israel saliendo de Egipto, guiados y conducidos por Dios, que

«del faraon d' españa ablanda el pecho,
y a su pesar les da en el mar camino,
qu' está de berdes flores prado hecho;»

como se expresa en el soneto, original de un morisco andaluz, puesto en elogio del autor al principio de aquella obra.

No se extrañe que gente tan aficionada á nuestra poesía, y conocedora del teatro, se diera á cultivar las musas, después de haber ejercitado muchos y diversos géneros de prosa. Los moros españoles se valieron con frecuencia de la amenidad del verso para publicar sus pensamientos, y muy especialmente para difundir en el vulgo los puntos principales de sus creencias; de tal modo que, á conservarse todas sus composiciones, se pudiera ordenar un copioso 'cancionero mahometano, donde se vieran, con las galas del metro, todas las cuestiones que llevo hasta aquí analizadas.

En un «tratado que compuso ybraim de bolfad, beçino de Argel, çiego de la vista corporal, y alumbrado de lá del coraçon y entendimiento (1)». se expone toda la

(1) B. N. Cc. 469.

doctrina mahometana, en quintillas, de las cuales copio éstas, dirigidas á demostrar la existencia de Dios:

«y el testimonio de aber
señor dios forçosamente;
es lo criado; y tener
color, tiempo, y falleçer;
como el bibir de la jente.

pues ya en lo criado hemos
no ay obras sin causador;
de donde claro entendemos
que aqueste sser que tenemos
sin duda tiene obrador.»

En la «comentaçion» hecha á este tratado por el mismo expulso, autor de la otra obra, se refiere cómo interrumpió el Santo Oficio la representación de una comedia sobre milagros de Mahoma, con no poco peligro del poeta y de los actores (1); y concluye su trabajo explicando la cuestión del libre albedrío, escollo de la teología musulímica, conforme á la doctrina más corriente, en esta octava:

«y pues que dios el escojer te a dado,
aunque no te lo dió absolutamente
pues con entendimiento te a criado
dándote natural tan exçelente,
mira á qual de los dos te as ynclinado,
qual te pareçe ques más conbiniente:
goçar de bida eterna y bien eterno,
ó penar para siempre en el ynfierno.»

Dió constantemente Mahoma su predicación como consecuencia del antiguo y del nuevo Testamento, ha-

(1) B. N. Cc. 469, fol. 436.

ciéndose término y sello de todos los profetas y enviados; á lo cual alude este trozo de romance (1):

«Pues el mismo cristo dixo,
ablando por su maestro,
tras el bendria un paráclito
que sería santo y bueno;
y este sabed qu' es muhamad,
de dios santo y mensajero,
el que trujo el alcoran,
libro sagrado y perfeto.»

Por su ligereza y soltura, este metro se prestaba mejor que otro alguno á la vivacidad de la polémica: por ello lo usó el más notable morisco de los emigrados al África, llamado el Maestro Juan Alfonso, aragonés, hijo de padres cristianos (tal vez conversos), que estudió con afán diversas religiones; y decidido por la mahometana, marchó «a Tetuan á seguirla, y dexando Rentas excepciones, se contentó con el trabaxo de la persona, ocupado en ganar su sustento miserablemente (2).» Airado con las persecuciones sufridas en su patria, exclama (3):

«Cuerbo maldito español,
pestífero canzerbero,
qu' estás con tus tres cabezas
a la puerta del ynfierno;»

acusa á los cristianos de haber alterado las Santas Escrituras, repitiendo, como era moda entre los protestantes (4):

«no solo las traducciones,
pero aun los que trasladaron

(1) B. N. Cc. 174.

(2) B. N. Cc. 169.

(3) B. N. Cc. 174.

(4) B. N. Cc. 169.

los propios orixinales,
 an hecho, de mano en mano,
 de las escripturas claras
 un labirinto yntrincado;»

y excita á su manera á un libre examen con esta imagen singular:

«no se berá satisfecho
 el que por ajena mano
 comiere, ni sabrá cierto
 la confeccion del guisado;»

dando por consejo:

«hágasse yspiriencia propia
 las leyes escudriñando,
 que no le es odioso á dios
 qu' el hombre le ande buscando.»

Búrlase de la pomposa afectación literaria tan usual en su tiempo, con esta advertencia:

«y no ymito el persuadir
 de otros muchos, que inçitaron
 á su Religion y culto,
 su opinion autoriçando,
 llamando al lector *prudente*,
 y sus obras dedicando,
 á los principes terrenos,
 de adulaçiones ussando.»

Así apostrofa al cristianismo (1):

«o ley llena de mentiras,
 gente, de berdad desiertos,
 que 'l laberintio de creta
 no tubo tantós enrredos;»

(1) B. N. Cc. 474.

alusión que demuestra cuánto debían ser familiares los estudios clásicos á gente que no escasea en sus libros las citas en latín y que aun escribió algo en esa lengua, pues dice el mismo Juan Alfonso:

«otros de mi patria amada
e sabido rrespondieron
ansi por lengua latina,
como por rromance y berso.»

De aquí sospecho que sea del mismo autor este otro ataque á los misterios del culto católico (1):

«bosotros que en la oraçion,
como golosos exipcios,
adorays buestro, dios pan
ahogándolo entre bino.»

Más conocido hoy que ninguno de estos poetas moriscos es Mohamad Rabadán, natural de Rueda del río Jaldón, que en 1603 puso en romances, además de la «Historia del espanto del día del juicio,» del «Canto de las lunas del año» y de «Los nombres de Allah,» una Historia genealógica de Mahoma, desde la creación del mundo (2), traducida de la que compuso en árabe Abulhasán Albecri: asunto popularísimo entre los moros españoles y frecuente en la prosa aljamiada (3).

Prestando existencia real á ciertas figuras simbólicas de antiguos libros (origen de tantas leyendas mitológicas ó vulgares), suponen los mahometanos que tras de cuarenta años de penitencia, después de su expulsión del paraíso, fué Adán perdonado, y que Dios

(1) B. N. Cc. 474.

(2) Ticknor, *Histor. de la lit. esp.* IV, 275; *Asiatic Journal*, 1867-1872.

(3) Gay. T. 43, fol. 253; T. 47; T. 48; B. par. de S. M. 2, G. 6.

«Le influyó, para consuelo,
De luz en la frente un ramo
Que con los cielos frisaba
De muy relumbrante y claro.»

Y como emblema del don profético que había de terminar en Mahoma,

«Fué la clara luz pasando
Siempre por estos varones
Más perfectos y estimados,
Por el Señor escojidos,
Por su palabra avisados;
Corriendo de padre en hijo,
De un honrrado en otro honrrado.»

Al describir la singular peregrinación de este rayo de luz sobrenatural, el poeta se detiene en las vidas y admirables casos de nuestro primer padre, de su hijo Seth, de Noé, de Abraham, de Ismael, de Alhádír, y de Héxim, Xaiba y Abdalá, ascendientes inmediatos de Mahoma, terminando con los hechos más culminantes de la vida y muerte del célebre caudillo, no sin dedicar antes una extensa digresión á la línea de Isaac. Con ingenio sumo expone los sucesos principales de la Historia Sagrada, contados á la morisca, y elegantemente vestidos con el romance castellano, que él llama «verso suelto.» Ordena Dios al alma que entre en el cuerpo de barro del primer hombre; y ella replica:

«Rey piadoso,
¿Cómo quieres encerrarme
En este vaso asqueroso,
Siendo yo tu serviciante?
Enciérrasme en mi enemigo
Do mi limpieza se manche,

Y á tí te desobedezca,
 Por no poder apartarme
 De poder desté contrario
 Y de su enemiga carne,
 Y yo habré de padecer
 Tus castigos, desiguales
 Por los distinos enormes
 Que el cuerpo consigo trae:
 Dame parcida, Señor,
 De este trabajoso trance;
 Que á tí es, Señor, el mandar,
 Y á mí, Señor, el rogarte.»

Antes de esto, quiere Dios que los ángeles reverencien la masa preciosa y escogida con que Adán va á ser hecho; pero

«Dixo Luzbel: yo no quiero
 Que mi grandía se abaxe
 A un pedazo de barro,
 Siendo yo seraficante
 Mucho mejor que no él,
 Porque á mí me halecaste
 De compostura de fuego:
 Y es menosprecio muy grande
 Que yo reverencie á quien
 Es de tan baxo quilate.
 Dixo Allah: Sal, enemigo,
 De mi alchana y sus lugares
 Apedreado, maldito.
 Rayo de fuego quemante,
 Mi maldicion te persiga,
 Mi condenacion te alcance,
 Mi pena te de tormento,
 Mi castigo te acompañe.»

Á pesar de llamarse Rabadán

«un entendimiento rudo,
Criado en romper la tierra
Tras el arado y las mieses,
Desnudo de artes y letras,»

está bastante familiarizado con la literatura erudita,
para llamar al sol «la luz febea» y para describir gala-
namente la aurora cuando

«..... se estiende
Dando las nuevas qu' el dia
En su seguimiento viene,
Y el roxo Apolo tras ellas
Dorando los campos verdes.»

Peligrosa pinta su tarea en una época en que

«Allah dió lugar
Que los Moros deste reyno,
Con tantas persecuciones,
Sean pugnidos y presos;»

y érale difícil allegar los datos necesarios, porque ya se
iban

«Perdiendo los alquitebes,
No quedando rastro dellos;
Los alimes acabados,
Quales muertos, quales presos,
La Inquisicion desplegada
Con grandes fuerzas y apremios,
Haciendo con gran rigor
Cruezas y desafueros,
Que casi por todas partes
Hacia temblar el suelo:
Aquí prenden y allí prenden
A los bautizados nuevos,
Cargándoles cada dia
Galeras, tormento y fuego,

Con otras adversaciones
Que á solo Allah es el secreto.»

La Musa de Rabadán modula sus tonos con admirable facilidad, para acomodarse á las situaciones y á los afectos. Usa de sombríos colores cuando Azrael, ángel de la muerte, por rara y singular excepción, viene á albriciar á Abraham de parte de Dios, y se declara en estos términos:

«Yo soy quien mi nombre temen
Quantos memoran mi nombre,
Desde la más baxa tierra
Hasta las más altas torres;
Yo soy el que nadi esenta
De mis amargas pasiones:
A todos los hago iguales,
A los grandes y menores,
Desde el labrador más baxo
Al emperador más noble,
Y desde el más alto Rey
A los más baxos pastores.
Yo soy la sola atalaya,
Que á mi vista no se asconde
Criatura que alma tenga,
Ni cosa que vida goze;
El que las copiosas huestes
Acaba, deshace y rompe;
Y el que los cuerpos despoja
De sus amados arrohes.
Yo pueblo los cementerios,
Hago qu' en las fuesas moren:
Y despueblo las moradas
De sus propios moradores.
Ciudades, villas, castillos,
Altas casas, fuertes torres
Yo las allano por tierra,
Sus dueños y prevenciones.

Yo las alchamas copiosas,
 Pompas, bríos y ambiciones
 Las allano por el suelo
 Sin dolor de sus dolores.
 El que los hermosos rostros
 Cambio en malos colotes,
 Y en calaveras resuelvo
 Las bellas dispusiones.
 Yo las dulces compañías,
 Tratos y conversaciones
 Aparto, deshago y trueco
 En llorosas aflicciones.
 El que los gustos aceda,
 Y el que aparta y descompone
 El amigo de su amigo,
 Sin ver si es rico ni pobre.
 No quiero tregua con nadi,
 Jamás escucho razones;
 De ninguno soy amigo,
 Á todos trato de un orden.
 Azarayel me apéllidan,
 Malac almauti es mi nombre;
 Quien nunca temió, y le temen
 Todas las generaciones.»

Toma levantado acento, en el canto segundo del Juicio final, que es su obra más notable, al poner en boca de Allah:

«Yo soy el Señor
 Alto, poderoso, inmenso;
 Solo soy en mi reismo,
 Único en todos mis hechos;
 Ni hay ningun porqué ni cómo
 Á lo que mando y deviedo.»

Ved la viveza y movimiento con que pinta el terror de los hombres ante las espantosas señales del fin del mundo:

«¡Qué vivir tan desabrido,
 Qué inquietud, qué sobresalto,
 Qué llagas sin medicinas,
 Qué sueños tan quebrantados,
 Qué enfermedades tan solas,
 Qué dolores sin amahos!»

y la energía con que describe luego la desesperación y la rabia:

«Dice Alhasán que las madres
 Que tendrán hijos bastardos,
 Despues que el Sol se trascurse
 Y asome por el ocaso,
 Que los batirán de sí
 Echándolos de sus brazos;
 Y les negarán sus pechos
 Y el amor que siempre usaron.
 Ellos, con la misma rabia
 Que se verán agenados,
 Dirán tan grandes distinos
 Que cansa á deber nombrarlos.
 Maldígaos Allah enemigos,
 Dirán estos haramados;
 Maldígaos la tierra y cielo
 Y todo quanto hay criado:
 Todo sea en daño vuestro.
 Y no menos acusamos
 Á nuestros malditos padres,
 Sino que los avocamos
 Con las mismas maldiciones;
 Y de aquí los albricamos
 Con el fuego del falaque
 Y sus tormentos, en pago
 De los deleites malditos
 Que con vosotras gozaron.
 Renegamos de vosotros,
 Del uno y otro, juramos

De jamás ser vuestros hijos
 Sino vuestros tormentarios;
 Renegamos de la leche
 Que en vuestros pechos mamamos,
 Y de los lomos traidores
 Donde fuimos goteados.»

Después pone en boca de los condenados, cuando ya todos los antiguos profetas se han desentendido de interceder por ellos, esta tierna súplica:

«O Mohamad, nuestro amparo,
 Nuestro muro y defensor,
 Refugio de nuestras penas
 Y en nuestras tinieblas sol:
 Pues para nuestro remedio
 Te creó nuestro Señor,
 Hoy de rogar por nosotros
 Te toca la obligacion.
 Hoy es el dia que debes
 Publicar tu gran valor,
 Que quanto mayor la culpa
 Es la clemencia mayor.
 Ya sabes que te seguimos
 Sin verte ni oir tu voz,
 Y aunque en las obras faltemos,
 Tu dicho afirmámoslo.
 Echástenos en olvido
 En la fortuna mayor,
 Al tiempo que no hay ninguno
 Que quiera rogar por nos.
 Solo á tí, Muhamad, toca
 El ruego y la redencion:
 Qu' esta señalada empresa
 Á tí solo se guardó.»

Encierran estos versos; además, la declaración del punto más importante del *imán* ó doctrina mahometana,

cual es la redención definitiva de todos los fieles, buenos y malos, por la intercesión final de su profeta; que es ni más ni menos que la doctrina de la justificación por la fe, claramente expuesta al final de los cantos del día del juicio:

«Libertará su familia
De tan grande perdicion;
No solo á los pecadores,
Mas á quien jamás obró
Obra buena en su provecho,
Solo porque pronunció
La unidad de la creencia
Una vez mientras vivió.»

Como éste, se hallan esparcidos por las obras de Rabadán diversos puntos de la creencia islámica; siendo digno de notarse, por lo que valientemente se aparta de la común doctrina fatalista, este pasaje:

«tendrán tal franquía
En sus hechos munerables,
Que harán absolutamente
Á sus libres voluntades,
Sin haber quien su designio
Les estorbe ni contraste.»

Tal soltura en el uso del metro supone largo ejercicio de la versificación en la gente morisca. En efecto, por más que quiera suponerse exagerado arcaísmo en las composiciones aljamiadas, para traerlas todas alrededor del siglo xvi, es lo cierto que lo mismo Rabadán que Juan Alfonso y que Ibrahim de Bolfad escriben en el lenguaje corriente de sus días, y no buscan las formas ó giros de Berceo ni del Marqués de Santillana. Por eso conceptúo por legítimo no traer más acá del siglo xiv

la *Almadha de alabandça al annabi Mohammad* (1), que publicó Müller, pues basta para poder asegurarlo leer estas cuartetas:

«Señor, fes tu aççala sobr'el
y fesnos amar con el,
sacanos en su tropel
jus la seña de Mohammad.

Fazed aççala de conciencia
sobre la luz de la creyencia,
e sillaldo con rrebenencia
y dad aççalem sobre Mohammad.

Tu palabra llegará luego
e será rrecibido tu rruego,
e y abrás aççalem entrego:
esos son los fechos de Mohammad.

Quien quiere buena ventura
y alcançar grada de altura,
porponga en la noche oscura
l' aççala sobre Mohammad.»

La estructura del verso y la combinación de consonantes, no sólo se asemejan á las desfechas por arte de estribote de Villasandino y de D. Juan II (2), sino que son idénticos en un todo á los Gozos de Santa María (3), á la Trova del Mensajero (4) y á la Cantiga de los Estudiantes (5) del Arcipreste de Hita, de quien fué sin duda contemporáneo el autor ó traductor de la *Almadha*. ¿Y qué reparo puede haber en ello, si nos consta positivamente que en el mismo siglo componía trovas, «muy sutil é bien letradamente fundadas,» el maestro Mahomat el Xarto-

(1) *Sitzungs.* 1860, p. 217.

(2) *Cancionero de Baena*, págs. 42, 52, 172, 184, 192 y LXXXI.

(3) Coplas 44 y sig.

(4) Coplas 406. y sig.

(5) Coplas 462½ y sig.

sí, natural de Guadalajara (1), físico del almirante Don Diego Hurtado de Mendoza? Cuando un moro se hombreaba con el Dr. Fr. Diego de Valencia, con el bachiller Fr. Alfonso de Medina y con el canciller Pero López de Ayala, para discurrir sobre las arduas cuestiones de la presciencia divina y la libertad humana, sin ofensa de las creencias católicas ni desprecio de las mahométicas, el arte de la poesía debía estar ya muy arraigado entre los mudéjares; y así lo confirman las varias composiciones que de ellos nos han quedado rimadas por la cuaderña vía. No ya con estribote, sino con verdadero estribillo, conservado en árabe, hay una súplica ó plegaria (2) pidiendo á Dios misericordia, que empieza con estos versos de diez sílabas:

«Señor, por Ibrehim el del fuego,
Que sobr'él fue frio y salvo luego;
Señor, apiada nos por su rruego
E denos tu gracia y perdon entrego
Ye árham errahimiyina (3).»

Pero el oído del autor tiraba con notable inexperiencia hacia el alejandrino, según demuestra la copla final:

«Pon tu salvacion sobre Mohammad tu mesajero,
Y sobre los annabies desde Edam el primero,
Y de los arraçules fasta el postremero;
Gual hamdu lillehi almálico addáyimo algafero (4).
Ye árham errahimiyina
Ye rrabbo alalimiyina (5).»

Desigualdad es ésta frecuente en las producciones de

(1) *Cancionero de Baena*, pág. 564.

(2) Müller, *Sitzungsb.* 1860, p. 238.

(3) Oh el más piadoso de los piadosos.

(4) Y loado sea Dios, el rey, el eterno, el perdonador.

(5) Oh señor de los ~~gales~~
mudéjares

la Edad Media, causada muchas veces por la tendencia natural de los narradores y copiantes á acomodar á su propio lenguaje lo que oído á sus padres transmitían á sus sucesores (1); pero en otras ocasiones el origen de esta variedad toca más á los fundamentos del arte, y hay que buscarlo en la diversidad de metros que desde el siglo XIII en adelante invadió la poética castellana, emancipada ya del estrecho molde de los hexámetros y pentámetros latinos, con el ejemplo de los trovadores lemosines, tan honradamente recibidos por el autor de las Cantigas. Esta influencia de la corte literaria del Rey Sabio se deja ver claramente en la *Alhotba arrimada*, impresa por Müller, que empezando por los antiquísimos octonarios de esta manera:

«En el lombre del criador, | piadoso apiadador,
Muy alto e muy gracioso, | sobre toda cosa poderoso,» etc.;

sigue con estos endecasílabos de idéntica medida que los del himno al mes de mayo, de Alfonso X:

«Sab' que la berdadera creyencia,
Es formada sobre muy alta çencia,
Es fraguada sobre cinco pilares:
Decirtelos e porque los aclares;»

y viene por fin á la gran maestría, guardando con todo rigor las rimas, como en esta copla:

«(Aunque) la primera mujer fué fecha de costilla,
Aunque tortefique, no lo hayas á maravilla;
Si la quiés endereçar, ante será quebradilla;
No lo ayas á miraglo, pues es d'aquella fasilla.»

Entre los siglos XIII y XIV debió también ser escrito

(1) Gayangos, Bib. AA. esp. T. LI, p. 8; Pidal, *Can. de Baena*, p. xv; Am. de los Ríos, *Hist. de la lit. esp.* III, 240.

el *Poema en alabanza de Mahoma*, publicado por el señor Gayangos en su traducción de Ticknor (1), no obstante haber recibido sin duda de copia en copia ciertos retoques gramaticales que han podido hacerlo suponer mucho más moderno. Pero el metro alejandrino perfectamente medido, alguna que otra rima asonada, y la estructura general del lenguaje, persuaden de su mayor antigüedad. Escrito en el original como si fuera prosa (2), el copiante tuvo cuidado de señalar en cada cuatro versos la división de las coplas; cuyas consonancias no siguen, sin embargo, más que de dos en dos versos, de este modo:

«Su corazon fué sacado de su cuerpo sin dudar,
Lavado y alimpiado, luego vuelto á su lugar;
Y la luna vino á él riendo y con humildad,
Haciendo açaja sobre él, diciendo: ye Mohammad,
Dime lo que quíes que haga luego sin demas tardar;
Ye mi amigo amado, quien honró este lugar
Que mandado me a seido del rey alto, verdadero
Que te sea obidiente en todo y por entero.»

Conocía seguramente el autor de esta composición el celebrado *Poema de José*, pues en ambas es casi idéntica la primera copla, que allí dice:

«Las loores son ad Allah, el alto, verdadero,
Onrrado y cunplido, señor muy derecho;
Señor de todo el mundo; uno solo y señoero,
Franco, poderoso, ordenador certero;»

y en el *Poema de José*, con más arcaico estilo (3):

(1) *Hist. de la lit. esp.* T. IV, pág. 327.

(2) Gay. T. 48.

(3) Ticknor. T. IV, p: 247.

«Loamiento ad'Allah, el alto y es y verdadero,
 Orrado y conplido, señor dereiturero,
(1).
 Franco, y poderoso, ordenador certero;»

Por sí solo podría formar objeto de un discurso esta joya de la literatura aljamiada, si no hubiera hecho de ella el Sr. Amador de los Ríos detenido análisis y acertadísimo juicio (2). Duda tan ilustrado crítico si podrá llevarse la antigüedad de esta composición á los primeros años del siglo XIII; pero atendiendo á que la nación mudéjar no es probable que tomara la iniciativa en el movimiento intelectual de las clases letradas, y que no nos consta que la gran maestría fijara sus cánones hasta Berceo, natural es suponer al autor de la leyenda alcoránica un poco posterior al poeta riojano: lo cual confirma la estrofa que acabo de copiar, donde se hallan claras reminiscencias de la que comienza el libro III de la Vida de Santo Domingo de Silos.

Pero no es ésta la más antigua producción literaria de los musulimes en castellano. Ya en el reinado de Fernando el Santo, desde 1244 á 1250, se redactaba un documento histórico tenido en el mayor aprecio por los literatos, y muy conocido con el nombre de *Anales Tole-
 danos Segundos*. Consultados sin intermisión como fuente histórica de gran confianza, no se ha echado de ver hasta ahora que eran la crónica del enemigo encubierto metido dentro de casa, y destinada tal vez á circular con particulares fines entre los vencidos mudéjares. ¿Quién sino un moro había de contar por la era de Ale-

(1) Falta este verso en el código de Gay. T. 12, donde va escrito el poema como prosa.

(2) *Hist de la lit. esp.* T. III, p. 380.

jandro las fechas anteriores á Mahoma y por la hégira las posteriores hasta la conquista de Toledo? Sólo un moro y para los moros formaría el árbol genealógico de Mahoma desde Adán nada menos, y á continuación se gozaría en insertar el primero y más venerado capítulo del Alcorán, con el nombre de oración disfrazado. Bien es cierto que por vía de disimulo suelta las expresiones de «perro de Mafomat» y «Prophecía falsa;» pero su fe, su corazón y sus hábitos se descubren cuando dice que Mahoma «convirtió muchas gientes de las ídolas al Criador, mas non á fé de Christo, que non creia en la Trinidad (1).» Conócese al letrado árabe en la puntualidad con que nota la invasión de España, la entrada de los Omiadas, el esplendor de su ócaso, los nombres de los últimos Reyes de Toledo y la irrupción de los Almoravides; así como en llamar Adáhel á Abderrahmán I, y Ebnabiámer á Almanzor. Y por último, el enemigo de la nación cristiana se descubre en la circunstancia especialísima de que entre tantos sucesos históricos por él inventariados, apenas se recuerdan otros que reveses padecidos por las expediciones militares de los castellanos, crímenes y desastres de nuestros príncipes y caudillos, ó calamidades y espantos de la naturaleza.

Importa mucho todo esto para aquilatar la fe que merezcan los datos reunidos en monumento escrito de tanta celebridad; pero me importa más ahora para poner de manifiesto cómo la literatura musulmíco-castellana, en el dilatado período de su desarrollo, vino á recibir todas las formas de la cristiana, desde la ruda y descarnada crónica del tiempo de San Fernando, y los poemas le-

(1) *España Sagrada*. T. XXIII. pág. 402.

gendarios rimados por la cuaderna vía en metro alejandrino, hasta los pulidos y brillantes rasgos de ingenio y erudición que determinan el carácter propio de nuestra edad de oro en los últimos reinados de la casa de Austria. Y esto sucede lo mismo en Castilla, donde se escribe el *Poema de José* y el *Sumario* del Mancebo de Arévalo, que en Aragón, cuyo dialecto especial se emplea en el *Recontamiento del Rey Alixandre* y el *Poema en alabanza de Mahoma*; como en el destierro africano, años después de la expulsión de la patria amada.

Pobre y enteramente vulgar es el estilo de la mayor parte de las producciones moriscas; pero algunas veces adquiere suavidad y soltura, como en Rabadán y en D. Içe, y aun alcanza en ciertas manos verdadera elocuencia. Describiendo las maravillas de la creación y la providencia con que Dios las rige, dice el *Libro del halecamiento de los cielos y la tierra* (1): «Y debe considerar la persona, contemplando en las cosas halecadas, cómo la gran providencia de Allah las rige con tanto orden y conformidad: este amanecer cada día, viniendo el sol con sus rrayos clarísimos resplandecientes; este anochecer, con su escuridad; y el clarear de la luna, de noche, en sus tiempos y oras de ella; el grande concierto que en el movimiento del sol y la luna ay, andando cada uno en los doze signos del zodiaco; y las otras cinco planetas, que andan por lo mismo cada una en su casa, como el sol y la luna, entrando y saliendo en los signos..... en todo ésto ay contemplacion y misterio, que no fué halecado en valdes. Todo lo halecó Allah taale para que conoçca el ombre su potencia, su grandeza, su sabiduría tan gran-

(1) De D. Antonio Fernando Cabré.

de, y nobleza tan cumplida.» La tendencia común á repetir y amplificar conduce frecuentemente á la hipérbole propia del estilo oriental, como al suponer que dice la divina sabiduría: «Ye Mohamad, si los mares se tornasen tinta; y los árboles, alcalames; y los almalaques, escribanos; y escribiesen cantidad de tres vezes este mundo, no bastarian á screbir la tercera parte de l'alfadila deste adoa (1).» Y encareciendo las altas cualidades de Zelma, solicitada por esposa de Héxim, dicen sus parientes en la traducción del *Libro de las luces* (2) de Ali-Rogel: «Ya sabeis el estado de nuestra filla, y 'l ensalçamiento de la preç y del algo y de la onrra y beldad y caballería, y bondad y sesó.» El lenguaje se hace obscuro y enigmático al explicar así una teoría cosmogónica en el *Libro del halecamiento*: «Y lo primero que halecó fué el arroh, y lo encubrió de los halecados haziéndole invisible; despues halecó del arroh la concavidad distancial; y halecó de la concavidad distancial cuatro cosas prencipales: el agua y el aire, y la claridad y la escuridad.» En los asuntos religiosos el estilo se encuentra embarazado, y en lucha con un idioma que no ha sido preparado con ese objeto (3): «Vuestro agraviamiento es de vuestra parte; si os membrades del bien, así lo farides; mas soes sobresalientes en el mal, é por eso vos agraviades.» Y en un sermón acerca del juicio final, se dice (4): «Y el fuego y su cremar es fuerte, sus abismos son lueño, y sus sartales son hierro; su vianda es esprimaduras, y su bebrajo es feno; ni frio ni caliente; y si demandarán ayuda, y dar-

(1) Gay. T. 43. Compárese este pasaje con el idéntico de los libros plúmbeos de Granada (Godoy, *Hist. crítica*, pág. 52).

(2) Gay. T. 17.

(3) Gay. T. 42.

(4) Gay. V. 2.

les an agua hirviendo que les asará las caras. ¡Qué mal bebrajo y mal sosiego! Cuando se apretará su llorar, será grande su pérdida y alçarán con rruego sus voces, y de-zirles an: callad en ello y non habledes.»

Tanto los giros como las palabras, denotan que los es- critores de aljamía pensaban ó estudiaban en árabe lo que querían expresar en castellano; en cuyo empleo se atuvieron más al uso vulgar de sus provincias respecti- vas, que á la estrecha observancia de los cánones gra- maticales. «Ciruelas mathujas» pone un médico del sí- glo xvi (1) por ciruelas cocidas, y «lilmara del teniente» por decir «á la mujer del teniente.» Y en cuanto á las palabras correspondientes al ritual y nomenclatura re- ligiosa, se conservaron cuidadosamente en forma origi- naria, sin que hasta los últimos tiempos, y casi después de la expulsión, dejara de llamarse á Dios *Allah*; al alma, *arroh*; *anabi*, al profeta; *almalaque*, al ángel, y *adin*, á la religión. La sintaxis arábica se conservaba también, no sólo en fórmulas como «la salvacion de Allah sea sobr'él y sálvelo,» que sigue siempre al nom- bre de Mahoma, y «apáguese Allah dél,» que se añade al de un difunto; sino en muchas traducciones cuyo pecu- liar carácter ó sentido deseaban conservar. Y cuando no bastaba nuestra lengua para este intento, los moriscos, usando de la flexibilidad que entonces les era propia, in- ventaron palabras ó dieron nueva aplicación á las admi- tidas. «Nombrad ad Allah nombramiento mucho,» dice una traducción del Alcorán (2); «no hay volvimiento ni fuerza sino con Allah el alto, grande,» traducen la ex-

(1) Gay. T. 6.

(2) Gay. T. 5.

clamación de conformidad musulímica (1); «averdadediciente y cunpliente,» se llama á Dios en una oración (2); «y paró sus manos alçadas al cielo con rrogar,» se lee en el *Recontamiento de Aliwandre* (3); así como «lloró lloramiento,» «clamó el clamador,» «levantaré su matador levantamiento, que no se levantará ninguno de sobr'él, ni semblan dél.»

Tampoco se levantará ya de su tumba la literatura aljamiada; pero la larga y poco amena tarea de exhumar sus cenizas no debe servir tan sólo para alimentar la curiosidad erudita, como ligero pasatiempo. El cuadro que de esa literatura muerta he deseado poner ante vosotros hace ver como pintados por sí mismos á los musulmanes españoles, con sus costumbres, con sus creencias, con sus pensamientos y con sus dolores; y al lado del vulgo, apegado á la letra de las tradiciones, nos muestra á hombres de entendimiento más elevado, que no usaban la poligamia ni desdeñaban las representaciones figuradas de la naturaleza viva; que tendían á admitir el libre albedrío, y á rechazar el impuro paraíso de Mahoma; que casi sin sentirlo aceptaban la caridad cristiana, y negaban la justificación por la fe sola. Gentés como éstas, que habían olvidado el habla de sus mayores é iban dejando ya su escritura; que se divertían con la lectura de novelas caballerescas, y amenizaban sus escritos con la poesía contemporánea; que analizaban las comedias del Fénix de los ingenios, y discutían al lado de los maestros cuestiones espinosas de teología, no distaban mucho de amalgamarse y fundirse con el medio

(1) Gay. T. 48.

(2) Gay. V. 44.

(3) B. N. Gg. 48.

social que las rodeaba. Y si las ciegas pasiones populares no hubieran atrofiado ese miembro importante de la nación, exigiendo después una amputación cruenta, los moriscos, como los antiguos mudéjares, hubieran concluido por incorporarse del todo con la masa de los demás españoles; contribuyendo con sus fuerzas y sus elementos de vitalidad á la mayor gloria de la patria, en vez de la miseria y muerte eterna á que fueron condenados al otro lado del Estrecho. Allí, donde no entendían ya aquellas letras arábicas tan avaramente conservadas durante siglos en la tierra natal; allí, donde ya sonaba inerte en sus oídos hasta el sagrado nombre de *Allah* del idioma coránico, tuvieron que hacer ruda campaña, para desarraigar de sus pechos la semilla católica, hombres notables como Juan Alfonso, Ibrahim de Bolfad, el Anónimo de Túnez y Mohamad Alguazir (1), alentados con político interés por sus protectores y soberanos; y allí lució con brillante fulgor de despedida la literatura aljamiada, que escrita con nuestro gallardo carácter del siglo xvii y nombrando como nosotros á *Dios nuestro Señor*, acaba en el africano suelo su existencia (2), del todo confundida en sus condiciones formales con la general española.

Mas no para deplorar errores pasados traigo este asunto á la Academia, sino para poner de manifiesto y

(1) B. N. A. a. 469.

(2) Difiere totalmente esta opinión de la de mi amigo y compañero Don Francisco Fernández y González, quien atribuye muchas de esas obras á los moriscos que quedaron en España después de la expulsión. Véase sobre este punto su erudito artículo titulado *De los moriscos que quedaron en España después de la expulsión decretada por Felipe III* (*Revista de España*, tomos XIX y XX, 4874); trabajo que no cito en la pág. 44 de este Discurso, porque no he tenido el gusto de conocerlo hasta el momento de estar en prensa este pliego.

proponer al estudio cómo la lengua castellana sale de las plumas aljamiadas con especiales giros, ya en el estilo, ya en la sintaxis, ya en el vocabulario; y cómo, en el choque y penetración de lenguas tan desemejantes, teniendo que expresar en la una conceptos que han nacido y tomado cuerpo en la otra, se amolda la parte variable y accesoria de aquélla, quedando firmes é inmutables sus elementos esenciales á modo de inflexible esqueleto. Estudio utilísimo, con el cual podremos ayudar grandemente á fijar, limpiar y dar esplendor á nuestra hermosa lengua, no intentando oponer con vano esfuerzo diques al movimiento natural del idioma que hablaron nuestros mayores, sino rectificando el cauce por donde sin desviación ni desbordamiento se ha de dirigir su corriente, para que digna y propia la reciban nuestros hijos.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

AL PRECEDENTE DISCURSO DEL SR. SAAVEDRA.

SEÑORES:

Mucho tiempo hace que eligió esta Academia al hombre modesto, laborioso y sabio á quien acabamos de aplaudir justísimamente; y sólo mía es la culpa de que no ocupe ya la silla donde tan singulares servicios ha de prestar. Que algún motivo tengo para pedir indulgencia fuera ocioso decirlo; pero el daño es tal; que de toda la suya há menester para absolverme la Academia. Ni faltará quien culpe también al Sr. Saavedra, tan solícito en presentar su propio discurso, por la paciencia con que ha esperado el mío; pero, expuesta la causa, parecerá su delito más honroso que grave. Verdaderamente, ha sido el aplazamiento excesivo, tratándose de cosa que tanto debía anhelar, y con efecto anhelaba; y es digno de nota, que ni siquiera mis propias exhortaciones le hayan movido á procurar que la Academia diese el encargo de contestarle á cualquiera otro de sus miembros, siendo muchos los que podían desempeñarlo más pronto y mejor. Justo parece, pues, que me apresu-

re á decir que la causa no ha sido otra, en resumen, sino que en el Sr. Saavedra compite la bondad de la condición, con la inteligencia y el saber.

Suele ser disculpada la inclinación á hablar de cosas antiguas en los que no tienen de un solo color el cabello, y por desgracia no falta ese motivo para que se disculpe en mí ahora. Mas si de cosas antiguas hablo, y, sobre antiguas propias, no es, Señores, sino por referir juntamente los principios que tuvo la carrera del nuevo Académico, coronada hoy con la más preciada de las recompensas que cabe en España otorgar al hombre de letras.

Treinta y tres años há, que no más tarde que al siguiente día de llegar á Madrid, y en una fría mañana de noviembre, nos encontramos el Sr. Saavedra y yo por primera vez; adolescentes uno y otro apenas, vacilando todavía sobre la carrera que cada cual hubiese al fin de seguir, tanteando en suma los caminos de la vida, siempre oscuros y ásperos para los que ponen el pie en ellos sin fortuna. De aquel instante mismo arranca nuestra amistad, que no ya sólo conocimiento; y trabajando á un tiempo por abrirnos paso, con frecuencia nos hemos encontrado los dos, sin que haya obscurecido la nube más tenue nuestro afecto recíproco y desinteresado. Cierto es que carreras al fin y al cabo más diferentes y con menor influjo una en otra, quizá no se hayan seguido paralelamente jamás. Fuera siempre de la política el Sr. Saavedra, hale sido dado proseguir con más constancia por la florida senda que tomamos juntos, y aprovechar las lecciones que, bajo el amigo techo que abrigó nuestra primera conversación, recibimos ambos. No es sólo la grata memoria del origen que tuvo una

tal amistad, ni el recuerdo de días, bien lejanos hoy, que con razón uno y otro podemos ir echando de menos, lo que me mueve á hacer alto aquí un instante. Como por la mano me trae también á ello el discurso que se acaba de oír.

Porque es tiempo de saber que la casa donde el señor Saavedra y yo nos conocimos, no era otra que la de aquel insigne erudito y hablista, juntamente poeta, escritor de costumbres, novelista, orientalista é historiador, D. Serafin Estébanez Calderón, con quien á mí me enlazaba el parentesco, y unían al Sr. Saavedra, empeñado ya á la sazón en el arduo estudio de la lengua y literatura arábicas, los servicios inestimables que todo joven de esperanzas le debió siempre. Allí fué donde, prestando oído atento á las frecuentes discusiones literarias sobre el habla, escritura y letras de las naciones semíticas en general, y especialmente de los moros españoles, oí por primera vez la noticia, poco vulgar aún, de que alguna parte de nuestra propia literatura anduviese escondida en los caracteres, para tan pocos legibles, de aquella gente vencida, expulsada, extinta; y no parte indiferente, sino interesantísima. ¿Qué mucho, pues, si al escuchar la meditada y docta exposición que de ese hecho singular nos ha presentado en el día de hoy el Sr. Saavedra, acuden ciertos recuerdos á mi memoria?

Tengo para mí, señores, que tampoco ha sido ajeno á la elección de su asunto el recuerdo que guarda el nuevo Académico del escritor ilustre que alentó, ya que no dirigiera sus primeros pasos; pues nadie seguramente ha mirado con tan especial amor como Estébanez esta literatura aljamiada. Parecía en él manía á las veces,

bien que inofensiva, como lo suelen ser las literarias.

Lo que primero estimulaba su pasión por la literatura aljamiada era probablemente el dulce sabor arcáico, castizo, ingenuo, delicioso en verdad, que, bajo la pluma de los escritores moros, cobraba nuestra lengua, según demuestran ejemplos múltiples por el Sr. Saavedra atesorados y expuestos. Porque la lengua patria fué verdadera señora de los pensamientos de Estébanez en vida, siguiéndole hasta el sepulcro por tal manera, que, cumplidos sus deberes religiosos, y tardando en llegar la muerte algún tanto más que pensaba, todavía quiso oír, antes de dar á Dios el alma, una ó dos de las honestísimas y apacibles páginas del *Quijote*, cosa que me perdonaréis traer á cuento por lo característica y singular.

Mas no era sólo por su propio mérito por lo que Estébanez Calderón amaba tanto las prosas y versos de la literatura aljamiada: tenía á sus ojos otro valor que quizá no sea dado comprender sino á los que han nacido en las tranquilas riberas del mar y á las faldas de las sierras quebradísimas donde se oyó por última vez el grito de guerra de los alárabes vencidos, y por lo mismo se conservan más las alcazabas, las mézquitas, los castillos, los alcázares, los nombres, usos y cantos de aquella gente, sin que llegara allí á ser de todo punto aborrecible su memoria.

No sé lo que de esto pensaréis los que sois nacidos en otras partes de España; mas yo no sé negar que, lo propio que Estébanez y cuantos han rimado, bien y mal, ó compuesto buena y mala prosa en mi tierra, profeso afición vivísima á lo que queda de aquella gente, al cabo y al fin española y más desdichada que merecía, por

grandes que sus culpas fueran. De aquí el haber leído con placer siempre las páginas copiosas que dedicó aquel autor á describir ó cantar las costumbres, los amores, las desgracias de los últimos moros españoles, ya en sus *Poestas*, ya en su novela titulada *Cristianos y Moriscos*, ya en sus *Cuentos del Generalife*, ya en otros trabajos poco leídos ahora, y de que hará la posteridad, si no me engaño, mucha más cuenta. De aquí la satisfacción íntima con que recorrí las amenas cuartillas del Sr. Saavedra, no bien las puso en mis manos; tributo, por lo demás, debido á su raro mérito, que habéis tenido ocasión de aquilatar. Tratará, no obstante, el nuevo y discretísimo colega de otra cualquiera gente extraña, aunque fuera de griegos y romanos, nuestros eternos maestros, y el valor de su discurso fuera igual, y aun cabe que mayor, sin que despertase en muchos, y yo soy de ellos, emociones tan gratas.

Pero me extendo más de lo justo, á no dudar, en cosas que no á todos los que oyen pueden por igual interesarles. Ni es fácil que reanude el hilo de este discurso, interrumpido con tantas digresiones. Ello ha de ser, con todo, y lo mejor será decirlos francamente que mi propósito se reduce á encarecer, así la antigüedad como la especialidad de las relaciones que al Sr. Saavedra y á mí nos unen, poniendo en evidencia de tal suerte la causa honrosísima de la resignación con que me ha esperado, y su empeño en que fuese yo y no otro quien, á nombre de la Academia, le abriese estas puertas.

No debe ésta de ser la vez primera que aproveche la Academia los frutos que del Sr. Saavedra esperaba y espera. Su laboriosidad es tal, y tal su entusiasmo por el saber en general, y muy particularmente por los

estudios filológicos, que juraría que con sólo las obligaciones de Académico electo, tiene dada ya aquí larga muestra de su persona. Cuenta entre sus cualidades el nuevo colega un como instinto de adivinación en las lenguas, al cual se junta un gran conocimiento en ellas, constituyéndole aquello y esto en uno de los mayores filólogos que España posea. Si la Academia, pues, ha requerido su cooperación á los útiles trabajos de nuestro instituto, seguro estoy de que no se habrá negado á prestarla, y difícil se me haría creer que esta solícita Corporación la hubiese hasta aquí desperdiciado. Precisamente las aptitudes de ese linaje son entre nosotros mucho menos comunes que otras, dejándose de ordinario ir por más floridas pendientes el genio nacional.

Ahora que la Academia cuenta con la colaboración asidua del Sr. Saavedra, bien pronto tendrá, de todos modos, vivas muestras de que no es sólo un filólogo, conocedor de las lenguas sabias, y muchas de las vulgares, y hombre dotado de particular instinto para descubrir los orígenes y relaciones de las palabras é interpretar sus varios sentidos; todo lo cual atañe al molde de las ideas. No: el Sr. Saavedra es también de los que más caudal de ellas atesoran, por abarcar con incesante estudio su inteligencia grandísima parte del humano saber. Á patentizarlo bastaría el mero catálogo de sus obras; pero, si un detenido examen no, algo más que catálogo me parece que anhela este auditorio, para medir de un golpe el campo de esperanzas que hoy se abre á la Academia.

Ingeniero de profesión, comenzó naturalmente por enriquecerla con importantes libros técnicos, tales como la *Teoría de los puentes colgados* y los tratados *De la re-*

sistencia de materiales y De la estabilidad de las construcciones, sin contar con la traducción de las *Aplicaciones del hierro á la construcción*, obra inglesa de W. Fairbairn; siendo luego innumerables las Revistas científicas que ha escrito en periódicos, como quien sigue con atención constante y profunda el rápido progreso que hoy muestran todas las ciencias experimentales.

Trabajo original, y de mucha mayor importancia, es su libro inédito intitulado *El Nilo*, que tuve años hace el gusto de conocer, y cuya impresión espero, como cuantos le han visto, con impaciencia. Es éste un importantísimo estudio científico y literario sobre el Egipto, donde el viajero observador, el sabio, y el filólogo y arqueólogo resplandecen á un tiempo.

La historia patria débele por su lado no menores servicios que las ciencias que profesionalmente cultiva. Nuestra hermana la Real Academia de la Historia recibió ya de él en 1860 una importantísima *Memoria*, con planos y copiosas ilustraciones sobre la Vía romana de Uxama á Augustóbriga, y más tarde un discurso sobre los Itinerarios romanos, según la crítica racional, trabajos por extremo estimados; habiendo escrito además, en distintas obras, doctísimas disertaciones sobre epigrafía romana, y sobre objetos é inscripciones hispano-árabes. No satisfecho aún con escribir tanto, y de tanta importancia, ha tratado en diferentes conferencias públicas, con facilísima dicción y claro estilo, de varios y oscuros asuntos de ciencias y letras, derramando siempre en ellos gran caudal de erudición y crítica. Por último, y ciñéndome á lo que nos toca especialmente, no sólo ha hallado ocasión de discurrir también, y con sumo acier-

to, respecto á los neologismos científicos y á la índole lexicológica de nuestra lengua, sino que, entretrejiendo lo bello y lo útil, ha escrito con fácil pluma el notabilísimo artículo intitulado *La Leonesa*, de *Las Mujeres españolas*, obra pintoresca en que varios miembros de esta Academia tenemos parte.

¿Quién se maravillará, pues, de que tres de las Reales Academias, la de Ciencias, la de la Historia y la Española, hayan llamado á sí al Sr. Saavedra? Dado es á pocos ostentar una medalla sola con tan claros títulos como nuestro nuevo compañero las tres, que puede llevar desde hoy al pecho. Para merecer la que hoy recibe tiene más que suficientemente hechas sus pruebas de escritor sobrio y elegante, aun dejadas aparte sus indisputables aptitudes de hombre de ciencia, de historiador, filólogo y crítico; utilísimas todas, y esenciales muchas en los trabajos que nos están encomendados. Mas ¿qué mejor demostración que su discurso de hoy? Verídica, sagaz, elocuentemente nos ha expuesto, en breves páginas, así el desenvolvimiento y los esenciales caracteres de la casi desconocida literatura aljamiada, como la índole misma y el estado religioso y social de aquellos míseros compatriotas nuestros, tan á deshora fieles á Mahoma, que la España del decimoséptimo siglo tuvo aún valor para expulsar de su suelo.

Y en medio de la fría imparcialidad que sus hábitos de investigador y crítico le imponen, ¿no es verdad, señores, que mucho de compasión, ó algo, y aun algos de simpatía hacia aquella gente, se trasluce en sus frases? ¡Ah! Bien que no haya nacido donde yo el Sr. Saavedra, y aunque por acaso desconozca la afición que de mí confieso á los pobres moros españoles, no temo que niegue.

esto que digo, ni para negarlo hay razón. Porque ¿hemos de tener hoy menos compasión de los moriscos, los que de tan lejos contemplamos sus culpas y errores, de igual modo que los inconvenientes y daños de su presencia en España, que los mismos que pusieron voz y mano en la expulsión? Pues el mayor número, y sobre todo los que más de antiguo y de cerca los conocían, despidiéronlos al cabo y al fin con voces mucho más melancólicas que alegres.

La verdad es que el mero espectáculo de la expulsión y de sus inmediatas resultas, tuvo por fuerza que interrumpir á las veces el común aplauso á que dió lugar, abriendo frecuente paso á la lástima. Por de pronto, y aun siendo certísimo que los moros españoles, como todos sus correligionarios de cualquier tiempo ó raza, eran muy poco inclinados á convertirse á otra cualquiera religión, ni aun á la cristiana, y que los más de los que habitaban nuestras provincias eran tan devotos de Mahoma en los días de Felipe III como en los de D. Jaime ó los Reyes Católicos, semejante regla no dejaba de tener sus correspondientes excepciones, y algunas muy ciertas y singulares. ¿Quién que haya estudiado la expulsión desconoce el nombre de Gaspar de Escolano? (1). Rector de una de las parroquias de Valencia, y nada menos que Consultor y Secretario de la junta de teólogos formada por la de Obispos, á última hora reunida para fallar sobre las culpas de los moriscos, nadie mejor que él podía saberlas, ni debía de condenarlas más, como sa-

(1) *Segunda parte de la década primera de la historia de la insigne y coronada Ciudad y Reyno de Valencia*, por el licenciado Gaspar Escolano, Rector de la parroquia de San Esteban, Coronista del Rey nuestro Señor en el dicho Reyno y Predicador de la Ciudad y Consejo: Valencia, 1644, libro décimo.

cerdote, ó comò español y valenciano. Pues con eso y todo, creyó aquel autor en la sincera conversión de Turigi, súbitamente aclamado rey por los moriscos que intentaron la resistencia.—«Persona (dice al referir su suplicio) de buen natural, murió como buen cristiano, dejando muy edificado al pueblo y confundidos á sus secuaces.» Verdad es que fué raro caso el de morir como un santo en la ley de Cristo; quien por moro se veía cruelmente ajusticiado. Pero no fué Turigi el único en cuya conversión creyó Escolano, que también da por cierta, de acuerdo con muchos testimonios contemporáneos, la de otros moriscos, refiriendo de algunos que aun de África se volvieron á todo riesgo por perseverar en la fe cristiana.

Tocante á la expulsión en sí misma, véase ahora también de qué suerte la juzga Escolano, que tanto la debió de desear, cuando la vió realizada.—«No se puede contar (dice al final de su obra) la ruína de los lugares del Reyno, y cuán yermos y despoblados han quedado con la transmigración de los moros y la dificultad que se siente en poblarlos..... Los dueños de censos, que son todos los particulares del Reyno, que viven de rentas y tienen la vivienda de su estado librado en ellos, piden al cielo y al Rey justicia de que no se les paguen los réditos; pues quedan en pie las casas y haciendas de los moriscos, hipotecadas á sus censos..... los señores se lamentan que no pueden pagar lo que no tienen..... El Patriarca Arzobispo de Valencia, visto el laberinto en que quedaba el Reyno, la resistencia que hallaba en la disposición de muchas cosas que resultaban de la expulsión, la dificultad del remedio de tan reconocidos daños, y que la nobleza y el pueblo le hacían cargo de todo co-

mo autor, que él había publicado ser, de la salida de los moros, y que había estragado mucha parte de la afición y estima que le tenían los valencianos, empezó á sentir carcoma en su corazón y á acongojarse de que los remedios venían con pie de plomo; y juntándose esta pesadumbre con la que le habían dado los memoriales, escritos contra el parecer que siguió en la rebautización de los moriscos, y en echar los pequeños bautizados de siete años adelante, dió en una lenta calentura; enfermedad de que murió á poco tiempo. Por donde se ve que en Valencia, principal teatro de la expulsión, y donde sólo los que tenían vasallos moriscos la impugnaron al anunciarse, muy pronto se llegó á los confines, si no más allá, del arrepentimiento.

Más alegremente vió las cosas cierto compatriota de Escolano, testigo también de vista, que relató en octavas reales el suceso. Hablo de Gaspar de Aguilar, poeta épico, dramático y lírico, competidor, al decir de Lope, en la dramática poesía ⁽¹⁾ de su paisano el canónigo Tárraga, y apellidado en Madrid *el discreto valenciano* ⁽²⁾; el cual obtuvo licencia para dar á luz en su ciudad natal un poema épico intitulado *Expulsión de los moriscos* ⁽³⁾ el día 12 de julio de 1610, que es decir, menos de diez meses después de pregonado el bando y aún no terminada la empresa. Dedicada principalmente esta obra á glorificar al Duque de Lerma; escrita al tiempo mismo que se llevaba á cabo la expulsión, y quizá día por día; tenida como crónica fiel de los hechos, antes que como ficción

(1) *Laurel de Apolo*. Silva segunda.

(2) Ximeno, *Escritores del Reyno de Valencia*: Valencia, 1747, fol. 4, pág. 255.

(3) *Expulsión de los moros de España por la S. C. R. Magestad del Rey D. Felipe III, nuestro Señor*, por Gaspar Aguilar: Valencia, 1610.

poética, por alguno de los sonetistas que al uso del siglo exornaron sus primeras páginas, compréndese sin esfuerzo que los versos de Gaspar de Aguilar no sean ningún pañegírico de los moriscos, sino más bien la suma triunfal de cuanto malo se les imputó y de cuanto bueno cabía decir de sus perseguidores. Para Gaspar de Aguilar ni siquiera era seguro que la salida de tanto número de habitantes laboriosos pudiese esterilizar al pronto los campos de Valencia. ¿Mas qué mucho, si tampoco pensaba que pudiera perjudicarles, con tal que saliesen de ellos los moriscos, la más extremada sequía? Para todo, hasta para esa gran calamidad valenciana, de que no nos falta experiencia, era remedio, en sentir del buen Aguilar, la expulsión.

¡Lástima grande que no hubiese otra tal cada año! dirá, no sin razón, cualquier labrador piadoso que llegue por casualidad á leer los siguientes versos:

«Quedan sus campos sin haber llovido
Cubiertos de menuda verde yerba,
Cosa que al común voto de la gente
No pudo suceder naturalmente.
Sin llover una gota en el invierno
En el árbol más seco y agostado,
El pimpollo brotaba hermoso y tierno,
De flores y de fruto rodeado.»

En resumen, nuestro entusiasta poeta califica la expulsión de esta suerte:

«Los dueños de los moros sólo han sido
Los que han venido á consumir su estado,
Que en pedazos de tierra dividido,
Á poder de los pobres ha llegado.
Nada al fin en el reino se ha perdido,

Pues quedan, porque todo se ha trocado,
 Los ricos pobres y los pobres ricos,
 Los chicos grandes y los grandes chicos.»

Y á la verdad, Señores, que no se concibe mayor optimismo, ni más regocijado modo de ver un suceso que tantas ruínas, discordias y lamentos ocasionó al fin, como refiere Escolano. Pero la explicación no puede menos de estar en que aquel honrado poeta, incapaz, sin duda, de mentir con tal desenfado, compuso sus versos á raíz del bando, y durante la expulsión misma, cuando no se tocaban todavía sus efectos. Con esto, y un tanto de libertad poética, paréceme que basta para excusarlo.

Lo único evidente era que los ricos barones de Valencia (aquéllos porque se inventaron los refranes de «quien tiene moro tiene oro» y «á más moros más ganancia,» según refieren los historiadores de la expulsión, Guadalajara y Bleda) ⁽¹⁾, quedaban arruinados; y el poeta, que no debía por sí de desmentir la fama de pobres que suelen tener los de su arte, no solamente no se compadecía de ellos, como prójimos, sino que parecía recibir particular satisfacción en su infortunio. Lo cual, con otros mil ejemplos, dice á voces que la envidia de los que no tienen á los que tienen es perpetua pasión en la especie humana, y que toda gran revolución la descubre, en cualquier tiempo, al modo que sacan á luz las bajas mareas los escollos del mar.

Mas con tanto aplauso y todo, como la expulsión le

(1) *Memorable expulsión y justísimo destierro de los moros en España*, nuevamente compuesta y ordenada por F. Marcos de Guadalajara y Xavier, religioso y general historiador de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, Observante en la provincia de Aragón: Pamplona, 1613.—*Crónica de los moros de España*, por el P. Presentado Fr. Jaime Bleda: Valencia, 1618, página 886.

inspira, ved, Señores, ahora, por qué sentida manera describe Aguilar uno de los muchos episodios á que hubo de dar lugar inevitablemente. Dos amantes, refugiados en la Sierra huyendo del embarque, tropiezan por su mal con los cristianos; y canta así el suceso el poeta:

«La infeliz mora, que escapar desea
De aquel fiero escuadrón de gente armada,
Mientras que de su esposo en la pelea
Está más divertida y ocupada;
Sin que nadie le estorbe, ni lo vea,
Se sube por el monte, y levantada
Sobre la cima de un lugar fragoso,
Vió el trágico suceso lastimoso.

Vióle, que aunque era noche triste, oscura,
Por día hermoso en aquel punto vale
La clara luz, resplandeciente y pura,
Que de los golpes de las armas sale;
Y cuando conoció que en desventura
Ninguno puede haber que se la iguale,
Movida de una furia que la incita,
De aquel lugar se arroja y precipita.

Al punto que la gente vencedora
Desocupa los llanos y desiertos,
Baja del monte la espantable mora
Por escalones de peñascos yertos.
Cualquiera de ellos se enternece y llora,
Por ver que están de rosicler cubiertos;
Que por todo aquel monte dejó rastro
De mil bellos pedazos de alabastro.»

Poeta que eso supo decir, muy bien podría detestar á los moriscos; pero no es seguro que á las moriscas las odiase igualmente.

No sé, señores, si tantas citas agotarán vuestra pa-

ciencia; mas el deseo de representaros con exactitud, y en sólo un cuadro, la horrible contradicción de ideas, sentimientos y pasiones de que se derivó al fin como irrefrenable corriente, ahora lenta y ahora precipitada, la expulsión, muéveme á pedir que me permitáis leer todavía algún mayor número de versos. Trata Aguilar de la derrota de los moriscos sublevados en las montañas; y, vivamente conmovido, según se ve, la describe en estos términos:

«Ya no aprovecha el llanto dolorido
Del viejo, aunque el hablar se le conceda,
Y pida al Español embravecido
Un minuto de vida que le queda;
Ni el ver el niño al tierno pecho asido,
Que sólo porque un rato vivir pueda,
Le da la triste madre, enternecida,
Su propia sangre en leche convertida.

No aprovecha rendirles las espadas,
Sólo para dejarles satisfechos,
Que al instante las tienen envainadas
De aquéllos que las rinden en los pechos;
Ni el ver con triste llanto arrodilladas,
Dando á todos abrazos muy estrechos,
Amorosas y afables las moriscas,
Un tiempo tan zahareñas, tan ariscas.

Viendo que esta canalla se despinta,
Cesa el combate, y saca victorioso
Tres cabezas de Moros en la cinta
Un soldado Extremeño valeroso.
Cuando envaina la espada en sangre tinta,
Se le acuerda que al cielo poderoso
Ofreció que en su nombre mataría
Tres Moros y una Mora en este día.

Mete mano á la espada, y en un vuelo
 Vuelve á buscar la Mora prometida,
 Y una le ofrece por milagro el cielo
 De una lanza cruel recién herida.
 En ella, que tendida está en el suelo,
 Luchando está la muerte con la vida,
 Y como sierpe el oro del cabello
 Enroscado en el pecho y en el cuello.

Queda como si fuera algún encanto,
 Viendo que en ella el brazo de un infante
 Á pedir el Bautismo sacrosanto,
 Le sale por la herida penetrante.
 Quítasele el temor, pierde el espanto
 Por ver que está preñada, y al instante,
 Porque Dios de su amor se satisfaga,
 El parto le anticipa con la daga.

Saca dos niños de aquel grande aprieto,
 Que sólo imaginar le atemoriza,
 Y guardando el decoro y el respeto
 Á la ley que profesa, los bautiza:
 Murieron los tres juntos, en efeto,
 Y al cielo, que sus glorias eterniza,
 Suben los hijos, y al instante mismo
 Baja la madre al espantado abismo.»

¿No es cierto, Señores, que este imparcial y horrible relato por sí solo bastaría á probar cuán difícil era que gentes tales pudieran siempre vivir en un mismo suelo? Porque mucho de tal rigor hay que atribuirlo, sin duda, á los feroces usos de la guerra en todo tiempo, y todavía más feroces que ahora naturalmente, en los primeros años del siglo decimoséptimo. Pero aquel voto del soldado de dedicar al cielo los cadáveres de tres moros y una mora, y sin contar los que en la batalla había de-

ribado, anticipar el parto de la moribunda, con su propio acero, para que muriendo con ella los morillos natos, se cumpliera así el voto largamente; el bautizo, la alabanza que al hecho da el poeta; todo el cuadro, en fin, que no sin repugnancia he dado á conocer, palpablemente muestra, en mi concepto, que, al rayar el citado siglo, no cabían ya moriscos y cristianos dentro de unas solas fronteras, ni podían beber el agua de unos mismos ríos, ni debían partir los frutos de una propia tierra.

Y no imaginéis, señores, que llevado de compasión indiscreta intente cargar la mano á nuestros antepasados, disculpando á los expulsos moros. Ni el amor á sus alcázares, alcazabas y castillos roqueros, ni el de los sabrosos versos y prosas de la literatura aljamiada, pueden conducirme á error tamaño. Sin necesidad de acudir á los historiadores de la expulsión, que acaso fueran tachados de parciales, tópanse á cada paso testimonios de que si eran los moriscos malos cristianos, todavía eran peores súbditos y españoles. Para demostrar, aunque sea ligeramente, este aserto, por fuerza habré de entrar en los dominios de la historia, invadiendo así los de otra Academia, de que tengo el honor de formar parte. Pero los fenómenos literarios corren de tal suerte unidos á los sociales y políticos, que ni el Sr. Saavedra se ha librado de leer hoy páginas de historia, ni menos puedo yo evitarlo, habiendo de ceñirme en lo posible á completar su trabajo. Permitidme, pues, que con ese solo fin bosqueje rápidamente la actitud de los moriscos españoles en los postreros tiempos, como he dado á entender los sentimientos que por los propios días animaban á los españoles cristianos.

Todos conocéis, á no dudar, la relación del viaje que Felipe II hizo en 1585, á Zaragoza, Barcelona y Valencia, escrita por el arquero de su guardia Enrique Cock, y dada á luz últimamente. En esta obra imparcial, como de un extranjero igualmente ajeno á las pasiones de unos y otros, se lee que casi todos los lugares próximos á tierras de moriscos tenían un castillo ó lugar fuerte, junto á la Iglesia, para que pudieran allí resistir sus acometidas los cristianos viejos.—«Estos moros (dice Cock en textuales términos), desde el tiempo que sus antepasados ganaron á España, siempre han quedado en sus leyes: no comen tocino ni beben vino; y esto vimos allá, que todos los vasos de barro y vidrio que habían tocado tocino ó vino, luego después de nuestra partida los rompían, para que no sintiesen olor ni sabor de ello.» Lo cual se hacía, por cierto, con la comitiva y á la propia presencia de Felipe II, tan ponderado por su intolerancia religiosa, sin que diera la menor señal de enojo en todo el viaje. Tratando de la villa de Muel, donde vio fabricar los vasos hispano-árabes, que hoy suelen adornar muchas paredes, añade el arquero que en todo el lugar no había más que tres cristianos viejos: el cura, el notario y el tabernero, el cual era también mesonero, y que los demas «irían de mejor gana en romería á la Casa de Meca, que á Santiago de Galicia.» ¿Qué otra cosa que esto decían en los primeros años del siglo siguiente el beato Juan de Ribera, Patriarca de Andóveda y Arcebispo de Valencia: Bleda, el portugués FONSECA.

(1) *Relacion de viaje hecho por Felipe II en 1585 á Zaragoza, Barcelona y Valencia*, escrita por Enrique Cock, notario apostólico y arquero de la guardia del Corno Real, y publicada de Real orden por Alfredo Motel-Latic y Antonio Rodríguez Villa; Madrid, 1876, págs. 19, 30 y 31.

Guadalajará y todos los teólogos, en suma, que promovieron ó alabaron la expulsión?

Pues entre los testimonios que confirmar el relato de Cock, bien puede citarse el que ofrece la *Topografía é historia general de Argel*, del P. Haedo, libro famoso, como es sabido, por lo que se cuenta en él de Cervantes, escrito bastantes años antes de la expulsión y sin el menor intento de influir en ella. No estuvo Haedo en Argel, ni consta, dicho sea de paso, que conociera á Cervantes, limitándose á recopilar en Palermo, por orden del Arzobispo de aquella Diócesis, deudó suyo, y de su propio apellido, las relaciones que allí llegaban de los cautivos. De los fidedignos datos así reunidos, resulta que eran tantos los moriscos españoles que de ordinario emigraban, sin esperar á que se les expulsase, que por los años de 1576 había ya pueblo en la costa de Argel donde se contaban hasta mil casas de ellos; y no ya de Granada, que eso después de la reciente rebelión era natural, sino de Aragón y Valencia. Aparece también que los tales moriscos huidos eran los mayores y más crueles enemigos que los cristianos tenían, siendo «como una viva llama su odio entrañable contra todo español (1).» En confirmación de esto, escribe Haedo, que de España eran los moros que formaron la gran congregación y levantaron el ruidoso tumulto que obligó á Robadán-Bajá, rey de Argel, á tolerar que un santo sacerdote, llamado Fr. Miguel de Aranda, fuese allí pública y horriblemente martirizado. Añade, por último, que de

(1) *Topografía é historia general de Argel*, repartida en cinco tratados, por el Maestro Fr. Diego de Haedo, Abad de Fromesta, de la Orden del Patriarca San Benito, natural del Valle de Carranza: Valladolid, 1612, páginas 179 y 180. Véase la dedicatoria del libro.

ningún habitante de Argel, aunque fuese turco ó salvaje del desierto, tenían tanto por qué temer los cautivos españoles, como de los moriscos aragoneses y valencianos establecidos en la Regencia; ricos y prepotentes muchos, mediante el ejercicio de la piratería á que en nuestras costas se dedicaban, ya tripulando por su propia cuenta bajeles, ya haciendo oficio de guías en barcos de otros para sorprender nuestros indefensos puertos y calas, los campos, y hasta las poblaciones marítimas, si no estaban bien fortalecidas y presidadas.

De todo esto hablan mucho, naturalmente, nuestros historiadores antiguos y modernos, y en especial los del tiempo de la expulsión; y, aunque tan somero, basta lo dicho á demostrar que, al romper el siglo xvii, la antipatía, la pasión y la crueldad eran recíprocas en aquellas dos razas, que convidaba el común interés á vivir como hermanas, siendo punto menos que intolerable su coexistencia. Tal es la consecuencia que brota del examen imparcial de los hechos.

La historia, con tanta frecuencia superficial, especialmente la de España, ha solido, en el entretanto, hacer responsables á Felipe III y su principal Ministro Lerma, de la expulsión, imputándoles con acrimonia sus forzosos daños. Diríase al leer muchos libros, que no fué todo ello sino mero capricho del favorito, impuesto á un monarca negligente y fanático. Nada hay, en mi opinión, menos cierto. Pero es difícil persuadir por lo general á los hombres, y más que á otros á nuestros compatriotas, casi siempre apasionados, de que los males que con frecuencia padecen no son precisamente causados por los que tienen la desdicha de gobernarlos. Poderosamente contribuye á este error un cierto estímulo

de patriótico orgullo que inclina á echar sobre un hombre solo ó algunos pocos hombres, las culpas comunes é imputables á la nación entera. Lo cierto es que se perpetúan por tal manera errores crasísimos tocante á la vida pasada, que no poco perturban la presente, pues que privan á España del verdadero concepto de sí misma, llenando en cambio de confusión su espíritu, ó sea el conjunto de recuerdos, sentimientos é ideas que forman como el propio sér y el alma de cada uno de los grandes grupos de hombres que llamamos naciones. Redúcese así el saber histórico á los resultados ó efectos tangibles, sin penetrar en los orígenes y causas: falta el conocimiento de la realidad pasada, preparación necesaria para el de la presente; desconócese el sentido de los hechos; ensálzase ó denigranse arbitrariamente los caracteres históricos; ábrese, en fin, ancha puerta al escepticismo y á la anarquía de ideas, con que se consienten ó se provocan las revoluciones; y como si la decadencia no bastase, parece que se anhela y busca la total ruína.

Permitidme, Señores, que alce hoy resueltamente la voz contra una de esas injusticias, diciendo que hay que fijar mucho antes del reinado de Felipe III, y en otros motivos que la incapacidad, las intrigas, ó la codicia de Lerma, el origen de la violenta medida de que se trata.

Para mí el problema, aunque no resuelto hasta 1609, estaba terminantemente planteado desde el tiempo de los Reyes Católicos, ó lo que es lo mismo, desde aquél de la gran Reina, que da aún origen á tantas disculpables, pero ruidosas y con frecuencia extemporáneas vanidades en la gente española. No cabe duda, en mi con-

cepto, que el edicto de 31 de marzo de 1492, que echó de España á los judíos, determinó una nueva dirección de la política religiosa, que, en el lógico encañamiento de los hechos, tuvo por último é inevitable eslabón la Real carta de 4 de agosto de 1609 contra los moriscos valencianos, y los bandos de igual índole que se siguieron.

Habían ya salido de España por el edicto de 1492 millares y millares de familias, cuyos antepasados, viviendo con varia fortuna entre nosotros, desde los tiempos visigóticos, habiannos constantemente acompañado al fin, aunque no siempre sin riesgo, durante los largos siglos de la Reconquista; gozando, á pesar de las persecuciones y matanzas populares, tanto y más que los vencedores mismos, de los primeros despojos del recién conquistado reino de Granada. Más convertidos se hallaban aquellos primeros expulsos, que los propios moriscos, á nuestra lengua y costumbres, al paso que ni con mucho eran tan peligrosos, por su menor número y modo de ser. Veíanse además tolerados los hebreos en toda la Europa cristiana, incluso Roma, mientras que los moriscos constituían á las puertas de las catedrales de Toledo, Sevilla ó Valencia una excepción extraña con que solían afrentarnos los propios extranjeros que censuraron luego la expulsión, señalándose entre ellos, según es fama, Francisco I, al desembarcar prisionero en las costas valencianas; pesada burla para los que le oyeron, y aun para los que lo referían después. ¿Cómo podía ser que, una vez realizada, no obstando tan favorables diferencias, aquella primera expulsión, dejara la otra de ocurrirseles á nuestros políticos, como radical remedio á las dificultades que indudablemente los moriscos origina-

ban? Todo, cuanto cabía decir en favor de ellos, pudo haberse considerado en pro de los judíos, los cuales poseían también sus letras hispano-hebreas y su especie de literatura aljamiada; tenían ya en general por lengua propia la nuestra, hasta el punto de conservarse en muchos de sus descendientes todavía, y amaban tanto como los cristianos viejos la tierra de España. Nada les valió contra el furor popular, de año en año creciente contra ellos, ni contra los rigores oficiales; y la persecución contra los moros tampoco debía, por tanto, hacerse esperar. No fué, pues, sino un paso más en tal camino la ordenanza de Sevilla de 12 de febrero de 1502, publicada en el raro Código intitulado *Las Prámticas del Reyno*, que vió la luz en Alcalá en 1528 (ordenanza que fué luego ley 4.^a, título 2.^o, libro 8.^o de la *Nueva Recopilación*), y en la cual se mandó ya salir de los reinos de Castilla y León á los moros de catorce años arriba y las moras de doce.

Suponía esta ley convertidos á todos los moros de Granada, por manera que su fin no parecía otro que el de evitar que se pervirtiesen los neófitos con el trato de los empedernidos; y era lo cierto que, desentendiéndose de la capitulación de Granada, en la cual estipularon textualmente nuestros Reyes dejar vivir á los moros rendidos, «para siempre jamás en su ley, sin consentir que se les quitasen sus mezquitas, ni sus torres, ni los almuenares (1),» tratábase ya de hacer cristianos á los vencidos moros; empresa fiada á dos Arzobispos inmortales, Fr. Hernando de Talavera y Fr. Francisco Jimé-

(1) Véanse estas Capitulaciones en Luis del Mármol Carvajal, *Del Rebelión y castigo de los moros de Granada*: Málaga, 1600, por Juan René. folios 22 y 24 vuelto.

nez de Cisneros. «Pero aquéllos (dice Mendoza con su gravedad ordinaria), gente dura, pertinaz, nuevamente conquistada, estuvieron recios,» y tomóse al fin concierto «que los renegados ó hijos de renegados (también autorizados á continuar siendo moros por las capitulaciones), tornasen á nuestra fe, y los demás quedasen en su ley por entonces (1).» Notable transacción con los principios hubo en la capitulación, sin duda alguna, y la hubo en el concierto de que habla Mendoza; pero no estaba lejano el día en que aquéllos prevaleciesen por entero.

Y era, señores, que hacia el ocaso del siglo décimoquinto y los albores del décimosexto, en el punto mismo de terminar España con la reconquista y la reunión de los antiguos reinos la lenta elaboración de su organismo político, el espíritu que había informado toda su evolución durante los siglos medios estaba condensado en una fórmula, según la cual necesariamente tenía que tomar dirección nueva su política, lo mismo con los moros que con los hebreos. Tal fórmula no era otra que la *Unidad religiosa*. Comenzó, pues, á desaparecer entonces de los ánimos, aunque por algún tiempo aún se conservase en los hechos, aquel tradicional espíritu de contemporización y tolerancia que había dictado la ley 2.^a del título 24 de la Partida 7.^a, «la cual prohibía que se intentase hacerles creer en nuestra fe á los moros por fuerza ó por premia;» así como tantos preceptos libertadistas de las capitulaciones y cartas pueblas, redactadas en los siglos medios (2). Ostentóse todavía sin escrú-

(1) *Guerra de Granada*, por Diego Hurtado de Mendoza, pág. 40 de la edición de Monfort en Valencia.

(2) Contiene notables documentos de esta especie la colección diplomática unida á la *Memoria sobre la condición de los moriscos de España*, por D. Florencio Janer, que premió la Real Academia de la Historia.

pulos la tolerancia religiosa, no sólo en el tratado solemne, bajo cuyas cláusulas se rindió Granada, como se ha visto, sino también en la ley foral de Valencia dictada en 1510 por el mismo D. Fernando el Católico, que lleva esta rúbrica expresiva: «Quels Moros non sien fets Chrestians per forza (1).» Y por cierto que nada prueba tanto como esta ley, dictada años después de la dura pragmática de Castilla de que he hecho mención antes, lo que va del absolutismo teórico á la práctica en todo gobierno digno de serlo. Si hubiera habido entonces periódicos, no habría faltado alguno que supusiese discordes á los dos supremos gobernantes, el Rey Católico y la Reina Católica, observando de qué distinta suerte eran tratados en una y otra Corona los moros. Pero la verdad era que, aunque informados de un propio espíritu, procuraban, como es de razón, amoldar su ideal político á las circunstancias; y que, bien que desearan la unidad religiosa de la Península, preferían pecar de ilógicos que de temerarios, y temían menos pasar por inconsecuentes que por insensibles al bien del Estado.

Contemplando de todas suertes la evidente diferencia de los tiempos, viéñense sin querer al pensamiento, porque ellos como nadie la determinan y señalan, dos Arzobispos de Toledo, casi iguales en apellido y mérito: Jiménez de Cisneros el uno, de quien acabo de hablar, y el otro Jiménez de Rada, autor del libro inmortal *De Rebus Hispaniæ*. Todos, sin duda, sabéis hasta qué punto suenan á alabanza las frases con que este verídico historiador refiere que el gran conquistador de Toledo se

(1) *Fori Regni Valentiae*, segunda parte.—*In extravaganti*, fol. 73: 1547 y 1548, por Juan de Mey.

revolvió airado contra su propia mujer, el nuevo prelado y toda la población cristiana, porque en su ausencia habían violado las capitulaciones al convertir en Catedral la Mezquita mayor, prefiriendo á los impulsos de su piedad la fe jurada. Bien sé yo que la moderna crítica niega este hecho, aunque páginas por tal mano escritas sea difícilísimo borrarlas de la historia; mas poco importa. Lo que hay que calcular es si Cisneros hubiera referido, con iguales palabras, aquella acción en sus Reyes, y tratándose de Granada. ¡Cuán lejos de ello hubieran estado, no tan sólo Cisneros, sino los demás prelados y los Reyes Católicos! El único que no dejaría de ser en Toledo lo mismo que en Granada, sería el pueblo cristiano. Á él no llegó nunca probablemente el espíritu de transacción que informaba la conducta de sus gobernantes y de sus pastores mismos, hombres prácticos, por necesidad, durante los largos siglos en que la total reconquista estuvo aplazada, si no indecisa. No bien se realizó enteramente, fué cuando á todos por igual les pesaron las contemplaciones, haciendo la victoria unos á gobernantes ó gobernados, y á ovejas ó pastores. Lo que algunos apellidan la intolerancia, y llaman con más exactitud otros el principio de la unidad religiosa, acabó así de señorearse, por último, del espíritu de nuestra nación con incontrastable imperio; pero arrancando, como queda visto, de muy diversos orígenes que ha solido suponerse generalmente.

Inútil es, pues, que historiadores ligeros se esfuerquen por establecer infundadas diferencias: tan partidaria de la unidad religiosa, y por consiguiente de la intolerancia, fué al fin Isabel la Católica, como Felipe II, ó más, y tanto ó más al cabo, Carlos V que Felipe III. Ni los mo-

nárca fueron más que ejecutores de la voluntad individual de sus súbditos, de tal suerte concordes en la materia, que por raro caso se ofreció entonces la apariencia, ya que la realidad no pueda ser, de una voluntad común ó nacional. Precisamente de un acto popular se derivó al fin y al cabo la gran dificultad teológica, que hubo ya en el siglo xvi, para tolerar el libre ejercicio de su religión á los moros de Valencia, como ordenó la ley de D. Fernando el Católico, y como verdaderamente desearon aún sus sucesores por prudencia política.

Fué para mí, señores, el movimiento de las comunidades y germanías no sólo popular, sino democrático. Lo propio en Valencia que en Castilla, se deslindaron al fin los campos, en un principio confundidos, por lo heterogéneo de las causas que produjeron la revolución, y lucharon de poder á poder los populares y los caballeros, ó sea los ricos y los pobres; que aquéllos no eran, en realidad, sino los ricos de entonces, distinguiéndose sólo de los que se hacen ricos ahora, en que sus fortunas, si eran cristianos viejos, no procedían del comercio ó las artes pacíficas, sino del botín y de los repartimientos de tierras y vasallos después de la victoria. Ni por otra razón, sin duda, se llamaron los primeros Grandes Ricos—hombres (1). No es propicia ocasión ésta

(1). Tal es la opinión de uno de los primeros que han definido las voces castellanas, el insigne Alejo Venegas, en su libro intitulado *Breve declaración de las sentencias y vocablos oscuros que en el libro del Tránsito de la Muerte se hallan*, impreso en 1543. Dice así: «Primeramente sepan que este nombre hidalgo no quiere decir hijo de algo; lo cual, como pensó el vulgo, osó derivar de ahí hija-dalgo. Mas es un nombre compuesto de este verbo *fit*, que en latín quiere decir ser estimado; y de este ablativo *aliquo*: que quiere decir en algo. Luego tanto querrá decir hidalgo como *fit-aliquo*: hombre ó mujer que es estimado en algo; que *facio* en latín, entre otras significaciones, quiere decir estimar. Y porque el vulgo suele

que para ser una semejante afirmación, si por ventura se llegase a exponer, puesto que de los comuneros de Valencia ha de tratar forzosamente, que según cuenta el historiador Juan de Molina en la *Epistola Prohemística* que precede á su traducción de Apiano Alejandrino, «los mas de los vecinos de Valencia que siguieron al almirante D. Rodrigo de Mendoza contra los comuneros, en un estado en la pelea se decian: «volvámonos y desarmémos los caballeros.» Como de estos hechos podría sacar muchos, que a la par con los libros y papeles de los libros por las comunidades de Castilla, harian dificultad para creer ni aserros. Muy infundada es, pues, la pretension de los que para ennoblecer teorías falsas en todo tiempo, las ennoblecen con el título de modernas. Lo que Aristóteles escribió ya de las revoluciones griegas, es, mismo, sin discrepar un ápice, se volvió á ver en tiempo de las comunidades en Castilla y Valencia. Toda una vez, por cualquiera causa, el freno indispensable de la autoridad pública, sueltanse le seguía los latidos ciegos, y, en regalo de los individuos a sus pasio-

nes, se les daba, en el por eso de él, no hizo nada. El cual, como se ve en los sucesos, era el que se ve en los sucesos, como se ve en los sucesos. De natura que la revolución no se podía hacer, como se ve en los sucesos, como se ve en los sucesos. Pagan, se ve en los sucesos, como se ve en los sucesos.

En el mes de agosto de 1520, se celebró en Valencia una junta de los comuneros de Castilla y Aragón, en la que se acordó que se enviara una diputación a Madrid para que se comunicara con el Rey y se acordara lo que conviniere.

En el mes de agosto de 1520, se celebró en Valencia una junta de los comuneros de Castilla y Aragón, en la que se acordó que se enviara una diputación a Madrid para que se comunicara con el Rey y se acordara lo que conviniere. La junta de los comuneros de Valencia se celebró en el mes de agosto de 1520, en la que se acordó que se enviara una diputación a Madrid para que se comunicara con el Rey y se acordara lo que conviniere. La junta de los comuneros de Valencia se celebró en el mes de agosto de 1520, en la que se acordó que se enviara una diputación a Madrid para que se comunicara con el Rey y se acordara lo que conviniere.

nes encontradas ó contradictorios intereses, despéñanse irremediabilmente en la anarquía.

Si tal estado de cosas, que por ser contra naturaleza no es durable felizmente, causa males grandísimos á los que lo experimentan, no deja, en cambio, de ofrecer su provecho á la historia. Así como en el cadáver el escalpelo, fácilmente descubre la crítica en un pueblo entregado á la anarquía cuanto fundamental ó accidentalmente encierra en sus entrañas. Por eso, Señores, la anarquía en que estuvo Valencia, merced á las facciones capitaneadas por Vicente Pérez y el *Encubierto*, que venían á ser el Padilla y el Juan Bravo de allí, puso bien de manifiesto los verdaderos sentimientos de aquel pueblo, resultando de tal experiencia que era el odio á los moriscos el más vivo de ellos.

No se contentaron con saquear y maltratar personalmente á los moriscos los comuneros, que, llenos de mayor celo religioso que hasta allí había habido, tomaron la violenta resolución de bautizarlos por fuerza. La prueba de que medida tal excedía á cuanto el celo de los eclesiásticos más enemigos de los moriscos, y más partidarios de la expulsión, hubiera osado pretender, la da al referirla el exaltadísimo Fonseca: «No dejaré yo (dice) de censurar el hecho del pueblo amotinado, aunque acompañado de algún buen celo, por precipitado y temerario, principalmente leyendo en San Bernardo, y en caso semejante estas palabras: *aprobamos el celo, pero no persuadimos el hecho*; porque no se ha de hacer fuerza para recibir la fe que sólo se ha de persuadir (1).» Y esto que Fonseca escribió á raíz de la expulsión de los

(1) *Justa expulsión de los moriscos de España*, etc. En Roma, por Jacomo Moscardo, 1642. Pág. 375.

moriscos, díjolo ya antes, tratándose de los judíos, Juan de Mariana. Mas lo cierto fué, sin embargo, que, vencidos los facciosos, hallóse empeñado Carlos V, á causa del tal bautizo, en una de esas extrañas y casi insolubles dificultades prácticas, que siempre dejan tras sí las revoluciones.

No tomó el grande Emperador resolución alguna sin consultar, según dice él mismo en su Cédula de 4 de abril de 1525, á los Consejos de Castilla, del Imperio, de la Inquisición y á algunos Obispos, pidiéndoles, muy especialmente, que mirasen y examinasen si los bautizados con aquella violencia eran verdaderamente cristianos. Pero «vistas por los Consejos (dice textualmente la Real Cédula) las informaciones y los pareceres acerca de ello, teniendo delante los ojos á Dios, unánimes y conformes declararon que los moros bautizados en aquella forma eran y debían ser reputados por cristianos, por cuanto al recibir el bautismo estaban en su juicio natural, y no beodos ni locos, y quisieron de su voluntad recibirle, y por tales los declarasen.» Semejante sentencia transformó súbitamente en apóstatas, de infieles por convertir que hasta allí eran, á todos los moros valencianos, porque excusado parece decir que los bautizados á la fuerza por los comuneros continuaban siendo tan moros como antes. Carlos V, desligado por el Papa Clemente VII de los juramentos prestados por sus antecesores á las capitulaciones en que se otorgara el libre ejercicio de su religión á los moros, trató ya de expulsar, en vista de tal situación, á los de Aragón, Cataluña y Valencia; pero aquel primer proyectó, poco maduro aún, no pasó adelante. Sometióseles luego á la Inquisición, como apóstatas; mas Bleda, y el portugués

Fonseca, demuestran que sólo por el bien parecer: Nunca llegó á ser grande la severidad del Santo Oficio con ellos, distando muchísimo de la que á la sazón ejercitaba contra luteranos y hebreos; que la realidad se impone siempre en la vida hasta á los que más la desconocen, y la realidad era que aquéllos supuestos cristianos no eran sino moros por convertir todavía. De todos modos, grande debió de ser la decepción de los moriscos que habían peleado contra los comuneros bajo las banderas de sus señores, al ver que el violento decreto de los vencidos se confirmaba y daba por válido contra ellos, que se contaban entre los vencedores. Por otra parte, las desventajas de su nueva condición eran patentes, por más que se fundase el cambio en incontestables razones teológicas; y después de aquel inopinado arranque de piedad de los demócratas comuneros, toda solución pacífica era un sueño, todo remedio resultó ineficaz, bien que se buscasen con maravillosa paciencia y constancia por largo tiempo.

En resumen: la cuestión vino á ser de fuerza, y no más. Como tal se planteó en 1569 y 70 en las Alpujarras con verdadera y prolongada guerra, mientras que en las costas, y en los lugares mismos de Aragón y Valencia, todo fué ya en adelante discordia, todo crímenes y venganzas. Sacados luego de sus casas millares de los vencidos granadinos y repartidos por la Península, logróse evitar así una nueva rebelión en las Alpujarras; pero el renovado fanatismo musulmíco de aquella gente, y su mal apagado furor guerrero, se derramaron en cambio por todas partes, despertando los amortiguados bríos de los demás moriscos, y prestándoles el coraje que les faltaba para defenderse y ofender en la lucha que, más ó menos

latente, por donde quiera existía ya entre cristianos viejos y nuevos: La cólera es consejera de imposibles, y ella, sin duda, inspiró á los moriscos la idea de entenderse con nuestros enemigos para abrirles las puertas de la Península. Que algunos de éstos les dieron oído es indudable, y todavía más' los cristianos que los propios musulmanes (4); pero el peligro no llegó á ser grande, antes bien los moriscos granadinos aprendieron á su costa lo mucho que va de las buenas palabras á los eficaces propósitos, por la conducta que con ellos observaron sus hermanos de Constantinopla y Fez, y los mismos de Berbería durante la guerra. La mala intención era, sin embargo, evidente; y el escándalo, la zozobra de la nación y de sus políticos se concibe que no fueran leyes. Lo que Carlos V, y aun Felipe II, podían afrontar sin miedo, compréndese fácilmente que alarmara á otros gobernantes menos confiados, y con razón, en sus fuerzas. Todo, pues, contribuyó á un tiempo para que los moriscos llegasen á ser al fin la mayor de las preocupaciones nacionales.

Por mucha parte que diera en este discurso á la historia de la expulsión, fuérame imposible seguirla paso á paso. Saltando, pues, por encima de muchos importantes incidentes, llego ya á los sucesos que inmediatamente la precedieron. Ordenóse, después de domados los granadinos, el desarme general de los moriscos de Aragón y Valencia, á los cuales no dejaron de hallárseles bastantes armas, probablemente preparadas para el in-

(4) De estas conspiraciones de los moriscos habla con más datos y más acierto que en otras cosas, el Conde Alberto de Circourt, *Histoire des Morisques Mudejares et des Morisques*: París, 1846.—Véase desde la pág. 470 del tomo III en adelante.

tento, que no osaron al fin cumplir, de secundar la rebelión. Tratóse á la par, y con más ardor que nunca entonces, de convertirlos por la persuasión á nuestra fe, pero siempre en vano; ahora por la repugnancia de los moriscos, ahora por el desaliento de los catequistas, totalmente convencidos ya de la inutilidad de sus esfuerzos, según se colige de las cartas del Patriarca y Arzobispo Ribera, así como de los libros de Bleda, Fonseca y Guadalajara, celosísimos predicadores, al mismo tiempo que escritores diligentes, los dos primeros, y tan sabio teólogo como historiador, el último. Proyectáronse tratos y conciertos por medio de conferencias entre los principales y más doctos de los moriscos y cierto número de prudentes teólogos, con no mayor fruto. Los más refractarios de nuestros políticos á la idea de la expulsión, comenzaron, por tanto, á persuadirse de que, voluntaria ó forzosa, la salida de los moriscos de la Península era inevitable. Esto es lo que palpablemente se ve, registrando los papeles de Simancas, que examinó ya en parte D. Modesto Lafuente, y que yo he tenido á mano.

Por eso el Consejo de Estado, verdadero Ministerio ó Gabinete de aquella época, se dirigió ya en 1588 á Felipe II, manifestándole espontáneamente el peligro de «que los reinos de Aragón, Valencia y Castilla estuviesen cuajados y rodeados de tantos enemigos domésticos como había cristianos nuevos.» Á consecuencia quizá de tal consulta, convocó el Rey en 19 de septiembre del mismo año una junta, de la cual formaron parte el Duque de Alba, Rodrigo Vázquez, el Conde de Chinchón, D. Juan de Idiáquez y su confesor, para que el asunto se tratase. «Habiéndose visto (dice acerca de esta reunión un extenso Apuntamiento que hay en Simancas) todos

los papeles tocantes á los moriscos de España; habiendo platicado mucho sobre ello, se resolvieron que como cosa tan importante y necesaria, se debían sacar con toda brevedad los moriscos de Valencia, sin tocar por entonces á los de Aragón y Castilla, alegándose contra los primeros su proximidad á la marina, y tomándose lenguas de los demás, para saber si conspiraban á la sazón contra la seguridad del Estado (1).» Cuatro días después volvió la propia Junta á reunirse, y aconsejó al Rey que avisase en secreto á los de más confianza que tuviese, entre los barones y señores de Valencia, lo que se trataba, demostrándoles que su propia seguridad obligaba á decretar la expulsión. Pero sobre una ni otra consulta recayó resolución. Limitóse Felipe II á oír, callar y meditar sin decidir nada al pronto, que era lo que de ordinario acostumbraba. No abandonó, sin embargo, el Consejo la demanda. En 1589 volvió á pedir que se tratase en general la cuestión, y en 1590 propuso concretamente que se sacase á los moriscos de los lugares que habitaban en el riñón de España, prefiriendo que los granadinos volviesen á sus tierras á que continuasen esparcidos por las otras provincias. Era entonces el tiempo de las alteraciones de Aragón, que tanto preocuparon á Felipe II, y hasta las deliberaciones mismas y las consultas se fueron aplazando. No se trató más del asunto con calor hasta 1595; pero desde el 12 de marzo de dicho año hasta 5 de enero de 1600, no se dejó ya, en cambio, de la mano, sin que se note diferencia entre el tiempo que todavía vivió Felipe II y el de su hijo.

Formáronse á un tiempo Juntas en Valencia y Ma-

(1) Archivo general de Simancas. Secretaría de Estado, leg. núm. 212.

drid; multiplicáronse las consultas y las informaciones teológicas y políticas; pidiéronse aún Breves á Roma para absolver á los moriscos de los delitos de apostasía y herejía, y para que pudieran dispensar los Obispos á los que se hubiesen casado en grados prohibidos; se ordenaron rogativas por la conversión de los pertinaces y la instrucción de los recién convertidos; se tomaron eficaces determinaciones para construir ó reedificar iglesias y adornarlas de suerte que movieran á devoción, así como para aumentar y mejorar el clero de Valencia, aunque fuese con extranjeros, fundar seminarios, erigir nuevas rectorías, y dividir las parroquias que tenían anejos distantes: procuróse facilitar, en fin, por todos caminos el culto, la instrucción y el catequismo. En el entretanto, quedó resuelto, á 5 de mayo de 1595, que, «sin embargo de lo acordado anteriormente, no se sacasen de Valencia los moriscos granadinos, tagarinos y otros del reino de Castilla, porque sería ocasión de alterarse los demás; y que tampoco se desterrasen á los que estaban conocidos y diputados por alfaquíes, y otros que, habiéndose criado en el colegio de Valencia, se habían vuelto á vivir entre los suyos, hasta ver cómo recibían la instrucción y doctrina que se les mandaba de nuevo dar y ver cómo usaban de ella en adelante.» Todo lo cual era, como claramente se advierte, intentar un postrer esfuerzo que, si tampoco daba resultados, necesariamente había de arrimar á la expulsión los pareceres de todos.

Y con efecto, Señores: en 30 de enero y 2 de febrero de 1599, no bien comenzaba á reinar Felipe III, la cólera de nuestros Consejeros de Estado y demás Ministros, seculares y eclesiásticos, que en el negocio entendían,

pareció llegada á su colmo, vista la ineficacia de las nuevas concesiones y contemplaciones. Llegóse á proponer al Rey entonces que mandase dividir á todos los moriscos en tres clases: la primera de los que tuviesen entre quince y sesenta años, para ser todos destinados á galeras, confiscándoseles los bienes; la segunda de los que alcanzaran más de aquella edad y las mujeres, para que fuesen á Berbería; la tercera de todos los niños, los cuales habían de destinarse á ser educados sin sus padres en seminarios católicos. Ni tal rigor se quería para los moriscos rebeldes únicamente, que aun los más sumisos debían ser repartidos, según el plan, por el reino, de manera que sólo hubiese una casa de ellos entre cincuenta de cristianos viejos, prohibiéndoles además todo comercio y tragnería, y hasta que saliesen de sus casas de noche.

Pero lejos de seguirse tan despiadado consejo, Felipe III, á ejemplo de su padre, continuó por bastante tiempo inclinado á la blandura y paciencia; lo cual despertó de nuevo el espíritu de transacción en sus Ministros y Consejeros. Sabido es el ardiente celo con que el Arzobispo de Valencia, D. Juan de Ribera, procuró la conversión primero y luego la expulsión. Pues, entrado ya el año de 1600, debió de saber con dolor que se había consultado al Rey que mandara recoger los librillos y edictos que, como prelado, solía escribir y repartir, porque «se entendía que eran causa de recelo y de inquietud para los moriscos.» Por aquel propio tiempo se ordenó, *por quien podía*, al P. Bleda, según dice él mismo, que borrarse de su obra sobre los *Milagros del Santísimo Sacramento*, las palabras con que advertía que los moriscos no lo reverenciaban ni adoraban (*). Como

(*) *Crónica de los Moros*, pág. 885.

si tanta moderación y espíritu de transacción no fuera bastante, consultóse aún al Rey que se prolongaran más y más los plazos de los indultos, por apostasías y herejías; y no faltó persona de cuenta que opinara por que no se bautizase más á los niños moriscos hasta que tuviesen de diez á doce años, dándoles á optar después entre el bautismo ó el destierro, con el fin de que no fueran cristianos apóstatas, como sin culpa, desde el forzoso bautizo de los comuneros, teológica y jurídicamente lo venían siendo (1). Fué entonces cuando el espíritu de transacción llegó en realidad á su apogeo: de allí adelante, por todas partes combatido, declinó ya rápidamente.

Todo cuanto inmediatamente precedió á la expulsión está de tal suerte detallado en las historias particulares que, no sólo fuera importuno, sino inútil decirlo. Á medida que la crisis se acercaba, más viva era, por fuerza, la lucha entre los que por religión y convicción solici- taban que se expulsase á los moriscos, y los que se opo- nían á tan grave medida por razón de Estado, cuyo nú- mero iba naturalmente disminuyendo al compás que crecía el de sus adversarios. Bleda que, años después de triunfante, todavía recordaba aquella lucha con vivo enojo, atribuía la tenacidad de sus contradictores á mis- terioso influjo del Sacramento que tenían los moriscos recibido, aunque por fuerza (2). Pero naturalmente no hubo otro influjo favorable á los moriscos que el de la Razón de Estado. Ella dictó sin duda el Real Mandato que los Obispos recibieron, y, aunque no sin escrúpulos,

(1) Está todo esto tomado de la colección de *Papeles que se vieron en el Consejo de Estado á 30 de enero de 1608* sobre la expulsión de los moris- cos, Apuntamiento curiosísimo de su proceso, que existe en el Archivo ge- neral de Simancas. Secretaría de Estado, leg. 212 ya citado.

(2) *Crónica de los Moros*, pág. 881 y siguientes.

cumplieron de no tratar nada de moriscos con el Papa, limitándose á dar cuenta de cuanto se les ocurriese á la Junta que trataba en Madrid el asunto. Formada ésia en su mayor parte de hombres legos y casados, como Bleda advierte, por más que tuvieran otras prendas, concibense los escrúpulos, y más bien sorprende la obediencia, tratándose tantas veces de materias puramente espirituales.

Lo que más exasperaba á los partidarios ardientes de la expulsión era ver que hasta el último instante se ostentasen protectores suyos sujetos de mucha religión é importancia: por ejemplo, el Conde de Orgaz en Madrid, y un Monseñor Quesada, Canónigo de Guadix y refrendario del Papa en Roma. Ásperamente censuró tanta indulgencia Bleda, que llegó á merecer el titulo de cuchillo de los moriscos, porque al propio Arzobispo Ribera excedía en vehemencia, cuando en Roma se consintió al fin en oírle sobre la materia. No quería el Papa traer complicaciones al Rey de España; y aunque naturalmente inclinado á la expulsión, condescendía con la Razón de Estado que nuestros políticos invocaban para no decretarla. Bleda no desmayó por eso un punto, y pública y jurídicamente los denunció ya al Papa como apóstatas y herejes en 1608; no debiendo haber tenido poca parte en que al fin se aconsejase allí resueltamente la expulsión. Divertida sería, en verdad, la exposición de las diferencias literarias que sobre sus respectivos méritos tuvieron Bleda y Fonseca, acusando respetuosísimamente, por su menor categoría, pero no sin cólera, el primero al segundo de plagiarlo; pero estaría muy fuera de lugar que con eso ocupase vuestra atención. Lo cierto es que Fonseca estuvo también en Roma

y ayudó á la expulsión cuanto pudo. Sin embargo, en 1605, y después de los repetidos Edictos de gracia, dados á instancia de nuestra corte, todavía escribió Paulo V al Arzobispo Ribera primero, y luego á los demás Prelados, recomendándoles la instrucción de los moriscos, de que ya todos desesperaban. Sobre esto mismo deliberó aún la Junta de Prelados reunida en Valencia á 22 de noviembre de 1608, que duró cuatro meses. Pero ya para entonces, así Felipe III como Lerma, estaban, sin duda, resueltos al remedio heroico que se tomó poco después.

Púsose la última deliberación en manos de la llamada *Junta de tres*, compuesta del Comendador Mayor, del Conde de Miranda y del P. Confesor Fr. Jerónimo Javierre. La consulta elevada por esta Junta al Rey en 29 de octubre de 1607 ⁽¹⁾, fué como el proemio de la del Consejo de Estado de 4 de abril de 1609 ⁽²⁾, sobre la cual recayó el decreto de expulsión. Votóla aquel día el Comendador Mayor de León, hombre prudentísimo que la había resistido por mucho tiempo; votóla el Marqués de Velada, de grande experiencia en los negocios de paz y guerra; votáronla el Cardenal de Toledo, el Condestable de Castilla, el Duque del Infantado, el Conde de Alba de Liste; y no hay para qué decir que también el Duque de Lerma. Todas las disposiciones para llevarla á término se discutieron y consultaron inmediatamente después por el Consejo de Estado; y luego al punto se puso manos á la obra, con toda la reserva posible al principio, aunque no tanta que antes de estallar el trueno, no se viese claramente la luz del relámpago.

(1) Archivo general de Simancas. Estado Castilla, leg. núm. 208.

(2) Ibidem, leg. 208.

Las consecuencias son ya, Señores, bien conocidas; pero dudo que estén bien medidas y juzgadas. Habéis visto cómo las palabras de Escolano sonaron pronto á arrepentimiento; y los que más ardientemente pedían la expulsión, la víspera de ser decretada, sin duda serían los primeros en rendirse á él, como se ve de ordinario. No tardó mucho el político Navarrete en censurar el hecho, renovando la pretensión de que con mejores tratos se habrían convertido los moriscos en buenos cristianos y españoles; y lo que él tuvo valor bastante para imprimir, pasó al fin á ser como un axioma de nuestros economistas, ó arbitristas posteriores. En el entretanto, esta Europa cristiana, que apenas puede soportar hoy el rezo musulmíco en los confines del Asia, criticaba acerbamente por boca de sus hombres de Estado, de sus economistas é historiadores, el caso mucho menos singular de que los españoles no quisieran seguir habitando con gentes á quienes, según dijo Luis del Mármol, les faltaba la fe y les sobraba el bautismo; «que continuaban haciendo sus abluciones y la *zala* los viernes, á puerta cerrada, mientras que los domingos y días de fiesta se encerraban, en cambio, á trabajar; llegando hasta lavar á sus hijos con agua caliente, después del bautismo, para quitarles la crisma y el olio santo del Sacramento (1).» Y siendo, en suma, tan enemigos como cuando se les conquistó, al comenzar el siglo decimoséptimo, ¿no debemos creer que lo mismo que entonces se les habría encontrado treinta años después?

Pues recordad, Señores, la tremenda crisis por que en 1640 pasó España. Sublevado, y al fin separado Portugal; invadido y perdido el Rosellón; anexionada, aun-

(1) *Del rebelión y castigo de los moriscos*, fol. 32 vuelto.

que temporalmente, Cataluña á la Francia; frecuentemente embestidas sus colonias inmensas, y, con la ruina de sus escuadras, acosado de piratas su comercio en todos los mares; luchando sin fortuna, aunque no sin gloria, en Italia y Flandes, por mantener su posición en el mundo, quizá ningún pueblo se haya vistó cercado de mayores peligros jamás. Aquella corte tan criticada, aquellos Ministros tan odiosos, aquella generación tan calumniada, hicieron algo, que no todas las Cortes, Ministros y pueblos han hecho siempre en parecidas circunstancias. Pero notorio es que hubo momentos en que la total ruina de la nación parecía inevitable. ¿Y qué habría sucedido entonces, si una insurrección general de moriscos, principalmente en Aragón y Valencia, hubiera estallado al calor de las otras, por los propios días en que, merced á la conquista del Rosellón y la alianza de los rebelados catalanes, casi tocaban al Ebro las armas francesas? Á falta de altas y nobles condiciones de carácter, tenía Lerma una prudencia grandísima; y toda su política da á entender que no ignoraba lo mucho que había de artificial é inconsistente en nuestra grandeza. No es, pues, infundada la sospecha de que aquel Ministro adoptase con profunda intención política una medida que, de no adoptarse, habría dado lugar, probablemente, á mayores males que dió la expulsión.

Pudiera iniciar España su verdadera constitución nacional con distinta política; pudiera no haberse dejado poseer del amor á la unidad religiosa, hasta el punto de querer ya expeler á los declarados mahometanos, no bien enjuta la tinta, como los moriscos decían, con que se escribió la capitulación de Granada (1); más fácilmente

(1) Véase para esta frase, y toda esta materia, el cap. IX, libro segun-

te pudieran aún algunos de sus hijos, y señaladamente los demócratas comuneros, excusar la gran violencia del bautismo forzoso; pudieran, en fin, los gloriosos conquistadores de Granada y descubridores de América, no fundar la Inquisición, ó aceptar por entero, después de fundada, la palmaria inconsecuencia de quemar sin misericordia á unos herejes y apóstatas, y consentir que otros apóstatas y herejes viviesen libremente bajo su imperio: todo esto se concibe al cabo y al fin; pero de antecedentes tan opuestos como ofrecía en 1609 nuestra historia, difícil sería deducir, aunque enmudecieran los hechos, que debiese conservar España una genté que, á pesar de su literatura aljamiada y de sus costumbres en parte castellanas, hubiera quizá llegado á este siglo tan mahometana, ó poco menos, como en los días de la expulsión.

Ni hay que formar opuestos cálculos, fundándose en las conversiones lentas, pero ciertas, que debieron de operarse en los moros mudéjares durante los siglos medios. Entonces quedaban todavía tierras de moros en la Península, y cuando era un reino de ellos conquistado, los más guerreros, los más sabios, los más discretos, los que en toda raza y pueblo forman el espíritu y llevan la voz, emigraban indudablemente al otro lado de la nueva frontera, dejando sólo con nuestros padres á los más pobres, á los más dóciles, á los fáciles, en fin, de asimilar, convertir ó exterminar poco á poco. Ni pudo ser otra la causa de que se ostentase en Granada la morisma mucho más inteligente, culta, valerosa y soberbia que en ninguno otro de los reinos moros, anterior-

do de la obra de Luis del Mármol, que contiene la defensa y justificación de los moriscos.—*Del rebelión y castigo de los moriscos*, fol. 38.

mente conquistados. Concentróse allí, sin duda, la flor, la substancia del islamismo español; y es tan verdad esto; que los moros granadinos resistieron como ningunos, y desde los primeros tiempos de vasallaje, que se les sujetase á nuestras leyes, bien que ya no tuvieran apoyo alguno en la Península; sólo ellos se atrevieron al fin á emprender y mantener una larga guerra de independencia; y aun diseminados por el resto de España, como he dicho, ellos solos hicieron reverdecer el islamismo, hasta allí inerme y tímido, en Valencia, Aragón y Castilla.

Muy en otra situación que sus antepasados, los moriscos que hacia 1609 y 1610 quedaban en España, tenían cortada la retirada por el brazo de mar que nos separa de África; y aunque muchos pasasen allí voluntariamente, como refiere Haedo, y aunque otros muchos se alegrasen de pasar, al tiempo de la expulsión, según dicen nuestros historiadores, lo cierto es que los más preferían ser á un tiempo moros y españoles, viviendo donde habían nacido y como habían nacido, guardando á la par su patria y su fe. Proponíanse de este modo, y por razones plausibles, perseverar en una conducta que por otra parte los hacía incompatibles con nuestra nación, tal como estaba constituida entonces, y aun como lo está actualmente. ¿Qué remedio pacífico, suave, exento de daños; cabía, pues, en tal contradicción de miras é intereses?

Ninguno, Señores, me atrevo á decir; y pongo fin con este aserto á mi largo discurso. Las naciones, y todavía más sus gobiernos, deben considerar muy despacio las novedades que admiten é introducen en el cuerpo social, porque ellas tienen que dar á la larga sus consecuencias

lógicas; y, cuando las dan, no hay más desairado empeño que el de pretender sustraerse á ellas. Bien sé yo que no es fácil medir de un golpe, y desde muy de lejos, todo lo que han de engendrar los hechos que de presente se realizan; y aun por eso mismo, tantos conflictos y tantas revoluciones son históricamente inevitables. Pero han de tener valor y honrado criterio en tales casos, lo propio que los individuos las naciones, aceptando con viril resignación la responsabilidad de los errores; no de otra suerte que se aceptan con orgullo los aciertos, aunque procedan de instituciones y personas, no para todos simpáticas hoy.

Á la verdad, el mal de la expulsión no fué al fin y al cabo tan grande como después se ha dicho, dado que las partes en que había más moriscos se repoblaron bien pronto, y todavía son más ricas y están mejor cultivadas que otras muchas de la Península. Nada hay que se reponga tan pronto como la población, donde hay medios naturales, ó industriales, para que se alimente; y el sol y las acequias, obra en más parte que se piensa de cristianos, repararon insensible y bastante rápidamente los daños. Pero grandes ó pequeños, y más ó menos duraderos, no hay otro remedio, en fin, que dejar de achacárselos exclusivamente á Felipe III y su Ministro Lerma, que hartos pecados sin eso tienen. La responsabilidad será siempre de España, de generaciones enteras de españoles, de nosotros mismos; que no habíamos de heredar tan sólo las vanidades de Otumba, Pávía, San Quintín ó Lepanto, sino que con igual razón tenemos que recoger las censuras que merezca nuestra patria en la historia.

HE DICHO.

APÉNDICES AL DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. EDUARDO SAAVEDRA.

APÉNDICE I.

ÍNDICE GENERAL DE LA LITERATURA ALJAMIADA.

En el tiempo que ha mediado desde que acabé mi discurso hasta su impresión, he ordenado y completado las notas que tenía acerca de los escritos de los mudéjares y moriscos en lengua castellana, así en caracteres árabes, como en los latinos que comunmente usamos. En esta lista, que he llamado *Índice*, por considerar que no merece el título de Catálogo, van los manuscritos de las Bibliotecas públicas antes que los de las colecciones particulares, y en cada una según la numeración de sus signaturas. Cuando no se hace mención expresa de los caracteres, se entiende que son los arábigos.

Un Catálogo completo, razonado y sistemático, con un estudio de los originales árabes de cada libro, y extractos y análisis de su contenido, es obra que me han impedido, primero mis ocupaciones y después mi estado físico; pero confío que no faltará quien pueda emprenderla, si no alcanzo algún día la satisfacción de llevarla á cabo.

I.

Bib. Nac. de Madrid, D. 413.

El Alcorán abreviado y traducido en castellano. Año 1462.
Según el catálogo de mss. de Iriarte, existía este códice, es-

crito en caracteres latinos, junto con una copia del *Breviario çunni*, con el nombre de D. Yça Sedih (núms. II, III y LXXII); pero en el día no se halla. Se menciona, sin embargo, por si llegara á encontrarse en otra parte libro tan interesante, que debía contener el compendio usual del Alcorán, ó sean los pasajes que es costumbre leer en los açalaes ú oraciones públicas. Estos pasajes consisten en las *aleas* ó versículos más importantes de las *asoras* ó capítulos largos, y en los cortos íntegros que se hallan al final de todos. La composición ordinaria de este compendio es la siguiente, que se coloca aquí para no repetirla en los muchos lugares en que se ha de mencionar, sino en cuanto difera de ella: I; II, 1—4, 256-259; 284—286; III, 1—4, 16, mitad de la 17, 25, 26; IX, 129, 130; XXVI, 78—89; XXVIII, parte de la 88; XXX, 16—18; XXXIII, 40—43; XXXVI; LXVII; LXXVIII—CXIV.

II.

Bib. Nac. de Madrid, G. 438.

Un códice en folio, encuadernado en pergamino, bien conservado, letra de fines del siglo XVI.

«Breviario çunni ó cerimoniaario de la seta de Mahoma para conocer y qualificar las cerimonias de moros, compuesto por yça Jedih, moro de Segouia, año 1462.»

«Está puesto al fin del una Relacion sacada por el Sr. Inqui.^{or} doctor Çarate de las cerimonias que tienen los moros y de otros Ritos que tienen sacado todo del Alcoran de mahoma y de otras partes.»

La primera parte es un ejemplar, de los núms. III y LXXII, que perteneció primero al Dr. Martín Vázquez Siruela, Racionero de Sevilla; la segunda parte, dividida en otras dos, una relativa á los preceptos coránicos y otra á las costumbres, al lado de muchas cosas exactas contiene multitud de errores que manifiestan lo mal que el Dr. Zárate había estudiado la doctrina mahometana.

III.

Bib. Nac. de Madrid, Q. 493.

Un códice en 4.º, letra del siglo xvi, en caracteres latinos, maltratado. Empieza con este epígrafe:

«Este es un memorial y sumario de los principales mandamientos y debedamientos de nuestra santa ley y çunna.»

La subscripción dice:

«Cumpliósse este libro brebiario çunnique copilado por el onrrado sabidor don yçe de chébir, mufti, alfaquí mayor de los muçilimes de Castilla, alimén de la muy onrrada alchama de Segobia, en l'almazhid de la dicha çiudad, en el año de mil y quatrozientos y sesenta y dos. Conbengalo el Soberano en su santa gloria. Emin rabi ylalamine.» (V. los núms. II y LXXII.)

Al final, y después de la subscripción, van añadidos los siguientes capítulos:

«Capítulo 61. de las demandas de *muçe*.

Capítulo 62. de las demandas de los judíos.

Capítulo 63. del sueño del çalhe de túnez.

Capítulo 64. del Recontamiento del biejo de damasco.

Capítulo 65. del Regimiento de las doze lunas del año y de los dias alfadilossos, de dayuno y açaláes.

Capítulo 66. del Recontamiento del hijo de Omar con la judía.»

IV.

Bib. Nac. de Madrid, Aa. 468.

«Apología contra la ley cristiana.»

Un tomo en 8.º encuadernado á la morisca, primorosamente escrito en caracteres latinos, letra del siglo xvii.

Es un tratado contra los catorce artículos de la fe de la doctrina cristiana, escrito de orden de Muley Zaidán, por Mu-

hammad Alguazir. Sigue un corto tratado de los atributos de Dios, idéntico al del Cc. 170. (Núm. VI.) La letra es de la misma época y estilo é igual ortografía, pero de distinta mano.

En este ejemplar hay una cita árabe que quedó en blanco en el núm. VI.

V.

Bib. Nac. de Madrid, Cc. 469.

Un tomo en 4.º Falta la mitad de la primera hoja y algunas al fin: caracteres latinos.

«Comentación sobre un tratado que compuso ybrahim de bolfad, beçino de Arjel, çiego de la bista corporal y alumbrado de la del coraçon y entendimiento.»

Tiene por título en la guarda: «Exposicion de algunos pasajes del Alcoran, con unos versos castillanos, juntamente con el texto arábigo,» de letra de Casiri.

Su autor es sin duda el Refugiado en Túnez, autor del número LXXI; como se ve por el estilo, la ortografía de ambas lenguas y el pasaje del *libre albedrío*. La letra es idéntica.

VI.

Bib. Nac. de Madrid, Cc. 470.

«Explicacion de la ley mahometana por un anónimo.»

Un tomo en 4.º con 79 hojas, falto de la primera; pero no parece faltar nada del texto.

Caracteres latinos. Páginas recuadradas de negro.

Después de un prólogo, trata de los veinte atributos de Dios, y lo que es posible é imposible en su esencia; seguido de un tratado del açala con los alguados y atahores, acabando con los ayunos. Es exposición de la doctrina de Mélique, idéntica á la del núm. 7.º del Cc. 174 (núm. IX), aunque variado el orden de los capítulos y con alguna supresión.

Dentro del libro hay metida una página de otra copia de la misma letra, recuadrada de carmín y con epígrafes encarnados.

VII.

Bib. Nac. de Madrid, Cc. 474.

Suma teológica mahometana, principalmente según Abuhanifa.

Tratado muy detenido de los cinco artículos de la fe musulmíca, seguido de los pecados mortales, con citas de un romance morisco y dos sonetos de Lope de Vega. Es de la letra del Refugiado en Túnez (núm. LXXI) y escrito después de la expulsión.

Tiene por título en la guarda «Artículos de la ley mahometana y explicacion de ella en Castellano por un Anónimo.»

VIII.

Bib. Nac. de Madrid, Cc. 473.

Códice en 4.º, escrito con letras latinas, de principios del siglo xvii ó fines del xvi, con las páginas recuadradas, sin principio ni fin, falto de algunas hojas intermedias, con papel delgado; encuadernación árabe.

Es un paralelo y concordancia de las religiones cristiana, judaica y mahometana, fundado en textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres. Discute y compara diversas herejías, principalmente las arriana, ebionita y «luterana,» y á la «yglesia» católica la llama «papística.» Cita el *Antialcorán*, tal vez el que fué impreso en 1532, por Bernardo Pérez de Chinchón.

En la guarda dice «Apología contra la religion christiana.»

Esta obra pudiera ser la del Maestro de Teología Juan Alfonso, citada en Cc. 169 (núm. V), pág. 12 v., que constaba de más de cuarenta cuadernos.

IX.

Bib. Nac. de Madrid, Cc. 474

Códice en 8.º, con caracteres latinos, letra del siglo xvii; encuadernación en pergamino; adornos moriscos de tinta común.

Contiene:

1.º Un epígrafe que dice:

«Razon duerme
trayzion bela
Justizia falta
malizia Reina.»

2.º Explicación de las palabras «bizmi yllahi yRahmeni yRahim.»

3.º Explicación de las palabras «monafique, guachib, mosztahel, chaíz y El tacli.»

4.º Una corta invocación.

5.º «Hotba de la Pascua del annabi Muhamad *zalam.*»

6.º Cinco azoras del Alcorán (CIX, CXIV, CXIII, XCVII, XCIX), en árabe con caracteres latinos.

7.º Tratado de la doctrina mahometana según el rito de Mélique. Copia igual al Cc. 170 (núm. VI), aunque variado el orden de algunos capítulos.

8.º Explicación de las palabras «Alhandu lillahi guzalatú guazalem rrazulullahi.»

Á la vuelta, «El haude.—Es la balsa de nuestro alnabi.»

9.º «Declaracion de la palabra de laylaha ylalla muhamad rrazulu alla,» precedida de una invocación; con varios ejemplos del mancebo que salvó á su madre, de los dos pescadores, de los santos que recogían dinero, de la tela que no se acababa, etc.

10.º Breve reseña de las principales herejías musulmicas acerca de las relaciones entre Dios y el mundo.

11.º Historia abreviada de la doncella Arcayona, hija del rey Aljafre.

Á la vuelta las cuatro lenguas en que han sido reveladas las escrituras.

12.º Tratado de «lo qu' es forzoso y ynpusible en los profetas.»

13.º Excelencias de la palabra «laylaha ylalla muhamad razulu alla» (sin concluir).

14.º Historia de un profeta y una profetisa del tiempo de Mahoma.

Á la vuelta, efectos de las palabras «alhandu lillahi», en el estornudo y dolor de muelas.

15.º Sabiduría de Dios manifestada en la naturaleza. Trozo notable, en que se llama *moro* el autor.

16.º Discusión contra la divinidad de Cristo y contra la Trinidad.

17.º «Breve conclusion contra la Trinidad y el culto cristiano.»

18.º «Conclusion con que se aberigua la falsedad en la rrelijion cristiana con sus mesmos ebanjelios» (falta una hoja doble). Tiene la historia del *rey Jesús* que se sacrificó por *Eça*.

19.º Una fecha del año 1031 en que se acabó de escribir el libro.

20.º Un romance contra la religión cristiana, compuesto en 1031 según su contexto.

21.º Noticias de Yman el haramayni, Sayje abanabi chanbray, Zide abnuruste, Abubacre ybenu alarbi, y Cadada, ascendiente de los reyes de Granada.

22.º «Remedios devotos contra los sueños y el ojo.»

23.º «Romanze echo por Juan Alonso aragonés á la rrelijion yspana.»

El título de la guarda es «Diversas historias y apologia contra la Relijion Christiana y el Romance de Juan Alonso Aragonés.»

Debió escribirse en Túnez, porque de una medida que cita pone la equivalencia tunecina.

X.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 1.

Códice en folio mayor, esmeradamente escrito y muy bien conservado, excepto la encuadernación, que está muy deterio-

rada y es antigua: 340 hojas útiles y tres de la tabla: letra del siglo xvi. Cabezas de los capítulos iluminadas con adornos moriscos muy bien dibujados, que pueden servir de modelo en su género.

«Alquiteb de Samarcandi.»

Es traducción del libro titulado «Excitación á los descuidados,» compuesto por «Abulleit Naçar, hijo de Mohammad ibno Ibrahim, hijo de Alhatab Asamarcandio.» Este célebre jurisconsulto escribió muchas obras y vivió en el siglo iv de la hégira.

Ésta es la tabla de los capítulos, copiada por D. Pascual de Gayangos, y numerada para mayor claridad:

- Cap. 1. En el debdo del preicar; fol. 1.
2. En el apuramiento y en la ufana; 2.
 3. En el espanto de la muerte y su fortaleza; 9.
 4. En el aladeb de la fuesa; 14.
 5. En los espantos del dia del juicio; 20.
 6. En la senblança de los del fuego; 25.
 7. En la senblança de los del alchanna; 31.
 8. En lo que se a esperança en la piadad de Allah; 36.
 9. En mandar con las buenas obras y devedar lo malo; 40.
 10. En la rrepintencia; 45.
 11. Otro en la rrepintencia; 50.
 12. En el obedecer al padre y á la madre; 56.
 13. Otro en el obedecer al padre y á la madre.
 14. En el derecho del fijo sobre el padre; 60.
 15. En el apallegar los parientes de par de madre; 62.
 16. En el derecho del vecino; 65.
 17. Del pastoflo del bebedor del vino; 67.
 18. En el pastoflar el mentiroso; 72.
 19. En el trestallar á las gentes; 75.
 20. En el rrevolvedor malsine; 81.
 21. En la envidia; 84.
 22. En la grandia; 88.

23. En el recardear; 91.
24. De pastofiar el reir; 93.
25. En el paciguar la saña; 97.
26. En guardar la lengua; 102.
27. En la golosía y en la larga cobdicia; 106.
28. En la ibantalla de la pobreza; 109.
29. En desechar el mundo; 110.
30. En la sufrenia sobre el albalé; 121.
31. Del sufrir sobre las almocibas; 127.
32. En el alfadila del alguado; 131.
33. En los cinco açaláes; 134.
34. En el abantalle del pergüeno y el alicama; 142.
35. En los atahores y alinpiamientos; 147.
36. En el alfadila del alchomua; 148.
37. En la jornada á la meçquida; 151.
38. En el alfadila de la açadaca; 153.
39. De lo que es desviado del albalé al facedor açadaca; 157.
40. En el alfadila del mes de Arramadan; 160.
41. En el alfadila de los diez dias; 164.
42. En el alfadila del dia del axora; 166.
43. En el dayuno de gracia y en el dayuno del mes de Recheb; 168.
44. En la despensa sobre la familia; 171.
45. De cómo se deben tratar los cativos y sirvientes; 173.
46. En fazer bien á los güérfanos; 174.
47. En el aziné; 176.
48. En comer el logro; 179.
49. De lo que vino en los pecados; 181.
50. De lo que vino en las enjurias; 188.
51. En la piedad y buen deseo; 188.
52. En aber temor ad Allah taála; 191.
53. De lo que vino en el nombramiento de Allah taála; 195.
54. En la rrogaria; 198.

55. De lo que vino en el taçbihar; 201.
56. En el açala sobre el anabí; 202.
57. En lo que vino sobre la palabra de *la allaha ila alla-*
hu; 204.
58. En lo que vino en la ibantalla de leer el alcorán; 208.
59. En la ibantalla de la sabiduría; 211.
60. En el obrar con sabiduría; 215.
61. En la ibantalla de aconpañar con los sábios; 218.
62. En el agradecimiento; 221.
63. En la ibantalla del percaçar; 221.
64. En la tacha del percaçar y lo haram; 224.
65. En la ibantalla de dar á comer la bianda; 227.
66. Y las buenas costumbres; 229.
67. En la estribancia con Allah; 231.
68. En la linpieza; 234.
69. En aber vergüença; 237.
70. En obrar con enía; 239.
71. En el marabillar y presumir; 243.
72. En la ibantalla del alhach; 245.
73. En la ibantalla de la guerra y el fazer alchihed; 248.
74. En la ibantalla del mantener frontera; 250.
75. En la ibantalla del tirar y el cavalgar; 252.
76. En la dotrina de la guerra; 253.
77. En la ibantalla de mohamad; 254.
78. En el derecho que tiene el marido sobre su muger; 259.
79. En el derecho que tiene la muger sobre su marido; 260.
80. En adobar entre las gentes; 261.
81. En el meçclar con el rroy; 263.
82. En la ibantalla del enfermo; 266.
83. En la ibantalla del açala de gracia; 268.
84. En el cunplir el açala y el umillar en él; 270.
85. En las rrogarias y ataçbihes; 273.
86. En el buen tratamiento; 277.
87. En el obrar con la saña; 279.

88. En el entristecimiento sobre los fechos de la otra vida; 281.
89. De lo que fué dicho de cómo amanece el onbre; 283.
90. En pensar en tomar dexemplo; 286.
91. En el alhadiz de muçe; 290.
92. En las rraçones de Abi Darri ilgaferi; 299.
93. En el entrometer en la obediencia; 303.
94. En la enemigança del axaitan y en conocer sus engaños; 307.
95. En el contentar con el juzgo de Allah y su ordenamiento; 312.
96. En pédricas; 315.
97. De rracontaciones; 317.
98. En el alhadiz de Alidáchel el malo; 328.
99. De lo que vino en los dexadores del açala; 338.

XI.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 2.

Códice en folio mayor, muy bien escrito y conservado, encuadernado en pasta con cubierta ó tapa de piel á usanza oriental: 160 hojas útiles y dos de índice, que no llega más que al fol. 41. Letra del siglo xv. Iluminaciones y adornos menos perfectos que los del libro anterior, pero hechos con notable soltura.

«Alquiteb de la tafria,» por «Abulcacim Obeydalá ibn Alhocein ibn Chelab, Albaçrí Almeliquí.» Es traducción de la obra titulada «Ascensión á las cumbres,» que está dividida en los libros siguientes:

- 1.º El alquiteb del atahor; fol. 1.
- 2.º El alquiteb de los açaláes; 9.
- 3.º El alquiteb del azaque; 30.
- 4.º El alquiteb del dayuno; 40.
- 5.º El alquiteb de las alchaneças; 47.
- 6.º El alquiteb del alhache; 48.

- 7.º El alquiteb del alchihed; 63.
- 8.º El alquiteb de las promesas y juramentos; 65.
- 9.º El alquiteb de las adahéas; 70.
10. El alquiteb de las fadas; 71.
11. El alquiteb de la caça; 72.
12. El alquiteb de las degüellas; 73.
13. El alquiteb de las proviendas; 73.
14. El alquiteb de los brebajes; 74.
15. El alquiteb de los testamentos; 75.
16. El alquiteb del ahorrar y del en señorear; 78.
17. El alquiteb de ahorrar despues de dias; 81.
18. El alquiteb de fazer carta al cativo; 82.
19. El alquiteb de las madres de los fijos; 85.
20. El alquiteb de los matrimonios; 86.
21. El alquiteb del atalac y lo que le toca; 100.
22. El alquiteb de las vendidas; 114.
23. El alquiteb de las logaciones; 125.
24. El alquiteb de dar á media ganancia; 128.
25. El alquiteb de los juzgos; 132.
26. El alquiteb del enpeño; 137.
27. El alquiteb de las encomiendas; 139.
28. El alquiteb de lo perdido; 140.
29. El alquiteb de la fiança; 140.
30. El alquiteb de la procuracion; 146.
31. El alquiteb de las tenencias; 146.
32. El alquiteb de las açadacas y donaciones; 147.
33. El alquiteb de las sangres. 148.
34. El alquiteb de las sentencias; 152.
35. El alquiteb de las erencias y deudos; 155.
36. El alquiteb del alchami; 158.

XII.

Papel suelto, dentro del código Gg. 38 de la Bib. Nac. de Madrid, que es una carta de Mariam la Corça, mujer del alfaquí

Çapatero, al alfaquí Muçe Calavera, médico en Calatayud. Le describe una enfermedad y le pide remedio. Car. ar. letra del siglo xvi.

XIII.

Bib. Nac. de Madrid. Gg. 40.

Un tomo en 4.º encuadernado en pasta.

«Sumario de la rrelacion y exercicio espiritual, sacado y declarado por el manzebo de Arévalo en nuestra lengua castellana.»

«Y tambien se cuenta en él al fin la dicretanza çunal, y de qué manera se sirve y guarda en Macca (azzaha Allah) dentro del santo tiyabero por nuestro pedricador Mélic y sus dicretadores, sigun que le fué fecho á saber á este dicho manzebo por personas que an vesitado aquella santa casa.»

La nota de la tapa atribuye la letra al siglo xv; Gayangos á principios del xvi. El lenguaje es de mediados del siglo xvi.

El autor refiere sucesos que le acontecieron en vida del Rey Católico, y mucho después de la conquista de Granada y de las primeras rebeliones.

Hay algunas palabras traducidas al margen, de letra del siglo pasado. Las palabras árabes, en general, muy corrompidas.

XIV.

Hoja suelta dentro del código Gg. 40 de la Biblioteca Nacional, que contiene varios apuntes.

1.º Notas relativas á Ahmed de Valladolid y Mohamad de Torres y Doña Juana, en árabe.

2.º Recetas en árabe con los nombres de los ingredientes en castellano.

3.º Varios versículos latinos con su traducción castellana.

4.º Unos cortos pasajes en árabe.

5.º Una nota en árabe referente á Alí Rebollo.

6.º Un apunte relativo á los moros de Guadalajara.

XV.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 47.

Un códice en 4.º, de 251 hojas, buen papel y escritura esmerada. Contiene:

- 1.º Alcorán abreviado (V. núm. I) en árabe; fol. 1.º—Falta la primera hoja, en que estaría la azora I; hay un hueco correspondiente á la azora XXXVI por falta de la hoja compañera de aquella, y están intercalados en el
Fol. 11.—Un tema sobre la unidad de Dios; y en el
Fol. 16.—Una deprecación, el ataxhid y elalconut de aq̄bhi.
- 2.º «Las ocho cuestiones de Hatim Alaçem, Escolano de Xaquiç Albahlí;» fol. 45.
- 3.º «Los castigos del Alhaquim á su hijo;» fol. 51.
- 4.º Relación de lo que sucede en el sepulcro á quien observa ó abandona el azala; fol. 61.
- 5.º «Recontamiento muy bueno que contecié á partida de unos sábios çalibes;» fol. 66.
- 6.º Historia de Içe y del hijo de una vieja, sin principio, que debió estar en una hoja que falta, como falta asimismo el fin; fol. 77.
- 7.º «Alhadiz de Guara alhochoratí;» fol. 81.
- 8.º Fragmento de una historia de un médico con Alí; folio 112.
- 9.º Alhadiz de Ibrahim, cuando vió las maravillas á la orilla del mar; fol. 113.
- 10.º Un corto acto de fe; fol. 134.
- 11.º «Recontamiento de la doncella Carcayona, hija del rey Nachrab, con la paloma;» fol. 134.
- 12.º «El alhadiz de Silmen alferecié;» fol. 181.
- 13.º Unos conjuros muy mal escritos; fol. 195.

- 14.º «Rogaria contra la nube;» fol. 197.
 15.º «Recontamiento y alhadiç del castillo del Cuervo,» sin concluir; fol. 225.

XVI.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 48.

Un tomo en 4.º, letra de mediados ó fines del siglo xvi, con 129 hojas útiles. «Libro del rrecontamiento del rrey Alixandre.»

Es traducción de un original árabe que tenía 32 viñetas con su explicación debajo, de las cuales sólo esta explicación en árabe ha quedado en el códice. Conserva vocablos árabes al empezar muchas relaciones.

En la guarda hay una nota de distinta letra que señala la salida de la luna de Ramadán del año 1588.

D. Pascual de Gayangos ha publicado un trozo del principio en autografía al final de los *Principios elementales de la escritura arábica*: Madrid, 1861.

XVII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 54.

Un códice en 4.º, forrado de vaqueta, con 200 hojas útiles.

- 1.º En la guarda (fol. 1):
 «Memoria á mi Miguel de Zeyne de cómo merqué un macho de Granada, castaño oscuro á ocho de mayo, año de mil y quinientos y setenta y cuatro.»
 «Memoria de lo que doy á mi fija la mayor en vezes.»
 Á la vuelta un *allahomma*.
- 2.º Alcorán abreviado (V. núm. I) desde I á XXXVI inclusive; fol. 2.
- 3.º Una oración interlineada con su traducción de carmín; fol. 17.

- 4.º Un *atahietu* con su traducción interlineal encima, todo negro; fol. 22.
 «Tuvimos Pascua de Ramadán el çaguero de oitobér, y despues nació Alí de Pansa á diez y ocho de novienbre, año de mil y quinientos y ochenta y quatro, al candario de los cristianos erejes;» fol. 24.
 Luego un *alhamdu* repetido, y sigue:
- 5.º La parte cuarta y última del Alcorán, que comprende desde la azora XXXVIII hasta el fin. Adorno iluminado al principio, y al fin, después de unas aleyas sueltas, un cuadrado muy adornado.
 «Nació mi hijo Içe de Zeyne á quinze de dezienbre de mil y quinientos y ochenta al candario de los cristianos;» fol. 198.
- 6.º Una oración en árabe; fol. 199. «Para la criatura que mucho plora.»
 «Nació mi hijo Mohamad de Zeyne á doze de setienbre, año de mil y quinientos y sesenta y quatro al candario de los cristianos erejes.»
 «Nació mi hijo Ibrahim dezzeyne á ventidos de ebre-ro, año de mil y quinientos y setenta y uno, al candario de los cristianos.»
- 7.º Oraciones cortas; fol. 200.
 «Nació mi hijo Alí de Zeyne á diez y siete de febre-ro, dia de lunes, año de mil y quinientos y setenta y ocho, al candario de los cristianos erejes.»
- 8.º Unas oraciones.

XVIII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 66.

Códice en 4.º, con 244 hojas útiles, carcomido al principio y al fin: papel de dos clases.

Es un comentario canónico-moral de Abu Mohammad Abdallah ibn abi Zeyd. Tiene en árabe los epígrafes de los capítulos

y la introducción, con su traducción interlineal. Al fin hay una nota en árabe que señala la fecha de 832.

XIX.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 68.

Tiene una hojita intercalada y cosida con el texto, al fol. 112, que contiene dos renglones aljamiados relativos al alguado, con las oraciones árabes correspondientes.

XX.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 69.

Un códice en 4.º, de 54 hojas, forrado con pergamino.

En la guarda dice: «Memoria de los cuartos del año.»

Contiene:

- 1.º «Memoria de los cuartos del año para obrar de lo que hará menester, en lo que querrá;» fol. 1.

Es una nota de ciertas invocaciones que conviene hacer en cada estación del año. Comprende el primero y el segundo; luego los ángeles y genios de los días de la semana y las horas buenas en cada uno.

- 2.º Cédulas mágicas y anoxaras; fol. 6.
- 3.º Repetición de lo anterior desde el fol. 3; fol. 16.
- 4.º Varios *escantos* y conjuros; fol. 25.
- 5.º «Traslado muy noble de los cinco sabios doctores de medezina, de Galainos, y del Avicena, y de Ipócras, y de Arrazi y de Ibno Uáfir;» fol. 25.

Son *recebtas* para varios males.

- 6.º *Bebos*, *escantos* y albaranes para diversos usos mágicos; fol. 40.
- 7.º «Capítulo de las oras abantalladas para escrebir anoxaras ó alherzes;» fol. 45.

- 8.º Conjuros sin mociones; fol. 46.
 Los dos cuartos del año que quedaron al principio.
- 9.º Adivinanzas por el *cuento* de los nombres; fol. 49.
- 10.º *Alazimas* y conjuros; fol. 51.

XXI.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 70.

Un tomo en 4.º, con las cubiertas de badana despegadas.
 Buen papel y letra bastante moderna; paginado al revés.

Contiene:

- 1.º «El alhadiz de Sargil ibno Sarjon y de las demandas que trayó á Alf ibno Abi Taleb;» fol. 189.
- 2.º Varios casos y capítulos sobre el açala y el alguado; fol. 175.
- 3.º «Capítulo en el dayuno del mes de rramadan.»
- 4.º Sentencias de un sabio sobre varios puntos de moral y de derecho; fol. 159.
- 5.º «Adoa de mucha alfadila y de grande gualardon..... tornado de arabí en ajamí;» fol. 151 v.
- 6.º Varios dichos y relaciones sobre los premios del açala y castigos por no hacerlo; fol. 137 v.
- 7.º «Los castigos de Dolqueme alhaquim á su hijo;» fol. 120.
- 8.º «Recontamiento de Omar ibno Alhatab, cuando vió las almas de los muertos;» fol. 114 v.
- 9.º Razonamiento de Omar, cuando se convirtió al islamismo; fol. 113.
- 10.º «Recontamiento del rrey Tébio el aual, el que hizo la ciudad de Yacerib;» fol. 101 v.
- 11.º «Recontamiento de Temim Adér;» fol. 91.
- 12.º «El alhadiz del alárabe y la donzella;» fol. 63 v.
- 13.º Explicación de los caminos de la gloria y del infierno, dirigida por Mahoma al *rrabio* Xoaib; fol. 51 v.
- 14.º Anoxara; fol. 39 v.

- 15.º «Adoa puesto en raj.» Es una traducción palabra por palabra, árabe y castellano; fol. 37.
- 16.º Casos, dichos y sentencias diversas sobre el açala, los funerales, la gloria y otros puntos religiosos; fol. 30.
- 17.º «Memoria de las alcabilas de los alárabes y las partidas donde comarcan, y los nonbres de sus capitanes y lo que tiene cada uno de caballería;» fol. 7 v.
(Parece que no concluye.)

XXII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 72.

Códice en 4.º, desencuadernado, con las hojas muy deterioradas; pero remendadas de antiguo y apolilladas después. Letra clara, papel fuerte, de fines del siglo xv: 71 hojas.

Es un Alcorán abreviado, con la traducción castellana y algún comentario; pero falto de principio y fin, y con faltas también en el medio del primer cuaderno.

Empieza por la traducción y comento del final del v. II, 286, y sigue III, 1-3, con el principio de la traducción de esta última aleya, y á la otra página tiene el final de la traducción de la 25 con el texto y traducción de la 26, y las IX, 129-130. Después XII, 102, y sigue como de costumbre, XXVI, 78-89, quedando la traducción interrumpida. Sigue el final de la traducción de la LIX, 21, y después lo que queda de la azora. Luego la LXVII, y después de ella una oración que se interrumpe; después viene la traducción de la LXXVIII, 13, sin interrumpirse el texto y la traducción hasta la CV, completa, quedando pendiente la traducción.

XXIII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 75.

Códice en 4.º, de letra clara, aunque no elegante: 101 hojas útiles.

Contiene:

- 1.º «La disputa con los judios,» sin principio; en 35 folios.
- 2.º «Desputa con los cristianos;» 46 folios.
- 3.º «Capítulo que habla en el concebimiento de Içe;» 2 folios.
- 4.º «Ricela: esta es mandataria, que la escribió Omar ibno Abdolazizi, rrey de los creyentes, á Lyon, rrey de los cristianos descreyentes,» sin concluir; 18 folios. (Se fiere á León Isáurico.)

Faltan hojas en varias partes.

El lenguaje es arcáico y con giros provinciales singulares.

XXIV.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 77.

Colección de papeles sueltos muy diversos, contenidos en dos tapas viejas, que debieron pertenecer á un alfaquí de Calatayud, de mediados del siglo xvi. Entre otros documentos contiene los siguientes:

- 1.º Un borrador de carta en caracteres comunes, sin concluir.
- 2.º Un papelito en que se anotan equivalencias arábicas y alemanas, y en que se nombra á Muçe el Chamchamí, con fecha de 906.
- 3.º «Memoria seya á mí, Muçe Calavera, de lo que me cuesta la casilla que compré á Martin Albric;» un cuaderno largo de 4 hojas útiles.
- 4.º Una hoja doblada con una cuenta de ropas, en aljamía.
- 5.º Fragmento del libro de Samarcandí, que comprende desde el capítulo 25, sin principio, «en el paciguar la saña,» hasta el 29, sin concluir, «en dexar el mundo;» 46 hojas, letra menuda y elegante del siglo xvi. (V. núm. X.)

XXV.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 84.

Códice en 4.º, con cubiertas de pergamino; letra clara, pero no elegante; mal papel: 105 hojas útiles. Contiene:

- 1.º «Libro y traslado de buenas dotrinas y castigos y buenas costunbres;» fol. 1.
 - «Capítulo del obrar con cencia y saber;» fol. 4.
 - «Capítulo que fabla de las oras que son eslitas para nombrar ad Allah taale;» fol. 10.
 - «El gualardon que se ofrece por ataçbihar y loar ad Allah taale;» fol. 12.
 - «El gualardon de quien dice *le ilah ile allahu*;» fol. 16.
 - «El gualardon de quien lonbrará ad Allah taale;» fol. 19.
 - «El gualardon de quien demanda perdon ad Allah taale;» fol. 22.
 - «El gualardon de quien faze açala sobre el anabí Mohamad;» fol. 23.
 - «El gualardon del alcorán onrrado;» fol. 29.
 - «El gualardon de quien fará los cinco açaláes con l'liamem» (se interrumpe en el fol. 63); fol. 46.
- 2.º «Memoria seya de cuando me casé iyó Mohamad de Zean con Axa de Amad y fué á quinze dias del mes de agosto del año mil y quinientos y noventa y cinco á cuenta de los descreyentes,» etc.; fol. 64 v., sin vocales.
- 3.º «Melezina» con conjuros; fol. 65.
- 4.º «Memoria de los cuartos del año:» es idéntico al número 1.º del Gg. 69 (V. núm. XX); fol. 66.
- 5.º «Traslado muy noble,» igual al núm. 5.º del Gg. 69; fol. 76.

XXVI.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 82.

Códice en 4.º, de papel flojo, muy carcomido y remendado de antiguo, sin tapas. Letra elegante, igual á la del Gg. 40. (V. número XIII.)

En una guarda hay apuntes de trigo dado á la familia de Ontiñena.

«Tratado y declaracion y guia para seguir y mantener el adín del aliclem.»

El autor da cuenta de su trabajo diciendo, fol. 3: «muchos amigos míos de mí trabaron y especialmente me rrogaron que de arabi sacase en el ajemí del dicho alcorán y textos de xara lo que fuese á mí posible para que con lo dicho se siguiese nuestra muy santa ley y çunna,» etc.

Contiene la explicación de la fe, los ritos y los deberes, así religiosos como civiles y legales, concluyendo por las herencias, tutelas y testamentos, todo ilustrado con textos del Alcorán.

XXVII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 84.

Códice en 4.º, sin tapas, completo y bien escrito.

Libro de las luces, de Abulhasán Abdalá albocrí.

El título está en árabe, pero todo lo demás en castellano.

Las nueve últimas hojas contienen:

- 1.º Una oración, en 2 folios.
- 2.º «Capítulo en el açala de las alchanezas y la rrogaria del muerto,» 7 folios.

XXVIII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 85.

Un tomo en 4.º, encuadernado en piel muy maltratada, papel excelente y hermosísima letra: 66 hojas útiles. Contiene:

- 1.º «Los meses del año al conto de arabí;» fol. 1.
- 2.º «Como se an de hazer los cinco açaláes;» fol. 14.
- 3.º «Las anefilas que son muy aventajadas en las oras de los cinco açaláes;» fol. 20.
- 4.º «Del alidén y de la alicama;» fol. 24.
- 5.º «De las inmiendas de los açaláes;» fol. 26.
- 6.º «De como se a de hazer atahor;» fol. 50.
- 7.º «En el degollar;» fol. 51.
- 8.º «De las vendidas y de lo que rretrae á las vendidas;» fol. 62.
- 9.º Una nota que empieza en árabe, sigue en aljamfa y concluye en castellano, en que dice: «Este libro se llama el moh-tasar ó «Brebiarico,» porque en «él se acorta y rrecopila y suma lo tocante al servicio del Señor;» fol. 66.

La suscripción es de Ali ibnu Mohammad ibnu Mohammad Soler, año 998, correspondiente al 1589.

Á la vuelta, en car. lat.:

«De francisco del mundo, beçino de la tierra.»

Tiene numerosas notas marginales en ambas escrituras, árabe y latina, del siglo xvii, y algunos renglones en castellano con letras griegas.

XXIX.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 98.

Códice en 8.º, de 78 hojas útiles, papel estoposo.

Textos en árabe y encabezamientos y explicaciones en árabe y castellano, interlineados.

Contiene:

- 1.º «Tahlil alcoráu;» fol. 1.
- 2.º Los 37 lugares del alcorán en que se nombra la unidad de Allah; fol. 9.
- 3.º Los siete alhaicales (falta alguna hoja intermedia); fol. 19.
- 4.º «Los nombres de Allah;» fol. 37.

- 5.º «El ataçbih del anabí Mohamah;» fol. 38.
- 6.º Dos adoáes; fol. 44.
- 7.º «Guardia benedita;» fol. 49.
- 8.º «El adoa de l'açahifa, prueyte Allah con él á su leidor;» fol. 49.
- 9.º Un adoa; fol. 53.
10. Historia, sin principio, porque falta una hoja, de un adoa que dió Mahoma á Abu Dochéna; fol. 55.
11. Los ataçbihes de Içrafil, Ibrahim, Içmail, Içhac, Deud, Çulaymen, Muçe, Yuçof, Haron, Albádir, Içe, Yahya, XoaiB, Yunos, Çelih, Alyaçá, Ilyeça, de Muhamad, de Fátima, de Dulcarnain, del gallo del cielo, del gallo de la tierra, de la rana y del gusano; fol. 59.
12. «Lo que deben dezir quando èl comer y quando el acabar de comer;» fol. 68.
13. Adoa y ceremonias del alguado; fol. 69.
14. Las oraciones del açala; fol. 73.
15. «Lo que debe decir la presona quando veyá lo qu'a por esquiuro en su sueño;» fol. 77.
16. «Las loorès del alcorán el grande;» fol. 79.

Esta hoja está rota, y en los fragmentos se distingue al pie la conclusión en árabe, en que dice que se acabó un jueves del año 828.

La centena, que ha desaparecido, pudiera ser 9, porque á la vuelta hay una receta con algunas palabras escritas en caracteres latinos de principios del siglo xvi; pero la letra aljamiada es diferente y algo análoga á la del Gg. 66 (núm. XVIII), por lo que he adoptado el 8. Se ven muchos catalanismos.

XXX.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 404.

Un cuaderno en 4.º, de 49 hojas y dos sueltas; papel de la segunda mitad del siglo xvi. Contiene un fragmento del Poema de José.

Una de las hojas sueltas, muy deteriorada, fué la segunda del manuscrito que ahora empieza en la tercera, y contiene desde la estrofa cuarta en adelante. Teniendo tres estrofas cada página, resulta faltar la primera hoja, que estaría escrita por la segunda cara, según costumbre árabe. La otra hoja suelta es un ensayo de copia de la hoja 17 v., hecho en la misma época y el mismo papel.

XXXI.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 402.

Códice en 12.º apaisado, encuadernado en tafilete.

Contiene:

- 1.º Los 37 lugares del alcorán, donde se proclama la unidad de Dios; sin empezar; fol. 1.
- 2.º Los nombres de Allah; fol. 12.
- 3.º «Los siete alhaicales;» fol. 13.
- 4.º «Adoa muy onrrado;» fol. 66.
- 5.º «Adoa muy onrrado;» fol. 70.
- 6.º «L' alhirze del alguazir;» fol. 74.
- 7.º «Ataçbihes de Edam, muy onrrado, de Muhamad, de Idris, de Alhádir y otro de Edam;» sin concluir.

XXXII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 403.

Un volumen en 8.º, de 161 hojas, desencuadernado de antiguo, desordenado y roído de ratones y polillas, sin principio ni fin y muy falto entremedio.

Contiene:

- 1.º El poema Alborda, sin principio, con una explicación en castellano, sin concluir; 16 hojas.
- 2.º Fragmento de una oración en árabe; una hoja.
- 3.º «Ataçbih de la açahifa;» 4 hojas.

- 4.º «Los siete alhaicales,» con su explicación en castellano:» falto de algunas hojas intermedias; 38 hojas.
- 5.º «Los nonbres de la cayata de Muçe,» con una figura; una hoja.
- 6.º «Los nonbres de la mano de Deud,» con una figura; una hoja.
- 7.º «Alherze de l' aneca;» 8 hojas.
- 8.º «La leyenda del adoa del ave sobre la bendicion de Allah;» 5 hojas.
- 9.º «Adoa fermoso de grandes provechos y alfadilas;» 2 hojas.
10. «La ibantalla de la creyencia;» 2 hojas.
11. «L'alfadila del alhamdu lilehi» (faltan hojas intermedias); 10 hojas.
12. Ataçbihes de Edam nuestro padre, Noh, Yunos, Ayub, Yahya, Zacarías, Idris, Juçof, Célih, Xoaiba, Deud, Çulaymen, Muçe, Içe, Muhamad, Elyaça y del anabí Muhamad; 9 hojas.
13. Adoaés de Edam, Ibrahim, Noh, Muçe, Içe y del anabí Muhamad; 4 hojas.
14. «Adoa para cuando querrás hazer tu açala;» una hoja.
15. «Adoa para hacer ir todo pienso y ansia;» una hoja.
16. «Ataçbihes de Içrafil y de Chibril;» una hoja.
17. Adoa de Ali bnu abi Talib, falto de muchas hojas; 12 hojas.
18. «Adoa para demandar socorro ad Allah;» una hoja.
19. Palabras de Mahoma sobre ciertas devociones, sin concluir; 2 hojas.
20. «Adoa del espertar;» una hoja.
21. «L'alfadila del adoa del anur el onrrado;» 11 hojas.
22. «Hirze alguazir,» sin concluir; 5 hojas.
23. Fragmentos de una oración; 9 hojas.
24. «La rrogaria de l'apedreada,» sin principio ni fin; 18 hojas.

XXXIII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 405.

Un tomo en 4.º, papel y letra del siglo xvi.

Relación de las batallas de los primitivos musulmanes. Contiene:

- 1.º Batalla de Açiad y los de Maca; fol. 1.
- 2.º Alhadiz de Mahoma y el Alharetz; fol. 14.
- 3.º Batalla de Hozayma alberiquia y de Alahuaç ibnu Mohad; fol. 32.
- 4.º Alhadiz de Guara ilhochorati; fol. 36.
- 5.º Batalla de Bedri y Honaini; fol. 48.
- 6.º Batalla del Rey Mohalhal ibnu Alfayadi; fol. 62.
- 7.º Batalla de Alaciab ibnu Hancar; fol. 86.
- 8.º Batalla de Bal Yarmoc y su conquista grande; fol. 95.

XXXIV.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 424.

Entre otros fragmentos árabes, hay unas hojas de un códice aljamiado en 4.º, que contienen:

- 1.º Gran parte de las açoras XI y XII en árabe; 16 hojas.
- 2.º Las açoras CVII y CXII con la traducción castellana; 2 hojas.
- 3.º El final de una oración árabe con la traducción aljamia-da; una hoja.

XXXV.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 422.

Papeles sueltos que debieron pertenecer á algún morisco de Calatayud, la mayor parte en 4.º

- 1.º Formulario del acidaque en árabe, en dos cuadernillos.
- 2.º Una hoja en árabe sobre derecho matrimonial.

- 3.º Otra hoja en árabe sobre el mismo asunto.
- 4.º Un pliego en árabe con las reglas para la validez de los testimonios.
- 5.º Carta árabe en 16.º, dirigida al alfaquí Abu Abdalá Mohamad Almorabeti, en Terrer.
- 6.º Carta de dote, en árabe, otorgada en 908, entre Abu Ishac Ibrahim ibnu Mohamad ibn Alí Alcorexí, conocido por Talavera, y Mariam, hija de Yuçof Serón.
- 7.º Hoja en árabe sobre las devociones de los alfaquíes.
- 8.º Una hoja doblada por medio con una cédula árabe contra enfermedades.
- 9.º Una libretita con significados de una obra de Ibn Mo-
guéit, hecha en 902 por Muçe ibn Alí Alcorexí, bajo
la dirección de Abu Ibrahim ibnu Lop ibn abi Rébia.
10. Tira de papel con significados.
11. Un pedacito de papel con significados.
12. Un pliego con tres documentos judiciales en árabe, con
palabras ó declaraciones en aljamía. Publicados por
Fernández y González (*Mud. de Cast.*, pág. 436).
13. Un pliego con la cuenta de un dinero de lanas, en al-
jamía.
14. Cartita de Omar del Lahmí en Daroca al alfaquí Muçe,
en Calatayud, en aljamía. (Fernández y González,
Mud., pág. 441.)
15. Una cuartilla doblada con este epígrafe: «Memoria sea
á mí Muçe Calavera de lo que tengo rrecibido de mis
cuñados.»
16. Recetas y borradores de cartas en car. lat. con una lis-
ta de nombres de moriscos en car. ar.
17. Carta en car. comunes de Sancho Çapata, con ensayos
en castellano y en árabe, de mano de un moro.
18. Una receta en c. l. con una lista en c. a. muy borrada.
19. Recetas y apuntes en c. l.

XXXVI.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 437.

Magnífico códice en folio, encuadernado á la europea, escrito en hermosa letra y manchado en el borde. Al principio y al fin tiene dos páginas preciosamente iluminadas; las de la cabeza con inscripciones cúficas. En la primera guarda está el índice de la obra, que dice así:

«Esta es la rrúbrica del presente libro que hallará cada cosa á las hojas qu' están.

Primeramente el açora de *alhamdu* y el prencípio de *alem dâlica* declarado; 5 hojas.

El atahietu y elalconut y los adoâes del alguado y una rrogaria para el dia del alchomua y otra para enpues del açala; 18 hojas.

El nombre de Allah; y los nonbres de Allah de dos maneras; 24 hojas.

Lo que se ha de leir antes de medio dia y el'alahde y la rrogaria de demandar agua y otras rrogarias muy aventajadas; 33 hojas.

L'alguatifa y otras rrogarias muy aventajadas; 46 hojas.

Adoa açahifa y *allahomma*, *ye men acarra lahu* y el adoa del dia de alchomua y el adoa del arnés; 58 hojas.

Lo que se a de decir cuando se acuestan y cuando se levantan y cuando comiençan y acaban de comer y otras rrogarias de muchas maneras; 88 hojas.

Açalâes de gracia de muchas maneras; 99 hojas.

La luna de axora qu' es la primera y las otras; 118 hojas.

La luna de recheb y xaaben y rramadan; 121 hojas.

La pascua de rramadan y los diez dias y el açala de las pascuas y el dia del alchomua; 144 hojas.

Capítulo del açala y de las imiendas d'él; 149 hojas.

Las imiendas de los açaláes con aljama; 174 hojas.

Capítulo del tabor y del debdo y manera del atayamum; 179
hojas.

El açala del muerto y ataçbihes para cada dia; 185 hojas.

El traslado de buenas dotrinas; 194 hojas.

Una estoria sobre l' açora de *alhamdu* y aleyas del alcorán;
216 hojas.

Capítulo del açala y otros muchos y buenos dichos; 224
hojas.

Los castigos del hijo de Edam; 244 hojas.

Las demandas de Muçe; 251 hojas.

La muerte de Muçe; 273 hojas.

La muerte de Alhocein; 279 hojas.

L'alhadiz de Fátima y una xama de la desengañacion de Iblis;
286 hojas.

L'alhadiz del dia del juicio; 290 hojas.

L'alhadiz de Abu Iquel; 317 hojas.

L'alhadiz de la puyada de los cielos; 322 hojas.

El códice no contiene más que hasta el fol. 251. Después,
en dos hojas, la excelencia de la oración por los difuntos.

Al fin hay esta subscripción:

«Fué escribto el presente libro en la villa d' Exea por manos
del menor siervo de Allah taale y mas necesitado y menestero-
so de perdon y piedad de su Señor Mohamad Cordilero hijo de
Abdoelaziz Cordilero; para Mustafar Uaharán, hijo de Brahen
Uaharán y para quien querrá Allah despues dél. Acabóse con
ayuda de Allah y con su gracia, alhamís á siete de la luna
de Chumad el téni del año de novecientos y ochenta y cinco
del alhichra del escogido y bienaventurado anabí Mohamad,
concordante con el vintidoseno de agosto del año de mil y
quinientos y setenta y siete al conto de Içe. Señor Allah, apia-
da y perdona al que a escribto este libro y á quien lo a hecho
escrebir y á quien leirá en él y lo escuchará y obrará con lo que
ay en él y á todos los muçlimes y muçlimas gerenalmente.»

XXXVII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 164, antes 73.

Un cuaderno en folio, de 18 hojas, con la última suelta y rota, y bastante deteriorado; papel flojo.

«El recontamiento del anabí Mohamad, de cuando subió á los cielos y las maravillas que Allah taale le dió á ver.»

XXXVIII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 477.

Papeles procedentes de una notaría mudéjar del siglo xv, que se sacaron de las tapas del codice árabe Gg. 136.

Contienen los siguientes documentos:

- 1.º Dos pliegos muy carcomidos, con unas oraciones ó fórmulas religiosas en árabe, con algunas interlineaciones en castellano.
- 2.º Juicio celebrado ante el cadí de Borja sobre una mula, el sábado 18 de marzo del año 900; un pliego.
- 3.º Pleito seguido en Agreda por Mariam y Xems contra una moza cristiana llamada Teresa, acerca del testamento del hermano de aquéllas Ibrahim Coraçon; 6 pliegos muy deteriorados.
- 4.º Una carta de definimiento, del año 898, en una hoja.
- 5.º Escritura de convenio arbitral otorgada en Conchillos en diciembre del año 900; una hoja.
- 6.º Contratos de venta de unas heredades, celebrados en el año 882 h., 1478 e. c.; una hoja.
- 7.º Acta de finiquito entre Ahmad Albéitar y Yuçof el Ferrero, vecinos de la Morería de Agreda, en el año 887; un pliego.
- 8.º Contrato matrimonial de Abdalá con Aixa, hija de Çulaymen de Castañares, celebrado á 23 de enero de 873; una hoja.

- 9.º Contrato matrimonial de Abdalá de Leiva con Zayná, hija de Abdalá de Lamora, vecinos de Belhorado, celebrado el martes 1.º de noviembre de 873; una hoja.
10. Contrato matrimonial de Yuçof, hijo de Ibrahim de Córdoba, con Mariam, hija de Ahmad Vizcaíno; una hoja.
11. Contrato matrimonial de Abdalá, fijo de Mohamad Gigant, de Bustillo, con Zohra, hija de Abdalá Gigant, celebrado el año 892 h., 1467 e. c.; un pliego.
12. Partición de los bienes de Farach el Rubio con su mujer Aixa, formalizado el domingo 14 de diciembre del año 900; un pliego.
13. Inventario de los bienes dotales, muebles é inmuebles, de la mujer de Matarraç; un pliego.
14. Partición de los bienes de Mariam del Modeiraç; un pliego.
15. Un pliego muy carcomido con recetas en caracteres latinos del siglo xv.

XXXIX.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 478, antes 73.

Cuaderno en 4.º, con 17 hojas útiles.

«Capítulo del fablamiento del alcorán y el bien que se haze con él.»

Es una colección de conjuros.

En la guarda:

«Para pleito y dentrar sobre justicia.»

XL.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 479, antes 73.

Dos cuadernos en 4.º, con 24 hojas útiles, buen papel.

Contienen la historia de Içe conforme á las opiniones musul-

manas, sin que le falte más que una parte de la introducción. Al fin hay una nota ó apéndice sobre la religión judáica.

En la guarda final hay una nota que dice:

«En la villa de Belchite en los últimos del mes de Setiembre del año de mil setecientos y dieziseis se encontraron estos escritos hebreos en casa Mathias Cucar en el barrio llamado del Señor.»

XLI.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 480, antes 73.

Cuaderno en 4.º, de 13 hojas útiles, buen papel, que contiene:

- 1.º «L' alhadiz de dos amigos.» Es la aparición de un difunto á su compañero de devociones, refiriéndole lo que le sucedió en la huesa; fol. 1.
- 2.º «Capítulo primero de los principales mandamientos;» fol. 9 v.
- 3.º «Adoa para seguir l' alchaneça;» fol. 12 v.
- 4.º «Adoa para cuando meten el muerto en la fuesa;» fol. 13.
- 5.º «Adoa para despues del percueno;» fol. 13.
- 6.º «Adoa para despues de haber fecho alguado;» fol. 13 v.

XLII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 484, antes 73.

Cuaderno en 4.º, de 21 hojas útiles.

«Alquiteb de suertes.»

Es un modo de adivinar por el Alcorán.

En la guarda: «Recebtá para fazer tinta negra.»

XLIII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 482, antes 73.

Un cuaderno en 14 hojas, en 4.º, que no se acabó de escribir, y contiene varios adoáes.

XLIV.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 494, antes 74.

Códice que comprende dos libros cosidos en un volumen en 4.º, de 107 hojas útiles.

El primero comprende 86 folios, numerados por el amanuense, y contiene el libro de las mil y doscientas sentencias de Mahoma, traducción del de Abu Abdalá Alcodái.

El segundo cuaderno, de letra más gruesa, contiene:

- 1.º «L'alfadila y ibantalla de los açaláes que se fazen en los siete dias de la semana;» 6 hojas.
- 2.º «Los nombres de las lunas;» 15 hojas.

En la primera guarda hay dos renglones en castellano muy borrados.

XLV.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 496, citado en la pág. 22 con el núm. 206.

Códice en 4.º, de 103 hojas, encuadernado en pasta.

Contiene:

- 1.º «Alhadis de Muçe con Yacob el carnicero y lo fecho (so) entre ellos;» fol. 1.
- 2.º Historia de Omar «con un onbre que lo llamaban Ho-deifa;» fol. 5.
- 3.º Historia de dos hombres que «acompañaron sobre la obediencia de Allah tienpo de treinta años;» fol. 6.
- 4.º «Estoria que acaeció en tienpo de Içe;» fol. 14.
- 5.º «Alhadis y rrecontamiento de Içe con la calavera,» folio 16 v.
- 6.º «La estoria y rrecontamiento de Ayub;» fol. 23.
- 7.º «La'storia de la ciudad del allaton;» fol. 41 v.
- 8.º «La profecia de fray Juan de Rocasia;» fol. 60.
- 9.º «El rrecontamiento de Çulaymen, nabi Allah cuando lo rreprobó Allah en quitarle la onrra y andó cuarenta

días como pobre demandando limosna en servicio de Allah;» fol. 68 v.

XLVI.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 497.

Colección de papeles sueltos que contienen cédulas, oraciones y pasajes ó notas del Alcorán. Entre ellos se encuentran las siguientes piezas de aljamía:

- 1.º Fragmento de un Alcorán abreviado con su traducción castellana: 33 hojas en 4.º escritas de dos manos. Comprende los trozos: II, 1;—LXVII, 1; LXXVIII, 39—LXXIX, 41; LXXXI, 22—LXXXIV, 9; LXXXIX, 10—20; CI, 4—CIV, 1.
- 2.º Una hoja en folio con una receta para las almorranas en c. a., y un apunte en c. l. que recuerda la prisión de Mahoma Algar, alfaquí, en Pédrola, de 1517 á 1518.
- 3.º Una tira con una cuenta de sueldos.

XLVII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 244.

Un códice en 4.º, falto de tres hojas al principio, en mala letra del siglo xvi.

Contiene el «Recontamiento de Yacob y de su fijo Yuçof.»

XLVIII.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 238.

Colección de papeles sueltos que contiene cédulas, oraciones y pasajes ó notas del Alcorán. Entre ellos se encuentran las siguientes piezas de aljamía:

- 1.º Una hoja en 16.º con el adoa de Çuleyman.

- 2.º Dos hojitas en 16.º con los adoás del alguado.
- 3.º Una hoja en 16.º con un conjuro «para defension y guarda de toda cosa mala, así de la tierra como lo que puede caecer del cielo.» Sin vocales.
- 4.º Cuatro hojas cosidas en 16.º, con un «Ensalme para curar cualquiera erida que sea, como no sea cortado nervio ó crebado güeso.»
- 5.º Una hoja en 16.º que contiene este final:
 «de Allah d'aquí á que le vino la muerte y murió,
 apiádelo Allah, amin.»
 «Acabóse la estoria de la cibdat del laton con la piadat de Allah y la buena de su ayuda.»
 Y en árabe la subscripción, por Mohammad ibn Ibrahim Hasaní, de Villafranca del Río Ebro.
- 6.º Una hoja en 4.º con profesiones de fe en árabe y castellano.
- 7.º Una tira con el nombre de «Ernando de Mendoça Aben buqar, Confitería» en c. l., y al reverso la estadística del Alcorán en árabe.

XLIX.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 273, antes P. 497.

Un tomo en 8.º, mal papel, letra mal formada de fines del siglo xvi: 77 hojas.

Contiene:

- 1.º «El rregimiento para facer alguado;» 10 hojas.
- 2.º «El rregimiento para l' atahor, digo, el bañar;» 2 hojas.
- 3.º «El rregimiento para fazer açala;» 14 hojas.
- 4.º «El rregimiento para dayunar Romadan;» 5 hojas.
- 5.º «El nombre de las lunas de todo el año;» 2 hojas.
- 6.º «Los cinco pilares del adin;» 2 hojas.
- 7.º En la última página de éstas dice: «eslitó Allah taale de los meses cuatro, y de los dias cuatro, y de las mu-

- jeres cuatro,» etc., y queda interrumpido por faltar algunas hojas, donde debía estar el principio de
- 8.º «Los siete días escogidos del año,» de lo cual no hay sino las 3 hojas últimas.
 - 9.º «L'alhadiç de dieç sacerdotes judíos que vinieron á demandar ciertas cosas y ciertas demandas al anabí Mo-hamad;» 39 hojas, las 16 primeras intercaladas en el n.º 5.º

L.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 236, antes 403.

Fragmentos de un devocionario en 16.º, con 48 hojas, que contienen las materias siguientes:

- 1.º Un cuaderno de 8 hojas con un silabario árabe.
- 2.º Un cuaderno de 6 hojas con el modo de pronunciar las letras arábigas.
- 3.º Parte de un libro paginado, que después de un folio blanco sin abrir empieza por el 120 con una gran viñeta, y contiene:
 - Los siete alhaicales; fol. 120.
 - «Ataçbih grandísimo;» fol. 130.
 - Un conjuro para las bestias; fol. 143.
 - Adoães para los siete días de la semana, todo en castellano.
 - «Los nombres hermosos de Allah;» fol. 157. Llevan su explicación y una oración en castellano para cada uno. Llega al nombre n.º 40 en el fol. 166 y se interrumpe.

LI.

Biblioteca particular de S. M. 2. G. 6.

Códice en 4.º, encuadernado en pergamino, con el n.º 1 en el lomo, compuesto de 10 cuadernos, de 20 hojas cada uno, menos el primero, que tiene 13 y 2 muy rotas, y el último, que

sólo conserva una. Total, 174 hojas, 2 de en medio rotas. Letra y papel del siglo xvi.

Contiene la traducción del Libro de las luces, de Abulhasán Albecri, desde la carta de Adan, en la historia primera, hasta los preliminares del matrimonio de Mahoma, entre Yohayr y Mayçar, en la historia setena.

En la guarda hay una nota que dice: «Libros moriscos hallados en el hueco de un pilar de una casa de Ricla el año 1728.»

LII.

Biblioteca particular de S. M. 2. G. 6.

Códice en 4.º, de 118 hojas, papel del siglo xvi, encuadernado en pergamino, con el num. 2 en el lomo, compañero del que lleva el num. 1, y con la misma nota de procedencia.

Contiene:

- 1.º «El alhadiz del alcázar del oro y la estoria de la colubra con Aly ibno abi Talib;» fol. 1.
- 2.º «Capítulo para hazer olio para usar mucho con las mugeres;» fol. 38 v.
- 3.º «L'alguacia que hizo l'anabí Mohamad, ad Aly ibno abi Talib;» fol. 39.
- 4.º «L'alhadiz del anabí Mohamad;» es la historia de la madre muerta de un mancebo; fol. 56 v.
- 5.º «La muerte de Muçe;» fol. 70.
- 6.º Conjuros, receta y oración; fol. 70.
- 7.º «El rrecontamiento de cuando fabló Muçe con Allah;» fol. 71.
- 8.º «L'alhadiz de los milagros que demostró Allah taale á Ibrahim;» fol. 80 v.
- 9.º Varios avisos de Mahoma; fol. 91 v.
10. Cuentas; fol. 93.
11. Agüeros de los dias del año; fol. 94.
12. «El testamento y alguacia del anabí Mohamad, y como supo que abia de morir;» fol. 95 v.

13. «L'alhadiz y estoria de la muerte del bien aventurado anabí y gran profeta Mohamad;» fol. 100 v.
14. Principio de una receta; fol. 118.

LIII.

Biblioteca del Escorial, MDCCLXXX.

Códice en 4.º, de 99 hojas, que lleva pegada á la pasta una papeleta con esta nota:

«Haviéndose arruinado una casa por los años de 1795 en la villa de Ágreda, se hallaron en el hueco ó nicho de una pared dos libros arábigos, uno de ellos este, que fué remitido al Señor Don Josef Jerez, caballero del Consejo de Hacienda, el que me lo entregó.

Buenaventura Ventura.»

Contiene:

- 1.º «Alhotba de pascua de rramadán, sacada de arabí en ajami eyarrimase en copla porque seya mas amorosa á los oyentes é ayan plazer de escoitarla é obrar por ella porque alcancen por ella el gualardon que Allah prometió en ella á todos: bien aderécenos Allah á todo que seya su servicio, amen.» 335 versos y el último frustra; fol. 1.
- 2.º «Almadha de alabandça al anabí Mohamad que fué sacada de arabí en ajami posque fuese mas plaziente de la leir y escoitar en aquesta tierra.» 71 coplas; folios 16-30, 99.
- 3.º Excelencia de la aleya alcurcí.
- 4.º «La alfadila de la madre del alcorán.»
- 5.º Los dichos del anabí; fol. 33.
- 6.º «Alabança ad Allah, *tabáraca guataala* y despues á su anabí Mohamad;» fol. 37 v.
- 7.º Poesía pidiendo misericordia por la intercesión de todos los profetas, 15 coplas; fol. 40.

- 8.º «El sueño que soñó un çalih en la cibdad de túneç;» fol. 43.
 - 9.º Ataçbihes; fol. 48.
 10. «La alguacía del anabi Mohamad, que la fiço al fi de su ami Ali ibnu Abi Táleb;» fol. 55.
 11. Recetas; fol. 91.
 12. «Adoa para el açala sobr' el alchaneça;» fol. 92.
- Noticia suministrada por D. Francisco Fernández y González.

Las tres piezas en verso (1.^a, 2.^a y 7.^a) han sido publicadas por el Sr. Márcos José MULLER en el *Sitzungsberichte der königl. bayerischen Akademie der Wissenschaften zu München*, 1860, páginas 201-253.

LIV.

Bib. prov. de Toledo. Sala reservada, Est. 9. Tab. 6.

Códice escrito en car. latinos, que contiene:

- 1.º «Unos castigos de mucho aviso para quien los querrá tomar para descanso de su arroho y apartamiento del mundo;» fol. 1.
- 2.º «El orden que se a de tener en el servicio de Allah taale dende que amanece fasta que torne á su casa en la noche;» fol. 18.
- 3.º «Los lombres de las lunas en arabí;» fol. 37.
- 4.º Capítulo en el alguado de çunna.»
 - «Capítulo de las cosas que derruecan l' alguado.»
 - «Capítulo del bañar de la suziedad.»
 - «Capítulo del atayamum.»
 - «Capítulo de las cosas que faze adebdecer l' atayamum.»
 - «Capítulo del maçar sobre los borcegués.»
 - «Capítulo del adebdo de l'açala.»
 - «Capítulo en l'atabira de la rrepintencia.»

Noticia comunicada por D. Pascual de Gayangos.

LV.

Bib. prov. de Toledo. Sala reservada, Est. 9, Tab. 6.

Código escrito en car. latinos, que contiene:

«Los alquitebes del atafria.»

Al fol. 286 v. dice en árabe que se concluyó en el año 1607.

En las guardas hay diversos apuntes de pagos y nacimiento de hijos, uno de ellos el miércoles 14 de mayo de 1608, bautizado por Nicolás Ximeno, vecino de Villafeliche.

Noticia comunicada por D. Pascual de Gayangos.

(V. núm. XI.)

LVI.

Bib. prov. de Toledo. Sala reservada, Est. 9, Tab. 6.

Un tomo de 347 hojas, que contiene la traducción del Alcorán «en letra de cristianos.» Concluído el martes 11 de julio de 1606.

Noticia comunicada por D. Pascual de Gayangos.

LVII.

Archivo de la Ciudad de Toledo.

Anales toledanos segundos.

En la pág. 50 del Discurso se exponen los motivos que inducen á incluir este documento entre los correspondientes á los moros españoles, atribuyéndolo á un mudéjar de Toledo mal convertido. No ha podido ser hallado aún el original, pero hay copias de él en la Biblioteca de la Santa Iglesia Catedral de la misma ciudad (Cajón 27, núm. 26), y en la Biblioteca Nacional de Madrid (E. 2, F. 28 y T. 253). El P. Flórez los imprimió por copias mucho más completas, aunque siempre vi-ciadas, en la *Esp. Sag.*, tomo XXIII, pág. 402.

LVIII.

Bib. de la Iglesia del Pilar de Zaragoza.

Códice en 8.º, encuadernado en pasta, buen papel, letra clara y elegante, con muchos adornos moriscos y escritura de diferentes colores.

Contiene:

- 1.º Alcorán abreviado (V. núm. I); fol. 1 v.
- 2.º Texto y traducción alternada, palabra por palabra, de una oración; fol. 40.
- 3.º Explicación é historia de otra oración; fol. 49.
- 4.º Explicación de un adoa; fol. 50 v.
- 5.º «La rrogaria para aprés del açala;» fol. 53.
- 6.º Relación de un adoa; fol. 54 v.
- 7.º «Ataçbih bendito y de innumerable gualardon;» fol. 57 v.
- 8.º Un adoa; fol. 60 v.
- 9.º Repetición del 3.º; ib.
10. Oración de la mañana con su traducción; fol. 62
11. Adoa con todos los nombres de Allah; fol. 62 v.
12. «Capítulo, en seguir al alchaneza;» fol. 63.
13. Fórmulas del açala; fol. 63 v.
14. «Caso de lo que an de hazer con el que está al artículo de la muerte y el bañarlo y su alcafanarlo y perfumarlo, y su llevarlo y su enterrarlo;» fol. 81.
15. «La ibantalla y virtud de los açaláes que se facen en los siete dias de la semana;» fol. 86.
16. «Capítulo, en la manera que se han de hazer las fadas;» fol. 93.

Entre varias notas en las guardas, hay ésta:

«Haviendo examinado este libro en 31 de Marzo de 1758 de mi órden un Religioso Cartuxo de la Concepcion de Zaragoza que en el año 1756 fue esclavo y camarero de el Rey de Marruecos me dixo era el Cathecismo de los Moros ó resumen de

el Alcoran lleno de Blasfemias torpezas y abhominaciones. Hago esta nota para noticia en Zaragoza á 1 de Abril de 1758.
Dr. Pedro Azpuru, Canon.º Doctoral.º

LIX.

Bib. Nac. de París, anc. fonds. Ochoa, *Catálogo razonado de los manuscritos españoles en la Biblioteca Real de París*, 4844, núm. 2.

Un tomo en 4.º de 115 hojas, que contiene:

- 1.º Cap. XXXVI del Alcorán desde el v. 26.
- 2.º Cap. LIX desde el v. 18.
- 3.º Oración almorzada.
- 4.º Cap. LXXVIII al CXIII del Alcorán.

LX.

Bib. Nac. de París, 290, St. Germain: Ochoa, *Catál.*, núm. 3.

Un tomo en 4.º de 353 hojas, que contiene:

- 1.º Historia de la muerte del annabí Mohammad.
- 2.º La rogaria de Fátima.
- 3.º Itinerario de España á Turquía.
- 4.º Avisos para el camino.
- 5.º Allahomma de fe.
- 6.º Oración para los viernes del mes de reheb.
- 7.º Unas demandas que demandaron una compañía de judíos al annabí Muhammad.
- 8.º Capítulo que habla de los cinco açalaes.
- 9.º Declaración de una muy virtuosa aleya ó petición que vino con ella Chibril.
- 10.º La carta de la fe.
- 11.º Noticia de los meses y fiestas musulmanas.
- 12.º Los cinco almalaques que envía Allah á todo muçlim á la hora de la muerte.
- 13.º Fragmentos del Alcorán y varias oraciones en árabe.

14. Cántico traído por el ángel Gabriel á Mahoma.
15. Oraciones para las exequias, en árabe.
16. Oraciones en árabe y castellano.
17. Últimos capítulos del Alcorán.
18. Tradiciones relativas al mérito de ciertas oraciones.
19. Oración por el alma de nuestros padres.
20. Recontamiento del día del juicio.
21. Aventura y muerte del hijo de Omar.
22. Oración para las abluciones, en árabe y castellano.
23. Oraciones para la mañana, en árabe y español.
24. Relación de la muerte de Mahoma.
25. Escándalos que han de acaecer en la çaguería de los tiempos en la isla de España.
26. Profecía de Sant Esidrio.
27. Planto de España.
28. Profecía de Mahoma sobre España.
29. Raçonamiento de Muçe.
30. Adoa para quando tronará.
31. Varias oraciones.

LXI.

Bib. Nac. de París, 8462, 2. Ochoa, *Catál.*, núm. 27.

Un tomo en 4.º de 202 hojas, escrito en car. lat. del siglo xvii, enc. en pasta muy vieja.

«Discurso de la luz, y descendencia y linage claro de nuestro caudillo y bienaventurado Profeta Mohamad *çalam* acopilado y compuesto por el siervo de Alá y mas necesitado de su piedad y perdonanza Mohamad Rabadan, Aragonés, natural de la Villa de Rueda de Jalon, el año del Nascimiento de Hice, *alehiçalem*, de 1603: convéngalo Alá con su piedad. Van añadidas la descriçion y asiento de los Israelitas y su descendencia y la historia del día del Juicio, un calendario de las doce lunas del año y por remate los noventa y nueve nombres de Alá.» (V. número LXVIII.)

LXII.

Bib. Nac. de París. Arab. 482. Bournoville, capitaine général en Catalogne.

Alcorán y recetario aljamiado al fin.

Noticia comunicada por D. Pascual de Gayangos.

LXIII.

Bib. Nac. de París.

Códice sin principio, que contiene:

- 1.º Empieza: «Dixo él, no quiere Allah aquello ni lo manda á los creyentes, y envió á mandar que lo ficiese Abibacri y dixierongelo á Omar;» fol. 1.
- 2.º «Esta es l'allahomma de la fe;» fol. 39 v.
- 3.º «Las demandas que fizieron los diez sábios de los judios al anabí Mohammad;» fol. 73.
- 4.º «Capítulo que fabla en los cinco açaláes;» fol. 74.
- 5.º «L'alhadiz de Omar;» fol. 244.
- 6.º «Este es un rracontamiento de los escándalos que han de acaecer en la çaguería de los tiempos en la isla de España. Fué rracontado por Alí Ebno Jabir Alfere-sio;» fol. 278.

Nota suministrada por D. Pascual de Gayangos.

LXIV.

Bib. Nac. de París. S. Ar. Núm. 263.

Prières: 188 hojas.

Manuscrit en caractères arabes, en espagnol. Le volume faisant partie de la Collection des manuscrits espagnols de Llorente, et qui était inscrit sous le num. 19, il aurait appartenu a un maure d'Espagne appelé Rodrigo el Rubio originaire des environs d'Albeta, en Aragon, qui fut pour ce seul fait traduit devant l'Inquisition en 1567. Voyez la notice détaillée de ce volu-

me placée dans le fonds Llorente, avec un calame ou roseau encore teint d'encre, le quel dut servir de pièce d'appui.

Signé, REDNAUD.

- 1.º Azora XCIX del alcorán.
- 2.º Aquesta es l'alfadila del dia de axora; fol. 2.
- 3.º Aquesta es l'alfadila del dia del alchomúa; fol. 5. v.
- 4.º Á siete de marzo fué la vintisetena noche del mes de ro-
madan; fol. 10 v.
- 5.º L'alhadiz del anabí, cuando puyó á los cielos; fol. 12.
- 6.º Estos son los dichos de Bias, los cuales son los siguien-
tes, y para ser bien entendidos, piense el leytor que
cada sábio habla con él; fol. 61.

Mírate todos los dias
que vivieres al espejo;
toma de mi este consejo.

Si juzgas qu' estas hermoso
sin hallar en tí çoçobras,
pareçcañ á ti tus obras.

Si vieres tu gesto feo
trabaja como la lumbre
con nobleza de costumbres.

- 7.º Acabáronse los dichos de escribir el çaguero de marzo
del año de mil quinientos y sesenta tres años; fol. 80. v.
- 8.º Capítulo de como se a de tratar con qualquiera presona
de edad que está á la muerte, sea oubre ó muger el
que está doliente; fol. 82.
- 9.º Año de mil y quinientos y sesenta y seis, á diez dias de
setiembre, tomé el huerto de Lope Jimel, izo la carta
Pellares el de alberite y en sus notas está y allí lo ha-
llarán toda via que fuese menester; fol. 83 v.
10. Alhotba primera de Pascua; fol. 91.
11. Memoria del regimiento de como se face el açala; fol. 93.
12. Alhotba segunda de Pascua; fol. 110.
13. Dixo Allah en su alcorán, ize probó á Ibrehim; fol. 114.

14. Capítulo de quien alexa ó abrá lexado l'açala por torpeza, despues se rrepentiria; fol. 120.
15. Capítulo de lo que debe fazer el muslim ó la moslima cuando se le muere padre ó madre; fol. 192.
16. La peticion que onbre debe fazer ad Allah; fol. 136.
17. Remembrancha de los dias aquellos que puso Allah en ellos nozimiento sobre los de Beni-Israil; fol. 138.
18. De los escogidos dias de la luna; fol. 139.
19. Fué rrecontado por Atrima ibno Abén; fol. 140.
20. Estos son los meses del año, con las alfadilas; fol. 158.
21. Predicar muy onrado para el mes de Xaben; fol. 171.

Nota suministrada por D. Pascual de Gayangos.

LXV.

Bib. de la Universidad de Upsal. CCCLXXXV.

Código así descrito por Tornberg (*Codices arabici, persici et turcici Bibliothecae regiae Universitatis Upsalensis*, 1849).

Capita Corani, *hispanice* versa, litteris vero arabicis, quas vocant, *africanis* scripta. De hujus generi libris cfr. *Notices et extraits*, tomo IV, pág. 626 et 199. Initium:

Capítulo para saber el gualardon de las obras. Á lo mas de lo dicho es forçoso al creyente saber á lo que está.....

Cfr. O. Celsius, *Centuria librorum*, pág. 2.

Cod. in oct., chartae europ. pessimae fol. 49, versuum 17-22, char. horrido, et atramento paene evanescente negligentius exaratus. Teg. corii occid.

Sparvenfeld, 2; Ochoa, *Cat.*, pág. 8.

LXVI.

Bib. de la Universidad de Upsal. CCCLXXXVI.

Código así descrito por Tornberg (*Cod. ar.*)

Liber qui ejusdem ac praecedens, formae et indolis, *capita* quoque *Corani et preces* continet. Sic incipit:

Goçará gloria infinita, ó de pena durable si se inclinare á las torpes y feas costumbres.

Cod. in oct., chartae europaeae, paullo melioris ac cod. praecedens, foll. 94, char. africano magis distincto exaratus. Teg. corii occid.

Sparv., 3.; Ochoa, *Cat.*, pág. 8.

LXVII.

Bib. de la Universidad de Upsal. CCCCXIV.

Códice así descrito por Tornberg (*Cod. arab.*)

Litteris et lingua Hispaniae scriptus liber de officiis et praecipis religionis Muhammedis ad normam et regulas Abuhaniae proposita. Proemium sic incipit:

«Mi buena boluntad me disculpe el atreberme a escrebir En diferente Regla de la que sigo, pero el deseo de que los hermanos andaluçes que se aReyGaron en tieRa donde se sigue La del excellente.....»

Tractatus ipse, qui in fol. 21 incipit, in 19 capita divisus est.

Cod. in 16.º chartae europ. tenuis foll. 125, versuum 12, bene scriptus. Teg. corii occid.

Núm. 40 del catálogo de Sparvenfeld, 1706. Ochoa, *Cat.*, página 8.

LXVIII.

Museo Británico: Harl. 7504.

Un tomo en 4.º de 351 hojas, letra y papel del siglo xvii. Car. lat.

(Gayangos, *Cat. of. mss.*, pág. 31.)

«Discurso de la luz y descendencia y linaje claro de nuestro caudillo y bien aventurado anabi Muhamad, *çalam*. Compuesto y acopilado por el siervo y más necesitado de su perdonança Muhamad Rabadan, aragonés, natural de Rueda del rio de Xalon: repartido en ocho ystorias, etc. Fué conpuesto el año de 1603 del nacimiento de Içe *alehiçalem*.»

Siguen unas oraciones en árabe; luego la tabla, y después los cantos en esta forma:

1. Canto primero en que se dedica este libro á solo Allá criador de toda cosa; fol. 19.

2. Canto primero en el qual cuenta la criazon y formacion del mundo hasta la caida de nuestros primeros padres, con todo lo que fué de su prevaricança; fol. 26.

3. Segunda ystoria que habla del enjendramiento de Sez: segunda parte de la Luz y los que descendieron hasta Noh, *alehizalem*; fol. 50.

4. Tercero canto. Trata del diluvio de Noh y pasa á la varonia de la Luz hasta Ibrahim, donde se cumplió la segunda Edad del mundo; fol. 60.

5. Ystoria de Ibrahim *alehizalem* compuesta en verso suelto. Comiença desde su nacimiento y lo que le vino con el Rey Namerud; fol. 73.

6. Segundo canto de la ystoria de Brahim *alehizalem*. Comiença desde su nacimiento y lo que le vino con el Rey Namerud; fol. 84.

7. Tercera ystoria de Brahim *alehiçalem*; fol. 95.

8. Canto quarto de la istoria de Brahim *alehiçalém*; fol. 102.

9. Canto quinto de la istoria tercera de Brahim *alehiçalem*; fol. 108.

10. Cuéntase en este canto la línea de Izhaq, patron de los judios y cristianos, y el asiento del pueblo de Israel, y los grandes hechos de los anavies que de aquí procedieron hasta Ice *alehiçalem* y las ventajas que de cada uno eredamos, que fué el principal motivo de hacer este libro, porque avia muchos ynorantes de ellos; fol. 121.

11. Ystoria quarta del Discurso de la Luz de Muhamad *çalam*. Acábase de declarar el asiento de los dos pueblos de Israel y de Arabia; fol. 187.

12. Ystoria de Hexim, hijo de Abdulmunef y bisagtielo de nuestro anabi Muhamad *çalam*; fol. 144.

13. Segundo canto de la istoria de Hexim. Trata la conclusion de su casamiento; fol. 162.
14. Canto tercero de la quinta ystoria; fol. 162.
15. Cuarto canto de la istoria de Hexim. Trata su muerte y nacimiento de Yaibacanas; fol. 175.
16. Ystoria de Abdulmutalib, cuyo nombre se llama Jaibacanas, hijo de Hexim; fol. 183.
17. Segundo canto de la istoria de Abdulmutalib; fol. 168.
18. Tercero canto de la ystoria de Abdulmutalib; fol. 205.
19. Cuarto canto de la istoria de Abdulmutalib; fol. 221.
20. Ystoria de Abdullahi, hijo de Abdulmutalib, y del discurso de la luz del Muhamad *çalam*. Trata los hechos de Abdullahi, padre del anavi, *alehizalem*, hasta su muerte; fol. 224.
21. Segundo canto de la istoria de Abdullahi; fol. 238.
22. Ystoria de nuestro anavi Muhamad *çalam*. Trata su nacimiento; fol. 224.
23. Canto segundo de la declaracion del onrado Alcoran, y las propiedades de nuestro anavi Muhamad, *çalam*; fol. 260.
24. Canto tercero de la istoria de nuestro anavi Muhamad *çalam*. Trata el subimiento y enxalçamiento de los cinco azalaes; fol. 270.
25. Canto de la declaracion del azora de Alhamdu; fol. 286.
26. Canto á la muerte de nuestro anavi Muhamad, *çalam*; fol. 292.
27. Ystoria del Espanto del dia del Juizio, segun las aleas y profecias del onrado Alcoran; fol. 305.
28. Canto segundo de la istoria del dia del Juizio; fol. 318.
29. Canto de las lunas del año. Cuéntase los ayunos y dias blancos y azalaes que se an de hazer y las racas en cada dia; fol. 327.
30. Los noventa y nueve nombres de su divina majestad; fol. 327.

Este códice fué comprado en septiembre de 1715, en Tesator (quince leguas al O. de Túnez), á Hamuda Busisa, médico, por

J. Morgan, quien tradujo su contenido al inglés, excepto el canto de los nombres de Allah, en su obra *Mahometism fully explained*: Londres, 1723-1725.

D. Pascual de Gayangos imprimió el Prólogo y las historias de Hexim y Abdulmutalib, en su traducción de la *Historia de la literatura española* de Ticknor, 1856, tomo IV, pág. 275. El mismo imprimió algunas partes del canto de las Lunas en el *Memorial histórico español*, 1853, tomo V, págs. 303, 309, 327.

Lord Stanley de Alderley ha publicado la obra íntegra en el *Asiatic Journal*, desde 1867 á 1872 (V. núm. LXI).

LXIX.

Bib. de la Universidad de Bolonia, D. 565.

Un tomo en 4.º, de 313 hojas, con este rótulo: *Apologia pro Christianis contra..... ahmedis persæ speculum*.

Primer libro.—Fol. 1.—Corónica y relacion de la esclarecida descendencia xarifa, los que binieron de Ali ebnu abitálib y la muerte de al huçain, *radi alahu anhu* y los que fueron prosiguiendo del y otras cosas no menos curiosas y probechosas, traducido de arábigo en castellano en túnez, año de 1049. Es una composición en verso, de la cual se copian para muestra estas estrofas:

«A lo que Dios ordena,
Y está en su eternidad determinado
Si es para premio ó pena,
Sin remedio a de ser executado;
Unos glorificados
Y otros para la pena condenados.
Siendo mi bisaguelo
Mensajero de Allá el más querido,
Y siendo Alí mi agüelo
Ebnu abitálib el que fué escogido
Esposo de la madre,
Y el hijo de los dos huçain mi padre,

Cúmplase lo ordenado,
 Salgamos de la cárcel de esta vida
 Do el bien della es prestado,
 Gocemos de los bienes sin medida,
 Y con balor entremos
 Contra los enemigos que oy tenemos.»

Al final del libro dice: «Echen una fátaha por el amo del libro, que su entencion fué buena en sacarlo este libro con su dinero de arábigo en castellano porque se olgasen los de su casta, y es ache mehemed Rubio aragonés de billafeliche.»

Segundo libro.—Fol. 115.—A onrra del nacimiento y venida de nuestro escogido ceiydne mujmed, Embajador de Dios nro. Señor para todo el género humano, sobre quien sea la bendicion de Dios nuestro Señor y sobre todos los que lo siguen. Se hizo este tratado, ynterpretacion de algunos milagros que hizo el santo profeta, escritos en arábigo y aprobados y verificados por el sábio de los sábios cadi supremo hiyad, hijo de muça, hijo de hiyad El yahçovi, andaluz de la ciudad de Córdoba, el cual libro está recibido en la mayor parte del mundo, que por su causa estiman los sábios de levante á los de poniente, que dicen en proverbio arábigo: «si no fuera por hiyad no se mentara el poniente» (sigue diciendo el traductor que lo traduce por ser el romance más conocido de los españoles que el árabe). Fué escrito en el año 1044.

Tercer libro.—Fol. 152.—Tractado de una carta que escribió Ehmed bencaçim bejarano, intérprete ó turchumén de los rreyes de Marruecos, y es el que interpretó el libro pasado, que contiene la grandeza de los milagros de nuestro santo profeta, de los libros verdaderos y ciertos y rrecevidos de los grandes savios, y la carta la habia escrito muchos años antes de la Côte de París á los andaluces que asistian ó vivian en Constantinopla, el 1.º de 1021, ó sea 1612 de los cristianos por el mes de mayo.

Cuarto libro.—Fol. 158.—Interpretacion de un sermon que hizo en arábigo un gran sábio, se entiendo que fué en los fines

del mes de ramadan, y se hizo la interpretacion á pedimento del hache muhemed rrubio andaluz, por mano del siervo de los siervos de allá Ehmed bencaçim bejarano, hijo de Ahhmed, hijo del alfaquí cacim, hijo del saih El Hamarí andaluz. Hízose en tunez estando de vuelta del Hiche. El cual abia asistido en Marruecos, despues que pasó de España treynta y seis años, adonde fué yntérprete del rey muley zeydén y de sus hijos, que Dios perdone que fueron rreyes despues dél.

Quinto libro.—Fol. 201.—Fardes, çunas y fadilas del guado y çala.

Después «los dias buenos ó menguados de cada luna;» folio 304.

Noticia sacada del original por D. Antonio Gómez, Colegial de San Clemente de Bolonia, y remitida por el Rector del mismo Colegio, D. José María Irazoqui.

LXX.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, S. 4.

Códice que principia en la pág. 64, completo en el resto, y que está titulado en el tejuelo «Galardones.» Escrito en caracteres latinos y con signos especiales en equivalencia de ciertas letras árabes.

Contiene:

- 1.º El final de un capítulo sobre «el gualardon de los ayunos de los dias de targuih y arafe.»
- 2.º «Capítulo del gualardon del dayuno del dia de axora.»
- 3.º «Capítulo del gualardon del aççala de la noche de medio de Xaaben;» fol. 66.
- 4.º «Capítulo del gualardon del aççala de la noche ventinobena de xaaben;» fol. 67.
- 5.º «Unas deboçiones muy buenas;» fol. 68.
- 6.º «El Alhadiç de la muerte de bilel ybnu hamemah, pregonero del annabí muhamed çam;» fol. 70.

- 7.º «El alhadiç del ahorcado en el tiempo de degud *aleyhi çalem;*» fol. 74.
- 8.º Historia de la conversión de un mancebo pecador, referida por meliq ybnudinar; fol. 79.
- 9.º «Alhadiç de un Rey de alyaman con el annabi muhamed *çam;*» fol. 85.
10. «Alhadiç de caabulahbar de quando se bolbio muçlim y porque causa;» fol. 33.
11. «Alhadiç del naçimiento de *Yçe am;*» fol. 99. Contiene toda su historia hasta su muerte.
12. «Monestacion de pasqua, si querra Alb;» fol. 128 v.
Fol. 140, dice: «sacóse de letra de muçlimes. Costó su orígen 80 sueldos. Queda por copiar una Rogaria de 6 ojas, que por ser en copla y mal compuesta no la e copiado.»
13. «El alfadila del dayuno de Racheb;» fol. 140.
14. «El alfadila del mes de jaben;» fol. 145 v.
15. «El alfadila del mes de Ramaddan el engrandecido;» fol. 151. Interrumpido en el fol. 163, donde falta un cuaderno de doce hojas.
16. Desde el fol. 176 continúan unos consejos dados por Mahoma á Alí, al final de los cuales, en el fol. 202 v., están los «çinco almalaques que ymbia Alh á todo muçlim,» etc.
17. Coplas sacadas de los castigos del hijo de edam;» folio 205.

LXXI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, S. 2.

«De la crehencia y lo que debe saber el Mahometano y otras cossas curiosas.»

Códice en 4.º, en caracteres latinos, sin la primera hoja, y con título escrito en la guarda. Encuadernación africana, papel del siglo XVII; letra gallarda, disposición material arábica.

Perteneció á la Bib. Nac. (Cc. 172), y se vendió con los libros de Conde, según parece.

Está compuesto por un morisco de la expulsión, en Túnez.

LXXII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, S. 3.

Un tomo en 4.^o, en caracteres latinos, letra y papel del siglo XVI; falta del principio.

Contiene el «Breviario çunni» de D. Ice de Chébir, como manifiesta la subscripción, que dice así:

«Cumplióse este libro intitulado Brebiario çunni que rrecopiló el onrrado sabidor don Yçe de Xebir muftí, alfaquí mayor de los muçilimes de Castilla, alimem de la muy onrrada alchamaa de Segovia en l'almaçhid de la dicha ciudad, en el año de mil quatrocientos y sesenta y dos. Conbengalo el Soberano en su santa gloria, *emin: ya rabi ylalamina.*»

Al final las azoras *colhua* y *culauo*, en car. lat.

Este códice fué de la Biblioteca Nacional, Cc. 169, y se vendió con los libros de Conde; y según dice una papeleta que hay dentro del libro, fué encontrado á Juan López, converso y vecino de Villafeliche, cosido en el jubón.

V. los números II y III.

Impreso en el *Memorial histórico*, tomo V.

LXXIII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, S. 4.

Un tomo en 4.^o, escrito en car. latinos, que contiene las «Le-yes de moros.»

Es copia de un ms. de principios del siglo XIV que se conservaba en el Colegio Mayor de San Ildefonso en Alcalá, y se perdió hace mucho tiempo. Esta copia perteneció á Abella, y de

ella se sacaron otras dos que se conservan en la Real Academia de la Historia. Se imprimió en el *Memorial histórico español*, tomo V.

LXXIV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, S. 3.

Un tomo en folio de 215 hojas.

«El hundidor de cismas y erejias.» Traducción del «*Tedehib* de Abumuça çædi ybinuhalef ybnu abilcaçem alberadü,» hecha en Constantinopla en 1606 por «ali ybnu muhamad ybnu hader bezino de Constantinopla,» que dice no ser «español natural,» pero había estado en España.

Trata primero de los ritos religiosos, luego del matrimonio, y al fin de los contratos.

LXXV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 4.

Devocionario en 12.º, encuadernado con broches, estilo del siglo xvi. Tiene dos adornos bien dibujados. Papel del siglo xv al xvi. Contiene:

- 1.º Los 37 lugares del Alcorán donde se anuncia la unidad de Dios con sus virtudes morales y curativas; 19 hojas.
- 2.º Los 99 nombres de Allah, con la oración para invocarlos, en árabe; 4 $\frac{1}{2}$ hojas.
- 3.º Los adoás «de grandísima alfadila, de mucha gracia, de yuçof, del anabí Mohamad, de açahifa mobaraca, de grandísimo gualardon y gracia, tesoro de los tesoros de l' alarx, del caminero, que rrogaba con él el anabí Mohamad, de mucho gualardon y gracia, para todo espanto, que se dizén en los siete alhaicales, de açahifa, (para estar en guarda de Allah);» 72 hojas en árabe.
- 4.º «La carta de la muerte,» en árabe; 5' hojas.
- 5.º «Hirze alguazir,» en árabe con menudísimos caracteres,

y su explicacion aljamiada con letras encarnadas; 10 hojas.

- 6.º Adoáes: «para cuando abrás comido, para cuando te acostarás, para cuando te levantarás, para cuando querrás ir camino, para cuando tronará, almorcida;» 9 hojas en árabe.
- 7.º Alcorán abreviado (V. núm. I) hasta la azora LXVII inclusive, y además el versículo II, 159, texto árabe; 38 $\frac{1}{2}$ hojas.
- 8.º «El adoa para demandar perdon,» texto y explicación en árabe; 2 hojas.
- 9.º Palabras de Mahoma referidas por Ayexa, en árabe; una hoja.

En la última guarda hay una fecha de 1554, en caracteres latinos.

En la primera se dice haberse hallado en 1770, en Morés, y está borrado; pero el Sr. Gayangos dice haberlo comprado en Larrache á un moro Mohammad amonesill, que decía tenerlo heredado de sus abuelos.

LXXVI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 2.

Devocionario en 12.º con encuadernación árabe, papel estoposo del siglo xv, adornos de pluma groseros. Faltan algunas hojas.

Contiene:

- 1.º Los siete alhaicales, con una introducción aljamiada.
- 2.º Los adoáes, «muy bendito, para cuando ternás algun pienso, de açahifa» (sin principio), «para cuando te acostarás, para cuando te levantarás, de la carta» (sin concluir la introducción ni empezar el texto), «para cuando irás camino, para cuando tronará, para cuando entrarás en la meçquida, para cuando salrrás de la meçquida:» texto árabe.

- 3.º «El sueño que soñó un çálih en la Ciudad de Tuneç.»
 4.º Adoa de Mahoma, en árabe.

En la primera guarda consta que fué llevado el libro en 1552 á Almagro por un vecino de Daimiel.

LXXVII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 3:

Devocionario árabe con epígrafes y explicación en castellano; groseramente adornado con viñetas de colores. Papel siciliano del siglo xvi. Letra antigua.

- 1.º El primer capítulo del Alcorán.
 2.º Los 37 lugares del Alcorán en que se dice la unidad de Dios.
 3.º Adoa con ataçbihes.
 4.º Los 99 nombres de Allah.
 5.º «Capítulo de los siete alhaicales y l'alfadila suya.»
 6.º Adoa revelado á Mahoma la noche de su subida al cielo.
 7.º Adoáes «de Edam, de Ibrahim, de Nuh, de Muçe, de Içe y del annabí Mohamad.»
 8.º Adoáes: «para cuando te acostarás, para cuando te levantarás, para cuando querrás ir camino, para cuando tronará, para cuando entrarás en la meçquida, y cuando salrras de la meçquida, para fazer ir todo pienso, para rrogar el onbre por él y por su padre y madre.»
 9.º «Alherze muy bendito y de gran albarán y guardamiento muy gran.» Con una historia del que salvó con él su cabeza. Es una letanía de *leilakis*.

LXXVIII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 4.

Un tomo en 4.º sin principio ni fin; pero con muy poca falta. También faltan hojas intermedias.

Ritual mahometano, escrito con alguna elegancia y con profusión de adornos y encabezamientos cúficos. Contiene:

- 1.º El final de «la orden y la regla de las lunas por la cuenta de los muçlimes.» Abraza las del Chumadâ elaher, Recheb, Xaabán, Ramadan y Xagual.
- 2.º «Capítulo, porqué y como y cuando se a de facer el atahor y su inbocacion.»
- 3.º «Capítulo, porqué y como se a de facer alguado.»
- 4.º «Capítulo, del alidén y de la alicama para los açalás.»
- 5.º «Capítulo, con cuantas cosas y como se cunple el açala adeudado» (sin concluir).

LXXIX.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 5.

Un tomo en 8.º de 118 hojas. Papel de fines del siglo xv, adornos de colores á estilo de códice coránico; encuadernación en pergamino.

ẖarhe y declaración de las alugaracas.

Contiene una traducción parafraseada de la abreviación del Alcorán (V. núm. I), sin texto árabe; con los versículos II, 158 y LIX, 18-24.

Al final un comentario y una oración traducidos palabra por palabra.

LXXX.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 6.

Devocionario árabe en 8.º, con epígrafes y explicaciones en aljamía. Falta el principio, así como algunas hojas intermedias, y está mal encuadernado en algunas partes.

Contiene:

- 1.º Alcorán, XXXIII, 41—43; XXXVI; XXXVII, 34; XXXIX; XI, 2, 3, 64, 67; XLIV, 6, 7; XLVII, 21; LIX,

- 18—24; LXIV, 12, 13; LXVII; LXXI, 29; LXXIII, 9, 20 (mitad); CXII, CXIII, CXIV; fol. 1.
- 2.º Unas letanías; fol. 15.
 - 3.º Los nombres de Allah (sin principio); fol. 17.
 - 4.º Adoães «rrespuesto, para salir y entrar en casa, y para cabalgar;» fol. 18.
 - 5.º Alcorán, LXXII, 10; LXXIII, 1—19; LXXVI, mitad del 11—31; LXXVII; fol. 20.
 - 6.º Tablil dictado por Mahoma; fol. 27.
 - 7.º Alcorán, XC, 4—XCVIII, mitad del 1; fol. 28.
 - 8.º Adoães sin principio, sacados del Alcorán; fol. 34.
 - 9.º Formulario del alguado y del azala; fol. 38.
 10. Azala y adoa sobre el muerto; fol. 45.
 11. Alcorán, C—CXIV, 1; XCVIII, mitad del 7, 8; XCIX, C, encabezamiento; CXIV, 2—6; fol. 48.
 12. Final del libro, que expresa estar eserito por Abderrahmán Lamora, á 23 de julio de 879 (1474).
 13. Siguen añadidos los versículos del Alcorán II, 1—4, 158, 256—259, 284—286 sin concluir.

LXXXI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 7.

Cuaderno en 8.º en pergamino con botón, de ocho hojas; letra muy mala y grosera del siglo XVI; papel del mismo tiempo.

Contiene:

- 1.º Una súplica á Allah, en verso.
- 2.º Una declaración de Mahoma sobre el azala de despedida del mes de Ramadán.
- 3.º Una oración común.

En la primera hoja hay una cuenta de arrobas de 36 libras y 12 onzas.

Lo adquirió el Sr. Gayangos en enero de 1875 en la calle de Carretas.

LXXXII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 8.

Códice en 8.º, encuadernado en Inglaterra, procedente de la venta de Conde (núm. 1317). Letra y papel del siglo xvi, idénticos á los del Mancebo de Arévalo, con cuyo libro estuvo en poder del mismo sujeto que anotó al margen algunas palabras.

Contiene:

- 1.º Alcorán abreviado, con el v. II, 158.
- 2.º Un atahietu en árabe.
- 3.º «La órden y rregla de las lunas por la cuenta de los muçlimes, y lo que se contiene en dicho debdo.»
- 4.º Un tratado de los cinco azaláes, comentario de un texto árabe.
- 5.º «Las demandas de Muçe.»
- 6.º «Pedricacion en el nacimiento del anabí muy bendito.»
- 7.º «La orden que se a de decir á dos que se casan.»
- 8.º «El adoa de fe; y sea escrito al muerto en pergamino ó papel» (en árabe).
- 9.º «Una rrogaria para denpues del açala» (en árabe).
10. Capítulos. «Para la muger que no puede parir.—Para la muger que no puede echar la criatura muerta.—Para saber la moça si es vírgen ó el moço.—En los sueños.—Para quando la muger estuviese de parto afincada y no podrá parir.—Para concebir la muger.—Para la muger que tiene la criatura muerta en el vientre.—Para la muger que no podrá parir y terná la criatura muerta.—Para concebir la muger.—Para que se empreñe cualquiera muger.—Para la muger que no pueda parir.»

LXXXIII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 9.

Cuaderno de 5 hojas en 4.º, papel de la segunda mitad del siglo XVI, que contiene:

- 1.º Formulario matrimonial.
- 2.º La historia de Salomón y la madre de l'alhabiba, con la cédula contra sus hechizos.
- 3.º «Capítulo de un alherz para l'alhabiba.»

Precede una larga explicación de letra de D. Faustino Borbón, demostrando que el contenido es todo de ciencia cabalística ininteligible. Sigue luego una réplica de Gayangos, que declara ser aljamía.

LXXXIV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 40.

Cuaderno de 6 hojas útiles en 4.º, papel del siglo XVI, que contiene «la alfadila y gualardon» de la azora XCVII.

En la guarda hay una nota diciendo ser un comentario del Zanatí, Doctor mahometano, sobre la Sura 97, y debajo una rectificación de Gayangos.

LXXXV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 41.

Cuaderno en 4.º, letra y papel del siglo XVI, que contiene:

- 1.º Un hirze con palabras griegas y hebreas, y nombres de ángeles, en árabe, y después una larga explicación aljamiada sobre su eficacia en enfermedades y contra-tiempos, con el modo de usarlo.

- 2.º Cuatro azaquifas, invocaciones á las cuatro estaciones, á los ángeles de los meses romanos, y á los cuatro vientos cardinales: en árabe, sin principio.
- 3.º Ángeles de cada día de la semana, en árabe.
- 4.º «Alhirze alcáçem,» enseñado por Mahoma á Alí; con su explicación en árabe, terminado por fórmulas cabalísticas.
- 5.º Oración mezclada con palabras hebreas.

En la primera guarda hay un borrador de carta pidiendo á un Grande permiso para pasar á un pueblo por no permitir el Cura la residencia al morisco.

En la última guarda hay el principio de un testamento de Antonia Pastor, mujer de Josef Tello, vecino de Urrea de Gaen.

LXXXVI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 42.

Códice muy deteriorado en su parte inferior, en 4.º, papel variado, desde mediados del siglo xiv hasta principios del siglo xvi. Fué encontrado en Morés, enterrado y envuelto en una bayeta.

Contiene:

- 1.º Alhadiz de Yuçof: desde el principio hasta la historia de Zalifa; 7 hojas, le falta la 8.^a, y sigue en la primera plana de la 9.^a, donde concluye para empezar á escribir otro asunto de la misma mano; fol. 1.
- 2.º «L'alhadiz de Ibrahim.» El resto de la hoja 9.^a y cuatro más.
Contiene la historia completa del sacrificio de Ismael; fol. 9.
- 3.º Los primeros versos de una historia de Fray Leonis, en el resto de la página: lo demás falta; fol. 14 v.
- 4.º Historia del nacimiento de Mahoma, sin principio ni fin, seguida del «fendimiento del vientre;» fol. 14.

- 5.º Historia de un solitario israelita; fol. 18.
- 6.º El castigo de Omar á su hijo (sin concluir); fol. 20.
- 7.º Relación del ruego de un mancebo por el alma de su madre, por intercesión de Mahoma (sin principio); fol. 25.
- 8.º El alhadiz del lagarto que habló á Mahoma; fol. 26.
- 9.º El alhadiz de la muerte de Mahoma; fol. 29 v.
10. El alhadiz de Bilel (sin concluir); fol. 34 v.
11. La disputa con los cristianos (sin concluir); fol. 36.
Un fragmento de cuatro hojas, con principio, y otro de dos, más antiguo. Acaban en el mismo sitio.
12. El alhadiz del baño de Zariab (sin principio), novela cordobesa; fol. 42.
13. «Recontacion muy buena que conteci6 á una partida de çalibes;» fol. 45 v.
14. «Alhadiz de Temim Ader» (sin concluir); fol. 49 v.
15. Explicación de algunas palabras de una obra de Algazalí, hecha en aljamía por el claro alfaquí Abu Abdalá Mohamad Algazí, Albaní, Halichí. Una hoja, como si fuera la guarda; fol. 58.
16. Dos alhotbas en árabe; fol. 58 v.
17. «El açala de despedida de Ramadan;» fol. 76.
18. Texto y traducción parafraseada del cap. XXXVI del Alcorán (sin concluir); fol. 77.

LXXXVII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 43.

C6dico en 4.º, muy deteriorado, sin principio ni fin. Papel del siglo XVI.

Contiene:

- 1.º Pron6sticos acerca del a±o, seg6n el d±a de la semana en que empieza (sin principio); fol. 1.
- 2.º «La desengañacion que izo l'axaitan al anabí Mohamad;» fol. 3 v.

- 3.º Adoa y rrogaria para la piedra, sin acabar; fol. 20 v.
- 4.º Devoción para terminar un ayuno (sin principio); fol. 27.
- 5.º «La rrespuesta del muftí de Oharan,» fechada á principio de Reheb de 910, y copiada á 3 de mayo de 1563; fol. 28.
- 6.º «Nombramiento de los cuartos del año,» con ciertas imprecaciones, seguido de los ángeles y chinos de cada día de la semana, y el modo de introducirlos en alhirces, algazimas y anoxaras (sin concluir); fol. 32.
- 7.º Alcorán abreviado (V. núm. 1), con traducción comentada; falta I-II, 2, y hay además II, 159 y LIX, 18-24; fol. 35.
- 8.º Discurso ó alhotba en árabe y aljamía sobre los atributos y excelencias de Allah; fol. 125.
- 9.º «Adoa para decir cada mañana,» árabe y aljamía; fol. 128.
10. «La orden que se debe llevar en el servicio de Allah.» Devocionario para levantarse, hacer alguado, ir á la mezquita y estar en ella. Al fin principian los nombres de Allah en árabe; fol. 131.
11. «La carta del muerto;» fol. 139.
12. Recetario vulgar; fol. 141.
13. Nombres de las lunas y días señalados en ellas; folio 145 v. En las hojas blancas del pliego siguen dos advertencias sobre el alguado, una *leyleha*, una «aleya para el dia seteno» y cierta prueba con los orines.
14. Anoxara de Mahoma; fol. 150. Siguen un conjuro para dolencias, una explicación de ciertas fiestas y ayunos, un conjuro contra el pedrisco, y otra anoxara bárbaramente escrita, donde se lee *Adonái Sabaot*. Luego una nota en que dice que corre el año 995, correspondiente al 1586.
15. L' alfadila y gualardon de los meses de Reheb y de Xaban;» fol 154 v. Á la vuelta de una hoja, las atacbiras de la mañana de Pascua.

16. «Regimiento para fazer los cinco açaláes» (sin concluir); fol. 165.
17. Alhotba ó monestación sobre los preceptos de la ley musulmana (sin principio); fol. 166.
18. «Los escándalos que han de acaecer en la çagueria de los tienpos en la isla de España;» fol. 172.
19. Ataçbihes que parecen ser el adoa del arnés, que luego se explica; fol. 178.
20. Los cinco almalaques que envía Allah á todo muslim cuando muere; fol. 195.
21. «Las demandas que hizo Sargil, hijo de Sarjon, ad Abu-Becri y Alí ibno abi Taleb;» fol. 197 v.
22. «L'alfadila del mes de Ramadan;» fol. 207 v., seguido repentinamente de un trozo final de las demandas de Muçe en el fol. 211. Luego un *abuched* africano.
23. «Recontamiento de cuando fabló Muçe con Allah sobre del monte de Tor Siné;» fol. 214.
24. «Los castigos de Alf;» fol. 221 v., que empiezan por el hado de los hijos, según el día en que son engendrados.
25. «Las demandas de los judíos al anabí Mohamad;» fol. 234.
26. «L'açala del muerto,» con la última hoja rota; fol. 247 v. Sigue un fragmento con un trozo de Alcorán.
27. Hoja suelta de una alhotba sobre los castigos del infierno; fol. 252.
28. «Istoria seisena, del nacimiento del anabí;» fol. 253, precedida del final de una oración.
29. «Istoria del fundamento del adin del aliclem;» fol. 266 v., hasta la última hoja; fol. 272.

LXXXVIII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 44.

Carta de Aldosindo sobre la batalla de Clavijo.
18 planchas grabadas, en folio.

Ficción del P. Echeverría, que supuso la aprobación de Tamarid.

Aljamía de nuevo género y carácter de letra imitado al impreso.

LXXXIX.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 45.

Un cuaderno en 4.º de 30 hojas.

«Práctica de medicina.»

Contiene dos partes, al parecer. Una de Ibn Zohra, y otra de un famoso alím, cuyo nombre está tachado.

Castellano, latín y árabe están escritos alternativamente, con caracteres latinos y árabes, y muchos periodos hay escritos con palabras de los tres idiomas indistintamente. Otras veces se explican en castellano las palabras más difíciles. Tiene fechas desde 1514 á 1530.

XC.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 46.

Códice en 8.º, papel italiano del siglo xvi, que contiene dos cuadernos.

- 1.º Colección de recetas tomadas de diversos doctores y de lo que el colector mismo ha visto. En 4.º, papel de la segunda mitad del siglo xvi. Al principio hay una carta á Antón Ferrando de erreruela, fechada en 1567.
- 2.º Itinerario de Venecia á España por tierra. Llega hasta Mollet, cerca de Barcelona. Habla del Rey Felipe y del «príncipe de Condé, cabeza de los luteranos,» y al fin tiene una fecha de 976 años del nacimiento de Mahoma.

XCI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 47.

Códice en folio con varios adornos y viñetas hechas á pluma en negro, y encuadernación en pasta á estilo arábigo.

Contiene:

- 1.º El libro de las luces, de Abulhasán albecrí. Al final dice que lo escribió «Alí Rojel, fijo de Mohamad Rojel.»
- 2.º «Adoa de mucha alfadila y gualardon;» fol. 130.
- 3.º «La estoria del dia del juicio;» fol. 138 v.
- 4.º «Estoria del puyamiento del anabí Mohamad á la corte celestial;» fol. 160 v.
- 5.º Última página de una «Relacion de las lunas del año» (no debe faltar más que una hoja); fol. 180 v.
- 6.º Alhotba sobre el açala y el castigo de su dejador; folio 181 v.

XCII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos. T. 48.

Códice en folio, forrado en badana, algo deteriorado, adornado con viñetas de colores bien dibujadas, papel del siglo xvi. Procedente del hallazgo de Morés.

Contiene:

- 1.º «El alhadiz del anabí Mohamad con el rey Habib;» folio 1.
- 2.º «El rrecontamiento de la muerte del escogido Mohamad;» fol. 4 v.
- 3.º «El libro de las luces, de Abulhasán Albecri, con el epígrafe en árabe;» fol. 19 v.
- 4.º «Alhadiz de Alí con las cuarenta doncellas;» fol. 114.
- 5.º «Estoria de la conquista de la casa de Maca onrrada;» fol. 120.
- 6.º «L'alguaçia del gran Turco, llamado Mohammad Osman, el que ganó á Gostantinoble, hijo del gran Murat, sacada de un treslado qu'envió el Visorrey de Cecilia don Lope Ximeneç de Urrea, á su muger qu'estaba en Aranda de Moncayo;» fol. 128.
- 7.º «Alhadiz de la muerte de Bilel ibn Hamama;» fol. 133.

- 8.º Explicación del premio que obtendrá el siervo de Allah cuando pronuncie ciertas fórmulas; fol. 135.
- 9.º Alcorán abreviado (V. núm. I), con los versículos II, 159 y XII, 102: árabe con traducción glosada; fol. 136.
10. Comentario ó admonición con motivo de unas aleyas del Alcorán: XXXVII, 34; II, 147-152; fol. 181 v.
11. Texto y traducción de una oración; fol. 184.
12. «Ataxhado para la posada del açala;» fol. 186 v.
13. «Moncafares muy fermosos;» fol. 187 v.
14. «Anoxara sacada del luh mahfut;» fol. 188 v.
15. Poema en alabanza de Mahoma; fol. 189 v.
Publicado por el Sr. Gayangos en la traducción de la *Hist. de la lit. esp.* de Ticknor, IV, pág. 327.
16. Alcorán LXVII; fol. 193 v.
17. Los adoães del alguado; fol. 197 v.
18. «Lo que se debe decir pasando por los almacabres;» fol. 198 v.

XCIII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, T. 49.

Códice en folio, sin principio ni fin, falto de muchas hojas en el medio, bien conservado, encuadernado en Madrid. Adornos muy característicos en negro y con colores, y algunas letras cúficas. Papel del siglo XVI.

Contiene:

- 1.º El castigo de Omar á su hijo (sin principio); fol. 1.
- 2.º «Alhadiz de Omar ibno Alhatab cuando vió los muertos en su dormir;» fol. 5.
- 3.º «El alhadiz de Muçe con la paloma y el falcon;» fol. 6.
- 4.º «El castigo que dará Allah al dexador del açala estando sano de su persona» (sin concluir); fol. 10.
- 5.º «Los dias nozientes y aprovechantes de la luna» (sin principio y falto en medio); fol. 13.
- 6.º «Capítulo de los días aquellos que deballó Allah, en

- ellos el aladeb sobre los de Beni Israil» (van señalados por el calendario romano); fol. 18.
- 7.º Noches y días de atahor y de pascua; fol. 19.
 - 8.º «Las lunas del año por la cuenta de los muçlimes y las arracas que se an de hazer en ellos y los días que se an de dayunar por días blancos, y los que se an de dayunar por los siete escogidos que nonbró el anabí Muhamad;» fol. 20 v.-21, 92-97, con lagunas.
 - 9.º Las enmiendas del açala (sin principio ni fin); fol. 22.
 10. «Las fadas buenas» (sin principio ni fin); fol. 24.
 11. «Gualardon de los açaláes de los muertos» (sin principio ni fin); fol. 27.
 12. Adoáes para todos los días de la semana (sin principio); fol. 29.
 13. «Los nombres fermosos de Allah, xarhados;» fol. 35 vuelto.
 14. «Adoa para demandar arrizqui» (sin concluir); fol. 42 vuelto.
 15. Alcorán con traducción parafraseada: LXXXV, 19; LXXXIX, 19; XXXVI, 8-83; LXVII, LXXVIII, LXXIX; fol. 43.
 16. «Adoa para el muerto» (sin principio). Al fin tiene una súplica por el «escribano;» fol. 74.
 17. «El pregüeno y el alicama del açala;» fol. 80 v.
 18. Capítulos sobre «el alguado, el vestir, el atahor y el atayamum;» fol. 82 v.
 19. «El gualardon de quien haze açala con alchama y mucho mas;» fols. 97-101, 26 (sin concluir y con lagunas).
 20. Origen y excelencias del açala (sin principio ni fin, y con huecos); fol. 102.
 21. Reglas para el azaque (sin principio); fol. 111.
 22. «Alquiteb de las suertes de Dulcarnain;» fol. 134.
 23. «Alquiteb de sueños» (sin concluir); fol. 156.
 24. Preguntas de unos judíos á Mahoma, acerca de los

- fundamentos de la religión (sin principio); fol. 158.
25. «Recontamiento y rrazonamiento que fué entre el noble señor Allah taale y su mensagero Muçe, en el monte de Torsiná, de sin intercesor ninguno ni fa-raute que ubiese entre ellos;» fol. 169.
26. «Alhadiz de la muerte del anabí Mohamad;» fol. 199 vuelto.
27. Capítulos sobre los derechos de familia (sin concluir); fol. 260 v.

XCIV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 4.

Diez y ocho hojas en 8.º, la última escrita por una sola cara, papel de la segunda mitad del siglo xvi.

Fragmentos de una versión castellana de la novela intitulada *París y Viana*.

Publicada en la *Revista histórica*, tomo III.

XCV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 2.

Una hoja suelta en 4.º, letra y papel del siglo xvi.

Fragmento de un alhadiz de Mahoma, con su traducción palabra por palabra.

XCVI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 3.

Una hoja suelta en 4.º

Fragmento de una historia de Albachach ibn Yusuf, conquistador del Hechaz (a. 64 h.), con un mancebo llamado Mohamad ibn Abdallah.

XCVII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 4.

Una hoja suelta en 4.º

Fragmento de la Historia de la doncella Larcayona.

XCVIII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 5.

Una hoja en 4.º del poema de José.

Letra idéntica á la del ejemplar de la Bib. Nac. (V. número XXX.)

XCIX.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 6.

Ocho hojas, que corresponden á 4 pliegos, en 8.º; papel de la segunda mitad del siglo xvi.

Fragmentos de la «Desputa de los muçlimes con los cristianos sobre la unidad de Allah.»

Estuvo unido á los fragmentos de París y Viana (V. número XCIV).

Es un trozo seguido, cuya copia quedó interrumpida, del libro descrito en el núm. XXIII.

C.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 7.

Cinco hojas en 4.º, letra y papel del siglo xvi.

1.º Final de la «Desputacion de los muçlimes con los judios.»

2.º Fragmentos de la «Desputacion de los muçlimes con los cristianos.»

CI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 8.

Once hojas en 8.º, papel del último tercio del siglo xvi.

Fragmentos de un Alcorán, en castellano: XXXVI y LXVII, LXXIX, 5,—LXXXII, 8, con la Oración almorxada intercalada.

CII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 9

Dos hojas y un trozo de otra, en 4.º

Fragmento del Alcorán, con su traducción comentada. Com-

prende el cap. LXXVIII hasta el versículo 13, el último versículo del CV, el CVI y el encabezamiento de otro.

CIII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 40.

Siete hojas en 4.º, que contienen:

- 1.º Traducción de un versículo del Alcorán.
- 2.º El azala sobre el anabí.
- 3.º Trozos del Alcorán con la traducción de los tres últimos versículos del cap. LXXXVIII y los dos primeros del siguiente.
- 4.º Cábala para «rrofiar» las ropas.
- 5.º Ángeles y genios de algunos días de la semana.
- 6.º Fragmentos de traducción del Alcorán: XXXVI, 81 y 82.
- 7.º Invocación á los ángeles.
- 8.º Fórmula cabalística.
- 9.º Oración para después del conjuro.
10. Explicación de otro conjuro, en árabe.

CIV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 44.

Doce hojas en 8.º Parece que debe faltarle muy poco, á lo más el pliego de encima. Papel de la segunda mitad del siglo xvi.

Cuaderno en que se contienen varias oraciones que forman una sola plegaria en árabe y su traducción castellana.

CV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 42.

Dos hojas en 4.º, letra y papel de Aragón, de mediados del siglo xiv.

Fragmento de una alhotba con traducción castellana en caracteres latinos, excepto el nombre de Allah, que se conserva en letras árabes.

CVI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 43.

Seis hojas útiles en 4.º, letra y papel de mediados del siglo xv.

Fragmento de un libro que comprende:

- 1.º Unos ataçbihes con el azala sobre el anabí.
- 2.º Los 8 primeros versículos del cap. XXXVI del Alcorán, en árabe.
- 3.º Una oración en castellano.
- 4.º Los 7 primeros versículos del cap. XXXVI del Alcorán, en árabe.
- 5.º Ejercicios de escritura por el orden propio de los moriscos.
- 6.º Índice de los capítulos del Alcorán desde el IIº al LXXII.

CVII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 44.

Cuatro hojas en 8.º, papel del siglo xiv al xv.

Fragmento de un libro que contiene:

- 1.º Lo que se dice después de la alicama.
- 2.º Los adoás para el alguado.

CVIII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 45.

Veintiuna hojas en 4.º, papel de mediados del siglo xv.

Fragmento de un libro que contiene dos alhotbas, con su traducción interlineal.

CIX.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 46.

Una hoja útil en 8.º, papel del siglo xv.
Última hoja de un formulario del azala.

CX.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 47.

Nueve hojas en 8.º, papel del siglo xvi.
Fragmento de un libro que contiene:

- 1.º Explicación de los treinta y siete lugares del Alcorán en que se afirma la unidad de Allah.
- 2.º Trozos de algunas azoras y oraciones.

CXI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 48.

Dos hojas en 8.º, letra de pluma, papel de la segunda mitad del siglo xvi.

Hechizos de la púdpuđa.

CXII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 49.

Una hoja suelta en 8.º, papel del siglo xv al xvi.
Fragmento del sueño de Čálih de Túnez.

CXIII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 20.

Cuatro hojas en 8.º, papel de la segunda mitad del siglo xvi.
Método para hacerse decorante.
Siguen unos apuntes sueltos sobre ciertas horas de algunos

días; un «Dios te guarde;» un apunte de ortografía y unos ensayos de pluma en árabe.

CXIV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 21.

Dos hojas en 4.º, papel del siglo xv al xvi.

Catálogo en columna de los vocablos correspondientes á unas alhotbas, pertenecientes á los meses de Recheb, Xabán y Ramadán, con la segunda de las comunes.

CXV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 21.

Una hoja en 4.º

Catálogo en columna de los vocablos correspondientes á una alhotba.

CXVI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 23.

Una hoja útil en 4.º

Instrucción sobre la rogaria de David.

CXVII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 21.

Una hoja en 4.º

Declaración del valor de un hirze de Yusuf el filósofo, y modo de escribirlo.

CXVIII.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 25.

Ocho hojas útiles y un trozo, en 4.º, papel de la segunda mitad del siglo xvi.

Cédulas mágicas para varias enfermedades.

CXIX.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 26.

Quince hojas en 4.º, papel de los siglos xv y xvi; el de lo intercalado, de la segunda mitad del xvi. Al pie de algunas páginas unas observaciones en letra del siglo xvii.

Fragmentos de un libro que contiene.

- 1.º Los haguátimes que dictó á Salomón la madre de Habiba.
- 2.º Capítulo de los nombres cabalísticos de Allah.
- 3.º Anoxara dictada por Mahoma.
- 4.º Intercalados en ella dos pliegos en que se repite el final de la anoxara, un apunte relativo al 14 de enero de 1603, un conjuro para la nube, un biçmillah repetido, y otras fórmulas; otra anoxara de Fátima con cuadros cabalísticos. ●
- 5.º El regimiento para el alguado, atahor y açala.
- 6.º Los nombres de Allah en árabe.

CXX.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 27.

Una hoja útil en 4.º

Fórmulas cabalísticas, con muchas palabras castellanas sin vocales.

CXXI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos, V. 28.

Una hoja en 4.º, letra del siglo xvi.

Receta latina, con su transcripción aljamiada.

La receta empieza con la ✠ y está muy bárbaramente escrita. La transcripción va encabezada con *biçmillah*.

CXXIII

Bib. de D. Pascual de Lavanderos. V. 2.

Cuatro hojas en 4.º que estaba dentro del num. CXXIX.
 Receta para componer un baño en car. lat. seguida de un plan
 curativo en car. lat.

CXXIII

Bib. de D. Pascual de Lavanderos. V. 2.

Cuatro hojas incompletas en 4.º papel de fines del siglo xv.
 Litigio sobre compraventa de unas casas, seguido ante el Cadi
 por Mica contra Ibrahim de Dneñas, como heredero de Farach
 y de Umar Alazgar presentando escritura notarial por Leo-
 nor de Cantale y testimonio de Ibrahim Alazgar, de como su
 padre había vendido aquellas casas á Yusuf Almazadi.

CXXIV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos. V. 31.

Fragmentos de hojas, que contienen:

- 1.º «Rememorancia del nacimiento del año.»
- 2.º Recetas

CXXV.

Bib. de D. Pascual de Gayangos. V. 32.

Tres hojas sueltas, en 4.º

Cartas y borradores de moriscos en caracteres latinos.

CXXVI.

Bib. de D. Pascual de Gayangos.

Códice cuyo título en el tejuelo es: «Tractados contra el co-
 ran,» mes., y contiene:

- 1.º Lumbre de la fe contra el Alcorán, por el Maestro Fi-
 gueroles, escrito é ilustrado con dibujos en 1519.
- 2.º Discurso sobre el libro que se halló en el monte de

Valparaíso, intitulado «Vida y milagros de Cristo N. S. por Thesiphon Abenathar, discípulo de Jacobo el Apóstol.»

3.º «Epístola Mahomética del Apóstata.»

Es una carta de «Obaydala Aḥmed Abenabigiomoa, natural de Almagro y avecindado en Orán,» fechada en «la menguante de la luna de Ragiabo, año 910 de la Hégira.»

Está intercalada entre los desordenados cuadernos del tratado anterior y de la misma letra, y viene á ser la del núm. 5 del código núm. LXXXVII.

CXXVII.

Código del P. Antonio Fernando Cabré, S. J.

Un tomo en 8.º encuadernado á la holandesa, sin la última hoja, y con un dibujo del sistema planetario.

«Del halecamiento de los cielos y la tierra y con todo el ornamento de sol y luna y las otras cinco planetas y signos y estrellas; y del halecamiento de los almalaques y alchines y del halecamiento de Edam y de Hauá su mujer y del halecamiento de los animales de la tierra y de otras cosas que ay en ella y de algunos secretos que ay en los cielos y de qué fueron halecadas todas las cosas y su principio como fué.»

Perteneció al P. Artiga, quien en una nota dice haber leído en la hoja que falta una apuntación aljamiada sobre el nacimiento de una hija Angela en 1606.

CXXVIII.

Cuaderno de D. Francisco Codera.

Un cuaderno en folio con 16 hojas útiles.

«Memoria seya á mí Miguel de Zogra de las cosas que rrecibo ó doy del concejo. 1539.»

Cruz en cabeza de casi todas las páginas, y las cantidades sacadas al margen en números romanos cursivos. Llega á 1540. Las sumas en arábigos.

CXXIX.

Bib. de D. Pablo Gil y Gil, Catedrático de Zaragoza.

Hermoso códice en folio, escrito con elegancia y lujo, encuadernado en pasta, con los cantos amarillos. Tiene 445 hojas útiles y una tabla.

Tafsira ó comentario sobre el Alcorán y la zuna intercalado con relaciones y aventuras personales del autor.

Encontrado en Alcalá de Ebro. Su autor es sin género de duda el mismo que se titula el «Mancebo de Arévalo» en el códice Gg. 40 de la Bib. Nac., cuya escritura es muy parecida. (V. núm. XIII.)

Es posterior al año 1525 y anterior á 1557.

CXXX.

Bib. de D. Pablo Gil y Gil, en Zaragoza.

Un tomo en 8.º encuadernado en pasta, adornado con mucho esmero y escrito con limpieza y elegancia.

Contiene:

- 1.º Alcorán abreviado en árabe, copiado de un original con epígrafes cúficos muy mal trasladados. Tiene la açora LV y una alabanza á Allah intercaladas antes de la açora LXXVIII. Concluye con una fórmula deprecatoria; 84 folios.
- 2.º Los adoás del alguado; 10 folios.
- 3.º «El pergüeno, cuando farás açala;» un folio.
- 4.º «L'alicama;» 2 folios.
- 5.º «Alconut de açobhi;» un folio.
- 6.º «Atahietu;» 4 folios.
- 7.º «La órden y oras de los cinco açaláes;» 5 folios.
- 8.º «El agua para tomar alguado.....» y «como se face tayamum.»
- 9.º «El rregimiento de las lunas y el cuento dellas para los moçlímes;» 27 folios.

10. «L' alfadila y gualardon del dia de alchomúa;» 11 folios.

Fué hallado en diciembre de 1876, en Almonacid de la Sierra, al practicar un hueco en la cocina de una pobre casa.

CXXXI.

Bib. de D. Pablo Gil y Gil, en Zaragoza.

Cuaderno en 4.º de 23 hojas, papel delgado, caracteres latinos. Fué hallado dentro del código anterior. Está escrito á dos columnas.

Contiene:

- 1.º Un canto de las lunas del año en redondillas.
- 2.º «La degüella de ybrahim *aley çalem.*» En el mismo metro; fol. 11.
- 3.º Después dos hojas con apuntes de préstamos y entregas de telas á vecinos de aldeas inmediatas á Zaragoza, y una con la fecha de agosto de 1603.

CXXXII.

Bib. Henrici Sike.

«Tratado segundo de los artículos que todo buen muçlim está obligado á creer y tener por fe.»

Relandi, *De Relig. Moh.*, 1705. ind. M. S. S. XXX.

Este tratado fué traducido al latín, de éste al francés, y de esta lengua al inglés por Morgan, que lo publicó en el tomo I de su *Mahometism fully explained*, pág. xi-xxvi: London, 1723. Se ignora el paradero del original.

CXXXIII.

Código escrito en castellano y con caracteres latinos, grueso, en 4.º, que vió en Túnez Morgan en poder de un cristiano, á quien se lo había prestado un moro biznieto de un expulso del año 1610. Tenía la fecha de 1615 y estaba compuesto por Abdelquerim ben Aly Pérez.

Morgan da algunos extractos de él traducidos al inglés (*Mah. fully expl.*, II, 295, 343). Contiene una defensa del mahometismo en oposición á las demás religiones, y una violenta diatriba contra la Inquisición, especialmente contra los familiares.

CXXXIV.

Evangelio apócrifo de San Bernabé, traducido del italiano al castellano por Mustafá de Aranda, aragonés.

Ms. en 4.º en car. lat. bastante legibles, de que da noticia Sale en su traducción del Alcorán (*The Koran*: London, 1836, pág. ix). El código pertenecía al R. Dr. Holme, Rector de Headley, en el Hampshire, y se ignora su actual paradero.

CXXXV.

Comprendo bajo este número la noticia de algunos códigos arábigos que tienen anotaciones en aljamía, y por ese concepto reclaman un lugar en esta noticia bibliográfica.

Con la signatura Gg. 73 hay en la Biblioteca Nacional de Madrid un tratado ascético, en cuya margen se ven notas en castellano con caracteres árabes.

De la misma mano hay notas al margen del código Gg. 95, que es un ejemplar del Libro de las cuarenta cuestiones de Algazali. El libro fué escrito el año 924 H. en Huesca, por Abu Abdallah Mohammed ibn Isa ibn Ibrahim Serrano, de la aldea de Almonaster, quien lo estudió con Alí ibn Lope ibn abi Rebia Almoredí.

En el código Gg. 99 de la misma Biblioteca hay algunos apuntes en castellano de un morisco, relativos al año 1542.

Unas pocas notas marginales hay también en un ms. de Don Pascual de Gayangos titulado Libro de los sedientos, copiado en Huesca, en 885 H., por Ibrahim ibn Ahmed, alfaquí natural de Huesca.

ADICIÓN AL APÉNDICE I.

Después de impresa la primera edición de este discurso, he encontrado en la Biblioteca Nacional de Madrid otro códice aljamiado cuya descripción es la que sigue:

CXXXVI.

Bib. Nac. de Madrid, Gg. 82 duplicado.

Códice en 4.º, con cubiertas de badana, muy estropeado al principio. Letra clara, papel flojo, 146 hojas útiles. Contiene:

- 1.º Alcorán abreviado (V. núm. I), con la azora LIX, 18-24 antes de la XXXVI. Texto árabe y traducción castellana, con algún comentario; fol. 1.
- 2.º «La orden y regla del alguado y lo que abeis de decir en romance en cada lado;» fol. 137.
- 3.º «El rregimiento de las lunas por el cuento de los muçlimes;» fol. 140.

En el fol. 51 hay metida una hoja con una oración árabe para repetirla treinta veces.

En este tiempo han adelantado mucho las publicaciones de este género literario. Por mi parte he hecho estas dos:

EL ALHADIZ DEL BAÑO DE ZARIEB. (LXXXVI, 12.º) En el *Mundo ilustrado*: Barcelona, 1881.

LA HISTORIA DE LA CIUDAD DE ALATÓN. (XLV, 7.º) En la *Revista hispano-americana*: Madrid, 1882.

D. Francisco Guillén y Robles ha impreso casi todo lo de más interés que contiene la anterior bibliografía en sus *LEYENDAS MORISCAS SACADAS DE VARIOS MANUSCRITOS*; tres tomos en 8.º

de la *Colección de escritores castellanos*: Madrid, 1884, 1885 y 1886.

El mismo orientalista ha dado á la estampa las LEYENDAS DE JOSÉ, HIJO DE JACOB, Y DE ALEJANDRO MAGNO, en un tomo en 4.º de la *Biblioteca de escritores aragoneses*: Zaragoza, 1888.

Por último, los Sres. D. Pablo Gil, D. Julián Ribera y D. Mariano Sánchez han litografiado esmeradamente una COLECCIÓN DE TEXTOS ALJAMIADOS (un tomo en 4.º: Zaragoza, 1888) cuyos originales pertenecen todos á la librería del primero de dichos señores.

APÉNDICE II.

GLOSARIO DE LAS PALABRAS ÁRABES ALJAMIADAS
 Ó POCO CONOCIDAS QUE SE ENCUENTRAN EN EL DISCURSO Y EN EL
 APÉNDICE ANTERIOR.

- ABUCHED.—Alfabeto. **أبجد**
- AÇADACA.—Limosna, donativo, manda piadosa. **صدقة**
- AÇAHIFA.—Oración leída, hoja de un libro. **صحيفة**
- AÇALA.—V. AZALA.
- AÇALEM.—Saludo. **سلام**
- ACHE.—V. HACHE.
- ACIDAQUE.—Dote y carta dotal. **صداق**
- AÇOBHI.—La mañana, **صبح**
- ADAHÉA.—Víctima sacrificatoria, carnero que se degüella el día de Pascua. **صحبة**
- ADÁHEL.—Conquistador. **داخل**
- ADFN.—La ley, la religión. **دين**
- ADOA.—Oración. **دعا**
- ADONÍA.—El mundo. **دنيا**
- AJAMÍ, AJEMÍ.—Extranjero. **عجمي**
- ALADEB.—Castigo, tormento, suplicio. **عذاب**
- ALAHDE.—Promesa: nombre de un adoa. **عهد**
- ALARX.—El trono de Dios. **عرش**
- ALAZIMA.—Encanto. **عزيمة**
- ALÁNÇARES.—Los árabes de Medina que ayudaron á Mahoma. **انصار**
- ALBALÉ.—Tentación, calamidad, desgracia. **بلا**
- ALBARÁN.—Cédula. **براة**
- ALBORDA.—El manto: nombre de un poema en alabanza de Mahoma. **بردة**
- ALCABILA.—Tribu. **قبيلة**
- ALCÁCEM.—Quebrantador. **قاسم**
- ALCAPANAR.—Amortajar. **كفن**
- ALCALAM.—Caña para escribir. **قلم**

- ALCHAMA. — Aljama, reunión, ayuntamiento. *جاعة*
- ALCHAML. — Compañía, sociedad. *جامع*
- ALCHANA. — El Paraíso. *جنة*
- ALCHANEÇA, ALCHANEZA. — Fune-
ral. *جنازة*
- ALGHIED. — La guerra santa. *جهاد*
- ALCHOMÍA. — El viernes, día de la
reunión. *الجمعة*
- ALCONUT. — Repetición de la fór-
mula «nosotros somos obedien-
tes,» que se dice en el azala
del viernes. *قنوت*
- ALCURCI. — Trono: nombre del
versículo 256 del cap. 2.º del
Alcorán. *كرسى*
- ALÉA, ALEVA. — Versículo del al-
corán. *آية*
- ALEY ÇALEM, ALBIHÇALEM, ALEHI-
ÇALEM. — «Sobre él sea la paz,»
fórmula que se aplica á los
profetas anteriores á Mahoma.
عليه السلام
- ALAM DÁLICA. — Nombre del capi-
tulo 2.º del Alcorán, que empie-
za con esas palabras. *الم ذالك*
- ALPADILA. — Virtud, provecho.
فضيلة
- ALGARABÍA. — La lengua arábiga.
العربية
- ALGAZIMA. — V. ALAZIMA.
- ALGUACÍA. — Testamento. *وصية*
- ALGUADO. — Lavatorio, ablución.
وضو
- ALGUARACA. — Hoja de papel.
ورقة
- ALGUATIFA. — Cuotidiana. *وظيفة*
- ALGUAZIR. — Lugarteniente. *وزير*
- ALHACH. — Peregrinación á la Me-
ca. *حج*
- ALHADIÇ, ALHADIZ. — Historia,
tradición. *حديث*
- ALHAICAL. — Cosa grande. *هيكل*
- ALHAMDU, ALHANDU. — Alabanza:
nombre del primer capítulo del
Alcorán, que empieza con esta
palabra. *الحمد*
- ALHAMDU LILLHI, ALHANDU LI-
LLAHI. — Loado sea Dios.
الحمد لله
- ALHAMÍS. — El jueves. *الخميس*
- ALHERZE. — V. HIRZE.
- ALHICHA. — La hégira. *هجرة*
- ALHORMA. — Veneración, respeto:
así debe leerse, en lugar de
jornada, en la pág. 411, lí-
nea 5.ª *حرمه*
- ALHOTBA. — Plática, sermón. *خطبة*

- ALICAMA.—Llamamiento interior á la oración en las mezquitas. إقامة
- ALIDÁCHEL.—El Antecristo. دجال
- ALIDÉN.—Llamamiento á la oración desde la torre de las mezquitas. اذان
- ALIME.—Sabio. عالم
- ALIMEM, ALIMÉN.—Presidente ó Director de la oración en las mezquitas. اعلم
- ALJAMÍA.—La lengua castellana. عجمية
- ALLAHOMMA.—¡Oh Dios! اللهم
- ALMACABRES.—Los sepulcros. مقابر
- ALMADHA.—Elogio. مدح
- ALMALAC.—Angel. ملك
- ALMAZCHID.—Mezquita. مسجد
- ALMOCIBA.—Caso de fortuna. مصيبة
- ALMOHJIRINA.—Los habitantes de la Meca que acompañaron á Mahoma en su huida. مهاجرين
- ALMORCIDA, ALMORXIDA.—Vía recta: nombre de una oración. مرشدة
- ALNABÍ.—V. ANABÍ.
- ALQUITEB.—Libro. كتاب
- AM.—Abreviatura de *Aleihica-*
lem. عم
- AMAO.—Perdón, remedio.
- AMI.—Tío. عم
- ANABÍ.—Profeta. نبي
- ANECA.—Camella. ناقه
- ANEFILA.—Oración voluntaria, y no obligatoria. نافلة
- ANOBÚA.—Don profético. نبوة
- ANOXARA.—Conjuro, especialmente el que se da en bebida. نشرة
- ANTE-CIHRA.—Exorcista, contra encantos. سحر
- ANUR.—La luz. نور
- APALLEGAR.—Es errata por APLEGAR.
- APLEGAR.—Considerar, estimar.
- ARABÍ.—Árabe. عربي
- ARAFE.—El día noveno de Dulhicha, en que los peregrinos suben al monte Arafa, cerca de la Meca. عرفة
- ARRACA.—Inclinación del cuerpo hasta tocar las rodillas con las manos. ركعة
- ARRAÇUL.—Enviado, apóstol. رسول
- ARRAMADÁN.—V. RAMADÁN.

- ARRIZQUI.**—Alimento, sustento enviado por Dios. **وزق**
ARROH.—Alma, espíritu. **روح**
ARROPA.—Europa.
ATACDIRA.—Repetición de la fórmula «Dios es gran le.» **تكبيره**
ATAÇIN.—Oración que empieza con las palabras: «Alaba el nombre de tu Señor.» **تسبيح**
ATAFRII.—Elevación a las cumbres. **تقريع**
ATARIHIT.—Fórmula de bendición. **تحيه**
ATAROR.—Purificación, loción de todo el cuerpo. **طينور**
ATALAC.—Región. **عطق**
ATAYARBO, ATAYAR.—Fórmula para afirmar la creencia en Dios, y misión de Mahoma. **تشهد**
AXATIX.—Salud. **عيطان**
AZORA.—El deceno día del mes de Dulhicha. **عشور**
AZALA.—Una de las cinco oraciones obligatorias de los musulmanes. **علاء**
AZAR.—Dímetro. **ركوة**
AZARIFA.—Sortilegio. **تفينة**
AZINÉ.—Fornicación, adulterio. **زنا**
- AZORA.**—Cap. del alcorán. **سورة**
AZZARA ALLAH.—«Ensálcela Dios.» **اعترها الله**
BATEHAR.—Arrojar de cara al suelo. **بطح**
BEBO.—Capítulo. **باب**
BENI IÇRAIL.—Los hijos de Israel. **بنی اسرائیل**
BIÇMILLAH, BEZNI YILLAH.—«En el nombre de Dios.» **بسم الله**
ÇALA ALLAHU ALAIH GUÇALAM.—«La salvación y la paz de Dios sea sobre él.» fórmula que se aplica exclusivamente al nombre de Mahoma. **صلى الله عليه وسلم**
ÇALIH, ÇALIK.—Hombre de santa vida. **صالح**
ÇALAM, ÇAM.—Abreviatura de la fórmula «Cala Allahu alaihu guçalam.» **صعم**
CAYATA.—Cayafo.
CHAZ.—Indiferente. **جبر**
CHIBIL.—El Arcángel Gabriel. **جبريل**
CHIN.—Genio, espíritu. **جن**
CHUHADA EL ABER, CHUHADA EL TINI.—Sexto mes del calenda-

- rio musulmán. جادي الآخر
جا دي الثاني
- COLHUA.—Primeras palabras del cap. 112 del alcorán. قل هو
- COLOMETES.—Los Cardenales.
- CULAUDO.—Primeras palabras de los dos últimos capítulos del alcorán. قل اعوذ
- ÇUNNA.—V. ZUNA.
- DAYUNO.—Ayuno.
- DEBALLAR.—Bajar.
- DEMANDA.—Pregunta.
- DICRETANZA.—Precepto.
- DILCARNAIN, DULCARNAIN.—Alejandro Magno. ذو القرنين
- DISTINO.—Desatino.
- EBN ABI ÁMER.—Nombre patronímico de Almanzor.
ابن ابي عامر
- EDAM.—Adán, nuestro primer padre. آدم
- EMÍN.—Amén. امين
- ENÍA.—Intención, propósito.
نية
- ENTA.—Hacia, cerca de. عند
- ESCANTO.—Encantamiento.
- ESLITAR.—Escoger.
- FADA.—Fiesta por el nacimiento de una criatura.
- FALAQUE.—La bóveda celeste.
فلک
- FARDE.—Obligación. فرض
- FASILLA, FAÇILLA.—Hechura.
- FÁTEHA.—Apertura, nombre que se da al primer capítulo del alcorán. فاتحة
- FUSTA.—Madera.
- GUACHIB.—Forzoso. واجب
- GUAÇIR.—V. ALGUACIR.
- GUZALATU GUAZALEM RRAZULULLAHI.—«Y salvación y paz al enviado de Dios,» fórmula de encabezamiento después del *bismillah*.
وصلات وسلام رسول الله
- HACHE.—Peregrino, el que ha estado en la Meca. حاج
- HADIZ.—V. ALHADIZ.
- HAGUÁTIMES.—Sellos misteriosos.
خواتم
- HALECAR.—Crear. خلق
- HARAM.—Vedado, ilícito. حرم
- HAUDE.—Estanque. حوض
- HAURÍA.—Hurí, doncella del Paraíso. حورا

- HICE.—V. ICE.
- HICHE.—V. ALHACH.
- HIRCE.—Cédula ó amuleto. حرز
- HOTBA.—V. ALHOTBA.
- ICE.—Jesús. عيسى
- IÇLAM.—Salvación: la religión mahometana. اسلام
- IMÁN.—Creencia verdadera. ايمان
- JABÉN.—V. XABÉN.
- LEILAHÍ, LEYLEHA, LE ILAH ILE ALLAHU, LA ALLAHA ILA ALLAHA, LAYLAHA YLALLA.—«No hay más divinidad que Dios,» fórmula sacramental con que los musulmanes afirman la unidad esencial y personal de Dios. لا اله الا الله
- LILMARA.—Para la mujer. للهرة
- LOGACIÓN.—Alquiler.
- LUH MAHFUT.—La tabla reservada donde están escritos los decretos de Dios. لوح محفوظ
- MACA.—La Meca. مكة
- MADRE DEL ALCORÁN.—El primer capítulo de este libro.
- MALAC ALMAUTI.—El ángel de la muerto. ملك الموت
- MAÇHAR.—Frotar. مسح
- MATBUJ.—Cocido. مطبوخ
- MOHAMAD, MUHAMAD, MUHMED.—Mahoma. محمد
- MONAFIQUE.—Hipócrita. منافق
- MONCAFAR.—Cosa magnífica. منكفر
- MOSZTAHEL.—Imposible. مستحيل
- MOTAZELÍ.—Separado. معترلي
- MUÇE.—Moisés. موسى
- MUHAMAD RRAZULU ALLÁ.—«Mahoma es el enviado de Dios,» fórmula que con la de la unidad de Dios completa la profesión de fe mahometana. محمد رسول الله
- MUMIN.—Creyente. مومن
- MUNAFÍES.—Los descendientes de Abdumunaf, de la tribu de Coreix. منافي
- PAÏTOFLAR.—Censurar.
- PERÇAÇAK.—Percanzar, sacar provecho de una profesión.
- PERCUENO, PERGUENO.—V. ALIDÉN.

PÚDPUDA.—Abubilla.

PUGNIR.—Castigar.

PUYADA, PUYAMIENTO.—Subida.

RABI ILAMINE.—Señor de las criaturas. رَبِّ الْعَالَمِينَ

RABÍO.—Rabino.

RACA.—V. ARRACA.

RADI ALAHU ANHU.—«A Dios haya sido acepto,» fórmula que se aplica á los compañeros de Mahoma.

رَضِيَ اللَّهُ عَنْدَ

RAMADÁN, ROMADÁN.—Noveno mes del calendario musulmán, dedicado al ayuno. رَمَضَانَ

RECARDEAR.—Acaparar y revender.

RECHEB, RAGIABO.—Séptimo mes del calendario musulmán.

رَجَب

RICELA.—Carta. رِسَالَةٌ

ROFIAR.—Rociar.

REÍSMO.—Poder y dignidad reales.

RENCORARSE.—Encogerse.

SAIH.—Xeque, anciano. شَيْخ

SUFÍ.—Asceta-filósofo, sectario de Algazali. صُوفِي

TAALE.—¡Tan alto es! تَعَالَى

TABARACA GUATAALA.—¡Tan bendito y alto es!

تَبَارَكَ وَتَعَالَى

TAÇBIHAR.—Recitar ataçbihes.

TACLÍ.—Negación sin criterio: fiarse de otro. تَكْلَفَ

TAFICIRA.—Interpretación, comentario. تَفْسِير

TABLIL.—Fórmula de declaración de la unidad de Dios, que se repite en treinta y siete lugares distintos del Alcorán. تَهْلِيل

TAIFA.—Sección, grupo. طَائِفَةٌ

TAGUAC.—Permiso, de تَرَكَ

TARGUÏH, TARGUÏA.—Bebida: nombre del día octavo del mes de Dulhicha, en que los peregrinos de la Meca beben agua del pozo de Zemzem.

تَرْوِيَةٌ

TEDEHIB.—Guía. تَهْدِيْب

TIYABERO.—Guardarropa. ثِيَابِي

TRESTALLAR.—Murmurar.

TURCHUMÉN.—Intérprete.

تُرْجَان

XAABÉN, XABÁN, XABÉN.—Octavo mes del calendario musulmán. شَعْبَانَ

- XAGUAL.—Décimo mes del calendario musulmán. شَوَّال
- XAMA.—Desviación. شَم
- XARA.—La ley civil. شَرْعَة
- XABHE.—Comentario, glosa. شرح
- XARIF.—Noble: aplicase á los descendientes de Mahoma por su hija Fátima. شَرِيف
- YÇE.—V. IÇE.
- YÇLAM.—V. IÇLAM.
- YE.—¡Oh! يَا
- YE MEN ACARRA LAHU.—¡Oh quien le sosegó! يَا مَنْ أَقْرَلَهُ
- YRAHMENI YRAHIM.—«Piadoso y misericordioso;» atributos de Dios que se le aplican en el Bizmillah. الرَّحْمَنُ الرَّحِيمُ
- ZUNA.—La ley religiosa. سُنَّة

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. CONDE DE CASA-VALENCIA ⁽¹⁾.

SEÑORES:

Al honrarme con vuestra elección, mostrando antes benevolencia que justicia, me habéis puesto en sincero agradecimiento, procurándome al propio tiempo una de las mayores, más lisonjeras y más deseadas satisfacciones de mi vida. Con razón se ha dicho que á estas Academias vienen unos por derecho propio, contándose en este número los escritores célebres y los afamados oradores, y otros por exclusiva bondad de la Corporación; siendo aquéllos los individuos de la familia, mientras que éstos deben ser considerados como los amigos de la casa. Á los últimos pertenezco, sin duda, y á reconocerlo me resigno pensando que los parientes se aceptan y los amigos se escogen.

Nuevo ejemplo advierto ahora, de que pocas veces dejan de andar en este mundo unidas con las alegrías las penas. Á mi contentamiento por venir á ocupar un pues-

(1) Leído ante la Real Academia Española en Junta pública celebrada el día 30 de marzo de 1879 para dar al Sr. Conde posesión de plaza de Académico numerario.

to entre vosotros, acompaña involuntaria tristeza recordando al ilustre académico el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, cuya pérdida siempre lamentaremos. Su talento tan general y espontáneo, la agudeza de su sarcástico ingenio, la jovialidad de su carácter y la amenidad de su trato, hacían que fuera al par que muy querido de sus amigos, simpático y agradable hasta para sus adversarios. Reflejando en su agitada existencia la inestabilidad y las perturbaciones de la época en que vivía, desempeñó destinos de índole muy diversa y cultivó casi todos los géneros literarios. Oficial de artillería, Gobernador de provincia, Comisario regio en Ultramar, Consejero de la Corona y Ministro plenipotenciario, ha dejado para justificar su reputación de escritor algunos volúmenes de la historia constitucional de Inglaterra. un poema épico en que canta las portentosas hazañas y proezas de Cortés en el nuevo mundo, poesías líricas, comedias, dramas, novelas y multitud de artículos críticos. Llevado de su facilidad para el trabajo y un tanto de su afición á la novedad, acometió también la difícil y enojosa empresa de publicar un diccionario de administración, que inesperadas circunstancias le impidieron llevar á feliz remate. Su fecundidad y sus gustos literarios no disminuyeron con el cansancio de la edad ni con el peso de los desengaños. Puso á sus días término la muerte, antes de que él ponerlo pudiera á la interesante novela *Un proceso militar*, y á la serie de artículos en que intentaba probar que unos desgraciados amores de Moratín habian inspirado su mejor y más perfecta comedia á aquel autor insigne. Y también entonces se ocupaba en los públicos negocios. tomando parte con frecuencia en los debates del Senado. en donde tenia la honro-

sa representación de esta Academia. En el último discurso que pronunció en la Alta Cámara, pocos meses antes de su fallecimiento, sobre los intereses y el porvenir de España en el rico Archipiélago filipino, lució gallardamente la difícil facilidad y el agradable estilo que eran las galas principales de su elocuencia, cautivando cual siempre á su auditorio. Mejor que yo podéis todos vosotros dar testimonio de su infatigable y provechosa laboriosidad, y de que no muchos le igualaban y acaso ninguno le aventajaba en entusiasmo por la patria literatura, y en constante afán por conservar la pureza de nuestra hermosa lengua española.

Cuando el Sr. Escosura ascendió á la categoría de académico de número en febrero de 1847, después de ser honorario desde 1843 y supernumerario desde 1845, no se daba solemnidad alguna á la recepción de los elegidos. Pero en aquel mismo año se introdujo novedad plausible en este punto, y ya en 7 de noviembre leyeron notables discursos en sesión publica, al tomar posesión de sus cargos, el sabio D. Alejandro Oliván, el elocuente D. Nicomedes Pastor Díaz y nuestro colega el célebre autor de *Los Amantes de Teruel*; dando contestación á los tres á un tiempo mismo D. Francisco Martínez de la Rosa, que á la sazón presidía esta Academia. Desde entonces las recepciones de los nuevos académicos han ido ganando en importancia, y las gentes en gran manera las han favorecido acudiendo presurosas á presenciarlas. Pero la novedad de mayor transcendencia y significación, y sin duda la más agradable, es la asistencia ahora constante de las señoras, antes apartadas de estos actos y alejadas de este recinto hasta época no lejana. ¿Es debida por ventura á pasajera moda, que des-

aparecerá fácilmente sin dejar rastro alguno, y á curiosidad nacida de la poca frecuencia de estas sesiones, ó proviene de afición espontánea fundada en la mayor instrucción y en el gusto más decidido por los estudios literarios? Esta última causa es en mi sentir la cierta, y merece la aprobación y el aplauso de cuantos con sinceridad se interesan por la elevación del nivel intelectual en nuestra patria. La ilustración no progresa, ni se difunde, ni se arraiga sobre sólida base en los países en que la mujer recibe educación incompleta, superficial y limitada. Recordando algunos de los muchos títulos que la mejor mitad del género humano tiene á nuestro agradecimiento y á nuestro cariño, ha dicho el inolvidable Bretón de los Herreros:

¿Por qué tu desprecio llora
 La que, con paciencia santa,
 Cuando niño te amamanta,
 Y cuando joven te adora,
 Y cuando viejo te aguanta?

Sin rebajar en manera alguna estos merecimientos, ciertamente grandes, que sólo puede negar algún egoísta ingrato, hay que reconocer que antes de adorarnos y aguantarnos, la mujer forma casi siempre nuestro corazón, al par que nos inspira las primeras creencias y nos sugiere las primeras ideas que en nuestra inteligencia germinan. Debe interesarnos, por lo tanto, en gran manera que á la bondad una la mujer sólida y escogida instrucción. No poco se equivocan los que piensan que su educación esmerada y literaria es reciente importación extranjera, acaso perjudicial y sin duda opuesta á nuestro carácter y á nuestras costumbres. España es la nación europea en que antes que en otra alguna han bri-

llado eminentes escritoras; y las ha habido muy notables en todas las épocas importantes de nuestra historia, lo propio en el presente que en los tres siglos anteriores. Bien se puede afirmar, sin temor de razonable y fundada contradicción, que en nuestro país la instrucción de la mujer no se ha mirado con indiferencia y descuido sino en días de abatimiento y decadencia, cuando estaba bastante autorizada, como aconteció también en el primer tercio del siglo décimooctavo, la absurda opinión, ya por dicha desacreditada muchos años hace, de que toda clase de ilustración era perniciosa á las mujeres. Para demostrar la verdad de estas aseveraciones, que algunos pudieran creer exageradas, voy á hablar de las escritoras españolas de mayor mérito y celebridad, si bien habré de hacerlo en breves términos; que la falta de espacio no consiente tratar con extensión este asunto, ni es necesario dirigiéndome á la Academia, que de cierto mejor que yo le conoce.

En los reinados de D. Juan II y de Enrique IV, tan tristes y lamentables en nuestros anales políticos, como interesantes por el desarrollo y lucimiento que en ellos tuvo la patria literatura, merece ya mención especial la ilustre monja Doña Teresa de Cartagena, descendiente del celebrado obispo D. Pablo de Santa María, la cual, aquejada de penosas dolencias, pero dotada de claro talento y de erudición selecta, escribió la *Arboleda de los enfermos*: «et fizo aquesta obra,» como en el epígrafe declara, «á loor de Dios, é espiritual consolacion suya é de todos aquellos que enfermedades padecen, porque despedidos de la salud corporal levanten su deseo en Dios, ques verdadera salut.» En este libro alegórico finje la autora que el furioso torbellino de las humanas

pasiones la arroja á una isla desierta, que llama *Oprobio de los hombres y abyección de la plebe*, en donde encuentra agradable descanso y sabroso alimento á la sombra de árboles frondosos y fructíferos, que representan los libros piadosos y las sagradas escrituras. Á esta salvadora *Arboleda* recomienda que siempre acudan los enfermos á quienes aflijan pertinaces padecimientos del ánimo, seguros de hallar eficaz remedio á su mal con la pura y santa doctrina del Evangelio. La originalidad del pensamiento, la novedad de las descripciones, lo armonioso del lenguaje y la gracia del estilo, dieron ocasión á los que entonces juzgaban á las mujeres incapaces de escribir libros formales y profundos, para creer que no era Sor Teresa autora de aquella obra. Con objeto de convencer de su error á los incrédulos, compuso una nueva con el título de *Admiración de las obras de Dios*, en la que hacía gala de erudición abundante, con citas frecuentes de los libros sagrados, de los santos padres, de filósofos y escritores profanos, sin omitir al italiano Boccacio, cuyos alegres cuentos probablemente no habría leído. En la dedicatoria á Doña Juana de Mendoza, dice Sor Teresa: «Muchas veces me es fecho entender, virtuosa señora, que algunos de los prudentes varones, é asy mesmo fembras discretas se maravillan ó han maravillado de un tratado que, la gracia divina administrando mi flaco mugeril entendimiento, mi mano escribió. E como sea una obra pequeña, de poca sustancia, estoy maravillada; é non se creer que los prudentes varones se ynclinasen á quererse maravillar de tan poca cosa; pero si su maravilla es cierta, bien parece que mi denuesto non es dúbodo.» Bastó esta franca y digna declaración para desvanecer las dudas, quedando demos-

trado que Doña Teresa de Cartagena ocupaba con justo motivo lugar preferente entre las fেমbras discretas, siendo su entendimiento antes vigoroso y robusto que débil, y sus escritos de los mejores entre los místicos y religiosos de aquel tiempo.

Con el advenimiento de la Reina Católica, de imperecedera memoria, que tan inmensos beneficios trajo á la nación, tomó importancia suma la educación literaria de las mujeres. Tenía aquella ilustre y virtuosa princesa levantados pensamientos, carácter firme y corazón magnánimo, que la impulsaban para acometer con entusiasmo y llevar con perseverancia á feliz término todas las grandes empresas. Su reinado es la mejor y más brillante página de nuestra historia. No hay suceso próspero ni reforma importante en aquella época que á su iniciativa no se deba. Por su amor tan contrariado y novelesco al infante D. Fernando, hubo España, uniéndose para siempre las monarquías de Castilla y Aragón, antes con frecuencia rivales ó enemigas: por amor á sus leales súbditos, se redujo á silencio á los perturbadores y revoltosos y se asentó sobre sólidas bases la paz pública: por su amor á la religión

Selló triunfante con la cruz divina
Las torres de la Alhambra granadina,

y al África tornaron los vencidos musulimes: por su amor á las ciencias, vinieron á estos reinos sabios extranjeros, se imprimieron numerosos libros, y la ilustración se difundió rápidamente: por su amor á la gloria, surcaron las carabelas el no explorado Océano y descubrió Colón un ignorado continente cuando sólo buscaba nuevo y más corto derrotero para las Indias. Del país anár-

quico de Enrique IV hizo la nación primera y preponderante de su tiempo. ¿Qué mucho que los españoles de todas épocas la hayan mirado con veneración y la hayan elogiado con entusiasmo, considerándola como acabado modelo de mujer y de reina?

Alejada de la viciosa corte de su hermano, pasó gran parte de su juventud en Arévalo, en donde halló espacio y sosiego para entregarse á la reflexión y al estudio, á que naturalmente propendía su carácter; y aprendió varias lenguas vivas, llegando á escribir la española con singular corrección y elegancia. No la enseñaron, sin embargo, latín, que tenía á la sazón especial importancia, por ser el idioma en que por lo general estaban escritos los libros más notables, el que usaban en la corte los extranjeros ilustrados, y el que se empleaba en las negociaciones diplomáticas. Mostró empeño Isabel en reparar éste y otros defectos de su educación juvenil, y después de ceñida la corona, y á luego de terminada la guerra con Portugal, sin que la desviarán de su propósito los asuntos públicos en que constantemente entendía, trajo á su lado á Doña Beatriz Galindo, ilustre dama á quien sus contemporáneos llamaron *La Latina*, tan sabia como caritativa, que así conocía los clásicos antiguos como fundaba hospitales para los pobres desvalidos, y con ella aprendió el latín, logrando en menos de un año comprender sin dificultad los escritos y las conversaciones en aquel idioma.

Había heredado de su padre D. Juan II, con el gusto para el estudio, la afición á los libros; y al par que los tenía escogidos y numerosos, hacía donaciones de ellos y procuraba facilitar su adquisición al público. Todavía forman parte de la biblioteca del Escorial los preciosos

restos de dos colecciones de libros que fueron suyas. La mayor constaba de 201 obras de teología, de leyes civiles y fueros municipales de España, de clásicos latinos y griegos, de literatura moderna y libros de caballería, de historia, de moral, medicina, gramática y astrología. Para apreciar la importancia de esta biblioteca, conviene recordar que antes de la introducción de la imprenta las colecciones de libros eran forzosamente pequeñas y poco numerosas por el subido precio de los manuscritos. La mayor biblioteca de España á mediados del siglo xv de que pudo tener noticia el erudito Sáez, era la de los Condes de Benavente, y no excedía de 120 volúmenes, habiendo bastantes duplicados; y es sabido que las catedrales de nuestro país sacaban pingüe renta alquilando sus libros en pública subasta al mejor postor. La Reina Católica regaló obras escogidas á la mayor parte de sus magníficas fundaciones. Dió una rica colección de manuscritos al célebre convento de San Juan de los Reyes de Toledo, y no se mostró menos generosa con el de Santo Tomás de Ávila. Atenta á procurar la ilustración de sus súbditos en beneficio del estado, dictó juntamente con su esposo D. Fernando en Toledo, en 1480, á los seis años de ocupar el trono, una ley, testimonio elocuente de su protección á la instrucción pública, cuyos preceptos, dignos de tenerse en cuenta, voy á transcribir. «Considerando los reyes de gloriosa memoria, quanto era provechoso y honroso que á estos sus reynos se truxesen libros de otras partes, para que con ellos se hiciesen los hombres letrados, quisieron y ordenaron, que de los libros no se pagase alcabala; y porque de pocos dias á esta parte algunos mercaderes nuestros naturales y extranjeros han traído y de cada dia traen li-

bros buenos y muchos, lo cual parece que redundaba en provecho universal de todos y en ennoblecimiento de nuestros reynos; por ende ordenamos y mandamos, que allende la dicha franqueza, que de aquí adelante todos los libros que se traxeren á estos nuestros reynos, así por mar como por tierra, no se pidan ni paguen ni lleven almojarifazgo, ni diezmo, ni portazgo, ni otros derechos algunos.» Sorprende agradablemente encontrar en tiempos de ignorancia y de rudas costumbres, monarcas que proclaman que los muchos buenos libros traen beneficios para todos y ennoblecimiento para la nación.

Con cariñoso esmero atendió la Reina á la educación de sus hijos. Los más doctos maestros españoles y los famosos hermanos Alejandro y Antonio Geraldino, llamados con este objeto de Italia, recibieron el encargo de enseñar á la infanta primogénita Doña Isabel y á sus hermanas; al paso que el sabio catedrático de Salamanca Fr. Diego Deza, asistido de otros reputados profesores, dirigía con acierto los estudios del malogrado príncipe D. Juan. Los resultados correspondieron plenamente á la solicitud materna. Los escritores coetáneos, y con mayores detalles Luis Vives en su tratado *De Christiana femina*, declaran su admiración por la instrucción extraordinaria de todas las infantas; y de los conocimientos literarios de la menor de ellas, la desgraciada Reina esposa primera de Enrique VIII de Inglaterra, da en sus cartas Erasmo encomiástica noticia. Las virtudes y los ejemplos provechosos, como las aguas cuando vienen de alto, con rapidez se extienden y difunden. Los jóvenes de la aristocracia, de quienes decía Pedro Mártir en 1492 «tienen como sus mayores en muy poca estima la ocupación de las letras, considerándolas como obs-

táculo para sobresalir en la profesión de las armas, única que les parece digna de honor,» ganosos de imitar á la familia real, acudieron con entusiasmo después de rendida Granada á las universidades, en las que llegaron á desempeñar cátedras los hijos del Duque de Alba, del Conde de Haro y del Conde de Paredes, pudiendo consignar con razón Giovio en su elogio de Lebrija, pasados algunos años, «que no había español que se tuviera por noble si no amaba las ciencias.»

Muchas mujeres célebres sobresalieron entonces por su ilustración y talento. La Marquesa de Monteagudo y Doña María Pacheco, hijas del Conde de Tendilla, descendientes del Marqués de Santillana, hermanas del historiador, novelista, poeta y diplomático D. Diego Hurtado de Mendoza, eran citadas por su conocimiento de los escritores griegos y latinos, lo propio que Doña Isabel de Vergara, noble dama de Toledo, cuyos hermanos tanto se distinguieron en el siglo xvi, y la ilustre segoviana Doña Juana de Contreras, que siguió correspondencia literaria en latín, dando muestra de gran elocuencia, con Lucio Marineo. En la universidad de Salamanca con aplauso explicó Doña Lucía de Medrano los autores del siglo de Augusto, y Doña Francisca de Nebrija con frecuencia suplió en la cátedra de retórica de Alcalá á su docto padre, que tanto contribuyó en nuestro país al renacimiento de los estudios clásicos. Como veis, no es novedad extranjera, sino muy antigua costumbre española, el magisterio de las mujeres en las universidades, y no tengo noticia de que en aquel tiempo desempeñaran cátedras públicas en ninguna otra nación fuera de España.

De las muchas cartas que la Reina Católica escribió á

sus hijas, á los prelados y magnates, sólo se conservan algunas de las dirigidas á su eminente confesor Fray Hernando de Talavera, para darle cuenta de sus contentamientos y de sus penas, ó para consultarle sobre difíciles negocios de estado. Seducen la modestia y la naturalidad que en ellas se advierten, siendo el estilo agradable y sencillo, sin afectación ni amaneramiento que le desluzcan.

El provechoso impulso dado por Isabel á los estudios literarios y científicos produjo magníficos resultados, y desde entonces nunca faltaron escritoras que, recordando tan alto ejemplo, dejaran de cultivar la poesía, la comedia y la novela, ó que se dedicaran á componer obras místicas y religiosas. Fué una de las más notables la célebre Luisa Sigea, contemporánea y paisana de Garcilaso, autora de varios poemas latinos, cuya vida ha servido de asunto á una poetisa de nuestros días para un libro de amena lectura. Por su universal y merecida nombradía mantuvo frecuente correspondencia literaria con esclarecidos personajes, y aun con algunos de los Papas de su época.

Tiempos fueron aquéllos de fortuna y grandeza en todo para nuestra patria. Había regido sus destinos en difíciles circunstancias una incomparable princesa, y vino después á aumentar su gloria otra mujer admirable. Aun prescindiendo de su santidad, es Teresa de Jesús de las eminentes escritoras que bastan para dar celebridad á un país y á una literatura. Todo en ella es elevado, generoso y noble, lo mismo el carácter que la inteligencia y el corazón. Atacado por entonces rudamente y con violencia el catolicismo, pensó que á la concupiscencia del fraile de Wittenberg importaba oponer la

virtud más austera; y á la petición de reforma de abusos en la iglesia, mayor rigor y privaciones en la vida monástica. Mientras otros autores ascéticos se proponían mover el corazón de los fieles y preservarlos de los errores de la herejía por el temor de las penas eternas, Santa Teresa les hace ver la inefable dicha que en el amor á Dios encuentra la humana criatura, y el alivio que á sus sufrimientos procura la verdadera religión, que tiene consuelo para todos los dolores y esperanzas para todas las desgracias. En el amor divino cifra y pone la felicidad suprema, y compadece al demonio ¡porque no sabe amar! De sus libros ha dicho con verdad Fr. Luis de León: «En la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio humano el que oigo; y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas obscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son, á mi parecer, los que con más eficacia hacen. Uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud. Y otro encenderlos en el amor de ella y de Dios.» La posteridad ha confirmado y ratificado el juicio de aquel gran maestro, y la fama de la santa escritora nunca ha decaído,

antes se ha acrecentado con el transcurso de los siglos. No hay obra alguna en nuestra rica literatura, exceptuando el *Quijote*, que se haya vertido á tantos idiomas, como las suyas, conocidas y celebradas en todo el mundo civilizado. Aficionada á la lectura de los libros de caballería, á la sazón muy en boga, compuso uno en los primeros años de su juventud, que no ha llegado hasta nosotros, y que es acaso el único de sus escritos debido á su propia iniciativa. Escribió los demás, lo mismo los históricos que los preceptivos y doctrinales, siendo monja y en edad más avanzada, con repugnancia, por órdenes terminantes de sus superiores, cediendo á reiterados ruegos de sus compañeras de convento, ó con el piadoso y caritativo fin de instruir las en los deberes espirituales de la vida del claustro. Mayor maravilla causa el gran mérito que á todos realza, sabiendo la premura con que se redactaron, y que su autora nunca pensó en que se imprimieran y fueran conocidos del público. Cuando pasó á mejor vida en Alba de Tormes en octubre de 1582, probablemente no tenía noticia de que en aquel mismo año un librero de Évora había dado á la estampa por vez primera los *Avisos* y el *Camino de perfección*. Gravemente ocupada en la reforma de la orden del Carmen, en oraciones y meditaciones religiosas, en la fundación de nuevos conventos, que no consiguió sin vencer poderosos obstáculos, apenas tuvo vagar para escribir con tranquilidad y reposo, absorbiendo la mayor parte del tiempo que á trabajos de esta clase dedicaba la numerosa correspondencia que mantenía con parientes, monjas y personas de alta jerarquía, y que por dicha no se ha perdido. Nunca halló espacio para leer lo que había escrito, y menos para corregirlo, por lo que recomendaba

donosamente en una carta á su hermano que pusiera todas las letras que en ella faltasen. Esta precipitación explica los descuidos, las incorrecciones y la falta de claridad suficiente en que á las veces incurría, sin perder la desafeitada elegancia de estilo que tanto deleitaba al autor de los *Nombres de Cristo*. Adornada de instrucción escogida, la estimaba como complemento necesario del talento y aun de la virtud. Pide á sus monjas que procuren tratar y comunicar sus almas con personas piadosas que tengan letras, en especial si los confesores no las tienen por buenos que sean. «Dios las libre, añade, por espíritu que uno les parezca que tenga (y en hecho de verdad le tenga), regirse en todo por él, si no es letrado;» y concluye con este profundo pensamiento: «Son gran cosa letras para dar en todo luz.»

No es necesario, por ser tan conocidas, enumerar aquí las muchas obras debidas á la inspirada autora de las *Relaciones espirituales* y de los *Conceptos del amor divino*, ni señalar el subido valor de cada una de ellas. Bastará recordar que como santa y escritora tiene celebridad universal y merecida. En la admirable basílica de San Pedro de Roma, con majestuosa sencillez trazada por Bramante y por el poderoso genio de Miguel Ángel magnificada, los suntuosos pilares que sostienen la dorada techumbre y la gigantesca cúpula ostentan colosales estatuas de los principales fundadores de órdenes religiosas, sin duda porque son éstas sostén y apoyo del catolicismo. Cuando en el templo se ingresa, la primera estatua que á la derecha de la gran nave á la vista se presenta es la de Santa Teresa, ocupando lugar tan preferente por su importancia en la historia de la religión católica y de las sociedades monásticas.

Teniendo imaginación viva y ardiente al par que corazón apasionado y tierno, era difícil que algunas veces no expresase su amor en sentidos versos. Pocos nos ha dejado, pero inspirados casi todos por un mismo sentimiento. Son éstos de los que han logrado mayor fama:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.

Aquesta divina unión
Del amor en que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón.
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡qué vida tan amarga
Do no se goza al Señor!
Y si es muy dulce el amor,
No lo es la esperanza larga.
Quítame, Dios, esta carga
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza.
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte,
 Vida, no me seas molesta;
 Mira que sólo te resta
 Para ganarte perderte;
 Venga ya la dulce muerte,
 Venga el morir muy ligero,
 Que muero porque no muero.

Mucho menos conocida es esta bellísima octava escrita con mayor cuidado:

Dichoso el corazón enamorado
 Que sólo en Dios ha puesto el pensamiento;
 Por Él renuncia á todo lo criado
 Y en Él halla su gloria y su contento.
 Aun de sí mismo vive descuidado,
 Porque en su Dios está todo su intento;
 Y así alegre atraviesa y muy gozoso
 Las ondas de este mar tempestuoso.

Con ser tan agradables y tiernas éstas y la mayor parte de las poesías por diversión y en ratos de esparcimiento escritas, no pueden competir con las principales obras en prosa, ni por la alteza de los conceptos ni por la hermosa sencillez del estilo. No se acierta á formar cabal idea del mérito de esta mujer insigne y de su importancia, sin conocer su *Vida*, las *Fundaciones*, la *Vista de conventos* y las *Moradas*; así como sin leer sus numerosas cartas no se llega á comprender y apreciar bien su resuelto, jovial y noble carácter.

No brilló en el siglo xvi ninguna otra escritora, ni española ni extranjera, que pudiera rivalizar con ella. No la hubo en Inglaterra, que en la época presente con razón se ufana de muchas, sobresaliendo entre ellas las novelistas. Tampoco se encuentra en Francia, que en

la siguiente centuria tuvo á la célebre Marquesa de Se-
vigné. En Italia, que marchaba entonces á la cabeza de
todas las naciones en literatura y en artes, florecieron
distinguidas poetisas, como Verónica Gámbara y Gas-
para Stampa, muy inferiores, sin embargo, á la afama-
da Vittoria Colonna, hija de Fabricio, Duque de Pallia-
no, tierna esposa del vencedor de Pavía, Marqués de
Pescara, cuya muerte y hazañas lloró y cantó en apa-
sionados y hermosos versos; logrando con ellos y con
el entusiasmo y la fidelidad con que honró por largos
años su memoria, inspirar á Miguel Ángel un amor
ardiente, puro y duradero. Es, sin duda, la Colonna su-
perior como poetisa á Santa Teresa; pero no la iguala
en importancia y mérito como escritora.

Las exigencias de la cronología me obligan á pasar
de obras místicas y religiosas á novelas profanas: de la
santa de Ávila á Doña María de Zayas y Sotomayor,
señora principal en Madrid, nacida en los primeros
años del siglo XVII, cuyo padre D. Fernando sirvió de
capitán en los tercios y obtuvo luego el hábito de San-
tiago. De las veinte *novelas ejemplares y amorosas* que
compuso, diez se publicaron en 1637, con feliz suerte,
y las diez últimas en 1647, con no menor fortuna. Lope
de Vega, generoso de alabanzas para los autores cele-
brados en el *Laurel de Apolo*, las prodiga cortesmente
á Doña María en los siguientes ampulosos versos:

¡Oh dulces hipocrénides hermosas!
Los espinos pangeos
Á prisa desnudad, y de las rosas
Tejed ricas guirnardas y trofeos
Á la inmortal Doña María de Zayas,
Que sin pasar á Lesbos ni á las playas

Del vasto mar Egeo,
 Que hoy llora el negro velo de Teseo,
 Á Safo gozará Mitilenea,
 Quien ver milagros de mujer desea;
 Porque su ingenio vivamente claro
 Es tan único y raro,
 Que ella sola pudiera,
 No sólo pretender la verde rama,
 Pero sola ser sol de tu ribera;
 Y tú por ella conseguir más fama
 Que Nápoles por Claudia, por Cornelia
 La Sacra Roma y Tebas por Targelia.

Aun reconociendo la exageración del elogio, lo merecen, como obras literarias, las *Novelas amorosas* cuya entretenida lectura viene á probar que en aquellos tiempos el rigor y la severidad con las ofensas á la religión eran tan excesivos como la tolerancia y la indulgencia con los ataques á la moral. Existía la previa censura ejercida por eclesiásticos, los cuales, al par que prohibían la impresión de los libros en que había ó creían ver doctrina perniciosa ó herética, autorizaban la libre circulación y la reimpresión frecuente de cuentos, poesías y comedias inmorales y hasta obscenas. Con ciertas excepciones son las *Novelas amorosas* muy pocos ejemplares, y llega á los últimos límites en este género *El prevenido engañado*, que sirvió á Scarron con muy insignificantes variaciones para su *Precaution inutile*. Sorprende que una señora de respetable clase y morigerada conducta escribiera estos cuentos; pero no menos admiración causa leer la licencia eclesiástica suscrita por Fr. José de Valdivielso, que dice así: «En este honesto y entretenido libro no hallo cosa que se oponga á la verdad católica ni á la moral cristiana; y aunque por

ilustre emulación de las Corinas, Safos y Aspasia, no se le debiera dar la licencia que pide, por dama ó hija de Madrid me parece que no se le puede negar.» Alguna monotonía se advierte en los personajes y en los asuntos de estas novelas. Como en nuestro teatro antiguo, casi nunca hay madres, sin duda para que parezcan menos inverosímiles por su falta las aventuras de las hijas. Los padres y los hermanos, confiados en demasía, no comprenden los peligros que suelen tener las rejas para las jóvenes curiosas; no escogen con esmero las dueñas, y no logran impedir irreparables desgracias, aunque á las veces aciertan á vengarlas. Aficionadas á galanteos y declaraciones amorosas, las hijas observan más de lo debido quién las sigue suspirando cuando van á la iglesia, escuchan las serenatas, aceptan nocturnas citas en las ventanas con galanes á quienes no han tratado, reciben sin gran resistencia cartas traídas por oficiosas doncellas, no piensan en poner su descuido en reparo, y luego abandonan el hogar paterno por la promesa de un casamiento que tarda mucho en realizarse ó al fin no se realiza. Y los jóvenes, á pesar de su buen nacimiento y ventajosa posición social, inclinados antes al raptó que al matrimonio consentido, fingiendo y engañando, llevan la perturbación y el escándalo á familias honradas y tranquilas. No creo que estos cuentos pintan con exactitud la sociedad del reinado de Felipe IV. Por más que no fuera acabado modelo de severas costumbres, no llegaba con frecuencia á tales excesos de candidez ni á semejantes censurables extravíos. Confirma esta creencia la autora, cuando dice en *El prevenido engañado*: «Llegó D. Fadrique á Sevilla tan escarmentado en Serafina, que por ella ultrajaba á todas las demás mujeres,

no haciendo excepción de ninguna; cosa tan contraria á su entendimiento, *pues para una mala hay ciento buenas*. Mas, en fin, él decía que no había de fiar de ellas y más de las discretas, porque de muy sabias y entendidas daban en traviesas y viciosas, y que con sus astucias engañaban á los hombres; pues una mujer no había de saber más de hacer su labor y rezar, gobernar su casa y criar sus hijos, y lo demás eran bachillerías y sutilezas que no servían sino de perderse más presto.» La propia experiencia pronto desengañó á D. Fadrique, que habiendo buscado para mujer una ignorante, se arrepintió de su elección con fundado motivo; y desde entonces «tuvo su opinión por mala. Y todo el tiempo que después vivió alababa las discretas que son virtuosas, porque no hay comparación ni estimación para ellas.»

Pagó tributo Doña María de Zayas al gusto de su tiempo, contando la vida y desventuras de un personaje desgraciado ó grotesco. *El castigo de la miseria* pertenece al género de *El Lazarillo de Tormes*, de *Guzmán de Alfarache*, y más aún de *El gran Tacaño*. El tipo del hijodalgo navarro D. Marcos, su mezquindad, su constante mortificación por ahorrar, su desastroso fin al verse burlado y sin el dinero con tanto trabajo reunido, están pintados con singular gracia y con gran conocimiento del idioma, por más que cause extrañeza que una señora pudiera tener noticia de muchos de los detalles y circunstancias de la trabajosa existencia de un pobre paje, que con tanta prolijidad y donaire describe.

Contemporánea de la Zayas, si bien dedicada á muy distinto género de vida, y autora de escritos de muy diferente índole, fué Sor María de Jesús, que cediendo á irresistible vocación religiosa, que transmitió á su madre

y a su hermana, fundó asistida de ellas, en edad temprana — en la villa de Ágreda, un convento de monjas descalzas con el nombre de la Inmaculada Concepción, que luego pronto gran nombradía. Por su piedad y virtudes, cuando no contaba todavía los veinticinco años que la regla de la orden exigía, obtuvo por elección en 1627 el cargo de superiora, que, exceptuando un corto período de tiempo, conservó hasta 1665, época de su muerte. Redujo sus hijas a pie, impulsada de celestiales avisos, escribió, después de resistirlos por largos años, una historia de la Virgen, que luego arrojó al fuego descontenta de su obra, y siguiendo el consejo de un director espiritual que no creía conveniente que las religiosas compusieran libros. Pero los avisos y las órdenes del cielo se repitieron con insistencia, obligando en 1655 á Sr. María de Jesús a empezar segunda vez la historia de la Madre del Señor, en la que trabajó constantemente, hasta verla terminada poco antes de su fallecimiento. Trece años después, en 1670, salió a luz en Madrid en tres tomos en folio con el título de *Mostica ciudad de Dios*, dando lugar desde entonces á empeñadas controversias y á juicios muy opuestos. En cuanto este libro empezó á circular y á ser conocido, fue denunciado á la Congregación de Proposición, que envió á muchas personas fuera el referido encargo de examinarle. La aprobación que recayó, y la utilidad de los que entonces aprobaron, no impidió en 1681 la censura de Roma, que al fin quedó en suspenso en virtud de un breve especial, expedido á instancia del rey Carlos II de España. En 1692 el pontífice Inocencio XII ordenó á encomendar el examen del libro á una congregación particular, que no llegó á presentar informe favorable al universo. Pero la

facultad de teología de París, después de grandes debates que habían exaltado los ánimos, declaró solemnemente en la Sorbona en 1696 que había lugar á condenar la *Mística ciudad de Dios*, advirtiendo, sin embargo, que si María de Ágreda no tiene el propósito de burlarse de sus lectores, por lo menos se engaña á sí propia, queriendo hacer pasar fábulas, ficciones y errores, cuyo autor no puede ser Dios, por misterios que le han sido revelados por divina manera. Los numerosos admiradores de esta obra, que se había traducido á casi todos los idiomas europeos, pidieron la canonización de la autora al papa Benedicto XIII, que expidió decreto en 1729 para que la causa siguiera sus trámites en la sagrada congregación de ritos, la cual tampoco llegó á formular dictamen sobre este controvertido asunto. Un moderno escritor extranjero, hablando de este libro que califica de «asombroso,» dice: «Los misterios de la religión cristiana, los principios de la iglesia católica, los textos más difíciles de la Escritura, los confusos cómputos de la historia evangélica, los más ocultos designios de la Providencia, la teología sagrada, dogmática, expositiva, escolástica, moral, deliberativa y mística, todo está allí reunido.» Acerca de su estilo emitió el siguiente encomiástico juicio el R. P. Samaniego, general de la orden de San Francisco y obispo de Palencia, muy entusiasta de Sor María de Jesús: «Propiedad en los términos sin afectación; facilidad sin baja; majestad de palabras sin fausto; elocuencia sublime sin artificio; disposición adecuada; fuerza de instrucción; empleo de las ciencias naturales; elección exacta de términos escolásticos; energía en las sentencias; conocimiento de los pasajes de la Escritura, cosas todas que prueban que la

obra de la venerable madre ha sido escrita por divina luz.»

Alcanzó en la corte esta célebre monja poderosa influencia que acertó á conservar hasta su muerte. Detúvose en Ágreda para verla Felipe IV en julio de 1643, cuando se encaminaba á Zaragoza para atender á la guerra de Cataluña sublevada; y tan satisfecho debió quedar de la entrevista, que entonces empezó con Sor María una correspondencia sobre asuntos personales y negocios de estado, que duró veintidós años sin interrupción alguna. «Escriboos á media margen, decía el Rey en su primera carta, porque la respuesta venga en este mismo papel, y os encargo y mando que esto no pase de vos á nadie.» Cerca de dos siglos han transcurrido sin que fuera conocida esta correspondencia íntima y reservada, de notorio interés histórico y literario. Sacó á luz parte de ella por vez primera en 1855 M. A. Germond de Lavigne, académico correspondiente de la Española, publicando veintiuna cartas del Rey y otras tantas de Sor María de Jesús, que llegan al año 1658, tomadas de la copia que, por indicación de nuestro erudito colega D. Eugenio de Ochoa, examinó en la biblioteca nacional de París. Posteriormente, en 1870, el propio Sr. Ochoa incluyó en el tomo segundo del variado epistolario español; en la *Biblioteca de Autores españoles*, seis cartas de Sor María, desde julio hasta octubre de 1643, y dos de Felipe IV de fin de aquel mismo año, advirtiendo que existe una copia íntegra de esta curiosa correspondencia en la Academia de la Historia. De toda ella y de otras muchas cartas de la superiora de Ágreda, dirigidas á elevados personajes de su tiempo, tendremos pronto edición esmerada y completa,

devida á una señora que con provecho se ocupa en la literatura española. Juzgando por las ya conocidas, no hay de carecer de importancia las todavía inéditas. En las que corren impresas, Felipe IV refiere menudamente, sin observaciones ni comentarios, los sucesos políticos del reino, los acontecimientos de las guerras en que el país estaba empeñado, la falta constante de recursos para proseguirlas con vigor y evitar desastres, y al propio tiempo habla de las dolencias de la Reina y de las infantas; y después del inesperado fallecimiento del príncipe D. Baltasar Carlos, cuyo recuerdo ha hecho impercedero el mágico pincel de Velázquez, manifiesta siempre vehemente deseo de tener sucesor directo para la corona, que vió al fin satisfecho con el tardío nacimiento de aquel príncipe débil y enfermizo, último soberano de la casa de Austria, que, según una conocida frase, no supo ser rey ni hombre. Sor María, que no abusó del ascendiente que con el monarca tenía, ni lo aprovechó en beneficio personal ni para influir en el gobierno ó en la corte, escribe con humildad propia de su estado, con el respeto y el cuidado á la majestad debida, y hace extensas y elevadas reflexiones sobre asuntos de fe, dando prudentes y sanos consejos con decisión y energía. El mejor elogio que del mérito literario de sus obras pudiera presentar, es traer á la memoria que las cita el excelente diccionario de autoridades de esta Academia. Lamentándose de las algaradas de los portugueses en la frontera, del temor de una sublevación en Flandes y de los muchos aprietos del reino, acude atribulado Felipe IV á su consejera de Ágreda; y teniendo por cierto que todos aquellos males nacen de haber enojado al Señor, dice desde Zaragoza en 2 de octubre de

- 1643: «Quisiera que si por algún camino llegáis á entender qué es su santa voluntad que yo haga para aplacarle, me lo escribáis aquí; porque yo ando con deseo de acertar, y no sé en qué yerro. Algunos religiosos me dan á entender que tienen revelaciones y que Dios manda que castigue á éstos ó aquéllos y que eche de mi servicio á algunos. Bien sabéis vos que en esto de revelaciones es menester gran cuidado, y más cuando hablan estos religiosos contra algunos que verdaderamente no son malos ni los he reconocido nunca cosa que pueda dañar á mi servicio, y juntamente aprueban otros que no tienen buena opinión en su modo de proceder; y que el sentir universal de ellos es que son amigos de revolver y poco seguros en la verdad.» Podría parecer delicada ironía la advertencia referente al cuidado necesario en punto á revelaciones, si no supiéramos el respetuoso cariño del Rey á Sor María de Jesús, cuyos consejos en esta ocasión están inspirados también por la prudencia y por el mejor deseo de poner remedio á perjudiciales abusos en el gobierno. «El desacreditar á unos para introducir á otros,» escribe en 13 de octubre siguiente, «no lo apruebo, acredito ni abono, cuando se puede decir lo que conviene sin tocar á la honra del prójimo, si no es que las personas que han hablado á vuestra majestad quieran decir que algunos asisten muy cerca que los juzgan por officiosos y son inútiles para mandar, porque es muy diferente la virtud esencial de cada uno, á la ciencia y sabiduría de gobernar; y que podían asistir otros que por más talento y capacidad vengán á ser de más provecho..... y el daño mayor consiste en que los que debiendo mirar al bien común y el de su príncipe y rey, siendo desinteresados, se ceban en sus bienes, ordenándolos

á sus propias comodidades, y todo lo hacen carne y sangre. Señor mío, esto sucede en la paz y en la guerra; con que vuestra majestad y sus reinos están pobres y todos los que andan en la masa están prósperos y ricos; cada uno procura llegarse más al fuego para calentarse mejor y recibir más bienes de fortuna, y por eso tienen envidia y se hacen emulación unos á otros; sería bueno igualarlos á todos oyéndolos á todos, de suerte que cada uno piense es el más allegado, sin que de la voluntad de vuestra majestad reciban más unos que otros..... Esas personas que hablaron á vuestra majestad, pudieron tener otro motivo fundado en el común sentir del mundo, que abomina del gobierno pasado, pareciéndole que estas desdichas y calamidades se originan de él; y como tan aprisa no se ven buenos sucesos, párecele que gobierna quien gobernó antes, y no fuera desatentado dar una prudente satisfacción al mundo que la pide, porque vuestra majestad necesita de él.» Sorprende ciertamente que en la mitad del siglo xvii una monja encareciese desde un pequeño pueblo de Aragón al Rey la conveniencia de contar con la opinión pública, cuyo apoyo necesitaba para gobernar; y mucho debió arrepentirse Felipe IV de haber desatendido tan oportuno aviso.

Otra monja en lejanas tierras nacida y educada fué la última escritora notable en los tiempos de la dinastía austriaca. Nueva España, hermosa región, teatro de las hazañas del más grande y eminente de los conquistadores españoles de América, pagó, antes que con la ponderada riqueza de sus minas con el peregrino ingenio de sus hijos, la predilección con que siempre la miró España, y sus perseverantes esfuerzos para llevarla á un alto grado de civilización y cultura. En Méjico vino á la vi-

da el insigne poeta D. Juan Ruiz de Alarcón, gloria de nuestro teatro, á quien imitó Corneille en alguna de sus comedias; en Méjico vió la luz el discreto Gorostiza, cuyas obras dramáticas se aplaudieron con justicia en los años primeros del presente siglo; en Méjico y en 1651 nació la célebre Sor Juana Inés de la Cruz, en cuyo elogio se escribieron con entusiasmo tomos enteros, contando entre sus panegiristas al P. Feijóo. Ejemplo ofrece esta poetisa, más que otra alguna, de la exageración en la alabanza y en la censura de que adolece con frecuencia en nuestro país la crítica literaria. Llamáronla décima musa sus contemporáneos, y posteriormente se quiso hasta expulsarla del parnaso. La verdad, como acontece en casos semejantes, se encuentra á igual distancia de esos dos extremos. D. Juan Nicasio Gallego, autoridad no recusable, reconoce en ella gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio, si bien añade que por tener la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo xvii, tiempos los más infelices de la literatura española, se ven sus versos atestados de las extravagancias gongorinas y de los conceptos pueriles y alambicados que estaban entonces en el más alto aprecio. Del pervertido gusto de la época da suficiente testimonio el título de la tercera edición de las poesías de esta escritora, impresa en Zaragoza en 1692: *Poemas de la única poetisa americana, musa décima, Soror Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el Monasterio de San Gerónimo de la Imperial Ciudad de Méjico, que en varios metros, idiomas y estilos, fertiliza varios assumptos con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos y útiles versos, para enseñanza, recreo y admiracion*. Bien se advierte que fertilizar varios asuntos en varios metros, con

sutiles versos, se debió escribir en el propio tiempo de decadencia en que se publicaban las *Gracias de la gracia* y *Saladas agudezas de los santos*. Cultivó la monja mejicana la poesía dramática, y no carecen de mérito sus dos comedias *Amor es más laberinto* y *Los empeños de una casa*, y los autos sacramentales *El Mártir del Sacramento San Hermenegildo* y *El cetro de Joseph*. Pero brillan más sus conocimientos y su numen en las poesías líricas que escribió en castellano, en latín y en uno de los dialectos que hablan los indios mejicanos; y es de notar, recordando su estado y su vida monástica, que casi siempre trató de asuntos profanos, y que sus villancicos, nocturnos y romances religiosos muy inferiores son á sus versos inspirados por mundanos afectos. Véase en qué términos pinta los tormentos de querer sin ser correspondida, y de ser amada por quien no merece sus favores:

Que no me quiera Fabio al verse amado,
 Es dolor, sin igual, en mi sentido;
 Mas que me quiera Silvio aborrecido,
 Es menor mal, mas no menor enfado.
 ¿Qué sufrimiento no estará cansado,
 Si siempre le resuenan al oído,
 Tras la vana arrogancia de un querido
 El cansado gemir de un desdeñado?
 Si de Silvio me cansa el rendimiento,
 Á Fabio canso con estar rendida;
 Si de éste busco el agradecimiento,
 Á mí me busca el otro agradecida;
 Por activa y pasiva es mi tormento,
 Pues padezco en querer y en ser querida.

Un largo romance dedica á discurrir sobre los celos, del cual copiaremos algunos discretos conceptos.

Son ellos de que hay amor
 El signo más manifiesto,
 Como la humedad del agua
 Y como el humo del fuego.

El que no los siente amando,
 Del indicio más pequeño,
 En tranquilidad de tibio
 Goza bonanzas de necio:

Que asegurarse en las dichas,
 Solamente puede hacerlo
 La villana confianza
 Del propio merecimiento.

Para tener celos basta
 Sólo el temor de tenerlos;
 Que ya está sintiendo el daño
 Quien está sintiendo el riesgo.

Temer yo que haya quien quiera
 Festejar á quien festejo,
 Aspirar á mi fortuna
 Y solicitar mi empleo,

No es ofender lo que adoro,
 Antes es un alto aprecio
 El pensar que deben todos
 Adorar lo que yo quiero.

El que es discreto, á quien ama
 Le ha de mostrar que el recelo
 Lo tiene en la voluntad,
 Y no en el entendimiento.

.....

Y aunque muestra que se ofende,
 Yo sé que por allá adentro,
 No le pesa á la más alta
 De mirar tales extremos.

En ingeniosas redondillas defiende á las mujeres de
 las injustas censuras de los hombres que «las acusan
 sin motivo de lo que en ellas causan.»

Hombres necios que acusáis
 Á la mujer sin razón,
 Sin ver que sois la ocasión
 De lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual
 Solicitáis su desdén,
 ¿Por qué queréis que obren bien
 Si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
 Y luego con gravedad
 Decís que fué liviandad
 Lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
 De vuestro parecer loco
 Al niño que pone el coco,
 Y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
 Hallar á la que buscáis,
 Para pretendida Thais,
 Y en la posesión Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
 Que el que falto de consejo,
 Él mismo empaña el espejo
 Y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
 Tenéis condición igual:
 Os quejáis si os tratan mal,
 Os burláis si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
 Pues la que más se recata,
 Si no os admite es ingrata,
 Y si os admite es liviana.

Siempre tan necios andáis,
 Que, con desigual nivel,
 Á una culpáis por cruel,
 Y á otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada

La que vuestro amor pretende,
 Si la que es ingrata ofende
 Y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
 Que vuestro gusto requiera,
 Bien haya la que no os quiera;
 Quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
 Á sus libertades alas,
 Y después de hacerlas malas
 Las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
 En una pasión errada,
 La que cae de rogada
 Ó el que ruega de caído?

¿Ó cuál es más de culpar,
 Aunque cualquiera mal haga:
 La que peca por la paga
 Ó el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis
 De la culpa que tenéis?
 Queredlas cual las hacéis,
 Ó hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
 Y después con más razón
 Acusaréis la afición
 De la que os fuere á rogar.

Bien demuestran los citados versos el talento poético de Sor Juana Inés de la Cruz, con frecuencia extraviado por el mal gusto de aquel tiempo. De sus mejores composiciones debiera hacerse escogida colección cuya lectura siempre agradaría.

Mi propósito, al comenzar enunciado, de tratar tan sólo de las escritoras más notables, me impide hablar con detenimiento de otras de menor mérito, que

lograron, sin embargo, bastante celebridad entre sus contemporáneos, y que se mencionan con elogio en el *Laurel de Apolo* de Lope de Vega, ó en las *Flores de poetas ilustres* de Espinosa. Cuéntanse en este número como las principales: Doña Cristobalina Fernández de Alarcón, muy docta en lengua latina y en literatura, distinguida poetisa, lo propio que Doña Luciana y Doña Hipólita de Narváez; Doña Ana Caro Mallén, llamada la musa sevillana, amiga y compañera de Doña María de Zayas, autora de varias poesías y de algunas comedias, siendo de éstas la más apreciada *El Conde de Partinuples*; Sor Valentina Pinelo, también poetisa sevillana; Doña Feliciana Enríquez de Guzmán, que á pesar de su noble alcurnia, con traje de hombre y nombre supuesto cursó filosofía y otros estudios en la universidad de Salamanca, cultivando después con éxito la poesía lírica y la dramática; Doña Bernarda Ferreira de la Cerda, autora del poema *España libertada*, poetisa portuguesa que escribió tiernos y sentidos versos españoles; Doña Leonor de la Cueva, Doña Luisa de Silva y Doña Ángela Acebedo, que compusieron comedias; y Doña Mariana de Carvajal, granadina, descendiente de las ilustres familias de San Carlos y Rivas, que con el título de *Navidades en Madrid ó Noches entretenidas* publicó ocho novelas, tan agradables, en opinión de Ticknor, por el mérito de la invención como por la sencillez del estilo.

En fin del siglo xvii, y en principio del xviii, tiempos de gran decadencia y de gusto detestable en las letras españolas, no disminuyeron un punto en las señoras las aficiones literarias. Sabemos que en una justa poética que se celebró en Murcia el año 1727, en honor de San

Luis Gonzaga y de San Estanislao de Kostka, acudieron á lucir su ingenio cinco poetisas y nada menos que ciento cincuenta poetas. Probablemente todos serían meros versificadores, y los versos entonces presentados de cierto no harían honor ni á los autores ni á los santos, mártires póstumos del concurrido certamen.

Los peligros de la guerra de sucesión y la gravedad de los sucesos políticos no llegaron, sin duda, á turbar la tranquilidad y el reposo de la vida monástica, cuando no impidieron dedicarse á la poesía mística, en los primeros años del largo reinado de Felipe V, á la afamada sevillana Sor Gregoria de Santa Teresa, entre cuyas obras, las más todavía inéditas por desgracia, sobresale el *Coloquio espiritual*. También se dedicó al mismo género literario Sor María del Cielo, célebre poetisa portuguesa, que escribió en castellano *Las lágrimas de Roma*, otros autos alegóricos y no pocas de sus poesías. En la época de Fernando VI, otra monja poetisa, Sor Ana de San Jerónimo, digna hija del ilustre Conde de Torrepalma, religiosa del convento del Ángel en Granada, causó admiración y entusiasmo en sus contemporáneos, al par que por su vasta instrucción y su peregrino ingenio, por su virtud acendrada.

Reservado estaba á una ilustre señora contribuir poderosamente con su iniciativa al progreso literario de aquel tiempo. Cuando se iba perdiendo la afición á las academias literarias, tan en boga en los dos precedentes siglos, la Condesa viuda de Lemos, después Marquesa de Sarriá, hermana del Duque de Béjar, apasionada por las bellas letras, fundó en su magnífico palacio, imitando á un tiempo mismo las antiguas sociedades poéticas españolas y las costumbres de las damas de la primera

sociedad de Francia, la *Academia del buen gusto*, á la que concurrían Montiano, Luzán, Nasarre, el Conde de Saldueña, el Marqués de la Olmeda, el Conde de Torrepalma, Porcel, Velázquez, el Duque de Béjar y otros vates de los mejores de entonces, atraídos por la juventud, la hermosura, el talento y la instrucción de la noble y discreta Condesa, que con tales prendas fácilmente lograba reunir en sus tertulias á las personas más distinguidas por el saber y por la alcurnia. *Parnaso al revés* llamó con gracia D. Juan de Iriarte á aquella academia en la que una mujer presidía á los poetas. En ella se leían poesías que quedaban unidas á las actas, que con gran formalidad y escrupulosa exactitud redactaba y firmaba el secretario Montiano; y asistían con frecuencia á sus sesiones la Condesa de Ablitas, la Duquesa de Santisteban, la Marquesa de Estepa, que escribía versos, y la Duquesa viuda de Arcos, que, con la Condesa de Lemos, rivalizaba en aficiones literarias, si bien carecía del talento y donaire para representar comedias, que su amiga lucía en el teatro de su palacio, con gran contentamiento de los concurrentes á estas escogidas funciones. Estos altos ejemplos impulsaron en las señoras el desarrollo del gusto para cultivar las artes y las letras. La Academia de San Fernando, de creación reciente, nombró por aclamación á la Duquesa de Huéscar, premiando así el mérito de sus obras, académica de honor y directora honoraria de la pintura, con voz, voto y asiento preeminente, y con opción á todos los cargos académicos. Igualmente admitió en su seno aquella Corporación, por la excelencia de sus pinturas, á la Marquesa de Estepa, antes nombrada, y á la Marquesa de Santa Cruz. Emulando con estas señoras, aunque en dis-

tinto género, Doña Josefa Amar y Borbón tradujo con suma elegancia la obra del abate Lampillas; la Marquesa de Espeja vertió al español la *Filosofía moral*, del italiano Zanotti; y la Condesa-Duquesa de Benavente leyó útiles discursos en la Sociedad económica matritense, merced á la energía de Carlos III, que con laudable empeño, y no sin reiteradas discusiones con sus ministros, consiguió que las mujeres pudieran ingresar en aquellas asociaciones importantes que tan señalados servicios prestaron. Esta pública consagración del mérito de las mujeres naturalmente había de estimularlas á dedicarse á estudios más difíciles y formales. Alcanzó fama por su ciencia Doña María Isidra de Guzmán y la Cerda, hija de los Condes de Oñate, que á los diez y siete años tomó en Alcalá el año 1785 el grado de Maestra y Doctora en Filosofía y Letras humanas, que el Rey, por decreto especial, permitió que aquella universidad le confriese, previos los correspondientes ejercicios, en atención á las sobresalientes cualidades personales de que estaba dotada. En públicos exámenes probó su sólida instrucción, y que poseía el griego, el latín, el francés y el italiano, obteniendo el nombramiento de consiliaria perpetua y catedrática honoraria de filosofía moderna. Había merecido también la singular distinción, que hasta ahora no se ha vuelto á conceder á mujer alguna, de tomar asiento en esta ilustre Academia, en la que leyó una *oración*, notable por la elevación de miras y la firmeza de la entonación, á juicio de nuestro colega el señor Marqués de Valmar.

En los postreros años del reinado de Carlos III, que tanto deseó mejorar la educación literaria y científica de las mujeres, tuvieron alguna notoriedad Doña María de

Hore, de mayor renombre por su belleza, por su instrucción, por su talento y por haberla consagrado una de sus fantásticas leyendas Fernán Caballero, que por las pocas poesías suyas que hasta nosotros han llegado; y Doña María Helguero, monja de las Huelgas, que se dedicó á la poesía sagrada, y que, á pesar de su indisputable ingenio, tuvo el extraño pensamiento de conmemorar la sagrada Pasión en seguidillas. Bastante superaron á éstas dos medianas poetisas, la amiga de Quintana, Doña María Rosa Gálvez, en sus obras líricas y más aún en las dramáticas, y Doña Vicenta Maturana, autora de dos novelas, *Teodoro ó el huérfano agradecido* y *Sofía y Enrique*; del *Himno á la luna*, bello poema en prosa, y de una corta colección de poesías, publicada, según el señor Ochoa, para desvanecer una intriga cortesana encaminada á privarla del afecto y favor de la reina María Josefa Amalia de Sajonia, suponiendo que hacía los versos de la Reina; invención maligna, porque aquella augusta señora los componía con gran facilidad, si bien á veces los consultaba con la Maturana. Tuvo esta escritora, de vida harto desgraciada, verdadero estro poético, y con frecuencia se reflejan en sus obras la amargura y la tristeza que debieron producir en su ánimo repetidas desventuras. Sirva de prueba el final de su elegía titulada *La Desesperación*.

Soy cual barquilla expuesta á los rigores
 Del irritado mar, cuando le agita
 El soplo de los vientos bramadores;
 Y al abismo veloz me precipita
 El encono cruel con que la suerte
 Tiene mi ruína y perdición escrita.
 Que no hay constancia que dolor tan fuerte

Resistir pueda, y toda mi esperanza
 Se cifra en el sepulcro y en la muerte,
 Que allí el imperio del dolor no alcanza.

Utilizó, sin duda, en gran manera sus instructivas y agradables conversaciones y sus provechosos consejos literarios, la reina María Josefa Amalia, que constante afición mostró á la poesía, escribiendo en español muchos versos, que inéditos se conservan en el rico archivo de Palacio, por más que notoriamente no sean suyos todos los que llevan su nombre. Espectáculo tan raro es ver á una poetisa en el trono, dando forma á su inspiración en extranjero idioma, que no parecerá inoportuno que aquí transcriba parte de algunas de las composiciones de la tercera esposa de Fernando VII, que son de todo punto desconocidas. En las *Oraciones para después de comulgar* dice con religioso fervor y arrepentimiento:

Dame una devoción ardiente y pura;
 Dame una inagotable caridad;
 Que mande con prudencia y con dulzura
 Y obedezca con gozo y humildad;
 Que á mis contrarios trate con blandura
 Y pague con amor la crueldad;
 Que la injuria sepulte en el olvido,
 Mas nunca el beneficio recibido.

Así describe algunos de los deberes del verdadero cristiano:

Mortificar los sentidos,
 Las pasiones refrenar,
 Merecer y despreciar
 Los elogios merecidos,
 Socorrer los desvalidos
 Mirándolos con amor,

Perdonar al ofensor,
 Pagarle con beneficios,
 Tener horror á los vicios
 Y piedad del pecador.

En la despedida de la Virgen, al salir del Escorial, para reunirse con el Rey en Valencia, hay estas estrofas, en que rivalizan la devoción y el cariño:

Yo te saludo ¡oh dulce Madre mía!
 Al alejarme de tu hermoso altar,
 Como á mi amparo fiel, como á mi guía
 Y clara estrella en proceloso mar.

.....
 Mi esposo ya me llama; llegó el día
 Que de tu amor mi corazón pidió,
 Y al vernos borraré nuestra alegría
 El llanto que la ausencia nos costó.

Citaré, por último, la siguiente décima, «sobre el tiempo y la eternidad al contemplar un reló:»

La aguja con paso igual
 Corre el tiempo señalando,
 Del placer el fin marcando,
 De la tristeza y el mal.
 Pero cuando cada cual
 Coja de su vida el fruto,
 Cien siglos de gozo ó luto
 Pasarán y muchos más,
 Sin que parezca jamás
 Que ha pasado ni un minuto.

Para completar esta rápida reseña de escritoras célebres ó notables que ya no existen, tan sólo me falta hablar de dos de las más afamadas: de Fernán Caballero y de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Pocas palabras

diré de ellas, aunque muchas merecen, que han sido las dos contemporáneas nuestras, y todos conservamos indeleble en la memoria el recuerdo de su vida, y hemos sido testigos del extraordinario éxito de sus obras en España y en extranjeras naciones.

Acontece á las veces que el género literario en que sobresale el escritor de más genio de un país, no se cultiva en él después con fortuna. Tres centurias han transcurrido desde que Shakespeare escribió sus imperecederas y admirables tragedias, y en ese largo tiempo no puede vanagloriarse Inglaterra de ningún otro insigne dramático, sin que basten á poner en duda esta verdad las amenas comedias de Sheridan, los correctos pero fríos dramas de Jonson y las tragedias de Thomson. Análogo fenómeno se advierte en España. Es, sin duda, el *Quijote* el mejor libro de nuestra literatura; pero desde que Cervantes publicó su obra maestra, hasta época reciente, tan sólo vieron la luz novelas de aventuras ó picarescas, que no llenaron el vacío que en este difícil género había. No dieron el resultado apetecido las tentativas de escritores de superior talento, después del renacimiento del romanticismo, para que entre nosotros floreciese la novela con igual brillo y pujanza que en otras naciones. *El doncel de D. Enrique el Doliente*, de Larra; *Doña Isabel de Solís*, de Martínez de la Rosa, y *Sancho Saldaña*, de Espronceda, á pesar de su indisputable mérito literario, no lograron por falta de interés arraigar en España la novela histórica que tan universal renombre procuró al escocés Walter Scott, de cuyas obras, por la verdad y exactitud con que reproducen los personajes, los sucesos y las costumbres de pasados tiempos, pudo decir con acierto M. Villemain que eran mejores que la his-

toria misma. Tampoco alcanzaron éxito favorable los ensayos de novelas de repugnante y excesivo realismo, y de las que solicitan el interés del lector por la abundancia de crímenes y horrores. Pienso que no hay exageración en sostener que el mérito del renacimiento de la novela española en la época presente pertenece á Fernán Caballero, cuya iniciativa han seguido después con notable ingenio otros autores. La publicación de *La gaviota* fué un fausto suceso literario, y *La familia de Alvareda*, *Lágrimas* y *El último consuelo* vinieron á confirmar las esperanzas que despertó aquel libro, demostrando que teníamos un excelente novelista original, que con envidiable sencillez y novedad describía tipos simpáticos, agradables ó característicos de las gentes de nuestras provincias meridionales, y refería verosímiles dramas de los que á cada paso ocurren en la vida. En lo cómico, lo propio que en lo trágico; en lo bueno, lo mismo que en lo malo, la realidad excede siempre en gran manera á la ficción más ingeniosa y á la invención más perfecta. Por tal motivo hay mayor garantía de acierto para el novelista y para el autor dramático en estudiar profundamente el corazón humano y la sociedad que le rodea, que en fantasear caprichosamente á su albedrío. No desconoció este fundamental principio Fernán Caballero, que supo conciliar con arte el interés indispensable en obras de imaginación, con la verdad de los afectos, de las pasiones y de los caracteres de los personajes que presentaba á sus lectores. Abundan desde hace años en todos los países las novelas de costumbres, pero las de la escritora sevillana ofrecen la ventaja de ser casi siempre novelas de costumbres buenas; circunstancia atendible y no despreciable, si se tiene en cuenta el gus-

to dominante en una parte de la literatura contemporánea, y la funesta propensión á creer que sólo se excita la atención y se despierta la curiosidad del público con la pintura de feos vicios y de actos inmorales.

Gloria redundante para España de que en la isla de Cuba hayan nacido los dos poetas líricos más eminentes de toda la América española en los modernos tiempos. No se puede negar esta justa alabanza á Heredia y á la Avellaneda, aun reconociendo el gran talento del venezolano Bello, el cantor de la *Agricultura de la zona tórrida*, con quien no rivaliza poeta alguno de los diversos estados que ocupan el inmenso territorio que desde California se extiende hasta el estrecho que surcaron por vez primera las naves de Magallanes y de Elcano. Es también la Avellaneda la más ilustre escritora de nuestra patria, después de Santa Teresa, y como poetisa no halla competencia en la Europa cristiana. Son inferiores sus novelas á las de Fernán Caballero, á las de Jorge Sand, á las de Madame d'Arbouville y á las de bastantes escritoras inglesas; pero prefiero sus producciones dramáticas á las de Jorge Sand y á las de Madame de Girardin, y sus composiciones líricas me parecen muy superiores á cuantas conozco escritas por poetisas en cualquiera de los idiomas europeos, sin exceptuar las muy tiernas y bellas de la célebre Vittoria Colonna. «Las calidades que más caracterizan sus poemas,» ha dicho con severa imparcialidad D. Juan Nicasio Gallego, «son la gravedad y elevación de los pensamientos, la abundancia y propiedad de las imágenes y una versificación siempre igual, armoniosa y robusta. Todo en sus cantos es nervioso y varonil: así cuesta trabajo persuadirse que no son obra de un escritor del otro sexo. No brillan tanto en ellos los

movimientos de ternura, ni las formas blandas y delicadas, propias de un pecho femenino y de la dulce languidez que infunde en sus hijas el sol ardiente de los trópicos que alumbró su cuna. Sin embargo, suele ser afectuosa cuando quiere.» Acrecientan el subido valor de sus versos la gracia y el primor del lenguaje poético y la galanura de su esmerada versificación. Cuentan que uno de nuestros más célebres y populares escritores exclamó al oír una de sus composiciones: «Es mucho hombre esta mujer.» El chiste tuvo éxito, contribuyendo á que se haya exagerado el carácter varonil de su talento poético. No faltaban ciertamente ni sonaban con dificultad en su lira las cuerdas de la ternura, del amor y del sentimiento religioso. En hermosos versos refiere la poetisa cómo encontró en España al hombre que ante su mente se presentó en Cuba,

En la aurora lisonjera
De su juventud florida,
En aquella edad primera;
Breve y dulce primavera
De tantas flores vestida.

.....

Volaban los años, y yo vanamente
Buscando seguía mi hermosa visión.....
Mas dió al fin la hora: brillar ví tu frente,
Y «es él» dijo al punto mi fiel corazón.

Porque era, no hay duda, tu imagen querida,
Que el alma inspirada logró adivinar,
Aquélla que en alba feliz de mi vida
Miré, para nunca poderla olvidar.

Por tí fué mi dulce suspiro primero,
Por tí mi constante secreto anhelar.....
Y en balde el destino, mostrándose fiero,
Tendió entre nosotros las olas del mar.

Buscando aquel mundo que en sueños veía,
 Surcólas un tiempo valiente Colón.....

Por tí, sueño y mundo del ánima mía,

También yo he surcado su inmensa extensión.

Que no tan exacta la aguja al marino

Señala el lucero que le ha de guiar,

Cual fija mi mente marcaba el camino

De hallar de mi vida la estrella polar.

Mas ¡ay! yo en mi patria conozco serpiente

Que ejerce en las aves terrible poder.....

Las mira, las lanza su soplo atrayente,

Y al punto en sus fauces las hace caer.

¿Y quién no ha mirado gentil mariposa

Siguiendo la llama que la ha de abrasar?....

¿Ó quién á la fuente no vió presurosa

Correr á perderse sin nombre en el mar?....

¡Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?

¿Serás mi oceano? ¿Mi sierpe serás?

¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,

Ya vida, ya muerte le aguarde detrás.

Á la hoja que el viento potente arrebata,

¿De qué le sirviera su rambo inquirir?....

Ya la alce á las nubes, ya al cieno la abata,

Volando, volando la habrá de seguir.

Con más vivos colores pinta la dicha de ver corres-
 pondido su amor, y la natural emoción y el inmenso de-
 leite que experimenta cerca del hombre amado.

Ante mis ojos desaparece el mundo,

Y por mis venas circular ligeró

El fuego siento del amor profundo.

Trémula en vano resistirte quiero.....

De ardiente llanto mi mejilla inundo,

¡Deliro, gozo, te bendigo y muero!

Viene luego el triste y desgarrador desenlace de este
 amor desgraciado, que arranca un grito de dolor al he-

rido corazón de la Avellaneda, que todavía guarda cariño al ingrato amante.

No existe lazo ya: todo está roto:
Plúgole al cielo así: ¡bendito sea!
Amargo cáliz con placer agoto:
Mi alma repósa al fin; nada desea.
Te amé, no te amo ya: piénsolo al menos:
¡Nunca, si fuese error, la verdad mire!
Que tantos años de amargura llenó
Trague el olvido; el corazón respire.
Lo has destrozado sin piedad: mi orgullo
Una vez y otra vez pisaste insano.....
Mas nunca el labio exhalará un murmullo
Para acusar tu proceder tirano.

.....
Cayó tu cetro, se embotó tu espada,
Mas ¡ay! ¡cuán triste libertad respiró!
Hice un mundo de tí, que hoy se anonada,
Y en honda y vasta soledad me miro.
¡Vive dichoso tú! Si en algún día
Ves este adiós, que te dirijo eterno,
Sabe que aún tienes en el alma mía
Generoso perdón, cariño tierno.

¿Puede haber quien dude si es poetisa ó poeta el autor de esta breve y sentida historia íntima de un amor apasionado? Tampoco esa duda cabe cuando se leen y admiran sus inspiradas poesías religiosas. No es tan varonil como se ha supuesto el gran talento de esta escritora. Análoga opinión sustenta el Sr. Valera al indicar que pocas veces agitan su numen el patriotismo, el amor á la libertad y la filantropía, acaso porque estas pasiones y estos sentimientos «son más *varoniles* que femeninos.»

No desmerecen de las líricas las obras dramáticas de

la Avellaneda. De las más celebradas y aplaudidas, con encomio han escrito tres señores académicos. La gravedad del asunto, la alteza de pensamientos, la noble elegancia clásica del estilo, tanto avaloran á *Alfonso Muno*, á *Sauil* y á *Baltasar*, que las hacen dignas de comparación con el *Pelayo* de Quintana, el *Edipo* de Martínez de la Rosa, *La muerte de César* de Vega y la *Virginia* del Sr. Tamayo.

Como no entra en mi propósito citar á escritoras que afortunadamente todavía viven, aquí pongo término á mi discurso; pero no sin recordar antes las elocuentes palabras con que uno de nuestros más grandes oradores contemporáneos, que también perteneció á esta Academia, encarecía la necesidad de sana, vasta y sólida ilustración en las mujeres. «Entre las numerosas y deplorables resultas de esta enorme desigualdad» (la que en general existe entre la instrucción de los hombres y la de las mujeres), «la más inmediata y la más funesta está en reducir el mutuo comercio de los dos consortes á la satisfacción de los sentidos y al culto de los afectos, eliminando de la acción doble y de la materia propia de la comunidad matrimonial, un orden entero de relaciones; las relaciones que conoce, abarca y cultiva el hombre, como criatura que es racional é inteligente, no criatura meramente sensible y sociable..... La mujer, dotada tan sólo de la instrucción indispensable para conocer su inferioridad, presa del ocio, fácilmente se abandona al tedio, fuente abundosa de todo peligro y de todo desorden..... Porque con el sistema que prevalece, aun entre las clases menos acomodadas, de echar de casa á los hijos desde la edad más tierna, enviándolos al colegio; con los progresos de la mecánica, que al aliviar las fae-

nas del hombre han desterrado del hogar toda industria, la mujer que no hila, ni teje, ni borda apenas, y que lo poco que tiene que coser lo cose como si dijéramos al vapor, porque lo cose á máquina, ¿en qué ha de emplear el tiempo que le sobra, si no lo emplea en cultivar su inteligencia? Y no ocupándole en este noble, sano y fecundo ejercicio, ahora que no padece el antiguo cautiverio; ahora que no está encarcelada en el serrallo, ni confinada en el gineceo, ni escoltada por un rodrigón, ni vigilada por una dueña; ahora que tan tristemente enervada su fe religiosa, cimiento y raíz de toda moral, consagra sólo en determinados días algunos momentos á la observancia de los deberes cristianos; ahora que la caridad, en la forma de asociación con que se practica y dispensa, apenas obliga á una señora á abreviar una vez al mes la tarea del tocador y el culto de su persona; en tal desamparo y soledad, ¿cómo escapará el alma vacía de la mujer al peso de la inacción y á las tentativas del bullicio? ¿Devorando acaso novelas malsanas, para empezar vacilando al leer á Julia y acabar avergonzada y confusa, desluciendo con cieno su corazón y su espíritu, al leer á Valentina? No: la mujer que haya de consagrar toda su alma y todo su tiempo al amor y contemplación de Dios, ha de ser una Teresa de Ávila; la que haya de consagrarlos al amor y al bien del prójimo, ha de ser una Isabel de Hungría: esas almas grandes, esas almas tiernas, esas almas santas, esas almas escogidas, en cuya virtud y pureza se mira el Hacedor como en un espejo, y cuya pureza y virtud siente y admira el hombre, sin llegar nunca á comprenderlas y avalorarlas, salen de la esfera ordinaria como excepciones y singularidades que no pueden medirse con ninguna regla. Pero

el común de las mujeres, supuestas su complexión física y moral, y su exquisita sensibilidad y su imaginación voraz y volcánica; y habida consideración á nuestras actuales costumbres, á nuestro estado de civilización y á las condiciones generales é irresistibles del mundo moderno, necesita instruirse con gran variedad de substancias para formar su razón, moderar su fantasía y dirigir su temperamento; para enriquecer su alma con la digestión y posesión de la verdad, de la bondad y de la belleza; para educar, ilustrar y robustecer su conciencia, y medir por el valor de su conciencia y de su alma el valor de su persona, y tenerse en mucho, bajo el punto de vista del honor y del deber, y deducir de esta convicción el respeto de sí misma y la fortaleza segura y sosegada; centinelas domésticos, constantes é incorruptibles, á quienes ningún lazo engaña ni ninguna fascinación adormece. Fuera de este camino no hay salvación para la patria ni para la sociedad, porque cuando la mujer se estaciona y no adelanta, entonces desciende, y descendiendo la mujer, también desciende necesariamente el hombre.»

Con razón abogaba Ríos Rosas en tan levantado estilo por la instrucción para la mujer, y pudiera haber añadido que al darla toda la extensión y variedad indispensables en la época presente, no se haría sino reanudar las buenas tradiciones de los tiempos mejores de nuestra historia. Acabamos de ver que lo que parece á algunos novedad aventurada ó peligrosa de países extraños, tiene en el nuestro, desde hace largos años y aun centurias, notables y provechosos precedentes que se pueden repetir sin inconveniente alguno. Si las mujeres estudian, reciben grados académicos y desempeñan cáte-

dras, imitarán el ejemplo de Doña Isidra de Guzmán, de Doña Lucía de Medrano y de Doña Francisca de Nebrija. Cuando funden y presidan reuniones y academias literarias para estimular en sus trabajos á los escritores distinguidos con el irresistible atractivo de la belleza y del ingenio, seguirán las huellas de la Marquesa de Lemos y de la Duquesa de Arcos. Si las Reales Academias les abren algún día sus puertas, las conferirán una alta distinción con que se honraron la Doctora de Alcalá, la Duquesa de Huéscar y las Marquesas de Santa Cruz y de Estepa; que entonces las señoras principales, no satisfechas con pertenecer sólo á la aristocracia de la sangre, muestran el buen gusto de querer brillar también en la del talento. Las escritoras que alcancen justa fama, vendrán á continuar la serie en que tanto descuellan la admirable Teresa de Jesús y luego la Zayas, Sor María de Ágreda y Fernán Caballero; y las que sientan agitada la mente por inspiración poética, aspirarán á rivalizar con la monja de Méjico y con la insigne autora del *Príncipe de Viana*. La instrucción indispensable es para todas; y aun por egoísmo no debemos caprichosamente limitarla, que la mujer, cuando á la gracia del rostro une la hermosura del alma, y la ilustración al entendimiento, ha sido y será siempre para el hombre la poesía y la felicidad de la vida.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA

AL DISCURSO DEL Sr. CONDE DE CASA-VALENCIA.

SEÑORES:

Nada podría lisonjearme y agradarme más que el encargo que me habéis dado de contestar al bello discurso que acabamos de oír. Su autor, recibido hoy en el seno de esta Corporación, está unido á mí por lazos de parentesco, y, lo que es más estimable y grato, por amistad de mucho tiempo, jamás interrumpida hasta ahora y que promete no serlo nunca.

Si la disposición de ánimo, que de este afecto nace, no tuerce mi juicio, inclinándole á la benevolencia, me atrevo á afirmar que la obra literaria que el nuevo Académico nos ha leído corrobora las razones que para elegirle tuvísteis, siendo dichosa muestra de sobriedad, tersura y sencilla elegancia de estilo y cumplido dechado de crítica juiciosa.

Pero, por mucho que valga su discurso, el Conde de Casa-Valencia había exhibido antes otros títulos de más valer para aspirar á tomar asiento entre vosotros.

No pocas veces he discutido yo con él acerca de un

punto importantísimo en la historia de toda literatura, y singularmente de la española, en nuestros días. Fundábase nuestra controversia en este aserto, que dábamos por sentado: en nuestra España apenas tiene el escritor el incentivo del lucro, ó es tan ruín el incentivo que no debe suponerse que sea él y no el amor de la gloria quien á escribir estimule.

La controversia era, pues, sobre si tal carencia, ineficacia ó escasez de incentivo, era un bien ó un mal para las letras.

Como yo no vengo aquí á hacer pública confesión de mis culpas, no diré si por carácter vacilo; pero sí confesaré que, salvo en ciertas cuestiones de primer orden, en que sostengo siempre la misma opinión, rayando en tenacidad mi consecuencia, suelo en muchas otras, que considero secundarias, vacilar con demasía y no acabar nunca de decidirme, fluctuando entre los más encontrados pareceres. Percibo, ó imagino que percibo, cuantos argumentos hay en pro y en contra, y ya me siento solicitado por unos, ya atraído por otros, en direcciones opuestas.

En este asunto de las letras mal remuneradas me ocurre, mil veces más que en otros, tan lastimosa fluctuación.

Prescindo del interés que como escritor me induce á desear que los libros se vendan á fin de hallar én componerlos medio honrado de ganar la vida. Y libre mi criterio de esta seducción, diré en breves frases lo que en pro de ambos pareceres se presenta á mi espíritu.

Cuando era yo mozo, me encantaba la lectura de un tratado del célebre Alfieri, cuyo título es *Del Príncipe y de las letras*. Nada me parecía más razonable que lo que

allí se afirma. Todavía, en tiempo del autor, los poetas, los filósofos, los que componían historias, todos los escritores, en suma, contaban poco con el vulgo, y esperaban ó gozaban remuneración por sus trabajos de algún magnate, monarca, tirano ó señor espléndido, que los protegía. Contra esto se enfurece Alfieri, declama con severa elocuencia y se desata en invectivas y en raudales de indignación. Para complacer al príncipe, magnate ó tirano, á quien se sirve y de quien todo se espera ó teme, importa adular, encubrir á menudo las verdades más provechosas al género humano y emplear un estilo sin nervio. El escritor, pues, que se respete y que estime su misión en lo que vale, es menester que se sustraiga y emancipe de la protección y tutela del tirano, que aprenda y ejerza oficio manual para vivir independiente, y que, de esta manera, escribiendo sólo por amor á la gloria y por filantropía, esto es, por deseo santísimo y purísimo de adoctrinar á los hombres y de hacerlos más virtuosos, componga obras merecedoras de pasar á la posteridad, para bien de las generaciones futuras, á quienes sirvan de guía y norte.

Todos estos razonamientos repito que me encantaban. Y yo daba gracias fervientes al cielo porque me había hecho nacer en una edad en que las cosas habían cambiado de tal suerte, que el escritor, contando con el público, para nada necesitaba de tirano á quien adular, ni á fin de no incurrir en su enojo se veía obligado á callar las más útiles y hermosas teorías.

Después vinieron la contradicción y la duda. Esto que hoy se llama público y que en lo antiguo con vocablo menos respetuoso se llamaba vulgo, ¿no es tirano también? ¿No es menester adularle si queremos ganar su

voluntad? ¿No conviene decirle las cosas que le deleitan para tenerle propicio? ¿No se necesita callar las verdades más sanas para que no se enfade?

Si el público fuera en realidad equivalente al vulgo, si el público y el pueblo fuesen la misma entidad, aún se podría sostener que posee, si no reflexivo acierto para apreciar la bondad, la verdad ó la belleza, instinto semi-divino y casi infalible que le lleva á fallar sobre todo ello con justicia. Pero, entre las muchedumbres que gozarán, á no dudarlo, de tan noble instinto, y el escritor que á ellas se dirige, siempre ó casi siempre se interpone cierta capa social, aunque leve y sutil, muy tupida, donde la voz se embota y apaga ó el escrito se detiene, sin llegar ante los ojos ó sin penetrar en los oídos de ese vulgo ó de ese pueblo, que exento de prejuicios y con certera candidez sabría decidir lo justo, si la voz ó el escrito se pusiera á su alcance. Detenidos éstos en la mencionada capa social, sólo de ella pueden los escritores esperar hoy el galardón que apetecen. Lo malo es que las gentes que forman esta capa social son, á mi ver, poco á propósito para el fallo. Egoístas en grado sumo, se dejan arrastrar de la pasión ó del interés del momento. Hasta lo más excelso y transcendental se subordina á la moda: ora por moda son creyentes; ora por moda son impíos. Á la adulación se hallan tan propensos como el más engreído tirano. Y suelen carecer del buen gusto de que algunos tiranos, protectores de las letras, han dado pruebas brillantísimas. Bien puede ponerse en duda que haya habido jamás clase media bastante ilustrada para competir en tino, al proteger la poesía y las demás letras humanas, con Pericles, Augusto, Mecenas, Bembo, León Décimo, Lorenzo el Magnífico, Luis XIV de Francia y el

Duque de Weimar. Ni sé yo, si se ahonda y escudriña bien este negocio, qué cosas tan útiles al linaje humano se hubieron de callar los protegidos por no incurrir en el desagrado de sus egregios protectores. ¿Qué prohibiría decir, por ejemplo, el Duque de Weimar á Herder, Wieland, Lessing, Goëthe y Schiller? Yo me doy á entender que ellos dijeron todo lo que quisieron, y que, sin miedo de perder el favor del amable soberano que los hospedaba y regalaba con generosa magnificencia, permítaseme lo familiar de la frase, se despacharon á su gusto.

No se opone esto á que Alfieri en general tuviese razón; pero es menester hacer extensivo su argumento no sólo al escritor que se somete á un príncipe, sino también al escritor que al público se somete. Por donde vendrá á inferirse que la verdadera independencia y nobleza de quien escribe está en el propio sér de su alma y no en la circunstancia exterior de que viva asalariado por un príncipe ó por un mercader de libros que le paga con lo que del público cobra.

Sea como sea, en el día este segundo modo de ganar algo con las letras es el único posible. Los príncipes no son señores de vidas y haciendas; apenas se halla tirano, amable ó no amable, que pueda disponer de la fortuna pública para proteger á los poetas y literatos; y lo más natural es que éstos se hagan pagar por el público su trabajo, porque no se ha de confundir por ningún estilo el antiguo patrocinio de los príncipes con lo que hoy se llama protección oficial. Esto, por muchas garantías que se den y por más exquisitas precauciones que se tomen, tiene todos los inconvenientes de los otros dos modos de protección. En lo tocante á servilismo baja hasta lo íni-

mo, pues no se trata ya de adular á los Médicis ó al distinguido y simpático Duque de Weimar, sino al Ministro, tal vez zafio y obscuro; al Director, tal vez lego, y acaso, acaso, al triste Oficial del Negociado. Las elegancias cortesanas, los primores del estilo, la atildada compostura, que para ganar la protección de la corte se requerían, están aquí de sobra. Por todo lo cual entiendo que de esta protección oficial, concedida en virtud de prosáicos expedientes, sólo nace una literatura enfermiza y enteca, como planta criada en invernáculo: libros de pacotilla, sin elevación ni libertad de espíritu en quien los escribe, y desprovistos además de aquella distinción y de aquella pulcritud aristocráticas, que siempre son un mérito, no existiendo otros de más substancia.

Así, pues, yo propendo á creer que es inútil, si no por todo extremo nociva, la protección oficial á la literatura, y en particular á la amena, y sólo comprendo que proteja y subvencione el Estado ciertas producciones tan hondas, sutiles y tenebrosas, que se pueda presumir razonablemente que no cuentan en una nación, medio culta siquiera, con un público que pase de cien personas, como por ejemplo, un libro de matemáticas sublimes, erizado de fórmulas, signos y figuras, y atiborrado de cifras, misteriosas para el profano. Lo demás, ó dígase novelas, versos, historia, política y hasta filosofía, el público debe pagarlo, y si no lo paga, mejor es que no se escriba ó que se escriba de balde.

Casi se puede afirmar que tal es el caso en España.

Aquí renace la cuestión. ¿Esto es un mal ó es un bien? Yo, á pesar de mis vacilaciones, y á pesar del interés personal que me lleva á creer lo contrario, creo que es un bien.

Todo el que tiene ó imagina tener algo peregrino, bello y nuevo que decir, de seguro que no se lo calla: lo dice, aunque no se lo paguen. Por decirlo es muy capaz de pagarlo, si tiene dineros. ¿Hay mayor hechizo que el de que nos escuchen ó nos lean? Fiado en este hechizo, trazó Leopardi el gracioso y lucrativo proyecto de una compañía ó sociedad de oyentes, que se haría pagar por oír á los autores. El filósofo que inventa un sistema, el vidente que percibe al numen agitando su alma, y el poeta á quien el estro hiere y aguija con invencible brío, escribirán sus filosofías, sus poesías y sus visiones, aunque nada les valgan. El escribir entonces será de veras sacerdocio; algo de devotísimo y sagrado que no se tomará por oficio. Se escribirán pocos libros medianos. Sólo se escribirán algunos buenos. Y se escribirán muchos pésimos, por los alucinados de la gloria; pero esto no obsta, porque el río del olvido los arrastrará en su corriente, á poco de haber salido á luz y sin dejar huella ninguna.

De que los libros no valgan dinero resultará que todos aquellos hombres de entendimiento, que sirven para algo, harán mil cosas útiles y no escribirán. Sólo escribirán los verdaderamente inspirados, los amantes de la gloria, los punzados é impelidos por el estro, los que tienen algo grande y nuevo que decir, ó el que absolutamente no sirve para nada, y, como ha seguido carrera literaria, se hace escritor, desesperado de no poder ser otra cosa y para consolación en su desventura.

Infero yo de aquí que no reflexionan derechamente los que, llenos de terror de que haya tanto letrado en España, dicen que deben dificultarse las carreras á fin de que muchos tomen oficio ó se empleen en más hu-

mildes menesteres, porque nuestras aficiones hidalgas ó señoriles no lo consentirán nunca; y si el que estudia algo, aunque sea poco, se convierte hoy en autor, cuando no estudie nada, y no espere regalo y favor de las musas, como ya hacen muchos que no han cursado en las Universidades, se convertirá en hacendista, y las cosas empeorarán. Un poeta, por perverso que sea, es al cabo menos dañino que cualquiera aspirante á ministro de Hacienda, ó á banquero ó á director del Tesoro.

El argumento no vale, sin embargo, sino para probar que no son dañinos los muchos autores, y no para excitar á que se paguen sus obras.

Donde éstas se pagan bien, por lo rico y más próspero del pueblo para quien se escriben, hay que lamentar hoy cierta plétora. Así en Inglaterra. Tauchnitz, editor de Leipzig, hace una edición de autores ingleses, contemporáneos los más. Es de presumir que sólo publica lo mejor. Su biblioteca ó colección, no obstante, consta ya de mucho más de mil volúmenes. Convengamos en que esto pone grima. ¿Es posible que el espíritu humano, por fértil que sea, tenga suficientes primores, novedades y lindezas que decir, para llenar tantos volúmenes, ó habrá hartado de repeticiones y de palabrería? Lo confieso: al ver esta viciosa lozania, esta intrincada selva ó matorral de libros, que nacen donde se pagan, casi me avengo á que no se paguen aquí ó se paguen mal, á fin de que sólo escriban los que por ilusión sandia se creen *genios*, ó los que tienen algo de *genios* y no pueden menos de escribir. Los libros de aquéllos pasarán y los pocos de éstos quedarán, como conviene que queden, sin confundirse en el fárrago insulso de tanto como por oficio se escribe.

Por otra parte, donde no valen dinero las obras literarias, los autores no suelen ser tan prolijos en escribir, y esto es gran ventaja. Aunque yo disto infinito de ser profundo, venero la profundidad, si bien me guardo de confundir lo profundo con lo difuso. Y cierto que hoy se peca gravemente en esto, donde los libros valen. Hay, verbigratia, uná Historia de Inglaterra, que se toma por modelo. No empieza la narración sino doscientos años há. El autor murió dejando escritos, en unos ocho tomos de la citada edición de Tauchnitz, ocho años sobre poco más ó menos de dicha historia. Para escribirla toda hasta hoy hubiera sido menester en el autor la facilidad del Tostado y la vida de Matusalén, á fin de escribir doscientos tomos. Y hasta para leer toda la historia uno que no leyese muy de priesa tendría que consumir lo mejor de su vida.

Si estas razones tengo para no sentir que el oficio de escritor sea bien retribuído, no faltan razones desinteresadas para desear que lo sea. Y es una de gran peso el considerar que no se logra escribir bien y sacar á luz obras inmortales con larga meditación y estudio, sino que las mejores obras suelen brotar de repente, y el autor las produce como por milagro y caso divino, escribiendo veinte cosas malas ó medianas antes de atinar con una buena.

En los terrenos feraces, si se siembra trigo y se cultiva bien, el trigo nace en abundancia; pero no dejan de nacer cizaña y otras yerbas perniciosas; y, sin embargo, no es razón que, á fin de evitar que la cizaña nazca, se quede por cultivar el terreno y no se eche en él buena simiente. Ya vendrá en su día y sazón quien escarde el haza ó sembrado, y arranque lo que allí ha

nacido de más, á fin de que el trigo crezca, medre y cunda sin ahogo.

Esto, en las letras, lo hace la crítica. Porque yo me figuro, pongo por caso, que había de haber un sinnúmero de cantos ó narraciones populares sobre la guerra de Troya, y que sin duda algún sabio discreto desechó lo más y escogió lo menos y más hermoso, y, enlazándolo entre sí con artificio y orden, compuso los maravillosos poemas de la Iliada y de la Odisea. Y del gran moralista antiquísimo de los chinos, no ya por presunción se colige, sino que á ciencia cierta se sabe que de fatigosa cantidad de sentencias, eliminando muchas, ya por vanas y frivolas, ya por repetidas, reunió lo mejor y más substancioso, y esto le dió la fama, el crédito y la autoridad semidivina de que él goza entre los de su nación y casta, con provecho y bienandanza de todos.

Por este lado, pues, yo me inclino á desear que se escriba mucho, aunque se nos antoje que no es de mérito, porque sin tanta rapsodia no hubiera salido la Iliada, y sin tanta sentencia no hubiera podido extraer las suyas el sabio Confucio.

En España, dejando en suspenso el decidir si es bien ó mal, ya que en mi entender para todo hay razones, se escribe poco en proporción de lo que en otros países se escribe. Y aun de eso poco que se escribe en España, no suele ser lo peor lo que, por incuria ó falta de estímulo, queda inédito ó pasa ignorado.

Notable prueba de lo que digo pudieran dar bastantes varones ilustres, que ocuparon las sillas de esta Academia, cuyas obras, de gran importancia unas, y otras de sabrosísima lectura, andan perdidas en los periódicos, ó existen manuscritas y expuestas á perecer, sin que na-

die las imprentas y publique en colección: así, por ejemplo, los escritos de D. Agustín Durán, de D. Antonio Alcalá Galiano, de D. José Joaquín de Mora y de otros.

Los españoles son más aficionados al tumulto del espectáculo público que á la soledad y al retiro, y más se avienen con emplear los oídos en escuchar, que los ojos en leer las creaciones del ingenio, por donde éste suele mostrarse, mejor que en el libro, en el teatro y en la tribuna. De aquí que nuestra Academia elija gran parte de sus individuos entre los autores dramáticos y los oradores.

De los últimos hay varios que apenas han dejado escritos, por faltarles tiempo y aliciente para escribir, si bien por lo poco que dejaron es fácil rastrear y columbrar cuánto hubieran acertado al hacerlo si con afán hubiesen dedicado á tales tareas las altas prendas de escritores que los adornaban. Valga como muestra la bellísima cita, hecha por el Conde de Casa-Valencia en el discurso á que contesto, de un artículo del Sr. Ríos Rosas, *La mujer de Canarias*, única producción en prosa que, á más del discurso de recepción aquí, confieso conocer, como trabajo meramente literario, de tan eminente repúblico y tribuno.

El nuevo Académico, á quien tengo la honra de contestar, se cuenta entre aquéllos que vienen principalmente aquí á título de oradores, como Pacheco, Olózaga, González Brabo y el citado Ríos Rosas.

Su elocuencia parlamentaria y didáctica es harto digna de este premio. Fácil y disertado en cuanto dice, une el Conde, á la elegancia de la frase, la nitidez, la corrección y el método, que valen tanto para hacerse comprender; la amenidad y la gracia, que atraen al audito-

rio y ganan las voluntades; la firmeza que infunde el convencimiento, y la circunspección, la mesura y el sereno reposo, que cuadran y se ajustan tan bien con la índole del hombre de Estado.

Pero el nuevo Académico no ha lucido sólo en las Asambleas políticas las dotes que como orador le distinguen, sino que, durante tres años, ante numeroso y complacido concurso, ha dado en el Ateneo interesantes lecciones sobre *La libertad política en Inglaterra*, las cuales, con aplauso general y no escaso fruto de los que estudian seriamente la política, corren impresas en tres volúmenes. En ellos, á más de campear las excelencias que ya he encomiado, se atesoran no pocas noticias históricas para la generalidad de nuestros compatriotas desconocidas, y muchas advertencias y máximas, sacadas con tino y agudeza de los mismos hechos que se refieren.

Entre otros trabajos del Conde, es muy de alabar además uno bastante extenso, publicado en la *Revista de España*, con el título de *La embajada de D. Jorge Juan en Marruecos*, en el cual, no sólo se descubren excelentes condiciones del estilo propio para la narración histórica, sino la aptitud didáctica, sesuda y reflexiva, de que el autor da tantas señales en las precitadas lecciones.

De su discurso de recepción sería petulancia en mí el hacer aquí panegírico. ¿Cuál mejor que vuestro aplauso? ¿Qué prueba más clara de su mérito que el deleite é interés incesante con que le habéis oído?

Grande es mi deseo de contestar dignamente á dicho discurso; pero ni la premura del tiempo, ni las dolencias y graves disgustos que en estos días me han aquejado,

ni mi falta de serenidad y de paz interior, habrían de consentirlo, aunque la pobreza de mi erudición y la cordedad de mi entendimiento no lo estorbasen.

El tema sobre que versa el discurso no puede serme más simpático; pero esto no basta.

Con ocasión de que las mujeres se complacen ahora en asistir á estas reuniones, encarece mi amigo y compañero la capacidad que hay en ellas para el cultivo de las letras y cuán útil y conveniente es que las cultiven. En todo esto mi mente se halla en perfecta consonancia con la suya. Nada diría yo, aunque supiera decirlo, para invalidar sus razones. Lo poco que yo añada será para esforzarlas.

El sér espiritual de la mujer no me parece, con todo, igual al del hombre, sino radicalmente distinto. Lo que el espíritu de ellas concibe sería, á mi ver, monstruoso, si no diese señales de que es de mujer. Mas esta desigualdad no implica diferencia de valer, ni presupone inferioridad mucho menos. La diferencia está en las condiciones y calidades; en algo que se siente de un modo confuso y que es difícil de determinar y de expresar.

Pero la diferencia existe, y, aunque no sea más que por esta diferencia, deben escribir las mujeres. Si sólo escriben los hombres, la manifestación del espíritu humano se dará á medias: sólo se conocerá bien la mitad del pensar y del sentir de nuestro linaje. En los pueblos donde la mujer vive envilecida en la servidumbre, y no se la deja educarse y saber, la civilización no llega jamás á completo florecimiento: antes de llegar, se corrompe ó se marchita. Es como si al alma colectiva de la nación ó casta donde esto ocurre se le cortase una de

las alas. Es como sér vivo que tiene la mitad de su organismo atrofiado ó inerte por la parálisis.

Si el alma de la mujer es diferente de la nuestra, hasta en la operación más inmaterial debe notarse. Y yo creo justo y consolador sostener esta diferencia. Si yo cayese en la tentación de hacerme espiritista y de dar fe á la *palingenesia*, *metempsychosis*, ó como quiera llamarse, imaginando que renacemos en otros astros y mundos de los que pueblan el éter insondable, entendería que la mujer siempre quedaba mujer; pues tendría yo una desazón grandísima si me volviese á hallar en Urano ó en Júpiter, con la linda señora á quien hubiese amado en nuestro planeta, aunque fuese de un amor más platónico que el de Petrarca por Laura, convertida en caballero, ó en algo equivalente, según los usos de por allá.

No puede ser mero accidente orgánico el sér de un sexo ó de otro, sino calidad esencial del espíritu que informa el cuerpo.

Repito, no obstante, que no implica esto que se dé inferioridad en las mujeres, ni en el alma ni en los órganos que la sirven. Los españoles nos hemos inclinado siempre á creerlas superiores en todo. El sublime concepto que de ellas tenemos se cifra en cierta sentencia que Calderón, no una, sino varias veces, pone en boca de sus galanes:

Que si el hombre es breve mundo,
La mujer es breve cielo.

Recuerdo que Juan de Espinosa, en cierto *didlogo* que escribió *en laude de las mujeres*, titulado *Ginaeceptaenos*, se extrema en ponderar lo superiores que son en todo las mujeres, valiéndose para ello de las doctrinas esco-

lásticas, de la historia, de la teología y de los argumentos más raros y sutiles. Dice, por ejemplo, con *darwinismo* profético y piadoso, que Dios sacó de lo menos acabado y perfecto lo más perfecto y acabado. Del hombre sacó á la mujer, no sin menoscabo y detrimento, pues que le sacó una costilla; y de la mujer, sin detrimento ni menoscabo alguno, sacó un perfectísimo varón, en quien quiso humanarse. Otra observación no menos curiosa del *Ginaeceptaenos* es que el hombre fué creado por Dios en cualquiera parte, mientras que á la mujer la creó Dios en el Paraíso.

Dejando á un lado estas cuestiones, sobrado profundas, digo que la mujer, aun cuando no escriba, influye benéficamente inspirando lo mejor de cuanto se escribe. ¿Qué poesía, qué drama, qué leyenda, qué novela, no tiene por asunto principal el amor de la mujer? Inspirado por su amor y deseoso de conquistar su amor, canta casi siempre el poeta. Mas no contentas las mujeres con tanta gloria, no satisfechas de inspirar sólo, han querido y debido escribir también, á fin de que una de las facetas de nuestro espíritu, colectivamente considerado, no quede en la sombra, sin dejar rastro y sin dar razón permanente de sí.

El nuevo Académico, concretándose á nuestra patria, ha hablado con elogio merecido y ha hecho el recuento de las mejores escritoras que enriquecen el idioma castellano con sus producciones.

Es evidente que, en un discurso que por fuerza no ha de extenderse demasiado, no puede esto hacerse por completo. España ha sido tierra fecundísima en escritoras, y el Conde de Casa-Valencia ha tenido que hablar poco de las que ha hablado y que dejar de hablar de muchas.

Con más reposo y tiempo que los que tengo ahora, no me sería difícil, ya que no completar, añadir algo, citando otras autoras de la época cristiana; y hasta hablando de las poetisas musulmicas, que las hubo en gran número y muy notables.

Un compañero nuestro, el Académico correspondiente D. Gumersindo Laverde, pronto, por dicha, llenará este vacío. Sé que reúne noticias con diligencia, y que escribe sobre el asunto. Yo espero que Dios mejore su quebrantada salud, así por lo mucho que estimo y quiero á tan laborioso, entendido y modesto amigo, como para que el público goce del libro que acerca de las escritoras españolas está componiendo, y que será de seguro bueno y provechoso, como toda obra suya.

Quisiera yo, no obstante, añadir aquí algo, sobre lo que ha dicho el señor Conde, en alabanza de nuestra gran poetisa Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda; pero temo repetir lo que ya en algunos escritos míos, á que me remito, dije de sus obras líricas y de alguna dramática.

La premura del tiempo me incita además á no hablar de la gran poetisa, para consagrarme todo, en lo que puedo decir aún sin fatigar vuestra atención, á otra mujer, á otra poetisa harto más asombrosa, hija de nuestra España y una de sus glorias mayores y más puras; la cual, aun considerándolo todo profanamente, me atrevo á decir, sin pecar de hiperbólico, que vale más que cuantas mujeres escribieron en el mundo.

Mi pluma tal vez la ofenda por torpe é inhábil; pero mi intento es sano y de vivo entusiasmo nacido. Mi admiración y mi devoción son tales que, si respondiese mi capacidad á mi afecto, diría yo algo digno y grande en su elogio.

Bien pueden nuestras mujeres de España jactarse de esta compatriota y llamarla sin par. Porque, á la altura de Cervantes, por mucho que yo le admire, he de poner á Shakespeare, á Dante, y quizás al Ariosto y á Camöens; Fenelon y Bossuet compiten con ambos Luises, cuando no se adelantan á ellos; pero toda mujer, que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y aun queda inmensamente por bajo, comparada á Santa Teresa.

Y no la ensalzo yo como un creyente de su siglo, como un fervoroso católico, como los santos, los doctores y los prelados sus contemporáneos la ensalzaban. No voy á hablar de ella impulsado por la fe poderosa que alentaba á San Pedro Alcántara, á San Francisco de Borja, á San Juan de la Cruz, al venerable Juan de Ávila, á Bañes, á Fr. Luis de León, al P. Gracián, y á tantas otras lumbreras de la Iglesia y de la sociedad española, en la edad de oro de nuestra monarquía; ni con el candor con que la amaban y veneraban todos aquellos sencillos corazones que ella robó con su palabra y con su trato para dárselos á su Esposo Cristo; sino desde el punto de vista de un hombre de nuestro tiempo, incrédulo tal vez, con otros pensamientos, con otras aspiraciones, y, como ahora se dice, con otros ideales.

En verdad que no es éste el punto de vista mejor para hablar de la Santa; pero yo apenas puedo tomar otro. No hay método además que no tenga sus ventajas.

Para las personas piadosas es inútil que yo me esfuerce. Por razones más altas que las mías, comparten mi admiración. Y en dicho sentido, nada acertaría á escribir yo que ya no hubiesen escrito tantos teólogos y doctores católicos de España, Alemania, Francia, Italia y

otras naciones, devotos todos de la admirable monja de Ávila, y que, en diversas lenguas y en épocas distintas, elogiaron sus virtudes, contaron su vida y difundieron su inspirada enseñanza.

Aunque este escrito mío no fuese improvisado, aunque me diesen años y no horas para escribirle, nada nuevo podría añadir yo de noticias biográficas, bibliográficas y críticas, después de la edición completa de las obras de la Santa, hecha por D. Vicente de la Fuente, con envidiable amor, con afanoso esmero y con saber profundo.

Véome, pues, reducido á tener que hablar de la Santa sólo como profano en todos sentidos.

Mis palabras no serán más que una excitación para que alguien, con la ciencia y el reposo de que carezco, no en breve disertación, sino en libro, exponga por el método que hoy priva aquella doctrina suya, que Fray Luis de León llamaba *la más alta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron*.

Algo de esto ha hecho, para vergüenza nuestra, un escritor francés, Pablo Rousselot, en libro que titula *Los místicos españoles*, donde, si deja mucho que desear, aún nos da más que agradecer, ya que ha sido el primero en tratar el asunto como filósofo, moviendo á algunos españoles, á par que á impugnarle y completarle, á imitarle y á seguir sus huellas. Tales son un distinguido compañero nuestro, que no nombro, porque está presente y ofendería su modestia, y el filósofo espiritualista de Béjar, D. Nicomedes Martín Mateos, á quien me complazco en mentar aquí y con cuya buena amistad me honro.

La dificultad de decir algo nuevo y atinado de Santa Teresa crece al considerar lo fecundo y vario de su in-

genio y la multitud de sus escritos; y más aún si tenemos en cuenta que su filosofía, *la más alta y más generosa*, no es mera especulación, sino que se transforma en hechos y toda se ejecuta. No es misticismo inerte, egoísta y solitario el suyo, sino que desde el centro del alma, la cual no se pierde y aniquila abrazada con lo infinito, sino que cobra mayor aliento y poder en aquel abrazo; desde el éxtasis y el arrobó; desde la cámara del vino donde ha estado ella regalándose con el Esposo, sale, porque él le *ordena la caridad*, y es Marta y María juntamente; y embriagada con el vino suavísimo del amor de Dios, arde en amor del prójimo y se afana por su bien, y ya no *muere porque no muere*, sino que anhela vivir para serle útil, y padecer por él, y consagrarle toda la actividad de su briosa y rica existencia.

Pero aun prescindiendo aquí de la vida activa de la Santa y hasta de los preceptos y máximas y exhortaciones con que se prepara á esta vida y prepara á los que la siguen, lo cual constituye una admirable suma de moral y una sublime doctrina ascética, ¡cuánto no hay que admirar en los escritos de Santa Teresa!

Divertida y embelesada la atención en tanta riqueza y hermosura como contienen, no sabe el pensamiento dónde fijarse, ni por dónde empezar, ni acierta á poner orden en las palabras.

Á fin de decir, sin emplear muchas, algo digno de esta mujer, sería necesario, aunque fuese en grado ínfimo, poseer una sombra siquiera de aquella inspiración que la agitaba y que movía al escribir su mente y su mano; un asomo de aquel estro celestial de que las sencillas hermanas, sus compañeras, daban testimonio, diciendo que la veían con grande y hermoso resplandor en la

cara, conforme estaba escribiendo, y que la mano la llevaba tan ligera que parecía imposible que naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad, y que estaba tan embebida en ello que, aun cuando hiciesen ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decía la estorbasen.

No traigo aquí esta cita como prueba de milagro, sino como prueba candorosa de la facilidad, del tino, del inexplicable don del cielo con que aquella mujer, que no sabía gramática ni retórica, que ignoraba los términos de la escuela, que nada había estudiado en suma, adivinaba la palabra más propia, formaba la frase más conveniente, hallaba la comparación más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas más abstrusas y los misterios más recónditos de nuestro íntimo sér.

Su estilo, su lenguaje, sin necesidad del testimonio de las hermanas, á los ojos desapasionados de la crítica más fría, es un milagro perpetuo y ascendente. Es un milagro que crece y llega á su colmo en su último libro, en la más perfecta de sus obras: en *El Castillo interior ó las Moradas*.

La misma Santa lo dice: *El platero que ha fabricado esta joya sabe ahora más de su arte*. ¡En el oro fino y aquilatado de su pensamiento, cuán diestramente engarza los diamantes y las perlas de las revelaciones divinas! Y este diestro artífice era entonces, como dice el Sr. La Fuente, «una anciana de sesenta y dos años, maltratada por las penitencias, agobiada por enfermedades crónicas, medio paralítica, con un brazo roto, perseguida y atribulada, retraída y confinada en un convento harto pobre, después de diez años de una vida asendereada y colmada de sinsabores y disgustos.»

Así escribió su libro celestial. Así, con infalible acierto, empleó las palabras de nuestro hermoso idioma, sin adorno, sin artificio, conforme las había oído en boca del vulgo, en explicar lo más delicado y obscuro de la mente; en mostrarnos, con poderosa magia, el mundo interior, el cielo empíreo, lo infinito y lo eterno, que están en el abismo del alma humana, donde el mismo Dios vive.

Su confesor el P. Gracián y otros teólogos, con sana intención sin duda, tacharon frases y palabras de la Santa y pusieron glosas y otras palabras; pero el gran maestro en teología, en poesía y en habla castellana, Fr. Luis de León, vino á tiempo para decir que se podrían excusar las glosas y las enmiendas, y para avisar á quien leyere *El Castillo interior* «que lea como escribió la Santa Madre, que lo entendía y decía mejor, y deje todo lo añadido; y lo borrado de la letra de la Santa delo por no borrado, si no fuere cuando estuviere enmendado ó borrado de su misma mano, que es pocas veces.» Y en otro lugar dice el mismo Fr. Luis, en loor de la escritora, y censurando á los que la corrigieron: «Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque, si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzando muchas veces con cosas que ingiere; mas ingiérelas tan diestramente y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura.»

Entiendo yo, señores, por todo lo expuesto, y por la atenta lectura de los libros de la Santa, y singularmente de *El Castillo interior*, que el hechizo de su estilo es pasmoso, y que sus obras, aun miradas sólo como dechado y modelo de lengua castellana, de naturalidad y gracia en el decir, debieran andar en manos de todos y ser más leídas de lo que son en nuestros tiempos.

Tuve yo un amigo, educado á principios de este siglo y con todos los resabios del enciclopedismo francés del siglo pasado, que leía con entusiasmo á Santa Teresa y á ambos Luises, y me decía que era por el deleite que le causaba la dicción de estos autores; pero que él prescindía del sentido, que le importaba poquísimo. El razonamiento de mi amigo me parecía absurdo. Yo no comprendo que puedan gustar frases ni períodos, por sonoros, dulces ó enérgicos que sean, si no tienen sentido, ó si del sentido se prescinde por anacrónico, enojoso ó pueril. Y sin callarme esta opinión mía, y mostrándome entonces tan poco creyente como mi amigo, afirmaba yo que así en las obras de ambos Luises, como en las de Santa Teresa, aun renegando de toda religión positiva, aun no creyendo en lo sobrenatural, hay todavía mucho que aprender y no poco de qué maravillarse; y que, si no fuese por esto, el lenguaje y el estilo no valdrían nada, pues no se conciben sin pensamientos elevados y contenido substancial, y sin sentir conforme al nuestro, esto es, humano y propio y vivo siempre en todas las edades y en todas las civilizaciones, mientras nuestro sér y condición natural duren y persistan.

Pasando de lo general de esta sentencia á su aplicación á las obras de la Santa, ¿qué duda tiene que hay en todas ellas, en la *Vida*, en *El Camino de perfección*, en

los *Conceptos de amor divino* y en las *Cartas* y en *Las Moradas*, un interés inmortal, un valer imperecedero, y verdades que no se negarán nunca, y bellezas de fondo, que las bellezas de la forma no mejoran sino hacen patentes y visibles?

La teología mística, en lo esencial, y dentro de la más severa ortodoxia católica, tenía que ser la misma en todos los autores; pero ¿cuánta originalidad y cuánta novedad no hay en los métodos de explicación de la ciencia? ¿Qué riqueza de persamientos no cabe y no se descubre en los caminos por donde la Santa llega á la ciencia, la comprende y la enseña y declara? Para Santa Teresa es todo ello una ciencia de observación, que descubre ó inventa, digámoslo así, y lee en sí-misma, en el seno más hondo de su espíritu, hasta donde llega, atravesando la obscuridad, iluminándolo todo con luz clara, y estudiando y reconociendo su sér interior, sus facultades y potencias, con tan aguda perspicacia, que no hay psicólogo escocés que la venza y supere.

Rousselot concede á nuestros místicos, y sobre todo á Santa Teresa, este gran valor psicológico: la compara con Descartes: dice que Leibnitz la admiraba; pero Rousselot niega casi la transcendencia, la virtud, la inspiración metafísica de la Santa.

Puntos son éstos tan difíciles, que ni son para tratados de ligera, ni por pluma tan mal cortada é inteligencia tan baja como la mía.

Me limitaré sólo á decir, no que sé y demuestro, sino que creo y columbro en *Las Moradas*, la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y trascendente; y que la Santa, por el camino del conocimiento propio, ha llegado á la cumbre de la metafísica, y tiene

la visión intelectual y pura de lo absoluto. No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que nos persuade, sino la sincera é irresistible aparición de la verdad en la palabra misma.

El alma de la Santa es un alma hermosísima, que ella nos muestra con sencillo candor: ésta es su psicología; pero hundiéndose luego la Santa en los abismos de esa alma, nos arrebatara en pos de sí, y ya no es su alma lo que vemos, sin dejar de ver su alma, sino algo más inmenso que el éter infinito, y más rico que el universo, y más luminoso que un mar de soles. La mente se pierde y se confunde con lo divino; mas no queda allí aniquilada é inerte: allí entiende aunque es pasiva; pero luego resurge y vuelve al mundo pequeño y grosero en que vive con el cuerpo, corroborada por aquel baño celestial, y capacitada y pronta para la acción, para el bien y para las luchas y victorias que debe empeñar y ganar en esta existencia terrena.

Lo que la Santa escribe como quien cuenta una peregrinación misteriosa; lo que refiere como refiere el viajero lo que ha visto, cuando vuelve de su viaje, no ganaría, á mi ver, reducido á un orden dialéctico; antes perdería: pero sería, sin duda, provechoso que persona hábil acertase á hacer este estudio para probar que hay una filosofía de Santa Teresa.

Yo, señores Académicos, deseoso de responder pronto y lo menos mal que pudiera á mi pariente y amigo, me comprometí para hacerlo hoy, sin contar con los males y desazones que en estos días han caído sobre mí. He tenido poco tiempo de que disponer: tres días no más. Por esto he sido más desordenado é incoherente que de costumbre. Vosotros, con vuestra indulgencia acostum-

brada, me lo perdonaréis. Así me lo perdone también este escogido auditorio, y el público luego.

La misma priesa me ha hecho ser más extenso de lo que pensaba. Para decir algo sin escribir ó hablar mucho, se requiere ó tiempo y meditación; ó gran brío de la mente: y todo me ha faltado.

- Por dicha, el Conde de Casa-Valencia, con el discurso que leyó antes, recompensó, con paga adelantada y no viciosa, la paciencia que gastásteis en oirme; y no dudo que seguirá pagando este favor, auxiliándonos en nuestras tareas, con la discreción y laboriosidad que le son propias y con la erudición y el ingenio de que nos ha dado hoy gallarda muestra.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. TOMÁS DE CORRAL Y OÑA

MARQUÉS DE SAN GREGORIO (4).

SEÑOR:

Cuando la Real Academia Española tuvo á bien elegirme individuo de su número, decía yo á su ilustre Director que me faltaban medios de expresión para agradecer debidamente tan señalada merced. Si entonces, en la tranquilidad del hogar doméstico y en el retiro del estudio, no encontraba palabras para manifestar mi gratitud, ¿cómo podré tenerlas en este solemne momento ante la Augusta presencia de Vuestra Majestad, participando, sin merecerlo, de la alta honra que se digna dispensar á la Academia maestra del buen decir, como prueba relevante del amor que Vuestra Majestad profesa á las ciencias, á las letras y á las artes, y de su protección á los que las cultivan? Sean, Señor, la emoción que perturba mi ánimo y el silencio la expresión más elocuente de mi profundo respeto é inalterable lealtad.

(4) Lo leyó en Junta pública de la Real Academia Española, celebrada el 8 de junio de 1879, al tomar posesión de su plaza de Académico de número. Honró esta Junta con su presencia S. M. el Rey D. Alfonso XII.

Ruego á Vuestra Majestad se digne de otorgarme su excelsa venia para leer el discurso prevenido por los Estatutos.

Declaro que de largo tiempo había llamado poderosamente mi atención la gloria del que logra ocupar un sitio entre los doctos en el habla castellana; y declaro también que nunca me había atrevido, no digo á pedir, pero ni aun á desear distinción tan envidiable, reconociéndome falto de merecimientos para subir á la altura de la Real Academia Española. Fué necesaria la cariñosa iniciativa de un Académico (1) para que, pagando mi tributo á la debilidad humana, me decidiera á transmitir al preclaro amigo la representación de mi humilde personalidad, á fin de que en unión de dos Académicos, tan bondadosos como esclarecidos (2), anunciase á la Real Academia que solicitaba sus sufragios y su benevolencia. Dado este paso, ya no era posible volver atrás; que si lo fuera, quizá habría suplicado á la Real Academia que me permitiera declinar la honra de entrar en el preciado concurso.

Recibí el voto de la Real Academia con respetuosa gratitud, y á la par con el sentimiento de ver mi pequeñez al lado de tanta grandeza. Tranquilicéme, sin embargo, y no poco, al considerar que sin duda la sabia Academia había creído que en una ú otra ocasión podría yo servir de auxiliar en aquellos trabajos que se relacionan con la tecnología de mis estudios especiales.

Soy, pues, un auxiliar modesto que todavía podrá

(1) El Excmo. Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí.

(2) Los Excmos. Sres. Conde de Cheste y D. Manuel Silvela.

conseguir participación, siquiera mínima, en las glorias académicas; de la propia manera que la puede conseguir en las del genio del arte, el obrero que labra el mármol para el monumento histórico; y en las del genio de la guerra, el soldado que con sólo obedecer contribuye á la victoria.

Y como en este día sea indispensable, en obtemperación á los Estatutos, que al propio tiempo que el electo presenta su ofrenda de gracias por la merced recibida, exponga un punto de los que versan sobre el objeto en que se ocupa la docta Corporación, dedicaré, antes de cumplir con este deber y siguiendo loabilísima costumbre, algunas frases á la buena memoria de mi digno predecesor en el sillón académico, D. Francisco Cutanda.

Ha transcurrido más de media centuria desde la época en que frecuentaba las aulas de la primera Universidad de Madrid esplendente pléyada de jóvenes que fueron después orgullo y ornamento de la patria en las diversas carreras del Estado. Tres se han sentado en esta Academia: Olózaga, gala y lustre de la elocuencia en las Cortes; Escosura, orador notable y escritor fácil y castizo, y Cutanda, distinguido jurisconsulto y escritor puro y correcto, de gusto delicado y sabroso aticismo.

Oía por entonces Cutanda Instituciones filosóficas para oír más adelante Facultad, y ya se descubrían en el adolescente claro talento, decidido amor al estudio, constante aplicación y juicio superior á sus cortos años, realizadas tan ventajosas disposiciones por educación esmerada.

Todos saben lo que fué después D. Francisco. Brillaron en el foro sus vastos conocimientos y dotes oratorias; en la Academia y en la prensa sus trabajos litera-

rios, y en la vida pública y en la íntima del hogar sus excelentes cualidades.

Y ahora expondré algunas consideraciones acerca de *la concordancia lógica del pensamiento con su expresión*; que de intento deliberado y conociendo sobradamente que desoigo en momentos solemnes y críticos los sanos consejos del preceptista latino, he tomado este asunto por parecerme menos desproporcionado á la escasez de mis fuerzas.

I.

Existen las ideas en la región intelectual regidas por dos leyes necesarias: la de relación y la de representación. La primera une, separa y clasifica las ideas, distribuyéndolas en grupos lógicos y unidades definidas; y la segunda les da forma en un habla íntima, propiedad absoluta de la conciencia, donde se distinguen el sujeto y el atributo, el nexo de estos dos elementos, la unidad lógica ó *proposición*, la *frase* ó serie de proposiciones, y, por último, el *discurso* ó serie de frases. Y todavía por encima de estas operaciones de comparación, de juicio y de forma interior se halla un criterio supremo, destello de la Luz Divina, que abraza y penetra con su prepotencia todo lo pensado, y abstrae, generaliza, universaliza y categoriza, instituyendo así la unidad intelectual.

Una necesidad, producto del ejercicio de las facultades mentales, determina la expresión del pensamiento, porque no basta la contemplación de lo que pasa en el misterio de nuestra conciencia para cumplir lo que corresponde á la finalidad de nuestro sér.

Verifícase, por lo tanto, en el orden sensible la mani-

festación de las ideas con sus relaciones, y esta interpretación (*hermeneia*) debe considerarse como la explicación de lo que se siente y de lo que se piensa.

Variadas son las formas de la exposición *hermenéutica*. El movimiento, la quietud, las diversas actitudes del cuerpo, la fisonomía y la *phonesis* indistinta expresan los dos grandes tipos afectivos: el placer y el dolor. La fisonomía, con particularidad, es susceptible de movimientos delicadísimos con los cuales se representan ciertas sensaciones y ciertos afectos con tanta fidelidad como con la palabra. Una mirada, un movimiento de los labios apenas perceptible pintan á veces de una manera admirable sentimientos que se agitan en nuestro interior. El arte en todas sus manifestaciones es también el habla de la inteligencia; y hasta el silencio mismo y un estado pasivo del individuo son un medio poderoso de expresión.

Pero estas formas diferentes de la *hermeneia* no son bastantes á *exteriorizar* todo lo que hay de intelectual y afectivo dentro de nosotros. Se necesita, pues, de un medio más potente que exprese las ideas con todas sus relaciones, que sea la representación del pensamiento con todas sus condiciones lógicas, y que nos dé á conocer, sin el menor asomo de obscuridad, lo abstracto, lo general, lo universal y lo categórico. Este medio se halla en la *phonesis* articulada y en la escritura.

Sólo por el camino de la Filosofía puede llegarse hasta el conocimiento de las leyes que presiden á la constitución del habla. Apoderándose de los hechos históricos y estudiándolos en su origen y sucesión, puede decirnos la ciencia-madre cómo ha nacido la palabra en virtud de una disposición ingénita y de una lógica espontánea,

casi inconsciente; cómo la raíz, primer elemento, *materia prima* del habla, informe y vaga en el orden inteligible, ha ido desenvolviéndose y manifestándose en el orden sensible; cómo la palabra ha pasado del estado de germen, *in potentia*, al de evolución, *in actu*, adquiriendo la forma conveniente para la expresión de la idea y á la vez el carácter de elemento gramatical; cómo se han concertado los diversos elementos para producir y poner de manifiesto la unidad necesaria de las ideas; y cómo, finalmente, el habla, organizada ya, ajustada á las leyes de la Lógica formal, y adornada además con las galas del acento, de la cantidad, de la medida, del número y del ritmo, ha representado siempre el grado de civilización de los pueblos, caminando al compás de su grandeza, de su decadencia y de su historia.

La Filosofía puede señalarmos las diversas formas *phonéticas* y el organismo sucesivo de la proposición, de la frase y del discurso, realizándose así la unidad lógica exterior como expresión acabada del pensamiento. Y aquí se ve cómo dentro y fuera del individuo existe la unidad, *ideal* en el primer caso, sumándose el sujeto pensante con el objeto pensado; y *real* en el segundo, sumándose el sujeto gramatical con el predicado, mediante un lazo que es el espíritu del habla. Las ideas se hallan en la mente compenetradas; pero en su exposición deben colocarse necesariamente las palabras en un orden determinado por el tiempo y por el espacio, pues no es posible su penetración. Así es que la unidad es absoluta en la inteligencia, mientras que la unidad exterior es solamente relativa, como que está sujeta á la sucesión y al enlace de los elementos de la proposición y de los miembros de la frase. Y á pesar de esta disposi-

ción necesaria, es tal la magia del habla, debida á la relación lógica de sus partes, que por más que éstas aparezcan separadas en el espacio y en el tiempo, la inteligencia percibe sin esfuerzo la unidad apenas se ha manifestado el pensamiento, y más de una vez adivina todo el concepto con la enunciación de una sola de las partes de la fórmula que lo representa. Tan irresistible es la fuerza que eslabona los miembros de la *phonesis*. Y esto nace de que la Lógica sensible está en perfecta consonancia con la suprasensible.

Deseo, Señor, presentar á la alta consideración de Vuestra Majestad un ejemplo felicísimo de esta consonancia de lo pensado y de lo expresado.

¿Qué pasa allá en lo recóndito de la conciencia de Segismundo cuando contempla sus dos vidas, la una en la mazmorra y la otra junto al trono? En la vida nueva, ¿hay verdad ó hay error? ¿hay realidad ó hay apariencia? Él cree que es un sueño; pero Rosaura le dice que no, y en esta oposición de ideas que inquietan el sentido íntimo del príncipe, en esta duda que agita su mente y casi la anubla, es indispensable formular un juicio que enlazando la realidad y el sueño produzca una determinación interna y un acto exterior. Véase cómo pinta el genio de Calderón la duda que conmueve el ánimo de Segismundo en el *aparte* del diálogo con Rosaura (1):

«Si soñé aquella grandeza
En que me ví, ¿cómo ahora
Esta mujer me refiere
Unas señas tan notorias?
Luego fué verdad, no sueño;
Y si fué verdad (que es otra

(1) *La vida es sueño*, jornada III, escena X.

Confusión, y no menor),
 ¿Cómo mi vida le nombra
 Sueño?.....»

La Lógica conduce á Segismundo como por la mano á la aproximación de las dos tesis opuestas, y el protagonista sigue diciendo con inimitable valentía en el razonar:

«.... Pues ¿tan parecidas
 Á los sueños son las glorias,
 Que las verdaderas son
 Tenidas por mentirosas,
 Y las fingidas por ciertas?
 ¿Tan poco hay de unas á otras,
 Que hay cuestión sobre saber
 Si lo que se ve y se goza
 Es mentira ó es verdad!
 ¿Tan semejante es la copia
 Al original, que hay duda
 En saber si es ella propia?»

Después de esta deducción rigurosa, es fuerza convertir en hecho exterior la determinación interna, la cual es la resultante necesaria de un juicio cuyos términos son la tesis y la antítesis, y el razonamiento concluye con esta resolución definitiva y práctica:

«Pues si es así, y ha de verse
 Desvanecida entre sombras
 La grandeza y el poder,
 La majestad y la pompa,
 Sepamos aprovechar
 Este rato que nos toca,
 Pues sólo se goza en ella
 Lo que entre sueños se goza.»

Aquí está sintetizada la concepción filosófica del dra-

ma; aquí están concordadas las dos unidades: la inteligible y la sensible.

II.

Previas estas ideas generales acerca de la armonía del pensamiento y de su expresión, entro desde luego en el análisis lógica del habla, subiendo en brevísimo tiempo desde sus elementos hasta sus formas más acabadas.

¿Cómo nace una lengua? Imposible es penetrar en la obscuridad de las edades, allende la leyenda y la tradición, para contestar á esta pregunta. Más acá, ya en los tiempos históricos, vemos que los filósofos han andado muy divididos en la indagación de este negocio. Pitágoras, Heráclito, Platón, Hipócrates y Epicuro creían que las palabras estaban en la naturaleza ligadas necesariamente con la esencia de las cosas. Platón iba más allá: concedía al habla un origen autocrático, viendo en las palabras elementos fundamentales y necesarios emanados del legislador, que es el que impone á las cosas el nombre que existe en ellas con condiciones de inmanencia; y llegando hasta pensar en que algunas palabras, de entre las que significan ideas eternas, parecían formadas por un poder divino (1).

Hipócrates asienta que las palabras están adheridas á la naturaleza mediante cierta ley, y que las realidades de las cosas no proceden de los nombres sino de la naturaleza misma; resolviendo de plano hace veintitrés siglos la famosa cuestión del realismo y del nominalismo agitada en las escuelas de la Edad Media (2).

Epicuro es, si cabe, más explícito. Dice que en el ori-

(1) Diálogos.—*Cratyló*.

(2) *Del Arte*.

gen de las lenguas no se dieron nombres á las cosas en fuerza de una convención, sino que la Humanidad formó espontáneamente las palabras emitiendo los diversos sonidos producidos por cada pasión y por cada idea, según la diferencia de lugares y pueblos; que más tarde se fué perfeccionando la lengua, y que las personas instruídas dieron nombres adecuados á las cosas no sensibles. Y añade que es absolutamente necesario que se perciba directamente en cada palabra y sin apelar á demostración la idea fundamental que encierra (1).

Enfrente de estas creencias estaban Demócrito y Aristóteles, para quienes las palabras no venían á ser otra cosa que pura convención.

Pero esta materia tan alta y transcendental debe reservarse á los cultivadores de la *glosología* filosófica, los cuales pueden saber si en el origen histórico de lenguas *autógenas* y autóctonas se encuentran elementos que merezcan ser considerados como cuna, como raíz primordial de determinadas formas *phonológicas*. Y sin que sea visto que quiera yo tratar, ni aun de soslayo, un punto superior, por de contado, á mis facultades, y superior también al tema concreto antes enunciado, no puedo menos de manifestar mi completa conformidad con los que creen en la esencia natural de las palabras, teniendo en cuenta la filiación onomatópica indisputable, evidente, de gran número de raíces y de voces; la manera instintiva con que el hombre, colocado en todas las condiciones sociales, crea, artífice providencial del habla, palabras destinadas á representar ideas nuevas; y la resistencia invencible con que ha tropezado siempre la cien-

(1) Diógenes Laercio.—*Carta de Epicuro á Heráclito*.

cia para la formación de lenguas convencionales, á pesar de esfuerzos dignos de mejores resultados.

También debe reservarse á los fisiólogos, por no ser pertinente á mi propósito, el estudio profundo de las funciones *phonéticas*, de su estrechísimo enlace con las acústicas, y de la maravillosa armonía de unas y otras con la inteligencia que las manda y les da dirección, á fin de que tenga el pensamiento la forma exterior conveniente.

Mi objeto, pues, está limitado en la ocasión presente por la índole del tema indicado.

III.

La voz fundamental estudiada en el origen de la vida es el resultado de un movimiento instintivo representante de una necesidad todavía indeterminada del organismo. Este sonido-tipo, cuna de la palabra, no es un fenómeno elemental, porque así como la luz se descompone al través del prisma, la voz humana tiene también su prisma en los órganos de la *phonesis*; y empieza bien pronto, al impulso de nuevas necesidades, primeramente por modificarse en su intensión, extensión, duración, agudeza, gravedad y timbre, y después por descomponerse en varios sonidos que más adelante se han de unir y combinar con otros que proceden de la educación, de la misma manera con que se unen y combinan en múltiples proporciones los colores primitivos de la luz para formar infinidad de matices. Hay, por lo tanto, en la voz lo mismo que en la luz estos dos fenómenos sucesivos: *desarticulación* y *articulación*.

El sonido fundamental se desarticula y divide en so-

nidos llamados *vocales*, y esta operación se ajusta á un orden tan natural como el que tienen los colores en el espectro solar. Así es que el orden alfabético de las vocales es perfectamente fisiológico porque nace del que tienen las funciones *phonéticas*, las cuales se ejercen con arreglo á una escala donde la facilidad de la pronunciación va gradualmente disminuyendo á medida que se sube. Y para esto basta recordar el sonido gutural dulce de la *Á*; el de la *É*, que se oye en la parte media de la bóveda palatina; el de la *Í*, que se oye en la parte anterior de esta bóveda, y los de la *Ó* y la *Ú*, que se oyen en la boca y necesitan de la acción manifiesta de los labios. En este orden instintivo se ha verificado la desarticulación del sonido fundamental en consonancia con las necesidades que se han ido despertando en el organismo; de manera que considerando que los sonidos son tanto menos agradables al oído cuanto más enérgica es la función que los determina, aun á pesar del poder innegable de la educación, resulta que estos tres actos, el fisiológico, el *phonético* y el lógico, se hallan unidos en la vocalización por una lazada de necesaria armonía.

Á la desarticulación del sonido fundamental sucede la articulación de los sonidos vocales, primero entre sí, y después con los llamados consonantes ó *symphónicos*. Estos no son en rigor sonidos con existencia propia, sino modificaciones íntimas de los sonidos primitivos, en los cuales se distinguen ya desde el principio una consonancia obscura que más adelante se declara y determina á medida de las necesidades lógicas para constituir los sonidos silábicos. Estas modificaciones van haciéndose sucesivamente más complicadas y difíciles en su manifestación, y exigen de los órganos actos funcio-

nales que más adelante una educación consciente y voluntaria perfecciona de día en día. ¡Qué distancia en la escala *phonética* desde el sonido de la *Á* pura y sin mezcla alguna de otra vocal, hasta el de las consonantes guturales rudas, de las vibrantes y de las sibilantes!

Y por cierto que mientras las vocales están colocadas en la escala *phonética* en orden rigurosamente natural, y por lo mismo lógico, como medios elementales de representación intelectual y afectiva, las consonantes se hallan dislocadas caprichosamente, faltas del orden fisiológico establecido por la conformidad de las funciones *phonéticas* y de las necesidades de la vida.

De lo apuntado, si bien á la ligera, se desprende que la división de los sonidos en vocales y consonantes sólo existe en la representación gráfica, porque en la *phonética* coexisten unos y otros en estado de necesaria compenetración; y que la pronunciación de las vocales es natural, al paso que la de las consonantes, si se exceptúa una ú otra, es hija de la educación y del arte.

IV.

Los sonidos vócales y los consonantes necesitan de una representación exterior más permanente que la de los órganos *phonéticos*, de suyo fugaz y pasajera. Esta representación comprende en los albores del habla la idea vaga é indefinida encarnada en los sonidos recientemente desarticulados, y la idea, todavía poco determinada, contenida en la articulación de estos sonidos entre sí y con los *symphónicos*. De aquí la representación por medio de letras y de sílabas. Hay indudablemente relación lógica, casi misteriosa, entre la pronunciación de las le-

tras y la idea obscura que ellas representan; y esta correspondencia se aclara con las sílabas, donde el enlace de los elementos *phonéticos* y gráficos asocia á la vez las ideas afines, y les da una fuerza representativa mayor que la que tenían en los elementos antes de su unión. Por esta razón han recibido ciertas letras y algunas sílabas el carácter y el nombre de *formativas*, considerándolas como fundamento de la palabra. Un ejemplo notable de este valor tenemos en la letra *R*. Ésta significa, según decía Platón (4), el instrumento propio para expresar la idea del movimiento con el cual tiene indubitable analogía en su pronunciación fuerte. Y no faltan tampoco sílabas que, ora por su onomatopeia, ora por su origen ignorado, gozan de indisputable importancia en ciertas lenguas para la formación de las raíces.

Un paso más y en la misma sílaba aparece la raíz, núcleo formativo de la palabra, representación de una idea-madre, y punto de partida para la agregación de ideas secundarias emanadas de la cardinal y de otras que, naciendo de raíces distintas, tienen, sin embargo, con ella incuestionable afinidad. La raíz expresa admirablemente sus funciones como tipo *phonético* y lógico; es el germen que encierra los elementos representativos, y que al modo que la raíz de un vegetal contiene no sólo los órganos en estado embrionario, sino la facultad de agregar los elementos necesarios para su desenvolvimiento, pasa, en el proceso de evolución y asimilación, de lo indeterminado á lo determinado, y de lo general á lo individual. Así, á la vez que en la región inteligible la idea primitiva asocia las ideas afines, en la región

(4) Diálogos.—*Cratyló*.

sensible la raíz primitiva, informe todavía, asocia los elementos *phonéticos* similares, realizándose la unión de lo material y lo formal. Y aunque es, á no dudarlo, misteriosa la época de las raíces *protógenas*, de las anexionnes y desinencias originarias, y de la significación intelectual y afectiva de unas y otras, bien pronto, á medida que adelanta la evolución de la palabra, se descubren los tipos lógicos representativos de la personalidad del que habla y de lo que está fuera ella, de lo interjetivo, de lo atributivo y de lo demostrativo. En esta época aparece ya un presentimiento de análisis y de síntesis, de abstracción y de generalización; pero estas operaciones, faltas de medios representativos, carecen de la claridad necesaria para establecer sobre cimiento firme la relación, ordenación y clasificación de los hechos numerosos que se agolpan á la mente.

La palabra ya formada, símbolo de la idea, instrumento potentísimo del espíritu, aparece primero en la conciencia (palabra interna) y después en la *phonesis* y en la escritura (palabra externa) para el cumplimiento de los actos inteligibles y sensibles si está bien construída; y lo estará verdaderamente cuando contenga la determinación, la *delimitación* y la definición de la idea con tanta claridad que el pensamiento se pinte en la palabra, como quiere Platón (4), de la misma manera que se pintan las imágenes de los cuerpos en un espejo ó en el agua en estado de perfecta tranquilidad. Ésta es la condición substancial, entendiendo por *substancial* todo lo que hay en la palabra de *atributivo*, y por lo tanto de inherente á la naturaleza de la cosa representada, pues

(4) Diálogos.—*Cratyló*.

lo formal es el resultado de operaciones racionales.

Está construída la palabra unas veces por yustaposición ó simple agregación, y otras por verdadera combinación de los elementos lógicos y *phonéticos*. En el primer caso resultía un todo donde las significaciones parciales de los elementos se suman como cantidades homogéneas, y en el segundo han perdido algo estos elementos y sufrido tal penetración que el todo resulta completamente nuevo, viéndose entonces una operación semejante á la combinación química. Y á pesar de esta unión íntima se distinguen con frecuencia en las palabras las partes elementales que gozaban antes de vida propia é independiente, descubriéndose todavía en ellas su espíritu lógico. Por este camino y no otro se construyen las palabras primitivas ó fundamentales; y para demostrar que es así, basta tener en cuenta el modo de formación de las que engendra la necesidad en la civilización y en las múltiples manifestaciones de la ciencia y del arte.

El mayor número de palabras nuevas se ajusta á la doctrina platónica, en la cual está considerada la palabra como la imitación del objeto por medio de la *pho-nesis*, siendo, como es, indudable que el que imita da nombre al objeto en el acto mismo. ¿Son otra cosa los apodos, motes y sobrenombres que impone el vulgo, á veces con picante aticismo y gracia envidiable, sino representación *phonética* ó lógica de cualidades físicas, intelectuales ó morales?

V.

Hay otros elementos *phonéticos* más ó menos definidos que sirven poderosamente para establecer las re-

laciones lógicas de la idea primordial contenida en la raíz y de la representada en la palabra. Ahí están con importancia indisputable los prefijos, los subfijos y los infijos, ora simplemente aplicados y por lo tanto separables, ora estrechamente unidos por una verdadera fusión. Ahí están con importancia no menor las desinencias, cuyo carácter no es convencional, como el de la notación de que nos servimos en las Matemáticas y en la Química, sino incuestionablemente natural, porque son en rigor palabras con vida propia y significación *phonológica* que se han agregado á la raíz y á la palabra fundamental, fundiéndose poco á poco por el uso en la pronunciación y en la escritura; pero revelando todavía en los nombres la presencia de los pronombres demostrativos y en los verbos la de los personales.

Vienen después las derivaciones lógicas, ya de las raíces *protógenas*, secundarias ó terciarias, ya de la palabra misma, expresando con diversas desinencias la relación de la idea cardinal con las que le están subordinadas por una sucesión necesaria; lo cual se ve con toda perspicuidad en las procedencias verbales. Del infinitivo *experimentar*, por ejemplo, se derivan, con arreglo á las leyes *glosológicas*, las siguientes palabras, colocadas, no arbitrariamente, sino por necesidad, en orden lógico correspondiendo á ideas determinadas:

Experimentabilidad.—*Aptitud abstracta.*

Experimentable.—*Aptitud concreta.*

Experimentativo.—*Sujeto abstracto.*

Experimentador.—*Sujeto concreto.*

Experimentación.—*Acción.*

Experimento.—*Acto.*

Experiencia.—*Ley lógica: fórmula inteligible.*

Ésta es la serie de ideas que nos lleva naturalmente al concepto final de *experiencia*; á la inducción de lo *conocido* en lo *cognoscible*, mediante lo *cognoscitivo*. Y es digno de notarse que las dos raíces de aquella palabra de tan alta significación filosófica comprenden la acción de penetrar con *luz* en lo *oscuro* para sacar de allí lo que está *escondido*. Y también debe advertirse que falta en nuestro idioma el infinitivo abstracto de donde proceden *experiente* y *experiencia*; infinitivo que goza de indisputable prelación con respecto á *experimentar*.

Merecen además mención las palabras *compuestas* que, como dice su nombre, nacen de la yuxtaposición de dos ó más simples con significación propia, entre las cuales pierde ó muda alguna la vocal final para que la palabra nueva sea más eufónica. El lazo que une las palabras simples es, sobre arbitrario, tan débil que pueden separarse libremente, quedando cada una con su valor primitivo.

Llegan, por último, las palabras representativas de las ideas de tiempo, espacio, prelación, interjección, interrogación, afirmación, negación, duda, unión, oposición, condición, etc.

VI.

Las diversas formas de la palabra están ajustadas á una ordenación y clasificación donde se ven sus relaciones necesarias y contingentes con las ideas que significan. La Lógica en sus dos manifestaciones, la espontánea y la artística, ha fundado este sistema que se llama *Gramática*: el gran instrumento de la Filosofía y de la Historia. Y

en verdad que en lugar de decir que la Lógica es la fundadora de la Gramática, se diría mejor que se ha realizado en las palabras, dándoles orden, movimiento y vida para que puedan expresar las distintas categorías de la idea. Tiene, pues, la Gramática una Lógica real y una Metafísica práctica bastante alejada de los peligros de la transcendental; y á estas dos condiciones filosóficas debe el poder asentarse sobre base firmísima la relación de las formas gramaticales y del pensamiento.

Descuellan entre estas formas, por su importancia lógica, el *nombre* con *modalidades* pronominales, adjetivales y desinencias, y el *verbo* con *modalidades* y desinencias representativas de la acción y del tiempo. El nombre y el verbo son los órganos principales en la vida de la lengua, como que comprenden las grandes ideas de *sujeto* y *atributo*, y tienen naturalmente subordinadas á las otras formas gramaticales. Su flexibilidad es tan notable que les permite representar fielmente los diferentes estados de las cosas, así lo categórico, lo abstracto, lo general y lo necesario, como lo relativo, lo particular y lo contingente, por medio de la *declinación* y de la *conjugación*; palabras de bondad etimológica tan evidente y significación gramatical tan elevada que ha podido decirse con fundamento que todo el secreto de la Gramática está en la declinación y en la conjugación. Y así es en efecto. El nombre, ya con verdadera declinación, ya con partículas prepositivas que hacen el oficio de modificaciones desinenciales; ora revestido de la forma pronominal, ora de la relativa y dominando una y otra; llevando unas veces la representación de *substantivo* y otras la de *adjetivo*, es como la materia sobre la cual recae la acción vivificadora del verbo, de ese elemento in-

teligible que se hace sensible en la expresión *phonética* y en la gráfica. El verbo es el espíritu del habla: él da movimiento y vida á la proposición, á la frase y al discurso; afirma ó niega del *sujeto* al *objeto*, uniéndolos ó separándolos; determina, *delimita*, define. En virtud de su legítima é ineludible autocracia y de sus desinencias *proteiformes*, se coloca muchas veces en todos los términos de la proposición, de la frase y del discurso, y cercano ó distante, visible ó invisible, siempre está presente dando valor lógico á los elementos gramaticales; y de una manera tan clara que ni uno sólo, por escasa que sea su representación, por separado que se halle de los demás, está desprovisto de significación lógica, siquiera sea indeterminada, debida al verbo que, oculto, rige y gobierna imponiendo necesariamente su poder decisivo y misterioso. No hay, pues, en las formas gramaticales ninguna, por aislada que se halle, que pueda llamarse *obra muerta*. La interjección primitiva, la que más que un sonido articulado es un grito, contiene clarísimamente una proposición, una frase y hasta una serie de frases que representan un estado del ánimo.

Las ideas correspondientes á las distintas formas gramaticales, necesarias para la expresión del pensamiento, se hallan en la mente ordenadas según sus relaciones y representan el habla interna, la fórmula intelectual que va á reflejarse á lo exterior por medio de la palabra. El lazo de unión de estas formas ideales es una sintaxis subjetiva que, al hacerse objetiva, toma el nombre de gramatical.

No son en verdad numerosas las leyes de esta sintaxis externa que podemos llamar arquitectura *glosológica*, ni tampoco difíciles las reglas generales á las cuales se

ajusta en el tiempo y en el espacio la *morfología gramatical* como representación de la inteligencia. Estas leyes determinan la prelación absoluta y relativa, necesaria y contingente de las palabras, y la relación lógica de las formas exteriores con las íntimas, á fin de que la sintaxis *phonética* y la gráfica sean el trasunto fiel de la intelectual y constituyan un organismo armónico.

La colocación de las formas gramaticales es fija y determinada para unas, variable y más ó menos libre para otras, según las condiciones sintácticas de cada lengua. No es la nuestra la que goza de menos libertad con respecto al nombre, y más todavía con respecto al verbo, el cual con prepotente importancia aparece en cualquiera de los términos de la proposición y de la frase, dominando donde quiera que se halla sobre todos los miembros sintácticos y dándoles movimiento, vida y representación.

De la colocación conveniente de estos miembros y de la exacta correspondencia de las *modalidades* de tiempo, de lugar, de número, de género y de caso en las palabras susceptibles de declinación y conjugación, resultan la armonía y la unidad sensibles; y entonces la proposición, la frase y el discurso son el reflejo de la armonía y de la unidad suprasensibles. Dada la unidad externa, cada palabra, cada proposición y cada frase ocupa el lugar propio; las palabras significan fidelísima y necesariamente las ideas; no hay ni una palabra más ni una menos; y la belleza del conjunto, completada con los elementos prosódicos y ortográficos, puede compararse á la que tiene una obra del arte donde se ven la acción principal y las secundarias ocupando los diversos términos que pide la *intencionalidad* lógica del artista.

VII.

Y deseando atenuar, dentro de lo posible, la molestia que de seguro causa la enunciación, aun somera, de cosas de todos conocidas, no estará de más demostrar con algunos ejemplos de nuestros escritores, ya pasados, la necesidad de la armonía del habla como representante legítima de la armonía que existe en el entendimiento.

El soneto de Cervantes *Al Tímulo del Rey Felipe II en Sevilla* concluye así (1):

«Esto oyó un valentón, y dijo: «Es cierto
Cuanto dice voacé, seor soldado,
Y quien dijere lo contrario, miente.»
Y luego incontinente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese..... y *no hubo nada.*»

Aquí se ve claramente la intención lógica del poeta, el cual quiere producir, valiéndose del contraste, la sorpresa y la risa; mas para conseguirlo es necesario que la frase *no hubo nada* esté donde está, porque si se coloca antes de lo que dice y hace el valentón, no hay razón ninguna para aquellos afectos que proceden de la creencia de distinto desenlace de la acción.

En otro soneto describe Lope de Vega, con su asombrosa facilidad en la Métrica, un sitio agreste, y termina diciendo (2):

«Y en este monte y líquida laguna,
Para decir verdad como hombre honrado,
Jamás me sucedió cosa ninguna.»

(1) Obras poéticas.

(2) Obras poéticas.

Póngase este verso al principio del terceto y desaparecerá la gracia de la sorpresa.

Y lo mismo sucedería si invirtiéramos los términos de este delicadísimo epigrama:

«Revelóme ayer Lúisa
Un caso bien de reir;
Quiérotelo, Inés, decir
Porque te caigas de risa:
Has de saber que su tía.....
No puedo de risa, Inés;
Quiero reirme, y después
Lo diré cuando me ría.»

Todos saben que estos versos son del poeta ⁽¹⁾ que en la celebrada *cena* se dispone seriamente á contar lo sucedido á un criado de D. Lope de Sosa, y al comenzar la narración, cuando la interlocutora espera con curiosidad femenil oír la peregrina historia, dice:

«Tenía este caballero
Un criado portugués.....
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.»

Y á pesar de que me he propuesto ser muy parco en la extensión de las citas, aunque no en el número de ellas, recordaré una octava de Garcilaso ⁽²⁾:

«¿Ves el furor del animoso viento,
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento
Y los pinos altísimos atierra,

(1) Baltasar de Alcázar.—*Epigrama IV.*

(2) *Égloga III.*

Y de tanto destrozo aún no contento
 Al espantoso mar mueve la guerra?
 Pequeña es esta furia, comparada
 Á la de Filis, con Alcino airada.»

Toda la belleza de este hiperbólico concepto, donde el huracán, que arranca de raíz los árboles seculares y conmueve las profundas regiones del piélago, es comparado con la dulce tempestad que agita el tierno corazón de una zagala inocente, se convertiría sin duda alguna en ridiculez colocando al principio de la octava el concepto de la frase final y diciendo que la *ira amorosa de Filis es superior al desencadenamiento del huracán*.

Estos ejemplos testifican que la necesidad lógica obliga á colocar en sitio predeterminado del discurso la idea fundamental, que es como la acción principal de un drama ó de un cuadro.

Y si, como asientan los doctos en la materia, es el soneto una composición de no fácil desempeño, porque debe encerrar en poco espacio un pensamiento que nazca, se desarrolle y complete su evolución constituyendo por la armonía y la unidad de sus miembros un verdadero organismo; si, para alcanzar esta armonía, debe haber precedencia en las ideas, tan rigurosa que no se adelanten unas á otras, y que cada cual ocupe el lugar que le corresponde en el orden de su importancia lógica; si debe terminar con una fórmula concreta del pensamiento antes desenvuelto; y si, finalmente, esta fórmula ha de comprenderse en el último verso y á ser posible en una sola palabra, fuerza será confesar que anduvo Quevedo algo distraído en su popular soneto «Á un *nariz*,» colocando precisamente en el primer verso la idea principal con que debía rematar la obra. Porque

en efecto, después de comenzar diciendo con suma gracia (1)

«Érase un hombre á una nariz pegado,»

que es lo mismo que decir que la parte es mayor que el todo, no cabe más hipérbole ni más ridiculez. Por esta razón lo que sigue es de muy mal gusto, si se exceptúa el verso

«Las doce tribus de narices era,»

gracioso ciertamente si no lo eclipsase el primero, que es la única belleza de la composición.

Y en verdad que sólo una distracción puede justificar la falta de armonía de este soneto, teniendo en cuenta el privilegiado ingenio, la profundidad filosófica y la poderosa dialéctica del señor de la Torre de Juan Abad. Véanse como muestra de tales cualidades los siguientes versos (2):

«Todo este mundo es prisiones,
Todo es cárcel y penar.

.....
.....

El cuerpo es cárcel del alma
Y de la tierra la mar,
Del mar es cárcel la orilla,
Y en el orden *que hoy están*
Es un cielo de otro cielo
Una cárcel de cristal.»

Todo aquí es grande: la idea-madre, el orden natural de las ideas secundarias y el hermoso decir de la expresión. Y como Quevedo era excelente cultivador de las

(1) Poesías.

(2) Poesías.

lenguas sabias, no olvidó, al llamar al cuerpo *cárcel del alma*, que la palabra *cuervo* significa en una de aquellas lenguas *prisión ó cárcel*. También Fr. Luis de León le da el mismo valor, exclamando:

«¿Cuándo será que pueda
Libre de esta prisión volar al cielo?
.....

VIII.

No basta que la idea dominante, la que podemos llamar categórica, ocupe en la frase y en el discurso el sitio que piden su supremacía y la intención lógica del que habla ó escribe, pues se necesita además que esta idea, de suyo más ó menos general, abrace las ideas secundarias y las comprenda, hasta donde sea posible, en la penetración que existe en la inteligencia. De esta manera la exposición *phonética* y la gráfica se ajustan á la ley de economía que rige las funciones propias de la vida, á condición, por de contado, de que se evite cuidadosamente el escollo, siempre temible, de la obscuridad.

De este vicio no adolecen, antes por el contrario brillan por la espontánea condensación y envidiable claridad, innumerables trozos de nuestros mejores escritores.

Y la alteza del pensamiento obliga á colocar en primer término estas frases sublimes de Fr. Luis de Granada hablando de Dios; frases que cautivan el ánimo (1):

«Eterno sois en la duración, Infinito en la virtud y Supremo en la jurisdicción. Ni Vuestro Sér comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo. Sois ante todo tiempo, y mandáis en el mundo y fuera del mundo.»

(1) Símbolo de la Fe.—Parte I. Introducción.—Cap. II.

Descendamos de tanta excelsitud á lo que tocamos por aquí abajo.

Finge el cáustico y festivo Tirso de Molina un medicastro (4), y dice con incisiva concisión que era hombre de

«Muchos libros, poca ciencia,»

.....
.....

y

«.... que con cuatro aforismos,
Dos textos, tres silogismos
Curaba una calle entera.»

No puede encerrarse en menos palabras ni pintarse mejor la *poca ciencia* del que consultado por una dama, aquejada, al parecer, de vapores, le da con ridícula altilocuencia y entonación pedantesca esta explicación y esta receta:

«La enfermedad que le ha dado,
Señora, á Vueseñoría
Son *pasmos* (2) y hipocondría;
Siento el pulmón opilado,
Y para desarraigar
La *linfa* (3) vítrea que tiene
Con el quilo, le conviene
(Porque mejor pueda obrar
Naturaleza) que tome
Unos alquermes que den
Al hépate y al esplén
La substancia que el mal come.»

Recuerda el Duque de Frías el Monasterio del Esco-

(4) Don Gil de las Calzas verdes.—Acto 4.º, escena 2.ª

(2 y 3) Variantes, en la lectura, reclamadas por el *euphemismo*.

rial y comprende la historia del famoso monumento en este verso (1):

«Padrón de San Quintín, gloria de Herrera;»

y un poco más adelante formula en otro la política de Felipe II diciendo

«..... y allí Felipe
Desde el monte vecino
A la fábrica inmensa impulso daba,
Y al Támesis y al Sena amenazaba (2).»

Feliz era el prócer poeta en esto de condensar con fácil vena y oportuno decir el pensamiento nacido en su inspirada mente. Véase con qué gallardía de pincel encierra en un endecasílabo tres épocas notables de la vida de Napoleón I (3):

«Así tan gran coloso se derrumba,
Y porque al ancho mar la gloria quede
Isla su cuna fué, su asilo y tumba.»

Otro prócer, también esclarecido ingenio, el Duque de Rivas, resume el pensamiento de uno de sus romances en estos versos (4):

«La hermosísima Filena
De mi desastre apiadada
.....
.....
*Curábame las heridas
Y mayores me las daba;
Curábame las del cuerpo,
Me las causaba en el alma.*»

(1) Oda *A las Nobles Artes*.—Obras poéticas, pág. 159.—Madrid, 1857.

(2) *Ibidem*.

(3) Obras poéticas.—*Epístola á la Marquesa de Santa Cruz*, pág. 93.

(4) Obras poéticas.

Y no es menos afortunado el célebre Inarco Celenio en su soneto *Á Rodrigo* al concluir con este verso (1):

«El cuerpo al fondo, á la corriente el manto;»

en donde además de la condensación de la idea, parece que se ve flotar el manto del último Rey de los godos en las aguas enrojadas del Guadalete.

El insigne médico D. Mateo Secane, laboriosísimo conocedor de las altas cuestiones de sanidad é higiene pública, cultivaba cuando mozo la poesía, y comprende la duda filosófica sobre la esencia providencialmente misteriosa de la vida, en un terceto:

«Certidumbre absoluta nunca adquiere,
Y más dudando cuanto más alcanza,
Lleno de dudas y de ciencia muere.»

Y cuán grato es para mí en este día recordar cómo compendiaba mi sabio maestro D. Bonifacio Gutiérrez, profundo y sagacísimo clínico, la idea de la malignidad morbosa, definiéndola con este símil: *un lobo con piel de oveja*; un enemigo formidable so capa de amigo.

Esta condensación de las ideas representa cumplidamente el valor lógico y la belleza *phonética* y gramatical de las fórmulas del habla que se conocen con los nombres de *apoteogmas*, *aforismos*, *sentencias*, *mdximas*, *proverbios*, *refranes*, etc. (2).

(1) Obras poéticas.

(2) Entre las varias colecciones de refranes se halla una muy notable escrita á la edad de quince años por el Sr. D. Alejandro Ramirez, quien, sin pasar de la edad adulta, dejó en la alta administración de nuestras Antillas nombre imperecedero como *Superintendente general de la Real Hacienda*. Esta colección se intitula: *Respuestas de Sanchico Panza á dos cartas que le remitió su padre desde la ínsula barataria; que constan por tra-*

Veamos ahora cómo pinta el habla la oposición, la aproximación y hasta la fusión y transmutación de las ideas antitéticas. Y empezaremos recordando un cantar que viene muy de molde:

«Ni contigo ni sin tí
Mis penas tienen remedio:
Contigo, porque me matas,
Y sin tí, porque me muero.»

Góngora, que no es siempre obscuro ni conceptuoso en demasía, expresa acertadamente un estado de indiferencia afectiva donde desaparecen el placer y el dolor. Dice así (1):

«Gran filósofo me han hecho
Casos adversos y tristes;
Un libro del tiempo soy
En quien su mudanza escribe.
Tan á prueba de desdichas
Me tiene el Hado infelice,
Que no hay mal que me congoje
Ni bien que me regocije.»

Herrera juega un poco del vocablo y alambica el concepto de la aproximación del *sí* y del *no* en las siguientes redondillas de más mérito en la esencia que en la forma (2):

«Hermosos ojos, serenos,
Serenos ojos, hermosos,
De dulzura y de amor llenos,
Lisonjeros y engañosos;

dición se custodiaron en el archivo de la Academia Argamasillesca.—Primera que publica en honor de la verdad y de la fama y familia de los Panzas, Ramón Aleco de Zidra (anagrama de Alejandro Ramirez).—Alcalá, 1794.

(1) Romance CXIV.

(2) Obras poéticas.—Redondillas.

*Quien no os ve pierde la vida,
Y el que os ve halla su muerte;
Mas quien muere de esta suerte
Cobra la vida perdida.»*

También juega del vocablo, pero con más primor que Herrera y con gran intención moral, un homónimo mío de apellido en este epigrama (4):

«Aprende, Evandro, á morir,
Llegarás á vivir bien;
Y para morir, también
Aprende, Evandro, á vivir.»

Pinta con alta maestría el ilustre Martínez de la Rosa en el *Edipo* un estado del ánimo donde el dolor extremado produce la sensación contraria.

Víctima Edipo del Destino, cuya huella tiene en su propio nombre, parricida, incestuoso, abrumado de inesperada, de inmensa desventura, se revuelve contra el Hado que lo persigue desde la cuna y apostrofa así á los Dioses (2):

«..... Mas ¿por qué tiembla
Mi corazón aún? Los Dioses mismos
Su venganza agotaron, y ya *impune*
Su cólera y enojo desafío:
¿Podéis hacerme ya más desdichado?
¡No podéis..... no; pues vedme ya tranquilo!»

¡Magnífico pensamiento expresado con nativa sencillez y sin atavíos innecesarios! ¡Qué bien se siente la calma que brota del abismo del infortunio como para demostrar que el placer y el dolor, confundidos en unidad

(4) D. Gabriel del Corral.—*Epigrama V.*—Biblioteca de Autores españoles.—Curiosidades bibliográficas.

(2) Acto V, escena V.

misteriosa y providencial, nacen el uno del otro y son compañeros inseparables del hombre de la aurora al ocaso de la vida!

Como se ve en los ejemplos citados, no es cosa de poco momento la claridad en la expresión hablada y escrita si ha de conseguirse la representación fiel del pensamiento, porque donde pelagra la claridad se resiente la Lógica.

Así que debe evitarse con sumo cuidado y exquisita diligencia todo motivo de obscuridad en la organización sintáctica, en la *homonimia* real ó aparente, en la propiedad de las palabras y en el uso de las anfibológicas y de las que solamente se diferencian por el acento prosódico.

En *Sancho Ortiz de las Roelas* dice el protagonista (4):

«¡Ay palabra dura, impía,
Palabra por mí, mal dada,
Y para mi mal, cumplida!»

Á primera vista se conoce que es forzoso acentuar con énfasis la pronunciación del pronombre personal, y pasar como sobre ascuas por el posesivo para llevar el acento tónico y la cantidad al sustantivo *mal*; porque el descuido, nada difícil por cierto, en la pronunciación ó en la escritura de las palabras homónimas es bastante á hacer que los pronombres suenen como personales ó como posesivos, y el sustantivo y el adverbio cambien su significación respectiva; y así ha sucedido con frecuencia en el teatro, lo cual no está confor-

(4) Acto II, escena IV.—Tragedia de Lope de Vega, arreglada por Don Cándido María Trigueros.—Madrid, 1804.

me, ni mucho menos, con el pensamiento del poeta, de quien es toda la culpa.

Y á fe que no tiene poca Calderón, salvo el alto respeto que merece su nombre, al poner en boca de una persona importante de *La vida es sueño* el siguiente verso (4):

«Que apenas llega, cuando llega á penas,»

donde prescindiendo de la parafonía y del retruécano, no justificados por la intención lógica, hay necesidad de señalar en la pronunciación la diferencia de cantidad prosódica de las palabras *apenas* y *penas*, omitir la elisión del segundo *hiatus*, y alargar el verso si ha de recitarse, siempre con afectación, una frase que podría á todo tirar permitirse en el *obligado gracioso*.

IX.

Fuente de la claridad del habla es la propiedad de las palabras. Cuando por el estudio del abolengo *phonético* se conoce cumplidamente la idea cardinal contenida en la raíz y la evolución completa de la palabra, podemos decir que ésta se ha *petrificado*, y según la tecnología química, que ha *cristalizado*; adquiriendo entonces condiciones indisputables de propiedad que le dan perfecto derecho para representar lógicamente la idea madre de la raíz y todas las que de ella nacen ajustadas á la pauta de las leyes *glosológicas*. Es, pues, necesario que toda idea se halle virtual y formalmente representada en una palabra, propiedad suya, con la cual

(4) Jornada I, escena I.

constituye la unidad de lo suprasensible y de lo sensible. Es además necesario, para aquilatar las condiciones de propiedad, saber el valor lógico primitivo y fundamental de la raíz, y el de los miembros que se han ido agregando hasta la evolución final bajo las formas distintas de prefijos, infijos, subfijos, enclíticos, desinencias, derivaciones y composiciones.

Sólo así pueden apreciarse debidamente su significación y su pureza; cualidades necesarias para poderla usar sin el riesgo de darle un valor lógico contrario á veces al genuíno. Porque es indudable que caminamos á ciegas cuando ignoramos la *génesis* de la palabra, las partes que la componen y las alteraciones que ha sufrido por la influencia del tiempo, de las costumbres, de la convención, ó de las exigencias, alguna vez atendibles, de la eufonía. Pero hablamos y escribimos con completa seguridad cuando conocemos el valor de la palabra y el de las partes que la constituyen. Quien sabe apreciar la propiedad de la palabra *género*, no la usará promiscuamente con la palabra *especie*, y colocará una y otra en el lugar correspondiente de la serie más ó menos natural de las palabras, *clase, orden, tribu, familia, género, especie, variedad é individuo*, dando á cada cual representación propia en la inteligencia. El que sabe descomponer las palabras, hallará necesariamente en lo *absoluto* una idea independiente y desligada de toda relación; en *substancia*, algo que *existe debajo* de la forma sensible; y en *circunspección*, el cuidado de *ver* lo que hay al *rededor*, si no quiere pecar de imprudente.

La palabra debe ser la fotografía de la idea, la encarnación del pensamiento. Enfrente de palabras de ex-

celente construcción *glosológica*, representantes legítimas de ideas bien determinadas, como, por ejemplo, *autonomía* y *antinomía*, hay otras, como *academia* y *anatomía*, cuya significación recta está á larga distancia de la convencional, y *medicina*, la cual no comprende todas las condiciones de la idea. Al lado del nombre que tiene la sal común en la excelente tecnología de la Química, vamos á colocar el del género botánico del tabaco. ¿Qué dicen á la inteligencia las palabras *Cloruro sódico*? Todo: que la sal común se compone de dos cuerpos simples bien definidos. ¿Qué dice á la inteligencia la palabra *Nicotiana*? Nada: porque es lo mismo que no saber nada con respecto á la naturaleza de la cosa, saber que plugo á Linneo dedicar el género botánico á Juan Nicot, embajador de Francia en Portugal, quien, según dicen, fué el primero que llevó el tabaco á su país. Valiera más que el sabio naturalista hubiera conservado para el género el nombre vulgar.

¿Y qué diremos de la palabra *músculo* y sus derivadas? Que es tan grande la tiranía del uso y de la convención, que cuando decimos *fuerza muscular* imaginamos un atleta, y ni por asomo se nos ocurre que si fuera posible se reirían al verse juntos el substantivo con su poderosa representación y el adjetivo con su humilde y antitética etimología.

Sería, sin duda alguna, ocioso y molesto decir más acerca de la propiedad y pureza como condiciones indeclinables de las palabras; y también hablar de la necesidad que tiene toda lengua de admitir algunas extrañas correspondientes á ideas nuevas, cuando su diccionario carece de medios de representación; y de purificar un día y otro el caudal propio, desterrando las

que se introducen tantas veces sin razón valedera y contra las leyes de la *glosología*. Y bien merecen ser desterradas del diccionario, ó al menos ser relegadas á un apéndice, bastante número de ellas que se nos han entrado de rondón en nuestra lengua sin la conveniente justificación. Allí, separadas del cuerpo del diccionario y escritas como se escriben en la lengua de donde proceden, figuraría la que se aplica á la juventud amiga de traerse rica y elegantemente, y se vería con su femenino construido de tal modo á la castellana, que á primera vista tiene cierto sabor á hibridismo galo-helénico. Y á propósito, ahora mismo tenemos una locución extranjera que anda en labios muy delicados y se presenta con la categoría gramatical de substantivo masculino, escribiéndose, no como en su tierra, sino como se pronuncia en la nuestra. Ningún motivo hay para semejante adquisición, porque sin necesidad de exóticas locuciones puede pedir una dama á su doncella el *uno y otro*; y mejor el *por si llueve*, y, todavía mejor, la *sombrilla-paraguas* ó el *paraguas-quitasol*. No es de esperar que la doctísima Academia que trabaja sin descanso en purificar y dar esplendor á la lengua patria, conceda carta de naturaleza á palabras faltas de las cualidades que reclaman la *glosología* y las necesidades de la civilización.

X.

Es la palabra, según queda apuntado, un organismo, y como tal, viviente en la representación *phonética* y en la gráfica. Manifiéstase en una y otra la vida de la palabra por medio de elementos prosódicos, entre los cua-

les descuellan como fundamentales el acento, la cantidad, la *tonalidad*, la medida, el orden, el número, el ritmo y la pausa, de tal manera dispuestos en la *phonesis* y en la escritura que las sílabas son notas musicales, y las palabras, proposiciones y frases son miembros de una melodía que se percibe desde luego en la prosa y aparece galana y brillante en la poesía. Elementos muy principales de la prosodia son: el *acento*, centro de gravedad de la palabra, cuya etimología descubre ya su importancia, con dos tiempos, el *arsis* y la *thesis*, correspondientes á la elevación y descenso de la voz, y un espacio intermedio, apenas perceptible, de pausa formando la unidad *ritmica*; la *cantidad*, que determina la longitud y brevedad de las sílabas; la *tonalidad*, que comprende la intensión, la extensión y timbre de la voz; y la *pausa*, que separa de un modo conveniente las palabras para dar al discurso claridad y belleza. Tan grande es la fuerza lógica de estas condiciones prosódicas, que cuando faltan aparecen las palabras como muertas, como sonidos inarticulados, como ruidos; pero cuando están colocadas en el sitio requerido por la intención lógica, su magia es irresistible y expresan admirablemente actos intelectuales y afectivos muy variados, desde aquéllos que la voluntad aparenta ocultar, hasta los que quiere declarar; desde la entonación nativa é infantil, hasta la afectada y enfática; desde la ironía socrática, hasta el sarcasmo aterrador. Es á veces tan potente la fuerza representativa de estas formas prosódicas, que el *sí* significa *no*; el *no*, *sí*; el *placer*, *dolor*; el *dolor*, *placer*; el *llanto*, *risa*, y la *risa*, *llanto*. Todos conocemos esta fuerza y hacemos de ella uso, movidos en parte por el instinto y en parte por la educación. Una frase vulgar la

define con completa exactitud cuando decimos que no nos duele lo que nos dicen, sino el *refinán* con que nos lo dicen. Precisamente en el refinán están el acento, la cantidad, la tonalidad y la pausa.

Recordaremos algunos versos donde brilla el acento tónico dando movimiento y vida á la palabra y mereciendo con justicia el nombre de alma *plonética* 'anima vocis'.

Óigase un verso de la égloga IV de Virgilio:

«*Ultima Cumei venit jam carminis ætas.*»

Y otro de la X:

«*Hic gelidi fontes, hic mollia prata, Lycori.*»

Y éste de Garcilaso:

«*Flérida para mí dulce y sabrosa.*»

Estos versos, tan agradables al oído por lo numerosos, deben su dulzura y cadencia á la situación que guardan los acentos, las sílabas largas y breves y las pausas.

Oigamos al renombrado poeta D. Juan Nicasio Gallego. Anuncia el bardo en el *Oscar* la muerte de una de las personas de la tragedia, y dice (1):

«Mas ya huella feliz las altas nubes
De sus abuelos inclitos al lado,
Y en la azulada bóveda, su sombra
Plácida ríe en eternal descanso.»

¿No es verdad que el último verso pinta con sus acentos y tranquila cadencia la calma beatífica de las mansiones celestes?

(1) Acto I.

Veamos ahora el contraste de pensamiento y expresión en la misma tragedia. Habla el hijo de Osian en el arrebatamiento de su loca pasión (1):

«Si á mi vista un combate se ofreciera,
 Por las huestes frenético rompiendo,
 Correr la sangre y el feroz destrozo
 Mirara con placer.....»

El segundo verso, con la sílaba acentuada y brevísima de la palabra *frenético*, pinta al guerrero lanzándose con la rapidez del rayo en lo más empeñado de la pelea; y el tercero, con las letras y sílabas de extremada dureza y cantidad, parece como que representa el infernal placer que goza el desesperado amante al contemplar en su derredor la muerte y la destrucción.

Dedica el eminente poeta D. Ventura de la Vega una epístola á su doctor y amigo, y dice con lirismo encantador (2):

«En estos días plácidos
 En que venciendo el frígido
 Rigor, el numen Delfico
 Mostró su rostro vívido.»

Y en seguida abate el águila su vuelo, y la musa juguetona dice con entonación sencilla:

«Salí según sus órdenes
 En alquilón vehículo,
 Del ambiente atmosférico
 Á aspirar el oxígeno.»

No sólo siente el oído, animado por el instinto musical, el placer de las modificaciones prosódicas, sino que

(1) Acto I, escena IV.

(2) Obras poéticas, pág. 587.—Paris, 1866.

desea además que haya en ellas la variedad necesaria para que resulte la armonía. Por eso rechaza instintivamente la parafonía producida por la repetición muy cercana de letras y sílabas iguales, de palabras homónimas y terminaciones unísonas en todos aquellos casos en que esta repetición no se halla motivada por la necesidad lógica determinante de la expresión del pensamiento.

Dice Virgilio:

«..... *Et jam nox humida cælo
Præcipitat, suadentque cadentia sidera somnos* (1).»

Aquí no hay parafonía de las tres palabras que empiezan con *S*, porque cabalmente la repetición de esta letra en el verso imita la influencia que tienen en la producción del sueño los sonidos monótonos y acompañados.

Oigamos al gran Quintana (2):

«Do quier que gracia y gentileza veo,
«*Allí está Cintia*» en mi delirio digo,
Y ver á *Cintia* en mi delirio creo.»

Tampoco son parafónicas las palabras *Cintia* y *delirio*, porque el oído percibe desde luego que son necesarias para la representación de las ideas, y lejos de serle desagradables siente verdadero placer con su repetición.

No sucede lo mismo con un verso de Jáuregui en su traducción de la *Farsalia*.

Inquieto César por la tardanza de Antonio, deja el ejército en Apolonia con el secreto propósito de ir á Brindis; y sin querer más compañía que la de la For-

(1) *Æneidos*, lib. II, v. 8 y 9.

(2) Obras poéticas.

tuna (1), entra, al cerrar de la noche, disfrazado de esclavo, en un barco de doce remos para bajar por el Aóus al Adriático. Levántase con violencia el viento de mar, y las olas que vienen amenazantes en dirección contraria á la corriente impiden que el barco venza la desembocadura del río. El piloto, temiendo zozobrar, manda volver la proa; y entonces el que algunos días adelante iba á ser en Farsalia dueño absoluto de Roma y del mundo conocido, hace rostro á la tempestad y al peligro y, descubriéndose, dice al piloto: «No temas; llevas á César y á la Fortuna.» Estas palabras, que pone Plutarco (2) en boca de César y dilúen Lucano y Jáuregui en más versos de los necesarios, no se hallan expresadas en el poeta latino ni en su traductor con el vigor y la concisión que reclaman un pensamiento capital y una situación que ha de conservar la Historia; por más que César, con modestia natural ó calculada, calle este hecho en sus *Comentarios*, escritos verdaderamente con grande habilidad política para echar toda la culpa de la guerra civil sobre el partido de Pompeyo.

Así se expresa Jáuregui (3):

«Las deidades marítimas que adoras
Me reconocen hoy Dios de la nave;
Soy César: ya mi nombre es *su tutela*.
Mi voz rige el timón, pulsa la vela.»

Perdónensele en buen hora al poeta algún ripio y tal cual palabra poco propia como exigencia métrica; pero no se puede perdonar la insufrible parafonía de *su tutela*, y menos en situación crítica que requiere lógica-

(1) *Sola placet Fortuna comes*. Lucano, lib. V, v. 540.

(2) Vida de César.

(3) Farsalia, lib. X, octava 43.

mente fórmula concreta y armoniosa, al que en la bellísima paráfrasis del salmo *Super flumina* tiene versos tan fluidos y espontáneos como éstos (1):

«En la ribera undosa
Del Babilonio río
Los fatigados miembros reclinamos,
Y allí con faz llorosa
Junto á su margen frío,
Con lágrimas sus ondas aumentamos.»

El fecundo poeta dramático Bretón de los Herberos, con su terenciana *vis cómica*, es oportunísimo por el uso intencional de la parafonía. Hay en una de sus comedias (2) un joven poetaastro que se propone adorar al santo por la peana, dedicando este cumplimiento á una tía suya, madre del ingrato objeto de su amor:

«Dulce tía, á quien me une
La simpatía-más tierna,
Simpatía que será
Muy en breve simpa-suegra,
¿Cuándo aquí del Himeneo
Arderá, tía, la tea?»

Á pesar de las *tías*, de la *tierna* y de la *tea*, los versos son muy agradables al oído porque están en el carácter de una persona que habla como debe hablar y no de otra manera.

XI.

Y si la Lógica quiere para el oído el acento, la cantidad, el número y demás condiciones prosódicas, quiere

(1) Canciones.

(2) *Los dos sobrinos*, acto IV, escena IX.

también con no menos razón que las palabras no se alteren en la representación *phonética* ni en la gráfica, y que se pronuncien y escriban según pide su organización genuína, ajustada á las leyes de la *glosología* general y particular.

De fecha bien remota es el hecho de las alteraciones *phonéticas* y gráficas. Ya decía Platón que se habían desfigurado las palabras primitivas en su construcción y en su prosodia, tanto por el poder del tiempo como por el deseo de hacerlas eufónicas y armoniosas con la adición ó substracción de letras, prefiriendo á la verdad el agrado del oído; y que esta alteración era á veces tan notable que las palabras antiguas parecían bárbaras comparadas con las modernas (1).

Sin embargo, concedía Platón alguna libertad en la adición, supresión ó transposición de letras, siempre que la esencia de la cosa representada dominase en la palabra. De donde se deduce que como la parte fundamental, la que encierra la esencia, es la raíz, ésta es la que debe respetarse con sumo cuidado, sin permitir alteración alguna, ni aun so pretexto de ingerencia eufónica.

Y por cierto que nuestra lengua no ha dejado de tomarse más de una libertad bien poco arreglada al criterio *phonológico*, excediendo en algún punto á otras lenguas románicas. Ahí tenemos la palabra *tiempo*, de tan alta categoría en la región de las ideas, con una vocal ingerida en la raíz, si bien por una dichosa inconsecuencia no ha cundido la alteración á sus derivaciones. Ahí está la partícula prepositiva *trans* que va perdiendo de día en día la *n*, letra cuya pronunciación está en conso-

(1) Diálogos.—*Cratyló*.

nancia con la idea de resistencia, así como la de la *r* envuelve la de movimiento, significando la reunión de las dos que para ir al través de un obstáculo hay que vencer una dificultad. Ahí está también la palabra *proprio*, compuesta de dos radicales de importantísima significación, que por de pronto ha perdido la *r* en la segunda raíz, y si llega á perder la de la primera (y es temible al paso que vamos) y la acompaña en tan fatal corruptela la partícula *trans*, pronunciaremos ambas como las pronuncian los niños y los que tienen cierto defecto en los órganos *phonéticos*. Las palabras dejarán entonces de serlo en la esfera de la Lógica, y vendrán á ser meras convenciones como *vuestra-merced* y *vuestra-señoría*, que bastardeando de su origen y contrayéndose poco á poco, han quedado reducidas á la menor expresión, sin raíces, sin representación lógica y, por añadidura, sin belleza alguna eufónica.

Y no se quiera sostener la influencia del uso y de la convención con el prestigio de la autoridad, porque si bien Horacio dice (1):

«..... *si volet usus,*
Quem penes arbitrium est, et jus, et norma loquendi,»

se refiere á las palabras antiguas que renacen y á las modernas que caen en desuso. Así y todo, no ha hecho poco daño el preceptista con la desmedida importancia concedida al uso. Éste lo mismo que la convención están sujetos á prudente medida, y nunca deben oponerse á las leyes lógicas contra las cuales no hay fuerza posible. Pero ¡ya se ve! Horacio es autoridad de cuenta en la materia, y las grandes autoridades de la ciencia y

(1) *Epístola ad Pisones.*

del arte suelen ser más idealistas que las medianas, y tienen el gravísimo inconveniente de imponer, desde una altura que algunas veces las deslumbra, creencias exageradas y por lo tanto poco prácticas.

No hay razón ninguna para alterar las raíces, y menos puede permitirse esta alteración en idiomas que vienen de una lengua-madre, porque sobre las raíces de ésta no tenemos ni debemos tener otro dominio que el útil, y cualquiera modificación en la raíz solamente sería tolerable, y esto con exquisita prudencia, en las palabras autóctonas, en las verdaderamente propias. En suma: en las raíces debe dominar el espíritu de conservación, y en las anexiones, desinencias y derivaciones, así como en la sintaxis, el espíritu de progreso.

Pide también la Lógica que las palabras se pronuncien y escriban de manera que se distingan sin dificultad alguna las partes que constituyen su organismo *phonético* y gráfico. Hay palabras que pronunciamos y escribimos mal por descuido que bien pronto se convierte en costumbre. En *obligación*, por ejemplo, no suena ordinariamente desligado el prefijo, como lo está en *oblación*, *obrepción* y *subrepción*. La palabra griega *symphonia* se escribe de tal modo que parece híbrida y viene á representar lo contrario de la griega; y las de origen latino *substancia*, *subscripción*, *substitución*, aparecen significando casi lo contrario suprimida la *b* del prefijo. Y ¿qué diremos de *abogado* y *abolengo*, que están desgraciadamente divorciadas, la primera de su composición y la segunda de su raíz?

Es, pues, indispensable que la palabra externa sea la representación fiel de la interna, que es el pensamiento mismo; y es necesario evitar con suma diligencia que

se debiliten las condiciones fundamentales del habla, porque no hay que olvidar la tendencia de la humanidad á facilitar la pronunciación suprimiendo consonantes y sílabas; á desligarse de las reglas sintácticas, y á emplear frases y construcciones especiales, creando de este modo el habla popular muy diferente de la clásica.

Notable influencia tienen en estas alteraciones, discretamente señaladas por el ilustradísimo Monlau (1), el clima, las costumbres y algunas circunstancias más ó menos duraderas de la vida social y política, como las guerras y las relaciones de la ciencia, del arte, del comercio y de la industria. La juventud elegante de la época del Directorio suprimía la *R* líquida y la final sin duda para hacer más dulces las palabras, imitando á nuestros meridionales. Á buen seguro que la muelle supresión de la *R* no tendría en las orillas del Sena el donaire y la gracia que tiene en las márgenes del Guadalquivir.

No se resiente menos la sintaxis, cuyas reglas se olvidan á veces en tal grado que las palabras propias se hallan ligadas por una sintaxis extraña, como plantas llevadas á un clima donde no pueden vivir por falta de las condiciones necesarias. Y en esta corrupción del habla tiene más parte el hombre que la mujer. El hombre, entregado á la vida exterior, á la vida pública; llevado en todas direcciones por las guerras y las necesidades de la civilización, altera, sin quererlo y sin conocerlo él mismo, su propio idioma mezclando las palabras, la sintaxis y el estilo con las formas *glosológicas* de otros países. La mujer, dedicada á la vida interior de la familia,

(1) Discurso de recepción.

conserva mejor y por más tiempo la pureza y la hermosura de la lengua, á la vez que guarda las virtudes en el santuario del hogar.

XII.

Constituída el habla en virtud de las leyes *glosológicas*, se perfecciona cada día acomodando sus diversos miembros á la significación genuína, restringiendo ó aumentando la figurada, la translaticia y la convencional, y difundiendo la armonía por el organismo *phonético* y gráfico. Entonces el habla, producto del espíritu y su representante exterior, refleja á su vez brillante luz sobre el entendimiento, y se establece una reciprocidad de acción y de influencia entre lo suprasensible y lo sensible; reciprocidad que es manantial inagotable de cultura intelectual. Entonces alcanzamos la fórmula deseada, la dichosa ecuación de las dos unidades, la fusión de lo pensado y de lo expresado. Y entonces, finalmente, aparece el estilo, el cual, como la voz y la fisonomía, es el sello de la personalidad.

Pero ¿es fácil llegar en todos los casos al afortunado concierto de lo subjetivo y lo objetivo? La contestación debe ser por desgracia terminantemente negativa. Es muy difícil, y tanto, que sólo á clarísimos ingenios les es dado tocar siempre la meta de esta anhelada armonía. El hombre olvida á todas horas que el *silencio es oro y la palabra es plata*, y peca siempre, no de falta, sino de exceso de palabras. Y la prueba la tenemos perentoria, á la mano, en mí mismo. En el discurso que tengo la envidiable é inmerecida honra de leer ante

Vuestra Majestad, hay *algo, más que algo* que merece calificarse de bueno; pero lo bueno no es mío. Pues en lo que me pertenece se hallarán de seguro palabras en gran número que están de más, y no pocas nada conformes con las leyes lógicas; que es más fácil señalar el itinerario de un viaje largo y difícil sobre la carta geográfica, que andar después el camino trazado tranquilamente en la soledad del estudio.

No hay, bien puede afirmarse, una persona que no recogiera, á ser posible, infinitas palabras que ha dicho sin necesidad lógica, es decir, que al menos le han sobrado al querer exponer su pensamiento. Y puede darse por muy contenta si la abundancia de expresión es inocente y no la sigue el punzante remordimiento; y aun cuando no lo sea, todavía puede consolarse con lo pasajero de la expresión *phonética*. Pero no sucede lo mismo con la gráfica, cuyo carácter de duración y hasta de perpetuidad la hacen más peligrosa cuando de ella se abusa, y por desgracia abusamos lamentablemente. Si pudiéramos separar de cuanto se ha escrito lo que es farrago indigesto de palabras desprovistas de funciones lógicas, y lo que es á todas luces erróneo y malo, nos encontraríamos con una riqueza preciadísima que podríamos poseer mejor que cuando con fatiga grande nos vemos obligados, más de una vez, á sacarla de aquel lugar mitológico llamado *de Augias*. Pero no hay remedio para este mal: la Humanidad tiene que cargar con lo bueno y con lo malo, y ¡gracias! si en el conocimiento de lo malo puede hallar provechosa enseñanza para lo por venir.

¡Qué potente es la palabra cuando por un lado la voz, el gesto, la actitud y las maneras, y por otro la elo-

cuencia y la prosodia, están en perfecta concordancia con el pensamiento! ¡Qué potente es la palabra escrita cuando dentro de esta misma concordancia se reproduce y difunde maravillosamente, mereciendo el nombre de *pteroeuta* que con risueña imaginación le daba la antigüedad clásica, diciendo que *tiene alas y vuela graciosamente como el ave!* ¿Qué habría dicho la antigua Grecia si hubiera visto al Habla Castellana, ya gallardamente formada, rica, flexible y armoniosa, volar con las alas del Genio sobre las líquidas llanuras de un piélago nunca surcado, más grande y proceloso que el de los Argonautas, y señorear un Nuevo Mundo? ¿Qué diría si viera hoy á la palabra escrita dejar atrás, muy atrás, al ave de vuelo más rápido, y salvar continentes y mares, burlándose del tiempo y del espacio?

Es el habla palanca providencial con que domina la Inteligencia al Universo, hasta donde es posible en la preestatuída limitación de nuestra perfectibilidad; divina expresión de la virtud; aliento, espíritu de la vida social; brillante manifestación de la ciencia y del arte. Pero á vueltas de tan alta destinación tiene la palabra el funesto poder de vestir el error con las formas encantadoras de la verdad; y alucina, y seduce, y arrastra como en confuso torbellino á la multitud embriagada con los atavíos fascinadores y el acento engañoso de la Sirena. Nada entonces detiene á ésta en su fatal camino: enuncia las premisas; la multitud las admite; la Lógica incorruptible, inflexible, inexorable, saca la consecuencia, y el silogismo es ¡ay dolor! ¡cuántas veces sangriento!

XIII.

Ruego á Vuestra Majestad se digne concederme brevísimó espacio de tiempo para dar cima á este discurso, recordando de pasada algunos trozos de buenos escritores como ejemplo de excelente Lógica y sabroso decir.

Estos escritores serán dos lumbreras del arte médica y dos príncipes de las letras: el Maestro Alfonso de Cuenca, médico de D. Juan II de Castilla; el Doctor Francisco López de Villalobos, médico del Rey Católico, del Emperador y de Felipe II; Fr. Luis de León, y Cervantes. Bien se ve que llevo hasta el fin del camino inmejorable compañía.

Es verdaderamente digno de mención, por la substancia y por la forma, el testamento de Alfonso de Cuenca ⁽¹⁾, puesto como cumplido remate á una de sus obras. Véanse algunos párrafos de este curioso documento ⁽²⁾:

«Deseo de temporales bienes, codicia de males, esperanzas que deleitan, servidumbre humanal, temores, angustias, pecados, dejad esta ánima, que la sentencia es dada por ella del Señor Dios, Juez Justo, que sea suelta de vuestras prisiones: habed otras á quien prisionar.»

«¡Oh claro día aquél cuando esta ánima es desatada de tan oscura cárcel lodosa con esperanza de ir por el claro camino onde fueron los claros varones, esperándolos allá ver!».....

«Este día que es temido así como postrimero es nacer y comienzo del bien perdurable. Quanto me allego más á la muerte mejor la veo, y deléitome como el que viene por tormenta de mar de luengo navegar y ve el puerto acerca.».....

(1) Llamado también *Alonso Chirino y de Guadalupe*.

(2) Tratado llamado *Menor daño de Medicina*.—Toledo, 1543.

«El día del nacer engendró el día del morir; si alguno lo alongó no le pudo fuir, como sea verdad que cada día morimos, que lo pasado de la edad la muerte lo tiene, y el que se querella porque muere, queréllase de lo que vivió, y de haber seido hombre. Grande es la deleitable esperanza de ir ver la gran Luz Divinal, la que acatamos *escuramente por las angostas carreras de los ojos corporales.*»

¡Qué bien expresadas se hallan en los párrafos copiados las grandes ideas de la dualidad humana, del espíritu encerrado en la materia grosera y en perpetua guerra con su propia cárcel, de la aspiración á la vida perdurable, y de la *predeterminada limitación de los ojos corporales para ver la gran Luz Divinal!* Al leer este hermoso trozo de filosofía cristiana, en el cual se declaran la oposición entre el espíritu y la materia, y la *coexistencia* de la *voluntad* y de la *noluntad*, del *querer* y del *no querer*, no podemos menos que recordar las dos fuerzas antinómicas valientemente descritas por el Apóstol de las Gentes (1) y las dos voluntades que en su discordia conturbaban el ánimo del grande Obispo de Hipona (2).

La Poesía, descogiendo sus alas divinas, ha dado formas galanas á estas ideas grabadas indeleblemente en nuestra conciencia. Ahí está en la memoria de todos, como prueba felicísima, la glosa de Castillejo (3):

«En el campo me metí
 Á lidiar con mi deseo;
 Contra mí mismo peleo:
 ¡Defiéndame Dios de mí!»

(1) *Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ....*—Epistola ad Romanos, cap. VII, 23.

(2) *Ita duæ voluntates meæ, una vetus, alia nova, illa carnalis, illa spiritalis, confligebant inter se, atque discordando dissipabant animam meam.*—Confessiones, lib. VIII, cap. V.

(3) Cristóbal de Castillejo.—Glosas.

El mismo pensamiento, ya un poco encubierto, se halla en otra glosa del mismo poeta. Un amante, no bien correspondido y tal vez mal ferido de desdenes, habla con sus propios ojos y les pregunta:

«Mis ojos, ¿qué os merecí
Que buscáis ambos á dos
Alegría para vos
Y congoja para mí? (1).»

Y se conoce que Castillejo se complacía en acariciar esta idea, porque todavía la exhibe con esta forma delicadísima:

«La causa de mis enojos
Es tan dulce, que me suele
Consolar cuando más duele (2).»

XIV.

Villalobos en sus *Problemas* (3), dispuestos en forma de metros glosados, habla de astronomía, física, fisiología, política, moral y ciencias naturales, y después convierte los metros en epigramas donde la sátira llega con frecuencia hasta la mordacidad. Villalobos no perdona á ninguna clase social; y por lo visto debía de tener largas cuentas que ajustar con los áulicos y con los médicos, porque sacude á los primeros con el látigo de Aristófanes, y mide á los segundos con el rasero de *No hay peor cuña.....*

Véanse algunos epigramas de entre los que se pueden llamar inocentes:

(1) Cristóbal de Castillejo.—Glosas.

(2) *Ibidem*.

(3) Libro intitulado *Los problemas de Villalobos*.—Zamora, 1543.

METRO XXI.

Á LA VEJEZ.

«¿Por qué una muerte es temida
 Y no tenemos temor
 De la vejez que es peor
 Y es dos mil muertes en vida?
 Que la muerte es acabar
 Un trabajo tan contino;
 La vejez es comenzar
 Lo más triste del camino.»

METRO XXIII.

CONTRA EL DESORDEN DE LA ECONOMÍA DOMÉSTICA.

«¿Por qué no hay quien se contente
 Con la hacienda que tiene
 Si con ella se sostiene
 En su estado honradamente?
 Crescer en gasto y vestir
 Es salir del buen compás
 Y cargar la bestia más
 De lo que puede sufrir.»

METRO XXXII.

CONTRA LOS AVAROS.

«Y ¿por qué quieren estar
 Tan ciegos los avarientos
 Que pasen muchos tormentos
 Por lo que no han de gozar?
 Tormentos en adquerir
 Y tormentos en guardallo,
 Y tormentos al morir,
 Ir al infierno y dejallo.»

METRO XXXIV.

CONTRA LOS ERUDITOS Á LA VIOLETA.

¿Por qué presume Raimundo
De haber tal reputación
Que digan que en todo el mundo
No tiene comparación?
Y quiere alcanzar impetras
Y officios de prefectura,
No sabiendo cuatro letras
En la Sagrada Escritura.»

Al final de los *Problemas* trae Villalobos un diálogo en el cual habla de la naturaleza de las fiebres *interpoladas*, empezando por este delicioso metro:

«¿Por qué viene la terciana
Sencilla al tercero día,
Y responde la quartana
Al cuarto con gran porfia?
Y en la huelga, ya quitada,
¿Dó se fué? ¿Dó se abscondió?
Y después cuando volvió
¿Quién le mostró la posada?»

Á pesar de que Villalobos era como Cervantes muy grande en la prosa y mediano en la Métrica, es forzoso convenir en que á estos versos no les falta movimiento ni gracia en la forma, y en que traen á la memoria aquéllos del Bachiller Francisco de la Torre:

«Cuya bella corona, sacudida
Mansamente del aire regalado,
Ya se mira en el agua, y se retira,
Y luego vuelve, y otra vez se mira.»

Con respecto al pensamiento la cuestión se presenta clara y terminante, porque el adjetivo *sencilla* se refiere á la fiebre intermitente terciana pura y legítima, y la locución adverbial *con gran porfía* se aplica á la diurnidad de la quartana. Sólo es sensible que la medida y el consonante sean causa de que esté de más el participio *quitada*, teniendo el sustantivo *huelga* que representa bien la ocultación de la fiebre. En la glosa se explica el fenómeno de la intermitencia según las doctrinas médicas de aquel tiempo. En el nuestro falta todavía algo para conocer la esencia de las fiebres periódicas; por más que la infección palustre, la auto-cracia del organismo, la ley del hábito y la curación especial despidan bastante luz sobre este asunto.

Ya en una edad avanzada y harto de desengaños y sinsabores, se alejó Villalobos de la corte despidiéndose, dice, de *andar más al remo en las galeras de la Fortuna*; y añade:

«Determiné de buscar otra morada donde con menos estropezos pudiese caminar por camino más llano y más seguro á la mi muy amada y muy deseada muerte. Porque ya la jornada es muy breve, y la bestia en que voy cuanto más vieja y más cansada tanto corre mejor las postas para llegar al cabo.»

No puede decirse mejor lo que á todas horas nos dice el sentido íntimo á los que contamos los años de Villalobos: que la declinación de la vida se ajusta á la ley del descenso de los graves.

Precede á estas palabras una canción glosada que empieza de este modo:

«Venga ya la dulce muerte
Con quien libertad se alcanza.»

Villalobos, como cristiano y como filósofo, desafía á la Muerte, y la llama y la apellida *dulce*; no así Horacio, quien la quiere

«..... tan escondida
Que no la sienta venir.»

«*Grata superveniet, quæ non sperabitur, hora* (1).»

Pero las creencias filosóficas del famoso vate no le permitían ver todo lo que hay más allá de nuestra vida terrenal; y aunque decía (2)

«*Non omnis moriar: multa que pars mei
Vivabit Libitinam*..... (3),»

no se refería al espíritu, sino á su fama póstuma. Por eso el vencido en Filipos por Octavio, y en Roma algún tiempo después protegido de Augusto y de Mecenas, pasaba su vida apaciblemente en la *villa* de la Sabinia y en el predio de *Tibur*, donaciones generosas de su imperial amigo. Allí, arrullado por la doctrina de Epicuro, podía, tal vez

«..... *patulæ..... sub tegmine fagi*,»

exclamar con su dulcísimo *Tityro*:

«..... ¡*Deus nobis hæc otia fecit!* (4),»

para concluir diciendo:

«..... *Mors ultima linea rerum est* (5).»

(1) Lib. I, epíst. IV.

(2) Lib. III, oda XXX.

(3) Egl. I.

(4) Egl. I.

(5) Lib. I, epíst. XVI.

Tiene Villalobos entre sus obras literarias una traducción del *Amphitryon* de Plauto, encabezada con un donoso argumento, en el cual explica graciosísimamente cómo Sosia va á casa de Amfitrión y se encuentra en la puerta con Mercurio transformado en otro Sosia que le impide la entrada; y cómo vuelve á donde está su amo y le dice:

«Yo me hallé á mí mismo á la puerta, que estaba allá antes que yo llegase; y medí á mí el que iba de acá muy grandes bofetones; y yo el que quedo allá estorbé la entrada á mí el que vuelve acá, y así no hice cosa de lo que mandaste.»

Este juego con el pronombre personal, que de pronto parece una *logomaquia*, es, bien mirado, la expresión necesaria del pensamiento del verdadero Sosia, quien dice lo que atónito acaba de ver por sus propios ojos.

Al final del *Amphitryon* habla largamente Villalobos del amor y de los celos, y bastan los epígrafes de algunos capítulos para conocer la sal epigramática que en ellos rebosa:

CAPÍTULO II.—«Cómo el amante se convierte y transforma en la cosa amada.»

CAPÍTULO V.—«Cómo el amante se torna en naturaleza de bestia.»

CAPÍTULO VI.—«Cómo el amador es loco de atar.»

CAPÍTULO VIII.—«Cómo el celoso es loco de arte mayor.»

El pensamiento del último capítulo está resumido en estas palabras:

«Avívanse las llamas del amor con el sople de los celos, porque la cosa amada y preciada en mayor grado se ama cuando se pierde.»

En la pintura del celoso vemos al filósofo profundo, al sabio médico y al escritor eminente.

«Allí.(dice) son las bravas ondas y la grave tempestad de los pensamientos con los vientos contrarios de la fortuna, que unas veces le trastumban (al celoso) en lo más hondo de la mar, y otras veces lo ponen en la mayor altura de los montes. Allí son los mortales escándalos y discordias del alma consigo misma, que sé hiela y que se quema; que quiere lo que no quiere; que busca lo que deja perder; que pierde lo que anda buscando; que ama lo que aborrece; que aborrece lo que ama; donde está más, allí está menos; y allí está siempre, donde nunca está. Es traído en la rueda de amor con tanta velocidad y presteza, que juntamente está alto y bajo; juntamente á la diestra y á la siniestra; enemigo rabioso, y suave amigo; cruel, y piadoso; muy fiero, cuando muy manso; muy confiado, cuando más desesperado; cuando más se encubre, se descubre más; cuando más se cierra, está más abierto; cuando más se aparta, más cerca se pone; cuando más se despide, más quiere ser acogido; cuando más pide la muerte, más quiere vivir; cuando más amenaza, más suplica; donde más guerrea, allí se rinde; á quien ofende, defiende; á quien roba, da cuanto tiene; lo que da, no lo da; lo que dice, no lo dice; lo que siente, no lo siente; y otros bullicios y diferencias infinitas que nacen dentro de la opinión, conformes á la cualidad de los amores y celos, y á la condición del paciente; que cada uno siente de su manera estas cosas, y por esto es infinito el número de los locos.»

La pintura es de mano maestra, y el original tiene bien ganada una plaza en la casa de orates.

Concluye Villalobos esta parte con un elogio justísimo, á la par que galante, de las mujeres, y dice:

«Mas de amor honesto y virtuoso ellas son dignas y merescedoras de ser amadas por muchas prerrogativas y gracias de que fueron dotadas. Primeramente, porque son criaturas de Dios, capaces de razón y de entendimiento como los hombres. Otrosí: por la gran hermosura que les fué dada..... ca resplandece más en ellas la belleza por su gran vergüenza y esquividad.»

XV.

«Acude, acorre, vuela,
Transpasa el alta sierra, ocupa el llano.»

En estos dos versos de la *Profecía del Tajo* hay un proceso lógico donde no se sabe qué envidiar más: si la sucesión necesaria y rapidísima de las ideas en la mente inspirada del poeta, ó el rigor, necesario también, de la expresión. Todo se halla naturalmente sentido y felicísimamente dicho; y el pensamiento y su declaración se levantan á la altura del vuelo pindárico. El Río, personificado, *oye ya el sonido y las voces* del ejército invasor, ve la inminencia del peligro que amenaza á la patria, y excita á D. Rodrigo para que *acuda* á donde le reclama el deber; pero el peligro se acerca y no basta *acudir*, es preciso *acorrer*; pero el peligro está encima, y ya no basta *acorrer*, es indispensable *volar*, y, sin *perdonar la espuela*, transponer el alta sierra mariánica y ocupar las llanuras deliciosas que baña el Betis.

Las ideas se presentan á la imaginación ardiente del poeta con tanta espontaneidad y rapidez, que parece como que se compenetran realizando la unidad en el intelecto para manifestarse en el tiempo y en el espacio con una fórmula tan sencilla que raya en lo sublime. El predominio de las vocales, *aphonas* la mayor parte, en los tres imperativos del *heptasilabo*, y la elisión del *hiatus* entre el primero y el segundo, permiten pronunciar el verso con tal brevedad, que las siete sílabas pueden recitarse, sin esfuerzo alguno y sin perjuicio de la claridad, en el mismo tiempo que piden las tres vocales tónicas: de este modo las palabras imitan el movimien-

to, la inquietud, la angustia de la acción. El endecasílabo con la partícula prepositiva *trans* y la *R* fuerte de *sierra*, despierta en el ánimo una idea de la resistencia que hay que vencer para ir al otro lado de la áspera montaña y bajar al llano.

En el *Vaticinio de Nereo*, imitación (según el *scholiasista*) de otra oda de *Bachylides*, contemporáneo de Píndaro, en la cual predice Casandra la ruína de Troya; alusión (según se ha creído por algunos con escasa crítica) á Antonio y Cleopatra en la época de la batalla de *Actium*, no hay frases superiores ni aun iguales en vigor lógico ni en lirismo á las de Fr. Luis de León. Y ¡cuenta! que Horacio dice con brillante entonación (1):

«..... *Jam galeam Pallas, et ægida,
Currusque, et rabiem parat.*»

Aquí, el pensamiento, las palabras, hasta las letras se adunan para pintar muy al vivo y con valiente concisión á la Diosa enemiga de los dárdanos en el acto de armarse para proteger á los griegos. Por un lado la conjunción iterativa señala lo apremiante y precipitado de la acción; y por otro el acusativo *rabiem*, belleza lógica de primer orden, declara que Horacio, como hombre muy de mundo, sabía que la mujer, aun siendo deidad olímpica, no perdona jamás la ofensa inferida á su hermosura, y que, por lo tanto, la Diosa se arma de furor divino para vengar la injuria del pastor frigio. También Virgilio anuncia otra ira celeste encendida por la misma causa:

«..... *manet alta mente repostum*

(1) Lib. I, oda XV.

Judicium Paridis..... (1).»

«..... *¡Tantæne animis cælestibus iræ!* (2).»

Y la admiración para con el insigne vate español sube de punto al contemplar la grandiosa imagen contenida en estos versos de la misma oda:

«Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males
Entre tus brazos cierras.»

¡Qué grandeza de inspiración manifiesta el poeta representando en la desventurada Cava todas las calamidades que van á llover sobre la patria! ¡Qué entonación tan robusta y tan significativa en el rudo, en el estridente consonantismo del *heptasílabo*:

«*Entre tus brazos cierras,*»

para anunciar con providente imaginación el cúmulo de males que encierran los brazos del infortunado príncipe! ¿Quién no ve aquí compendiados siete siglos de glorias y reveses, de lucha incansable y con varia fortuna entre la civilización de la reconquista y la civilización arábica, creciendo siempre la primera y declinando siempre la segunda? ¿Quién no ve aquí esa magnífica epopeya que empieza con la rota del Guadalete y termina con la victoria del Genil y del Darro?

Bellos son sin duda los siguientes versos de Horacio (3):

«..... *Malâ ducis avi domum,
Quam multo repetet Græcia milite,*

(1) *Æneidos*, lib. I.

(2) *Ibidem*.

(3) Lib. I, oda XV.

*Conjurata tuas rumpere nuptias,
Et regnum Priami vetus;»*

pero no llegan á la sublime sencillez de los de Fr. Luis de León. Con sobrado fundamento, al hablar Martínez de la Rosa de la *Profecía del Tajo*, exclama en un arranque de entusiasmo: «*jesto es ser poeta!*»

XVI.

Maltrecho el ingenioso hidalgo en la aventura con los mercaderes de Toledo, y no mejor parado en la de los molinos de viento, tropieza con el vizcaíno y se empeña desde luego un terrible combate en el cual muestran ambos campeones tanto valor como ardimiento. Es vencido el caballero de Vizcaya á impulso de un descumunal mandoble que como una montaña cae sobre su cabeza, sin que sea parte á pararlo la improvisada adarga; pero no sin que antes reciba el de la Mancha una tremenda cuchillada que desarmándolo por el lado izquierdo *le lleva de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja.*

Ninguno debe extrañar que habiendo sido Don Quijote tan desgraciado en sus dos primeros hechos de caballero andante; viéndose vencedor en batalla reñida con valor heroico de una y otra parte, como para aumentar la preza de la victoria; y rebosándole un sentimiento de disculpable, ¿qué digo disculpable? de legítimo orgullo, haga poco caso de la prudencia de su escudero y le dirija estas palabras:

«Pero dime por tu vida, ¿has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descuberto de la tierra? ¿Has leído en historias otro

que tenga ni haya tenido *más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?*»

Estas bellísimas frases de Cervantes ¿son, por ventura, el producto de la divina espontaneidad del genio que concibe las ideas, las asocia y las reduce á la unidad filosófica, dándoles sin tardanza forma rigurosamente estética? Ó ¿son, tal vez, el resultado de una elaboración de las ideas lenta, calculada y seguida de la forma artísticamente dispuesta por el estudio y por la lima? Inclíome á lo primero considerando la inteligencia creadora del escritor, y la prontitud con que sabe dar á la idea exterioridad conveniente; mas sea como quiera, forzoso será convenir en que las frases apuntadas son notabilísimas por la coordinación afortunada y la primorosa exhibición de las ideas.

En uno y otro caso no puede darse representación *phonética* más acomodada al pensamiento. Los infinitivos *acometer, perseverar, herir* y *derribar*, corresponden á ideas que se han sucedido en la mente por este orden lógico y por ende necesario; y los substantivos *brío, aliento, destreza* y *maña*, corresponden, necesariamente también y por el mismo orden, á los infinitivos; que para *acometer*, es el *brío*; para *perseverar*, el *aliento*; para *herir*, la *destreza*, y para *derribar*, la *maña*. Todo es movimiento, vida, animación en esta imagen retrospectiva del reciente combate y de la señalada victoria.

Lástima que á las preguntas del caballero, harto bien justificadas por el éxito glorioso de la pendencia, responda Sancho con no muy encubierta frialdad y no sobra de respeto (y él sabe bien por qué) lo que sigue:

«La verdad sea que yo no he leído ninguna historia jamás, porque

no sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es que más atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho.»

Sancho insiste en que pueden encontrarse de manos á boca con la Santa Hermandad.

Amo y criado sienten y hablan como deben sentir y hablar dada su posición respectiva. Don Quijote acaba de vencer á un enemigo formidable de cuya fuerza y bizarría tiene pruebas evidentes en la celada y en la oreja, y se ufana justamente con el triunfo. El escudero, creyendo de buena fe en la magnitud é importancia de la aventura, quiere recoger el botín ganado en buena guerra, y se apresura á despojar de sus hábitos á uno de los dos religiosos benedictinos que, acaso y por su mala estrella, se encuentran metidos en este negocio; y no curado de su ilusión, á pesar del remedio eficaz aplicado con larga mano por los mozos de espuelas que traían los monjes, pide humildemente al caballero andante que le otorgue la prometida ínsula ganada en la batalla. Pero éste lo desconcierta algún tanto, diciéndole con gravedad:

«Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á ésta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos.....»

Con estas palabras se debilita visiblemente el idealismo egoísta de Sancho; y entonces vislumbra el futuro gobernador la realidad, califica de mero atrevimiento el valor bien acreditado de su amo, y le propone tomar sagrado para no caer en manos de la Santa Hermandad,

porque está muy lejos de creer en la inmunidad de la caballería andante.

Pero la inteligencia de Sancho no tiene la tensión permanente de la del caballero. Éste se halla á todas horas dominado por la idea avasalladora de un deber imaginario que le impele á desfacer agravios, á enderezar entuertos y á amar al prójimo más aún que á sí mismo; aquél se nos presenta muy al contrario. Colocado el pobre juicio de Sancho en las lindes peligrosas donde se tocan la razón y la sinrazón, oscila á cada instanté entre la verdad y el error, arrastrado unas veces en mala dirección por el amor de sí mismo, y alumbrado otras por el sentido común en dirección razonable, á condición de que no ande por medio el interés egoísta. Esto se observa en el gracioso razonamiento que sigue á la aventura del vizcaíno. Después de creer Sancho á pie juntillas en la maravillosa virtud del bálsamo de Fierabrás, oye decir á su amo que por el camino que llevan van á encontrarse con caballeros armados de punta en blanco, y se entabla á este propósito el siguiente diálogo:

SANCHO.

«Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida.»

DON QUIJOTE.

«Engañaste en eso, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos más armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la bella.»

SANCHO.

«Alto, pues, sea así, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que

se liegue ya el tiempo de ganar esa insula que tan cara me cuesta, y mátrame yo luego.»

DON QUIJOTE.

«Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno; que cuando faltare insula, ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa que te vendran como anillo al dedo, y más que por ser en tierra firme te debes más alegrar.»

Véanse aquí dos tipos lógicos que realizan por sí solos la soberana unidad de la inmortal creación de Cervantes. Don Quijote y Sancho son dos grandes figuras que se explican la una por la otra, y se corresponden necesariamente al modo de las ideas contrarias. Suprímase una de estas figuras, hijas predilectas de rica y privilegiada fantasía, y se verá cuál queda la otra sin condiciones estéticas.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ

AL DISCURSO DEL Sr. MARQUÉS DE SAN GREGORIO.

SEÑOR:

Fausto y memorable será este día en los anales de la Real Academia Española, que por vez primera, á los ciento sesenta y seis años de su existencia, alcanza en él la altísima honra de verse presidida por el augusto descendiente de su esclarecido fundador el señor Rey Don Felipe V *el Animoso*.

Reservado estaba á Vuestra Majestad el glorioso hecho de unir en los principios de su reinado los beneficios de la paz á la protección, cultivo y engrandecimiento de las letras españolas, de las que siempre fué Vuestra Majestad entusiasta amigo, lo mismo en las orillas del Sena que en las del azulado Lemán, lo mismo en las del Danubio que en las del Támesis nebuloso.

Hoy, desde el centro de su Monarquía, ha querido Vuestra Majestad confirmar los sentimientos literarios que abriga su corazón desde la niñez, dignándose presidirnos para imponer la medalla académica á uno de sus más antiguos y leales servidores, en cuya persona hon-

ra Vuestra Majestad la de todos los individuos de esta Real Corporación.

Reciba Vuestra Majestad el sincero homenaje de respetuosa y profunda gratitud de la misma; homenaje que tiene el alto honor de presentarle en su nombre el menos autorizado de los académicos, porque á veces la Divina Providencia se vale de los más pequeños como instrumento para expresar la excelsitud de sus designios.

Y ahora, con la venia de Vuestra Majestad, trataré de cumplir, tal y como sea dable á mis escasas fuerzas, el especial mandato que la Academia se ha servido imponerme para la recepción de este día.

Suele decirse que la modestia acompaña siempre al verdadero saber; pero aun cuando no se dijera ni hubiese dicho nunca, habría que decirlo en el solemne acto que hoy celebra esta Corporación al recibir como individuo de su número á mi respetable amigo el Doctor D. Tomás de Corral y Oña, Marqués de San Gregorio.

Su discurso tiene por objeto uno de los temas de mayor importancia y de los más abstrusos que pueden ofrecerse á las meditaciones del entendimiento humano; y aunque lo ha desenvuelto con bella y castiza frase, ordenado método, riqueza de doctrina y suma claridad, sin embargo, el veterano humanista se presenta en el estrado de la Academia Española lleno de timidez y desconfianza y hasta casi pesaroso de la elección que ha merecido, porque le obliga á exhibir algo del abundante caudal de sus variados conocimientos ante el egregio é ilustrado concurso que nos favorece.

¿Será menester que yo encarezca el mérito de hospedar en el alma esta delicada virtud, como la hospeda el Dr. Corral, hoy que la modestia literaria y científica va siendo un objeto curioso por lo raro y peregrino? Muy lejos está de mi pensamiento, porque no sería justo, y porque en todo caso no me creo con autoridad, ni tuve nunca afición al ejercicio de la censura, el aludir con estas palabras á los jóvenes estudiosos que cultivan las letras humanas y mantienen con honra en todos los pabellones nuestras gloriosas tradiciones literarias; pero abstracción hecha de tan ilustre pléyade, es harto notorio, por desgracia, que entre los *Don Eleuterios* y *Don Hermógenes* (4) del día, existe un inmoderado afán, una insaciable sed de exhibición, de celebridad, de aplausos, de entrar por cualquiera puerta, aunque sea la de la industria, en los alcázares de la fama, que ciertamente contrastan con la gravedad y decorosa compostura que realizaban los merecimientos de escritores en épocas no muy lejanas, decorosa compostura de que acaba de darnos una elocuente muestra el que dentro de breves instantes recibirá el cariñoso abrazo de sus compañeros.

Limita sus pretensiones el futuro académico á tomar parte en las tareas de esta Corporación, de la propia manera que la toma el obrero material que talla la piedra, según las medidas y formas que le dan para la construcción de un monumento artístico, ó como el humilde soldado que contribuye con su automática obediencia al triunfo del General ó á la consecución de la victoria. No: la modestia del Marqués de San Gregorio ha de perdonarme si atento á su pudorosa susceptibili-

(4) Personajes de la *Comedia nueva ó El Café*, de D. Leandro Fernández de Moratin.

dad señalando el puesto que como por derecho propio no podrá menos de ocupar en la Academia madre, y al que le llevan los numerosos títulos que posee conquistados en largas vigiliias de estudio, abnegación y perseverancia. No es posible que llegue aquí desprovisto de toda clase de iniciativa quien como el Dr. Corral desde sus juveniles años ha vivido consagrado á la investigación de los arcanos de las ciencias, quien las ha enseñado y difundido desde la cátedra del profesor, y quien por último ha presidido con grave dignidad el claustro de nuestros doctores en el primer establecimiento docente de la Monarquía.

Cualquiera de estos privilegiados títulos podría servir de buena credencial para que la Real Academia le abriera sus puertas; pero es el caso que aún atesora otros, en mi concepto los más preclaros, porque son hijos legítimos de su entendimiento, propiedad exclusiva de sus facultades intelectuales, y que le colocan sin la menor violencia entre ilustres profesores, tales como Villalobos, Valles, Morejón y tantos otros sabios españoles que con sus escritos han ilustrado y enriquecido la historia de las ciencias físico-experimentales.

Treinta y cinco años van á cumplirse desde que el Dr. Corral dió á la estampa su *Colección de observaciones más importantes sobre las enfermedades de mujeres y de niños* (1), con la cual abrió un ancho campo á sus discípulos y á los profesores, aún no muy prácticos en el ejercicio de la Facultad, para que pudieran recorrer

(1) *Año clínico de obstetricia y enfermedades de mujeres y de niños*, por D. Tomás de Corral y Oña, Doctor en Medicina y Cirugía, Catedrático de dicha Facultad y de número del antiguo Colegio de San Carlos, etc.: Madrid, 1845.

con más seguro paso la obscura y difícil senda por donde se va á dar en los complejos problemas que con frecuencia deciden de la vida ó de la muerte.

Desde aquella época, y de otras obras del Marqués de San Gregorio, corresponde mencionar su disertación *Sobre la filosofía práctica del siglo XIX* (1), bellísimo ramillete de pensamientos científicos y literarios, amena y á la vez profunda expresión del mucho saber y buen decir del hombre que deja hablar su honrada conciencia, y lo hace con tal sencillez, templanza y primor de estilo, que á las veces imagina el que escucha estar oyendo al héroe de *Cervantes* cuando entre los cabreros exclamaba *Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos.....* ó cuando en la venta discretamente disertaba sobre las armas y las letras.

De buena voluntad recordaría algunos trozos de esta obra, más estimable por su fondo que por sus dimensiones; pero la tiranía del tiempo me obliga á no franquear los límites señalados por la costumbre á los actos de esta Corporación, y á no citar uno por uno sus discursos, ya al abrir y cerrar, como presidente, las sesiones del primer Congreso médico español (2), ya sus informes como consejero de Instrucción pública y de Sanidad del reino, porque sería reproducir el cuento de Sancho en la pavorosa aventura de los batanes, ó lo que es lo mismo, el cuento de nunca acabar.

Séame lícito, sin embargo, y como punto final del ligerísimo bosquejo de las obras publicadas por el Mar-

(1) *Discurso pronunciado en la solemne apertura del año académico de 1851 á 1852 en la Universidad Central, por el Dr. D. Tomás de Corral y Oña.*

(2) *Actas de las sesiones del Congreso médico español celebrado en Madrid.* Un volumen: Madrid, 1865.

qués, á quien me parece que estoy mortificando con el sincero tributo de mi afectuosa admiración, citar su *Historia de la filosofía médica* (1), de la cual sólo he podido haber á las manos el tomo primero, que comprende la introducción.

Si ha de juzgarse por las puras y bellas líneas del pórtico, es indudable que éste dará ingreso á un suntuoso monumento consagrado á las ciencias médicas, en el que nuestro modesto Doctor expondrá la suma de sus prolijos estudios, el copioso tesoro de sus observaciones científicas, las quintas esencias de cuanto de más cierto y útil en pro de la humanidad le han enseñado su espíritu laborioso y ya larga experiencia, para honra y gloria suya y de la patria, que ha tiempo le cuenta y considera entre sus hijos predilectos. Deseo vivamente á mi antiguo amigo toda la salud, toda la longevidad que habrá menester para llevar á feliz término su obra favorita.

Ahora bien, y en confirmación de lo que he dicho al principio: el hombre que ha pasado casi toda su bien aprovechada vida en las aulas oyendo ciencia y transmitiéndola á más de una generación; quien como él, llevado por su vigoroso aliento, se ha colocado á la altura de doctos escritores científicos, y el que, por último, ha ocupado en España el puesto más preeminente de su Facultad, no es verosímil que penetre en este recinto como un humilde trabajador, como un hombre máquina, sin ideas propias, sin la virilidad de pensamiento demostrada en tantos actos públicos, sino como digno sucesor de la gloriosa dinastía de aquéllos sus ilustres compro-

(1) *Historia de la filosofía médica*, tomo I, introducción, por D. Tomás de Corral y Oña: Madrid, 1869.

fesores y académicos ya difuntos (1), de grata memoria para esta Corporación, por la activa y fructuosa parte que tomaron en sus constantes y áridas tareas.

Combatida, como era en mí un deber hacerlo, la un tanto exagerada modestia de quien miró con amor en su juventud el estudio de los clásicos, heme ya en presencia del discurso cuyos ecos aún no se han extinguido en este salón, discurso muy propio del acto que celebramos y que sólo es dado pronunciar á los maestros en la ciencia prehistórica de la vida de las lenguas.

Siendo esto cierto, se comprenderá fácilmente que yo, que jamás he sido maestro de nada, que soy un mero hijo, como tantos otros, de la musa dramática, y ya, por las dolencias, consecuentes aliadas de la edad proveccta, á punto de ingresar en la *Sección segunda ó de reserva*, me sustraiga á la tentación de acercarme al insondable mar en cuyas profundidades yace sepultado, con otros muchos orígenes, el de la palabra humana; profundidades en las que parece bien que se aventure el diestro y experimentado buzo, pero que con razón se tacharía de temerario y algo más, si pretendiera hacer lo mismo el pobre nadador que apenas puede sostenerse por espacio de breves minutos en la superficie de las aguas.

Que el asunto magistralmente hoy desenvuelto, bajo su aspecto filosófico, por el Dr. Corral es interesante, inmenso, abrumador, lo demuestra el haber sido tratado, bajo otros distintos y variados puntos de vista, en actos semejantes al en que nos hallamos, por mis muy

(1) Los Sres. D. Eugenio de la Peña (médico y Diputado á Cortes), † en 1843; D. Augusto García de Arrieta (idem id.), † en 1835; Excmo. Señor D. Mateo Seoane (idem id.), † en 1870; Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau, † en 1871.

queridos amigos y compañeros los Sres. Canalejas, Valera, Campoamor, Marqués de Molíns, Monlau, Galindo y de Vera, Puente y Apecechea, Pascual..... y hasta por mí, cuando obligado á un compromiso de igual índole al de hoy, tuve que contestar al magnífico discurso del malogrado académico y notable hombre público, mi inolvidable amigo D. Severo Catalina, en el que disertó, con la brillantez y tersura que lo hacía todo, acerca de la *Influencia de las lenguas semíticas sobre la castellana*.

Propio es evidentemente, y muy de la competencia de la Academia de la Lengua, que en su seno se diluciden todos los problemas que se relacionan con el exclusivo objeto de su instituto; y así lo ha comprendido el nuevo académico al escoger, para su ingreso en la misma, el complicado tema de *La concordancia lógica del pensamiento con su expresión*.

Desde las primeras páginas de su discurso, y como un incidente desligado hasta cierto punto del tema que se ha propuesto, pregunta el Dr. Corral: *¿Cómo nace una lengua?* pregunta que deja sin contestación concreta, porque considera imposible *penetrar en la obscuridad de las edades allende la leyenda y la tradición*; y prescindiendo de esas remotas edades, se acerca á los tiempos históricos y dice que Pitágoras, Heráclito, Platón, Hipócrates y Epicuro *han andado muy divididos en la indagación de este negocio*, enfrente de cuyas creencias coloca las de Aristóteles y Demócrito, *para quienes las palabras no vienen á ser otra cosa que pura convención*.

Como se ve, la pregunta queda sin una contestación directa; y lo que es peor, mi ilustrado amigo renuncia á darla por ser materia alta y transcendental, y casi como

disgustado de haber hecho la pregunta, dice que no quiere tratar de aquélla ni aun de soslayo, por ser un punto (la modestia de siempre) superior á sus facultades y al tema de su discurso, si bien manifiesta *su completa conformidad con los que creen en la esencia natural de las palabras.*

Declaro que va más allá de la meta de mi pobre comprensión, el motivo por el cual un hombre tan docto se niega á contestar su propia pregunta, cuando yo, que no he tenido el honor de saludar sino muy de lejos la *glosología* filosófica, y alcanzo muy poco, ó nada, de lo que se entiende por mecanismo de las lenguas *autógenas* y *autóctonas*, creo que se puede contestar su interrogación de una manera clara, breve, sencilla y concluyente. Pero antes de entrar en la definición, considero indispensable que se fijen, sin mezcla ni asomo de anfibología, los términos de la pregunta.

Al decir *¿Cómo nace una lengua?* debe inferirse que no se pregunta por el nacimiento de una lengua cualquiera, de una lengua determinada, especial, como por ejemplo, la griega, el asirio ó el *sanskrit*, según desea que se escriba un distinguido filólogo (4), ó el *sanscrito*, según lo ha introducido en su diccionario nuestra Academia; porque si á tal estrechez se contrajera la pregunta, no habría esquivado ciertamente la contestación mi insigne y querido amigo; sino que la habría dado con el tacto y firmeza de quien, como él, ha demostrado que le es muy familiar el trato de la historia de la derivación, aparición, desarrollo y progreso de las lenguas que fueron y son, sin necesidad de penetrar en los

(4) *El estudio de la filología en su relación con el sanskrit*, por D. Francisco García Ayuso: Madrid, 1871.

tenebrosos antros de las edades que precedieron á la tradición y la leyenda.

Paréceme, por lo tanto, que la pregunta del Marqués de San Gregorio, para que en efecto sea materia *alta y transcendental*, no es la de *¿Cómo nace una lengua?* sino la de *¿Cómo ha nacido la lengua?* es decir, el habla, ese órgano maravilloso, expresión externa, armoniosa y elocuente del pensamiento humano; abismo insondable que la voluntad del Ser Eterno ha colocado entre la elevada naturaleza del hombre y el inclinado y rastrero destino de la bestia.

Establecidos así los términos de la pregunta, la contestación debe ser perentoria, y es la siguiente:

Habiendo sido creado el hombre con la facultad de hablar, puede decirse que la lengua fué creada con el hombre, como lo fueron también la conciencia, las nociones del mal y del bien, de lo feo y de lo bello, y no el instinto, sino el pleno conocimiento de la aplicación y funciones de sus sentidos.

En buena ortodoxia no es posible pensar de otra manera; y es tal el poderoso influjo de esta verdad, que aun entre los filósofos idólatras de los tiempos mitológicos, hubo algunos que lo sintieron así, reconocieron y declararon. El Dr. Corral nos lo ha dicho. Platón, el sabio, el ideólogo hasta la utopia, en sus inmortales *Diálogos*, concede al habla un origen de autocracia, de autoridad, de voluntad suprema, llegando á pensar que las palabras que significan ideas eternas, *parecen formadas por un poder divino*.

Si de este modo pensaban los que seguían los errores del politeísmo, ¿cómo debemos pensar los que humilde y reverentemente reconocemos y nos postramos ante la

Augusta Majestad de un solo Dios, fuente de todo poder, de toda bondad, de toda sabiduría?

No nos dejemos alucinar por los halagos de ciencias conjeturales, deleznales y pasajeras, y tengamos como verdad inconcusa la de que la palabra es congénita del hombre, que el hombre vino al mundo hablando y también la mujer; pero con elocuencia más insinuante, conmovedora y persuasiva que la del hombre. ¿Qué formas tuvo esta lengua para expresar el humano pensamiento? ¿Fue desarticulada en sus sonidos sólo por vocales, ó articulada por la unión de los signos consonantes ó *symphónicos*? ¿Fue monosilábica, ó apareció desde luego, según se han calificado otras lenguas después, como lengua *conglutinada* ó de *flexión*? (1). Todo esto quizá podrá rastrearse cuando se trate de conocer los orígenes de la lengua china ó los de las indo-europeas; pero con relación al de la lengua primigenia, de eso nada se sabe, ni se sabrá nunca, ni tengo por muy reverente el propósito de averiguarlo. Tal vez sería una lengua dotada de perfecciones que hoy no alcanza á vislumbrar nuestro pobre entendimiento; porque es de suponer que si sólo se hubiera compuesto de períodos, simples emisiones de voz, de *aes* y de *oes*, el primer hombre, que se hallaba en el goce de toda su lozanía intelectual, no se habría dejado seducir por tan exigua dialéctica, hasta el punto de tocar, inobediente, al árbol prohibido, y contraer con su Dios aquella enorme deuda, mayor que todas las deudas consolidadas y diferidas del mundo, que lleva por nombre pecado original, y cuyos intereses aún pagamos

(1) *De l'origine du langage*, par M. E. Renan, quatrième édition: Paris, 1863.

y seguirán pagando hasta la consumación de los siglos las subsiguientes generaciones.

No es posible pensar de otra manera, ó por lo menos no la alcanza mi humilde comprensión, si alguna vez ha de ponerse un dique al invasor torrente de ideas sensuales y materialistas que ha envenenado la moral de los hombres; torrente que, sin remontarnos más que al promedio del siglo xvii, desató la filosofía sensualista de Locke, acrecentaron su curso las lucubraciones de su continuador Condillac: revolviéron y enturbiaron sus aguas los reformadores San Simón, Fourier y otros en Francia, Robert Owen en Inglaterra, llegando éste y sus delirantes sectarios á proclamar *la rehabilitación de la carne* sosteniendo que «el destino del hombre no es otro que el de obedecer, como sus hermanos los brutos, á sus instintos y apetitos (4),» y finalmente han llegado á encenagarse aquéllas, á corromperse tanto, que no hace muchos días se han dado, como ahora se dice, *conferencias* en un boulevard de París sobre la ciencia sin Dios, con verdadero escándalo de un auditorio ya bastante despreocupado y en lo general poco asustadizo.

Asombra, estremece, pasma la contemplación del crecido número de hombres de ardiente imaginación, de erudición vastísima, que en lo moderno, y desde todos los puntos del globo, parece que se han puesto de acuerdo para volver el mundo al caos de donde lo sacó la mano omnipotente del Sér Supremo. La arqueología prehistórica, la antropología, la *lingüística*, la mitología com-

(4) L'un d'eux, Robert Owen, vous dit que la destinée de l'homme, destinée dont il ne peut s'affranchir, est d'obéir; comme ses frères de la création brute, à ses instincts et à ses appétits; qu'il est fatalement enchainé à la terre, et que ses regards ne doivent plus s'élever vers le ciel.
—Rapport présenté à l'Académie française le 20 avril 1844, par M. A. Jay.

parada, la biología, astronomía, física, química, zoolo-
gía, geología, geografía, botánica y hasta la higiene,
son los materiales científicos apilados por algunos sabios
contemporáneos para renovar la fabulosa lucha de los
titanes que intentaron escalar el cielo, ó mejor dicho,
parodiar la rebelión que quiso llevar á cabo contra su Se-
ñor, la soberbia insensata del príncipe de las tinieblas.

Cada uno de estos atletas del desorden ha formulado
su sistema, su táctica especial; sistema y táctica que
aunque aparentemente se dirigen á penetrar los miste-
rios de distintas ciencias, confluyen, sin embargo, en
un solo propósito: el de establecer una serie de negacio-
nes de los principios fundamentales en que necesaria-
mente ha de apoyarse todo lo nacido, todo lo asociado.

Los unos, como *Jacobo Grimm*, fundador en coman-
dita con *Bopp* de la filología comparada, en la Memo-
ria que dió á luz en 1852 (1), combate la tesis de la re-
velación del lenguaje y sostiene con tal intemperancia
que el habla es obra exclusiva del hombre (2), que has-
ta el heterodoxo Renan declara que el filósofo germano
ha ido demasiado lejos en su impugnación á la doctrina
teológica (3). Los otros, como el espiritualista, á su ma-
nera, *M. Camille Flammarion*, apoderándose de la as-
tronomía, y poniendo en práctica el donoso epigrama
de nuestro D. Francisco de Quevedo

El mentir de las estrellas.....

(1) *Ueber den Ursprung der Sprache*: Berlin, Dümmler, 1852.

(2) *Ein menschliches, in usrer Geschichte und Freiheit beruhendes, nicht plötzlicb sondern stufenweise zu Stande gebrachtes Werk*. J. Grimm, Memoria citada, pág. 42.

(3) *J'avoue même que M. Grimm me paraît aller un peu trop loin dans sa réaction contre l'hypothèse theologique*.—Ernest Renan, *De l'origine du langage*. Preface, pág. 8: Paris, 1863.

se lanza á las profundidades de la inmensidad: se constituye en campeón de la *pluralidad de mundos habitados*; se va en peregrinaje de planeta en planeta; mide sus distancias, analiza su clima, sus atmósferas; casi dibuja las formas de los dichosos habitantes de Júpiter; compara la grandiosidad de este astro con las exiguas proporciones de nuestro globo; y para mantener su tesis, pide argumentos á todas las ciencias con tan vasta erudición y seductor estilo, que al decir del sabio teólogo, doctoral de Valencia, el astrónomo del Observatorio de París *ha conseguido extender su opinión lo mismo entre el mundo ilustrado que entre las clases populares y aun hacerla de moda* (1). Este otro arqueólogo prehistórico, dando por cosa averiguada y cierta el *Origen de las especies de Darwin*, toma con la mayor formalidad

(1) *Pero no queda aquí la cuestión, sino que con ocasión de ella se remueven las principales verdades de la teología, como la inspiración de los Libros Sagrados, el fin de la creación, la predestinación, la Encarnación del Verbo, la redención y sus efectos, la resurrección y los destinos futuros; presentando falsamente estas verdades como únicamente apoyadas en la idea de que la Tierra es el centro del Universo, y recibiendo de este supuesto toda su firmeza, lo cual es falso. De esta manera las socava por sus cimientos, dando á entender que deben ser rechazadas, en cuanto queda demostrado que nuestro planeta sólo es un átomo en el Universo.*

.....
Además, al desarrollar los argumentos en confirmación de su tesis, da por demostrados muchos supuestos que están muy lejos de ser ciertos. Apoyado falsamente en ellos, deduce las más atrevidas consecuencias, que no puede dispensarle la fe ni la sana filosofía, cayendo al fin en tan gravísimos errores y en tan monstruosos absurdos, que parecen inconcebibles en su ilustración. Tal es, entre otros que notaremos en el cuerpo de la obra, el delirio de la pluralidad de existencias de nuestra alma, en relación con la pluralidad de mundos habitados, como si el hombre tuviera muchas vidas sucesivas sobre los astros.—La pluralidad de mundos habitados ante la fe católica, por Don Niceto Alonso Perujo, Canónigo doctoral de la Santa Iglesia metropolitana de Valencia, Doctor en Teología y en Derecho canónico, etc.: Madrid, 1877.

al hombre primitivo desde el momento en que cree verle salir con forma humana, no sé si de las entrañas de alguna ballena, y con el auxilio de la antropología, le sigue, le estudia en sus evoluciones orgánicas, en sus variedades y razas, en sus relaciones con otros grupos de irracionales; trata familiarmente de los orígenes de la vida, y ordena una historia del grupo humano que no la trazaría mejor el más aventajado huésped de Leganés ó San Baudilio de Llobregat (1). Aquel otro Doctor, tan erudito como materialista, en su tratado sobre la *lingüística*, resueltamente afirma que el origen del lenguaje es un mero asunto antropológico: trata de él bajo el punto de vista de la historia natural, ó sea de la anatomía y fisiología; dice que el lenguaje articulado es un hecho natural sometido, como otro cualquiera, á la libre investigación, y no considera como empresa temeraria la de abordar la cuestión de los orígenes primigenios (2).

¡Á qué he de evocar mayor número de citas, harto co-

(1) *L'Archéologie préhistorique* nous a reconquis, dans la profondeur des siècles disparus, des ancêtres non soupçonnés et reconstitués, à force de découvertes, l'industrie, les mœurs, les types de l'homme primitif à peine échappés à l'ANIMALITÉ. *L'Anthropologie* a ébauché l'histoire naturelle du groupe humain dans le temps et dans l'espace, le suit dans ses évolutions organiques, l'étudie dans ses variétés, races et espèces, et creuse ces grandes questions de l'origine de la vie, de l'influence des milieux, de l'hérédité, des croisements, des rapports avec les autres groupes animaux, etc., etc. — *Bibliothèque des sciences contemporaines*, deuxième édition: Paris, 1777.

(2) Nous ne chercherons pas à éviter l'examen de la question de l'origine du langage. C'est une question purement anthropologique..... Le langage articulé est un fait naturel, soumis, comme tout autre fait, à l'investigation libre et désintéressée, et ce n'est pas une entreprise téméraire que d'aborder la question de son origine. L'écarter sous prétextes qu'il faut proscrire toute recherche des *origines premières*, c'est admettre la possibilité même de ces causes premières, dont les mathématiques et la chimie ont fait justice. — *La Linguistique*, par Abel Hovelacque: Paris, 1877.

nocidas, y que de cierto fatigan y entristecen, para demostrar los extravíos á que se entregan algunos cultivadores en lo moderno de las ciencias abstractas?

¿Qué necesidad absoluta, universal, se proponen satisfacer estos libre-pensadores combatiendo cada cual por distinto camino ideas plácidas y consoladoras para llevarnos á la sima de las grandes curiosidades, por no decir al profundo abismo de las aún más grandes é insólitas soberbiás? ¿Será acaso la de convencernos de que no somos hijos directos de Dios, y que á todo lo que buenamente podemos aspirar es á ser relativamente hijos de vecino? Pues no valía la pena de acumular y retorcer tanta ciencia, fundar tanta falsa hipótesis y deducir tanta absurda consecuencia, para darnos una noticia por todo extremo desagradable. Porque, bien mirado, ¿qué es lo que va á ganar la humanidad el día en que, reformando sus creencias con arreglo al figurín de esa filosofía, deje de venerar, como ascendientes suyos, á los Ángeles, para contar entre sus padres al megaterio, entre sus hermanos al mastodonte, y al hipopótamo entre sus parientes colaterales? Seguramente que en tan venturoso día el pensamiento humano se habrá elevado hasta los balcones de la Aurora; las costumbres públicas habrán llegado á su mayor pureza; huirá el delito avergonzado de verse entre tanta gente de bien; serán inútiles los códigos, los jueces, los ejércitos, y el mundo gozará de una calma, de un bienestar, de una dicha sólo comparable á la dicha, al bienestar y al reposo del simbólico paquidermo de Epicuro.

¡Ah, qué ceguedad tan deplorable y peligrosa la de aquéllos que, tal vez sin deliberado propósito, quiero creerlo, pretenden regenerarnos á la manera del que á

fuerza de limpiar y pulir un instrumento concluye por gastarlo y destruirlo!

Y lo que hay de más sensible es que, aunque la enfermedad es conocida, no se piensa en aplicarle un remedio, siquiera sea anodino. Oigo clamar por los ámbitos de Europa, no satisfechos aún de los atrevimientos filosóficos que someramente dejo apuntados, por la libertad de enseñanza en sus más amplias manifestaciones. Todo el mundo parece que quiere saber, todo el mundo parece que quiere enseñar; y sin detenerse, sin esperar á que los Gobiernos autoricen el principio y regularicen su provechosa aplicación, fúndanse miles de sociedades populares, ábrense cátedras desde las que cada uno explica tal punto concreto de lo que sabe ó cree saber, sin reparar que en su disertación hay mucho por arriba y mucho por abajo que generalmente ignora el auditorio; el cual, careciendo de la preparación conveniente, no puede hacer atinadas aplicaciones, y sólo le queda de todo lo que ha oído ideas dispersas y confusas de las que no sabe qué hacer, resultando en definitiva que la lección se ha reducido á un agradable pasatiempo amenizado por la cadenciosa armonía dialéctica de amaestrados oradores.

Podría suceder, dado el cristal de aumento con que ahora lo examinamos todo, que alguno tachara esto que digo como una especie de alegato en favor de la libertad de la ignorancia; y ciertamente que no tendría razón juzgando mis opiniones de un modo tan radical, tan extremado: Lo que hay es que cada cual abriga sus ideas respecto á lo que se entiende por progreso intelectual, y que lo que para unos es un portentoso adelanto, es para otros un lamentable retroceso.

Y á propósito de este debatido punto, no puedo resistir al deseo de citar brevísimos párrafos que en una de las obras ya mencionadas del Marqués de San Gregorio (4) vienen, según suele decirse, como anillo al dedo.

Dice así el Dr. Corral:

«Y la verdad es que en muchas partes del saber humano, lejos de adelantar los tiempos actuales á los tiempos antiguos, han retrogradado visiblemente; al paso que en otras existe un progreso sorprendente, inmenso, casi increíble. *Oscilación y compensación*: he aquí las leyes inmutables de la humanidad; á ellas se acomoda lógicamente el examen concienzudo de la historia. Hay, no puede negarse, en la sucesión del tiempo un verdadero progreso; pero ¿quién sabe si este progreso es solamente relativo? ¿Quién sabe si lo que por un lado se gana, por otro se pierde? Si se pudiese reducir á números la historia de la inteligencia, ¿quién sabe si comparando civilización con civilización, época con época, vendría á resultar próximamente una misma suma?»

Tiene mucha razón nuestro distinguido amigo; *oscilación y compensación*: he aquí las leyes inmutables de la humanidad. Inútil empeño el de traspasarlas: detrás de ellas sólo existen el delirio, las tinieblas, la confusión, el caos, á donde pudiera empujar al vulgo de las sociedades la libertad absoluta de enseñanza. Entre lo omniscio y lo estulto hay distancias imponderables, y yo no abogo por el reinado de lo uno ni de lo otro.

Pero, ¡qué! ¿todo ha de ser física y química y matemáticas y filosofía sólo para penetrar osadamente en el

(4) *Sobre la filosofía práctica del siglo XIX.*

jardín vedado á la curiosidad humana? ¿Sólo ha de consagrarse la actividad intelectual á la anatomía del fruto prohibido? ¿No queda ya nada que aprender en lo concerniente á la moral como ciencia de los deberes del hombre, cuya práctica produce la tranquilidad de la conciencia; exalta la fe, que nos relaciona con la Divinidad; alienta la esperanza de salir de este valle de lágrimas para otro mundo mejor, y nos induce al ejercicio de la caridad, santa protectora del débil, del menesteroso y de todos los desvalidos?

Me anonada la idea de que llegue un día en el que, merced á la libre enseñanza, se figuren todos que son doctores, matemáticos, filósofos ó personajes de vuelo más ó menos atrevido. Porque llegado ese día de universal ilustración, ¿qué es lo que va á suceder en la sociedad bajo el punto de vista práctico? ¿Qué *doctor* querrá empuñar el arado y entregarse á las rudas faenas del cultivo de la madre tierra? ¿Qué *matemático* se prestará á tomar el rizo ó rifar una vela en medio de las tempestades y los huracanes? ¿Qué *filósofo* se conformará con el modesto desempeño de mantener la conveniente pulcritud higiénica en las plazas y en las calles? Y ¿quiénes, por último, aceptarán de buen grado la pesada carga de tantos oficios menudos como son indispensables para conlleva las exigencias de la vida? Una de dos: ó la sociedad tendrá que ser una cátedra sin oyentes, un ejército de jefes sin soldados, ó habrán de renovarse las escenas de confusión y estrago á que dió origen la construcción de la famosa torre de Babel.

Pero observo en este momento que estoy abusando de la bondadosa atención de Vuestra Majestad, y que de digresión en digresión he penetrado indeliberadamente

en un campo dilatadísimo que pide para recorrerlo obras fundamentales y no pasajeros discursos: he llegado, por lo tanto, casi á perder de vista el muy científico que he debido contestar, y que sólo he tenido el conato de hacerlo en la parte que se relaciona con ideas abstractas; pero la mucha benevolencia de Vuestra Majestad habrá de perdonarme esta distracción, en gracia de que las digresiones suelen ser la literatura de los ancianos.

En lo que el discurso del Dr. Corral contiene de artístico y puramente gramatical del lenguaje, su claro autor ha expuesto sus doctrinas, y lo ha dicho todo mucho mejor que yo pudiera repetirlo. Y no siendo ya hora de hacer oír pesadas variaciones sobre un mismo tema, sólo me resta lamentar nuevamente que haya sido el último de los individuos de esta docta Corporación el designado para dar la bienvenida en su nombre al Marqués de San Gregorio; si bien este pesar se temple y casi neutraliza con la honra de ser el primero en felicitarle y también á la Real Academia, por lo mucho que debe esperar en sus asiduas tareas de la colaboración de un profesor tan justamente renombrado.

DISCURSO

QUE EL

EXCMO. SR. D. EMILIO CASTELAR

leyó en Junta pública de la Real Academia Española,
el día 25 de abril de 1880, al ser recibido solemnemente en dicha
Corporación como individuo de número.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Llamado á compartir las tareas y los honores de vuestro instituto, en días ya lejanos, retardé adrede este instante, á ver si tiempo y trabajo de consuno me granjearan algunos títulos justificativos de vuestra elección y de mi atrevimiento. Mas, desesperanzado ya de conseguir por mis méritos gracia debida á vuestra bondad, tócame tan sólo expresaros mi agradecimiento y deciros cómo alienta mi palabra la persuasión de haber arrancado este lauro, antes á vuestro cariñoso afecto, que á vuestro frío juicio. Sucedo, en silla ilustrada por Navarrete, á un sabio, que así poseía las ciencias de la naturaleza como las artes de la palabra; y si puedo sucederle, no puedo en manera alguna sustituirle, aumentándose con estos contrastes entre su competencia y mi incompetencia, al par de toda la pobreza de mis calidades, todo el poder de vuestra magnanimidad, mucho más

propia para obligarme que lo hubiera podido ser vuestra justicia.

Consagrado desde mis mocedades, en periódicos y libros, en tribunas y cátedras, á servir, entre nosotros, la vida del espíritu moderno, creo correspondiente con la solemnidad de este acto el convertir vuestra atención hacia los conceptos fundamentales de nuestra edad, demostrando la poesía en ellos contenida, cuyo vigor promete aspectos nuevos al arte, como los dió en tanto número á la ciencia, así que pasen de las regiones donde brilla la luz de las ideas á las regiones donde arde el calor del sentimiento y de la vida.

Difícil tarea ciertamente acreditar de poética una edad notada de prosáica por sus achaques políticos y sus tendencias á la economía y á la industria. Valor he menester para confrontar las barbacas de feudal castillo, con los hilos de industrioso telégrafo; y el campo de los torneos donde alardean los caballeros y piafan los caballos y relucen las armas y luchan las fuerzas y braman las muchedumbres y ondean las divisas y sonríen las damas, con esos almacenes de nuestras exposiciones universales, donde silban las máquinas y hierven las calderas y giran las ruedas, sosteniendo porfías del trabajo, más útiles, pero no más hermosas, que los cruentos empeños de la guerra. Conozco la dificultad en toda su extensión, y la acometo con todo mi ánimo, lastimado sólo de que no plegue al cielo darme fuerzas bastantes á sostener la verdad de mi tesis y á medir la altura de mi siglo.

Al mentar el espíritu de éste nuestro tiempo, ¿mentamos esencia real, ó mera abstracción? Preguntas de este linaje asoman á las mientes, no ya tratándose de tal

ó cual determinación del espíritu, sino tratándose del espíritu humano en sí mismo. Que sentimientos é ideas se refieren á impalpable é invisible unidad interior, en la cual residen todas nuestras facultades intelectuales y morales, así las energías del albedrío como los pensamientos de la razón y los juicios de la conciencia, principio evidéntísimo por toda nuestra naturaleza revelado y sólo contradicho en escuelas incompletas, que ponen el humano criterio en la falacia y grosería del sentido. Todo cuanto tiene contenido infinito, no puede caber en la reducida experiencia, sino en otro infinito, en la idea. Mas la sencilla observación demuestra que ideas y sentimientos y voluntades se modifican profundamente en el tiempo y en el espacio, al influjo del hogar, del lenguaje, de las relaciones múltiples que completan y dilatan á una nuestra vida. Existe, pues, el espíritu de un siglo como existe el espíritu de un pueblo: que perdurables el sentir, el pensar y el querer, cambian por las leyes de la variedad sus modos de ser al movimiento de los sucesos y al poder de las transformaciones.

Renuévanse en el cuerpo humano de tal suerte los átomos, que toda nuestra substancia varía en el discurso de brevísimos períodos, como en el cuerpo social se renuevan de tal suerte las ideas, que cada cincuenta años unas generaciones maldicen de otras generaciones, á veces con notoria injusticia. Nada inmóvil bajo el cielo. Esa China, ideada inerte por la inocencia y la ignorancia de la antigua historia, hoy aparece á nuestra crítica con irrupciones, con dolores, con guerras religiosas, con feudalismo y monarquía, con sacudimientos periódicos, con tumultos plebeyos, con los mismos huracanes que han trastornado nuestra atmósfera y los mismos terremotos

que han subvertido nuestro suelo. Si cada siglo no tiene su espíritu propio, su unidad de pensamiento, explicadme por qué los estóicos, perseguidos, acosados, proscritos en el siglo primero, reinan con verdadera soberanía en el siglo segundo é infunden su ciencia así al imperio como al derecho romano; explicadme por qué á la idea de la unidad imperial, que dura tanto tiempo, sucede á fines del tercer siglo aquella tendencia invencible á divertir las fuerzas, á separar las regiones, á extender las tribus, á erigir ciudades frente á ciudades y pueblos frente á pueblos, tendencias precursoras de la anarquía germánica; explicadme por qué, después de haber subido toda la esencia del paganismo á la cabeza de un solo hombre que reabre los templos y reanima los oráculos, la idea nueva se apodera de otro hombre que arranca el tirso violentamente á las manos de los sacerdotes y la corona á las sienes de los senadores, para compelerlos á hincarse, mal de su grado, ante la cruz que véncia al eterno capitolio; explicadme por qué, allá en la octava centuria, papas, reyes, príncipes, señores; guerreros, corren á refugiarse en el régimen carlovingio, como si la Roma imperial resucitara, y cuarenta años más tarde, el Océano aborta la raza normanda y el suelo produce las lanzas feudales que van á sustituir la unidad con el caos; explicadme, en fin, por qué pasamos de los terrores del año mil, á cuyo pavor nos confundíamos con las tétricas figuras bizantinas de nuestras iglesias románicas, al empuje de las cruzadas, movidas de una ciega confianza en la victoria, y por qué desde los reyes bienaventurados del siglo décimotercio, como San Luis, San Fernando, caemos en los reyes crueles del siglo décimocuarto, como los Pedros de Castilla, de Aragón, de Por-

tugal; por qué las empresas hacia el Oriente en pos del sepulcro de Cristo se truecan en las empresas hacia el Occidente en pos de la cuna de la libertad; por qué, al abrirse la era moderna y renacer el arte, coincide con la muerte de Grecia en la toma de Constantinopla la resurrección de la estatua griega en su sepulcro de Italia, que nos da la forma humana perfecta; y los viajes de aquél que descubre el nuevo paraíso terrenal, y las revelaciones del sabio que fija el foco de las elipses planetarias en nuestro sol, coinciden con la palabra del profeta, que levanta sobre las supersticiones religiosas el eterno luminar de nuestra conciencia. Hay ciertamente un espíritu de cada edad, como hay un espíritu de cada pueblo.

De todo lo cognoscible por nuestro entendimiento, se desprende como una esencia misteriosa la idea. Y toda idea vive y crece por una ley real, la lógica. De consiguiente existen conceptos fundamentales de todas las cosas en la razón de nuestra alma y en la razón de nuestro siglo. La parte corpórea nuestra se compone de una serie de órganos que forman á su vez un organismo, y la parte incorpórea de otra serie de facultades que forman á su vez un sistema. Por las raíces del organismo tocamos en la materia como el último de los vegetales, y por las ideas infinitas tocamos en el empíreo como el primero de los arquetipos. Nacemos de la naturaleza, entre lágrimas y sangre, como los más humildes mamíferos que hayan habitado nuestros apriscos ó nuestros establos, y vamos á la eternidad como el más hermoso de los ángeles que haya podido recoger en sus labios el verbo creador ó infundir el aliento divino á los mundos fatigados en sus eternas parábolas. Esclavos de la muerte, la ce-

leste increada luz que sobre nosotros cae al nacer, nos aviva para la inmortalidad. El mal brota de la limitación y el bien de la infinidad de nuestro contradictorio sér, pareciéndonos á las plantas que en las tinieblas exhalan el gas de la muerte, y en cuanto las besan los primeros albores de la aurora, el oxígeno de la vida. Lloramos lágrimas amargas como las aguas del Océano; pero, como las aguas del Océano también, se endulzan al evaporarse en el cielo, para luego caer en bienhechor rocío sobre nuestra abrasada frente. Entre lo finito y lo infinito se eleva, á través de la naturaleza y sus múltiples seres, de la sociedad y sus estados, del arte y sus inspiraciones, de la religión y sus dogmas, de la ciencia y sus verdades, el espíritu humano en busca del Sér eterno y absoluto, realidad de todos los puros ideales, elevado en las cimas del universo y difundido por todas las creaciones.

Pues bien, yo declaro que en los conceptos fundamentales de nuestro tiempo, respecto á la naturaleza que nos rodea, y á la sociedad que nos educa, y al estado que nos gobierna, y al espacio infinito donde todas las cosas se contienen, y al tiempo eterno donde todos los hechos se suceden, y á los horizontes celestes de cuyos arreboles baja sobre nuestra alma la inspiración, y á las verdades científicas sin las cuales aparecería lo creado y lo increado como esos jeroglíficos que no han tenido intérprete, y á las mismas inefables comunicaciones entre lo finito y lo infinito; en todos estos conceptos de la razón y en todas las realidades varias de ellos provinientes, se encierra harta materia para obras poéticas y artísticas sin cuento, como en aquellas canteras del Penthelico, doradas por el sol de Ática, donde los helenos tallaban

el mármol para las armoniosas estatuas de sus dioses. Y cuenta que no creo el arte copia de la naturaleza, remedo servil de la realidad, sino lo ideal en la esencia. Para mí el artista penetra de una ojeada con la intuición donde no pueden penetrar los sabios con el raciocinio; espasmo inspiraciones, que contienen la eterna revelación de la hermosura; crea espontáneamente obras varias á guisa de esas fuerzas naturales que ciñen de nieves las montañas y de lirios los valles; obedece á su interior vocación, cual á un mandato divino, y es absolutamente libre; da leyes y no conoce ninguna; reúne á la actividad dirigida por la conciencia otra actividad ciega y sin conciencia, en cuyos misterios se ha creído encontrar ya un genio angelical ó ya un protervo demonio; extrae de todas las cosas su esencia, y siente en sus nervios, agitados como un arpa eólica, la chispa eléctrica, antes que haya estallado por los aires, y en su corazón, abierto á todos los afectos, el choque de los dolores sociales antes que los haya sufrido la misma humanidad, y en su mente, agitada por la creación continua, pensamientos todavía no nacidos en la mente universal, y en su cráneo el peso de la nube aún no condensada en la atmósfera; consumiéndose en sus propias llamas, destruyéndose en el parto de sus criaturas, muriendo de su inmortalidad; henchido de adivinaciones y de presentimientos que lo martirizan, como destinado á levantar el universo moral, muy superior al material, por obra del espíritu; pues ninguna mariposa ha tenido en sus alas y ninguna flor en su corola paletas como la paleta de donde surgiera la Transfiguración ó el Pasma; ningún ruisenior en su garganta y ningún arroyo en sus susurros melodías como las melodías escapadas de las liras del

músico y de las arpas del profeta; ningún mar en sus fosforescencias y ningún cielo en sus estrellas resplandores como el resplandor de la humana conciencia cargada de eternas y luminosas ideas.

Lo ideal, sentido con profundidad y expresado con belleza, he ahí el arte. En su éter se transfigura hasta el universo material. La naturaleza sería, pues, como un templo sin sacerdotes ó como un jeroglífico sin descifradores é intérpretes, si no la comprendiera el pensamiento y no la iluminara la poesía. Los adelantos científicos, lejos de dañar al aspecto poético de nuestro cielo, señores, lo han desmesuradamente engrandecido y abri-llantado. Así como la concepción alejandrina del sistema planetario, dominante hasta los últimos tiempos, vence en poesía á la concepción asiática que imaginaba la tierra sostenida por el lomo de un elefante mantenido á su vez sobre la concha de una tortuga; supera á todas las creencias cósmicas nuestra creencia, que considera el mundo terrestre como un astro, parte de esa inmensa nebulosa llamada vía láctea; esferoide lanzado á los espacios de lo infinito por la atracción, arrastrado eternamente hacia el sol, sujeto á sus dos movimientos diurno y anual que le obligan á describir en el cielo parábolas eternas, seguido de su luna, pálida como la muerte y triste como el amor, componiendo sidéreo coro, en el cual recibe ósculos de fuego, rayos de luz, corrientes de electricidad, arreboles de iris; como para formar con la combinación de todos estos presentes celestes, á modo de corona boreal, una guirnalda de encantadora poesía. La belleza del arte antiguo consiste en personificar por medio de tipos las transformaciones á que la vida está sujeta en el movimiento universal. La Dafne, que esqui-

va el sol y busca el río, transformada en la adelfa de nuestros torrentes; las hermanas de Faetón el audaz, convertidas en olmos henchidos de esa goma semejante al ámbar con que se adornaban las mujeres del Lacio; la hermosa Leucothea, nacida bajo el cielo de Hesperia, en cuyo rocío se abreven los caballos que lanzan de sus crines el día, trocada en el amarillo tallo que brota al través de las tierras sepulcrales; los marinos irrespetuosos hasta alejar de Naxos al Dios de la alegría transformados en esos delfines que siguen las estelas de las naves y juegan entre las espumas de las ondas; todas estas metamorfosis me mueven á pensar cuántas bellísimas leyendas no libarán los tiempos por venir en nuestras ideas sobre la circulación de la vida, las cuales nos muestran cómo las plantas son otros tantos laboratorios alquímicos, destinados á transformar la materia inorgánica, convirtiendo el ázoe de los estiércoles y el amoniaco de las lluvias en las flores donde van á pintar las mariposas sus alas y á beber su miel las abejas, así como nuestros cuerpos recipientes, los cuales por la absorción, por la respiración, por la nutrición, por la asimilación, convierten el fósforo de los fuegos fatuos en masa cerebral y el hierro de las minas en rojos glóbulos sanguíneos y la cal de los caminos en calcáreos huesos y la aurora venida de improviso á enrojecer nuestras noches en corrientes magnéticas, cuya virtud mueve los humanos nervios como el plectro la cítara y nos trae el presente de la vida celeste para penetrarnos de nuestra relación estrechísima con todo el universo.

No puede dudarse: á medida que la idea de la naturaleza crece en la inteligencia, el sentimiento de la naturaleza crece á su vez en el corazón; y á medida que el

músico y de las arpas del profeta; ningún fosforescencias y ningún cielo en sus estrellas como el resplandor de la humana conciencia de eternas y luminosas ideas.

Lo ideal, sentido con profundidad y pureza, he ahí el arte. En su éter universo material. La naturaleza templo sin sacerdotes ó como doctores é intérpretes, si no la luz y no la iluminara la poesía, lejos de dañar al artista señores, lo han desmentido. Así como el sistema planetario, triunfa en poesía la tierra sostiene á su vez sobre las creencias

busca el río, transformada en la adelta de las hermanas de Faetón el andaz, como henchidos de esa goma semejante atoraban las mujeres del Lacio; vacía bajo el cielo de Hesperia, los caballos que lanzan de sus hocillos vello que brota al marinos irrespetuosos de la naturaleza transfor-

197

mundo y naturaleza, en la Iglesia. el Renacimiento diviniza la forma, si no en los cielos de la teogonía, en los muros del arte. Y la naturaleza vuelve á desaparecer, absorbida por el hombre, como en los tiempos helénicos.

Ninguna de las formas bellas, que para expresar la idea existen, señala, como la estatua aislada, esa victoria de nuestra persona libre sobre el mundo que la rodea. Así, las figuras de Miguel Ángel se destacan, aun las no entalladas y esculpidas, las pintadas mismas, en espacios vacíos. Así el universo de Ariosto no es natural, sino mágico; diríase que obra de embrujamientos y hechizos. Así, en las ruinas de Roma y en el campo romano, donde las ideas pelearon como ángeles apocalípticos, y por

urgió siempre lo sublime, como el vapor natural
 cenizas, el socarrón de Rabelais solamente
 que se cogían frescas y sabrosas lechugas.

la prosapia de los claros ingenios, aconseja
 ra esparcimiento del ánimo, no en bos-
 que haría René, sino en vulgar trastien-
 to en ágil partida de caza. Entonces po-
 nía un vilustre junto á la catarata del Rhin,
 peregrinaciones, sin notar otra co-
 sa que los espeñados caudales. Entonces el
 se miraba de árboles que ostenta-
 ban troncos; afeites bien impro-
 piamente á la misma naturaleza,
 y contrahecha. Entonces
 el regocijo de nuestros
 días, más pagados de la
 vanidad que de las puestas engañosas.

claro y muy alto en honor nuestro.

pero despertó el sentimiento de la naturaleza
 oscurecido por encontradas nubes. Las naves lusitanas
 hallaron el ya olvidado extremo Oriente, las naves es-
 pañolas el desconocido extremo Occidente, y con la apa-
 rición del Asia, despertada en su sepulcro, y la apari-
 ción de América, sorprendida en su perfumada cuna,
 volvióse la tierra verdadera más hermosa que si fuese
 fingida por la más exaltada fantasía. En mares no sur-
 cados y ricos de madre-perlas; en costas no exploradas
 y cubiertas de bosques olorosos y henchidas de oro y
 plata, á la vista de cordilleras donde los volcanes se
 mezclan con los ventisqueros y las lavas con los aludes;
 sobre la corriente de ríos descendidos de ignotos manan-
 tiales y esmaltados de extraña vegetación acuática, cu-

197
 transformada en la adelfa de
 las normanas de Faeton el audaz,
 de esa goma semejante
 a las mujeres del Iacido;
 de Hesperia,
 en de sus
 al

yas ramas y raíces, entrelazándose, forman y desprenden islas de tales flores y aves que las crearíais jardines bajados del paraíso sin mancha para restituir su primera vivienda al hombre sin pecado; en aquella renovación del universo, nuestros navegantes, nuestros descubridores, nuestros misioneros debían ver la naturaleza como Adán, al despertarse á la vida, la retrataba inmaculada en el espejo de su conciencia. Por un lado las descripciones de los descubridores y por otro lado las estancias del nuevo Homero de la navegación, de Camöens, avivaron el amor á la creación. Yo atribuyo, quizá sin fundamento, la poesía naturalista de los dos inmortales creadores de Galatea y de Titania, poesía excepcional en su tiempo, á haber ambos á dos bañado sus almas en estas corrientes saludables venidas á Europa desde Asia y América. Mas, reconociendo tal mérito á dos genios culminantes, declaro que el modo propio de sentir la naturaleza en nuestro tiempo nació allá en el siglo de la revolución y de la crítica, nació en el siglo décimooctavo. Cayéndose á pedazos la sociedad antigua demolida por los excesos de los opresores y el derecho de los oprimidos, buscó el espíritu la libertad en el seno de la creación. Poco artista aquel siglo, achaque propio de todos los siglos muy combatientes, huía las catedrales góticas impregnadas con el incienso de las antiguas creencias, y se lanzaba de un salto á los mares de la nueva vida y á los horizontes de la nueva idea. Y el mismo que encontró en una ciudad helvética materiales políticos para avivar la futura sociedad, encontró en las celestes aguas del Leman, á orillas de aquel Ródano, que parece, al deslizarse por las calles de Ginebra, como una disolución de esmeraldas jaspeadas de ópalos; al frente

de aquellos Alpes con sus cresterías de nieves en las cimas y sus selvas de melezos en las faldas; por aquellos paisajes donde la gracia se hermana con la grandeza, el sentimiento que completa los anhelos por la libertad, el amor á la naturaleza. Y por coincidencias históricas, en los mismos días en que el sentimiento de la naturaleza se exaltaba en Europa, la idea de libertad vencía en América. Imposible medir cómo han transcendido los viajes de Europa á América y de América á Europa en la ciencia y en el arte. Cuenta Navarrete que, al dejar las Azores nuestras carabelas, maravillado Colón de no encontrar las islas fijadas en el mapa de Toscanelli que le guiaba, quiso dirigirse al Este, en cuyo caso hubiera abordado á las costas de Virginia, y Pinzón lo disuadió, impulsándolo hacia el Sudoeste, advertido por bandada de papagayos que atisbara y cuyo vuelo cambió los destinos históricos de todo un continente. ¿Qué no decir de aquellos viajes del primer enviado desde el Nuevo al Viejo Mundo, de Franklin, el cual, no solamente ostentaba en sus sienas la corona de sus libertades, sino blandía en sus manos el rayo de los cielos? ¡Ah! Los descendientes de los antiguos cruzados ceñíanse su espada caballeresca para esgrimirla en América; y dos reyes, Luis XVI de Francia y Carlos III de España, los enviaban allende los mares y los sostenían en su empresa. América, venida á la vida histórica por una revelación de la naturaleza, entraba en la libertad moderna por una victoria sobre la naturaleza. Y las imaginaciones exaltadas y los corazones sensibles movíanse al arte, á la elocuencia, á las letras, agitados por estos grandiosos espectáculos de la vida física y de la vida moral, agigantándose así los conceptos fundamentales del univer-

so como los conceptos fundamentales de la sociedad.

¡Cuántas bellas obras se han producido al calor de estos sentimientos y de estas ideas en nuestra centuria! Acordaos de aquel bretón, nacido al pie de los dolmenes celtas y de las encinas empapadas en el vapor de los sacrificios, que después de evocar las musas cuyas inspiraciones infundieran oráculos en la trípode de oro á las pitonisas de Delfos, arrullos en el nido de laureles á las palomas de Donona, cuelga su profana lira de cristiano altar, y caballero de las antiguas instituciones al par que poeta de las nuevas libertades, enamorado por propio impulso de los ideales modernos y por aristocrática educación de los ideales antiguos, incierto entre dos siglos, sin atreverse á mirar ni el ocaso ni el oriente de las dos edades que batallan en su presencia, náufrago de la mayor tormenta revolucionaria que han visto los tiempos, arriba al suelo de América, cual Edipo al valle de la Colonna, buscando la paz en aquella naturaleza exuberante, sentida y descrita por magistral manera; y allí representa, como en escenario apropiado á su grandeza, la exuberancia de su fantasía tempestuosa, los dolores sin tregua y las dudas sin salida, diferenciándose de los primeros que vinieron y adoraron á América, como se diferencian del sencillo idilio la trágica hermosura de la culpa. Y para que poseamos todos los tonos de la inspiración naturalista, poseemos también la más cándida de las églogas. ¡Quién no habrá llorado leyendo los amores de aquellos dos seres aparecidos al abrigo de las montañas que los palmitos coronan; criados en las sendas chozas que los negros sirven; confundidos en su pasión hasta vivir de una misma vida, la cual se absorbe en la naturaleza de tal suerte que miden el día por la sombra

de los bosques, y las estaciones por la madurez de los frutos, y la alborada por los gritos de los gallos, y las noches por las hojas del tamarindo, y los años por las cortezas de los troncos, y las estaturas por las copas de los arbustos, como si al borde de los torrentes que se precipitan rápidos entre los bambúes, bajo los plátanos y los cocoteros que se entrelazan por las cadenas de las enredaderas cargadas de rojas y gualdas flores, aquella joven pareja fuese, como el alma partida en dos, de las virgíneas selvas! Y al lado de estas obras podemos poner, seguros de aventajarlas, modelos de poesía naturalista en castellano, así las odas del que cantó la inmensidad del mar en el Norte y la aplicación de la vacuna á América, como las silvas del que escribió el libro de la Agricultura de la zona tórrida, en cuyas estancias vemos con toda verdad el condor que vuela sobre los nopales y el cucui que brilla entre las pasifloras; los vellones del algodón y los cactus de la múrice; los colores del añil y las almendras del cacao; las hojas del plátano y del tabaco; las florestas y los verjeles, donde compiten la copia de las flores con la copia de los frutos; el pan de la zuca y la fecundidad del banano; la placidez del jornalero que cultiva sus campos de café á la sombra de los bucares, y la audacia del explorador que, entrando con su hacha al hombro y su tea en la mano por las selvas, derriba con estrépito el ceibo secular que ha abrigado las aves en sus ramas, las fieras en sus troncos, abrasa el limo donde viven tantas generaciones de múltiples seres, y con el furor del incendio y del combate abre nuevos senos á las creadoras virtudes del trabajo.

Si unos poetas expresan el sentimiento, otros la ciencia de la naturaleza. Entre estos segundos, ninguno co-

mo aquel germano, á quien llamaremos eternamente oráculo de la creación allá en los templos del arte. Los primeros movimientos de su ánimo le llevaron al misticismo y le unieron á la fe de su raza. Mas las revelaciones de la electricidad, tan sorprendentes al terminarse la última centuria, y en las cuales sentíase latir como el alma al mundo, arrastraron su inspiración á sumergirse en el éter de la vida universal. Bien pronto su poesía tomó aires de sibila, escuchando con atención y repitiendo con fidelidad el himno compuesto por todas las cosas, desde la abeja en sus colmenas hasta el luminar en sus elipses. Suelos y mares, tierras y soles cantaban cíclico poema, guardado tan sólo para este evangelista de la realidad, cuya pluma de águila trazaba el Apocalipsis de las transformaciones reales. Su pensamiento, sereno como la inmensidad y sintético como la ley, descubría en el abismo de los abismos cerúleos, por esencia de lo creado, la luz increada, y por revelación de esa esencia, la forma en combinaciones interminables de mágica hermosura. Su sed de esa luz cuasi espiritual y su culto á esa forma cuasi pagana le condujeron á Italia, y como le tentaron á evocar los dioses de la naturaleza en las playas de las sirenas. Inútilmente los monasterios, todavía poblados, murmuraban la oración de la penitencia en sus oídos; enamorado de la antigüedad, perdíase en los campos, preguntando á las encinas y las hayas virgilianas por los faunos desaparecidos, y á las cavernas del Paúsilipo y del Tíber por las ninfas muertas. En sus viajes llevaba delante de sí, cual un sacerdote de Olimpia, la efigie en mármol phentélico del Júpiter Olímpico. Y cuando la ciencia creía erigir el universo sobre las abstracciones del pensamiento, abismábase su observación

profundísima en la universalidad de los seres. Y encontraba en lo que podíamos llamar parte externa de esa universalidad luz y forma, como en lo que podíamos llamar interna unidad y variedad. De aquí sus metamorfosis, revelando que del cotiledón se originan todas las flores y de la vértebra todos los vertebrados, como de la línea todos los cuadros y del número todos los logaritmos. Unidad y variedad, luz y forma, materia y movimiento: he aquí los ritmos de los eternos salmos entonados á ciegas por los seres sin conciencia y comprendidos y deletreados en la conciencia universal. Corolas y lunas, gorjeos y vuelos, el vapor de un valle y la elipse de un satélite van buscando en la inmensidad, no solamente la luz que los esclarece, sino también la idea que los interpreta. La concepción mecánica del mundo y sus combinaciones de átomos, ceden por completo ante la concepción dinámica que explica cómo el calor de la vida corre desde la tosquedad del fugaz aereolito confinante con la nada hasta el micróscopos del humano cerebro confinante con lo absoluto. Hay energías en las fuerzas, motores en el movimiento, esencias en las cosas, que van tejiendo con hilos misteriosos la urdimbre de la vida en lo infinito. Así, nada tan necesario como asomarse á ver el fondo de las cosas. El día que la magia perdió su prestigio, no fué el día en que ardiera el fuego robado al cielo en las manos de Prometheo, sino el día en que ardiera la idea libre, luz de la luz, en él. La savia que circula por el campo y que hincha las yemas de los árboles, golpeaba con fuerza en el pulso de aquel poeta y en sus olímpicas sienes. Y todos sus esfuerzos se dirigían á expulsar de lo creado la magia embustera, sustituyéndola con el resplandor poético de la

verdad natural. Era como un gran dibujante que copiara con su lápiz las formas, y como un gran músico que anotara en el pentágrama los ecos de la naturaleza. Anegábase en la substancia de donde brota la vida, como la esponja en el mar; perdíase en el movimiento eterno como el nadador en las corrientes; indagaba á guisa de naturalista el tipo fundamental de las especies y á guisa de poeta se embebecía en la contemplación de las formas; miraba las esencias en sí como un filósofo platónico y luego las personificaba y deificaba como un escultor griego; y elevaba á culto su amor á esa alma madre, que nos mece desde el nacer en sus brazos y nos entierra y nos devora en sus entrañas; que habla como una pitonisa y guarda sus secretos y sus misterios como una religión; que produce los individuos, cual seres en sí, para encadenarlos luego á las especies; que todo lo cambia en los múltiples fenómenos y todo lo conserva en la perennidad de la esencia; que nos condena á batallar sin fin y nos regocija con amores sin término; que mata y produce todos los días, extrayendo de las películas diseminadas, de las semillas invisibles, de las larvas frías, de las hojas secas, de la putrefacción misma, de tantas sepulturas hacinadas, los enjambres sonoros, cuyos agujones traen á nuestros labios el licor dulcísimo de la vida. Así, la naturaleza no infundía en él esa contemplación tranquila del mundo y sus varios espectáculos, tan próxima al candor de la égloga, sino la inquieta curiosidad que quisiera asistir á la germinación universal de los seres, beber en la copa donde se contiene la eterna substancia, lactar los pechos ubérrimos á cuyos pezones se alimenta toda nutrición, ver las raíces y ramificaciones de los organismos, encerrar en la mente los tipos de

todas las criaturas y las matemáticas de todas las esferas como en el corazón una llamarada de ese amor que renueva las especies y una gota de esa esencia que se dilata desde las cavernas á los cielos, encendiendo y animando toda la creación.

Bien es verdad que las nuevas ciencias y los nuevos instrumentos científicos han dado á los horizontes de la poesía moderna desmesurada extensión. Lo mismo el telescopio, revelándonos astros, cuya luz tarda siglos de siglos en llegar á nuestros lentes y á nuestras retinas, que el microscopio, diciéndonos los innumerables seres contenidos en lo infinitamente pequeño, han prestado á la vida fuerza y variedad no sospechadas en otros días y por otras generaciones. La ciencia más moderna, la geología, ciencia originaria de nuestra edad, ha aumentado la grandeza de la tierra en términos que pasman al entendimiento y cansan á la admiración. El autor del poema la Creación lo ha dicho. Los seres fantásticos nacidos de la poesía antigua, los titanes engendrados en las cavernas, de respiración hirviente cual los cráteres, y de fuerzas devastadoras cual las erupciones; salteadores de los cielos á guisa de las humaredas y las nubes volcánicas; los gigantes heridos por los rayos de la ira divina en el Osa, en el Pelión, en el Cáucaso, y condenados á sacudir el suelo con los estremecimientos de los terremotos; los monstruos de cien brazos, eternos forjadores del hierro en sus fraguas tonantes y conjurados enemigos del Olimpo; las gorgonas en sus tinieblas; los centauros abrillantados por el rocío; los tritones con crines de espumas y colas de trombas; los cerberos llamados á recibir las sombras de los muertos y los endriagos y fantasmas de la Edad Media; todas las figuras descri-

tas en las epopeyas y leyendas consagradas al origen de las cosas y á sus transformaciones eternas, jamás emularán, jamás, en grandeza las perspectivas abiertas por nuestra geología en la creación terrestre, con sus montes, cuyas cúspides, bañadas por los diluvios, se han tronchado, cual arbustos, al empuje de los huracanes eléctricos; y con sus moles graníticas esparcidas por tantas catástrofes, y en cuya comparación parecen pigmeos los colosos caídos y los templos arruinados de Babilonia y de Menfis; y con sus desmesurados animales esculpidos é incrustados en las lápidas donde se deletrean las inscripciones reveladoras de las edades planetarias y se ven las esfinges guardadoras de los seculares secretos; y con sus paisajes, ora encendidos como océanos de éter y ora fríos como océanos de hielo; y con sus monstruos que tienen estatura de colina, y sus helechos que tienen estatura de árboles, y sus árboles que tienen estatura de montañas, y sus mares calcáreos semejantes á levaduras de venideras tierras, y sus madreporas semejantes á gérmenes de vida orgánica: maravillosísimas fases de innumerable antigüedad, cuya sucesión compone cíclica epopeya, la cual empieza desde el punto en que nuestro globo se confundía con el sol, como el infusorio con la gota de agua, y continúa por las épocas en que iba nuestro globo al acaso contenido en esos cometas que vagan errantes, burlándose casi de la gravitación universal, albores de astros por venir ó pavesas de astros ya extinguidos; y concluye cuando los agentes ígneos y acuosos, con hercúleos trabajos, producen ya los cristales, ya los pórfidos, ya las rocas neptónicas, ya aquéllas compuestas por restos y petrificaciones de especies animales y vegetales completamente

desparecidas, hasta llegar á la hora de paz y de armonía en que los continentes se han dibujado en sus límites, y los mares se han reclinado en sus lechos, y la atmósfera se ha descargado de sus vapores y de sus tinieblas, para que en la cima del organismo, alimentado como la más lejana nebulosa por la universal combustión del oxígeno, brotase el humano cerebro como el espacio inmenso, en cuyos ojos, brillantes á guisa de bellas constelaciones, se reflejara la superior y progresiva vida del humano espíritu. La verdad es que la inspiración concluirá por encontrar tarde ó temprano el lado poético de todas estas grandezas.

Mostradle á cualquier persona vulgar, por ejemplo, una navegación; y si suele ver á la continua su curso, parecerá cosa liviana y de ninguna monta, como al oficial de taller los trebejos de su pintor ó al sacristán de amén los altares de su iglesia. Pero poned á Homero en medio de ese mismo espectáculo, y veréis cómo halla en seguida lo típico en lo individual, lo eterno en lo mudable, lo uno en lo vario; la astucia congénita al mareante en Ulises; la fidelidad conyugal, más indispensable en la vida marítima que en la vida ordinaria, por las largas separaciones, en Penélope; la natural invocación á las fuerzas sobrenaturales en los sacrificios consagrados á Neptuno antes de zarpar; la fortuna, acorriendo al naufrago y salvándolo del naufragio, en Ino; las playas amigas y hospitalarias en Nausicáa; las playas bravías é inhospitalarias en Polifemo; los innumerables lazos tendidos por las ondas á los marinos en las seductoras sirenas, coronadas de algas y de espumas; los escollos de hermoso aspecto y de traidoras celadas en la mágica Circe; y el trabajo marítimo se hermoseará en la poesía, como

puede hermosear un verdadero ingenio todas nuestras invenciones; la reluciente punta de platino en comunicación con cadena, cuyos eslabones entierran en los abismos del planeta los rayos engendrados en los abismos del cielo; el globo aereostático ascendido á las alturas como para dar al hombre alas semejantes á las del águila y alzarlo donde no se alzan las más voladoras aves; la redomilla encantada, guardando líquido metal, sensible, á manera de aterciopelado pétalo, á los amorosos besos del calor; la fuerza contenida en las nieblas, en los vapores levantados por la aurora entre las florestas y los valles, fuerza tan tenue á primera vista, capaz de vencer las olas y los huracanes suprimiendo las distancias y arrastrando en pos de sí naves y carros, conducidos, como aquéllos de las divinidades antiguas, por majestuosas nubes; la retorta, donde se encuentra algo vencedor del oro, llamas en el agua, esencias en el aire, elementos en los antiguos elementos; la chispa portadora de una virtud plástica tal que esculpe como los cincelados de Fidias; el resplandor dotado de tal magia pictórica que retrata como los pinceles de Velázquez; la corriente eléctrica condensada en caja mágica, despidiendo centellas que culebrean por nuestros nervios y penetran por los duros metales, y avivan á los muertos, y mueven lo inerte, cual si tuviesen el don de los milagros; el gas que mantiene el rescoldo de la vida en lo infinito y pinta las hojas de la flor sobre sus tallos; el lente que penetra en lo invisible hasta descubrir los corpúsculos animados dentro de una gota de sangre, y el espectro solar que, aprisionando la luz de Sirio, nos muestra por los colores y los matices de sus iris la existencia allí de nuestros mismos elementos y la unidad cósmica de la ma-

teria creada correspondiente á la unidad divina del Criador.

La creación universal no acaba, señores, al aparecer la mãs perfecta de las criaturas, el hombre. Entonces puede asegurarse que comienza, uniéndose las fuerzas de la naturaleza con las fuerzas del trabajo. Nacemos sujetos á dos combates: al combate con los seres inferiores y al combate con nuestros semejantes. Llamamos á éste guerra, y trabajo á aquél. Por una de esas contradicciones, en nuestra naturaleza frecuentes, la poesía ha cantado con preferencia al trabajo que vivifica la guerra que mata. Mayor fama cabe á Caín por sus crímenes que por sus siembras. Y las obras de arte inmortales deben su inmortalidad tanto al mérito que pone en ellas el artífice como á la idea que pone el tiempo, pues individuales por su origen, también son por su carácter eminentemente colectivas y sociales. La Iliada contiene en sus hexámetros la primera guerra entre Asia y Grecia; la Eneida habla al pueblo romano de la fundación de Roma; la Divina Comedia compendia, compendiando los dogmas, la vida llena de remordimientos y de penas en los infiernos de su siglo; las Luisiadas repiten los cánticos divinos inspirados por la alegría que embargaba al hombre en los albores de la historia moderna, al ver poblarse los mares de tierras aromadas y al sentir difundirse por sus venas la savia exuberante de nueva vida, la cual, ingerta en nosotros, alejaba los recuerdos de la primera culpa y desvanecía los temores al eterno castigo. Si cada edad posee una epopeya, tócanos á nosotros la epopeya humana por excelencia, la epopeya del trabajo. El libro de los españoles será siempre el Quijote, y el libro de los ingleses, el Robinsón. Dos ingenios, des-

iguales en mérito, pero iguales en desdichas, los han escrito. El uno, como buen español, ha perdido su mano izquierda en las guerras religiosas, y el otro, como buen inglés, ha perdido su oreja derecha en las guerras políticas. Estudiante en Alcalá, sopista en Salamanca, doméstico de cardenales en Roma, soldado de tercios en Lombardía, héroe de esfuerzo en Lepanto, enfermo de gravedad en Mesina, combatiente en las costas de África y en las costas de Grecia, cautivo en las mazmorras de Argel, forzado en las galeras de Azán, obscuro vecino de Esquivias, proveedor en Sevilla, alcabalero en Granada, pretendiente en Valladolid, ha conocido su España como Foe, periodista, mercader, industrial, aduanero, soldado de Monmouth, preso en Newgate, empleado en Escocia, satírico, historiador, economista, presbiteriano, plebeyo, conspirador y conjurado, puesto en el rollo, herido del verdugo, conoce su Inglaterra. Sin duda, por tal conocimiento, el gran escritor español y el discreto escritor inglés nos han dado, cada cual con sus medios propios, sendos tipos de sus respectivas naciones. Recio de complexión, seco de carnes, enjuto de rostro, aguileño de nariz, largo de piernas, corto de genio, en su natural óptimo, en sus ensueños desatinado; el tipo español, es decir, el hidalgo de lanza en astillero, malbarataba hanegadas de sembradura por libros de caballería, dándose á leerlos en sus ratos de ocio, los más del año, por tan extraña manía que, frizando ya en los cincuenta, parecíale necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, limpiar de moho las arrinconadas armas, coser á morrión simple celadas de papel, apercibir huesoso rocín, escoger por dama de sus pensamientos á fornida moza de

vecino lugar; y blandiendo al aire su lanza, y embrazando al pecho su adarga, salir por la puerta falsa de un corral tras aventuras que le procuraran ocasiones de enderezar entuertos, desfacer agravios, desencantar dueñas, reñir con follones y malandrines, hender gigantes, sin más deseo que granjearse fama eterna en renombradas historias, ni más fin que servir al desgraciado en continuas hazañas, para todo lo cual se llevó consigo por escudero á socarrón labrador, de poca sal en la molla y mucho apetito en el estómago, dispuesto á ganar en cualquier quitame allá esas pajas alguna ínsula donde le dejasen de gobernador: retratos parecidísimos á esta nación idealista, amiga de la guerra y enemiga del trabajo, enamorada de ideal ya extinguido en la conciencia humana, resuelta á resucitar la Edad Media en plena Edad Moderna, sufriendo toda suerte de desastres por sus empeños imposibles y sus combates fabulosos, á pesar de la fortaleza de su brazo y de la energía de su ánimo, sin ventura aunque merecedora de alcanzarla, cuyos caballeros tenían por descanso pelear, y cuyos campesinos, de mejor sentido y más sabedores y expertos en las artes de la vida, sólo esperaban su medra, eternos pretendientes, de la corte y del Gobierno; bien al revés de aquel Robinsón, sin ningún ingenio y sin brillante palabra, sin los ardores de nuestra fantasía meridional ni los tesoros de nuestra riquísima elocuencia, lector de un solo libro, la Biblia, hojeada tres veces al día; y que eterno navegante, como los sajones y los normandos sus abuelos, boga sin descanso y naufraga sin remedio, salvándose por sus virtudes hereditarias, por la fuerza de voluntad, y acogiéndose solitario á isla desierta, donde, ayudado de su buen sentido y

de su industria, contando sólo consigo mismo, procura-se todos los instrumentos necesarios á sujetar, como los exploradores de los Estados-Unidos, como los puritanos de la flor de mayo, como los navegantes de todas las zonas, como los mercaderes de todas las factorías, los horrores del clima con los esfuerzos del albedrío; y de esta suerte, deja en facturas prosáicas, en estadísticas llenas de números, en mostradores atestados de cuentas, el tipo más propio de nuestra edad, el trabajador libre y dominador de la materia bruta, en la leyenda más digna de nuestro siglo, en la leyenda del trabajo. Pues si el gran escritor español y el discretísimo escritor inglés han dejado verdaderamente dos tipos, aquél de una edad que concluía en principios del siglo decimoséptimo, y éste de una edad que comenzaba á principios del siglo décimooctavo, ¿por qué nuestro tiempo no tendrá la Iliada del trabajo, como otros siglos han tenido la Iliada de la guerra, cantando las victorias sobre las resistencias ciegas de la fuerza, como otros siglos han cantado la victoria del hombre sobre el hombre? Esta poesía concluirá por dominar, en cuanto amen los pueblos más á sus re-dentores que á sus tiranos. En las letras, emanadas de nuestras ideas, antes brillará el desasosiego de Pitágo-ras al interpretar las inscripciones grabadas por las es-trellas en los espacios, que el anhelo de Aquiles al arras-trar el cuerpo de Héctor en los campos de Troya, y antes acudirán las imaginaciones, ansiosas de ideas, al ban-quete de los platónicos y á sus inmortales diálogos, que al banquete de los atridas y á sus repugnantes venganzas. Las batallas empeñadas por tantos guerreros en las tole-danas vegas, no dejarán rastro cuando todavía busquen los ánimos elevados el paredón moruno á cuya som-

bra se escribieron las tablas de Alfonso X, y el prado y la fuente de cuyas esencias y de cuyos rumores brotaron las églogas de Garcilaso. Los guerreros más célebres del siglo décimotercio habrán desaparecido de la memoria universal, en tanto que la lira cantará las evocaciones de Lulio á las fuerzas ocultas de la razón humana. Como hoy se investiga por las ruínas del foro, entre el Coliseo y el Capitolio, la tierra donde cayera César envuelto en su sangrienta gloria, se buscará mañana el sitio donde puso Copérnico aquel antejo, con cuyo auxilio observó el eclipse de luna que le condujera á inducir el movimiento de nuestro planeta. Por las piedras de la vía Apia, por las colinas de los patricios y de los plebeyos, los sepulcros rotos han despedido de sí hasta las cenizas de los conquistadores que se creían eternas, en tanto que las estatuas talladas por los esclavos griegos todavía están de pie sobre sus aras sacras, recibiendo, si no el culto, la admiración de todas las generaciones. Las luchas caballerescas de Carlos V y de Francisco I; las guerras religiosas entre Felipe II de España é Isabel I de Inglaterra; los combates entre las órdenes teutónicas y los emperadores de Alemania, no interesarán como los esfuerzos de Paracelso por extraer de la cábala y de la alquimia la medicina y sus luchas con los avicenistas; como las investigaciones de Keplero mostrando la armonía entre las matemáticas de nuestra mente y las matemáticas de las esferas, armonías por las cuales obedecían los mundos á sus concepciones, como obedecen los instrumentos músicos en sus cuerdas y en sus teclas á las notas del pentágrama; el espíritu de Galileo, al ver cómo la majestuosa lámpara colgada del crucero de Pisa, enseña las leyes del péndulo; las

correrías de Vesala por las horcas de las ciudades en pos de los ahorcados, medio comidos de los cuervos, para estudiar el esqueleto y conocer la anatomía; la lamentación en piedra esculpida sobre el sepulcro de Florencia por la mano titánica de Miguel Ángel, cuando, al ver muertas la República y la libertad, se convence de que los colosos de mármol esculpidos en el sepulcro de Julio II y los titanes pintados en las bóvedas de la Sixtina, no eran de carne y hueso, sino sombras de un pensamiento, en el cual se condensaban las sombras caídas de la conquista, del despotismo y de la guerra, que traían con la muerte de toda libertad la muerte de toda inspiración, y con la muerte de toda inspiración la eterna noche sobre la infeliz Italia.

Como hay una ciencia moderna de la naturaleza, mayor que la antigua ciencia, habrá una poesía, mayor que la antigua poesía. Y como tenemos un concepto del trabajo superior al antiguo concepto, tendremos una leyenda ó una epopeya de los trabajadores, superior á las antiguas leyendas y á las antiguas epopeyas de las conquistas y de la guerra. Sectas opuestas y exclusivas han dicho que á poca ciencia corresponde mucha religión y mucha poesía, como á mucha ciencia poca religión y poca poesía. Pero una reflexión más profunda demuestra que así como nuestras facultades son eternas, también son eternas las satisfacciones á esas facultades; y que mientras exista el hombre, existirán y coexistirán con él eternamente la religión, la poesía y la ciencia. El espíritu es uno en su esencial substancia, y las obras ó hechuras del espíritu grados de su existencia en continuo desarrollo. Así el espíritu se eleva, por esta ley, desde el seno de la naturaleza al seno del Estado, un término su-

perior en la serie l6gica de sus manifestaciones diversas. ¿Creéis que no hay tanta vida en el mundo social como en el mundo natural? ¿Creéis que no es tan necesaria al hombre la tierra que lo nutre como la naci6n que lo educa? La idea del Estado se ha engrandecido en el espíritu moderno como se ha engrandecido la idea de la creaci6n. Y engrandeciéndose la idea del Estado, se ha engrandecido la poesía política que podríamos llamar poesía de la libertad. ¿Creeréis, si no, el privilegio más id6neo á la inspiraci6n que el derecho y más hermosa la servidumbre que la igualdad natural? Aquellas castas indicas, mantenidas por una religi6n obscura é incipiente; aquella monarquía persa, derivada de la guerra entre principios opuestos, ó mejor entre enemigos dioses; aquel Estado griego y romano creídos de que tenían aptitud para regular desde los trajes hasta las creencias; el endiosamiento de los emperadores, cuya voluntad se elevaba en las sentencias de los jurisconsultos á fuente de las leyes; la soberanía feudal confundida con la noci6n de la propiedad y contando las cabezas de siervos como pudiera contar las cabezas de ganado; los conflictos entre las pretensiones excesivas del sacerdocio empeñado en volvernos al Asia y la autoridad invasora del imperio empeñada en fundarse sobre ruínas de la Roma cesárea; los sofismas de aquel patriarcado que elevaban tristemente un mortal á imagen privilegiada de Dios mismo, no pueden prestarse al arte y á la poesía como se prestan leyes emanadas de la voluntad general; derechos arraigados en la esencia misma del hombre; Estados sometidos á la raz6n pública, y que lejos de disponer á su arbitrio del honor y de la fortuna y del hogar y de la vida de los ciudadanos, les asegura desde sus

propiedades hasta su dignidad como imagen viva que son de la justicia. Sé á ciencia cierta que muchos amadores de restauraciones literarias vuelven los ojos atrás, creyendo fácil resucitar, por obra de imitación, afectos ya extinguidos. Sé también que achacan á nuestro tiempo falta de arte por sobra de libertad. Pero yo os pregunto qué siglo de la historia conoció guerras y cruzadas movidas por la poesía como este siglo tachado de prosáico. No le convenía, no, á Inglaterra, como nación, la libertad de Grecia, y la auxilió por atender al coro de poetas que la pedía en sus versos, sacrificando así á una idea estética, más que política, la razón de Estado. No le convenía á Francia, como nación, la independendencia y la libertad de Italia; pero se alzaban sombras tan augustas de sus campos y voces tan sublimes de sus sepulcros; se oían, derramadas por sus aires, cadencias tales en los Misereres de Palestrina y en las plegarias de Rossini; se veían en sus cielos de arboles tantas figuras hermosas surgidas de inagotable paleta y en sus piedras de mármoles tantos relieves trazados por creador cincel, que cada corazón sentía una emoción artística á su recuerdo; y todas estas emociones se juntaron á suscitar la cruzada que abrió el sepulcro donde yacía enterrada la madre de todas nuestras naciones. No le convenía, no, á la América del Norte arriesgar su admirada vida por los míseros esclavos de los estados del Sur; pero la tribuna resonará con tales discursos, las iglesias con tales sermones, los hogares con tales páginas de novelas íntimas, la lira con tales acordes de libertad universal, que se formará como una apelación á la conciencia humana, engendrando aquel puritano, venido al Capitolio desde los grandes desiertos, como un profeta, á morir, después

de expugnada y vencida la Babilonia de la esclavitud, cual santo mártir de su fe, por la redención y la libertad de los negros. ¿Y al siglo de cruzadas así le llamaréis siglo de escasa poesía?

Yo creo, por lo contrario, que en ningún tiempo la poesía lírica encontró acentos de tan subida entonación, como en ningún tiempo la libertad encontró cantores de tan vario estro. Al comenzar nuestra centuria, y con sus primeros años, la guerra por nuestra independencia; entre las ruínas de Zaragoza y de Gerona, entre las bombas clavadas en los muros de Cádiz, tintos en sangre nuestros ríos, desolado por los incendios nuestro suelo; en aquella ocasión de sacrificios inmortales, que forjaron al fuego de la guerra nuevamente el alma nacional, y le dieron, si cabe, más acerado temple, oyóse hervir la inspiración volcánica de Quintana, dando á la nativa energía nuestra más vigor, y haciendo con estoica firmeza un crimen de toda vacilación en la esperanza; ardor rayano de demencia en aquel instante, á no tratarse del valor en la guerra y del ánimo para la muerte congénitos á nuestra heroica España. Al poco tiempo, el más melancólico de los poetas italianos, Leopardi, vagando á la sombra de los muros caídos y los arcos rotos, que el jaramago cubre con su sudario de amarillas flores y el buho entristece con sus quejidos de siniestros ecos, encontraba la lira heroica de Simonides, y le arrancaba estancias dignas de grabarse en los desfiladeros de las Termópilas y de resonar en las aguas de Salamina y en los campos de Marathón y de Platea. Y, en seguida, un patricio inglés, de compleción inquieta, de familia normanda, de voluntad zozobrosa, de fantasía relampagueante; coronado con las espinas de sus

dudas que le taladraban las sienes, y consumido en la antorcha de su inspiración que le abrasaba las manos; después de haber corrido varia y luctuosa suerte en tantas tormentas y en tantas pasiones, llegó, henchido el corazón de amor entonces feliz, vibrantes los labios de cánticos ya inmortales, á Grecia, en la exaltación de su estro y en la flor de su juventud, á pedir muerte á la inmortalidad helénica y sepulcro á la cuna de los poetas y de los dioses. Y cuando tornaban nuestros desterrados del veintitrés, la legión sublime que traía en las manos el D. Álvaro de Sevilla y en la mente el D. Félix de Salamanca, comenzaba su elegía en el destierro un poeta eslavo, hijo predilecto de la infeliz Polonia, y tan rendido amator de su patria, por opresa y desgraciada, que la veía retratarse en el extraño hogar, donde chisporroteaba el tronco de Noche Buena, sosteniendo con las lanzas de sus soldados la cúpula de San Pédro vacilante al empuje de tantas herejías; visión traída de los celajes patrios mirados por última vez con los ojos enrojecidos que buscaban inútilmente los ángeles apocalípticos, apercebidos por la ira celeste al castigo, de aquellos tiranos, cuyos esbirros hirieran los sacerdotes al pie de sus altares para anudar en la garganta el rezo de la humana aflicción á la divina misericordia, y arrancaran á las tumbas los huesos de cien generaciones para desarraigat hasta las últimas raíces con que á la tierra se une la vida de un gran pueblo. Y á su vez los opresores de Polonia engendraron poetas y tuvieron que oprimirlos. Aquél, por cuyo ingenio vivirá eternamente la lengua moscovita, según el general sentir europeo, vino al mundo con fantasía creadora, y los primeros arpegios de su fantasía, en la alborada de la vida, sobre las na-

cientes ilusiones, cuando los ojos sólo descubren mariposas y los oídos sólo perciben melodías, los primeros arpeggios, iba diciendo, de su fantasía, consagráronse á cantar la libertad. Mas este cántico le valió un destierro en sus mocedades; y este destierro una tristeza inextinguible en toda su existencia, la mitad de ella dedicada á plañer el dolor en la servidumbre y la otra mitad á rastrear la poesía en la historia, la poesía en las tradiciones. Y agitado por las chispas eléctricas de sus inspiraciones corrió desde la estepa al mar, desde el mar al Cáucaso, desde el Cáucaso al Danubio, y en todas partes, al par que respiraba el aire puro de las montañas y de los campos y de las ondas, recogía los gérmenes de una poética nacional, correspondiente á las tradiciones. Y su vida se arrastró recelosa entre esbirros y se extinguió triste en un duelo. Y el mejor de sus poemas «Oneguine» canta el hastío; y la mejor de sus estrofas plañe un poeta joven que muere llevándose á la eternidad el misterio de su poesía. Mas, á pesar de todas estas contradicciones, si el despotismo le ha arrebatado sus derechos, nótase en todas sus obras que no ha perdido nunca el sentimiento de la libertad, revelado en cada una de sus estancias, como el ruiseñor cautivo, á quien los pastores de Thesalia arrancaban los ojos para que cantase más, ponía en todas sus notas y escalas el amor á los bosques habitados y á los horizontes recorridos en más felices días. Y si las soledades rusas manaban tanta poesía, imaginaos cuánto manarían las encinas germánicas. No hablemos, puesto que pertenece á la dramática, de aquella resurrección de la leyenda de Guillermo Tell, elevando sobre los lagos dormidos en sus copas de záfiro, y las nieves relumbrantes en sus cimas eternas, el

cielo ideal de la libertad. Hablemos de los poetas líricos: Ulhand, que se gozaba en oír la esquila del ganado tornando al aprisco y la canción de la moza de cántaro recogiendo el agua en la fuente de su aldea; Ulhand, que seguía el primer vuelo de la matinal alondra y el rayo último de la nocturna estrella, á ver si podían juntarse alguna vez en los aires, truécase de pastor de égloga en soldado de epopeya, cuando la conquista despierta en su alma acongojada el amor á la patria libre, y el amor á la patria libre despierta en sus sentimientos vivísimos la aspiración al humano derecho. Y Teodoro Koerner; afilando su espada en las piedras drúidicas donde afilaron los sacrificadores el cuchillo para ofrecer víctimas á sus sangrientas divinidades, corre á las batallas, en pos de una bala, que partiendo su pecho, redima su alma y enseñe á los suyos cómo se combate y se muere por la libertad y por la patria. ¿Qué más? Hasta el poeta de la ironía y de la duda, á quien sus inspiraciones le daban como alas de ángel y sus cóleras como mareos de beodo; profeta bíblico en algunas estancias suyas, dignas de Jerusalén, y cómico aristofanesco en algunas invectivas propias del mercado; con las lágrimas de la elegía sublime en los párpados, convertidos á recoger la luz de lo infinito, y con el hedor de la orgía en los labios abiertos para vomitar la blasfemia y la calumnia; semita con toda su solemnidad y francés con todas sus gracias; obscuro y soñador como un germano y claro y armonioso como un griego; aunque impío é irreverente quiera turbar la paz en todos los templos, desde aquéllos del Egipto y Caldea que tenían por vasos de oro los astros, hasta aquéllos de góticas agujas que se retratan en las aguas del Rhin y enseñan á orar con las melodías de sus ór-

ganos; aunque escéptico, burlón, indiferente, dado á colgar bajo las hojas de su corona de laurel ruidosos cascabeles; jugando con las ideas como un niño con las joyas frágiles, cuyo brillo mira, pero cuyo valor ignora; conserva siempre, allá en el fondo de su corazón, religioso culto á las dos ideas capitales del mundo moral, á la idea de Dios, y á la idea de la libertad; á manera de esos ángeles de la leyenda que, caídos de la gracia y desterrados al abismo, llevan en la faz eternamente vagos reflejos de su pristina belleza. Y si de esta suerte canta Alemania, ¿cómo cantará la revolucionaria Francia? La voz de la libertad se une á tantas melodiosas voces como llenan el alma de aquel poeta, á quien permitió el cielo calmar con un acento de su voz las pasiones desbordadas de la muchedumbre; y el amor á la libertad abría el pecho de aquel otro poeta que parecía no amar sino los ídolos de un día y no sentir sino la emoción de un momento en la rica variedad de sus asuntos y de sus formas. Pero el Titán de la nueva idea literaria; el que encerró en versículos semejantes á los versículos de Isaías el alma de su siglo, fué, ya lo habéis nombrado, Víctor Hugo. Nacido en Francia, pero educado en esta tierra de las antítesis y de la hipérbole, donde la nativa originalidad del ingenio se ha negado de antiguo, así á las reglas de lo artificioso como á las rutinas de lo convencional, llevóse consigo la savia del terruño español en las venas y en la frente el beso indeleble de nuestra luz meridional; y creyendo que cada excelso ingenio representa todo un sistema planetario, y se dicta á sí mismo la ley como un Dios, lanzó grito de guerra contra la tradición de las escuelas y contra el falso aristotelismo de la poesía. La revolución francesa, que lograra des-

tronar la monarquía de Versalles, dejó intacto el infalible, el inefable, el sacro gusto versallés, vencedor y dominador durante siglo y medio en todas las regiones de Europa. Y en aquellos jardines tallados por combinaciones geométricas, donde dioses contrahechos, pálidas sombras de una mitología muerta, se erguían y pavoneaban enfáticamente por todos los ángulos, entró Víctor Hugo con el recuerdo de que aún existían las selvas naturales y los campos feraces poblados de una viva poesía; y por aquellos salones, donde se aglomeraban los cortesanos encerrados en sus casacas y ceñidos con sus gigantescas pelucas empolvadas, deslizóse Víctor Hugo, con el recuerdo de que no lejos de allí bramaban y rugían, como océano encrespado, los pueblos; y en el teatro, sujeto á las unidades, como los jardines á la geometría y los cortesanos á la etiqueta, apareció Víctor Hugo con el recuerdo de que en las cimas de la gloria vivían, revestidos de la inmortalidad, Lope, Shakespeare, Calderón, los cuales no siguieron otros códigos que los cuasi divinos de su celeste inspiración; y con estos sencillos principios, encerrados en versos fulgurantes, fundó la soberana libertad del ingenio y devolvió sus alas á la prisionera poesía. Pertenece, pues, á nuestro tiempo con mayor derecho que á ningún otro tiempo la lírica de la libertad.

No puede ocultárseme que achacan al siglo muchos de sus naturales enemigos falta de respeto á la historia. Señores, ya que tratamos de los concep^los fundamentales, propios de esta edad, no olvidemos que si la idea de la naturaleza y la idea del Estado crecieron desmesuradamente en el espíritu moderno, creció en iguales proporciones también la idea de la Historia. Ningún tiempo

conoció poeta que anime las ruínas, y evoque los muertos, y recoja las cenizas de los sepulcros, y reciba el polen de las guirnaldas funerarias, y hable con los fantasmas de los panteones, y muestre las torres y los adarbes dibujados en las indecisas nieblas de los recuerdos, como aquél en cuyo sér la poesía no es una profesión ó un arte, sino la vida toda entera, y que errante de pueblo en pueblo, á guisa de trovador en la Edad Media, y ostentando ante la uniforme sociedad nuestra el natural indócil de su complexión, aviva toda nuestra historia; en la campiña de Toledo la tradición del Cristo de la Luz y en las márgenes del Arlanza los torreones del castillo de Pampliega; en el corazón popular el más maldecido y el más amado de los reyes, D. Pedro el Cruel, y en la memoria popular el más extraño y el más copiado de nuestros tipos, D. Juan Tenorio; en las almas cristianas el Te-Deum, cantado bajo los muros de Santa Fe por los ejércitos españoles, al ver brillar los rayos del sol naciente en las crestas de las Alpujarras por las argentadas líneas de la cruz erguida sobre las torres Bermejas, y en las almas de nuestros hermanos de África el suspiro lanzado por el proscrito, al pie de las palmeras solitarias en el Oasis, y al eco del simoun resonante en el desierto, por cuyos celajes se ven fantaseadas las aljamas de Córdoba, la Giralda de Sevilla y la Alhambra de Granada, inspirando á la nostalgia del destierro y á las cuerdas de la guzla desgarradoras lamentaciones en profundas é inmortales elegías: que la voz del poeta es la voz de toda nuestra alma y su inspiración la llama exhalada del centro de nuestra tierra. Las edades idóneas para las leyendas históricas son estas edades llamadas de transición. Aunque el tiempo nunca se deten-

tal del Padre, con Jerusalén, y por la esperanza con la ciudad mística del Hijo, con la gloria; rota en mil pedazos al dividirse el mundo romano en oriental y occidental y venir sobre esta división los bárbaros, con lo cual toma tres aspectos: bizantino y cortesano en Procopio, teológico y enciclopédico en Teodoro, bárbaro en Jornández; artificiosa y retórica en los eruditos de Oriente; dura y seca en los cronistas de Occidente; nacional con Froissard, con el arzobispo Rada, con el rey Don Alfonso X, por los siglos en que las naciones modernas comienzan á dibujarse bajo la sombra de las monarquías históricas; griega en los filósofos del Renacimiento; observadora profundísima del corazón humano y de la humana sociedad, en Maquiavelo; naturalista, en nuestros escritores de Indias, como Oviedo; clásica en Hurtado y en el P. Mariana; social desde la segunda mitad del siglo décimoséptimo hasta la primera mitad del siglo décimoctavo, ya explique las leyes de la Providencia con Bossuet, ya las edades de la humanidad con Vico, ya las instituciones con Montesquieu, ya el derecho internacional con Grotio; eminentemente crítica en el siglo décimoctavo y eminentemente filosófica en nuestro siglo, ha crecido, si cabía que creciera, á nuestros mismos ojos, juntando el principio de la unidad de Dios con el principio de la unidad del hombre; la ley de la realidad lógica en los hechos con el dogma moral de la libertad en los individuos, la creencia que nos inspira la fisiología en nuestro parentesco estrechísimo con todo el universo y la creencia que nos inspira la filosofía en nuestra redención gradual con los redimidos y por medio de los redentores; todo lo cual ha dado á la historia, engrandecida é iluminada, las proporciones y los cortes de

una maravillosísima epopeya. Recordaráme algún malicioso que el siglo, estimado por tan progresivo, se inclina hoy á la idea pesimista con tanta fuerza como á las ideas optimistas se inclinaba hace poco. Levántanse, en efecto, no diré escuelas filosóficas, sino genialidades atrabiliarias, que en la tierra ven una sucesión de generaciones sacrificadas, en el amor un equivalente de la muerte, en la cuna el germen de todas las penas, en la vida el continuo suceder de todos los dolores, en el Estado una fuerza opresora, en la sociedad un carnaval perpetuo, en el comercio y las relaciones sociales una cacería sin término y una batalla sin tregua, en las ilusiones engaños y desengaños en las esperanzas; por los horizontes del arte neblinas recamadas de ópalo y grana que sólo llueven los oropcles de la mentira; por las cimas de la ciencia espirales de sofismas que sólo persuaden á la duda; en el sistema solar y sus planetas otros tantos purgatorios, donde arden almas en pena sin más porvenir que el sueño eterno; en la naturaleza toda una aglomeración de celadas, un cúmulo de engaños, el hambre por incentivo, la envidia y el odio por necesidad, la guerra por ley; siempre la misma tragedia para todos con el mismo desenlace de una última enfermedad, resuelta en una podredumbre horrible; siempre la misma suerte; el no sér alcanzado por el suicidio universal de la humanidad, tristemente hastiada y convencida de que el espacio es vacío, y lo único eterno y cierto el perdurable silencio en los pavorosos abismos de la nada. Creó tales ideas desviaciones de la órbita que recorre nuestro tiempo. Júzgolas alarde de mal humor pasajero más bien que expresión de convencimiento profundo. Pásale al espíritu humano como al espíritu individual:

todos estos arranques nacen de un minuto y mueren pronto en el conjunto de los seres y de las cosas. Sucede con esta filosofía de la desesperación lo mismo que sucede con el arte realista: no pasa de accidente. Toda filosofía verdadera resulta, al fin y al cabo, idealista, como todo arte se resuelve en ideal. Tras las nubes el cielo azul y bajo los oleajes el mar sereno. Tras los sofismas de un día las verdades eternas. De los sofistas nació Sócrates, y con Sócrates la conciencia anterior y superior al Estado; tras los pesimistas veréis con mayor claridad el albedrío que busca voluntariamente la más alta moral aguijoneado por la conciencia libre, y el universo material realizando el bien por necesidad en obediencia á su legislador y en cumplimiento de sus leyes. Entre nosotros tenemos sentado al poeta célebre, que personifica con mayores títulos todas las tendencias pesimistas posibles en esta sociedad nuestra, espiritualista y creyente. Dará á su poesía por nombre un neologismo tal como Dolora; deslumbrará los entendimientos con los vistosos juegos de su ingenio soberano, tan admirable por la novedad y la riqueza de las ideas como por la corrección y hermosura de las frases; verá cada hecho de la vida y hasta cada fenómeno de la naturaleza como si espíritu y materia dependieran de su voluntad y se juntaran ó desunieran al conjuro de su albedrío; reirá y llorará según que le hierva la sangre de su corazón en las venas ó le amargue el paladar la hiel de su hígado; pero entre tantas innumerables voluntariedades de su musa independiente, veréis cómo conserva siempre el resplandor de su conciencia y en la conciencia la virtud de una idealidad inextinguible. Griten cuanto quieran los desesperados, la corriente de

los progresos continuos les arrastrará. Como la sabia química de hoy fué alquimia, y la sabia astronomía astrología, nuestro cuerpo estuvo en el limbo de la tierra y nuestra alma en el limbo de la barbarie. Hemos vivido en las cavernas lacustres como el mastodonte y hemos clavado el puñal de piedra en las entrañas de las víctimas para ofrecer ese holocausto á nuestros dioses antropófagos. Y aquí de la leyenda tan sabida en Alemania. Allá en nuestra madriguera, digna de las aves nocturnas, entró la tea de Prometheo, encendida por la chispa que arrancaba el hierro al pedernal, y la creímos el resplandor y el fuego de la vida, y deseamos poseerla y mirarla eternamente. Y una noche salimos de nuestras cavernas, y á través de la viciosa vegetación columbramos la luna, y creyéndola el luminar por excelencia, pedimos que nos dejaran vivir y morir en el éxtasis de una eterna contemplación. Y tras la luna vino el sol, y tras el sol la conciencia, y tras la conciencia la idea, y tras la idea el ideal: que los minerales quieren ser árboles, y los árboles flores, y las flores aves, y las aves cánticos, y los cánticos poesía, y la poesía tipo y el tipo arquetipo; y desde la ola del Océano hasta el latido del corazón, desde la abeja zumbando sobre el cáliz rebosante de miel hasta el arpa despidiendo la nota lanzada á la inmortalidad, todo lo creado busca el origen de su creación, y con átomos, chispas, esencias, aromas, gorjeos, alas, vuelos, inspiraciones, cánticos, plegarias, incienso, todas las criaturas suspiran por unirse con el eterno amor.

Quien desconozca esta aspiración universal, jamás entrará en el templo henchido de misterios y poblado de oráculos, que inefable para la humana lengua, por deno-

minarse con alguna denominación, aunque sea imperfecta, se denomina arte. El espíritu en la naturaleza sufre algo de la fatalidad que en la naturaleza reina. El espíritu en la sociedad, en el Estado, aunque más libre, se halla cohibido por leyes coercitivas, por leyes sociales, en las que hay también una parte considerable de necesidad. La región luminosa de la libertad empieza en el arte. Esta esfera de nuestra vida espiritual se distingue de las otras esferas en que lleva en sí misma sus leyes y su fin propio. El arte puro no tiene ninguna utilidad, y en esto consiste principalmente su grandeza. El arte, por no obedecer á ninguna ley extraña á él, ni siquiera obedece á las leyes morales; y por no tener ninguna finalidad á él ajena ¡ah! ni siquiera tiene por fin el bien. Lo produce; pero sin voluntad de intentarlo. Ha cumplido toda su esencia cuando ha realizado la hermosura. No se propone lo primero que consigue: despertar puras emociones y desinteresada contemplación. Produce por producir, crea por crear, canta por la necesidad de cantar. ¿Qué le va, señores, á esa ave celestial en regalar ó no los oídos, allá por el bosque de ilusiones donde resuenan sus endechas y habitan sus amores? Pues bien, la idea del arte, como la idea de la naturaleza, como la idea del Estado, como la idea de la historia, también ha crecido en nuestros días. Así como hemos producido la ciencia geológica que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del planeta, hemos producido la ciencia estética que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del arte. Y cuenta que ninguna de las ideas fundamentales cambia tanto, ni la idea cósmica, ni la idea política, ni la idea religiosa, como la idea artística. Los prime-

ros cristianos veían la sonrisa del demonio en los labios de las estatuas griegas. Algunos, entre los padres de la Iglesia, aconsejaban á los artífices que pintasen y esculpiesen feo á Cristo, por ser la hermosura cosa profana y hasta diabólica. En la tierra donde brotaron los dioses del arte, se extendió, al mediar nuestra era, la secta de los iconoclastas, que destruía los simulacros y borraba las efigies. Dos religiones, de las que más han cooperado á la educación del género humano, prohibían reproducir ni copiar los seres animados, porque toca en irreverencia dar aspecto de vida á figuras incapacitadas de alcanzar la vida toda entera. Los recuerdos clásicos tienen tal omnipotencia en Italia, que ninguno de los artistas del Renacimiento comprendió la belleza del gótico. Y los artistas de la Edad Media no comprendieron, hasta que el Renacimiento se avecinaba, la corrección y la armonía de las órdenes griegas. El autor de las empresas políticas maldecía del Dante, y el autor del Cándido llamaba á Shakespeare deforme y bárbaro. Un crítico del siglo pasado, como por ejemplo, Moratín, ó de principios de este siglo, como por ejemplo, Sismondi, encontrará monstruosos y hasta repugnantes los más sublimes dramas del teatro español. Y un combatiente romántico, demagogo de la revolución literaria del año treinta, verá en las tragedias griegas, trazadas por Esquilo y Sófocles, frías estatuas de yeso. El poeta admirador de la antigüedad pasará por el poético Asís de Umbría y visitará un templo imperial de la decadencia romana, desdeñando el monasterio de San Francisco impregnado de tantas y tan místicas oraciones. Y á pocos pasos de allí, por el cruce-ro de la Porciúncula, artista empeñado en la resurrección de la Edad Media, trazará un fresco en que repro-

duce adrede la incorrección del dibujo propio de los primeros pintores monásticos, sólo por amor á la arqueología de un tiempo ya extinguido. Nuestro gusto huye de estas sectas intolerantes y condena á estos artistas exclusivos. Nosotros somos en arte, como en historia, mucho más universales y humanos. Como padecemos con todos los oprimidos, y admiramos á todos los redentores, tenemos el culto de todas las artes, y por dioses á todos cuantos han hecho bajar del cielo sobre el hombre los resplandores de la hermosura perfecta. No desdeñamos el poema índico en que rezan las selvas llenas de poesía panteísta; ni el apólogo persa en que dialogan el rruiseñor y la rosa á la sombra del ajimez y al amor de la luna reflejada en las aguas del Eufrates. Seguimos el viaje de los argonautas al través de las ondas del Mediterráneo y la peregrinación de los israelitas al través de las arenas del desierto. Cantamos en el coro que celebra, á la voz de Simonides, la rota de los Darios y los Ciro, y en el coro que alaba al Eterno á la voz de Moisés, en la tierra del Asia y á la vista del Sinaí, por el castigo de los soberbios Faraones. Vamos de puerta en puerta, como el Edipo coloneo apoyado en Antígona, preguntando á los vivos por la causa de nuestro pecado original; y de tumba en tumba, como el Hamlet danés, que acaba de maldecir á Ofelia, preguntando á los muertos por los enigmas de nuestros eternos y silenciosos destinos. Sentimos en nuestras manos el peso de las cadenas y en nuestros hígados el picotazo de los buitres que atormentaban allá en el Cáucaso al Titán de Esquilo, y en nuestra alma el dolor de la servidumbre y la envidia por la libertad del ave, del pez, del arroyo, del bruto que en la España de los em-

brujados y de los inquisidores sentía el Segismundo de Calderón. Buscamos por Judea el sepulcro de la hija de Jephthé, por Grecia el sepulcro de la sacrificada Ifigenia, por Verona el sepulcro de la pobre Julietta, llorando con todas las infelices en todos los tiempos las desgracias del amor. Asistimos en espíritu á los juegos pítihicos para beber en copa cincelada por Praxiteles agua de Castalia y oír bajo las ramas del laurel de Apolo versos de Píndaro y páginas de Herodoto, mientras los atletas vencedores reciben sus coronas y las vírgenes griegas trenzan sus danzas religiosas en el intercolumnio de templo tan armonioso como una oda y en presencia del Dios tan sereno como los horizontes de Grecia. Y luego, á guisa de los pobres penitentes de la Fuerza del Sino, vamos al yermo cubiertos del sayal, ceñidos del cilicio, á enterrar en la soledad un corazón desgarrado, á macerar en la penitencia un cuerpo dolorido; y nos abrazamos á la cruz de piedra, que indica la entrada en los retiros del Señor; y nos conmovemos al eco de la campana, que así convoca á los vivos como plañe á los muertos; y acudimos á la sombra de las torres y de la ojiva y del ciprés, y como las cigüeñas, fabricamos en las agujas de las capillas ó en las linternas de los panteones nidos de abrojos para nuestra alma desengañada; y oyendo y entonando el Miserere de todas las penitencias, cavamos con el azadón nuestra sepultura, no tanto para tener un hoyo en la tierra, como para recordar á las fuerzas devastadoras de la naturaleza que todavía existimos, y para pedir al ángel de la muerte que disperse con sus alas nuestro cuerpo como un montón de cenizas y nos deje en suelo cubierto por la yerba de los campos y humedecido por el rocío de los cielos aguardar en el sue-

ño eterno la misericordia divina que se apiada de nosotros y perdone nuestros errores y nuestras culpas en la hora apocalíptica del último juicio. Sí, pertenecemos á todas las artes y á todas las literaturas, con tal que broten de una fe sincera, de una inspiración sencilla é ingenua, y no representen restauraciones literarias ideadas con fines interesados y políticos, ajenos á la pura inspiración del arte. Somos como aquellos artistas del Renacimiento que entre los precursores de Cristo ponían á San Juan y á Virgilio; entre los doctores á Platón, ceñido de aureola tan sagrada con la aureola de San Agustín ó San Jerónimo; entre los patriarcas dormidos en el seno de Abraham á los antiguos moralistas; bajo el ara donde se celebraban los incruentos sacrificios de nuestra religión los bajos relieves donde se veían la ninfa y el fáuno ebrios con la embriaguez de una vida exuberante; junto á la hermenéutica evangélica el mitho de Puquis encerrando como una alegoría de la inmortalidad del alma; y por las bóvedas de la capilla Sixtina y por los altares de Santa María de la Pace los oráculos de Delfos, representados por las Sibilas, y las profecías del Jordán y del Eufrates, representadas por los Profetas, como para decir que el océano de nuestra vida espiritual se formó con los cuatro ríos de ideas que fluyen de Jerusalén, de Atenas, de Roma y de Alejandría. Hace pocos meses visitaba yo la catedral de Burgos, y estudiando su coro, encontréme en la misma silla arzobispal, bajo un relieve que representaba mística escena, otro relieve que representaba el robo de Europa por Júpiter convertido en toro, y parecióme descubrir toda la historia del Renacimiento. Igual universalidad tiene nuestro arte. No excluimos, por ejemplo,

en arquitectura el gótico, cual los clásicos franceses del siglo pasado, ni el griego, cual los románticos alemanes del siglo corriente. Admiramos todas las arquitecturas admirables. Y como decía el eterno oráculo del idealismo, en este sentimiento de admiración creemos tener el principio de nuestra ciencia. Llevad á un hombre de otro siglo á estos tres sitios: á las ruínas de Poesthum, á la Alhambra de Granada, á la catedral de Toledo, que representan el mundo oriental, el mundo griego, el mundo cristiano, y desconocerá completamente algunas de estas tres maravillas. Nosotros, por lo contrario, las sentimos y las comprendemos todas. Aún recuerdo la tarde en que yo ví las ruínas de Poesthum. Acababa de recorrer desde el cabo Miseno al cabo Minerva, y acababa de contemplar el Vesubio humeando en medio de la campiña partenopea con su cintura de ciudades bulliciosas y de ruínas yertas; las islas griegas engarzadas en espumas y ceñidas de templos; los escollos cubiertos de arreboles donde todavía habita Circe y el mar donde todavía cantan las Sirenas, y creí que no era dado ni á la naturaleza ni á la historia ofrecer más hermosos cuadros. Pero no contaba con el sublime cementerio donde yace insepulta la antigua ciudad griega. La bahía de Salerno se ostenta á los ojos; en el lejano horizonte las montañas de los Abruzos elevan sus crestas y sus cúspides tachonadas de nieve; por todos aquellos campos, donde crecieron las rosas que el romano deshojaba en sus orgías y el poeta celebraba en sus versos, la soledad y el silencio; bosques de helechos nutridos por aguas pantanosas exhalan fiebres mortales; vapores mefíticos condensados de maneras diversas, extienden por aquel luminoso cielo nubecillas de colores tan rojos que las to-

maríais por evaporaciones de sangre; en el campo desierto algún búfalo y en el aire silencioso algún cuervo; entre pilastras rotas, zócalos deshechos, plinths caídos, el severo templo de Neptuno con sus columnas dóricas y su frontón triangular, empapado todo él en tales rosáceos matices, que parece hecho con rayos de la aurora; y al través de sus intercolumnios, tras las plantas verdosas y las arenas áureas, el mar azul, cuyas olas se quejan blandamente como si lloraran en lamentaciones sin fin la ruína de la ciudad helénica y la muerte de los marinos dioses. Pasad de estas ruínas silenciosas á la abandonada Alhambra, y veréis cuán diversa, pero también, si es permitido hablar de esta suerte, cuán hermosa hermosura. En el patio de mármol la alberca de cristal; junto á las grecas de mirtos y arrayanes los surtidores de bullidoras aguas sombreados por los aleros de alerce y de marfil; en las paredes los azulejos de metálica porcelana, los alicatados de oro y ópalo y de azul y plata, el alhamí provocando á los sueños de la sensualidad con sus celosías, el ajimez conteniendo los misterios de voluptuoso amor; en las galerías las columnas airoas sustentando los arcos adornados de ligeras alharcas que parecen mecerse al soplo de las auras embalsamadas de azahar; tras el mirador los naranjales enlazados con las palmas y los jazmines con las adelfas; en las techumbres las estalactitas de mil colores cuyas agujas se idealizan al través de las humaredas de los pebetes; en el fresco y sombrío baño las estrellas abiertas por la bóveda y la música exhalada del alto camarín; y en todas partes la luz con que juegan las nieves de los picachos de Muley-Hacén y las lavas de las crestas de Sierra Elvira, los romances que comunican á los aires

del Darro y el Genil las continuas zambras de una ciudad en que los combates son juegos, las vegas torneos, la vida placeres, y la muerte misma una sensual é inextinguible alegría. Volad desde el jardín de los adarbes á la catedral de Toledo en alas del pensamiento, y de una ojeada abrazaréis toda nuestra historia. El consistorio enfrente para que la iglesia bendiga la libertad; el mercado al término de las colosales paredes de la izquierda para que á la sombra de la iglesia se cobijen los contratos; la posada de las Hermandades tras el ábside, á fin de que á la iglesia miren los soldados en sus salidas y entradas; las viviendas de los nobles por las calles vecinas, con sus emblemas y escudos, pidiendo como de rodillas á la iglesia que consagre sus tradiciones y salve sus privilegios; ante todo el monumento la torre, guiando con sus agujas, que hienden los espacios, al viajero, y conmoviendo con sus campanas, que se oyen de muchas leguas, á los fieles, como un faro espiritual que luciese y hablase al mismo tiempo; desde la puerta de la Feria á la puerta de los Leones, pasando por la portada mayor, tres siglos que veis en las primeras esculturas apenas salidas de su pesado cendal bizantino y en las últimas vencedoras de la rigidez antigua entre las armonías del Renacimiento; por los suelos, bajo el pavimento de mármoles, el pavimento de huesos que han formado tantas generaciones; por las paredes y en las capillas, sobre los sepulcros, á la sombra de los doseletes, los reyes y los próceres, cuyas efigies recuerdan nuestras grandezas y nuestros dolores, desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota, desde los campos de Calatañazor hasta los campos de Montiel, desde la nube de gloria en que va envuelto el cardenal

Mendoza que se alzó entre el término de la guerra de siete siglos y el nacimiento y comienzo del Nuevo Mundo, hasta la nube de ignominia en que va envuelto el triste favorito descabezado en el patíbulo de Valladolid; por las cinco naves todos los cambiantes de la luz apropiados á todos los deliquios de la religión, así las tinieblas donde oculta sus remordimientos la penitencia, como los iris en que tiñe sus alas de mariposa la esperanza; en los arcos la ojiva con sus líneas curvas, que buscan un punto á la manera que buscan las tortuosidades de nuestra vida la unidad absoluta, y tras los arcos los rosetones góticos, de cuyos vidrios brotan, como de rosas místicas, ángeles batiendo sus alas de colores y caen reflejos de mil matices entonando el oro de los altares y la llama de los cirios; en el coro las dos legiones de estatuas cinceladas en competencia por Felipe Borgeñés y Alonso Berruguete, como escapadas de los templos paganos á rendir homenaje á la universalidad religiosa del templo católico; en la capilla mayor los arzobispos que duermen y los arcángeles que velan, los doctores que leen sus libros de piedra y los mártires que agitan sus palmas de combate, las vírgenes coronadas de estrellas que os miran sobre nubes etéreas y los bienaventurados que repiten eternas letanías, los pajes que custodian las sepulturas y los serafines que entonan un Te-Deum inextinguible con voces angélicas; en este lado el bautizo, en otro el matrimonio, más lejos el entierro; por aquí los peregrinos religiosos de rodillas, por allí los peregrinos artistas extáticos; en los días de solemnidad el pueblo que ya reza ó ya canta, la salmodia de los sacerdotes mozárabes estrellándose en los alicatados de los alarifes mudéjares, las procesiones del ca-

bildo en que lucen las capas pluviales con los relicarios de pedrería; y al eco del órgano, entre las nubes del incienso acompañadas por los salmos, sobre la gradería cubierta de brocados, al pie del retablo lleno de figuras místicas que parecen personificaciones varias de la oración, la misa, que así como transforma el pan ácimo en sér divino por las palabras sacramentales de la consagración, transforma en ideas las piedras, por donde las almas suben, como por invisible escala, sacudiendo el polvo de la tierra y los dolores de un día, á saciar en la fuente de vida, en que beben su luz los mundos, la sed inextinguible de la eterna verdad y del infinito amor. ¡Feliz edad la nuestra, que nos consiente comprender en toda su exactitud y sentir en toda su hermosura las obras artísticas de todos los siglos y de todas las generaciones! ¡Feliz edad que ha llegado á tan sublime poesía!

Al espíritu no le basta con el arte, y subiendo en la escala mística suspensa entre lo finito y lo infinito, llega necesariamente á la religión. Vivimos la vida material en la naturaleza y otra vida superior en la sociedad, que abraza la familia y el Estado. En el arte predomina la sensibilidad, en la religión la fe, en la ciencia el pensamiento. Y como al principio de esta série de ascensiones se encuentra la más grosera materia, se encuentra al término la más pura idealidad. Yo declaro, pues, que así como creo superior el concepto de la naturaleza y del Estado y del arte en nuestro tiempo al concepto que tenían los siglos anteriores, creo superior también el concepto de la religión. Por temerarias tomarán muchos estas afirmaciones mías, tratándose de una edad que ha visto surgir sistema, seguido de mu-

chas gentes, en el cual se prescinde por completo de la religión como de cosa innecesaria y baladí. Mas yo os pregunto: ¿creéis privativa del siglo nuestro esta enfermedad del ateísmo? ¿Creéis que no la han sentido y no la han pasado muchos hombres superiores en otros siglos también? No es la centuria corriente la única que haya tenido entendimientos extraviados hasta el extremo de querer arrancar al cerebro el espíritu y al cielo Dios. Desde los albores de la ciencia hasta nuestros días, el materialismo ha existido, como desde los albores de la primer mañana del mundo hasta nuestros días han existido las sombras. No está en nuestras manos la extirpación del error ni la extirpación del mal, porque ambos á dos son congénitos á la naturaleza humana. Pero consolémonos pensando que también radican en nosotros, en lo más íntimo de nuestro sér, las incontrastables aspiraciones religiosas. La idealidad, que no vemos sino con los ojos del alma, es tan verdadera como la realidad misma. Mientras exista en el cielo y en la tierra un misterio impenetrable que ningún entendimiento puede descifrar; mientras nuestro corazón sienta amor inextinguible que ninguna pasión puede satisfacer; mientras pugne en el artista la idea con la expresión y lo inconmensurable del pensamiento con la fragilidad y estrechez de la forma; mientras en pos de cada deseo cumplido surja otro deseo mayor, y tras cada grado de la vida se eleve un «más allá» inevitable, y tras cada revelación de la ciencia, en que creemos tocar las cimas de la idea, otra cima todavía más alta, perdida en lo inmenso; mientras nos aquejen aspiraciones sin realización posible aquí en la tierra, ensueños sin objeto conocido, esperanzas insaciables, alzándose sobre todos los

misterios la muerte, pertinaz en llevarse las generaciones sin devolvérselas jamás y muda á las interrogaciones que entre lágrimas y sollozos le dirigimos al desaparecer los seres amados; mientras existan todas estas batallas en el mundo y todas estas contradicciones en el entendimiento, á través del dolor, columbraremos otra vida espiritual, á la que solamente llegará el alma, despojada de sus vestiduras terrenales, ciñéndose las dos alas místicas de la oración y de la fe. El sentimiento religioso existe en nuestra generación como existe en todas las generaciones. Pero lo que puede llamarse característico á nuestro tiempo, y propio del espíritu moderno, es la ciencia y la filosofía de la religión.

La historia moderna encuentra el alma de los pueblos en sus creencias religiosas. Así no hubo edad tan escudriñadora de los misterios encerrados en el mundo teológico por excelencia, en el Oriente, como nuestra edad tachada de escéptica por oscuras supersticiones que quieren á toda costa denostarla. Fatigarían la memoria los nombres de los sabios que han estudiado la religión mecánica del pueblo chino; que han descrito la trinidad india y la divinización del mundo en aquellos poemas de luz; que han mostrado cómo Buda extendió su doctrina, puramente moral, por pueblos innumerables; que han visto el primer asomo de la libertad en el dualismo persa y el primer horrador de la persona inmortal en la momia egipcia; que han hallado en los mitos sirios de la consunción del Fénix en la propia vida y de la muerte de Adonis las primeras apoteosis del dolor; que han desenterrado las moles sumidas en las calcinadas arenas del desierto, arrancando á los jeroglíficos el enigma de sus ideas y recogiendo el aroma de las primeras oracio-

nes inspiradas por la religión de la naturaleza á las almas, aleteando, como avecillas en su nido, allá en las primeras edades de la historia y en las primeras auroras del espíritu. Así como la filosofía de la historia es una de las ciencias propias de nuestro tiempo, lo es también la filosofía de la religión. ¡Qué enlace tan misterioso han hallado los filósofos entre las formas del lenguaje y las formas de las creencias! ¡Qué horizontes ha abierto á la historia moderna la entrada de nuestro espíritu investigador en las pagodas indias! ¡Qué enjambre de ideas ha levantado la revelación científica del secreto encerrado en los jeroglíficos egipcios! ¡Qué diferencia entre la sonrisa escéptica de los enciclopedistas delante de todos los dioses y nuestro recogimiento religioso en la contemplación de esos templos que guardan el primero y el último suspiro de tantas generaciones y que flotan, como naves místicas llenas de esperanzas, en el eterno diluvio de nuestras lágrimas! Las nuevas ideas etnológicas sobre las razas arias y las razas semíticas; las nuevas ideas filológicas sobre la serie de las lenguas; las nuevas ideas históricas sobre el crecimiento de la conciencia humana en los dogmas, se parecen hoy á larvas, prontas á tomar alas, en cuanto las anime el calor de una primavera poética, que la inspiración tiene sus estaciones como la naturaleza. Nos bañamos en ríos de ideas nuevas cuando Anquetil nos trajo el Zend-Avesta, y Sacy los mitos de Siria, y Champolion el enigma de las inscripciones egipcias que al comienzo de nuestra era contaban ya sesenta siglos de antigüedad, y Bournonf los primeros rudimentos de las gramáticas arias, y Grim la relación entre las lenguas modernas y las primitivas lenguas asiáticas, y Max Müller los Vedas y las últimas revelaciones del

sanscrito, en las cuales vimos vaciarse, como en su molde propio, desde el griego y el latín hasta nuestras modernas lenguas europeas. No conozco poema comparable al construido por la historia de las religiones, tal como la comprenden los modernos. En esos altares derruídos que pueblan las riberas del Mediterráneo; en esos templos de la muerte donde Isis se envuelve en su velo sembrado de estrellas de oro; en esos colosos que sacan sus frentes, como náufragos, entre las ondas de arena; en esas esfinges que las palmeras sombrean y las ruínas sustentan; en todos esos dioses dispersos por el planeta hemos leído las esperanzas, las aspiraciones, las plegarias, los deliquios que ha exhalado el género humano para llenar la inmensa distancia existente entre lo finito y lo infinito con coros de aspiraciones resplandecientes, cuya luz destella místicas y consoladoras ideas. Sobre todo, la religión pagana, la religión heleno-latina, encontró en nuestro siglo intérpretes que casi la revelaron de nuevo á la humanidad. Las polémicas entre Kreuser y Müller tuvieron tal ardor, que se dirían empeñadas por dogmas adorados y vivientes. Ellos nos revelaron las edades del paganismo: la primitiva y sencilla en los dioses cabires; la sacerdotal en Orfeo; la teocracia en la aparición y difusión del mito de Apolo venido de Oriente; la primera tendencia antropomórfica en el mito de Baco, que se asemeja á nuestras primeras herejías en la Edad Media; el antropomorfismo puro en Homero, cuyo poema traza la protesta de la libertad heroica contra la antigua teogonía jerárquica y sacerdotal; la descomposición de todos los dogmas en el análisis de la ciencia filosófica, el cual se extiende desde el primer poema de Xenophanes hasta el último libro de Séneca; la filosofía positivista en Eve-

hemero; la reacción en la escuela alejandrina y neo-pagana, que admite la Trinidad y el Verbo, pareciéndose así las doctrinas antiguas á las doctrinas cristianas, en esta última transformación, como los grandes ríos al mar en su desembocadura y en su desagüe. Tal conocimiento de la antigüedad ha conseguido que los dioses paganos aparezcan en la literatura contemporánea, no á la manera del pasado siglo en la escuela clásica, como símbolos é imágenes de ideas universalmente conocidas, sino vivos y regocijados, cual si todavía creyeran las gentes en su divinidad y la adoraran á una en los marmóreos templos. Si los primeros poetas griegos, los más religiosos, aquéllos que al son de sus cítaras elevaban, no tanto canciones como plegarias, volvieran á la tierra y conocieran al mayor poeta alemán después de Goethe, creerían que los dioses acababan de morir ahora mismo, al oírle quejarse de que el oráculo no hable ni en las encinas de Dodona ni en los laureles de Delfos; dolerse de que el Zeus Olímpico no truene en el Parthenón, ni la sabia Athene sonría bajo los olivos de la Ática; preguntar por qué los caramillos de los faunos ebrios no resuenan en las majadas y oteros, y los cuerpos de las sirenas griegas no palpitan turgentes en las ondas, y la voz de las Circes mágicas no se exhala seductora de los escollos sonoros, y el verde Glauco ceñido de algas no nada juvenil en el mar tranquilo, y la Bacante con su tirso de oro en la mano, su piel de tigre á la espalda, su corona de pámpanos en las sienes, no anima las vendimias; y en el Tirreno, y en el Adriático, y en el Egeo se oye una voz plañidera anunciando la muerte del Dios Pan, y con ella la extinción de la vida en el seno de la naturaleza y la extinción de la serenidad y de la armonía en los cielos

del arte. Esta armonía se ha roto, porque el espíritu humano se ha agrandado desmedidamente, porque ha bebido la inmortalidad en la copa donde bebió Sócrates la muerte, y ha visto á Dios en la cruz, en el patíbulo de los esclavos, donde murió el Redentor de los hombres. La obra principal del cristianismo fué separar la conciencia del Estado; sostener que la religión debe ser creída y observada por los mandatos espirituales de Dios y no por las fuerzas coercitivas del poder público. Tal sentido tiene la palabra de Cristo: dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. La teocracia y la autocracia quedaron muertas de un golpe. Toda coacción ejercida sobre la conciencia fué desde entonces un crimen contra la humanidad y un desacato al Eterno. Los circos se poblaron de mártires, que dejaban su vida entre las garras de las fieras, por no dejar su conciencia bajo la autoridad de los magistrados. Frente á frente de la religión del Estado se elevó la religión del espíritu. Y pasó á ser axiomático que la fe religiosa debe provenir de lo íntimo de la conciencia y no de la externa autoridad pública. Pero como las ideas caminan tan lentamente en la vida real, así como el principio filosófico de la conciencia libre, por Sócrates predicado, no pasó al sentido general religioso sino merced á Cristo, el principio predicado por Cristo no pasa á las leyes generales de la sociedad y á las alturas del Estado sino por medio de la moderna libertad religiosa. Si quisiéramos calificar con una sola fórmula nuestro tiempo, llamaríamosle el tiempo de la separación absoluta entre la conciencia y el Estado, ó mejor, mucho mejor, llamaríamosle el siglo de la libertad religiosa. Y esta libertad religiosa nuestra ha acrecentado la persona humana,

porque ha acrecentado la conciencia; y acrecentando la persona humana, ha acrecentado también la poesía lírica. Es más bella y más santa y más cristiana la paz de nuestro siglo, que las antiguas guerras y las antiguas persecuciones religiosas. Exhala de su seno más poesía la mártir, cuya cabeza cae tronchada como una flor sobre la arena donde se celebran los holocaustos á la conciencia libre, que el César, su juez, ó el esbirro, su verdugo, ó el populacho, su enemigo y denostante. Exhala más poesía que el horno donde ardieron los niños hebreos de Babilonia, que el potro donde atormentaron por bruja á la infeliz Juana de Arco, que el brasero cuyas llamas devoraron á Servet, que el montón de cenizas á que redujeron los huesos de Savonarola, que el patíbulo de Juan Hus y Jerónimo de Praga, que la inquisición de Felipe II, que las persecuciones de Luis XIV, que las iras de María la Sanguinaria contra los protestantes ó las iras de Isabel Tudor contra los católicos, que todos estos reflejos del odio, cualquier tranquilo y apartado espacio, en el cual, á la sombra del humano derecho, se dilata la libre conciencia, como una ciudad á orillas de lagos celestes, al pie de montañas inaccesibles, en tierra preparada por larga historia á la forma definitiva del espíritu moderno, y donde se ve dibujarse aquí la Sinagoga resonante con los cantares que brotaron á las orillas del Eufrates ó en los arenales de Palestina; allá la iglesia puritana que ha educado á la América del Norte; acullá el templo griego que ha civilizado el Oriente; más lejos la capilla anglicana, que refleja el alma de la nación británica; sobre todo, la aguja de la catedral católica, á cuya sombra viven los pueblos más ilustres del planeta; cimas del espíritu humano, el cual busca por la variedad

ingénita á su naturaleza los caminos de la gloria, y que allá, en lo infinito, se encuentra con la unidad de Dios, á manera que las diversas atmósferas incoloras é invisibles forman en la inmensidad el claro azul de los cielos. Y no me digáis que esta libertad ha concluído con la poesía religiosa en nuestro tiempo. ¿Creéis, de veras, que no existe la poesía religiosa en nuestro tiempo? Quien desee sentir en toda su grandeza el día de la Resurrección, lea el canto último de la Mesiada de Klopstock, y oiga el himno de los muertos revividos, acompañado por las cadencias de las arpas seráficas. Quien desee sentir cómo la sangre de Cristo ha lavado todas las culpas y el árbol de la cruz ha hundido sus raíces hasta en el antro de todos los males, que lea la divina epopeya de Soumet. La plegaria tierna, efusiva, mística, hablará el lenguaje de la oración por todos, que Víctor Hugo enseña á su hija inocente, parecido en su susurro al primer gorjeo del ave, al cáliz entreabierto de la violeta, á la estrella de la tarde en el desierto cielo, á la campanada del Ave María en la alta torre de la iglesia. El cántico de Lamartine á Dios reúne las sublimes ideas de Platón á la forma concisa de Isaías. Pero ¿á qué extenderme? Si los siglos tuvieran su valle de Josafat, como los individuos, bastarían estas obras sublimes para que muchas faltas le fueran perdonadas á nuestro siglo y pudiera recogerse y asentarse á la diestra del Eterno.

Señores: si abrazáramos de una ojeada los dos extremos de la historia, veríamos claramente cómo todos los esfuerzos del género humano se han reducido á pasar de la esclavitud, en que primeramente le avasallara la naturaleza, á la plena y entera libertad que le procura la ciencia. Esclavo en el mundo material de fuerzas fatales

que no puede modificar, encuentra el primer grado de su emancipación progresiva en la sociedad, cuyas leyes, aunque existan necesariamente, si no pueden ser destruidas, pueden ser modificadas por nuestra voluntad y nuestra inteligencia. Pero este grado de libertad no basta al hombre, y entra en el arte, donde la naturaleza sirve de símbolo á la idea, y llega á la religión y á la ciencia, donde alcanza hasta lo infinito, hasta lo absoluto, por medio, ora de la fe, ora de la razón. Si queréis, negadle otros atributos al siglo; pero no le neguéis que es el siglo de la ciencia. Conozco que los tesoros científicos allegados por otras edades sirven mucho á la edad presente, bien al revés del arte, en que son eminentemente individuales así la inspiración como el ingenio. Pero no dudéis que ciertos progresos bastan á engrandecer y sublimar á nuestra edad. Los telescopios que llegan á quince leguas de la luna, los reflectores que corrigen las impurezas del cristal, han abrillantado y engrandecido las regiones sidéreas. La unidad de la materia se ha visto, descomponiendo hasta la última nebulosa, en las rayas del espectro solar. La teoría de la unidad de las fuerzas ha mostrado cómo se enlazan la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo y el movimiento. La química ha encontrado el alma del fuego como el alma del agua. Se ha revelado la identidad de los metales en el sol y en la tierra, parecida á la identidad de la nube lejana, que flota en la atmósfera, con la lágrima de dolor que rueda por nuestra mejilla. Si á otro siglo le ha tocado mostrar la gravitación universal y la armonía entre los astros, hale tocado al nuestro mostrar las afinidades entre las moléculas y su cohesión misteriosa en los cuerpos. La historia de la tierra es la obra casi exclusiva de nuestra

edad. Las clasificaciones nuevas de las ciencias naturales también nos pertenecen por completo. Hemos encontrado las leyes á que obedecen desde el hisopo hasta el cedro, y por el estudio de las hojas hemos deducido la serie sistemática y armónica de todas las plantas. No digamos nada del conocimiento de la tierra y de sus especies animadas.

Cuán sublimes las historias de nuestros viajeros, movidos solamente por amor á la ciencia, sin auxilio de ningún Estado, exentos de toda codicia, como puros misioneros, recorriendo lo interior del África y explorando las ignoradas fuentes del Nilo. Cuán reveladoras las nociones de los tiempos prehistóricos y de las edades de piedra y de hierro. Así desde el Trópico al Polo, nunca fué como hoy escudriñado el planeta. Y lo mismo sucede con el hombre. Desde la fisiología hasta la psicología; desde la relación que existe entre el arpa de nuestros nervios y la electricidad difusa por la atmósfera; desde la descomposición de la luz en sus colores fundamentales hasta la descomposición del pensamiento en sensaciones, nociones é ideas; desde la asimilación de las moléculas por el cuerpo hasta la asimilación de las creencias por el alma; desde el poder que tiene el medio ambiente en nuestra complexión fisiológica hasta el poder que tiene la raza y la patria en nuestra complexión moral; desde la física hasta la metafísica; desde la estética hasta la historia; desde la química orgánica hasta la geología; desde la clasificación de los seres hasta la clasificación de los sistemas; toda esta serie maravillosa de conocimientos ha esclarecido los abismos encerrados en el alma y en el universo, iluminando al hombre que ve la idea de las cosas y que las eleva á lo infinito y las enla-

za con lo absoluto y con lo eterno. Jamás tuvieron, pues, tantos materiales, ni la poesía lírica y dramática ni las artes plásticas. La misma metafísica ¡qué crecimiento ha obtenido! Ni Aristóteles supo señalar las diferencias que hay entre la sensibilidad y la inteligencia, entre la inteligencia y la razón, entre la razón y el juicio, como la escuela crítica; ni Platón alcanzó la virtud creadora de las ideas y la realidad objetiva de la lógica, como la ha alcanzado la escuela hegeliana. Es verdad que las ciencias experimentales han pretendido invadir los dominios de las ciencias especulativas; pero también es verdad que nunca adelantó de la suerte que hoy ha adelantado el problema de los problemas, explicado antes por sistemas tan fantásticos como la armonía preestablecida ó el mediador práctico, el problema de las relaciones entre el alma y el cuerpo, entre el agente que conoce y el objeto conocido. Nunca se vió tan clara la compenetración estrecha entre la idea y el sér. Nunca se comprendió tan verdaderamente que los hechos no caminan al acaso, sino dirigidos por el pensamiento. La historia de la filosofía ha resultado, como anunciaba el más grande pensador moderno, la historia universal. La lógica creció al par que la mecánica; la metafísica al par que la física; el conocimiento de la naturaleza orgánica al par que el conocimiento de las facultades del alma; la geología al par que la historia; la fisiología de las plantas, de los animales y de los hombres, al par de la fisiología de las instituciones, de las leyes y de los códigos; la vida entera, y bajo todos sus aspectos el inmenso y divino universo. El árbol de la ciencia sube más allá de las constelaciones del cielo, y ahonda en las profundidades del espíritu: que si el universo material es como una

condensación del éter, el universo científico es como una condensación del pensamiento. Pero no olvidemos, señores, no lo olvidemos, como suele suceder con frecuencia, que así como no hay combustión posible sin oxígeno, tampoco hay ciencia posible sin libertad. Ó la ciencia no es nada, ó la ciencia es la verdad alcanzada por las fuerzas de la razón. Si blasfema quien arranca del sentimiento la fe, blasfema quien arranca de la ciencia la soberanía de la razón. No hay acción moral sin libre albedrío; no hay idea científica sin libre investigación. Ninguna autoridad coercitiva puede, aunque funda el cetro de todos los reyes y la espada de todos los conquistadores, cosa alguna, ni contra la razón ni sobre la razón. Nuestro siglo es el siglo de la difusión de la ciencia, porque nuestro siglo es el siglo de la libertad del pensamiento. Oigo murmurar en mi oído estas palabras: por lo mismo que es el siglo de la ciencia, no puede ser el siglo de la poesía. ¿Cómo? En todo tiempo han caminado juntas por la tierra estas dos hijas del cielo. En el mismo siglo nacieron Sófocles y Sócrates, Cicerón y Virgilio, Santo Tomás y el Dante, Garcilaso y Arias Montano, Pereira y Cervantes, Pascal y Racine, Shakespeare y Bacon, Kant y Goethe, Hegel y Víctor Hugo. Por lo menos, dirán otros, la ciencia moderna destruye la idea de Dios, y destruyendo la idea de Dios ciega la fuente de toda poesía. No lo creáis, señores, no lo creáis. Cada grande sentimiento, que mueve el corazón, lo impulsa al amor divino; cada idea que ilumina la inteligencia, la acerca á lo absoluto; cada estrella que columbramos en lo infinito, añade como una nueva letra al nombre incomunicable del Creador. En la aurora y en el ocaso, en el estruendo de las tempestades y en

la música de las brisas, en el mar surcado por estelas fosforescentes y en el cielo lleno de astros, Dios mío, la sensibilidad te adivina como creador; en el inmenso río de los hechos, en la escena cambiante de la historia, en esas tragedias que todos los siglos repiten y en ese combate perdurable entre el bien y el mal, la intuición te presente como providencia; en la ley moral, en la virtud, en la caridad, en el amor, en el misionero que desafía los elementos por llevar almas á la luz, en la hermana de la caridad que aparece sobre los campos de batalla, el corazón te ama como bondad suprema; en el arte, en los acordes de la lira, en las líneas de los monumentos, en las reverberaciones de la inspiración, la fantasía te contempla como la eterna belleza; en los altares, bajo la bóveda de los templos, á través de las plegarias y las nubes de incienso, la fe te adora; y en la ciencia la razón te conoce; y el alma entera desea vivir y morir en tus inmensos senos.

Nuestro siglo tiene su ideal. Y como tiene su ideal, tiene también su altísima poesía. Cada género poético nace en la edad que verdaderamente le cuadra y conviene. La poesía épica es la poesía de la fe. Por tal razón, no reaparece en el mundo antiguo, después del siglo quinto anterior á Cristo; ni en el mundo moderno, después del siglo décimotercio posterior á Cristo. La poesía dramática es la poesía de la acción. Por tal motivo florece en Grecia tras las primeras guerras médicas; en España, tras las primeras conquistas americanas; en Inglaterra, tras las primeras competencias religiosas; en Francia, desde las revoluciones de la Fronda hasta los últimos días del reinado de Luis XIV. Y la poesía lírica, personalísima por excelencia, es la poesía de la libertad,

la poesía de nuestro siglo, el cual en este género puede competir con todas las edades y aun superarlas y vencerlas. ¡Poco poético el siglo décimonono! Sólo subiendo á los tiempos medios, á las luchas que se empeñaban allá en aquellas universidades llamadas por antonomasia escolásticas, entre nominalistas y realistas, halláranse sentimientos tan fervorosos como los que despertaban aquí los combates entre clásicos y románticos. En Francia los clásicos sustentaban las antiguas tradiciones y los románticos la innovación revolucionaria; en Alemania, al revés, los románticos pugnaban por la reacción y los clásicos por la libertad; pero en uno y otro pueblo, el empeño mutuo y el mutuo contraste crecían hasta tomar las peripecias de una guerra épica, en que las ideas pugnaban unas con otras, como las legiones invisibles de genios y de ángeles en las antiguas teogonías. Nuestro siglo ha merecido llamarse el siglo de oro en la poesía germánica. Nuestro siglo ha visto nacer dos literaturas hermosísimas: en el extremo Norte de Europa la moscovita, que se envanece con los nombres de Pouckine, Gogol y Lermontoff; en el extremo Norte de América la anglo-sajona, que se envanece con los nombres de Poe, de Emerson y de Longfellov. Nosotros mismos, en aquellas apartadas tierras, eternamente españolas por su historia, por su lengua, por su religión, hasta por su democracia, hemos oído á cantores como Bello que han aumentado, si cabe, la belleza de la lengua; como Caro, que han enardecido el amor á la libertad; como Heredia y como Plácido, que han derramado en nuestra fantasía la vida exuberante de los Trópicos. En el Oriente europeo, la resurrección de pueblos, antes dormidos y acallados en su servidumbre, ha hecho surgir una poesía

popular, tan tierna y tan bella, como esas ramas brotadas en añosos y cuasi secos troncos. El Norte entero ha brillado, á la manera de una de esas noches del Polo que relumbran al reflejo de las rojas auroras boreales en el cristalino Océano de apretado hielo. Una iglesia escandinava, la catedral de Land, ha presenciado un espectáculo como aquéllos que nos ofreció el Renacimiento italiano desde el Petrarca hasta el Tasso: la coronación del gran poeta nacional de Dinamarca por las manos mismas de sus vencidos y eclipsados rivales. Y al igual de Dinamarca, su hermana de sangre y de raza, Suecia, ha visto nacer su poeta popular en este siglo; poeta cuya lira ha cantado desde la primera comunión de los niños en las iglesias de la aldea, hasta los combates de los héroes escandinavos en sus antiguas guerras. Y si nos acercamos al centro de Europa, veremos que la poesía nacional húngara ha tenido para engrandecer su historia antigua el poeta épico Yorosmarty, como para alentarse en los combates de la libertad su poeta lírico Poetefi, muerto en las batallas por la patria, el año cuarenta y ocho, de tan misteriosa suerte, que no ha reaparecido su cadáver, como si el genio de nuestro tiempo hubiera querido llevárselo en alma y cuerpo á la inmortalidad y á la gloria. Mas ¿á qué cansarnos? Pese á quien pese, no puede llamarse decadente una literatura que cuenta en Italia á Leopardi y á Manzoni, en Francia á Lamartine y á Víctor Hugo, en Inglaterra á Dickens, en Portugal á Herculano, en España nombres que no escribiré por no herir la modestia de los que los llevan con tanta honra, y con tan perdurable renombre los legarán á lo porvenir y á la historia. El siglo décimonono es un siglo poético. Por nuestras ruínas se oyen himnos tan caden-

ciosos como si habitara eternamente en ellas el tierno sentimiento de Garcilaso y la enérgica sublimidad de Calderón; por esa Francia, de suyo recta y un tanto fría, centellea sublime ingenio, que á las hipérbolos de Góngora junta la homérica sencillez del Romancero; celeste legión de laureados vates se alza sobre los bajos relieves de Italia; resuenan las orillas del Rhin con esas baladas, armoniosas como las ondas del río é indecisas como las gasas de sus nieblas; en las nieves de las regiones polares gorjean nidos de ruiseñores que muestran la poesía; como el espíritu humano, habitando en todos los pueblos y extendiéndose por todas las latitudes. Las ondas del Danubio cantan como las ondas del Rhin; las crestas del Rhodope repiten los acentos de la guerra y los acentos de la epopeya; los soldados servios corren á pelear contra los turcos, después de oír al rapsoda mantenido por la caridad pública, como en los tiempos antiguos, el romance en que se cantan los sacrificios de sus padres en Kossovo, el Guadalete ó el Alarcos de Oriente; las inmensas llanuras de Hungría y de Rumanía se pueblan á los conjuros del arte con las sombras de los héroes históricos; y mientras las selvas vírgenes del Nuevo Mundo, henchidas de aromas embriagadores, elevan la poesía de la esperanza, alimentada por la vida exuberante y por los ardores del trabajo, en el vasto cementerio donde nacieron los poetas y los dioses, en aquellas soledades de Grecia, exhaustas por el exceso mismo de su gloria, en el Pindo, en el Híbla, en las Termópilas se canta el heroísmo, como en los tiempos de Leonidas, y se combate y se muere por la libertad y por la patria.

No acabara nunca si dijera cuántas grandezas poéti-

cas, dignas de equipararse con sus grandezas industriales, encierra este siglo nuestro, rico y vasto como el mar, que contiene algas y esponjas, corales y perlas, detritus de organismos destruidos y gelatinas donde se encierra el germen de nuevos organismos. Así el empeño de cuantos aman á la patria con amor desinteresado y puro, debe ser bañarla en las aguas fortificantes del espíritu moderno, que robustecen y purifican, dando libertad al pensamiento, salud y energía al cuerpo. ¡Oh! para crecer las naciones necesitan servir á las ideas. ¿Y qué idea superior á las fundamentales y características de éste nuestro tiempo? Acerquemos á ellas nuestra gran nación. España no puede dolerse de la parte que, en la distribución de sus dones, hanle de consuno reservado la Providencia y la Naturaleza. La estrella de la tarde, la esposa del sol, guarecida por sus cordilleras, besada de dos mares que la ciñen á porfía con sus ondas y con sus espumas, abierta por sus amigas playas y sus seguros puertos á todas las naves del mundo; tan verde, tan húmeda, tan blanda, como Escocia en sus provincias del Norte, y tan ardiente, tan bella, tan luminosa, como Italia en sus provincias del Mediodía; idilio helvético su Noroeste, donde las altas montañas compiten con las serenas rías, juntándose los picachos y los valles, los nidos de los ruiseñores y los nidos de las águilas; epopeya semítica el Sudeste, con sus arenales que el simoun abraza y sus oasis que el azahar perfuma; paleta de mil colores sus costas mediterráneas, de arenas rojas y auras esmaltadas por aguas celestes, de llanuras ceñidas por montañas que tiran á color de záfiro y por asiáticos palmerales bordadas y griegas adelfas; fecundo el suelo, como pocos, en toda especie de frutos, y rico el subsuelo,

como ninguno, en toda especie de minerales; cercana al África, cuyos vientos, si encienden sobremanera sus veranos, también dulcifican sus inviernos; unida á América por esa cadena de islas, que empieza en Gades y concluye en Cuba, pasando por aquellas felices que debieron guardar la Atlántida de Platón; nuestra tierra reúne en Europa todos los productos y todos los climas europeos, como en el cuerpo reúne el cerebro todas las raíces de la vida, y por tanto, eterna su grandeza, recobrará el antiguo influjo, eclipsado, pero no anochecido, y vendrá á traer en la futura historia la reconciliación á todas las razas, y vendrá á ser en los futuros tiempos la mediadora universal entre todos los continentes.

No conozco escuela de virtud como el hogar; ni conozco hogar como el hogar español, que parezca al igual nido y templo; ni familia como la familia española, que acierte en tanto grado á unir el amor más efusivo con el respeto más supersticioso. Bien es verdad que lo han formado y lo han bendecido nuestras mujeres, no tan de admirar y de querer por su hermosura incomparable, como por sus virtudes y calidades de amantísimas esposas y pródidas y santas madres. Así el ideal podrá desaparecer de todas las conciencias, pero siempre quedará en la conciencia española; el arte podrá enmudecer en todos los horizontes, pero siempre cantará en nuestros caldeados horizontes; la vida dramática podrá destruirse bajo los cilindros de la industria en toda Europa y no se destruirá en la tierra nativa del drama; la fe dejará de latir en todos los pechos, cuando todavía engendre aquí legiones de héroes y de mártires poseídos de la sed del sacrificio y enamorados rendidamente de la muerte. Así habrá siempre un arte español de inextinguible gloria, en

armonía con nuestro íntimo natural y nuestro carácter histórico. No me habléis de esas sabias combinaciones místicas, con que el talento matemático de los artistas del Norte concuerda tantos tonos discordes y combina tan bien instrumentos diversos en sus maravillosas sinfonías; hijo de mi patria y de mi raza, con los oídos organizados como el heleno antiguo y el moderno semita, solamente alcanzo á comprender la melodía, monótona y uniforme si queréis, semejante al sonido del aire en los desiertos, al eco de las ondas en las playas, á los trenos del profeta en Jerusalén y á los acentos de la guzla en la tienda; sí, la melodía llamada malagueña, polo, playera, saeta, que canta las tristezas y los deliquios de un amor inefable, el cual cree corta la vida para su duración, estrecho el universo á su grandeza, y desea en el dolor engendrado por el combate entre el sentimiento y su expresión, explayarse allá en los espacios necesarios á su intensidad inmortal, allende la tumba, en lo infinito y en lo eterno. Y no me digáis que se sabe bailar casta y noblemente allí donde no baila el pueblo al son de esa jota, que enardece la sangre y da el vértigo de los rápidos y contenidos movimientos; al son de esa muñeira y de ese zortzico, que recoge los ecos de la zampoña en las majadas y en los oteros como ninguna otra égloga; al son de esa guitarra, acompañada por las palmas y las castañuelas, que despierta á la andaluza de su natural soñarrera, y la lanza sobre la mesa, en que campean las cañas rebosantes de manzanilla y Jerez, á bailar, echada hacia atrás la cabeza, alzados los brazos al cielo, extáticos los negros ojos que abrasan, ligeros los breves pies como el aire, á bailar uno de esos jaleos, á cuyas cadencias y estremecimientos suspenden allá arri-

ba, de celos y de envidia aquejadas, sus parabólicas y eternas danzas las estrellas.

Y lo que digo del baile y de la música, digo también de nuestras artes plásticas. Enseñadme espacio del planeta donde se combinen el bizantino con el sirio como aquí en España; y entre las ruínas romanas se vean los ajimeces asiáticos; y al través de la ojiva que recuerda las cruzadas el arco de herradura que recuerda á los Califas; y junto á las torres bermejas y sus estancias de estalactitas empapadas en mil colores se alcen las agujas góticas exhalando religiosas plegarias; y el Oriente unido con el Occidente produzca nada tan original como los edificios mudéjares; y la ornamentación sobrepuesta á las líneas cuasi helénicas de aquél haya dado cosa que se parezca ni de lejos á nuestro plateresco; y desde las iglesias románicas de Asturias, donde los cinceles rudos apenas debastan las piedras groseras á los patios árabes de Sevilla, donde al través del alicatado y de la alharaca se ve y se oye el surtidor cayendo en la alberca de mármol, recorra la imaginación una arquitectura, más varia y más hermosa en sus opuestas manifestaciones, que esta arquitectura española, verdadero ornato de nuestro territorio, esculpido y cincelado por todas las artes á porfía como uno de aquellos áureos escudos, obras predilectas del deslumbrador Renacimiento. Y hemos poblado la majestad de tales edificios con las estatuas de Montañés, de Cano, de Zarcillo; y hemos cincelado sus paredes con las guirnaldas que tejían sobre las piedras los buriles de Berruguete y de Borgoña.

Mas en el género en que ostentamos originalidad tal que nadie puede disputárnosla con derecho, es en la pintura. Nuestro natural independiente nos ha preservado

de las imitaciones artificiosas, y nuestro sentido de la realidad nos ha impedido caer en lo convencional y amanerado. Nosotros competimos en belleza con Florencia y Roma, en verdad con Holanda y Alemania, en color con Venecia y Flandes, en idealismo con Asís y Pisa, aventajando quizá á todos por la nativa y diversa genialidad de nuestros pintores, tan rebeldes á las tiranías de la escuela, como nuestros mismos inmortales dramáticos. ¿Sabéis de alguna decadencia duradera en ese divino arte español? Cuando el saco de Roma dispersó á los discípulos de Rafael y la muerte de la república florentina hirió en el corazón á Buonarroti, en aquel comienzo de la noche la hermosura perfecta renació, no por los palacios de Mantua, donde Julio Romano, desposeído de su numen tutelar, tocaba en lo hiperbólico y en lo extravagante, sino por las iglesias de Valencia, donde surgían de la paleta de Juan de Juanes aquellos Salvadores descendidos del Tabor á sus tablas, despidiendo luz espiritual como la que pudieran soñar los místicos en sus deliquios, y encerrados en líneas como las que pudieran trazar los escultores clásicos en los bajos relieves antiguos. Cuando la imitación servil, los procedimientos arbitrarios, la mezcla de escuelas opuestas, la falta de fe en el helenismo y en el cristianismo, en la religión de la hermosura y en la religión de la verdad, creó la sincrética escuela de Bolonia, herida por irremediable decadencia, como todos los géneros híbridos, salieron de nuestros talleres en tropel aquellos apuestos caballeros y lujosas damas de Sánchez Coello, en cuyas frentes resplandecían las señales de la gloria nacional y en cuyos labios sonaban los versos de Lope y de Herrera; aquellos jinetes y sus caballos dando al vientecillo arrebolado

del Guadarrama crines, plumas y bandas con tal arte, que las sentís crujir en vuestro oído; aquellos cíclopes presos en sus cavernas, cuyos desnudos han robado á la naturaleza los secretos de la encarnación y del organismo; aquellos bufones, tan grotescos y ridículos, como caballeros y gentiles hombres los vencedores de Breda, capaces de recoger los trofeos de la victoria sin humillar la dignidad de los vencidos; todas aquellas figuras, reproducciones milagrosas de la realidad misma sobrepujada por el arte, respirando en atmósfera tan verdadera y luminosa que os entraríais por los cuadros á recoger en vuestra retina los cambiantes de la luz y en vuestros pulmones los soplos del aire; y sobre este universo de tantas formas y de tantos matices, como el cielo estrellado sobre la tierra vívida, en nubes enrojecidas por las reverberaciones del sol sobre las aguas del Guadalquivir, entre coros de arcángeles y serafines que llueven rosas y agitan palmas, calzada por la luna, vestida del inmaculado candor y envuelta en el cerúleo manto, á los pies la culebra del mal herida y en las sienes los resplandores de la luz increada, extáticos los ojos como embebidos en la gloria y alzado el pecho como para recoger y respirar la palabra creadora, va la virgen de Murillo, como divino arquetipo, en cuyo casto seno renace la hermosura sin sombras del paraíso y recobra la mísera humanidad ya sin pecado su primitiva é inmaculada inocencia. La ecuación establecida en nuestra pintura entre la naturalidad y la idealidad resulta de tal suerte íntima, que parece toda una estética en acción, superior, bajo mil aspectos, á un género especialísimo y concreto del arte. Y á la superioridad de esa estética atribuyo que ni la decadencia de la escuela bolonesa y

napolitana imperantes en todo el siglo decimoséptimo, ni la decadencia universal del siglo último, hayan podido contagiar á la escuela española. Así, mientras los pintores más eminentes, corrompidos y contagiados de pésimo gusto, á una se malogran por su falso colorido y su servidumbre convencional, aragonés egregio, dotado de la gracia y de la naturalidad celtibéricas, al par que de creadora fantasía, esboza en imperecederas aguas fuertes las ideas de su tiempo, indecisas como las sombras de su lápiz, y traza las figuras que pasan por su retina, abriendo á aquel pueblo, que á primera vista decaído emprendió la guerra de la independencia, los cielos del arte y los infiernos á la proterva corte que nos manchó con sus liviandades y nos vendió como un hato de ganado, por la codicia vil de un favorito, á la devastadora ambición de un extranjero. No, no decae la pintura española, como no decae el ingenio nacional, que puede hincharse unas veces, perderse en retruécanos otras, pero jamás extinguirse por completo.

Bien es verdad que nuestra poesía se parece á nuestra pintura en su originalidad, en su independencia, en su menosprecio de las reglas convencionales, en su carácter romántico. Así tiene tres obras colosales: el Romanero, el primer poema épico de los tiempos modernos; el Quijote, la primer novela, y los dramas incomparables, que constituyen el primero sin duda alguna entre los teatros del mundo. Y no tenemos solamente aptitudes artísticas y poéticas: tenemos también, diga lo que quiera una crítica superficial, grandes aptitudes científicas, reveladas al mundo desde los comienzos mismos de nuestra inmortal historia. Principiaba el imperio romano, y la ciencia española constituía la moral práctica,

cuyos preceptos se confunden casi con los preceptos evangélicos, por ser los días del espíritu á semejanza de esos días boreales, que ven los crepúsculos vespertinos y matutinos mezclarse en los mismos resplandores. Sucumbía la civilización latina, y entre las irrupciones alzábanse dos monumentos imperecederos, los dos nuestros, á saber: un código sintético, el Fuero Juzgo, y un libro enciclopédico, las etimologías de San Isidoro; por todo lo cual nos pertenece en dominio directo y absoluto la ciencia entera de aquellos perturbados tiempos. Y más tarde, entre las guerras del feudalismo, bajo los terrores milenarios, cubierto el mar de piratas y de bandidos la tierra, apagadas las pavesas de las ideas por la pesadumbre de las ruínas, la ciencia anocheciera sin las ciudades españolas, que levantaban sus academias entre las tinieblas y recogían la antorcha apagada en las manos de Atenas, de Alejandría y de Roma. Nuestros andaluces enseñaron á la entonces bárbara Europa la mecánica y la hidráulica; dieron al cálculo así la adelantada numeración india, que sustituyó á la pobre numeración latina, como el álgebra que amplió la matemática; trocaron el sayal de penitencia pegado á las maceradas carnes monásticas por el limpio y fresco algodón; extendieron en el siglo noveno, en aquella obscuridad, la topografía y la estadística; conocieron en el cielo ya las manchas del sol, tan instructivas para los estudios astronómicos, y en la tierra las clasificaciones mineralógicas y zoológicas y botánicas, tan necesarias á los progresos del saber; sacaron de las retortas, no la piedra filosofal en vano buscada, algo más precioso, las aplicaciones de la química á la medicina; manejaron el bisturí con tal arte, que bien puede llamárseles sin exa-

geración los fundadores de la cirugía; pusieron los globos terrestres y las esferas armilares y los astrolabios y las clepsidras en las escuelas, y completaron los relojes añadiéndoles el péndulo, cuyas oscilaciones habían de notar más tarde las sinfonías de los mundos y las afinidades y los amores de la atracción; construyeron los primeros observatorios astronómicos en torres tan gallardas como la Giralda bética, y revelaron la refracción de la luz en nuestra atmósfera por medio de observaciones profundísimas; trajeron las bases de la óptica moderna, y siglos antes de las experiencias de Torricelli, adivinaron la gravedad del aire y las diversas densidades de sus alturas; impulsaron no solamente la ciencia de las estrellas, sino también la ciencia de las ideas, esparciendo en Provenza, en Toscana, en Sicilia, en los templos del pensamiento, aquella filosofía por cuyos cánones vivió y se amaestró la Edad Media. Las gentes de los más remotos climas vinieron á nuestras universidades; los astrónomos de las más varias naciones calcularon por las tablas alfonsinas y admitieron el meridiano de Toledo; una prosa sabia, en la cual se escribieron obras magnas como las Partidas, fijóse antes que se fijaran la prosa italiana, francesa y británica; las ideas todas del siglo decimocuarto refluieron á la mente de Lulio, cima á la sazón del mundo intelectual, cima que da vértigos; antes de Bacon llamaba Vives el entendimiento á la experiencia contra las abstracciones y arbitrariedades escolásticas; al par de Descartes buscaba Pereira las bases inmovibles de la certidumbre psicológica; precediendo á Harvey, descubría Servet la circulación de la sangre. casi al mismo tiempo que nuestros navegantes completaban la vida planetaria con sus invenciones de continen-

tes y archipiélagos, las cuales evocaban nuevos edenés, nuevos hemisferios, nuevos astros, nuevas constelaciones en los inmensos espacios del cielo y florescencia universal en los profundos senos de la tierra.

Á estos admirables timbres aún reuniremos otros mayores el día que pongamos todas nuestras virtudes á servicio de lo único que puede avivar hoy el ánimo de las naciones, á servicio del espíritu moderno. Como alternan los vientos ardentísimos y fríos en nuestras estaciones; como resaltan las sombras y la luz en nuestros horizontes, de igual suerte suelen sucederse cambios en nuestros destinos y tránsitos de edades procelosas y tristes á edades afortunadas y serenas. Más amigos del combate que del trabajo; más confiados en los favores de la fortuna que en las acumulaciones del ahorro; difíciles á los rigores de la disciplina social y fáciles á los llamamientos de las aventuras fabulosas con tal que las cohoneste y las justifique el valor; poco previsores en los negocios públicos y en los particulares; apasionados y entusiastas por extremo; creyentes, y como tales, si inaccesibles á la duda, nada duchos en el examen prolijo de las ideas y de las cosas; á cambio de esto, reunimos aptitudes cual ningún otro pueblo: reunimos á la vehemencia la constancia; á la viveza del sentimiento la energía de la voluntad; á las más profundas convicciones respecto de la fundamental igualdad humana los puntos de honor congénitos con nuestra altivez y dignidad nativas; á los instintos democráticos los instintos caballerescos; á la independencia personal afecto devotísimo por la patria; á la lucidez de la inteligencia, tan extensa como perspicua, el brillo de la fantasía, tan poderosa como fecunda; á la intuición soberana el carácter reflexivo; á los arrebatos

y á los impulsos, la resistencia, el menosprecio por los intereses de un día, la inclinación al sacrificio; al ardor de la sangre meridional la frugalidad más austera; á cierta complexión de penitentes y á un orgullo que no mide los obstáculos, como en el esplendor de nuestra atmósfera luminosa apenas pueden medirse las distancias, y á un idealismo tan etéreo que mantiene nuestra aptitud para todo hasta en medio de todas las decadencias, incontrastables aspiraciones á lo extraordinario, aunque raye en lo imposible, y necesidades continuas del drama hasta en la vida vulgar, y del esfuerzo aunque sea en la guerra; calidades las cuales, en medio de los adelantos de su industria y de su política y de sus riquezas, exigirá y necesitará Europa algún día para enardecer en el sentimiento su corazón algo aterido y caldear su razón sobrado positivista en las virtudes que suscita la fe y que conservan el entusiasmo y el amor, esos generadores de todas las sublimes y duraderas grandezas.

Así España ha cansado á la historia. Ni la captó el cartaginés sino después de haber salvado su honor en las llamas de Sagunto; ni la venció el romano sino después de un combate que durara centurias, cuando dos batallas bastaban para descorazonar á los heróicos galos que subieran al Capitolio y mesaran las barbas de los senadores y un paseo para sojuzgar á los pictos y á los britanos. Nuestros fuertes cántabros preferían el suicidio en las amargas ondas, á testificar con su terrible presencia, en la vía sacra, el cautiverio y la derrota; y nuestros cultos andaluces vencían á los vencedores del orbe, dándoles sus primeros Césares, sus primeros filósofos, sus primeros dramáticos y sus primeros épicos. Sintética como nuestra tierra, nuestra raza unió antes que nin-

guna otra los residuos de la cultura latina con la sangre de la gente goda, y la severa idealidad católica con los sensuales estros del Oriente. Cada provincia escribió una epopeya: si Cantabria detuvo á los romanos, Asturias á los árabes, Galicia á los normandos, Navarra á los francos; y las gentes que bajaban del Pirineo calzadas con toscas abarcas, y los mercaderes que anudaban el comercio moderno en Barcelona, dilatáronse con el Ebro, por cuyas frescas riberas combatían y trabajaban; dilatáronse por el Mediterráneo y sometieron mil regiones célebres por su vieja historia, mientras las gentes de Andalucía y Extremadura se dilataron por el Océano y dieron á la tierra nuevos mundos. El planeta entero guarda por todas partes testimonios, como del fuego creador, del genio español. Sin desconocer nuestras deplorables empresas contra gran parte de los progresos modernos; sin olvidar la guerra insensata declarada por nosotros á la más necesaria de todas las libertades, á la libertad de conciencia; maldiciendo y abominando, con toda nuestra alma, de la inquisición y del absolutismo, capaces de agotar fuerzas tan gigantes como las fuerzas de nuestra raza, debemos decir que, á pesar de tales errores, dejamos en todas partes testimonio de nuestra nativa grandeza. No podéis ir á la cuna del sol sin hallar la estela de las naves lusitanas, ni al ocaso del sol sin encontrar la estela de las naves españolas; pues sin exageración puede decirse que la Península ibérica ha redondeado el planeta y ceñídolo, como de un zodiaco indeleble, con la guirnalda de sus hazañas y de sus glorias. Los árboles de la India asiática murmuran las estancias de Camöens, y las ondas del cabo de las Tormentas el nombre de Gama; los fuertes legionarios

que acampan á las orillas del Danubio por las llanuras de Rumanía, aquellos legionarios de Trajano, cuyos féreos pechos opusieron como vivas murallas tanta resistencia á las irrupciones bárbaras, consagran religioso culto á su patria, Sevilla, y suspiran por el Guadalquivir, el río de sus padres; la hermosa Grecia no puede olvidar que, en la Edad Media, supimos defenderla contra sus enemigos con las huestes catalanas y aragonesas, mientras en la Edad Moderna despertarla al combate por su independencia con la voz tonante de nuestras revoluciones; la prestigiosa Constantinopla sabe que la espada de los guerreros españoles flameó sobre sus cúpulas y detuvo por un siglo la media luna ante la cruz de Constantino, y las misteriosas Anatolia y Armenia ostentan las barras grabadas en sus riscos por el buril inmortal de la victoria; dice la isla que oyó el pensamiento de Pitágoras y el cántico de Teócrito, cómo vivió feliz y libre bajo nuestro techo cinco siglos, y cuenta la sirena del Tirreno, la helénica Parthenope, en sus playas resonantes, cómo le dimos la salud con los trabajos hercúleos que desecaron sus pestilentes lagunas, y la libertad con las batallas sangrientas que destruyeron á los tiranos angevinos; por los muelles de Venecia se ven á la luz del cielo, reverberado por las aguas del Adriático, en los brillantísimos cuadros donde cruje la seda y brilla el tisú, entre los patricios republicanos, á los héroes de Lepanto, y por las anchas y marmóreas escaleras del palacio de Andrea Doria, en Génova, tan española por su carácter como por sus recuerdos, al través de las florestas, las velas y los gallardetes de nuestras escuadras; Túnez, Trípoli, Orán, Argel, guardan memoria de nuestro esfuerzo, como Tánger, Ceuta, Te-

tuán, blasones de nuestras coronas; el mundo americano murmura que los españoles tuvieron la revelación de su ignorada existencia y exploraron ríos como el Amazonas y el Missisipí, y subieron á cordilleras como los Andes, y confiaron por vez primera el nombre de su Criador á las selvas, cuyos árboles parecían pertenecer á los primeros días de la creación, y fundaron esos coros de ciudades extendidos desde la Carolina y la Virginia hasta Chile y el Perú; las aguas del Pacífico publican que la nave Victoria surcó por vez primera sus senos; que el estrecho de Magallanes en la tierra y la cruz de Magallanes en el cielo, designan y califican eternamente el hemisferio austral; que nuestras manos, las manos de los portugueses y los españoles unidas de India á India, redondearon el planeta, y que nuestros pilotos dieron por vez primera la vuelta al mundo y circunnavegaron los mares; hazañas las cuales despiertan este amor exaltado á la patria, esta furia en defenderla contra toda agresión, de tal suerte sublime y heroica, que doquier se combate por el hogar y la familia, por los dioses lares y la independencia nacional, los griegos en Misolongui, los rusos en Moscou, los polacos en Varsovia, los franceses en París, los venecianos entre las bombas austriacas, los búlgaros bajo el turco alfanje pronuncian como un numen el nombre de España, y se evoca como un talismán la sombra de Zaragoza y de Gerona, para alentar á los héroes en sus terribles combates y consolar á los mártires en sus cruentos sacrificios.

Pero sobre todas nuestras creaciones se levanta la creación por excelencia del ingenio español, se levanta nuestra lengua. De varias y entrelazadas raíces; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan músicas

que abren el sentir á la adivinación de las palabras antes de saberlas; dulce como la melodía más suave y retumbante como el trueno más aironador; enfática hasta el punto de que sólo en ella puede hablarse dignamente de las cosas sobrenaturales, y familiar hasta el punto de que ninguna otra le ha sacado ventaja en lo gracioso y en lo picaresco; tan proporcionada en la distribución de las vocales y de las consonantes, que no há menester ni los ahuecamientos de voz exigidos por ciertos pueblos del Mediodía, ni los redobles de pronunciación exigidos á los labios y á los dientes del Norte; libre en su sintaxis, de tantas combinaciones, que cada autor puede procurarse un estilo propio y original sin daño del conjunto; única en su formación, pues sobre el fondo latino y las ramificaciones celtas é iberas ha puesto el germano alguna de sus voces, el griego alguno de sus esmaltes y el hebreo y el árabe tales alicatados y guirnaldas que la hacen, sin duda alguna, la lengua más propia tanto para lo natural como para lo religioso, la lengua que más se presta á los varios tonos y matices de la elocuencia moderna, la lengua que posee mayor copia de palabras con que responder á la copia de las ideas; verbo de un espíritu que, si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con luz más clara en lo porvenir, puesto que no sólo tendrá este territorio y éstas nuestras gentes, sino allende los mares territorios vastísimos y pueblos libres é independientes, unidos con nosotros así por las afinidades de la sangre y de la raza, como por las más íntimas y más espirituales del habla y del pensamiento, cuya virtud nos obligaría ciertamente á continuar en el Viejo y en el Nuevo Mundo una historia nueva, digna de la antigua y gloriosísima historia. Señores académi-

cos, creedlo: no puede ejercerse ministerio más patriótico que el ministerio de velar por la pureza de nuestra lengua. Cuanto más vivimos, señores, más nos penetramos de que la sociedad y la naturaleza componen sus armonías de sus contradicciones. Como se necesitan la atracción y la repulsión en los mundos, el flujo y el reflujo en los mares; como se necesitan fuerzas que produzcan lo general, las especies, y fuerzas que produzcan lo particular, los individuos; como se necesitan y se completan la unidad y la variedad en el arte, necesitan y se completan las instituciones indispensables á la conservación y las instituciones indispensables al adelanto de las sociedades humanas. Nosotros, como academia, somos instituto de conservación y de estabilidad. Dejemos á la espontaneidad de los individuos y á las genialidades de la inspiración personal todas las innovaciones, y reduzcámonos en cuerpo á conservar incólume un habla que puede admitir el progreso moderno sin perder su natural antiguo. Hubo un tiempo en que estragada por la servil imitación francesa, parecía condenada nuestra lengua á perder la libertad de su sintaxis y la propiedad de su analogía, trocándose de rica y majestuosa, por olvido y desuso de sus mejores voces y giros, en tosca y pobre. Mas nuestros días blasonan con justicia de un renacimiento en el culto á la lengua nacional y de una sujeción voluntaria al estudio de sus eternos modelos. Demos, pues, nosotros todas nuestras fuerzas al propósito de despertar y mantener estas buenas inclinaciones que, sacando al habla de los altos y bajos porque acaba de pasar, la pongan allá en las cumbres de la buena andanza. Divididos por nuestras creencias políticas y nuestras creencias científicas; afiliados bien ó mal de nuestro gra-

do en bandos irreconciliables la mayor parte de nosotros; con nuestros agravios y nuestras heridas, cosecha natural de revoluciones y guerras civiles sin cuento, aún abrigamos afectos, en los cuales pueden confluír todas las vidas, entenderse todas las inteligencias, juntarse todos los corazones; aún conservamos algo que nos acerca y nos identifica, como si tuviéramos una sola alma. Todo cuanto hemos querido y todo cuanto hemos respetado en el mundo, pertenece á ésta nuestra tierra. De su jugo es la sangre que corre por las venas, de su polvo la cal que compone los huesos, de su luz el celeste resplandor que llevamos en la frente; no podríamos vivir nuestra vida lejos de sus hogares, que han recogido las lágrimas de nuestras santas madres y el suspiro de nuestros primeros amores, y no podríamos dormir el sueño de la muerte fuera de sus sepulturas, que guardando los huesos de nuestros progenitores, guardan las raíces del propio organismo; para pensar necesitamos de su lengua, y para cantar y para rezar, para explayarnos en lo infinito, huyendo de las limitaciones de esta vida contingente, sus poesías y sus plegarias; alimentamos nuestros cuerpos con los frutos de sus campos y nuestras almas con las tradiciones de su historia; por consiguiente, prometamos y juremos que nunca nos parecerá costoso ningún sacrificio hecho en aras de su grandeza, y que nunca podrá separarnos ningún suceso del común sentimiento que á todos nos confunde en uno solo sobre este suelo sagrado: del eterno amor á nuestra patria.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL

S R. D. FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS

AL PRECEDENTE DISCURSO DEL Sr. CASTELAR.

SEÑORES ACADÉMICOS:

El orador sin igual en el siglo de los grandes oradores, trae hoy á la Academia Española un precioso fruto de su privilegiado ingenio, para representar las excelencias del siglo diez y nueve, el más rico y glorioso de la historia moderna.

Campean en las narraciones y descripciones tan altas prendas, que no es de extrañar el vivísimo contento que ha causado su lectura en el ilustrado auditorio. No podía tampoco esperarse otra cualidad más alta en el señor Castelar, que esta originalidad de sus conceptos, esta majestad y abundancia de su frase y de su estilo, que descubren los más peregrinos secretos del habla castellana en el vasto campo de sus excelencias gramaticales y léxicas, en la eufonía y el ritmo prosódico, que enaltecen en la historia las hermosuras de la lengua española.

Maestro en el decir es el nuevo Académico, y al contestarle comparto el goce general, porque me viene á la memoria el dulce recuerdo de una vida de hermanos, que ya desde la adolescencia me permitió adivinar sería glo-

ria de la patria, por su elocuencia y grandiosa fantasía, el que corona hoy sus merecimientos literarios con este discurso.

Pero deseoso de ampliarle con hechos varios de interés histórico y estético, me permito recordar las agitaciones y dolores de las generaciones que llenan la historia del siglo, y advertir que estas zozobras é inquietudes de la vida moderna han sido cantadas por el arte en toda la variedad de la poesía, nacida en el seno de las generaciones atormentadas en su vida azarosa por guerras inacabables y por torturas revolucionarias. ¿Cómo olvidar en este siglo que la belleza, la poesía, el arte, en una palabra, han sido fuerzas divinas, que una ley providencial derramaba á manos llenas en el alma de las edades contemporáneas? El cielo de la belleza, el resplandor de la poesía, las creaciones de la fantasía estética, han sido, á manera de consuelos, esperanzas, inspiraciones y enternecimientos de una existencia, ya próspera, ya adversa, que se extiende en los campos de la historia hasta muy pasada la primera mitad del siglo diez y nueve. ¿Qué período existe más atormentado por guerras crudísimas que éste que va desde 1793 hasta las revoluciones de 1830, que mudaron una y otra vez las condiciones de la existencia en Europa? ¿Qué mundos de ilusiones y quimeras sociales han exaltado tanto los entusiasmos, como el período revolucionario de 1830 á 1848? Desde las epopeyas napoleónicas, con que se abre el siglo, hasta la caída del gigante, no hubo en Europa más que guerras, que pasaron como mangas de fuego y de huracanes; guerras desde París á Rusia, desde Italia á las regiones del Norte, desde España á Suecia y Dinamarca.

Por ley suprema y divina, la poesía y el arte crecían en influencia en cada día revolucionario. Las razas y los pueblos de la Europa central pedían á la oda, al himno y á la leyenda alusiones y fuerzas para luchar en vida tan agitada. Nunca cesó esta benéfica influencia del arte en la primera mitad del siglo, y aun se perpetuó en las conspiraciones y rebeliones de los pueblos germánicos y eslavos en años posteriores. No hay lenguas ni razas que originen diferencias en esta devoción de lo bello. Se acude por los ingenios á las inspiraciones del arte griego y del arte romano; se traen las tradiciones indias que la erudición moderna había difundido por Europa y sus escuelas; vuelven las leyendas del Norte á enardecer las fantasías germánicas, y bien pronto los dictados de clásicos y románticos pasan como nube de verano, y son desdenadas todas las reglas de los retóricos, dándose majestad y libertad, también revolucionarias, á las altas inspiraciones del genio europeo.

No hay oposición por parte de los vates privilegiados á esta universalidad del arte y de la poesía. Ni Schelley, el gran poeta, que escribió lúgubrementes bajo el peso de la revolución francesa de 1793, dejó en días más tranquilos de embelesar con seductoras muestras de su ingenio, con imitaciones felicísimas de lo antiguo y con la gracia y donoso estilo de sus endechas; ni el gran Byron encanta menos con sus sonetos que con sus imitaciones de la poesía popular italiana ó sus atrevimientos y su desenvoltura; ni Heine, al través de su ingenio galo-germánico, niega las excelencias del arte como inspirador universal de la conciencia humana.

En otra esfera, Schiller, poeta de prudente fantasía y de grave estudio en sus argumentos, ó Goethe, que aco-

gía las representaciones de Mefistófeles, y en los últimos momentos del *Fausto* llegaba á la iniciación celeste llevado por la virtud de Margarita, tampoco podían suscitar negaciones á la inspiración de su tiempo, libre, universal y rica en memorias de todas las edades, por lazos cariñosos debidos al genio de todas las razas y de todas las creencias.

Ningún artista verdadero desconoce desde entonces la universalidad del arte: todos pagan tributo al gusto de las edades estéticas del mundo pasado. Nadie aconseja serviles imitaciones de la belleza natural, sino que siente la necesidad de la libre reproducción de la hermosura, y el campo, el horizonte del arte son infinitos en este siglo, inspirando siempre luz y vigor á las nacionalidades asediadas por la guerra, sin separarse de las gloriosas tradiciones, rasgos y altezas de las edades pasadas, en la India, Grecia, Roma y las tumultuosas horas de la Edad Media. Todo ello en su natural creación poética se ha reproducido en el siglo de que somos hijos.

Es muy cierto que la actividad artística libre, que he recordado, toca en la vida toda, y agita los períodos diversos de la historia del siglo, en su modo de ser político y social, para mantener las condiciones del genio, que es órgano de esta misma libertad de la belleza y del arte; pero no lo es menos que estas cualidades de la vida histórica amplían sin medida la actividad y la influencia del arte moderno con libertad absoluta, y que éste, desde la tradición primera de los pueblos arios, ha reverenciado lo antiguo, uniéndolo con vínculo estrecho á lo futuro, como si antiguos y modernos se dieran la mano en una mística adoración del puro sentir de estos últimos tiempos, cuya filiación está en la reverencia á

las inspiraciones pasadas y á la espontaneidad que brota de la vida real; múltiples fuentes, de que se desatan raudales de veneración y de entusiasmo por el ideal de la belleza. Por eso todo renacimiento no expresa en el común sentir sino una pura remembranza de la poesía muerta; pero al mismo tiempo difunde concepciones originales, dotando de desconocidas hermosuras la vida moderna.

Todas estas fuentes son fuentes y fuerzas para el arte moderno. Nunca falta templo, nunca falta sacerdote para esta maravillosa transformación estética de Europa, y el arte, creciendo siempre, endulza las costumbres, dando divino vínculo á las múltiples escuelas, géneros poéticos y contradictorios entusiasmos que llenan la historia del siglo.

Es el arte en los días que corren una evocación continua y permanente de la poesía profética y de los psalmos, de los himnos homéricos y de la Iliada, de la Odissea y de Sóphocles, de Píndaro y de las leyendas *célticas* de Islandia y de la Cambria, de todo lo cantado y lo sentido, en una palabra, mediante cuya evocación la idea realizada en forma sensible por el arte abre sus puertas á la intimidad, que engendra el ideal en el fondo purísimo de la contemplación de todos los pueblos y de todas las edades. Crece sin medida este ideal durante el siglo, que le señala una órbita de emociones que combinan su modo de ser y le dan fuerzas para nuevas empresas literarias y poéticas, y sirven á lo que podríamos llamar religión de la belleza, desde el himno celta, resucitado por M. de Villemarqué, hasta las últimas estrofas de Víctor Hugo.

Decía bien el ilustre orador. El arte del siglo no se agota, no se agotará en las ideas del siglo.

Hay abiertos manantiales de perenne belleza, que abrazan los impulsos de todas las fantasías, que buscan con brío la forma esplendente del genio; y cuando la alcanzan en intuición sublime, la irradian con la fuerza del sol en la educación humana, y la enlazan con estrecho vínculo á las libertades de la educación artística. Vivos están los ideales desde la epopeya napoleónica; con fervor palpita el espíritu de Europa, y las razas eslavas, croatas, búlgaras y servias, y aun las lejanas de las estepas rusas, se conmueven, según nos refiere Scèveireff (1), al juzgar los ciclos de la poesía épica y de la poesía popular, desde los días de Pedro *el Grande* hasta los reinados últimos, cada vez más dados á las letras.

El arte del siglo encuentra siempre inspiraciones donde quiera que fija la mirada; y donde quiera que hay entusiasmos y bellezas, campea como una luz divina de inextinguible blancura.

No hay que dudarlo. El arte vivifica la fantasía de las razas y de los pueblos; resucita las leyendas y memorias de todas las edades; viste con galas los recuerdos de la poesía popular; entona bélicos cantares cuando la patria peligra, y siempre se agita y da nueva vida á la fatigada conciencia de Europa. Todo, todo lo enlaza el arte, que es universal y recoge la representación sensible del ideal absoluto, que, unido á las ambiciones del siglo, sirve para vestir con sus espléndidos adornos la leyenda nacional.

La belleza ensancha hoy sus apariciones; palpitan las musas de todas las edades, formando amenísimo coro, y encantan las últimas idealidades de la conciencia artística y las más escondidas esencias de la fantasía estética.

(1) Firenze, 1862.

El arte no falta en estas evoluciones de la *idea* desde los primeros tiempos de la literatura moderna. ¿Por qué es universal también esta inspiración del arte moderno? ¿Por qué se confunden los himnos homéricos y las profecías semíticas, reproduciendo la hermosura grandiosa de las artes orientales? ¿Por qué el arte en mil sectas de gnósticos y neo-platónicos, en los grandes doctores del platonismo, encuentra incesantes llamamientos al *ideal* por la intervención de una inspiración religiosa? Porque el arte ha vestido en el siglo moderno todas las bellezas de los siglos pasados, y las ha cantado gracias al enardecimiento que produce la consideración de las ideas celestes y eternas. ¿No es el arte, en su esencia, resplandor divino, que mueve y dirige el arrobamiento de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, en los momentos supremos de la inspiración cristiana de nuestra historia española? ¿Cómo imaginar sin estos ideales *La vida es sueño*, *El condenado por desconfiado*, *Los nombres de Cristo* ó *Las Moradas* de la mística doctora?

Buen ejemplo fué en otros tiempos el romancero castellano de esta hermandad del ideal y de la leyenda para advertir la vitalidad del arte popular, que después sirve á los entretenimientos de los poetas ó engalana las civilizaciones posteriores, demostrando el acierto de Tommaseo cuando decía: «Nazione che non há poesía storica, ne poetiche tradizioni viventi, nella moltitudine é nazione morta,» cuya frase nunca podrá aplicarse á España.

Y si de estas esferas de la poesía popular antigua pasamos á más altas esferas contemporáneas, veremos al arte, más ó menos espontáneo, con una primorosa confusión de todos los géneros antiguos y modernos, erudi-

tos y populares, mantener vivo el ardor en la fantasía colectiva de las muchedumbres, y desde la trivial, pero graciosa canción, hasta el cuento candoroso ó enamorado, desde el dieterio político hasta el epigrama, recoger siempre las impresiones de la musa popular, con igual cariño que la altísima inspiración del cantor del poema ó de la elegía, del himno ó de la oda. Sin estos oficios del arte, que expresan las múltiples formas del ideal sensible en la vida feliz ó desdichada, callarían las voces y se perderían los ingenios en una apatía y obscuridad tristísimas, mientras que basta en cambio una sensible aparición del arte en la fantasía ó en el sentimiento de las naciones, para que se avive el fondo último del espíritu y emprenda éste el vuelo en busca del ideal que ha resplandecido. Nada mueve de manera más humana y ardiente las esencias del alma, como la aparición del ideal realizado, del arte que transparenta lo divino.

El arte vive en todas las esferas del espíritu del hombre; el arte agita el espíritu humano, porque excitada la mente del poeta, no sigue ya otro vuelo que el raudal de las apariciones del *ideal*, que ostenta en formas sensibles la belleza. El arte penetra lo creado con una palpación misteriosa, que tiende y atrae el *ideal* perfecto de esa misma belleza; porque la contemplación de ella es un altísimo perfeccionamiento para el espíritu humano, y un perfeccionamiento del alma es siempre una adquisición gloriosa, porque levanta la inspiración, aviva la energía y mueve al ánimo á empresas más altas y desconocidas.

El arte es el heraldo del ideal, y en alas del genio vuela y busca y se afana en pos de lo eterno, que es su premio. Los bardos, los profetas y los juglares de épocas

vivas ó muertas, sienten enamoramientos prodigiosos, que hermocean la existencia y la exaltan en múltiples relaciones de géneros y de formas.

Decía bien el nuevo Académico: «El arte no se agota ni se agotará en el mundo.» Es puro hijo del espíritu y mueve las adormecidas esencias del alma, porque en cada una de esas esencias hay raudales de hermosuras que en todas las esferas de la actividad estética encuentran su forma y después santifican la existencia con la poesía y sirven de eco á la vida presente con el arte.

Es éste prodigio que no conocieron las edades pasadas, como no conocieron la confusión de los géneros poéticos y la composición libérrima para dar con el secreto de que el poeta abraza todo lo real, servido por la epopeya y por la belleza cómica, ó por la mezcla de la ironía con el aplauso.

En vano la retórica y la enseñanza de modelos dignos de ser examinados con detenimiento condenaron las exigencias del arte; en vano señaló la crítica los tipos y los modelos á que debían ajustarse los poetas; en vano los maestros Batteux, La Harpe y Boileau encarecieron la imitación de lo clásico: la vida del siglo, tocada por el arte, desatendió todas aquellas enseñanzas, como rompió la división de clásicos y románticos, que entretuvo á la crítica desde 1820 á 1848, sin dejar más que el famoso prólogo de Víctor Hugo como recuerdo de la empresa. La libertad del arte triunfó; su universalidad extinguió aquella servil imitación del arte griego y romano; aparecieron las mil formas de la Edad Media en Italia y en Alemania; se amalgamaron en admirable confusión los géneros poéticos, y los vientos de la tempestad propia del siglo fundieron ó rechazaron todas las

escuelas y todos los preceptos de los libros literarios de Aristóteles.

No es sólo en las razas latinas y germánicas de que habla el Sr. Castelar donde se significa la universalidad del arte en la literatura moderna. Allá en la Escandinavia, Isaías Tegner, nacido en los primeros años del siglo y que se educó entre el griego y el latín, señalaba á Dios, á la naturaleza y al hombre como perennes fuentes de belleza, enalteciendo la epopeya napoleónica, sobre todo en la muerte del héroe del siglo, con acentos dignos de Shakespeare, á la vez que pasaba indistintamente á las mitologías griegas y latinas, y Freya, la diosa del amor, iba por los campos de batalla para guardar las almas de los guerreros que morían con gloria, acomodando así á los tiempos que corrían las tradiciones druidicas. El renacimiento griego de la mitología griega se unía á la pintura agreste de aquellas costas, combatidas por las tempestades y los volcanes, y revestía sus obras de un aspecto tan original, que en ellas se dibujan con portentosa variedad, lo sublime y lo sencillo, lo delicado, lo espléndido y lo misterioso.

Jamás hubo popularidad como la de Tegner. Recorred la Suecia, entrad en los círculos aristocráticos y en las humildes aldeas, y siempre encontraréis un recuerdo de Tegner, un canto de Tegner, una estampa del viejo cantor. Es el poeta de la juventud y de la edad madura; es también el poeta de la vejez. Nadie lo lee que no quede pasmado. Fué profesor de estética y fué adorado por los oyentes. Aceptó las órdenes religiosas y entró en la iglesia de Suecia. El día de la consagración fué para él un santo delirio. «Las manos del que me consagra, en un delirio extremo, hace que descienda el espíritu de Dios.

¡Adiós, vanidad del siglo! ¡Adiós, lazos de la tierra!
 ¡Tengo ya en mis manos las llaves del reino celeste!
 ¡Qué fresco es el viento del cielo! Escuchad: las palme-
 ras del edén murmuran los dulces preceptos del Salva-
 dor,» exclamaba el ilustre vate conmoviendo al públi-
 co entero de la nación que le aplaudía.

No merece tampoco olvido otro portento literario, fe-
 cundísimo poeta que cultivó todos los géneros, viajando
 de continuo por Italia, Alemania y Francia, y fué gloria
 nacional de Dinamarca: Oehlenschlager. Nació en 1778,
 y estudió desde sus primeros años á Shakespeare y á Mo-
 lière. En sus correrías trató á los más ilustres literatos.
 Como buen patriota volvió los ojos á los misterios del
 Edda, aglomerando en sus versos todas las hermosuras
 de las sagas dinamarquesas. Joven aún escribió el poe-
 ma *Aladdin*, que popularizó su nombre en Alemania, y
 conoció á Madame Stäel y á Chateaubriand, en tanto que
 con aplauso se representaban sus once tragedias en Co-
 penhague. Era artista universal por la variedad de los
 asuntos, y recogió en sus cantos las tradiciones no-
 ruegas.

En Parma escribió la tragedia de *Hagbart y Signa*.
 Visitó después los Alpes y Suiza, y no hubo género de poe-
 sía en que no obtuviera gran aplauso. Su fecundidad
 honraria á la fecundidad castellana. Imitó á Shakespeare
 en *Julietta y Romeo*; luchó con Goethe en la tragedia de
Corregio; imitó á Esquilo en el *Prometeo desencadenado*;
 escribió la *Reina Margarita*, y muy entrado en años, el
Hamlet, y después el poema los *Dioses del Norte*, en que
 campean, desplegando sus gigantes alas, lo fantástico y
 lo maravilloso. Sus odas *Al nacimiento de Cristo*, *Á la
 muerte de Cristo*, *Al nacimiento de María* y el *Evange-*

lio del año, dan cumplida expresión de sus talentos poéticos. En las composiciones místicas de sus últimos tiempos daba gracias á Dios por haber creado su espíritu para el arte. Sus producciones confirman que, en efecto, Dios lo había creado para amar lo hermoso. La universalidad de inspiración del gran poeta nacional de Dinamarca, presenta un vivo dechado de esta alianza y confusión de los géneros del arte moderno.

Y no es sólo en Dinamarca y en Suecia donde luce la poesía moderna con sus libertades en el campo de la inspiración. En 1822 dió á la estampa Michiewicz *Grajina* y *Los Dziadi* (ó sea los Abuelos). La influencia alemana se hizo notar, y Michiewicz poco después expiaba en la cárcel su amor patrio. Así se llega á 1830 y á la famosa insurrección de Polonia. La poesía polaca se inspira en Byron, é invocando la resignación y el misticismo ve en lontananza el grandioso porvenir de la nacionalidad polaca. Los numerosos poetas polacos están unidos cuando se habla de la patria esclava; pero cuando se trata del porvenir, la unidad cesa. Los unos van al ultramontañismo; los otros, como *Słowacki*, preparan con sus cánticos la revolución democrática de 1848; *Shkrasintki* duda de lo presente, y se contenta con cantar lo pasado; pero confía en los destinos providenciales de su patria querida. Esta su patria es el Hombre-nación, reservado por Dios á designios misteriosos. Sólo hubo en el mundo dos pueblos predestinados, los hebreos y los polacos; Polonia es un *Cristo*, y hay un Mesías que ha sido precursor, *Napoleón*. Esta poesía místico-patriótica ejerció una gran influencia por su fecundidad, y por la originalidad de su inspiración, y por lo hermoso de su forma. Era tal el entusiasmo por la oda griega y latina, que dentro de

aquellos moldes llevan á cabo la pintura de sus pasiones con mayor viveza y con fantasía más apasionada los escritores revolucionarios.

La belleza se amplía en esta perpetua palpitación de Polonia y realiza el genio artístico nuevos ideales. ¿Por qué estas exaltaciones pasada la primera mitad del siglo? ¿Por qué tantos dolores como agravian á esas razas, y por qué van los cantos de las mismas razas unidos á la antigua mitología, á los cantos de los bardos escandinavos, á las maravillosas poesías polacas, con nueva y vasta originalidad? Todo se debe á la actividad serena del arte, que celebra los más mínimos accidentes, sin imitación de ninguna escuela; á que Byron deja en la historia de la primera mitad del siglo una tendencia singular é independiente, por la riqueza y variedad de su fantasía libre y novelesca, y á que adoraron en Europa su nombre, que tuvo un fin glorioso en la insurrección de Grecia. Pero no fueron los doctos ni los sabios los que revisitaron de estos caracteres exaltados el primer tercio del siglo. Fué el arte el que abrió sendas libres; fué el arte, que en doctísimas asambleas, después de la revolución de 1848, inspiraba ideales inenarrables debidos aún á la epopeya de Marengo y Austerlitz, y que desde 1848 ensanchaba sin medida los horizontes del ideal y creaba una existencia que exalta el corazón de la Europa moderna en Francfort y en las demás naciones del mundo moderno en sus contiendas civiles y sus revoluciones incesantes. Hubo un instante en que Slowachi representó el carácter transcendente del arte moderno con una representación indisputable y suprema. Por eso cerró su famoso libro diciendo: *Acción y sólo acción*; pero la carnicería de Galitzia y las matanzas de Zavinow dieron á

Slowachi un mentís cruel; y cuando la revolución llegó á Posen, Slowachi partió de Posen, muriendo en 1849 en París, donde había nacido.

Polonia por la insurrección de 1863 adquirió gran celebridad en Europa; pero la literatura independiente guardó silencio y la catástrofe no mató ningún poeta.

La Europa central daba, aparte de Polonia, otra gran lección á la Europa germánica y á la rusa. Sus poetas y sus cantores tenían viril resonancia, y se hacían desde luego populares, al extremo de expresar la inspiración de búlgaros y servios en sus guerras contra el Austria infatuada por sus preeminencias imperiales.

Entonces resonó en el mundo la palabra eslavismo, y hubo en Italia y en Austria momentos de conmoción y de espanto. No era, sin embargo, el eslavismo por entonces otra cosa que una mera protesta histórica, que no dió resultado hasta la revolución acaudillada por el ilustre Bem, antes de la participación de los rusos en la campaña memorable de Hungría.

Pero el ideal artístico brota de cualquier modo en aquellas mismas agitaciones de la Europa central, y en ella aparece, después de una vida errante (1842), Alejandro Poetefi, el gran poeta, el genio que en la revolución húngara escribió el poema del *Héroe Juan* y la famosa canción ó himno popular *Yo soy húngaro*, que ha de recoger el porvenir como uno de los momentos más preciosos de esta embriaguez de libertades estéticas, que cansa á la par que engrandece el siglo XIX.

Nada queda olvidado. La misma Rusia, tan agitada desde Pedro *el Grande* y Catalina, tiene á Veyaizna, poeta lírico de este período (1816), cuyas odas patrióticas son verdaderos modelos y cuyas anacreónticas le hicie-

ron adquirir gran fama. El romanticismo se defendió contra los clásicos, por Fontowsky, en la elegía á la *Tumba de los esclavos victoriosos*, y la lucha con los clásicos fué tenaz en Rusia por este tiempo, según recuerda la imitación del gran Pousckine, que siguieron Lermontof, excelente novelista, y el ilustre Gogol, si bien en este último era notoria la influencia de Beranger.

Sin embargo, la literatura rusa reviste caracteres especiales desde Alejandro II, que dió la libertad á los numerosos siervos del imperio. Este noble acto iba acompañado de reformas administrativas y jurídicas; pero después de la guerra de Crimea, una exaltación inesperada recorrió los nervios del país. Siguen los años: los novelistas difunden un *realismo* pernicioso que llevaba á la desesperación, y aparece un nuevo concepto, llamado el nihilismo, que por desgracia arraigó profundamente en la patria rusa. El crecimiento del nihilismo fué popular muy luego, y no se ha borrado todavía de la memoria en la generación contemporánea.

Separemos la vista de esta catástrofe, en que mueren las inspiraciones de la educación, bajo las malas pasiones y á impulso de vergonzosos deseos, que todo lo destruyen y manchan en el orden social y político, al par que rompen los gérmenes de toda idealidad y de toda hermosura. Ni la belleza, ni la poesía, ni el arte, pueden esperar mejores tiempos por este descamino. Es un horrible abandono de toda ilustración y de todo progreso legítimo, y no ofrece la historia nunca un cuadro tan repugnante.

¿Querrá la Providencia que sea ésta ráfaga de una tormenta social que anuncie un mejor porvenir á la vergonzosa situación en que se encuentra hoy el imperio del Tsar?

Confiemos en que todas las negaciones pasan y todos los pueblos que padecen de fiebre suelen verse acometidos de crisis. La actividad artística no corre desbocada y sin guía, aun en esta misma horrible expiación de las servidumbres anteriores. De igual manera los cantores y los novelistas rusos que los vates de la Europa germánica; lo mismo Pousckine, viendo palpitar las negaciones en las entrañas sangrientas de la sociedad rusa, que Uhland, el bardo que llamaba *su amada* á la libertad y su *caballero* al derecho; con igual eficacia el autor nihilista, cuya inspiración desgreñada busca en el no sér consuelo á las asperezas y desesperaciones de la vida, que Kerner ó Rückert, campeones de la lucha y soldados de la revolución, ya engendrada en el abismo de los deseos, conspiran á la universal y grandiosa libertad del arte. Porque es verdad, como decía mi nuevo compañero y cariñoso amigo; es verdad que han crecido en nuestros días la religión y la ciencia, y la naturaleza, y el Estado, y que han crecido con divina soberbia, como aquello que estuvo por muchos siglos oprimido y al extenderse de repente se desborda sin compasión y sin cuidado, iluminando con relámpagos lo que debiera verse con luces naturales y sacudiendo y agitando con terremotos lo que ha de moverse en el porvenir con suaves y cadenciosos movimientos.

○ Será tal vez desventura nuestra, ó será nuestra gloria haber vivido en momento tan preñado de sucesos; pero obedece la explosión á una ley histórica, y así como el niño al despertar en la cuna, solo y débil, coge los pies entre las manos y gira en rededor los asombrados ojos, la humanidad que es fuerte, cuando se alza del sueño, hunde los brazos en el pasado y lo levanta y lo remueve contra lo actual, como se levanta el cieno del fondo y se

confunde con el agua transparente de la superficie, siempre que quieren purificarse los pantanos.

No he de ser yo quien, hecha memoria de los ilustres poetas que he citado, entre por los fértiles países en que ha recogido tan abundante cosecha de nombres y de glorias el Sr. Castelar. Si algo falta en el cuadro, que he ampliado, búsquelo en aplausos recientes la Academia, que el temor de ofender modestias respetables me veda discurrir sobre el crecimiento y los timbres de la poesía y de la elocuencia españolas, en lo que va corrido del siglo que atravesamos; pero quiero hacer observar únicamente, y valga por lo que valiere, que estas grandezas del arte han de durar aún mucho en el mundo, porque van acompañadas de un movimiento incontrastable de libertad en los dominios de la ciencia estética, que hoy pretende aparecer ante el mundo como fin y corona de la ciencia universal.

El proceso histórico de las religiones orientales había comenzado ya á considerar el arte como enlazado por secretos y poderosos vínculos á las ideas y revelaciones de lo divino, y no era posible que, rota esta edad de la historia y sustituida por los siglos griegos y romanos, en que fué la belleza para el espíritu de los hombres como un Cristo que mantenía las relaciones adorables con lo absoluto, se perdiera tan serena y radiante tradición en el período cristiano. Concepto indeterminado sin duda el de esta preeminencia del arte sobre los demás fines humanos, había de encontrar y encontró de hecho no poca oposición en el severo primitivo espíritu del cristianismo. Sin embargo, las nobilísimas aspiraciones de la filosofía cristiana en San Agustín y los PP. Alejandrinos, en Santo Tomás y en Alberto el Magno, abrieron

las fuentes de la inspiración, y no atreviéndose á satisfacer, como Solger más tarde, que el arte es hermano de la religión, lo hicieron servidor y auxiliar suyo en aquel siglo trece, único de la historia en que el catolicismo ha sabido expresar de todos modos y sin reminiscencias paganas el ideal de la Iglesia.

Después de Descartes y del P. Andrés de Francia, de Reid y de su escuela en las islas británicas, llega sin mayores adelantos la estética al siglo de Baumgarten y Kant, y comienza á ser considerada y organizada como ciencia independiente, y se estima que puede servir la filosofía del arte como preparación á la filosofía general, porque nos muestra visiblemente la presencia de los ideales en la realización de la obra artística.

En este momento comienza ya la estética á ponerse de acuerdo con las expansiones de los poetas y las necesidades de la historia, y muchas veces también á ser expresada y manifestada por poetas ilustres como Schelling y Juan Pablo. No es del caso la exposición de las ideas de Schelling por demasiado conocidas; pero no quiero pasar por alto los nombres de Solger y de Vischer, que, uno antes y otro después, son términos necesarios en la evolución hegeliana de la estética, evolución cuyo concepto capital preside el discurso que habéis premiado con entusiasmo.

Pocos años adelantaba Solger á Vischer cuando éste demostró la relación interna de lo sublime y lo cómico, pasando por todos los géneros; pero ya aquél se había anticipado en buena parte de la tarea, advirtiendo que es lo sublime la belleza en potencia y que la estética había de ser la última y más acabada ciencia sintética, construida por el entendimiento humano.

Así procedidas y así continuadas las doctrinas de He-

gel y de Krause, se hacen bien pronto dueñas de los ánimos, y en algunos conceptos capitales influyen ó concuerdan los progresos de la estética italiana, desde Gioberti hasta Tarí y Cartolano (1), cuyas obras tocan las fechas más recientes y cuyos primeros estudios, no sin resabios platónicos, enaltecen la enseñanza expuesta en la segunda mitad del siglo que vivimos.

Pasó en gran parte la idea hegeliana, arrastrada por vientos algo más *realistas* que los de principios del siglo: vivieron en ese segundo momento los autores franceses. Escribió Lemcke su aplaudido y ya famoso libro de *Estética popular*, que no otra cosa es que una verdadera crítica del arte en general y de las artes particulares, y trajo un ilustre escritor á España con lo más selecto de los idealismos extranjeros. No os extrañe, señores Académicos, que tenga siempre en memoria en estas ocasiones el nombre de D. Isaac Núñez Arenas. Sobre deberle mucho la cultura patria, yo soy más deudor que nadie, y justo que la fecha presente, en que estrechamos el abrazo de bienvenida dos de sus más entusiastas discípulos, haga salir á mis labios su nombre, como desborda en el corazón su recuerdo.

La cita de los nombres anteriores, á que sólo se oponen escasos escritores de segundo orden acogidos al dogma criticista, deja un pensamiento unánime en la historia contemporánea. Lo bello es lo divino. La belleza es Dios, reflejada en el espíritu, en la naturaleza y en el arte.

Esta afirmación era la que yo quería hacer valer ante vosotros, hoy que el pensamiento llega á tener tan poderosa influencia en las naciones, hoy que corren con tal facilidad los idealismos desde el cerebro del pensador

(1) Turín y Nápoles en 1863 y en 1875.

extraviado á las de las muchedumbres deslumbradas. Ved lo que ha hecho el arte sin incentivos estéticos de tanta grandeza como los presentes; ved lo que ha sido cuando las comunicaciones del mundo culto eran escasas, y sumad fechas, sumad nombres y reunid entusiasmos de los que abundan en el discurso del nuevo Académico. Aun así no es dado concebir á nadie lo que podrá alcanzar, arrancado de tan altos principios y regado por tan puras corrientes, el arte de las generaciones que nos sigan en la historia del mundo.

¿Qué será en el porvenir el arte, enriquecido con la originalidad rusa, la húngara, la polaca, y los hechos singulares de los poetas escandinavos? ¿Cómo influirá en el ingenio y en la educación de los poetas futuros? ¿Cómo recogerá el tejido de ideales que la vida irá tomando para educación y perfeccionamiento de los pueblos?

No es fácil la profecía; pero el noble impulso de los estéticos declara que está llamada la nueva ciencia á recoger y subyugar en un conocimiento superior la enciclopedia del siglo, y á explicar todos los misterios del saber metafísico y todos los idealismos de la poesía, y que en esta vasta esfera se moverá el *arte*, confundiendo la última y más grandiosa especulación del saber y educando la vida en una sucesión inenarrable de inspiraciones ideales, representadas en formas bellísimas, que demuestren la fusión de todas las formas de las artes en su maravilloso conjunto.

Para el arte futuro, y no para nosotros, queda reservado este prodigio de educar sanamente la fantasía artística en las nobles transformaciones de un *ideal* que cada vez con mayor aliento exprese en todas las esferas de la vida la grandeza del genio y su santa influencia

en esta elevación al infinito, de que tomarán calor y luz las generaciones futuras.

Arrancando de este proceso, el arte no tendrá fin en la historia, y será siempre una aspiración latente ó declarada que, al través de los ideales de la vida estética, ascienda á lo divino. Recogerá, como siempre, las inspiraciones de las edades pasadas; inspirará emociones santas; continuará siendo el faro vivo de la humanidad para la contemplación de la belleza infinita, que tiene su centro en lo eterno; y enlazando estas sublimes creaciones, guiará al espíritu humano y será iniciador de las edades, abriendo con su libertad original y universal los cielos de una poesía inspirada en la contemplación de las grandezas de la realidad toda.

Y esto es claro, señores Académicos. No sólo es claro, sino que es indiscutible. Si es el arte forma de lo *ideal*, es perdurable su cometido, y el imperio de la belleza y de lo sublime le pertenecerán en toda la integridad del espíritu humano y en la majestad de la historia, que se refleja en esta peregrinación que no tiene fin hasta tocar en lo absoluto. Y voy á concluir. El gran orador que me ha precedido en el uso de la palabra acoge benévola-mente estos destinos del arte, que han de transformar aún, con la vida de la historia, las purísimas esferas á donde llega el amor de lo bello. Esta conformidad de juicios es para mí la más segura y firme garantía de que son ciertas y verdaderas esas glorias de la inspiración iluminada del artista, que ennoblecen con su fuego el sagrado de la conciencia de la Humanidad, en lo pasado como en lo presente y en lo presente como en lo futuro.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL

SR. D. MARIANO CATALINA ⁽¹⁾.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Deuda de gratitud, nunca bien pagada, contrae quien alcanza el honor de llamarse vuestro compañero. Todos un día, con generoso alarde, esforzásteis la palabra para demostrar el profundo reconocimiento del corazón: ninguno, que yo sepa, cumplió á satisfacción propia este gratisimo deber; antes bien creo que cada cual salió de aquí triste y pesaroso, por no haber acertado á expresar clara y vigorosamente lo que sentía. Verdad es que la gratitud, como planta rara y preciosa, cuando arraiga en buena tierra, no se satisface con arrojar inútil hojarasca, ni se cansa de producir regaladas flores y sazonados frutos.

Modestia natural y verdadera, siempre ignorada de quien la atesora, os acompañó á este recinto, y con ser ella tan grande, no bastó á ocultar vuestros méritos. Quién vino aquí cargado de laureles, briosamente ga-

(1) Leído en Junta pública celebrada por la Real Academia Española, el día 20 de febrero de 1881, para darle posesión de plaza de Académico de número.

nados en el campo donde se representan los actos humanos y se da vida y voz á los grandes personajes que ya no existen, y se contraponen y revuelven las pasiones del alma, y se lucha frente á frente y brazo á brazo con todos y cada uno de los espectadores; quién trajo el abundantísimo y fecundo caudal recogido con penas y vigiliass en las recónditas fuentes de la palabra, aumentado con el estudio de idiomas casi desconocidos y propio, más que otro ninguno, para limpiar, fijar y dar esplendor á la lengua patria: unos, pulsandó la lira de Píndaro y Tirteo, arrebatásteis en entusiasmo á los encantados oyentes; otros, con la elocuencia de Demóstenes y Cicerón, penetrásteis en el revuelto palenque de la política, conquistando allí alto renombre con las armas poderosas del bien decir: cuál, amoroso cultivador del derecho, trajo los timbres que conquistó en el foro; cuál, investigador sutil de la esencia de las cosas, alcanzó en los estados sin límites de la filosofía, corona merecida: todos vinísteis aquí con méritos propios y verdaderos; tan propios como vuestra modestia al desconocerlos, tan verdaderos como los servicios que aquí estáis prestando.

Fuera impertinente, señores Académicos, que yo intentara demostrar mi falta de títulos literarios para ingresar en esta ilustre Corporación: sé que no los tengo, y verdades tan claras no hay para qué demostrarlas. Pero asegurar que sin motivo alguno me habéis elegido, sería ofenderos; y esto, aun á riesgo de parecer inmodesto, no he de hacerlo yo. Quizá, animados por el generoso deseo de favorecerme, hayáis supuesto en mí cualidades y aptitudes de que carezco: no es imposible que, sin tener en cuenta mis fuerzas, y pensando sólo

en mis propósitos, me hayáis creído capaz de contribuir y aun de ser útil para alguno de los provechosos trabajos en que la Academia se emplea: yo no hallo nada digno de vosotros, ni en mí humilde inteligencia, ni en el escaso caudal de mis conocimientos; pero seguro estoy de que por algo me habéis elegido, y de que alguna esperanza fundásteis al acordaros de mí: ignoro cuál; pero en todo caso, mi deseo es no desvanecerla; sobrepujarla, mi deber.

Si por merecimientos de amor á la literatura patria y de admiración y respeto á los que con provecho la cultivan, se otorgaran las sillas de esta Academia, yo tendría la mía al lado de la primera: si el vivísimo empeño de consagrar la existencia entera al mayor lustre de las letras españolas, fuera mérito bastante para formar parte de la Corporación que las representa, tampoco me creería fuera de lugar en su recinto; pero ni aun este amor y este empeño puedo atribuirme como cualidades propias: recibílas en mis primeros años de aquél que, apenas traspasó los límites de la edad de la razón, ya era vuestro compañero; de aquella precocísima inteligencia que, sin haber llegado á su madurez, pasó por los puestos más elevados de la ciencia, de las letras y de la política; de aquel laborioso y malogrado escritor que, á poco más de siete lustros de existencia, bajó al sepulcro, dejando nombre más que estimable entre los literatos, recuerdo cariñoso en sus amigos y una silla vacía en la Academia. Con su nombre, si no su inteligencia y su saber, legóme el cariño que os profesó, la gratitud que os debía y el noble afán de ser vuestro compañero. Desde la niñez guió mis pasos en la tierra: con la palabra, y más aún con el ejemplo, me inspiró amor al tra-

bajo y afición al cultivo de las letras: la veneración que por esta casa tuvo toda su vida, hízola necesidad de la mía: á sus consejos debo lo poco que sé: mientras vivió me colmó de beneficios; y con ser ellos tantos, aún me transmitió al morir el más valioso de los que él había disfrutado: el de vuestra amistad y vuestro afecto. Su sombra bienhechora no me ha abandonado jamás; y perdonadme, señores Académicos, si creo firmemente que á ella más que á nada debo el honor de encontrarme entre vosotros. Este recuerdo tributado en el momento más solemne de mi vida al Académico que me sirvió de padre, tal vez no sea oportuno; pero satisface una necesidad de mi alma, y viene á pagar en parte una deuda sagrada de gratitud.

Tampoco puedo eximirme de recordar á otro insigne Académico que por espacio de más de treinta años contribuyó con su saber y laboriosidad á las tareas de esta Corporación. Aptitudes múltiples, laboriosidad incansable, firmeza en los propósitos, facilidad para aprender y amable generosidad para emplear ciencia y trabajo en beneficio de sus semejantes: tales eran las cualidades del Sr. D. Alejandro Oliván. Si recorremos su dilatada existencia, nos causará asombro ver que con la misma facilidad y discreción trataba de las más arduas materias políticas y administrativas, que escribía manuales y cartillas para enseñanza de la juventud: que así componía versos en griego y patentizaba en esta casa sus conocimientos filológicos, como emprendía y consumaba trabajos imposibles sin profundo estudio de las ciencias naturales. Honra de la Academia el escritor, gloria de la patria el repúblico, modelo de honradez y afabilidad el hombre, dejó con su muerte un vacío en las letras, en la admi-

nistración y en la sociedad que difícilmente podrá llenarse. Tengan otros la gloria de reemplazarle donde sea posible, que á quien ha de ocupar aquí su asiento, no le es dado más que rendir tributo de admiración y respeto á su memoria.

Si ejercen influencia saludable ó perniciosa en la moralidad de los pueblos las representaciones teatrales, cuestión ha sido harto discutida en todos tiempos, sin que jamás hayan llegado á ponerse de acuerdo adversarios y defensores; cosa no rara ciertamente, pues apenas habrá materia de grande interés para la humanidad en que no haya sucedido lo mismo: la inteligencia humana es limitada y los principios de todas las cosas tienen raíz y asiento más allá de las fronteras de la razón. Hay, pues, en pro y en contra del teatro, como escuela de costumbres, respetables autoridades; pero todas coinciden en afirmar la poderosísima influencia que por su esencia y por su forma debe ejercer.

Nacido al amparo de la religión, fué siempre elemento eficacísimo de progreso; y en ninguna época hubo señal más segura del grado de ilustración de los pueblos, que el desarrollo y perfeccionamiento de su teatro. La Iglesia Católica, maestra legítima de toda buena enseñanza, propagadora incansable de toda verdad, misionera fervorosa de la civilización, caudillo invencible contra el error y la barbarie; la Iglesia Católica acogió con benevolencia al teatro, y en muchas ocasiones le protegió y alentó generosamente: en otras le condenó con sobrada razón y ejemplar energía: nunca dejó de reconocer su importancia ni el grande influjo que había de ejercer en la vida de las naciones. En las literaturas antiguas estuvo colocada la poesía dramática

al lado de la épica: ignoro si las literaturas modernas darán al teatro el lugar preeminente en la poesía; pero es indudable que lo ocupa, según el espíritu y las costumbres de nuestra sociedad.

Las causas de esta predilección con que los pueblos modernos miran las representaciones teatrales, y en general la literatura dramática, entiendo que residen en la índole misma de nuestro siglo, en la precocidad prodigiosa de las ideas, en la actividad desordenada de los espíritus, en las aspiraciones insanas de las inteligencias, en el enfriamiento de los corazones, en lo enfermizo de las conciencias, en la espantosa confusión de doctrinas y de procedimientos, en las antítesis sociales que vaticinan una crisis universal. Como en todos tiempos, y tal vez más que en otros no tan agitados, hay en éste en que vivimos verdaderos amantes de la ciencia que se consagran con incansable ardor á estudiarla y depurarla hasta donde á la humana inteligencia le es lícito, y por ellos disfrutamos de ventajas que nuestros antepasados no pudieron gozar; pero en este tiempo, más que otro ninguno curioso y antojadizo, hay una incontinencia de saberlo todo, un vértigo en las diversas clases sociales por discutirlo todo y aprender de prisa, lo que estudiado despacio y con calma no siempre se llega á saber, que si no engendran el caos y la barbarie, propagan la anarquía moral é intelectual. La prensa periódica, elemento poderosísimo para ilustrar al pueblo, ha querido, con laudable propósito seguramente, enseñarle más y con mayor urgencia de lo que fuera razonable, contribuyendo así á propagar, en este fecundísimo siglo, la más bárbara de las ignorancias, que es la de saber, no poco, sino mal.

Arrastrado el vulgo por estas vías de progreso, ha pretendido enseñanza en todo; y el teatro, viva representación de actos humanos, y en relación directa con los sentidos y con los sentimientos de la muchedumbre, ha venido á tomar parte en la satisfacción de ese deseo público, convirtiéndose en cátedra de moral, ó de otras cosas. Para mover el alma del espectador y elevarla, por la admiración y el entusiasmo, á las más altas regiones de la moral, no basta ya pintar en el poema dramático vicios y defectos sociales de una época determinada, y censurarlos y corregirlos por medio de acción sencilla y verdadera; no basta presentar grandes pasiones y tremendas luchas del corazón humano, ni siquiera hechos heroicos y sublimes de los personajes que ilustran la historia: no; éste era círculo estrecho y mezquino para las aspiraciones docentes de nuestro siglo. Preciso ha sido ensancharlo, y llevar al teatro problemas sociales no resueltos en muchos volúmenes por filósofos y legisladores, fenómenos psicológicos que constituyen verdaderas excepciones en la naturaleza humana, y extravíos morales que preocupan la inteligencia y afligen el espíritu. Las más repugnantes enfermedades y los más abominables misterios del alma, se sacan hoy á la escena; y ¿quién sabe si andando el tiempo se explicarán también en ella los de la naturaleza física, y podremos aprender en el teatro matemáticas y medicina, y astronomía y ciencia prehistórica, y hasta economía política?

Se equivocan sin duda los que sostienen que todo puede exponerse y explicarse en la escena; y me aventuro á asegurar que están completamente en error los pocos que afirman que la literatura dramática es indiferente y estéril para el bien y para el mal. Representando las

obras dramáticas escenas de la vida humana, con la verdad que el decoro y la moral consienten, no pueden por menos de impresionar y servir de ejemplo al auditorio; el cual, no sólo discierne la enseñanza que la fábula en sí contiene, sino que, al recogerla con los sentidos, recibe la impresión de un hecho real: es, pues, evidente que la doctrina buena ó mala de la obra ha de ejercer influencia en el espectador. El asunto, el plan de la acción dramática y los caracteres de los personajes, constituyen la base de la moral del drama; pero la forma, el diálogo, las máximas y sentencias que en las situaciones se engendran, hieren á veces con más fuerza el espíritu del espectador que la acción misma de la obra. Sirvan de ejemplo estas dos redondillas de uno de nuestros más ilustres poetas, puestas en boca de un personaje que, al increpar á su amigo porque ha perseguido á una mujer casada, le dice:

Mendigo de amor has sido
persiguiendo á una mujer
casada, que eso es querer
desperdicios del marido.
El que tiene tal empeño,
tras de vivir con zozobra,
sólo alcanza lo que sobra
al apetito del dueño (4).

El pensamiento que encierran estos ocho versos ha sido expuesto y desarrollado en muchas obras dramáticas: pocas conozco de donde se deduzca lo ridículo del vicio que se quiere corregir con tanta claridad y concisión.

Tenga el autor dramático principios sanos y seguros, nútrase de buena doctrina, perseverere en el laudable em-

peño de censurar el vicio y aplaudir la virtud, siempre que fuere oportuno, y no haya miedo de que sus obras dejen de influir benéficamente, por más que al escribirlas no se haya propuesto desarrollar y resolver problemas filosófico-sociales, que muchas veces acaban por fatigar confundiendo, en vez de instruir deleitando. Sin más propósito que entretener honestamente, se han escrito casi todas las comedias de nuestro teatro antiguo, y con ser tan modesto su fin, si no tuvieran otras incomparables cualidades acreedoras á la universal admiración, les bastaría con tener un código moral aplicable á todos los tiempos y á todas las sociedades, para gozar como bien conquistado el puesto preeminente que ocupan.

En comprobación de que sin necesidad de pensamiento social concebido *a priori*, se puede moralizar en el teatro al desarrollar con arte cualquier fábula honesta y entretenida, tengo en mi abono casi todas las obras de nuestros poetas dramáticos del siglo xvii: á uno solo llamaré en mi ayuda, pero es tal, que ni vosotros le habéis de rechazar, ni yo podía elegir otro mayor para encubrir mi imponderable pequeñez.

D. Pedro Calderón de la Barca me acompaña: en sus obras he buscado tema para mi discurso: ellas me ofrecen abundantísimo y bien sazonado fruto. Con tal compañía y con tan buenos materiales espero cautivar vuestra atención breves minutos; pues aunque el trabajo sea infeliz, como mío, la materia es como suya, y ni aun mi torpeza ha de poder quitar sus encantos á pensamientos engendrados en la mente del gran Calderón.

De sus peregrinas concepciones dramáticas, estudiando su teatro desde elevadísimas regiones y á grandes

rasgos, disertó ya en este mismo recinto un insigne poeta, cuya reciente pérdida lloran las letras españolas: otro docto y laborioso Académico trató aquí también con rara brillantez y profunda crítica de los Autos Sacramentales del Príncipe de nuestros dramáticos: ambos cumplieron á maravilla el fin importantísimo que se habían propuesto, dejando á otros la humilde tarea de estudiar en sus pormenores las obras del maravilloso ingenio y sacar la enseñanza moral que en todas ellas resplandece.

¿Cómo se llama
una dulce pesadumbre
que á un tiempo hiela y abrasa
todo el corazón, corriendo
desde los ojos al alma?... (2).

La pesadumbre

Que en brazos del desdén nace,
crece en poder del deseo,
vive en casa del favor
y muere en la de los celos (3)

se llama amor, y es la fibra más viva del corazón humano, el sentimiento más natural del alma, el móvil de casi todos los actos del hombre, la esencia del arte dramático, y no aventuro mucho si digo que es el germen de la mayor parte de las obras de amena literatura. Separad en vuestra imaginación todas aquéllas á que directa ó indirectamente da vida el amor, y veréis qué pocas de las restantes merecen aplauso.

Calderón, como todos los poetas dramáticos, rindió en sus obras culto devotísimo al amor; pero este autor más que ningún otro se hizo digno de eterna alabanza, por la exquisita delicadeza que puso en el alma de sus ena-

morados, por la pureza con que les hizo sentir y expresar este don divino, por el profundo conocimiento con que lo definió en sus diversas manifestaciones, por la austeridad y respeto con que lo presentó en el santuario del matrimonio. Alguien quizá haya simbolizado el amor en un personaje excepcional con caracteres más grandiosos, pero nadie logró nunca pintarlo con mayor verdad ni con sentido moral más sano que Calderón. Sembradas de máximas y reflexiones sobre el amor, tal como existe en el corazón humano, están sus obras todas, y aun en aquéllas que tienen por objeto principal el desarrollo de otro pensamiento, la más bella flor de su inteligencia fué siempre para el amor. Dígalo la sublime concepción llamada *La vida es sueño*, donde el protagonista, al convencerse de que cuanto vió fué soñado, expresa de este modo tal vez lo más humano de obra por tantos títulos admirable:

De todos era señor
y de todos me vengaba;
sólo á una mujer amaba.....
que fué verdad creo yo
en que todo se acabó,
y esto solo no se acaba (4).

Ni cómo había de acabarse cuando, según el mismo Calderón,

Amor en el alma vive,
y si ella á otra vida pasa,
no muere el amor sin duda,
puesto que no muere el alma (5).

Partía del hermoso principio de que

Entre amar y aborrecer
no hay comparado ejemplar,

pues trae dentro de su sér,
 quien aborrece, al pesar;
 pero quien ama, al placer (6).

Y no era mucho que, teniendo tal idea del amor, creyese

que esta pasión
 es el crisol, el examen
 de todos, porque ni noble,
 ni entendido, ni galante,
 ni valiente sabe ser
 el hombre que amar no sabe (7).

Así entendía D. Pedro Calderón de la Barca la influencia del amor en los caballeros de su tiempo; y al dotarlos de tan nobles cualidades, no hizo sino infundirles sus propios sentimientos con tal calor y sinceridad, que si de la vida del egregio escritor no hubieran quedado noticias ciertas que prueban la integridad y honradez de su carácter, curioso y facilísimo sería reconstruirlo, estudiando los personajes de sus obras; y á buen seguro que este estudio nos daría por resultado un hombre que aun aventajaría en algo al poeta, con ser éste tan grande.

Nótese que por saber amar no entiende Calderón amar demasiado, sino amar bien: por ello sus galanes, con muy pocas excepciones, son, al par que finos amantes, cumplidos caballeros. En rarísimos casos aparece en sus obras un Gómez Arias; y cuando esto sucede, tiene el autor buen cuidado de sacarlo verdaderamente á la vergüenza pública para castigarlo, según sus delitos, con ejemplar severidad. Son, pues, los enamorados de Calderón tan pródigos en galanterías, finezas y requiebros con las mujeres que aman, como asiduos, tiernos, sumisos y consecuentes con aquéllas que les corresponden: siempre rendidísimos apasionados de sus damas: quejum-

brosos, desesperados y agresivos con las ingratas muchas veces, pero nunca viles.

El uso de la hipérbole es casi necesidad de los enamorados, y no debe tenerse sino por muy licito cuando se mantiene en los límites del buen gusto: Calderón los traspasó con frecuencia, arrastrado por la corriente de su época, tan aficionada al discreteo y la galantería; pero no siempre, por fortuna, pues en muchas ocasiones expuso conceptos hiperbólicos tan finos como el que sigue:

No pensé que era tan tarde,
señora, porque pensé
que á cualquier hora que os viese
sería el amanecer (8).

En otras empleó frases verdaderamente discretas, tales como las contenidas en estos cuatro versos:

Tan hermosa es, que aunque fuera
necia, supliera el defecto;
tan discreta, que á ser fea,
le sucediera lo mesmo (9).

Tiene Calderón amantes tan celosos del bien amado, como aquél á quien le

está dando temor
pensar que el sol la ve, y que
sabe enamorarse el sol (10):

tan cuidadosos, como la que exclama:

soplad más quedo
y no hagáis ruido, airecillos,
que está mi vida durmiendo (11):

tan apasionados, como los que dicen:

Te rendí tan luego el alma,
 que no distinguí cuál fuese
 primero, verte ó amarte.....
 ¿Qué más amarte que verte? (12).

Porque si á mí
 yo me pregunto quién fuí,
 yo á mí me responderé
 que yo no lo sé, é iré
 á preguntártelo á tí (13).

Ojos, pues que Galatea
 me manda que no la vea,
 ojos, no os he menester,
 que no me queda que ver (14).

Cuento de nunca acabar sería poner aquí todos los rasgos tiernos y delicados, vehementes y apasionados de los galanes de Calderón; pero no por eso he de omitir algunos de los que constituyen el carácter general de los caballeros de su época, sirviendo como de base y fundamento á la enamorada sociedad que retrataba. Los personajes del teatro de todos los grandes escritores patentizan las costumbres de su tiempo, y reflejan al par el espíritu del autor: por eso los de Calderón, arrancados de una sociedad fundada en el honor y la galantería, y hablando por virtud de la mágica inspiración de alma tan noble y generosa, pagan tributo incondicional de hidalgo respeto á la mujer, y llevan la abnegación hasta el heroísmo cuando se trata de la que adoran. Á semejanza de aquel galán que dice:

Servir á las damas es,
 Fabio, deuda tan hidalga,
 que el ser quien soy me la debe
 y el ser quien soy me la paga (15),

son casi todos los de Calderón, que consideraba el res-

peto á la mujer como primera condición del buen caballero;

Pues no puede ser valiente
con los hombres, quien no es
cobarde con las mujeres (16).

Y en este punto de la galantería llega la suya hasta el extremo de creer:

Que no hace fineza quien
dice que hace la fineza;
pues sólo es saber callarla
premio de saber hacerla (17).

Con tales principios y prescripciones necesariamente habian de ser galantes y respetuosos con las mujeres los hombres todos del teatro de Calderón, y extremados en su rendimiento amoroso, no ya los correspondidos, sino los que lloran desdenes, como aquél que exclama:

Vuela, pensamiento mío,
vuela sin temer osado
los desaires de un desvío;
pues yo á volver desairado
es sólo á lo que te envió (18).

La estimación de la persona amada, prenda inseparable del verdadero cariño, acompaña á los personajes en quienes Calderón ha querido poner el sentimiento del amor en toda su pureza. Así es que uno vence sus deseos diciendo:

No te responde mi voz,
porque mi honor te responda;
no te hablo, porque quiero
que te hablen por mí mis obras;
ni te miro, porque es fuerza

en pena tan rigurosa,
 que no mire tu hermosura
 quien ha de mirar tu honra (19).

Otro, para probar su respeto, replica:

Y así pienso agradecerte
 esta pena que me das:
 porque estimo tu honor más
 que estimara merecerte (20).

Inútil fuera, y tal vez impertinente, empeñarme en demostraros con nuevos textos las cualidades de que están adornados los galanes del teatro de Calderón. En todos ellos puede estudiarse al enamorado caballero del siglo xvii, con su inagotable caudal de requiebros y finezas, dispuesto siempre á morir en defensa de las damas, y no tolerando en la suya ni sombra de infidelidad: retrato fiel del noble español de aquellos tiempos, realizado por la ternura y delicadeza de afectos que pudo y quiso infundirle el honrado corazón del príncipe de nuestros dramáticos. Mucho que admirar y no poco que estudiar tienen estos enamorados; pero aun siendo obra tan primorosa, no es la mejor del poeta, y por necesidad ha de ceder ante otras que ponen á mayor altura el genio de Calderón.

El germen divino que en la inteligencia humana crea y da vida á toda obra literaria; la fecunda y vigorosa fantasía que desenvuelve y agranda el pensamiento generador; el arte que lo ordena, revistiéndolo de los caracteres de eterna belleza que sólo á él es lícito crear; el buen gusto, regulador y maestro de la creación intelectual, y el estudio que enseña los recónditos caminos por donde esta creación debe penetrar fácil, agradable y

benéfica en el alma de los lectores, cualidades son que ha de reunir todo escritor de elevadas aspiraciones, y especialmente el verdadero autor dramático. Pero éste necesita, además, una, á manera de intuición, que le revele los secretos más ocultos del corazón de sus semejantes; aptitud especialísima para ver con claridad y exactitud el móvil de las acciones humanas, y estudio imparcial, recto y severo de la sociedad en que vive, para hacer el espejo que ha de presentarle después, con tal arte construído, que todos vean en él necesariamente, no sólo los propios vicios, sino la manera eficaz de corregirlos y aun de convertirlos en virtudes.

Todas estas dotes, reunidas en un solo hombre, nos darían el autor dramático perfecto: ninguno, á mi entender, las ha atesorado hasta el presente: Calderón las poseía casi todas; pero, por desgracia, no hizo de algunas el uso que á su gloria y á la de las letras españolas hubiera sido más provechoso. El gusto literario de su época y de su público, la escuela dramática que se le ofrecía por modelo, su propia inclinación tal vez, le arrastraron con frecuencia por el camino de la poesía lírica, en el que nadie le adelantó; quedándose detrás, aunque siempre de los primeros, en el del arte dramático. Utilizó más el raudal de su maravillosa fantasía para elevar sus obras á las más sublimes regiones poéticas, que el profundísimo conocimiento que del corazón humano tenía, y por el cual hubiera llevado sus creaciones á las serenas alturas de la verdad artística, término glorioso de la obra dramática.

Sin salir de la materia comenzada, que constituye la mayor parte del teatro de Calderón, veremos hasta qué punto conocía este ingenio los misterios del alma, y de

qué modo lograba patentizarlos con enseñanza provechosa. Sabemos ya cómo define el amor, cómo lo sienten sus personajes, cómo debe ser el verdadero, qué derechos da y qué sacrificios exige: sepamos ahora las consecuencias que saca y los consejos que juzga oportunos. De las innumerables verdades que contienen sus dramas, sólo citaré las siguientes, elegidas al acaso:

En llegando á amar, no hay fama,
no hay aplauso, no hay blasón,
honor, vida, alma ni acción
que no sea de la dama (21).

Perdona si desconfía
de tu crédito un temor;
porque el cetro y el amor
no permiten compañía (22).

No está el amor en el labio,
en el pecho sí, y en él
vives, que el querer callando
es de amor más justa ley.
La que con extremos dice
su amor, tiene otro interés,
que son muchas las que quieren
y pocas saben querer (23).

Conocía bien Calderón las perfidias á que el amor
arrastra á sus siervos, y aconseja que nadie se fie

de hombre enamorado, pues
quien llega á estarlo, sospecho
que ni más que aquello estima
ni piensa que hay más que aquello (24).

Y no andaba tampoco descaminado cuando decía:

Pero quiérote advertir
que en tu vida no encarezcas

hermosura á poderoso,
si enamorado estás de ella (25).

La esperanza, eterna compañera de los enamorados, es, en concepto de muchos, mortificadora implacable: en el de Calderón es necesidad del amor:

El que no tiene esperanza
de la dicha que pretende,
no busque la dicha, busque
la esperanza que no tiene (26).

Ella alimentará su espíritu dolorido y le acompañará hasta el sepulcro, mostrándole siempre las puertas de la dicha. Estímulo para casi todos los actos del hombre, resucita las ilusiones ya muertas, y el propio fuego que la consume alumbra la triste obscuridad del alma. El que la posee, no puede llamarse desgraciado, porque

El que llora en confianza
de conseguir lo que adora,
mérito ninguno alcanza;
pues enjuga lo que llora
al aire de la esperanza (27).

No tener nunca celos es amar friamente ha dicho una ilustre escritora: para Calderón los celos, como la esperanza, son necesidad del amor;

porque sin celos amor
es estar sin alma un cuerpo (28).

El autor de *El mayor monstruo los celos* habíalos estudiado tan á fondo, que, sin acudir á su renombrado drama, se pueden presentar muchas pruebas del profundo conocimiento que de esta pasión tenía. No es ciertamente en *El Tetrarca* donde escribió

¡Malhaya
 quien celos á buscar llega,
 que si no se hallan, no alivian,
 y si se hallan, atormentan! (29).

Verdad es ésta que nunca deberían olvidar los celosos;
 pero Calderón temía que no la aprendieran

Porque son celos, y son
 de esa condición los celos:
 morir por saberlos, antes,
 y después por no saberlos (30).

Véase cómo encarece la inquietud que ocasionan:

Los celos que me llevaron,
 aquí me han vuelto á traer;
 porque un celoso no está
 en ninguna parte bien (31).

Y así es, en efecto, pues el esclavo de esta cruel pasión á tal punto ciega, que ni aun lo que tiene delante puede considerarlo seguro, porque

en los celos las mentiras
 sientan plaza de verdades (32).

La única frase que citaré de *El Tetrarca de Jerusalén* es tan hermosa y pinta tan á lo vivo el dolor de los celos, que por ella sola podría adivinarse la grandeza del personaje que exclama:

Heredero de mis dichas,
 dueño de mis esperanzas,
 muero de agravios y celos
 que matan porque no matan (33).

La ausencia y el olvido pasaron siempre por remedios eficaces para las enfermedades de amor: como tales los

consideró también nuestro poeta, pero sin desconocer que el enamorado olvida difícilmente.

No es para solicitado
como la dicha el olvido;
que en quien lo busca perdido
siempre estará más hallado (34).

De manera que si á un amante le hace decir

Y así, al veneno de amor
busqué el antídoto fuerte
del olvido, porque sólo
el olvido al amor vence (35),

por boca de otro pondera así la dificultad de conseguirlo:

¿De qué tanto olvido sirve,
si nunca se olvidan penas,
y ya se acuerda de amar
el que de olvidar se acuerda? (36).

No sucede lo mismo con la ausencia, pues aunque dice el cantar que es aire

que mata el fuego chico
y aviva el grande,

la experiencia enseña que, si contra amor hay algún remedio, ha de buscarse en tiempo y ausencia; y Calderón se pone de parte de los que creen que aquello que tiene origen en la presencia de una persona, se debilita ó muere con su ausencia: por eso piensa que al enamorado

Ausencia y tiempo le curen,
porque nadie convalece
de amor, mejor ni más pronto
que un enamorado ausente (37).

Ya hemos visto que sobresale entre las cualidades

que más ennoblecen el carácter de los galanes calderonianos su respeto á las damas. Ellas son el crisol donde depura la honradez é hidalguía de los caballeros que con tanta frecuencia aparecen en sus obras: no es, pues, de extrañar que revistiendo de tantas virtudes y prendas sociales al hombre de su tiempo, dejara en segundo término á la mujer, cuyo papel no era en aquella sociedad, ni podía, por consiguiente, ser en la fábula dramática tan activo como el del hombre. Hizo de éste Calderón el principal resorte para la solución de las grandes situaciones de sus comedias; y como es natural, las más veces le colocó en la cúspide de sus creaciones. Como los personajes del teatro son siempre representación de los que componen la sociedad en que el autor vive, Calderón no pudo prescindir de su época; y teniendo elevadísima idea de la mujer en general, se vió obligado á pintarla tal como era en el mundo, bien que realizando sus buenas cualidades y atenuando sus defectos.

La mujer del siglo xvii vivía en una especie de reclusión, que hacía menos dura el matrimonio; pero sin que la acción social de la casada traspasase los límites del hogar doméstico. El teatro de Calderón bastaría por sí solo para dar idea exacta de las costumbres familiares y de la condición de la mujer de aquella época; pero los demás autores dramáticos coetáneos suyos, y que como él copiaron lo que veían, vienen á confirmar en absoluto la verdad del cuadro pintado por nuestro poeta. Vivía, pues, la mujer en tres diferentes estados, con caracteres distintos: como soltera, al cuidado materno; como soltera, huérfana de madre, bajo la guarda del padre, hermano, tío ó tutor; como casada, sometida

al dominio del marido. La viuda estaba ordinariamente en iguales condiciones que la soltera. Con estos elementos contaban los autores dramáticos para desarrollar en sus fábulas una acción social; y ciertamente que con ellos tuvieran de sobra tan grandes ingenios, si de los tres estados en que vivía la mujer, el primero hubiera podido llevarse al teatro, y el tercero (precisamente el que con más frecuencia es ahora asunto del drama) no hubiera parecido en la escena tan ofensivo al decoro público, que rara vez osaron presentarlo en ella los escritores de más autoridad: quedaba, pues, reducido el círculo de acción del poeta, en cuanto á la mujer, á las que estaban bajo la potestad del padre, hermano, tío ó tutor.

Éstas son, en efecto, el elemento principal, casi único, de nuestra comedia antigua; y como no podían tomar parte en los asuntos de Estado ni en otras contiendas ajenas á su carácter, la tomaban y muy activa en los lances de amor, burlando la vigilancia de sus guardadores con la ayuda de dueñas y doncellas, y ocasionando las situaciones cómicas y dramáticas, los ingeniosos enredos con que nos deleitan nuestros admirables poetas de los siglos xvi y xvii. De aquellas aventuras provocadas por las mujeres, salva tal cual excepción, no puede resultar el sexo femenino tan bien parado como fuera de desear. La ligereza, la travesura, la coquetería, el devaneo que alguna vez raya con la desenvoltura y casi nunca con la liviandad, caracterizan á las mujeres del antiguo poema escénico, en el cual aparecen despiertas, sagaces, vivarachas, llenas de gracia y atractivo, no pudorosas y recatadas, ni mucho menos fuertes y heroicas.

Calderón, al retratar esta parte de su sociedad, se

muestra original, agudo, con frecuencia epigramático y siempre conocedor profundo del corazón de la mujer. Así es que en cuanto á su decoro, pensaba que

no hay recatos ni murallas
que guarden á una mujer,
si ella misma no se guarda (38);

y en lo que toca á su discreción, sabía

que las más cuerdas mujeres
pueden callar con amor,
pero con celos no pueden (39).

Mucho debió estudiar sus defectos; pues aunque constantemente inspirado por el sano deseo de corregirlos, á menudo los pone en evidencia con tal exactitud que asombra. Véase en los siguientes rasgos cómo supo sorprender en el alma de la mujer sus debilidades más íntimas, y con qué sagacidad de espíritu logró averiguar que

es el mayor desaire
del duelo de las mujeres
confesar sus celos, donde
lo escucha de quien los tienen (40).

Tal vez fuera exclusivo de los tiempos de Calderón el defecto de altivez, más bien de egoísmo, que atribuye á todas las mujeres cuando por boca de una les hace decir:

Porque somos las mujeres
á nuestra altivez atentas
tanto, que, ofendiendo, aun no
queremos que nos ofendan (41).

Pero lo que seguramente cuadra á todos los tiempos, sin que nadie lo haya contradicho, es la verdad que estos cuatro versos encierran:

Ninguno nos quiera bien
 si pretende alcanzar premio,
 que queridas despreciamos
 y aborrecidas queremos (42).

Difícil es que las mujeres confiesen estas cosas; pero ninguna se atreverá á negar que

La deidad más ofendida
 de verse adorada, es cierto
 que hacia la parte del alma
 nunca le pesa de serlo (43).

Si alguna lo negase, me atrevería á estimular su natural locuacidad, exclamando:

Callar aquí no es amar;
 y este yerro vendrá á ser
 el primero que mujer
 haya hecho por callar (44).

Pero Calderón, á quien la integridad y nobleza de su carácter imponían el deber de decir lo que sentía acerca de la mujer en aquello que la perjudica, es tan probo que no quiere omitir nada absolutamente de lo que la ensalza. No es raro en sus escritos hallar censuras tan enérgicas y tan justas como la siguiente:

Ni quiere bien ni ha querido:
 y así, la olvida y la deja;
 porque mujer sin amor
 ¿qué se pierde en que se pierda? (45);

pero lo es menos todavía encontrar conceptos tan hermosos como éste:

No hables mal de las mujeres:
 la más humilde, te digo
 que es digna de estimación,
 porque, al fin, de ellas nacimos (46).

Y defensas tan sentidas, tan lógicas y atinadas como ésta, que imitó una célebre poetisa:

Presto del amor te ofendes.
 Todos los hombres queréis
 fáciles mujeres antes,
 pero Lucrecias después (47).

Pues ¿qué hemos de ser nosotras
 si ellos mismos nos enseñan?
 Siempre la ocasión es suya
 y siempre es la culpa nuestra (48).

Ni deja Calderón de presentar, aun en sus comedias de enredo, tipos delicadísimos dignos de respeto y admiración. Amantes tiernas y apasionadas, almas cándidas y generosas hay en muchas de las obras de su teatro cómico; y en el dramático, donde con más facilidad podía desplegar su genio creador y grandioso, el tipo heroico de la mujer apasionada, el austero de la mujer fuerte y el pudoroso de la virgen cristiana, aparecen algunas veces con prendas de abnegación y virtud, tales que en nada ceden á las creaciones más famosas de otros autores. No entra en mi propósito analizar todos los rasgos de estas damas de Calderón; pero tampoco puedo renunciar al placer de recordaros algunos, en justo desagravio de las mujeres. Así pinta un galán el cariño de su adorada:

Con tan grande, con tan ciega
 terneza me mira y ama,
 que el aire que apenas pase
 junto á mí, la sobresalta (49).

No son menos tiernos y delicados estos conceptos:

Á la aurora desperté,
 la mañana te escribí,

á la tarde te esperé,
de noche, Don Juan, te ví,
y á todas horas te amé (30).

Espera, amante traidor;
mira que es mucho rigor
.....
que tú me mates de celos
y yo me muera de amor (31).

Mirad á otra parte
galán caballero,
que todos verán
lo mucho que os quiero (32).

Antes he dicho que las mujeres solteras que vivían al cuidado materno estaban proscriptas de la escena; y lo estaban porque la madre no aparecía en ella jamás: éste es un personaje desconocido en nuestro teatro antiguo: ninguno de los escritores del siglo xvii se atreve á presentarlo ni aun como episódico. Mucho dice esto en favor de la mujer de aquellos tiempos; y aunque no pruebe en absoluto que las madres nada tuvieran que censurar ni corregir, prueba, á lo menos, que sus costumbres eran tan puras y tan recatada su manera de vivir, que las rarísimas excepciones que pudiera haber no autorizaban á exponerlas ante un público á quien desagradaba ver cosas extrañas á sus costumbres. Por algo debió entrar en tal omisión voluntaria el profundísimo respeto con que se miraba entonces el santuario del hogar doméstico, donde la mujer tan cuidadosamente custodiaba el honor de la familia, base firmísima del buen vivir.

Pero como el respeto no se otorga por benevolencia, sino por la fuerza que hacen en el ánimo las cualidades de quien lo merece, no puede atribuirse exclusivamente

á virtud de nuestros dramáticos lo que en realidad era mérito de la sociedad que los rodeaba. De otra suerte, ni Calderón de la Barca, que acometió valerosamente en sus dramas las más arduas empresas, hubiera dejado de animar alguno con la figura de la madre, ni el público hubiera impuesto el silencio que todos los poetas guardaron en este punto.

Tampoco la mujer casada aparece en nuestro teatro antiguo sino muy raras veces. Calderón se adelantó á sus coetáneos en tal camino; y no sólo presentó á la mujer casada, sino que se atrevió á presentarla culpada en algunas ocasiones; pero fué tan tímido y cauteloso en la exposición de la culpa, y tan terrible en la imposición del castigo, que todavía tres de sus obras maestras ejercen en el espectador más sana influencia que todas las que sobre el mismo asunto han venido recientemente á infestar el teatro.

Velando el delito según exigen el arte y el decoro, imponiendo el castigo con más dureza que la ley y la moral prescribían, Calderón interpretaba los sentimientos de su época, reflejaba el espíritu caballeresco de sus compatriotas, y á la vez que moralizaba á su público haciéndole amable la virtud y aborrecible el vicio, le inspiraba el horror sublime, la compasión sana y consoladora con que el arte sella sus obras maestras. Los caracteres de misteriosa solemnidad con que nuestro poeta pinta la infidelidad conyugal de la mujer, la severidad con que juzga el pecado de pensamiento, el decoro y el pudor con que trata el asunto hasta en las situaciones más atrevidas, prueban, á mi entender, tres cosas: que los casos prácticos eran rarísimos entonces; que aquella sociedad exigía hasta la crueldad en el castigo; que el

público no toleraba en esta materia lo que tolera el nuestro.

Aun admitiendo en hipótesis que existan tipos y hechos como los que hoy vemos en el teatro, ¿debe el arte darles cabida? ¿Debe el escritor dramático allanarse á propagar el vicio por medio del escándalo? El vicio, en lo que tiene de deforme, descomunal y antihumano, y revestido con todos los accidentes y pormenores más repugnantes, no es arte, ni verdad, ni realidad, ni realismo: es sencillamente degradación y barbarie.

La mutua estimación y el correspondido cariño constituyen el fundamento de la dicha conyugal, y poco nuevo sobre esto podía decir Calderón; pero sí podía censurar y censuró á los que para elegir mujer consultaban otro linaje de interés:

Mujer á mi gusto quiero:
sea su dote mi agrado;
que el que á otro interés se vende
no es marido, sino esclavo (53).

Éste quiere mujer á su gusto, como primera condición: otro enumera las cualidades que la deben adornar y piensa:

que no ha de tener la propia
de nada opinión; pues basta
ser perfecta un poco en todo,
pero con extremo en nada (54).

Véase, al condenar la desconfianza conyugal, cómo demuestra Calderón

que sentimientos, disgustos,
celos, agravios, sospechas
en la mujer, y más propia,
aun más que sanan enferman (55);

y con cuánta razón dice un marido á su mujer:

No será justo que ignores
que tiene, en tales desvelos,
licencia de pedir celos
marido que da temores (56).

El galán que persigue á una mujer casada y tiene que esconderse porque se ve sorprendido, manifiesta el estado de su ánimo con esta oportuna reflexión:

No he sabido
hasta la ocasión presente
qué es temor. ¡Oh qué valiente
debe de ser un marido! (57).

Sorprendida una mujer casada que sin culpa suya se encuentra á solas con un hombre que la galantea, prorrumpe, al esconderlo, en esta profunda, verdadera y hermosísima exclamación:

Si inocente una mujer
no hay desdicha que no aguarde,
¡Válgame Dios, qué cobarde
la culpa debe de ser! (58).

Inteligencia tan elevada como la que concibe estas ideas, corazón tan honrado como el que atesora tales sentimientos, pluma tan consagrada á las bellezas del espíritu, no había de pagar tributo á la pasión material y grosera, al tratar de la hermosura en la mujer, puesto que

..... no hay perfecta hermosura
donde no hay alma perfecta (59).

Y si para el hombre

Una hermosura sin alma
es como estatua de mármol,

en donde está la hermosura
sin el color del halago (60),

en la mujer

Es armiño la hermosura
que siempre á riesgo se guarda:
si no se defiende, muere;
si se defiende, se mancha (61).

Así, pues,

Entre ingenio y hermosura
el que puede elegir debe,
si para dama, la hermosa;
para mujer, la prudente (62).

Que si á la joya del alma
es no más que caja el cuerpo,
no hay gala en lo personal
que iguale al entendimiento (63).

Por último, para coronar Calderón su doctrina sobre la belleza de la mujer, dice en uno de sus más bellos dramas, refiriéndose á una joven hermosa y humildemente vestida:

Más belleza la humildad
de este traje la asegura,
que en la mujer la hermosura
es la misma honestidad (64).

Nada hay más repugnante en el orden moral que la violencia empleada contra una mujer.

¡Que bajo espíritu debe
de tener quien se contenta
con que lo que es voluntad
lo haya de adquirir por fuerza! (65).

Ni enseña Calderón menos felizmente cuán inútil es

aspirar á la posesión de una mujer, si antes no se conquista su voluntad.

Porque querer sin el alma
una hermosura ofendida,
es querer á una mujer
hermosa, pero no viva (66).

Así al narrar la violencia cometida con una mujer, hace decir á un personaje:

Por fuerza logró su amor;
mas miente, miente mi lengua,
que, aunque consigue, no logra
el que consigue por fuerza (67).

Bien á la ligera, y no según lo que el asunto merece, sino conforme mis humildes fuerzas lo permiten, he citado algo de lo mucho que sobre el amor dejó escrito Calderón en su teatro. Menos mal compuesto resultaría el cuadro, si la exposición de los admirables conceptos del príncipe de nuestros poetas dramáticos hubiera ido acompañada de un estudio de los caracteres y situaciones de sus obras; pero ni yo tenía valor para intentar tamaña empresa, ni tal vez vosotros hubiérais tenido paciencia para sufrir mis largas y difusas apreciaciones. Ya conocéis la pureza y seguridad de la doctrina moral de Calderón en lo concerniente al amor y á los afectos que más se relacionan con él: ahora, y procurando ser muy breve, hablaré de nuestro poeta como pensador y moralista en otras materias.

Sujeto el hombre desde el pecado original á las penalidades de la vida, tiene por compañero inseparable el dolor, que á la vez que castiga el primitivo delito, purifica y prepara á la criatura para su futuro providencial

destino. Del dolor no puede librarse ningún mortal, pues

Aunque estuviera de mármol
fabricado nuestro sér,
para imprimirse en el mármol
el dolor fuera cincel (68).

En el dolor adquiere el hombre el durísimo temple
que se necesita para acometer y vencer las grandes con-
trariedades,

que nunca crece á ser grande
el que sin desdichas crece (69).

Profundas y atinadas son las consideraciones que ha-
ce Calderón sobre las desventuras que afligen á la hu-
manidad, y no parece sino que las ha estudiado en sí
mismo, según la verdad con que las describe.

No es consuelo de desdichas,
es otra desdicha aparte
querer, á quien las padece,
persuadir que no son tales (70).

Deja que el fracaso venga
y no al camino le salgas,
que es desgracia desde luego
el esperar la desgracia (71).

Si al estudiar el fondo del alma ha sabido el poeta ha-
cer patentes hasta las que pudiéramos llamar debilidades
del dolor, al ponerlo en boca de sus personajes, tradu-
ciendo los más íntimos sentimientos del corazón, ha sido
tan feliz en su empeño como los siguientes versos de-
muestran:

Alegrías mal logradas,
antes muertas que nacidas,
rosas sin tiempo cogidas,
flores sin sazón cortadas (72).

No es menester que digáis
 cuyas sois, mis alegrías,
 pues bien se ve que sois más
 en lo poco que duráis (73).

El estudio asiduo y constante que hacía Calderón de las costumbres de su tiempo, el comercio continuo que tenía con aquella sociedad que tanto codiciaba su trato, y su espíritu naturalmente perspicaz y observador, le dieron una experiencia y un conocimiento de las debilidades humanas, que, aun sin proponérselo él, se muestran en sus obras, avaloradas con reflexiones y consejos, ya para vivir en el mundo, ya para librarse de caer en vicios y defectos que debe rechazar todo corazón recto y bueno. De sus comedias pudieran extractarse fácilmente máximas y sentencias acerca de todos los deberes que impone la moral cristiana. Calderón halla siempre medio oportuno de nutrir de conceptos morales sus obras para que al par deleiten con el interés de la fábula, y enseñen algo que pueda redundar en bien de los hombres. Sigamos, pues, la exposición de éstos que pudiéramos llamar artículos de su código moral, y veremos qué cosas tan peregrinas y admirables le ocurrieron sobre determinadas materias.

Sabía cuánta es la debilidad humana para guardar un secreto, y aconsejaba que

Nadie fíe su secreto
 del más cuerdo y más amigo,
 que en la más sana intención
 está un secreto á peligro (74).

Y si lo está en la más sana intención, ¿cuánto más no lo estará en un papel?

¡Malhaya el hombre, malhaya
 mil veces aquél que entrega
 sus secretos á un papell
 Porque es disparada piedra
 que se sabe quién la tira
 y no se sabe á quién llega (75).

Vivía en la corte, frecuentaba el trato de los que la componían, y observando sus cualidades y defectos averiguó que allí

dan los cortesanos
 estatua al honor, de cera,
 y á la malicia, de mármol (76).

Con esto demuestra bien claramente que uno de los vicios que predominaban entonces, como siempre, en la corte, era el de la murmuración; vicio que, al decir de un escritor moderno, nace del placer que experimentan los malos de que pueda haber otros que se les parezcan. Ponderando el daño que la murmuración causa, dice así:

Un hombre con sólo hablar—
 ¡tan fácil es la deshonra!—
 es bastante á quitar la honra
 que muchos no pueden dar (77).

Y parécele más irremediable esta herida en la fama que cualquiera que reciba el cuerpo por dolorosa que sea;

pues una herida, mejor
 se cura que una palabra (78).

Conocido el vicio social y los perniciosos efectos que casi siempre le acompañan, la condenación no podía por menos de ser dura y enérgica.

¡Malhaya
 quien tira palabra ó piedra,
 cuando no es posible que haya

modo de poder cobrar
la piedra ni la palabra! (79):

El amor propio pasa por sentimiento innato del corazón humano; y así lo entendía, sin duda, Calderón, cuando dijo:

¡Que pegado afecto al alma
el del amor propio es,
pues nunca le suena mal
que haya quien le quiera bien! (80).

Pero no siempre este sentimiento tan natural es vituperable; pues cuando no llega al exceso de que la estimación de sí mismo viva á costa de la de los demás, puede ser origen de virtudes y móvil de buenas acciones. Hija del amor propio censurable es la alabanza de sí, condenada por Calderón en este concepto tan claro, tan sencillo y de tan pura enseñanza:

La alabanza de tus glorias
para ajenos labios deja,
que más alaban silencios
ajenos, que propias lenguas (81).

Verdades que nunca deben olvidar aquéllos á quienes se solicita para que falten á sus deberes, violando la fe prometida, son éstas que pone en una de sus obras menos vulgarizadas:

¿Es posible que no ves
que el mismo que en la ocasión
agradece la traición,
huye del traidor después?

Porque aunque ella agrade, á todos
viene el traidor á cansar,
y no es posible alcanzar
honra por infames modos.

Pues el que más alto estuvo,
á ser más notado viene
cuando el mismo honor que tiene
dice la infamia que tuvo (82).

Aprendan aquí los traidores la recompensa que merecen; y en el consejo que sigue, que parece escrito para nuestros tiempos, debieran estudiar los gobernantes algo de lo que conviene tener presente cuando se desea conservar el poder con verdadera autoridad.

Señor, á hombre sedicioso,
aunque en tu favor lo sea,
no le honres, que es hacer
al delito consecuencia (83).

La gratitud es prenda de toda alma bien nacida; el intérprete de la hidalguía castellana necesariamente había de creer que no puede

ser ni príncipe, ni amante,
ni generoso, ni invicto,
ni fiel, ni ilustre, ni noble
quien no fuere agradecido (84).

Que arguye poca nobleza
y casi infame procede,
quien satisfecho no obliga,
y obligado no agradece (85).

Para darse cuenta Calderón de las causas que pueden engendrar la ingratitud, busca en vano en su alma generosa motivos que justifiquen el olvido de un beneficio, sin lograr sacar más que la candorosa consecuencia de que

si olvidarse un favor suele,
es porque el favor no duele
de la suerte que el agravio (86).

Como para él la falta es inconcebible, tampoco halla el castigo que merece; y juzgando por su alma las de los demás, dice noblemente:

que no hay castigo á un ingrato
como hacerle un beneficio
cuando él espera un agravio (87).

Para los poderosos, para los vencedores, para los grandes que tienen autoridad sobre los pequeños, es para quienes Calderón escribió pensamientos tan hermosos como los que voy á citar. Exhorta unas veces á los vencedores para que cejen en sus victorias, porque

..... las buenas fortunas
aventurarse no deben,
y conservar lo ganado
es la batalla más fuerte (88);

y otras aconseja resueltamente la paz, pues

el hacer paces también
suele ser triunfos de guerra (89).

En lo de honrar al vencido no reconoce límites, y así justifica hidalgamente su opinión:

Honrar al vencido es
una acción, que dignamente
el que es noble vencedor
al que es vencido le debe (90).

Contra lo que algunos escritores modernos han dicho, Calderón creía que el perdonar las injurias no era virtud que debiera ensalzarse mucho, sino pago de una deuda contraída con el que todo lo perdona; y quería que se perdonara sin deprimir al ofensor.

Porque no perdona bien
el que, perdonando, deja

nada al temor que decir
ni que hacer á la vergüenza (91).

Al proclamar el deber del perdón y la caridad en la
manera de otorgarlo, condena en absoluto la venganza,

Porque nunca está mejor
aquél que se desagravia
con la venganza que toma,
que dejando de tomarla (92),

y lleva su espíritu cristiano hasta el punto de decir,

pues de quien á mí me hizo
un pesar, ¿qué más venganza
que hacerle yo un beneficio? (93).

Castigo es para el ofensor el beneficio que le hace el
ofendido:

Aunque os pudiera quitar
vida que es tan atrevida,
quiero dejaros la vida
por dejaros más pesar (94).

Castigo es también en muchas ocasiones la venganza
para el mismo que intenta vengarse:

Por satisfacerse honrado
publicó su agravio mismo;
porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo (95).

Muchas definiciones se han hecho del valor; pero nin-
guna es, á mi juicio, más propia y exacta que la que,
tal vez sin propósito deliberado, hace Calderón al ob-
servar

que aunque el natural temor
en todos obra igualmente,
no mostrarle es ser valienté,
y esto es lo que hace el valor (96).

Cómo y en qué circunstancias se ha de usar de esta cualidad del espíritu, y de qué otras debe ir acompañada, dícelo hermosamente nuestro poeta. La experiencia le había enseñado que

ningún cruel fué valiente (97).

Su corazón cristiano le inspiraba que

más se suele mostrar
el valor en perdonar;
porque el matar no es valor (98).

Y con la propia inspiración decía:

Aunque te aconsejes tarde,
mira ¡oh joven imprudente!
que ser con ira valiente
no es dejar de ser cobarde (99).

Para dar fin á esta materia, citaré el bellissimo rasgo que pone en boca de un caballero obligado á reñir con dos:

Aunque sois dos, vive Dios,
que aquí no me dais cuidado;
que un hombre de bien, restado
una vez, vale por dos (100).

Si el hombre experimentado y observador de las cosas del mundo prodiga en sus obras con amable generosidad cuanto ha estudiado y recogido para enseñar y moralizar á sus semejantes, el pensador y filósofo, no menós bondadoso y espléndido, regala constantemente el oído de su público con los grandiosos conceptos que surgían de su fecunda mente siempre que pensaba en la pequeñez de los actos del hombre.

El tiempo, gran agente de las cosas humanas, incomprendible maestro que todas las enseña y descubre, que

acaba con todas, y que infunde en el hombre la certeza de su pequeñez, inspiraba á Calderón con frecuencia pensamientos como éste:

Al peso de los años
lo eminente se rinde,
que á lo fácil del tiempo
no hay conquista difícil (101).

Rebelde siempre nuestra naturaleza á corregirse por la enseñanza que le dan los sucesos que tiene á la vista, rara vez se fija en el sentido íntimo de ellos: comprendiéndolo así el gran poeta, quiere mostrar los estragos del tiempo prácticamente, y anticipa al joven lo que pensará cuando llegue á viejo, enseñándole así que no debe perder los años de la juventud, porque

Á la vista de las canas,
como perdidos, es cierto
que se avergüenzan los años.
de haber pasado tan presto (102).

La fortuna, ciega y desatentada, vierte sus dones á la ventura y es inconstante en sus favores: por eso se presta tanto á las reflexiones de un filósofo, y sirve de asunto para aconsejar y dar enseñanza al hombre. Calderón lo dice:

que es tal
de la fortuna el desdén,
que apenas nos hace un bien
cuando le desquita un mal (103).

Cree también

que ella favorece más
á quien lo merece menos (104).

Y alguna vez afirma

que siempre la fortuna
fué sagrado del cobarde (105).

Con lo cual no contradice, aunque al pronto lo parezca, la máxima que atribuye la fortuna á los audaces; pues si á éstos favorece á menudo, tampoco es raro que busque á los que huyen de ella.

Los casos dificultosos
y con razón envidiados,
inténtanlos los osados
y acábanlos los dichosos (106).

Demuestra asimismo Calderón el estudio que de los efectos de la veleidosa fortuna había hecho, sacando las más saludables consecuencias al compararla con el rayo;

Porque el rayo y la fortuna
su mayor efecto hacen
en la eminencia del monte
que en la humildad de los valles (107).

Á los que intentan asaltar el poder, aconseja cuerda-
mente que no olviden lo que á otros ha sucedido:

Tú eras ayer un soldado,
y hoy tienes cetro real;
yo era ayer un general,
y hoy soy un hombre afrentado;
tú has subido y yo he bajado:
y pues yo bajo, advirtiéndome
sube, Aureliano, y temiéndome
el día que ha de venir;
pues has hallado al subir
otro que viene cayendo (108).

Que no se fien de la suerte encargada á los afortunados,
porque

mañana es otro día,
y á una débil, frágil vuelta,
se truecan las monarquías
y los imperios se truecan (109).

Por último, en frase enérgica, elevadísima y profunda, dice á todo el mundo, dirigiéndose á una sola persona:

Y cuando de la fortuna
huelles la cervíz suprema,
del sol no estarás por eso
ni más lejos ni más cerca (110).

Hermoso pensamiento, que con briosa valentía muestra la pequeñez de la dicha humana, comparada con el grandioso destino futuro del hombre.

La existencia, paréntesis abierto al nacer, y en el cual permanecemos sin pensar que ha de cerrarse; la vida, que nos empeñamos en recargar de necesidades aun á costa de nuestra conciencia, y por la cual caminamos muchas veces al heroísmo ó al crimen, ¿qué es?

Vanidad de vanidades,
una flor
que con el sol amanece
y fallece con el sol (111).

Esto há dicho Calderón, repitiendo un concepto que muchos habían ya expresado; pero nadie antes que él había contestado así á la eterna pregunta:

¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son (112).

Admirable definición que contiene todo el pensamien-

to de una obra, pasmo, como concepción filosófica, de propios y extraños.

Tal vez el hombre no ha recibido de Dios prenda tan preciosa como la voluntad, reguladora de todos nuestros actos, más fuerte en cada individuo que todos los poderes juntos del mundo contra él reunidos, y más indomable que todas las pasiones de que el alma humana es capaz. Nada existe en nosotros bastante poderoso para anular la voluntad; y por virtud exclusivamente suya, puede el hombre vencerse siempre que lo exija el deber:

Porque si á tí mismo tú
no te vences, será indicio
que de tí mismo olvidado,
no te acuerdas de tí mismo (113).

No podía Calderón olvidarse de que el libre albedrío es materia esencial del dogma católico, y por los versos citados se ve perfectamente que lo había estudiado en la ciencia que trata de las cosas de Dios. En ciertas cualidades compiten otros poetas con Calderón; pero nadie supo dar como él forma dramática á los asuntos dogmáticos, místicos y teológicos más abstrusos y más difíciles de tratar. Asombran el desenfado y seguridad con que maneja en la escena los efectos de la voluntad, y seculariza los conceptos más profundos de la religión católica. Recordad estas elevadas sentencias:

¡Qué poco me desvanece
el aplauso, cuando temo
que no venzo á mi enemigo
si á mí mismo no me venzo! (114).

El hombre tiene
imperio sobre sí propio;

y en los esfuerzos humanos,
 llamando uno vienen todos (115).

Calderón, cuando eléjia un asunto, lo estudiaba á conciencia; y estudiado con la ayuda de su finísimo instinto dramático, veía hasta donde podía llegar, y de donde no era lícito ni artístico pasar. Por eso, al decir que este poeta llevó al teatro las cosas más recónditas y escabrosas, estoy muy lejos de creer que hubiera podido tratar todo linaje de asuntos: afirmo sólo que tenía la facultad de discernir cuáles de entre los que parecían imposibles eran, sin embargo, fáciles de poner al alcance del vulgo desarrollándolos acertadamente. Su talento, su experiencia, su genio y saber le guiaban por éstos, al parecer, inexplorables países.

El bien y el mal que los hombres hacemos cae también bajo el código moral de Calderón, y no solamente los estudia en su origen, sino que legisla sobre ellos. Ya sienta por principio que

de las cosas mal hechas,
 ni es el ejemplo disculpa
 ni el delito consecuencia (116),

ya presenta el bien y el mal naciendo de una misma causa y produciendo contrarios efectos:

De un lisonjero clavel
 que hermoso á la vista engaña,
 una dulce, otra cruel,
 saca ponzoña la araña,
 la abeja destila miel (117).

No es posible recomendar el bien con más eficacia que lo hace Calderón en estos cuatro versos:

De hacer algún bien, es tal
 la alabanza, Don Guillén,

que haciendo uno ajeno bien
no se siente el propio mal (418).

Ni tampoco puede exigirse manera de practicarlo más conforme con el verdadero espíritu cristiano, puesto

Que el que á un afligido ve
y se le deja afligido
avergonzarse, no da
sino vende el beneficio (419).

Dios, Rey y honor era el lema de nuestros antepasados; y con ser tan admirable el sentido de estas tres palabras, aun lo eran más la fe, la pureza, la devoción y el noble ardimiento con que se rendía culto á estos tres principios, escritos en todo corazón español. Por ellos peleaban desde el primer general hasta el último soldado: presentes los tuvieron los escritores grandes y pequeños, que dedicaron su ingenio al cultivo de las letras: no había noble, ni hidalgo, ni plebeyo que en sus actos públicos y en sus relaciones privadas no acatase la religión, la autoridad y la familia. La patria—no hay que decirlo—la patria estaba en todo. En amarla gozábanse entonces y se gozan, por fortuna, todavía los españoles. Este pueblo hizo la patria luchando siete siglos bajo la bandera de su Dios, acaudillado por sus reyes, y conquistando palmo á palmo la tierra donde depositó su honra y su familia. Mientras haya una cruz ante la cual nos descubramos con fe sincera y corazón sano; mientras haya una autoridad legítima á quien por amor y por deber respetemos; mientras aliente en nuestro pecho el honor castellano sin mezclas extrañas, podrá suceder que no vayamos á la cabeza de lo que llaman civilización y progreso modernos; pero las armas extranjeras no invadirán impunemente la tierra de la patria, y la inde-

pendencia de España no sucumbirá sin la defensa de sus hijos. Con esos tres principios nadie nos ha humillado en nuestro suelo: ellos son para nosotros historia, civilización, grandeza, poder, todo lo que constituye un pueblo independiente. ¡Ay de nosotros el día que los perdamos! España como nacionalidad habrá cumplido su destino en la tierra.

Calderón, en su doble concepto de español legítimo de pura raza y de escritor con vocación especialísima á representar el carácter de su pueblo, que era el propio suyo, dedicó lo mejor de su vida y de su entendimiento á exponer y santificar los tres principios que daban aliento y vida á la nación donde había tenido la dicha de nacer. La religión católica fué el móvil más poderoso de su inspiración: á ella consagró la admirable epopeya teológica llamada *Autos sacramentales*, que ya en luminoso trabajo apreció aquí un sabio Académico, dando todo su valor á las incomparables cualidades del teólogo poeta. Insensato atrevimiento sería en mí querer añadir una sola palabra á lo que dijo aquel insigne literato; pero aunque omita todo lo concerniente á los *Autos sacramentales*, no puedo por menos de recordar algo de lo que en sus dramas escribió de la religión de Jesucristo. Como creyente fervoroso quiso dejar muestras perdurables de su firme creencia, interpretando así la de sus compatriotas. No debo ahora examinar el pensamiento puramente religioso y teológico de varias de sus obras; pero sí citar, aunque muy á la ligera, algunos de los conceptos de esta índole con que casi todas ellas están enriquecidas. Nunca este alentado ingenio penetró más allá de lo que á la razón humana le es lícito, porque creía que

Lo que Dios quiere guardar,
lo guarda sin que se sepa
cómo ni por qué lo guarda.....
dígalo su providencia (120).

Sabía que á ciertos misterios jamás llegará el hombre,
y que es vana soberbia querer investigarlos; pero no por
eso tenía en menos la dignidad humana: antes bien la
consideraba en tanto, que no hallaba nada mayor que
admirar en el Hacedor Supremo que su creación.

Gran autor debe de ser
el que con eterna calma
á cada cuerpo da un alma
y una vida á cada sér (121).

La verdad, muchas veces desconocida y ultrajada en
la tierra, la busca él donde tiene su origen:

Acudamos á lo eterno,
que es la fama vividora,
donde ni duermen las dichas,
ni las grandezas reposan (122).

Con este sublime concepto define el signo sagrado de
nuestra redención:

El madero soberano,
iris de paz que se puso
entre las iras del cielo
y los delitos del mundo (123).

No se muestra menos teólogo y moralizador al ense-
ñar hasta qué punto están obligados los hombres á obe-
decir á sus superiores, y cuándo no deben hacerlo. No
olviden, pues, los que rigen los pueblos que

En lo justo
dice el cielo que obedezca

el esclavo á su señor;
 porque si el señor dijera
 á un esclavo que pecara,
 obligación no tuviera
 de obedecerle; porque
 quien peca mandado, peca (124).

Místicos en la verdadera acepción de la palabra, elevadísimos y dignos del mejor de nuestros escritores ascéticos, son los siguientes pensamientos:

por mi solo muriera
 Dios, si más mundo no hubiera;
 luego eres tú cruz por mí,
 que Dios no muriera en tí
 si yo pecador no fuera (125).

Pero ¿qué mal no es mortal,
 si mortal el hombre es,
 y en este confuso abismo
 la enfermedad de sí mismo
 le viene á matar después?
 Hombre, mira que no estés
 descuidado; la verdad
 sigue, que hay eternidad,
 y otra enfermedad no esperes
 que te avise, pues tú eres
 tu mayor enfermedad (126).

Pisando la tierra dura
 de continuo el hombre está,
 y cada paso que da
 es sobre su sepultura (127).

Después de Dios, el Rey era lo más respetable para un español del siglo xvii: considerábase la monarquía como una institución de derecho divino, y ésta es la aureola de la majestad real en aquellos tiempos. En los

nuestros, á lo que parece, las cosas han cambiado mucho; y aunque Dios es también quien hace los reyes, la ayuda de las constituciones es indispensable para que lo sean. Por ello, sin duda, no comprendemos bien ahora algunos de los conceptos que Calderón y los poetas coetáneos suyos introducían en muchas de sus obras. Hoy sería inverosímil decir, como dice Calderón:

que quien mira al rey la cara
segura tiene la vida (128),

y condenable por reaccionario suponer

que nadie ha de juzgar
á los reyes, sino Dios (129).

Gracias si se consigue en los pueblos monárquicos que pase por cierto aquello de

que no ha de tener ninguno
enterezas con su rey (130),

y gracias también si, á lo menos, ya que no verdad práctica, es teoría sana y respetable lo de que

Es la sangre de los nobles,
por justicia y por derecho,
patrimonio de los reyes (131).

Tal vez consistirá en que, por pura bondad, sin duda, los reyes á la moderna no participan de la opinión de nuestro poeta, que creía

que el temor sobre el amor
da estimación y respeto (132).

Pero lo cierto es que si bien hoy los actos de infidelidad y de rebeldía á la autoridad suprema del Estado se repiten con dolorosa frecuencia, en cambio los actos de

abnegación y de sacrificio incondicional de los vasallos andan por las nubes. Busquen los que aconsejan á los reyes, ya que á éstos no alcanza la responsabilidad de los actos de sus gobiernos, la manera de hacerlos felices en el concepto que indica Calderón:

¡Felice y más que felice,
el que, amado de su pueblo,
día que en público sale
ve á sus vasallos contentos! (133).

Si Dios y el Rey eran las dos primeras obligaciones de todo buen español del siglo xvii, el honor imponía deberes, no contra Dios, pero sí muchas veces contra el propio Rey; porque según Calderón, tan amante de la monarquía, era preciso no olvidar

que si en un vasallo fiel
no hay contra el poder espada,
hay honor contra el poder (134),

y que

Al Rey la hacienda y la vida
se debe; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios (135).

No dirán los enemigos de los tiempos pasados que el poeta que consignó tal doctrina pecaba de adulator y servil, ni mucho menos que escribía bajo el yugo de un tirano: esta manera de pensar está tan lejos del despotismo como de la democracia.

Es evidente que si el honor del individuo imponía respeto al mismo Rey, más debía imponerlo á cualquiera otra criatura humana; y hasta tal punto, que bien puede decirse que en esto del honor no había materia parva.

Porque el honor
 es de materia tan frágil,
 que con una acción se quiebra
 y se mancha con un aire (136);

y manchado el honor, según uno de los más famosos personajes de Calderón, sólo *con sangre se lava*.

En esto, como en todo, el príncipe de nuestros poetas dramáticos interpretaba las ideas de su siglo y de su sociedad; pero reservándose el derecho de condenarlas, cuando así lo creía justo: por eso, si bien es cierto que unas veces opinaba

Que si mil muertes hubiera
 que padecer y sufrir,
 por un átomo de honor
 aun fueran pocas las mil (137),

y otras decía

Que del honor
 son tan severas las leyes,
 que mandan que el ofendido
 sin ningún riesgo se vengue (138),

también lo es que al propio tiempo se lamentaba amargamente de aquellas injusticias sociales que, sea dicho de paso, no se han corregido aún. Pasaba porque las manchas del honor se lavaran sólo con sangre; pero dejaba escrito que

Poco del honor sabía
 el legislador tirano
 que puso en ajena mano
 mi opinión, y no en la mía (139).

Parecíale bien que no bastaran mil vidas para darlas por un átomo de honor; pero sentía que fuera por

ley traidora
 la afrenta de quien la llora
 y no de quien la comete (140).

Y por último, para justificar en cierto modo el durísimo código del honor, exclamaba:

Rigor que el cielo previene,
 desdicha que el tiempo ordena,
 es que uno tenga la pena
 de la culpa que no tiene (141).

Mucho más y sobre otras materias muy interesantes podría citar de lo que sin maduro examen he recogido del teatro de Calderón; pero con lo citado creo que basta para demostrar lo que me propuse.

Toda obra dramática que, además de las cualidades que el arte exige, contiene un pensamiento social moralizador, expuesto con claridad y lógicamente desarrollado, aventaja en mucho á aquéllas cuyo único fin es deleitar honestamente al público; pero también estimo posible enseñar y aun moralizar escribiendo, como lo hicieron nuestros poetas, sin el propósito deliberado de corregir un vicio social por medio de la acción dramática. Al elegir á Calderón como moralista para tema de mi discurso, he prescindido de la enseñanza que encierran las fábulas y los caracteres por él creados, porque mi objeto era sólo probar que del diálogo de sus comedias podía sacarse un código moral, capaz de guiar al hombre por buen camino. Tengo por sano y moralizador, no solamente lo que he citado, sino también lo que he omitido: pienso que en todos y en cada uno de estos dramas resplandece la más pura doctrina católica; y si, como dice un escritor moderno, la moral de una obra está menos en ella que en su autor, preciso es declarar

que Calderón fué, á la vez que ingenio de los mayores que ha tenido el mundo, hombre tan honrado y virtuoso como el que más.

Sin aspiraciones de crítico profundo, ni mucho menos de sabio comentador, sino sencillamente con el carácter de humilde expositor de la doctrina moral de D. Pedro Calderón de la Barca, he venido á pagaros mínima parte de la enorme deuda que con vosotros tengo contraída: me daré, pues, por muy satisfecho si he conseguido que el brillo de las riquísimas joyas del sumo poeta os haya deslumbrado hasta el punto de no reparar en lo tosco y pobre del engarce que yo les he puesto.

HE DICHO.

NOTAS.

- (1) *García Gutiérrez. Eclipse Parcial*: acto 1.º, esc. xi.
- (2) *El monstruo de los jardines*: acto 1.º, esc. xvi.
- (3) *No siempre lo peor es cierto*: acto 2.º, esc. iv.
- (4) *La vida es sueño*: acto 1.º, esc. xviii.
- (5) *El mayor monstruo, los celos*: acto 2.º, esc. x.
- (6) *Amado y aborrecido*: acto 3.º, esc. v.
- (7) *Para vencer á amor, querer vencerle*: acto 1.º, esc. v.
- (8) *El secreto á voces*: acto 3.º, esc. viii.
- (9) *Amigo, amante y leal*: acto 1.º, esc. xiii.
- (10) *La hija del aire*: acto 1.º, esc. ii.
- (11) *La Sibila del Oriente*: acto 3.º, esc. iii.
- (12) *El acaso y el error*: acto 1.º, esc. xxv.
- (13) *La hija del aire*: acto 2.º, esc. i.
- (14) *El acaso y el error*: acto 3.º, esc. ii.
- (15) *El segundo Scipión*: acto 1.º.
- (16) *Idem id. id.*
- (17) *Para vencer á amor, querer vencerle*: acto 2.º, esc. vii.
- (18) *El Conde Lucanor*: acto 1.º, esc. xii.
- (19) *La vida es sueño*: acto 3.º, esc. x.
- (20) *Judas Macabeo*: acto 1.º, esc. iii.
- (21) *Darlo todo y no dar nada*: acto 3.º, esc. xxi.
- (22) *Argenis y Poliarco*: acto 3.º, esc. xii.
- (23) *El astrólogo fingido*: acto 1.º, esc. ii.
- (24) *El alcaide de sí mismo*: acto 1.º, esc. iii.
- (25) *La hija del aire*: acto 2.º, esc. vii.
- (26) *El monstruo de la fortuna*: acto 1.º, esc. xii.
- (27) *Agradecer y no amar*: acto 1.º, esc. xiii.
- (28) *Luis Pérez el Gallego*: acto 1.º, esc. iii.

- (29) *El acaso y el error*: acto 2.º, esc. IX.
- (30) *Los tres mayores prodigios*: acto 3.º
- (31) *Amigo, amante y leal*: acto 3.º, esc. X.
- (32) *Casa con dos puertas mala es de guardar*: acto 4.º, esc. IV.
- (33) *El mayor monstruo, los celos*: acto 2.º, esc. X.
- (34) *Enfermar con el remedio*: acto 4.º, esc. VIII.
- (35) *El laurel de Apolo*: acto 2.º, esc. X.
- (36) *Nadie fie su secreto*: acto 2.º, esc. I.
- (37) *De una causa dos efectos*: acto 3.º, esc. X.
- (38) *Apolo y Climene*: acto 2.º
- (39) *Saber del mal y del bien*: acto 2.º, esc. VIII.
- (40) *Casa con dos puertas mala es de guardar*: acto 4.º, esc. X.
- (41) *El Pastor Fido*: acto 3.º
- (42) *La devoción de la Cruz*: acto 2.º, esc. XIV.
- (43) *Bien vengas mal*: acto 2.º, esc. VII.
- (44) *Idem*: acto 4.º, esc. XV.
- (45) *Idem*: acto 2.º, esc. VI.
- (46) *El alcalde de Zalamea*: acto 2.º, esc. XXI.
- (47) *Amor, honor y poder*: acto 4.º, esc. XVII.
- (48) *El astrólogo fingido*: acto 4.º, esc. IX.
- (49) *Las manos blancas no ofenden*: acto 4.º, esc. VIII.
- (50) *Con quien vengo, vengo*: acto 2.º, esc. XIII.
- (51) *Celos aun del aire matan*: acto 3.º, esc. XI.
- (52) *El castillo de Lindabridis*: acto 3.º, esc. I.
- (53) *Agradecer y no amar*: acto 2.º, esc. I.
- (54) *El mayor monstruo, los celos*: acto 2.º, esc. X.
- (55) *El médico de su honra*: acto 2.º, esc. XVI.
- (56) *Gustos y disgustos son no más que imaginación*: acto 4.º, es-
cena XI.
- (57) *El médico de su honra*: acto 2.º, esc. IV.
- (58) *Idem id. id.*
- (59) *Cada uno para sí*: acto 2.º, esc. III.
- (60) *El pintor de su deshonra*: acto 3.º, esc. V.
- (61) *El mayor monstruo, los celos*: acto 2.º, esc. X.
- (62) *¿Cuál es mayor perfección?*: acto 3.º, esc. XXV.
- (63) *Los tres afectos de amor*: acto 4.º, esc. X.
- (64) *La devoción de la Cruz*: acto 2.º, esc. XI.
- (65) *Fieras a femina amor*: acto 4.º
- (66) *El alcalde de Zalamea*: acto 3.º, esc. XI.
- (67) *Fortunas de Andrómeda y Perseo*: acto 4.º

- (68) *La Virgen del Sagrario*: acto 2.º, esc. x.
- (69) *Fortunas de Andrómeda y Perseo*: acto 1.º
- (70) *Gustos y disgustos son no más que imaginación*: acto 2.º, escena iv.
- (71) *Los tres afectos de amor*: acto 1.º, esc. II.
- (72) *Amar después de la muerte*: acto 2.º, esc. VIII.
- (73) *Idem id.* v.
- (74) *Nadie fie su secreto*: acto 3.º, esc. XXV.
- (75) *La devoción de la Cruz*: acto 1.º, esc. III.
- (76) *Guárdate del agua mansa*: acto 1.º, esc. XI.
- (77) *El astrólogo fingido*: acto 1.º, esc. I.
- (78) *Amar después de la muerte*: acto 1.º, esc. II.
- (79) *Cada uno para sí*: acto 1.º, esc. XIX.
- (80) *El Conde Lucanor*: acto 1.º, esc. XIV.
- (81) *La Gran Cenobia*: acto 3.º, esc. II.
- (82) *Idem*: acto 2.º, esc. II.
- (83) *La hija del aire*: acto 2.º, esc. II de la segunda parte.
- (84) *El Conde Lucanor*: acto 2.º, esc. XX.
- (85) *Amor, honor y poder*: acto 3.º, esc. III.
- (86) *La dama duende*: acto 2.º, esc. II.
- (87) *Afectos de odio y de amor*: acto 2.º, esc. XXII.
- (88) *Los cabellos de Absalón*: acto 3.º, esc. XXI.
- (89) *Duelos de amor y lealtad*: acto 3.º, esc. XXII.
- (90) *El sitio de Breda*: acto 3.º, esc. VII.
- (91) *Los cabellos de Absalón*: acto 3.º, esc. VIII.
- (92) *Las manos blancas no ofenden*: acto 3.º, esc. XI.
- (93) *El segundo Scipión*: acto 3.º
- (94) *La cisma de Ingalaterra*: acto 3.º, esc. VII.
- (95) *A secreto agravio secreta venganza*: acto 3.º, esc. VII.
- (96) *La hija del aire*: acto 2.º, esc. IX de la segunda parte.
- (97) *El segundo Scipión*: acto 2.º
- (98) *Amar después de la muerte*: acto 3.º, esc. VIII.
- (99) *Las armas de la hermosura*: acto 3.º, esc. VII.
- (100) *Bien vengas mal*: acto 1.º, esc. II.
- (101) *El Príncipe Constante*: acto 1.º, esc. I.
- (102) *El hijo del Sol, Faetón*: acto 1.º
- (103) *Amar después de la muerte*: acto 2.º, esc. V.
- (104) *Los tres afectos de amor*: acto 1.º, esc. XIII.
- (105) *Judas Macabeo*: acto 1.º, esc. IX.
- (106) *El hijo del Sol, Faetón*: acto 1.º

- (107) *Saber del mal y del bien*: acto 1.º, esc. XII.
 (108) *La Gran Cenobia*: acto 1.º, esc. III.
 (109) *Idem*: acto 3.º, esc. II.
 (110) *El hijo del Sol, Factón*: acto 2.º
 (111) *Las cadenas del demonio*: acto 3.º, esc. II.
 (112) *La vida es sueño*: acto 2.º, esc. XIX.
 (113) *El pintor de su deshonra*: acto 2.º, esc. IV.
 (114) *El segundo Scipión*: acto 2.º
 (115) *Los cabellos de Absalón*: acto 1.º, esc. II.
 (116) *La desdicha de la voz*: acto 2.º, esc. II.
 (117) *La cisma de Inglaterra*: acto 2.º, esc. IV.
 (118) *Gustos y disgustos son no más que imaginación*: acto 2.º, es-
 cena III.
 (119) *Los hijos de la fortuna*: acto 1.º, esc. VII.
 (120) *Dicha y desdicha del nombre*: acto 2.º, esc. XVI.
 (121) *El monstruo de los jardines*: acto 1.º, esc. XI.
 (122) *La vida es sueño*: acto 3.º, esc. X.
 (123) *La exaltación de la Cruz*: acto 1.º, esc. IX.
 (124) *El Príncipe Constante*: acto 2.º, esc. VII.
 (125) *La devoción de la Cruz*: acto 3.º, esc. XI.
 (126) *El Príncipe Constante*: acto 3.º, esc. VIII.
 (127) *Idem id. id.*
 (128) *El alcaide de si mismo*: acto 3.º, esc. XII.
 (129) *Saber del mal y del bien*: acto 1.º, esc. VIII.
 (130) *Idem*: acto 3.º, esc. I.
 (131) *No hay cosa como callar*: acto 1.º, esc. XV.
 (132) *Argenis y Poliarco*: acto 1.º, esc. IV.
 (133) *Los tres afectos de amor*: acto 1.º, esc. III.
 (134) *Amor, honor y poder*: acto 1.º, esc. XVII.
 (135) *El alcalde de Zulamea*: acto 1.º, esc. XVIII.
 (136) *La vida es sueño*: acto 1.º, esc. IV.
 (137) *Antes que todo es mi dama*: acto 3.º, esc. XI.
 (138) *La desdicha de la voz*: acto 3.º, esc. I.
 (139) *El pintor de su deshonra*: acto 3.º, esc. XIII.
 (140) *Idem*: acto 3.º, esc. XIII.
 (141) *Gustos y disgustos son no más que imaginación*: acto 3.º, es-
 cena XVI.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE

AL PRECEDENTE DISCURSO DEL Sr. CATALINA.

SEÑORES:

Tócame la honrosa distinción de llevar en este día la voz de la Academia Española para dar muy afectuosa bienvenida al correcto escritor, al distinguido poeta Don Mariano Catalina, de cuya laboriosidad y buenos estudios, realizados por envidiable nobleza de carácter, la Academia se promete cooperación activa y útil en sus difíciles y asiduas tareas literarias.

Cuánto vale como escritor y poeta el Sr. Catalina, ya lo ha quilatado inapelable autoridad, reconocida y acatada universalmente por su rectitud, ciencia y maravilloso juicio, y á quien unánimes confiásteis vosotros el delicado y honrosísimo cargo de la censura. He aquí las palabras de tan sabio crítico, en el prólogo de las *Poesías, cantares y leyendas* del nuevo compañero:

«No es Catalina poeta que habitualmente se remonte en alas del estro arrebatado de Píndaro; mas sin volar á las alturas en que suele resplandecer el fogoso lirismo que á veces nos enamora y seduce tanto en las odas

del Maestro León ó de San Juan de la Cruz, sabe insinuarse en el ánimo y atraerlo y encantarle con persuasivo lenguaje.

»Ni es la poesía amatoria la única fuente donde busca y recibe Catalina felices inspiraciones. La santidad, la virtud, el heroísmo, el poder, cuanto levanta el espíritu y lo dirige á contemplar el esplendor de las grandezas morales y á gozarse en ellas, atrae y cautiva á nuestro poeta, dictándole versos muy honrosos para su numen y recto juicio, pero todavía más para los nobles sentimientos que abriga en el corazón. Conocedor de su tiempo y de la enfermedad moral que ahora lo contagia todo, enfermedad que produce donde quiera grandes catástrofes, augurándolas mayores—si los que rigen la sociedad no se esfuerzan por restaurar la fe en el alma de los pueblos poniendo diques al torrente de las doctrinas delectéreas que los vician y corrompen,—duélese Catalina de la desastrosa ceguedad del hombre que por torcidos caminos

busca la ciencia, y la verdad no alcanza,

porque no es posible alcanzarla cuando se toma por luz de verdadera ciencia el engañoso y pasajero fulgor de deslumbrantes errores.»

Y si el propio Sr. Cañete, de quien es parecer tan exacto y discreto, le hubiera de dar sobre las obras dramáticas del mismo autor, ¿quién duda sino que le pondría en su punto de ésta ó semejante manera?

«Cuando más se recreaba el estragado paladar de la multitud con los asquerosos manjares que donde quiera le ofrecía el género bufo, Catalina protestó en la escena contra tamaña degradación, arrojándose á luchar con la

corriente del mal gusto. Ejemplo hermoso de valor y de conciencia artística, su primer ensayo dramático le proporcionó el triunfo más lisonjero, y aquellos mismos que entonces parecían fascinados por las repugnantes caricaturas de *La Gran Duquesa*, se sintieron como vencidos ante los puros y delicados amores del gran cantor de *La Jerusalén Libertada*. Ni fué menos gloriosa victoria la que obtuvo con *Luchas de Amor*, donde en fábula muy bien trazada descubre por alta manera

que en el alma hay libertad
para luchar y vencer,
si quiere la voluntad.

»Mas aunque sólo hubiese escrito el drama lleno de interés y de sana filosofía moral que intitula *No hay buen fin por mal camino*, aplaudidísimo en todas sus representaciones, merecería Catalina figurar entre los mejores dramáticos de nuestros días. ¡Qué sabor tan castizo y tan en la buena tradición española el de este singular poema escénico! En él se unen la discreción y el arrojo á la originalidad de la inventiva, y se pintan caracteres y pasiones, no ya como los sueña la imaginación extraviada, sino con el fuego y colorido de la verdad, y en sabroso estilo esmaltado de profundas sentencias ó de felices rasgos poéticos adecuados á la índole y situación de los personajes.»

El vivo y sincero amor á toda clase de buenas letras que avalora y realza al Académico electo, le ha llevado en más de una ocasión á recorrer otros dominios que los de la dramática y lírica, también floridos y gloriosos. Y las monografías que publicó, ya describiendo y apreciando las *Urnas cinerarias* de nuestro Museo Arqueológico

Nacional, ya examinando *La pintura en la Edad Media*, extasiado ante una tabla del Beato Angélico, modelos preciosos ambos de bien encaminadas investigaciones, de buen gusto y peregrino arte, hallan siempre en varones doctos ingenuas y merecidas alabanzas.

Nuestro elegido viene además á ocupar el sillón vacante, como por derecho hereditario, renovando en nuestro libro de oro un nombre que así fué prenda de sólido y profundo saber, como de prudencia y discreción extremadas. Y al mostrarse, como acabáis de ver, tan agradecido á la memoria de su ilustre pariente y antecesor en estos codiciados honores, nos da la medida de cuánto debemos esperar de sus bien nacidos pensamientos. La nobleza de corazón es el mayor realce del hombre. ¿Quién más desdichado y aborrecible que el que no sabe ni agradecer ni amar? Infeliz, porque no ama ni puede amar, llamó la santa y prodigiosa doctora de Ávila al demonio. ¿Qué se ha de esperar de quien no ama sino á sí mismo, de quien se imagina que todo se lo debe á sí propio, del ingrato, semejante á las arenas de la Libia, que tragan codiciosas las aguas del cielo sin ornarse jamás de flores y verdura?

Bien venido sea, pues, quien dichoso atesora dotes de ingenio y de corazón excelentes, y quien ha de prestarnos auxilio verdadero con los sazonados frutos de su entendimiento é instrucción y con las prendas valiosas de su carácter.

En testimonio de ello, acaba de elegir por materia de su discurso «la moral en los dramas de Calderón.» ¡Calderón: el mayor de nuestros dramáticos antiguos en la cumbre del arte español; entendimiento gigante, apacentado en abismos luminosos de Teología, poéticos y

profundísimos; espejo fiel de las creencias y sentimientos de la nación española, exaltados, idealizados y transfigurados por su poderosa fantasía! Poetas como Calderón de la Barca, son los hijos predilectos, al par que los bienhechores de una raza, á la cual pagan con usura lo que de ella recibieron. Y en tales incomparables ingenios se condensa toda la fuerza y energía de un siglo y de una civilización. En sus escritos vive perenne la flor más fragante y pura del sentimiento nacional. Parecen hombres de sólo un cuerpo y muchas almas, como de Shakespeare se ha dicho. No se absorben en la estéril y egoísta contemplación de sus propios afectos y dolores, sino que salen de sí mismos y dan voz y forma á la idea y á la pasión que yace indefinida y latente en el alma de las muchedumbres, en el corazón de su siglo. ¿Dónde corona más gloriosa que la de poeta nacional, épico ó dramático? Perder y olvidar la propia fisonomía; bañarse, por decirlo así, en la corriente de la vida universal; expresar por alta manera lo que todos sienten y piensan de un modo vago y confuso; dirigir á nobles fines el inquieto ardor é impremeditado arrojó de la multitud, re-frenando en ella los instintos feroces y desarrollando los más hazañosos y bellos,—es ser más que gran poeta, es rivalizar con los autores de las epopeyas primitivas, con los primeros fundadores y civilizadores de los pueblos.

¿Quién agotará las alabanzas de Calderón? Repetidas veces se han prodigado en este sitio por doctos compañeros. Cuál, apreciándole y considerándole poeta simbólico, que en sus *Autos Sacramentales* expuso con tanta riqueza y prodigalidad de estilo como profundidad teológica uno de los más altos misterios de la fe cristiana, el adorable y sacratísimo de la Eucaristía. Cuál hubo de

extenderse en consideraciones generales, rápidas é ingeniosas, puesta la mira en el conjunto prodigioso de los escénicos poemas calderonianos. Y aun cabe estudiarle de otras muchas interesantes y diversas maneras: ya como poeta trágico y analizador singular de la fiera pasión de los celos, en *El Tetrarca de Jerusalén*, en *El Médico de su honra*, en *Á secreto agravio secreta venganza* y en *El pintor de su deshonra*, ya como artista habilísimo en dar forma dramática y tangible á puras ideas y abstracciones de la mente; ya como sabio maestro del drama religioso; ya como pintor el más ameno y fiel de las costumbres de su tiempo, en las comedias de capa y espada.

Tal, y tan grande, fecundo y vario es el estudio que acerca de Calderón puede hacerse; y á nadie habrá de causar extrañeza que lo sea constante y predilecto para doctos y sesudos críticos alemanes, desde Augusto Guillermo Schlegel, que admiraba en el poeta la encarnación y prototipo del arte católico, hasta Schack y Schmidt, que menudamente diseñan y analizan su teatro. Causas entre sí muy diversas, y algunas, á no dudar, independientes del mérito real y positivo del gran dramático español, originan el férvido entusiasmo de los alemanes. Consiste la primera, en el amor de los críticos de aquella raza á las literaturas indígenas; y bien se sabe que Calderón y los poetas que le rodeaban en inferior puesto, eran españolísimos, sin deber nada, ó muy poco, á griegos, latinos é italianos. Estimo por segunda, el espíritu simbólico de los poemas calderonianos, y la destreza en cubrir con los velos del arte las más hondas y abstrusas nociones de Filosofía y de Teología. Quizá, en fin, debiéramos reputar como tercera, la falta de indivi-

dualidad en los caracteres que se achaca, tal vez con hipóbole é injusticia, á Calderón; vociferándose que las más de sus figuras dramáticas, damas y caballeros enamorados y celosos, antes parecen tipos convencionales que personas de carne y hueso; de donde su teatro viene á resultar menos humano y más ideal que el de Shakespeare, y es notorio que los críticos alemanes han pecado en exceso de idealismo.

Nuestro compañero toma á su cargo alabar al Dramático por muy distinto rumbo. Le estudia como intérprete de las ideas morales de su tiempo, dominándolas casi siempre, y algunas veces dejándose subyugar por ellas. Dichosamente, y fuera de las caídas y resabios anejos á la pobre condición humana, la moral del siglo de Calderón bien merecía inspirar á tan gran poeta.

España, libre del agareno, señora de Flandes, Milán, Nápoles y Sicilia, y teniendo por vasallo un Nuevo Mundo, se ve inesperadamente á riesgo de perder el talismán que le valió tanta grandeza. La crisis religiosa y política del siglo xvi se resolvió aquí de muy contrario modo que en el resto de Europa. Vuelve España en sí pronto, y con sabia providencia y muy entera resolución comienza por acrisolar su fe; y en vez de seducir astuta y de hacer esclavo al pueblo con mentidas palabras de reforma, ilustración, ciencia y libertad, lo ilustra y lo regenera y lo engrandece con obras; y el tosco labrador, el humilde oficial y el simple soldado, enriquecidos con la palabra divina, oída á todas horas y en toda parte, y engalanados con el manto de la pureza, de la modestia y de la caridad, llegan á ser dueños y señores de sí mismos, no vil é inconsciente rebaño de siervos, á entrar con llave de oro en el alcázar de la verdad, á igualarse

con los sabios y á formar con ellos un solo corazón y un solo pensamiento.

Pues de este gran pueblo de ciudadanos y teólogos, de esta verdadera y santa democracia que tenía puesta su alma en Aquél que es la verdad, el camino y la vida, Calderón fué el poeta. Para él escribió; como él pensaba y sentía, y le habló en su mismo lenguaje. Aquel pueblo tenía cultura amplia, variada y de sólido fundamento, y por ello fué realmente libre. Todos los pormenores históricos, y apotegmas y rasgos del Antiguo y Nuevo Testamento, así como todos los principios y reglas de sana y bienhechora Filosofía, eran familiares á nuestro pueblo español de los siglos de oro; y lleno de esperanza, de caridad y de fe, se arrobaba y embebecía en los salvadores misterios de la reina y emperatriz de las ciencias. Aquel pueblo adoraba y buscaba á Dios sobre todas las cosas, y no esperaba á tenerlas todas bajo su mano para amarle.

Recordad los *Autos Sacramentales* de Calderón; imaginaos que los veis representar á la luz del día en calles, plazas y encrucijadas, sobre teatros armados en carros inmensos y poderosos, que por mañana y tarde se trasladan á sitios diferentes; reparad en aquellos grandilocuos versos, en aquellas atrevidas imágenes, en aquellos símbolos y figuras, arcanidades y alusiones y revelaciones teológicas, y decidme si el pueblo que se agolpaba en derredor, anheloso de oír callando, y aprender y levantarse del polvo y del cieno, era un pueblo de esclavos, de imbéciles y de idiotas. ¡Cuántos sabios de otras edades se trocarían por el más roto y andrajoso de aquella sabia plebe! ¡Cuántos se reconocerían ignorantes comparados con ella!

Aquel pueblo, y no podía ser otra cosa, después que á Dios, ama de todo corazón á la patria, y se goza en sus hechos gloriosísimos presentes y pasados. No recibe secreto y pérfido sueldo de los irreconciliables enemigos de España, sino que los vence y humilla á las márgenes del Escalda, del Somma y del Ofanto. Corre á morir por sólo su Dios y por su patria, y jamás aventura neciamente la vida. Cae mordido por traidoras serpientes en los virginales bosques de América; y antes de cerrar para siempre los ojos, alza en su diestra la cruz que le llevó á ganar almas para el cielo en tan apartadas regiones, envía un suspiro de amor á la dulce y amada patria, y siente con gozo que se desatan los lazos de la vida y que en verdadero triunfo sube el alma al cerco de las estrellas inmortales.

¡Qué héroes aquéllos! ¿En qué se parecen á los ruidosos y vanos ídolos que forja la interesable y envenenadora ambición, envueltos en pestífero incienso de bajeza, en pedrisco y lluvia de huecas palabras, de ofertas bizarras y magníficas que no se han de cumplir jamás, y para lo bueno, generoso y fecundo, semejantes á un navío pintado, hinchadas todas las velas, pero que no se mueve? Entonces, y no para aquellos españoles, nació el refrán de *Palabras sin obras, vihuela sin cuerdas*.

Otro tercer elemento de vida, á más de los dos primeros y principales de la fe y del patriotismo, engrandeció á los españoles del tiempo de Cervantes, Lope y Calderón de la Barca: el honor, que en ellos vino á tener condiciones y virtud de segunda naturaleza. El respeto y consideración á la mujer; el buen nombre y estimación de la madre, del marido, de los hijos, de la familia; el cumplimiento de la palabra empeñada; el sacri-

ficio, la hidalguía y la generosidad, todo ello servía de regulador al comportamiento del hombre bien nacido, aun cuando, muchas veces, el culto idolátrico del honor le hiciese atropellar por todo.

El amor al rey templábase por el inviolado principio de honra y dignidad personal, que infundía valor y entereza á un personaje de Calderón para exclamar, en versos que nos ha recordado el Sr. Catalina, pero que nunca ha de poner en olvido quien sienta latir un corazón hidalgo:

Al rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.

¡El honor! después del fervor religioso y del patriotismo, la idea que más hondas y más vigorosas raíces echó en nuestros antiguos españoles.

No dejaré yo de reconocer que entonces y ahora y siempre, sin género de duda, el hombre en particular y algunas clases sociales, eran, son y seguirán siendo el mismo y las mismas: conjunto miserable de enconadas pasiones, de soberbia, codicia, envidia, ambición y vileza. Pero el pueblo, la nación española, merced al culto sincero y ferviente del honor y del decoro, no fué una nación de facinerosos y desalmados. Podrán los favoritos de los príncipes dilapidar el tesoro público para enriquecerse; podrán atropellar por la vida y la honra; pero D. Rodrigo Calderón perderá por ello la cabeza en afrentoso patíbulo, y D. Gaspar de Guzmán morirá de aburrimiento y despecho, desterrado, solitario y aborrecido. No hubo entonces glorificación ni fama póstuma sino para los sabios y santos y caritativos y humildes,

para los grandes maestros de la vida cristiana y para los portentos del divino amor, para los Ignacios, Tomases de Villanueva, Teresas y Juanes de la Cruz: nadie á sabiendas se atrevió á llamar bueno á lo malo, ni malo á lo bueno; el vicio no usurpó sus fueros á la virtud, y en los potentados de la tierra supo negociar tanto el temor como el castigo. Bien le padecieron los que ambicionan el mando y han menester buscar amigos y consentirles mucho, pues á muy doloroso precio se suelen comprar tales menesteres; bien sintieron en cabeza propia la eficacia del proverbio de que *En fucia del Conde no mates al hombre*, y bien sabían todos que ningún delito ni crimen había de quedar impune. Y se llegaron á formar buenas y ejemplares costumbres públicas, porque, respetada la autoridad real, hubo un príncipe que entregó su tesoro á los más leales, sus armas á los más valientes y pundonorosos, la justicia á los más enteros, la censura pública á los más celosos, el trabajo á los más aptos y fuertes, las prelacías á los más devotos y caritativos, y el gobierno á los más sabios y virtuosos. ¡Felices los tiempos en que se escriban, no mercedes y prodigalidades de reyes, sino incomparables servicios de vasallos! ¡Imperio dichoso aquél donde reinaron la prudencia y la justicia; donde á insignes merecimientos no se sobrepujó jamás la desvergüenza y audacia de los ignorantes, engendradora siempre de los mayores infortunios; donde nadie hizo alto, ni en la necia presunción de los que creen saberlo y poderlo todo y se engañan, ni en los arbitristas políticos, más satisfechos de sí que de su ciencia, los cuales en muchas cosas no saben nada, y en las pocas que saben yerran mucho! «¡Pueblo mísero, decía Platón, aquél donde lo falso vence á lo verdadero; don-

de no halla dique el perniciosísimo ingenio de los ambiciosos; donde la libertad, demasiada y mal regida, se trueca en insoportable servidumbre!» «Todos hacen lo que el poderoso quiere que se haga,» añade Aristóteles, y la experiencia desgraciadamente lo acredita; porque, con efecto, la lluvia, ó destructora ó vivificadora, desciende de lo alto.

Amamantados nuestros príncipes y repúblicos de los siglos de oro en las máximas de la eterna sabiduría, y también de la humana, prodigada en obras inmortales por soberanos entendimientos, y gozándose en oír á los viejos que nos enseñan nuestra vida futura, todos, grandes y pequeños, competían por sobresalir en la virtud del ánimo, en la elevación del pensamiento, en la hermosura de la palabra.

De ahí el afán de Calderón y de los que merecían señalados favores á las Musas del Teatro, por hacer muy discretos á los personajes de sus comedias y poner en sus labios sentencias las más bien formuladas, rasgos de ingenio los más felices, maravillosa delicadeza y ternura, raudales, en fin, de experiencia y sabiduría.

Todo iba encaminado á realzar al hombre, á empeñarle en estimar su propia dignidad y en parecer mejor de lo que es realmente, por lo mezquino y flaco de su naturaleza; y todo ello, para sacar luego la consecuencia fecunda y regeneradora de que tal debe el hombre ser como quiere parecer.

La fe, el patriotismo, el honor alimentan y vigorizan nuestro antiguo teatro, haciendo amables las heróicas virtudes, encarnadas en seres humanos, llenas de hechicero movimiento; sin dejar, como los griegos en sus tragedias, á cuidado del Coro el frío consejo, el elogio

innecesario, la exclamación estéril, la impertinente plegería.

Siendo tan moralizadora y deleitosa la filosofía del antiguo teatro español; hiriendo inmediatamente y fijándose en la imaginación y en la memoria del auditorio las máximas de enseñanza y advertencia, por la hermosura del concepto y por la perfección y encanto de la forma,—los grandes y próceres no tuvieron insensato valor para achicarse ante la multitud familiarizándose públicamente con pícaros y rufianes y aprendiendo y usando lenguaje de tabernas. Los virreyes salían para su gobierno realzados con la espléndida fama de que llevaban consigo por secretarios y familiares á los más insignes escritores y poetas; y ningún magnate dejó de atraer á sí, por consejeros camaradas y amigos, á hombres de peregrina donosura y gala en el sentir y el expresar, valiéndose de ellos aun para redactar las más íntimas y secretas epístolas, ansiando mostrarse á los ojos de las mujeres y de la sociedad culta como dueños y señores prepotentes de la lengua y estilo de los dioses. Para sorprender las flaquezas y vicios privados, en aquella sociedad escogida, es menester arrancar su secreto á los más particulares y ocultos archivos; porque fué tanta la adoración que aquella edad rindió á los destellos hermosísimos del ingenio y del galano escribir, que se le abatieron y rindieron las fuerzas, cuando quiso romper cartas que algún día, ante el severo juicio de la posteridad, habían de presentar á ciertos magnates, muy otros de lo que ellos quisieron parecer á sus contemporáneos. Pero, ¿cómo despedazar papel donde puso la mano ó probó la pluma Lope de Vega Carpio, á quien llamó Cervantes con razón *monstruo de la naturaleza*, y

el cual tuvo complacencia en decir: «Yo nunca me sonrojaría por ignorar las primeras lenguas de Europa, y se me encendería de vergüenza el rostro si no hablase y escribiese con ultimada perfección mi natal lengua castellana?»

Decidido empeño fué, pues, el de nuestros dramáticos, en herir el amor propio de las clases elevadas, ofreciéndoles en toda parte ejemplos de lo que debían ser, y del religioso culto que tenían obligación de rendir al honor, como hidalgos y caballeros y puestos por la Providencia para espejo y luz de los menores. El mismo tremendo castigo del adulterio, que Calderón, llevando al teatro verdaderas historias, presentó en *El Médico de su honra* y en *Á Secreto agravio*, evidencia con su draconiana severidad el imperio de la ley ética, y la fuerza del espíritu patriarcal dominante en la familia española, que hacía ser rarísimas las infracciones contra la castidad en damas de acrisolada nobleza.

Deja Calderón para gente menuda y baladí el sambenito de los vicios que surgen de la fatuidad, necedad é ignorancia. Sólo en piezas entremesiles, como en *El Dragoncillo* por ejemplo, se atreve á sacar verdadero entre burlas y veras el refrán de *Cornudo y apaleado*, cual ya Timoneda lo había hecho en su *Comedia Cornelia*. Cervantes, Lope, Quevedo, Alarcón, Tirso, Rojas y Moreto reservaron el escándalo de la prostitución, de la estafa y del robo organizado científica y artísticamente, para hombres raheces y despreciables; y los altos pensamientos, las memorables hazañas y el carácter firme y seguro, para los príncipes, caballeros é hidalgos, para el pueblo sencillo, para los honrados labradores. Ni más ni menos Calderón de la Barca, desde *El Príncipe Cons-*

tante, invicto mártir de la fe y gloria del reino lusitano; desde el D. Carlos de *No siempre lo peor es cierto*, tan heroico, generoso y desinteresado en su amor, hasta *El Alcalde de Zalamea*, en quien á maravilla se confunden y hacen una misma cosa la venganza de la propia ofensa y el más elevado sentimiento de la justicia. Y esta elevación y grandeza moral de nuestro teatro se origina y proviene de que en aquella edad, como he dicho, todos ambicionaban mostrarse al público mejores de lo que eran en secreto. Así, pues, cuando la sátira,

que á grandes premios y á desgracias guía,

los desarrebozó alguna vez y los arrojó á la verguenza y menosprecio de las gentes, no se detuvieron en arrebatarse vida por honra. Precisamente, *Vida por honra* intituló nuestro inolvidable Hartzenbusch su drama bellísimo en que pintó el desastroso fin del Conde de Villamediana. Por el contrario, menguados y perdidos ya el propio valer y la estimación de la honra, entronizada la bárbara ceguedad y tiranía furiosa de los que nada ni en nada creen, y se desatinan por no dejar que los demás crean,—la caricatura y la sátira modernas, hechas pasatiempo y moneda corriente, desautorizan y envilecen á los grandes, y ni levantan ni sosiegan á los pequeños.

La sátira de Cervantes en *Rinconete y Cortadillo*, y de Quevedo en *El Buscón llamado Don Pablos*, iba derecha y aguzada al corazón del vicio, y no á la honra del vicioso. Ahora se hunden y pisotean en el cieno y se arrastran por el lodo personas y no vicios. ¿No está la ventaja de parte de la sátira antigua? ¿Cuán alto y severo modo de contemplar la vida humana, el que en nuestros dramáticos y novelistas resplandece! ¿Quién no se goza

en la santa aureola de virtud, de resignación, de inocencia, de alegría y de segura esperanza, que ostentan la Gitanilla y la Ilustre Fregona de Cervantes, dignas de verse, como se llegan á ver á deshora, en próspero estado á un voltear la rueda de la fortuna?

El Sr. Catalina demuestra bien, en su elegante discurso, que sólo conquista los inmarcesibles y eternos laureles del arte quien, como Calderón, realza al hombre sobre el humilde barro, y enciende á la multitud en el amor de lo santo, de lo grande y bello. El ejemplo del Sr. Catalina, formando uno que pudiéramos llamar diccionario de la moral de los dramas calderonianos, debiera ser imitado respecto de los de Lope, Alarcón, Tirso, Rojas, Moreto y otros muy apreciables ingenios de nuestros siglos de oro; ensanchando este diccionario con las regocijadas facecias, rasgos y lindísimas frases que avaloran el antiguo teatro español, para común enseñanza y deleite, auxilio y utilidad de los amantes del verdadero saber, y para estudio fecundo y constante de la índole, condiciones y bellezas de nuestra hermosa lengua castellana.

Señores, no debo por más tiempo abusar de vuestra indulgencia, ni retardar al nuevo compañero el placer de recibir la medalla ganada legítimamente. Posesiónese ya del sillón que largos y felices años ilustró el señor D. Alejandro Oliván, prodigio de laboriosidad incansable, de afabilidad é indulgencia, de ánimo apacible y generoso, quien tiene igual amor al estudio y parecidas condiciones de carácter.

Las dotes y prendas académicas del elegido, el mayor lucimiento de la Corporación en tan solemne acto, y el nombre glorioso de Calderón de la Barca demandaban

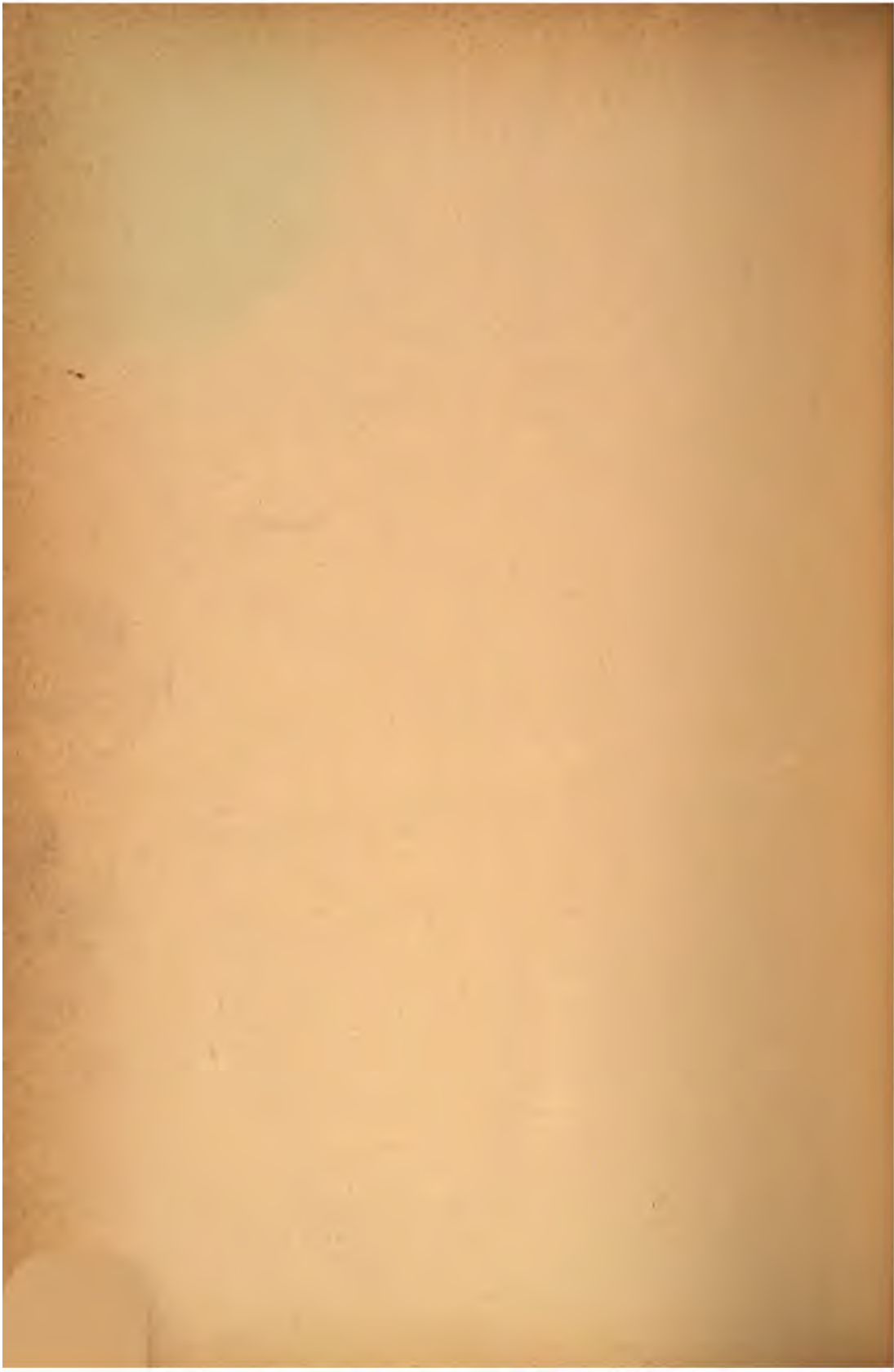
para el encargo que cumpla, no el estéril y mal cultivado ingenio mío, no mi pobre imaginación aterida por la nieve de las canas, sino el acento sonoro, la gala, donaire y amenidad de los que sois maestros del bien decir y del juzgar soberanamente. Al llevar hoy vuestra voz en este sitio, al saludar con efusión en vuestro nombre al Sr. D. Mariano Catalina, y al rendir aplauso entusiasta al autor inmortal de *La Vida es Sueño* y de *El Mágico Prodigioso*, había menester yo que me prestárais un solo rayo de la luz que os circunda. Pero reconociendo mi pequeñez y vuestra suma consideración para conmigo, he de poner fin á este discurso haciendo mías las palabras del antiguo poeta:

Quien quiera mi entendimiento,
Búsquele en mi voluntad.

ÍNDICE.

	Páginas.
Discurso del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.....	5
Contestación del Excmo. Sr. D. Juan Valera al Discurso del Sr. Núñez de Arce.....	40
Discurso del Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Alarcón.....	74
Contestación del Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal al Discurso de Don Pedro Antonio de Alarcón.....	111
Discurso que el Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra leyó en Junta pública de la Real Academia Española el día 29 de diciembre de 1878, al tomar posesión de su plaza de Académico de número...	140
Contestación del Excmo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo al precedente Discurso del Sr. Saavedra.....	193
Apéndices al Discurso del Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra.....	237
Discurso del Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia.....	329
Contestación del Excmo. Sr. D. Juan Valera al Discurso del Sr. Conde de Casa-Valencia.....	378
Discurso del Excmo. Sr. D. Tomás de Corral y Oña, Marqués de San Gregorio.....	403
Contestación del Excmo. Sr. D. Tomás Rodríguez Rubí al Discurso del Sr. Marqués de San Gregorio.....	469
Discurso que el Excmo. Sr. D. Emilio Castelar leyó en Junta pública de la Real Academia Española el día 23 de abril de 1880, al ser recibido solemnemente en dicha Corporación como individuo de número.....	489
Contestación del Sr. D. Francisco de Paula Canalejas al precedente Discurso del Sr. Castelar.....	575
Discurso del Sr. D. Mariano Catalina.....	596
Contestación del Excmo Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe al Discurso del Sr. Catalina.....	654







APR 17 '63 H

Widener Library



3 2044 092 555 762